



La
Pintora
de
Estrellas

AMELIA NOGUERA

Amelia Noguera

La pintora de estrellas

Primera edición: Madrid, Junio de 2012

© Amelia Noguera, 2012

Diseño de cubierta para libro: © Amelia Noguera

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción, los personajes y las situaciones son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A ti.

CAPÍTULO 1

El lienzo se cubre de gesso para comenzar a dar cuerpo a la tela de lino que se extiende sobre los listones. Todo está listo: el caballete de madera, abierto y estirado; los pinceles, limpios y colocados; el lienzo, blanco y expectante; los óleos, ordenados según la gama.

Los Molinos (Madrid), Sábado, 13 de Mayo de 2000 (16:10 h)

«Seguía lloviendo afuera. Ligeras gotas impregnadas del amargo sabor a ciudad lo empapaban todo con su apatía pegajosa y alquitranada. El sonido del agua al caer sobre las baldosas de la terraza se mezclaba con el murmullo urbano. Podían entenderse palabras, susurros en el aire a los que el calor y la humedad servían como medio de transmisión. A lo lejos, la llamada de un grillo batiendo sus alas en feroz canto, confuso y quizá ahogándose entre los charcos, era el acompañamiento perfecto en la noche en que sentí por primera vez que podía odiarte.»

Violeta sabía que no se podía comenzar así un relato. Lo había estudiado en las clases de escritura creativa a las que había asistido durante años — hasta que conoció a Álvaro y todo pareció interrumpirse—, para pasar el tiempo, sin otras expectativas más que saber cómo poner en orden sus ideas y conocer gente. Pero lo que ella debía escribir ahora tenía que empezar con una

lluvia fina y copiosa, que lo impregnara todo con la minuciosidad con que se infiltraba en la tierra y la humedecía hasta encharcarla. Sin perdones, sin razones, sin remordimiento. Violeta quería poner por escrito por qué quería abandonarle, para no olvidarlo nunca y también para que nadie lo olvidara. Necesitaba dejar testamento en la muerte anunciada de su amor por él, en el suicidio consciente de su miedo real, en su odio infinito, en su llanto en silencio. Porque no quería volver a verle nunca más pero, cuando hubiera terminado de contarle en un intento por resucitar de su propio sacrificio, le enviaría el manuscrito para que supiera por qué iba a terminar con su vida soñada de amor público y odio privado, de noches de fiesta y regresos malditos, de sexo por amor y de amor por sexo.

También para que se creyera que jamás volvería a verla, porque, aunque la buscara por el cielo y por la tierra, intentaría que él no volviera a saber de ella; si seguía llevando su melena siempre corta por encima de los hombros o se la había dejado crecer hasta tocar el suelo; si había teñido de rojo el rubio pajizo natural o si ahora, al mirarse al espejo, vería a una mujer de pelo negro; si sus vestidos eran ya más amplios y serios, o demasiado cortos y ceñidos a su cintura y a sus grandes pechos, con los que él, en público, solo disfrutaba si los contemplaba en otras; si llevaba zapatos de tacón o las sandalias bajas con varias tiras finas que a él le gustaban tanto; si se pintaba la cara o la llevaba lavada, porque podía permitírselo aunque prefiriera siempre dar un poco de color a su tez tan pálida; si iluminaba más sus gruesos labios con *gloss* o seguirían siendo rosados y mates. Debería imaginárselo porque jamás volvería a tenerla delante, pero debía decirle de alguna manera que quizás había cambiado todo eso para desendemoniarse de él incluso modificando lo que sabía que le gustaba más de su cara y de su cuerpo.

Compró un cuaderno, el más grande que encontró, tamaño DinA 4, con las tapas duras de color salmón y tacto suave, sin líneas ni recuadros que guiaran su escritura. Y luego se sentó ante el escritorio de su habitación, en la casa de su abuelo, la que siempre había ocupado hasta que se buscó la suya propia y, a pesar de él, se fue a vivir sola. Se detuvo a pensar qué había sido lo que le había llevado a tomar esa decisión y a intentar recordar con el bolígrafo entre las manos, dispuesta a repasar lo que necesitaba decirle cuando hubiera decidido dónde y cómo podría rehacer su vida, quizás, para no volver. Le

vinieron a la memoria muchos momentos, muchos miedos, muchas razones, muchos lamentos, pero ninguno quizás tan grave por sí solo como para dejarle. Eso era en lo que llevaba pensando ya varias semanas, antes de huir al refugio donde él no la encontraría: que había sabido hacer que cada crisis y cada disculpa, si es que se producía, lo fueran solo lo suficiente como para seguir reteniéndola a su lado y que por eso ella debía juntarlo todo y sumarlo a la última angustia, la que tan solo restaba unas horas en su cuenta atrás. La que por fin le había llevado a tomar la decisión de abandonarle.

Madrid, Viernes, 12 de Mayo de 2000 (13:35 h)

La luz entraba por la ventana de la cocina, naranja, toda naranja, el color que le había gustado a Álvaro y que al final fue el elegido para los azulejos. Los muebles, blancos. Las cortinas, estores italianos en crudo. La cenefa, de figuras geométricas de colores. La pequeña mesa y las cuatro sillas, lo único que consintió que ella eligiera, de madera decapada en claro. No sabía por qué le gustaba ese estilo, el de la campiña francesa, el que había visto tantas veces en sus entrañables hoteles, los que había recorrido con él en sus viajes a Perpiñán y a Toulouse donde había dirigido algunas obras para otro de sus innumerables conocidos. Zara mordisqueaba uno de esos cachivaches con olor a ternera, que a ella le repugnaban porque parecían de plástico. Álvaro se los traía para que le quitaran el sarro, decía, aunque ella no entendía que su pequeña perra pudiera sufrir tan pronto ese mal humano.

Caruso había aparecido muerto esa mañana y Violeta sentía una angustia parda y seca que se le había enganchado en la cabeza y se había quedado. Tenía agua y alpiste, y quizás fuera algo mayor; lo trajo antes de conocer a Álvaro, hacía poco más de cinco años. Pero ver a su canario tieso en el suelo de su preciosa jaula le había emocionado e incluso había gritado al entrar en la cocina y encontrarle allí tirado, tan pequeño, tan inmóvil, tan callado. Zara y ella le prepararon su entierro en una diminuta cajita de cartón que envolvió con papel de plata. Luego hicieron un agujero al fondo del jardín, debajo del desaprovechado arco de rosales que aún no estaban florecidos y se veía triste y pelado, junto a la reducida mesa y las dos sillas de hierro donde se sentaba a veces a merendar mientras su perra escarbaba bajo cualquier arbusto. Allí lo

enterraron y ella recitó en alto una poesía sobre un pájaro libre. Después colocó la mesa sobre la tierra removida, por si luego la perra decidía por su cuenta seguir sola con su sepelio particular. Pero la angustia no se le había ido del todo. La revivía cada vez que recordaba su cuerpecito rígido y frío al entrar en la cocina y no oír su canto impetuoso.

El calor que salía de la vitrocerámica, más alargada que las normales — también antojo de él—, se le pegaba al cuerpo y le desagradaba sentirlo en la piel, como si tuviera manos para engancharsele. Se le había caído un vaso lleno de refresco sobre la ensalada y tuvo que volver a empezar. Al oír ruido en la puerta, se sobresaltó y se cortó el índice con la afilada punta del cuchillo con el que cortaba el tomate. La sangre le chorreaba por la muñeca y sentía como si mil avispas estuvieran picándola en la yema. Se lavó el dedo con agua muy fría y se puso una servilleta de papel con una tirita para presionar la herida. Pero Álvaro entró de la calle y fue directamente al baño. Le oyó tirar de la cadena y lavarse las manos. Luego se entretuvo en el salón. Ella aprovechó para dar los últimos toques a la mesa: la vajilla crema con el tulipán naranja en la base; los vasos de cristal de Baccarat; el mantel de hilo y el pan blanco, el que tenía que comprar de encargo porque solo lo hacían para clientes como ellos, que querían permitirse pagar dos euros por una barra de las de antes, las únicas que le gustaban a Álvaro. Pero él no se sentó. Puso sobre la encimera el regalo que ella había salido a buscar esa mañana, tras sepultar a su canario.

—Vida, tenemos que hablar. Últimamente estás un poco despistada, no has comprado lo que te pedí para la mujer de Javier. Ese bolso no es lo que te había dicho que traieras. Ya sabes que es muy importante para mí conseguir ese contrato, tenemos que aprovechar cualquier oportunidad para que se fijen en mí y que nos hayan invitado a la fiesta para celebrar el cumpleaños es un buen principio. Allí van a estar todos los mandamases, incluso vendrá gente de Toledo y de Segovia, peces gordos conocidos suyos que tienen mucha pasta y que van a comenzar obras grandes para los nuevos barrios. Tengo que aprovechar que Javier es amigo mío y quedar muy bien con todos.

Álvaro la llamaba Vida. Hasta su nombre se lo había quitado, como si al rebautizarla además le hubiera asignado su propia esencia y así le debiera una parte de sí misma; como si, al darle otro nombre, le hubiera despojado

también de su identidad y le hubiera asignado otra, más a su manera. Al principio, Violeta no se había dado cuenta. No le importaba; hasta le gustaba. Él entonces tenía una voz tan plácida, una risa tan fresca, unas manos tan suavísimas que, cuando la llamaba Vida, ella pensaba en melocotones en almíbar, en mermelada de frambuesa, en bombones rellenos de licor.

—Sí, pero no lo encontré. No tenían ya la pulsera que me habías dicho. Por eso le compré el bolso. Pensé que te daría igual.

Mintió. La pulsera seguía en el mismo escaparate de siempre esperando que alguien quisiera gastarse en ella los setecientos euros que costaba. Pero era demasiado cara y demasiado pequeña para que mereciera la pena intentar usarla como promesa de política de don contra don: tú me das, yo te doy más.

—No cariño, no me da igual. Te dije que compraras la pulsera. Necesito conseguir ese contrato. Lo necesito. No sé si entiendes lo que estoy diciéndote, porque a veces creo que no me entiendes cuando te hablo. Pero un bolso no es lo mismo.

—Pues yo creo que es muy bonito. Míralo. Está hecho de una piel muy fina y tiene adornos de plata. Me ha costado más que la pulsera. Y es más original. Estoy segura de que va a gustarle mucho más. No debes preocuparte.

Lo sostenía entre sus manos, con cuidado de no mancharlo con el papel que enrollaba su dedo y que se estaba tiñendo de sangre. El bolso era grande y suave y mucho más elegante de lo que Eva podría llegar a apreciar. Eso seguro. Lo llevaría unos días hasta que se cansara y se comprara otro. Igual que hacía con todo. Hasta con sus amigos. No entendía cómo él quería aproximarse más a ellos. Por muy ricos que fueran, por mucho contrato que quisiera conseguir. Pero a él no le importaba que le compraran; en absoluto. A Violeta no le gustaba Javier, ni mucho menos Eva. Se sorprendió un instante pensando que en realidad no le gustaba casi ninguno de los amigos de Álvaro. Esa camarilla que se había metido en su casa y en su vida y que se despellejaba a la mínima ocasión, en cuanto la víctima de turno desaparecía el tiempo suficiente. Aunque ya no tenía amigos con quién comparar. No sabía cómo, poco a poco los suyos habían ido desvaneciéndose entre las obligaciones, los ya nos veremos, las quedadas a las que hacía tiempo que había dejado de acudir porque él siempre encontraba algo mejor que hacer, un espectáculo más espléndido o un viaje más exótico. No sabía qué había sido

de ellos durante los últimos cinco años: solo había vivido por Álvaro y para Álvaro.

—No sé si me estás escuchando. No me importa que el bolso sea bonito o no. Te dije que compraras otra cosa y tú has hecho lo que te ha dado la gana. Siempre haces lo que te da la gana. Pero esto es muy importante. Ya te lo dije. Si no consigo ese contrato... Sabes que este año aún no he firmado ninguna obra importante y las cosas no están yendo muy bien con la de Capitán Haya. Pero no importa, aún estamos a tiempo. Ve a cambiarlo mañana y cómprale la pulsera.

Hasta ese momento, Violeta no había sido consciente de que él había abierto el paquete para poder ver el regalo. Lo habían envuelto en la tienda. La dependienta lo había hecho rodar sobre sí mismo superponiendo dobleces imposibles en un enorme pliego fucsia que brillaba, hasta que pareció una piruleta envuelta en celofán rosa. Y luego lo había atado con una cinta de raso ancha. Le había parecido demasiado pomposo pero Eva era de las mujeres a las que les gustaban las cosas grandes —casa grande, coche grande, marido grande—, así que estaba segura de que ese regalo le convenía mucho más que una minúscula pulsera. Y Álvaro había tenido la mala leche de desenvolverlo para saber qué era. Empezó a respirar deprisa. Sentía la vena de la frente llenándose de un líquido viscoso que corría rápido por sus vasos, el mismo que le caía aún del dedo abierto. Su cuerpo le avisaba de que debía callar, de que no siguiera, de que no debía discutir con él. Pensó en cambiar el bolso y comprar la porquería de pulsera. Pero algo dentro de ella no le dejó.

—No te pongas así. De verdad, Álvaro, es un regalo mucho más elegante. Seguro que vas a quedar mejor que con la pulsera. Eva es una mujer con mucho estilo. Sabrá apreciarlo.

—Vida, no me has entendido. He dicho que lo cambies y punto. Me importa una mierda si te gusta más, si te ha costado un riñón o lo que demonios te parezca. Lo devuelves y compras lo que te dije. Seguro que tienen más pulseras.

—Pues no voy a ir. No voy a cambiar el bolso. Si quieres hacerlo tú, ve y compra lo que quieras.

—Vida, no me provoques, solo te digo que cambies el regalo. Solo eso. Es fácil. Hasta tú puedes hacerlo. Solo tienes que coger la factura, volver a la

tienda, ir a la cajera y que te devuelva el dinero. En esa tienda te lo cambian todo.

Álvaro había cogido el bolso y se lo estaba ofreciendo. La miraba sin parpadear, con la vista fija en sus ojos. Erguido, el pecho levantado, la frente enhiesta, los músculos contraídos, la boca medio abierta. Pero ella, otra vez más, no quiso ver el peligro en su talante, no veía más que a un hombre que le volvía a obligar a hacer algo que no quería. Y las señales seguían: sus dedos le temblaban; un nervio de la pierna se movía sin que pudiera pararlo, sin que casi lo percibiera más que como una débil molestia; la nariz y los labios se le habían resecaado; y el aire entraba y salía de su cuerpo con prisa, como si deseara huir. Pero no quería rendirse de nuevo. No quería. Cogió el bolso y lo tiró al suelo, con mucha fuerza, como si hubiera arrojado también lejos de ella el ahogo que la acongojaba cuando él comenzaba a tratarla así, a imponerse con su mirada, con sus palabras o con sus actos.

—He dicho que no voy a ir a cambiarlo. No me da la gana.

Le sostenía la mirada. Orgullosa, decidida, empeñada en no claudicar esta vez. El pollo a la cerveza humeaba sobre los tulipanes naranjas del fondo de los platos. Su pájaro ya no cantarían más. El ruido del bolso al caer asustó a Zara, que se había apartado corriendo y se enroscó en su cesta. Luego bajó la cabeza y solo se le veían los ovalados ojillos negros mirando hacia arriba a Violeta, previniéndola. Álvaro la agarró por el brazo. La apretaba fuerte. Sentía sus dedos aprisionando la carne blanca y blanda. Le hacía daño. La arrastró junto al bolso y le obligó a inclinarse.

—Coge el bolso. Coge... el puto... bolso.

—No. Cógelo tú, si quieres.

Álvaro abrió la otra mano antes de estrellarla contra su cara. El dolor la atravesó como una flecha y se expandió hacia los lados.

—He dicho que cojas el bolso —la sujetó por la espalda y la tiró al suelo. Violeta sentía el pecho paralizado y los pulmones llenos. Los ojos le lagrimeaban rápido. Sentía frío, un frío húmedo y áspero que no concordaba con el rubor de sus pómulos, con el calor del que había soportado el brusco impacto de la palma abierta—. Coge el bolso. Ya.

Pero Violeta no lo cogió. Recostada a sus pies, con las dos manos puestas sobre la mejilla dolorida, solo se le ocurrió subir la vista y mirarle a los ojos,

suplicándole que no lo hiciera, que dejara de hacerlo, que no acabara de matar lo que ya estaba extinguiéndose, con cada reproche, con cada grito, con cada golpe, con cada anhelo perdido en una nada de desilusiones. Pero él no la entendió y confundió su ruego con el desafío de una mujer que valía menos que él y que le estaba retando. Y con cada patada que la alcanzó en la espalda, en los riñones, en las piernas, fue aplacando su ira hasta que por fin se convenció de que la había doblegado y de que él ya mandaba otra vez. Salió de la cocina y cogió sus llaves. Abrió la puerta de la calle muy despacio y al marcharse dijo adiós, porque su esmerada educación no le permitía irse de una casa sin despedirse.

Violeta quedó tirada a los pies de la mesa puesta, respirando entrecortadamente, dolorida por dentro y por fuera, doblada sobre sí misma, encogida e indefensa como un bebé que duerme. Pero no quería dormir. Quería morir y llevarse con ella su fracaso; y su amor por él, que a su pesar aún era grande aunque estaba herido y quería correr y esconderse; y su sentimiento de culpa por no haber sabido evitar llegar a eso, no haber sabido ayudarle a cambiar, a controlar su ira. Sus lágrimas caían sobre las baldosas mientras Zara le lamía las manos, intentando darle calor, aunque fuera el de una perra.

Se levantó muy despacio y examinó los lugares donde había recibido los golpes para comprobar que no tenía ninguna herida, pero le dolían mucho los riñones y el vientre y sintió un pánico punzante, gélido, nuevo. Se limpió las lágrimas con el paño de la cocina y se metió en el baño. Echó el cerrojo y enseguida abrió el paquete que esa mañana había comprado en la farmacia y que había dejado arrinconado en el armario con el resto de sus cosas que él nunca tocaba. Orinó recogiendo parte del líquido en un vaso y luego vertió unas gotas en el tubo de plástico. Se sentó en el suelo y esperó. Seca de lágrimas, casi paralizada por la angustia, ansiando con todo su ser que las últimas semanas de mucho trabajo y de discusiones hubieran hecho que su cuerpo retrasara el período como hacían las gatas con el celo si se veían en peligro o si no tenían para comer. Y, mientras esperaba, le imaginó golpeándola de nuevo. Nunca antes le había pegado con tanta furia o podía ser también que cada nuevo golpe caía sobre la huella del anterior y dolía el doble. Pero hasta entonces no había llegado a tanto y ella había tenido la certeza de que no llegaría. Podía insultarla y reírse de ella y humillarla y

golpearla, pero Violeta jamás pensó que alguna vez podría hacerle sentir tanto miedo, el que le había provocado un temblor tan incontrolable en las manos que no había podido evitar mojarse los dedos con su propio pis. Sin embargo, se había equivocado. Y le dolía más tener que admitirlo que las marcas y el recuerdo de su brutalidad.

Dos rayas rosas cruzaban el agujero blanco en medio del artefacto de plástico alargado. Dos rayas. Sí. Eran dos rayas. Releyó el prospecto. No podía ser. Tenía que estar equivocado.

«Enhorabuena, está usted embarazada. Si aparecen dos líneas en la circunferencia central de Predictorando, acuda a su ginecólogo.»

Cogió la caja y todos los artilugios que pudieran servir de testigo de su descubrimiento y salió rápido del baño. Tenía que darse prisa. Reunió todos los papeles importantes y los metió en dos carpetas. Llamó al banco, sacó de las cuentas que compartía con él su parte del dinero y lo traspasó a una cuenta nueva que abrió solo a su nombre. Guardó el portátil en su maletín y metió unas cuantas prendas de vestir y algunos zapatos en una pequeña maleta. Luego, buscó un papel y un bolígrafo con el que escribirle:

«Álvaro, lo siento mucho. Tengo que pensar qué hacer con mi vida. Puedes quedarte en la casa hasta que vuelva, pero no me busques, solo regresaré cuando haya tenido tiempo de recapacitar. Te quiero, Violeta.»

Dejó la nota sobre su mesilla de noche. Miró alrededor. Esa habitación había sido su cómplice en tantas batallas, perdidas y ganadas, y ahora iba a abandonarla. Eligió una fotografía de los dos. Él la abrazaba por la espalda y ambos sonreían mirando a la cámara. Sentía el aire bajándole por la garganta reseca y se sorprendió de no estar llorando pero, al mirar la imagen, se le encogió el pecho: no era capaz de no amar ese rostro aunque tampoco podía evitar odiarlo. Pero ese odio reluciente y extraño no se debía al daño que le había hecho hacía menos de una hora, ni a las muchas veces que la había menospreciado, ni a que ella hubiera llegado a pensar que todo lo que pasaba era culpa suya. Le aborreció con un rencor acérrimo por no haber valorado el amor que se tenían y, sobre todo, porque él era inteligente y nada ni nadie le obligaba a ser así. Nadie, por mucho que él se esforzara en ocasiones en hacerle entender que necesitaba más cariño o más comprensión que los demás. Nadie le obligaba a maltratarla. Nadie era responsable de sus actos más que él

mismo. Ninguna de sus razones le justificaban. Ni siquiera su propia cólera, que le invadía con facilidad y no sabía contener, era suficiente para disculpar su incapacidad de amar de otra manera.

Violeta volvió a sentir una punzada en el vientre y le repugnó mirarle, con un asco íntimo e impregnado de nostalgia y de una amarga sensación de pérdida de algo muy querido, aunque todavía no supo identificar bien lo que era. Solo supo que en ese mismo instante había llegado a convencerse por fin de que nada le otorgaba el derecho a no querer cambiar y superar su pasado y su propia historia para crearse un presente a su gusto y un futuro diferente. Y le había costado mucho verlo y decidirse a poner en peligro su acomodada vida junto a él, pero el rabioso miedo que se apoderó de ella cuando temió que sus patadas pudieran dañar algo que ni siquiera estaba segura aún de que existiera fue tan exacerbado, tan brutal, tan nítido, que le sirvió para tomar por fin la determinación de alejarse y poder así elegir ella sola cómo quería que fuera su vida y, sobre todo, poder pensar en ese niño que crecía dentro de ella sin haberlo buscado ni deseado. Soltó la fotografía sobre la cama y cerró la maleta de un golpe. Cogió una camisa que él había dejado en la butaca y se la acercó al rostro. Aún tenía su aroma, el perfume que se ponía siempre mezclado con el olor de su propio cuerpo, y quiso guardarlo dentro de sí, llevárselo consigo de algún modo, porque intuyó que nunca más volvería a aspirarlo.

Al llegar a la estación del tren que subía a Los Molinos, respiró confiada. Entró en el vagón y se sentó sola en un compartimento grande, con la perra embutida en un artilugio de plástico a sus pies que la miraba inquisitiva y enfadada. Era una tarde de jueves y apenas nadie subía a la montaña. Se recostó sobre el sillón y se quedó dormida hasta que llegó al final del trayecto. Su abuelo la estaba esperando. Le disgustó tener la sensación de que había empequeñecido. Se le habían escondido hasta los ojos, que a Violeta siempre le habían parecido grandes y vivos. Ahora no eran más que dos bolitas negras rodeadas de un blanco apagado y fatigoso; tanto, que pensó que no se alegraba de verla, aunque su impresión cambió en cuanto lo abrazó y sintió que su cuerpo, mucho más frágil y enjuto que la última vez, la arropaba con el mismo calor de siempre y después la recubrieron sus estrepitosos besos.

—Violeta, cómo me alegro de que estés aquí, te he echado mucho de

menos. ¡Cuánto te has hecho rogar para venir a verme! Pero, ¡qué guapa estás!, ¡qué guapa! Eres igual que tu madre a tu edad, pareceríais dos gotas de agua.

No le gustaba que Diego la comparara siempre con su madre, su otra Violeta, su pajarito, como él la llamaba cuando le contaba historias de su niñez. Pero lo hacía casi siempre. Quizás porque así corroboraba que no la olvidaba, que seguía presente en su vida, aunque fuera en sus recuerdos y en la imagen de su nieta. En las historias que le relataba se refería a ella con ese mote y Violeta ya casi se había acostumbrado a asociar ese animalillo con su madre porque él solía contarle alguna batalla una vez al día, como poco. Y es que su abuelo tenía muchas cualidades y la de la locuacidad era una de las más desarrolladas. A ella le había encantado oírle siempre. Se sentaba con él y pasaba horas escuchándole mientras le narraba las peripecias de su madre y también las de él mismo, de cuando era un crío que no abultaba medio metro. No le ocurría lo que a otras niñas que conocía del pueblo, que cuando entraban en su casa huían a esconderse a su cuarto y se sumían en su propio mundo e incluso les molestaba que sus padres o sus hermanos intentaran internarse en él, al menos mientras no fueron adultas. A ella, sin embargo, le agradaba hablar con Diego, quizás porque se quedó sola demasiado pronto y tuvo que aferrarse a él, su única familia. Y ahora, al tenerlo delante, con el abundante pelo plata y el cuerpo mucho más menudo, que parecía que se le iba a quebrar entre sus brazos, sentía un retortijón de arrepentimiento por haber dejado que pasara tanto tiempo sin haber vuelto a verlo, entremezclado con la preocupación que la asaltó al encontrarlo tan desmejorado. Varios meses habían pasado desde que por fin consiguió que Álvaro la llevara de nuevo a la montaña. Pero en realidad era culpa suya. Ella se lo había permitido, ahora no entendía cómo, pero había sido ella misma la que había consentido esperar tanto para volver. Él nunca se lo prohibió. No con palabras porque, quizás, si lo hubiera hecho, no habría tardado tanto en reaccionar para romper ese hechizo invisible y poderoso que la mantuvo embrujada y sumisa durante años.

—Yo también te he echado muchísimo de menos. Siento tanto no haber venido antes que estoy dispuesta a resarcirte: esta vez, vas a tener que echarme si quieres que me vaya, ya lo verás. Álvaro tiene otra obra en Perú, pero esta vez va a pasar allí más tiempo y me gustaría quedarme contigo mientras no está, si a ti no te importa, claro.

Violeta miró hacia otro lado. No quería que él le viera los ojos para que no la descubriera rompiendo su pacto, el que les impedía mentirse jamás el uno al otro. E intentó disimular esa chispa de pena agria que sentía cuando lo hacía y que le supo mal pero se diluyó enseguida al darse cuenta de que de veras no tenía intención de irse de su casa. Al menos hasta que hubiera decidido adónde.

—¡Cómo iba a importarme! Sabes que siempre eres bienvenida, siempre. Álvaro puede estar tranquilo, te cuidaré lo mejor que sé. Me hace muy feliz tenerte en casa otra vez, ya lo sabes. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Pero vamos, empieza a hacer frío y vienes muy fresca, tú, para variar. ¿Nunca te acuerdas de que esto es la montaña?

Él le regaló la sonrisa de toda la vida, la que la calmaba después de una batalla campal de piedras en el cerro que había terminado con demasiados heridos entre los contendientes y con sus padres furiosos con ellos por haber sido tan estúpidos de haberse arriesgado a escalabrarse por jugar; la que la dedicaba antes de salir hacia la Universidad, a una hora intempestiva de la mañana, cuando tenía un examen y los nervios la reconcomían; la que siempre encontraba cuando le contaba sus cosas, hasta que dejó de hacerlo porque encontró a Álvaro y todo se paró. Y le abrió la puerta del coche, como siempre, como cuando se empeñaba en acompañarla a cualquier sitio donde no pudiera llegar en menos de diez minutos andando, empecinado siempre en protegerla. Se colocaba delante de ella y esperaba a que entrara y se acoplara en el asiento. Solo entonces cerraba despacio y se sentaba al volante. No le preguntó más sobre Álvaro. Violeta sabía que no le gustaba demasiado: le culpaba de haberle arrebatado su cariño, como si ella fuera una tarta que, al dividir entre más, tocara a menos. Pero también sabía que él no era el culpable de su desapego de los últimos años, de eso sí podía excusarle. Tenía que haber sido ella quien se hubiera dado cuenta de lo que importaba. Se alegró al pensar que aún estaba a tiempo. Mientras él conducía hasta la casa, se arrellanó sobre el respaldo, que seguía igual de blando, y disfrutó de su tacto suave y luego estiró las piernas hasta tocar el chasis delantero. Se sentía bien, protegida y tranquila. Aunque su abuelo no le pareciera el mismo, oír su voz la calmaba siempre y su mera presencia le anticipaba el cariño que ahora tanto necesitaba. Y se durmió pronto al acostarse en la misma cama de cuando era

niña, la que se seguía recordando aunque hubieran pasado decenios sin usarla cada noche porque evocaba cuando todo era fácil y limpio y no existían Álvaro que importaran y que hubiera que olvidar

.

CAPÍTULO 2

I

Los Molinos, Sábado, 13 de Mayo de 2000 (2:10 h)

No sé cómo aún conservas la magia que ella te insufló un día con los pinceles que te pintaron. Cuando me siento frente a ti puedo verla a ella, puedo hablarle y sé que me escucha, que las quejas que en mi corazón se elevan hasta atravesar mis pulmones, llegando a agitar el aire y gritar dentro de mi mente, ella las oye y me mira y me atiende, con sus pupilas titilando mientras no es capaz de fijarlas en ninguna parte de mi rostro. Si me mira a los ojos sé que jamás podré dejar de ver temblar los suyos como si fuera una niña asustada la que en ese momento estuviera frente a mí. Puedo sentir sus manos en mis manos, su voz tranquila que apacigua mi dolor y mi miedo, mi tremendo miedo, la inacabable angustia que hurga en mí hasta conseguir que me golpee con los puños para matar la alimaña que dentro de mi estómago está alimentándose. Puedo inhalar el perfume de su pelo que dulcifica aún más el que se desprende de su cuerpo. Sus manos pasan de mi nuca a mis hombros y me contagian la serenidad que habita en sus dedos. Apoyo mi frente en su pecho, que me hipnotiza con su calidez. Mi angustia se doblega.

No comprendo qué es lo que te hace conservar el secreto de mi sosiego pero, mujer, tu guitarra tiene un hechizo que perdura y del que ninguna bruja, buena o mala, podrá librarte si no es matándome primero.

Cuando ella ha conseguido que mi espíritu repose, aparto de ti mi pensamiento y veo a Violeta. Ha aparecido como siempre, sin avisar, sin darme tiempo a que prepare nada, casi ni llego a buscarla. Es igual que su madre. Tiene hasta sus mismos ojos, tan grises que parece que, si los miras lo

suficiente, podrás verla por dentro. Aunque ella es mucho más fuerte. Aún no sé por qué ha venido. Ha llegado sola, sin Álvaro. Y no está bien, aunque no le pregunto, lo sé. Lo supe en cuanto la vi bajar del tren que viene de Madrid e invade con su ruido nuestro pequeño pueblo; pero ese también es un mal necesario. Ha adelgazado mucho, no come como debería, no se cuida, pero ya es adulta y no consentiría que un viejo como yo le diga cómo tiene que vivir. Hace bien, yo tampoco lo haría. Sin embargo, me cuesta no verla como cuando era mi niña, mi otro pajarito. Sigue teniendo esa mirada de cría lista como una ardilla, de las que lo pillan todo a la primera, pero ha cambiado. Ahora sus ojos están apagados. ¡Y cómo se parece a su abuela! La espalda ancha, las piernas finas, el pelo tan liso, la vista orgullosa. No se puede renegar de los orígenes. Pero está triste. Enseguida se abrazó fuerte a mí y sentí cómo su cuerpo temblaba igual que un conejillo asustado cuando le coges de las orejas. No es justo que yo también vaya a fallarla, pero ya no tengo fuerzas para servir de apoyo a nadie. Solo puedo darle mi cariño y no por mucho tiempo.

Ella me mira curiosa, medio escondida tras la puerta, cuando me siento enfrente de ti y me pierdo en tus colores. ¿Cómo podría explicarle que a través de tu guitarra consigo ver a aquella a quien únicamente amé más que a ellas? ¿Es esto una lágrima? No caigas, que ella no te vea rodar por mis mejillas, que no sepa que no quiero vivir, que no lo sepa. No quiero que conozca tu final, el principio del mío. No puede imaginar ni sabrá nunca cuál es tu historia. Tú debes callar, que no entienda por qué te necesito, qué ecos inaudibles produce tu guitarra que en sus notas oculta la canción de mi desgracia. Debes prometerme que no le dejarás sufrir por aquello que parece que solo yo recuerdo.

Sé que está angustiada, la he sentido entrando esta noche en mi habitación y tocarme la frente. Piensa que soy mayor, que tal vez esté enfermo. No se equivoca en todo: la enfermedad también la padece el alma. Qué pena desprendían sus manos cuando me acariciaban antes de salir para acurrucarse en su cama. Cuánto amor he percibido hasta en sus pisadas insonoras, volando sobre el suelo para no rozar siquiera el dibujo de las losas. No quiere despertarme ni que me preocupe por su preocupación. No imagina lo cruel que es el hombre. Cómo se siente un padre que ve morir a su hija en un lugar abandonado por todos; un marido que descubre que se llevaron a su

compañera de vida en mitad de la noche y que no podrá ni llorarla en una tumba con nombre; un anciano que toma el periódico en una ciudad que se precia de tener juzgados y lee cada día la misma injusticia, la misma historia, el mismo odio, la crueldad repetida, la maldad desbordada. No imagina el dolor que me invade al pensar que los hombres caminan en un mundo obligado en el tiempo a elegir entre amar y morir y su decisión lleva milenios tomada. Ha elegido morir.

Pero sé que ella también sufre. Y desconozco por qué, pero no sé si puedo ayudarla. Ya no, estoy demasiado débil y muy cansado, demasiado cansado. La oigo al sentarse como entonces ante su escritorio, el que le compró su madre cuando apenas tenía siete años y ambas vinieron a vivir aquí. ¡Me devolvieron la vida! Tú lo sabes: nunca fui más feliz que aquellos días en los que tuve conmigo a las dos Violetas, mis dos pajaritos, la madre y la hija. Ella correteaba por el jardín y me perseguía para que la llevara a ver los nuevos pájaros que habían anidado en las encinas; a veces, se quedaba dormida sobre mis rodillas mientras le contaba leyendas de duendes, hadas y princesas peregrinas. Ahora vuelve a mí, quizás para que también la guíe, pero yo tan solo puedo acogerla. En su cuarto, sentada con la ventana abierta de par en par para que el aire fresco de la sierra le abra los pulmones, respira hondo y escribe sin levantar la vista del cuaderno como cuando era niña, con la luz del flexo bailándole en el pelo.

Y no sé por qué está tan angustiada. Sé que no ha querido contarme lo que le ocurre y yo ya no tengo la fuerza para ayudarla a que lo haga. Mi camino ya se ha hecho y no quiero seguir caminando. Hace mucho que dejé de ser el que era, que dejó de interesarme enseñar a nadie. Todos olvidan demasiado deprisa, la historia del hombre se repite, ni siquiera la cultura evita la masacre, ¿para qué seguir luchando? Ya no puedo enseñarles nada, no tengo fe en que aprendan, no creo que eso les ayude a no caer en la barbarie. No puedo seguir siendo un hipócrita. O mejor dicho, no quiero. No quiero seguir leyendo en el periódico que miles de personas huyen de otras tantas en algún país perdido de África mientras me tomo un té con leche sentado en la paz de mi jardín. No quiero volver a escuchar que otros miles de personas tan distintas y tan iguales mueren de hambre mientras me siento ante un plato rebotante de comida que sobraré y tiraré a la basura. Es un tópico. Es un tópico. Sí, y eso

nos tranquiliza en Europa, donde pasa solo a muy pocos. Europa... cuando los que mueren son somalíes o indios o iraquíes, o para llegar a entenderlos hay que hablar en árabe o en algún dialecto del chino apenas conocido, los que vivimos entre algodones, visitando museos de objetos étnicos, cenando en restaurantes donde la irreconocible comida se sirve cruda o con exóticas salsas, comprando periódicos de un euro confiando en que con eso la persona que no sabe decir en español «tengo hambre» pueda de verdad comer; mientras son ellos los que se matan, se masacran o se mueren famélicos, respiramos porque sentimos que la civilización es una idea que nosotros utilizamos y sabemos hacerlo, aunque los demás no conozcan su significado. Somos prepotentes o estúpidos. Pero cuando los que se matan son blancos e ingenieros, historiadores, telefonistas, electricistas, panaderos, campesinos y profesores que cogen un fusil y se enzarzan en una lucha en la que asesinarán a su vecino, entonces, sí sentimos miedo. Además de crueles, somos hipócritas.

No me miras. No sabes cómo decirme que nunca fuimos mejores, ni jamás aprenderemos a serlo. No te atreves a mirarme porque tus ojos me dejarían ver todo tu dolor: lo que sufrimos se repite. Hoy volvería a suceder de la misma forma y con la misma impunidad. Como hombres que somos las piedras no nos hacen tropezar dos veces en el camino, nosotros mismos las dejamos caer delante del pie del que camina a nuestro lado. Si las piedras pudieran pensar, aprenderían a huir del ser humano.

Confío en ti. La cansina luz que entra por la ventana del cuarto que alberga el lienzo en el que residirás durante milenios iluminará con lucidez las sombras de Violeta. Necesito que ella te descubra, mi nieta pronto tendrá que conocerte. Y dejarás que tus latidos suenen paralelos a su dolor para que, al igualar su ritmo, su pena vaya disminuyendo hasta que su vida vuelva a tener sentido. No sé cuál de tus sortilegios usarás para que pueda utilizar tus ojos como yo lo hago y en ellos se encuentre de nuevo. Solo ella me importa ahora. Desde que su madre murió, su sonrisa ha sido mi único consuelo. Cuánto sufrí cuando se fue de casa. A cada paso que daba para llegar hasta la puerta que abriría para no volver veía en ella a mi otra Violeta, mi pequeño pajarito, y no podía evitar recrear la misma pesadilla: ella abandonada en un país teñido de sangre y odio, como otros miles, antes y ahora.

Pero ya me queda poco, lo sé, estoy muy cansado. No tengo ganas de

seguir viviendo. Cuando yo me vaya, Violeta quedará huérfana. Y debe tener un origen, un principio. Yo se lo daré, aunque me guarde lo que no quiero que sepa nunca, necesita conocer al menos una parte de su pasado y hacerlo suyo. Y yo he de enseñárselo. Ha sido muy oportuna. Ayer recibí la carta que esperaba. De no haber venido ella, tendría que haberla llamado para que me acompañara en este último viaje. Ya puedo volver a Asturias, de donde hace miles de años salí; me siento ahora como si en realidad hubiera pasado ese tiempo: más de un millón de días. Allí, imaginaré quién te pintó, por qué estás aquí, de dónde viene.

Ella tendrá que descubrirlos.

II

«En nuestras maravillosas tertulias de los domingos, se comenta, se critica, se experimenta. Pero estos días le toca el turno a la actitud de un importante núcleo derechista cuyo jefe ha declarado alegremente su disposición a "defender la República". Y del café, se ha pasado a la prensa, a las sobremesas y hasta a las mesas acompañando a la paella. Y algunos se enervan y otros se contienen, pero todos se apasionan como es inevitable característica de la idiosincrasia española. El tema, el centro, el núcleo de la cuestión es intrascendente: belmontistas y joselistas; aliadófilos y germanófilos; seguidores del E.F.C. del Recreativo de Montes del Castillo o del F.B.C. de Andurrianos de la Sierra... ¡lo importante es poder encontrar una razón para llevarle la contraria al contertulio en la rebotica, en el casino, en el banco al sol o en la bodega de la esquina!»

Villaviciosa (Asturias), 6 de Junio de 1934

En realidad nunca le había gustado esa casa tan grande y tan azul, por muy del estilo de Posada Noriega que fuera. Tampoco le gustaba vivir en ese

pueblo tan apartado de todo y de todos en el que sus oscuros ojos, acostumbrados a la cegadora luz del sur, languidecían en espera de los raros días en los que salía el sol, para contemplar cómo las hasta entonces apagadas hortensias parecían, durante unas horas, borbotones de burbujas de colores — rosáceas, blancas, lilas, azuladas—; exultantes entre el verdor omnipresente y monótono de todo lo demás; imperturbables y señoronas ante el pasar de las viejas que iban a misa a la misma hora que ella, a la de maitines, llevando de la mano a alguna nieta somnolienta de deslavazados lacitos rosa. Ni le gustaba la casa, ni le gustaba el tiempo, ni le gustaba el lugar, ni le gustaba casi ninguno de sus vecinos. Milagros no se había acostumbrado a sus peculiaridades del norte ni aun diez años después de volver de una tierra tan parecida a veces a su Sevilla. Seguía sin soportar ese ambiente pueblerino de edulcoradas niñas casamenteras, rudos machos curtidos por el trabajo en el campo o en la mar y solo unos cuantos caballeros que mandurreaban escudados tras el dinero que habían traído de fuera —como ellos pero, Dios nos guarde, salvando las distancias—, en el que la mayor autoridad en música era ella. Sí, sabía tocar el piano y, sí, sabía hacerlo muy bien. Incluso podía haberse convertido en una fabulosa concertista si no hubiera conocido a Manuel y lo hubiera dejado todo para seguirle en su aventura en México. Pero de ahí a considerarse una autoridad musical distaba mucho. Sin embargo, en ese lugar ciego ante la cultura, el tuerto que sabía diferenciar un Do de un La era el rey. Por eso la idea de volver a vivir en una gran ciudad no le disgustaba del todo.

Milagros se intentó aplanar el rizo rebelde que se descolgaba demasiado por debajo de los ojos. Las campanadas del reloj de cuco resonaban a través de la madera de acacia como si en lugar de una avecilla cantara un mochuelo. ¿Por qué se llamaría así un artefacto que emitía semejante ruido? Su cucú se parecía al de verdad tan poco como el monigote que lo emitía al pájaro vivo. Jamás lo habría puesto en el salón si su marido no hubiera insistido tanto. Manuel, ¡ah, su Manuel!, siempre tan pendiente de la hora. Pero al menos tenía que reconocer que servía para marcar el ritmo del día en una casa donde le resultaba difícil marcar nada. Con su cuarta campanada se levantaron de la mesa y pasaron al salón de té. Qué endemoniadamente tarde se comía en España y qué pronto había asumido ella otras costumbres distintas a las de su

niñez. Cerró el libro que le había traído de Madrid como regalo su amiga Clara, más desmejorada aún a la vuelta que cuando se fue, y que había ojeado mientras la sirvienta les preparaba el café, que no podía faltar en esa casa. Las tapas rígidas y pesadas hicieron un plof demasiado pervertido para la sobriedad de la conversación.

—No sé, no sé, Manuel, la idea no me parece del todo mal, pero es que irnos así, ahora, después de todo lo que nos ha costado hacernos otra vez a la vida aquí en España, después de todo lo que te ha costado esta preciosa casa, con la de cosas que tendríamos que dejar y, sobre todo, con la Universidad de Diego a pocos meses de empezar. Aunque la verdad es que no puedo decirte que no me gustaría irme de Asturias, aunque fuera un tiempo. Eso no lo dudes. Y mucho más desde lo de ayer, que no os he contado aún. A la salida de la iglesia me encontré con la prima de la doncella, la que ha venido a veces a traernos la leche... Sí, no pongas esa cara, que la has visto alguna vez. Tiene las manos más delicadas que he visto nunca en una persona así. Parece que siempre lleve hecha la manicura. Pues su marido era uno de los mineros que tuvieron el fatal accidente de hace un par de semanas. El pobre sufrió la peor suerte. No pude más que acercarme a darle el pésame, a pesar de que las otras siguieron su camino. Pero yo sentí lástima y tuve que ir a hablarle; no paraba de llorar. Fue espantoso. Seguro que entraba en la iglesia para pedirle algo al párroco, porque la había visto pocas veces por allí. No me gusta este sitio, no me siento bien en este ambiente, somos bichos raros aquí. Ya sé que esta es tu tierra, pero yo no consigo habituarme. Y puede que Jaime tenga razón y que los problemas no hayan hecho más que empezar. Pero Londres no es justamente el sitio donde preferiría ir ahora, llueve más que aquí, que ya es decir. Y el inglés nunca ha sido mi fuerte. Es un idioma demasiado complicado para mí. Seguro que en Madrid estaríamos mejor.

Milagros hablaba rápido, tan rápido que a veces era imposible entenderla si miraba hacia otra parte y no se podía seguir el movimiento de sus labios. Se levantó y cerró la puerta. ¡Qué difícil era encontrar sirvientas tan leales como las de antes! Se miró la falda, tenía una pequeña mancha roja que no saldría fácilmente sin arruinar la tela. Se enderezó y puso una mano sobre ella; después miró con disimulo a un lado y al otro mientras intentaba sentarse recta. Se fijó en su amigo Jaime, no paraba de colocarse las gafas y de

moverse sobre su silla mientras hablaba.

—Pero no podéis imaginar cómo está Madrid; también es un hervidero. No queréis reconocerlo pero esto va a ir a peor. Solo hay que ver lo que le ha pasado a Azaña, a Lerroux y suma y sigue. Y mirad ahora la que tiene liada la derecha, deshaciendo lo andado, lo bueno y lo malo; y los comunistas...; ¡y los anarquistas! Ni ellos tienen claro lo que quieren. No se sabe de dónde van a venir los golpes. Todos van y vienen como las olas. El gobierno de Madrid es inestable. Y sus medidas, un desastre a cual mayor, un experimento tras otro. ¿Cómo se puede evitar que las viejas recen? Y discúlpame, Milagros, por supuesto que no lo digo por vosotras.

—Jaime, si mi marido no ha impedido que crea en quien yo quiera, no lo va a hacer un gobierno que hoy opina una cosa y mañana la contraria. Y no te disculpes, entiendo perfectamente lo que quieres decir.

—En verdad, es justo como tú lo pintas. A nadie en su sano juicio se le ocurre querer cambiar radicalmente las costumbres a golpe de prohibición. Y si antes no lo hicieron bien, peor lo van a hacer ahora estos volviendo atrás. Ya lo vimos con el susto del voto femenino que, como se ha podido comprobar, no llegó en el mejor momento, pero es seguro que aún nos esperan muchas sorpresas resultado de otras tantas ideas felices. A qué alma cándida se le ocurrió creer que quitándose todo y expulsando a los pobres jesuitas... ¡Jesús!, jamás pensé que alguna vez diría juntas esas dos palabras... por dónde iba..., sí..., pues eso, que no tienen que estar en su sano juicio para pensar que, aun así, iban los curas a bajarse de su púlpito. Son demasiados siglos de tradición que la gente tiene metidos en los entresijos. Y eso no se puede deshacer a fuerza de imponer leyes, por muy republicanos que se hubieran vuelto de repente muchos. Así luego pasa que a algunos les das la mano y se toman hasta el hombro, y enseguida van y se lían a quemar conventos. Esto no puede traer nada bueno en un país como este, en el que la mitad de las mujeres se llaman María y la otra mitad Concepción, Anunciación o Magdalena.

—O Milagros, Jaime, o Milagros.

Milagros miraba cómo su hijo Diego dejaba caer un naipe tras otro sobre la mesa y cómo su amigo Martín le ganaba, siempre le ganaba. Ambos permanecían ajenos a la conversación, como si no fuera con ellos, cuando precisamente era a ellos a quienes más podría afectarlos. Pero la juventud es

el pecado de soberbia más prolongado de todos, aunque también el más fácilmente purificable. Ojalá la gula estuviera clasificada también entre ese tipo de pecados. Entonces tal vez ella podría conseguir que las piernas dejaran de dolerle, porque, por mucho que intentaba comer menos, su rechoncho cuerpo lo era irremisiblemente cada día un poco más. Manuel le sirvió un par de cucharadas de azúcar más a Jaime, que las removió con fuerza antes de llevarse la taza a los labios, aunque siguió hablando.

—Y además es mentira. Hay mucho republicano de boquilla pero a saber lo que harían si el rey y los suyos pudieran volver a coger las riendas. Y a saber lo que harán ahora con la derecha de nuevo al mando. Manuel, esto es una locura, te lo digo yo, convence a tu esposa. En España no estábamos preparados aún para haber dado este paso. Y encima se desdeña a la gente que sabe. Mira al menospreciado Ortega y Gasset. Colosal su artículo de El Sol. Pero ¿quién le hace caso? Cuatro iluminados a los que no se escucha y luego gente que, como nosotros, ha viajado y pensamos de otra forma. Por eso no me gusta lo que está pasando. Tanto ir y venir no puede traer nada bueno, estoy convencido.

Jaime volvió a dejar la taza sobre la mesa. Odiaba quemarse el paladar con el líquido caliente y, esta vez, la doncella había traído la gran cafetera hirviendo. Un hilillo de aroma y agua evaporada seguía saliendo serpenteante de la loza de La Cartuja, refinada y esbelta como la cucharilla de plata bruñida que había dejado sobre el platillo tildado de flores. Exquisitamente delicado y remilgado para un café tan amargo como aquel. Se fijó en su esposa, Clara seguía ensimismada en su cuaderno. Hubiera querido acercarse a ella y dar por zanjada la conversación que sabía que le estaba poniendo nerviosa, pero apreciaba demasiado a sus amigos como para no seguir insistiendo.

—Y, Milagros, quien dice Londres, dice París. ¿No es allí donde vive tu hermana Amalia?

—Sí, eso es. Y hace mucho tiempo que no los vemos. Seguro que estaría encantada de que le hiciéramos una visita de una vez y nos ayudaría de mil amores a encontrar un buen sitio donde instalarnos. Amalia vive en Francia desde hace muchos años, cuando se casó con Gérard. Mi sobrina Anna nació allí, es francesa y, por las últimas fotos que me han mandado, muy guapa, por

cierto.

—¿Muy guapa?, entonces nosotros también nos apuntamos. ¿Verdad, Martín?

—Hijo, no seas tan frívolo, que lo que estamos hablando no es precisamente motivo de broma.

Diego se acercó a su madre y le dio dos besos en la frente. Se había hecho mayor tan aprisa que ella apenas podía recordar en qué momento dejó de subírsele a sus rodillas para que le interpretara alguna pieza al piano, a duras penas manteniéndole en su regazo, y cómo la escuchaba siempre con una mirada limpia y nueva, como si todo lo descubriera en ese mismo momento.

—Perdóname, madre, no tengo intención de perseguir a mi prima, si no es estrictamente necesario. Y sé que lo que estáis hablando es importante. Pero yo no veo el peligro, la verdad. A pesar de que está claro que os habéis americanizado un poco y a veces parece que hayáis renegado de vuestras raíces, tenéis que creer que los españoles somos perfectamente capaces de solucionar nuestras diferencias sin crear más problemas de los habituales. Vivimos en una época difícil para muchos, pero no creo que sea como para tener que irnos. Yo no quiero irme. Ya lo sabéis.

—Sí, ya lo sabemos, pero tus razones no son lógicas, eso también lo sabemos.

Milagros le acarició el pelo, tenía sus mismos rizos, castaños y brillantes, y se empeñaba en dejárselos así, peinados al aire como cualquier labriego. Él volvió a sentarse junto a Martín, pero ambos parecían haber perdido ya el interés por el juego. Sonó la campanilla de la calle y la doncella tan solo tardó unos segundos en hacer entrar a una joven. Con ella entró la brisa.

—Elisa, dichosos los ojos. ¡Cómo te haces de rogar últimamente!

—Hola, Milagros, hola a todos, disculpen la interrupción. Y, por favor, no piense eso, venir a verles siempre es un placer. Mis padres me dijeron que también iban a pasar aquí la tarde y me he acercado en cuanto he podido.

La joven fue a saludar a su madre. Clara se había sentado frente al gran ventanal de cuarterones que volaba sobre el jardín de los magnolios y escuchaba la conversación sin intervenir, como casi siempre. Era sorprendente lo que ambas se parecían y más sorprendente aún que se parecieran en lo físico solamente.

—¿Qué tal, cielo mío? ¿Cómo te fue con el cuadro? ¿Ya terminaste?

La misma voz resonó en la sala. Si todos hubieran cerrado los ojos en ese momento, no habrían podido distinguir si la que hablaba era la madre o la hija.

—Así que es por eso por lo que no hemos disfrutado de tu presencia en la comida, ¿no? ¿Sigues pintando todos los días? —Milagros se sirvió un poco más de café, mientras no quitaba ojo a su hijo—. Haces bien, ya sabes que creo que eres muy buena, he visto pocas pinturas con el alma de las tuyas. Y te aseguro que he visto la obra de muchos pintores. Nueva York tenía unos museos fabulosos. Cómo los echo de menos.

Su marido la interrumpió. Con los brazos pegados al cuerpo, Manuel apretaba los puños inconscientemente. Casi daba un poco de risa.

—No empecemos otra vez, Milagros. Si de verdad te sientes como dices, vámonos entonces a Londres, a París o adonde quieras. Así no podrás quejarte de no tener a tu alcance pintores, músicos o cualquier otro tipo de bohemio o chiriflauta que prefieras, como te quejas de que te pasa aquí. Y francés sí que hablamos, mal, pero lo hablamos. Me niego a ponerme ahora a aprender inglés, por mucho que a ti te guste tanto la escritora tan fabulosa esa. Y a mí me da igual seguir llevando mis asuntos con mis socios americanos desde aquí que desde París, incluso allí seguro que las comunicaciones funcionan mejor. Supongo que también habrá sitios a los que pueda ir de caza. Y mi primo el médico vive allí ahora. Creo recordar que se fue a principios de año, con su esposa y mis sobrinas. Le están yendo muy bien las cosas.

—Jane Austen, Manuel, la escritora esa se llama Jane Austen. Y no es eso, no es eso. No quiero que penséis que soy una frívola ni que España no me agrada, solo que me gustaría vivir más cerca de una gran ciudad. En los tiempos que corren, acercarme a Oviedo o a Gijón cada vez que quiero ir al teatro o asistir a un concierto es una aventura. Se te quitan las ganas. Y además, Jaime puede tener razón. La situación aquí está más embrollada cada día. Irnos una temporada puede ser buena idea.

—Pero, ¿entonces están pensando en hacer caso a mis padres? Ellos ya llevan meses dándole vueltas, pero creí que no se atreverían a irse. Yo me iría encantada a casi cualquier ciudad de Europa, mañana mismo.

Martín dio un respingo en el sillón pero su amigo Diego se le adelantó.

—¿Tú vas a ir con ellos?

—Por supuesto. En cuanto se decidan. Tengo estudiadas ya todas las universidades candidatas. He enviado cartas a algunas de ellas, las de las ciudades a las que más probabilidad tendríamos de irnos en las que se ofrecen carreras de Bellas Artes. En París podría estudiar en la *École Nationale Supérieure des Beaux Arts*, nada menos. Tiene una de las mejores escuelas de pintura de Europa —Elisa miró con el rabillo del ojo a Milagros. No podría dejar de agradecerle nunca que le hubiera ayudado a convencer a su padre de que le permitiera estudiar, de que en otros países lo hacían muchas mujeres y ninguna se había muerto por ello, ni tan siquiera se había quedado ciega—. Solo me falta que tomen la decisión de una vez, pero no hay forma. La verdad es que no quieren irse si no os vais vosotros también. Ya veis, somos una familia de muchos. Y, Martín, tú estás incluido en el lote, supongo.

El muchacho la miró por primera vez desde que había entrado. Sus ojos violetas le ponían nervioso. Esa chica era como los gatos. Y se movía igual.

—Pues no sé, seguro que mi padre no querrá dejar el bufete en manos de mi tío. Pero yo creo que Jaime tiene razón. Al menos está claro que por aquí los mineros cada día están más revolucionados. Viven mejor que los labradores, su jornal es el más alto de Europa y su jornada la más breve, pero están muy unidos en sindicatos y no paran de convocar huelgas, ya me diréis qué más quieren. Pero mis padres no se irán de ningún modo, tampoco dejarán las tierras sin vigilancia, y mucho menos si puede haber problemas. Tampoco se sabe por dónde saldrá la Reforma Agraria tan cacareada. No es momento de abandonar los campos. Además ellos nacieron aquí, no añoran la gran ciudad en absoluto. Les gusta esta forma de vivir y la tranquilidad que hay en este sitio, bueno, que había hasta hace poco.

Martín se levantó y se puso en la taza otro terrón de azúcar. Movía continuamente la cabeza para apartarse el flequillo, un mechón oscuro le bailaba de un lado a otro por encima de los ojos. Después fue a sentarse más cerca de Elisa.

—Pero yo sí estaría dispuesto a irme una temporada, a mí el bullicio de París no me disgusta en absoluto y supongo que tenemos que aprovechar que Elisa se conoce todas las universidades de miles de kilómetros a la redonda, ¿verdad, Elisa?

Ella no le contestó, solo arrimó una silla a la de su madre y le tomó de la

mano. Hacía un rato que Clara había cerrado su cuaderno y lo había dejado apoyado sobre la mesa para volver a mirar por la ventana y seguía con la vista fija en algún punto afuera, mientras su hija le acariciaba los huecos entre los dedos. Parecía que Elisa lo hacía sin darse cuenta, como si se hubiera acostumbrado a cuidar de ella desde siempre y tuviera interiorizados ya los gestos que conseguían transmitirle paz. Una paz que nadie sabía cuándo había perdido, pero que se vislumbraba muy muy al fondo de sus ojos. Al verlas juntas, todos pensaron, como otras tantas veces, cómo era posible que dos personas tan iguales pudieran parecerse en realidad tan poco.

Afuera hacía frío todavía. Las grandes hojas verdes de los magnolios brillaban y las nuevas yemas púrpuras parecían a punto de explotar en colosales flores blancas. Un soplo de viento se llevó la hojarasca amontada a los pies de sus troncos agrietados. El gris nubloso lo manchaba todo, hasta la propia montaña gris. Una ardilla de ojos vivos tomó del suelo un fruto seco y lo estampó contra una piedra. El resto del café ya no olía en la enorme cafetera, todos se habían acostumbrado a su aroma y solo el delicioso perfume de Elisa se abría paso en sus sensaciones como si flotara. Martín la siguió mirando, pero ella seguía sin contestarle.

—No creo que mi padre vea ningún inconveniente en que me vaya a estudiar a París o a donde sea, siempre que siga estudiando Derecho, eso no tiene discusión posible. Así que yo me apunto a la locura, si me lo permitís. Siempre habrá tiempo de volver a su despacho cuando termine de estudiar allí, si no me queda más remedio. Y estoy seguro de que un abogado formado en la Sorbona o en cualquier otra universidad parisina donde me admitan no tendrá competidores en todo Gijón y alrededores.

—Pues nos alegraría mucho que os unierais a nosotros. A pesar de lo que cree Elisa, Clara y yo hemos decidido irnos como muy tarde en un par de meses. Nos da igual París, Londres o Ámsterdam. No quería decíroslo así, pero mi cuñado, el que está destacado en Sevilla, siguió muy de cerca el levantamiento de Sanjurjo —que no deja de ser un advenedizo pero vete tú a saber cuántos hay como él y que, además, así, a lo tonto, se ha cargado hasta a Lerroux— y nos lleva avisando desde entonces, asustando, diría yo. No sé si será un loco o un alienado, pero él lo tiene muy claro: la República ha perjudicado mucho a los militares, ha dejado a demasiados mandos sin poder

mandar y les ha intentado quitar poder pero en realidad siguen teniendo demasiado. Lo de Sevilla puede repetirse y nadie puede imaginar las consecuencias. Nosotros no vamos a quedarnos. Clara no está para muchos sobresaltos y yo, si os digo la verdad, tampoco. Y si resulta que nos hemos alarmado por nada, volveremos pronto.

III

Los Molinos, Sábado, 13 de Mayo de 2000 (8:36 h)

En dos meses, mi eficiente madre había conseguido organizarlo todo para dejar aparcada nuestra vida en Asturias. Suspendida en el tiempo, como si fuera posible recuperar un instante. Como si pudiéramos dar marcha atrás y reanudar nuestra historia en el punto en el que deseáramos. Qué prepotentes, qué humanos. Nos creemos dioses y solo llegamos, si acaso, a gusanos. Unos gusanos devastadores con nosotros mismos. Tus padres y tú nos animasteis a salir a tiempo de una España a punto de parir dolor y miedo, sufrimiento y hambre pero llegamos a una Francia desunida, en la que los enemigos se confundían y los amigos eran cobardes. No podíamos saberlo, qué íbamos a saber. Y, menos, nosotros, tú y yo. Yo tan solo pensaba en ti, en tus manos y en tu voz, en tus caricias entre dos luces que me erizaban la piel somnolienta hasta despertar cada poro a tu mañana. Todo lo demás, ¡qué poco me importaba! La juventud es egoísta, inmediata, impaciente, cada siglo un poco más, y a mí, entonces, ya solo me importaba volver a tenerte. Hasta en mis sueños te deseaba. Elisa.

Elisa, las luces del día doblan a muerto entre los fantasmas de mis recuerdos y se hinchan de voces ahogadas que suspiran para hacerse oír. Me llaman, me llaman, me ahogan, me buscan desde hace días, desde que Ángela, la abogada, me anunció que debía regresar. Ni el alba con su luz vivificadora consigue reanimarme para que pueda salir de mi nicho forrado de dolor. Elisa, mi dulce Elisa, pero sé que tengo que volver a ti. La sepultura de mi memoria ha sido profanada y ahora todo es negro, todo es negro. Y me da tanto miedo

que, si no fuera por ella, por mi nieta, lo dejaría pasar y solo esperaría sin más hasta que llegara el dulce letargo de la muerte. Por mi nieta. Parece que duerme todavía, en un sueño placentero de joven flemática e irreverente ante las penurias de la vida que aún no le han llegado y que ni imagina que le llegarán. Déjala, déjala dormir. Déjala que pase el tiempo sin que le agobie esa losa de cemento que siempre termina tapándolo todo. Hasta mi cama es una tumba, fría y solitaria, de la que consigo zafarme tan solo cuando pienso en ti. Ya han llegado los cuadros, Elisa, ya están allí. Y tengo que regresar. Pero sigo siendo un cobarde. No temo la muerte, temo recordar la vida. Aunque debí haber vuelto mucho antes. Y no pude, no tuve fuerzas. No me atreví. No pude volver donde sabía que te habría gustado tanto vivir.

—Abuelo..., abuelo... ¿estás despierto? ¿Vas a bajar a desayunar?

—Sí, pajarito, sí, estoy vistiéndome ya. No te he oído levantarte. Pensé que aún estabas dormida y quería dejarte descansar un poco más —ahora es ella quien me vigila; se han invertido los papeles, ahora ella hace de madre y yo de hijo—. Enseguida termino, pero no me esperes. Empieza sin mí.

—No te preocupes, voy a sacar a Zara un momento y desayunamos juntos.

Mi pajarito, creí que dormía y es ella la que me espera. Tengo que aprovechar su visita para pedirle que me acompañe; yo solo, no tendría fuerza para hacer este amargo viaje de vuelta a donde hace lustros salí y, además, ella también debe ir. Tendrá que conocerse. Aunque me pese. Cuando me fui de Asturias, qué poco podía imaginarme que no volvería jamás a vivir entre las paredes de esa casa mágica. La casa azul que te encantaba, tal vez porque parecía salida de la fértil imaginación de un pintor. Sus ventanales de cuarterones blancos parecían dejarse caer sobre el mar profundísimo y cercano solo en apariencia. Las brácteas anaranjadas de las buganvillas se descolgaban en anchas telas amargas sobre las dos columnas de piedra del portalón. Parecía que, en cualquier momento, tras ellas saldrían dos xanas, con largos cabellos y túnicas doradas. Pero eso nunca pasó. Sus siete habitaciones, sus dos salones, su mármol rosa, sus hermosas vidrieras, sus nobles maderas, todo eso se quedó, como si nunca hubiera tenido nada que ver con nuestra vida.

Desde que nos instalamos en ella, nunca antes la habíamos abandonado más que unos días, en los viajes que mi madre organizaba siempre que el

tiempo o el humor de mi padre se lo permitían. Pero, cuando partimos hacia París, no fuimos conscientes de que ya no volveríamos hasta muchos lustros después y menos de que muchos de nosotros no lo haríamos nunca. Si lo hubiéramos sabido, habríamos recorrido cada rincón en busca de algo que anclarnos al alma para reconocernos luego en ello, para no olvidar nuestros orígenes, para sentirnos de alguna parte. Eso era lo peor de ser extranjero en una tierra extraña que, aun después de años, jamás te pertenecería, el no sentirte parte de ella, el que todo transcurriera ajeno a ti, que pareciera ocurrir sin ti, como en dos líneas paralelas condenadas al aislamiento, sin que realmente nada de lo que te rodeaba pareciera atañerte o afectarte.

Yo no me di cuenta de eso ni siquiera cuando la comitiva con los coches llenos de maletas comenzó a andar y, trastabillando sobre los caminos pedregosos, llegamos a la carretera que nos llevaría a Barcelona, ni siquiera entonces fui consciente de lo que dejaba. Ni miré atrás, tan solo podía pensar que tú viajabas a mi lado, tan próxima a mí, y que poco después te tendría aún más cerca. Dos desconocidos para gente nueva entre la que ya no tendríamos que escondernos, dos incipientes amantes anónimos en las calles parisinas. Iba tan excitado que no recuerdo ni el tiempo que tardamos en llegar a Barcelona, si fue mucho o muy poco, solo sé que miraba embobado por la ventana pensando que tú ibas tan cerca y que solo dejé de pensar en ello cuando, ya desde varios kilómetros antes de llegar, me asaltaron los dos medios pechos de diosa suprema que formaban las arcadas de la Estación de Francia. Me quedé mudo de la impresión y seguí también sin hablar cuando todos entramos en el inmenso vestíbulo, de extraña geometría, rematado hacia el cielo con tres descomunales cúpulas sostenidas entre incontables bóvedas y pilares, poblada de mármol blanco, bronce y madera de roble, alumbrada por triples faroles de forja negra y cristalería y gigantescas vidrieras en forma de medio arco. El lujo y la grandeza hechos estación. Para construir maravillas así quería hacerme yo arquitecto. Qué pueriles son en ocasiones los deseos de juventud. En un momento en que nadie nos miraba, me cogiste de la mano. «Impresiona, ¡eh!»». Y sí, impresionaba. ¡Y qué hermosa era! Pero más hermosa me parecías tú. En la pared del fondo, entre las dos bolas gigantescas de metal suspendidas de sendas estructuras de hilos anclados al techo, miré la hora a la que al fin partimos hacia nuestro futuro en ese nuevo país en el que todos habíamos

puesto alguna esperanza. Eran las cinco y diez y la mía era descubrirte.

IV

«Hermanos de armas, hermanos todos, seguid así, estoicos, imperturbables, solemnes. Seguid así, incommovibles, con vuestros baluartes elevados al cielo, aguantando la lluvia y las pasiones, seguid así, porque en estos tiempos en que la femenina decadencia invade los pueblos y los sentimentalismos se extienden como la peste devorándolo todo, el único orden y equilibrio son posibles si vosotros, el Ejército, se mantiene al margen y siente el llanto como síntoma de cobardes y las agitaciones como vergüenzas. Las muchedumbres gentiles se dejan llevar por las pasiones y explotan en griterío ante las buenas nuevas y lloran amargamente ante las penurias, pero dejadle ese pobrerío de espíritu a los cobardes, porque, a Dios gracias, el Ejército sabe mirar siempre hacia el futuro.»

París, 6 de Septiembre de 1934

Milagros nunca antes se había parado a pensar por qué su hijo se parecía tan poco a su marido. Vistos así, sentados uno frente al otro, nadie podría haber imaginado entre ellos un parentesco más cercano del que podía haber

unido a cualesquiera de los viajeros del zarandeante artefacto del demonio, en el que al menos habían tenido la suerte de poder sentarse todos juntos. Hacía ya horas que había corrido del todo las cortinas de terciopelo marrón para dejar de mirar el horizonte en busca de algún vestigio del paisaje español. Tras aquellas ventanillas oscuras, la rapidez con que la locomotora tiraba de los vagones provocaba que los árboles se juntaran entre sí en un flujo de materia en movimiento vertiginoso. Y los mareos habían sido tales que había tenido que levantarse varias veces para ir a vomitar. Pero, ahora, ya más tranquila y sin nada dentro que poder expulsar para encontrarse mejor, había descubierto un entretenimiento más mirando de hito en hito a sus compañeros de viaje. Recostados en los sillones de ruda tela beige, algunos dormían, los mayores, jóvenes aún pero necesariamente envejecidos por oposición a los tres pipiolos que no habían dejado de hablar en todo el viaje en voz tan baja que ella, aunque había querido, no había podido participar en su conversación. Esa juventud estaba perdiendo los modales; Milagros jamás se hubiera atrevido a hablar así delante de su madre. Y sonreía pensando en esto, en cómo su encorsetada madre la habría reprendido por eso cuando a ella su insolencia simplemente le suscitaba curiosidad.

Pero la verdad era que Diego no se parecía a su padre. Quizás la manía de tocarse la nariz con la punta de los dedos cuando se concentraban demasiado, el hoyuelo del mentón que tenuemente se les marcaba tan solo cuando reían, la manera en que se acariciaban las manos mientras escuchaban en alguna conversación u otros ademanes similares, casi nunca estrictamente físicos y perceptibles solo para aquellos que les quisieran tanto a ambos como para percatarse de su existencia, fueran lo único que permitía rastrear el invisible vínculo que existía entre ambos. Aparte del cariño que se tenían el uno al otro. Manuel adoraba a su hijo, incluso a veces creía que más que a sus dos amores confesados —ella misma y la caza—, y él le correspondía con mayor intensidad, si es que eso era posible. Había sido de ese modo desde que Diego apenas levantaba cuatro palmos del suelo y ella se exasperaba porque buscaba a todas horas la compañía de su padre y su manita siempre rechazaba con un ademán de altivez muy poco apropiado para un crío la ayuda que ella le brindaba y no la aceptaba nunca más que como segundo plato. Siempre fue así hasta que se hizo lo suficientemente mayor como para entender que los afectos

también debían seguir unas normas de cortesía.

A veces se preguntaba si habría ocurrido de otra forma si ella hubiera estado mucho más pendiente de él. Se empeñó en amamantarlo y criarlo sin ayuda de nadie, que para eso la naturaleza la había dotado a ella, y muy bien dotada, y jamás se había enfrentado a nada tan duro y a la vez tan hermoso. Pero salió tan agotada de la experiencia que decidió no tener más hijos y enseguida reanudó sus misas de cada día; las tertulias con sus amigas, mucho más animadas en México de lo que jamás serían en España, seguro que sí; y las visitas a los museos y al teatro, acompañada de Manuel o no, según se diera. Incluso participó más que antes en cualquier evento o celebración que le pareciera interesante o ameno. Y quizás el pequeño se había aferrado a su padre en lugar de a ella porque podía elegir en igualdad de condiciones: ambos llevaban una vida ajetreada y solo reservaban para él algunos ratos de las tardes, cuando terminaban su jornada dedicada a diferentes y variadas ocupaciones, pero en ambos casos apartadas del niño. Y además ella era mucho más exigente que su marido y quería que su hijo tuviera todas las oportunidades que le ofrecía una buena educación, que lo aprendiera todo, pero sin descuidar nunca sus emociones. Quería que fuera un hombre feliz y que pudiera hacer feliz también a los demás. Eligió escrupulosamente a su institutriz, lo que le costó un mundo, y luego la persiguió con sus teorías sobre la enseñanza de la oratoria, la gramática, el francés, la música y las matemáticas, y ella misma se encargaba de repasar con él aquello a lo que no había llegado en el día con su maestra. Y más tarde, cuando tuvieron que buscar colegio en Asturias, buscó y rebuscó hasta encontrar el mejor de la zona. Así que Diego eligió enseguida lo más fácil: su padre jugaba y su madre le exigía y le hablaba sin cesar de sentimientos y sensaciones. Y eso, quizá, no era tan divertido como revolcarse por el suelo con Manuel. Y entre los cachitos de amor que el niño había repartido cada día y que ella recordaba cada noche al acostarse, su parte siempre era mucho menor, o al menos se lo parecía. Pero se había acostumbrado a esa forma de querer. El amor de su hijo se quedaba en su círculo íntimo y ella sabía incluirse dentro de él y aprovechar y guardar cada una de las sonrisas con que ese mocoso de pícaros ojos negros y sonrisa cautivadora le hacía sentirse la más feliz de las madres. Sin embargo, también sabía que eso tendría que cambiar. Quizá ya lo había

hecho sin que, como otras tantas veces en los últimos años, ella se hubiera percatado.

Era extraño ese triángulo. Dos hombres y una mujer. Demasiado juntos y demasiado separados. Milagros habría preferido que Martín o Elisa no les acompañasen. No se lo había confesado a nadie, tampoco a su marido. Era demasiado ingenuo para entender sus razones, pero algo dentro de ella le hacía sentir un picor extraño en la mano derecha mientras lo pensaba y eso siempre terminaba significando que había acertado en sus intuiciones, aunque muchas veces no se demostrara hasta mucho tiempo después. Recordaba, por ejemplo, la que tuvo con su amiga Clara. Todos se empeñaban en decir, a sus espaldas, que era una loca, pobrecilla, que había nacido así y que bastante tenía Jaime con haberla querido siempre y haberla consentido sus extrañezas desde antes incluso de haberla pretendido. Era muy hermosa, sí, y si no hubiera sido ella, podría haberse casado incluso con aquel marqués que la cortejó brevemente, hasta que se retiró, quién sabe si alertado por los mismos que decían quererla tanto. Pero había algo turbio en ella, algo que muchos achacaban a la locura o, conmovidos por la dulzura incuestionable de su mirada, a la extravagancia. Y pocos entendían cómo esa mujer de bellísimos ojos violetas podía ser la madre de alguien como Elisa, porque, para su fortuna, solo le había transmitido su piel delicada y su pelo suave y sus finos rasgos, incluidos sus preciosos ojos, pero ni un ápice de su opacidad ni de su tristeza. Sin embargo, siempre que Milagros se acercaba a Clara, sabía que no podría evitar sentir un cosquilleo en las palmas e intuía que no estaba loca y se convirtió en su mejor amiga desde el mismo día en que pudo conversar con ella a solas, sin ningún varón demasiado cerca, aunque solo años después llegó a saber de muy mala manera que su olfato no le había fallado tampoco esa vez. Y su hija tuvo la suerte de heredar su físico pero no tuvo que repetir su historia y por eso era un cielo de mujer y nada le habría gustado más a Milagros que saber que se convertiría en un cielo de nuera. La suya. Por eso, para su gusto, alguno de los dos habría sobrado ahora en el vagón.

—¿Por qué no dejáis ya de decir tonterías? ¿Es que no tenéis otra cosa mejor que hacer que bromear todo el rato? Parecéis críos, de verdad, críos atontados. No habéis dicho una cosa interesante en todo el viaje y mira que llevamos horas aquí metidos. ¡Qué ganas tengo de llegar y de ver París! ¡Cómo

me alegro de que os hayáis decidido por fin! Será una experiencia fabulosa, ya lo veréis.

—A veces me recuerdas a mi madre, Elisa. Siempre regañándome cuando me porto mal. No hagas que me arrepienta de haberme apuntado a esta locura. Mírala, no deja de controlarme. No he conocido a nadie como ella, siempre detrás aunque no lo parezca.

—Locura..., ¿por qué locura? Locura era quedarse en España pudiendo aprovechar el miedo de los retrógrados de mis padres para vivir una aventura aquí, en la ciudad de la luz. O mejor, en la ciudad del amor. ¿No crees, Elisa?

—Martín, no empecemos, que ya somos mayorcitos y hace tiempo que las cosas están claras. Al menos yo las tengo muy claras.

Elisa miró a través de las ventanas ovaladas. Hacía mucho rato que las luces de la ciudad se veían a lo lejos. Eran como chiribitas voladoras que chisporroteaban, encendiéndose y apagándose al ritmo infernal de los monstruosos ejes que movían las ruedas del tren en un traqueteo insoportable.

—No sufras, mi niña, que se te pone una cara muy fea. Mírala, si va a enfadarse y todo.

—Martín, déjala ya. Ella tiene razón, parecemos críos. Acabamos de comenzar un viaje que nadie puede imaginar dónde nos llevará y solo sabemos volver a lo mismo. Lo que tenga que pasar, pasará, no se pueden poner muros a la vida.

Diego había cogido la mano de Elisa y se la llevó a los labios. Pero ella enseguida la volvió a dejar apoyada sobre sus rodillas. Miró de reojo a Martín, pero no les había visto el gesto.

—No, en eso tienes razón, Diego. Siempre hay que vivir como si hubiera esperanza. La vida siempre decide por ti. No puedes imaginarte hasta qué punto. O si no, mira los idiotas de mis hermanos, se morían de ganas de venir también pero mis padres no se lo han permitido. Solo yo puedo estudiar en París, solo yo podré pegarme la gran vida aquí, mientras ellos siguen la tradición familiar. Sobre todo Herminia, la pobre, nunca saldrá de casa si no es con un compromiso por delante con cualquiera que le cuadre a mi padre. Qué pánfila.

—No puedo creer lo que te oigo, Martín. Que tengas la suerte de poder ser el que tenga esa oportunidad y te burles de lo que tiene que vivir tu hermana...

Eres un idiota, un egoísta o un inconsciente, y no sé qué es peor.

—No soy ninguna de las tres cosas. Solo me alegro de poder estar aquí, contigo. Y con Diego. Yo no puedo evitar que mis padres piensen como lo hacen, ¿qué quieres que haga? ¿Que me quede con ella? Tengo que aprovechar mi suerte, ¿no crees? Cada uno tiene la suya. Y ¿quién sabe?, quizás la tuya y la mía estén más unidas de lo que ahora puedes imaginarte, así que no me juzgues, mi niña.

—No me llames así, no me gusta, ya lo sabes. Ya no soy ninguna niña.

—Dejad de discutir y venid a ver esto. ¡Estamos entrando en la ciudad! ¡No puedo creérmelo! ¡Qué hermoso! Sabía que este río era fabuloso, pero... esto... esto es increíble.

Diego había abierto un poco la ventanilla y el aire de París les daba en la cara. Era una corriente fresca de voces nuevas, de colores vivos, de ruidos deliciosos, de momentos indefinibles, de vida por descubrir que les estaba esperando. Sumergidos en ella, cualquier río les habría parecido extraordinario. Incluso uno mucho menos asombroso que el serpenteante y verdoso Sena.

—Pues no parece que no has visto un río en tu vida...

—Venga, déjalo ya de una vez y disfruta de lo que estamos empezando a vivir. Dime de verdad que sí has visto algo parecido. Esto es París..., París. Por fin estamos aquí.

El tren fue aminorando la marcha hasta que les recibió un inmenso triángulo cristalino que parecía desgarrarse en millones de astillas metálicas. Su división en forma de malla trenzada con miles de cuadrados, rectángulos y triángulos en su parte superior y de alargados poliedros terminados en semicircunferencias por debajo le hacía parecer una tela de araña meticulosamente trazada. Pero en realidad se trataba de la vidriera del tamaño de una plaza de toros que soportaba la cubierta de la Gare d'Orléans, su destino. Diego no pudo evitar sacar la cabeza por la ventanilla antes de que el tren se detuviera del todo para ver el imponente entramado de acero y vidrio que se elevaba a más de doce metros del suelo. Las tres filas de lucernarios atravesados por barrotillos de hierro se entreveraban con cuatro tiras iguales de planchas opacas. A los lados, otros ventanales excesivos dejaban pasar la luz de París y, por efecto de sus miles de cristales, conseguían incluso

multiplicarla. El volumen de la estructura imponía respeto, pero se disipaba entre la barahúnda de gritos, chirridos metálicos y silbidos; y el olor de la estación, un conglomerado de polvo, grasa, vapor y humo.

Cuando el hombre vestido con un uniforme impecable y gorra negra hizo la señal desde fuera, todos los pasajeros comenzaron a bajar despacio. Milagros y su amiga Clara iban cogidas del brazo mientras Elisa saltaba al andén, Martín y Diego la seguían a pocos pasos y Manuel y Jaime continuaban discutiendo sobre lo mismo de las anteriores dos horas y media. Los mozos recogieron sus maletas y las subieron a los carros, y todos echaron a andar hacia el vestíbulo que se veía varios metros más allá, al otro lado de los raíles que, como marañas de hilos estirados, se prolongaban hasta donde la vista daba de sí. A lo lejos, entre las incontables siluetas que se agolpaban en busca de alguien, una figura achaparrada agitaba los brazos y no paraba de hacer aspavientos y de gritar:

—¡Milagros! ¡Milagros! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Dios mío! ¡Milagros!

Otros trenes atravesaban las vías, promesas de otros destinos, y el vapor sacrílego de las calderas se escapaba por debajo de las ruedas y envilecía el aire. Un hombre con un ridículo sombrero blanco en forma de hongo se había parado en medio del pasillo central y miraba a los dos lados mientras sujetaba un ramo de rosas amarillas. El clavel rojo carmesí que lucía en la solapa hacía horas que se había marchitado. Milagros encomendó su amiga a su acostumbrado marido, dejó en el suelo su maletín de mano de piel de cocodrilo y salió corriendo. Aún tuvo tiempo de agarrarse el sombrero al ver otro igual que el suyo volar por encima de sus cabezas y aterrizar en las vías de enfrente, pero continuó corriendo hasta llegar a la única persona en todo el andén que vociferaba entre la multitud. Manuel la seguía con la vista, entre divertido y escandalizado, y se acercó a Jaime antes de hablarle en bajo.

—No pueden negar que son españolas.

—Sí, las únicas. Son las únicas españolas, eso podemos jurarlo.

Diego recogió el bolso del suelo y todos siguieron la estela de la adelantada Milagros, que seguía abrazada a su hermana como si fueran a quitársela, y llegaron a ellas abriéndose paso entre la multitud.

—Dios mío, Amalia, ¡qué guapa estás! ¡Pareces una actriz de cine!

—No exageres, no es para tanto. Solo voy un poco a la moda.

Entre los pitidos y el murmullo de los saludos, su voz sonaba como una mezcla entre el Bolero de Ravel y las sevillanas rocieras, y eso que ya habían transcurrido más de dos décadas desde que abandonara España para seguir de vuelta a casa al rubio profesor de francés del colegio de la Santísima, entre el beneplácito de sus padres y el alborozo de las vecinas.

—¡Tu pelo! ¡Qué has hecho con tu pelo! Si te viera madre, se moriría ahora mismo, estoy segura.

—Bueno, solo he aprovechado que ella no va a verme, ¿no crees? Es lo que se lleva aquí, todas las mujeres en el Club llevan el pelo corto y una boina así, al lado, aunque yo me la pongo un poco más enderezada. Ya ves, para darle un toque mío, más del sur. Pero suéltame ya, mujer, que Gérard va a tener razón cuando dice que las españolas somos unas histéricas.

—Pues Gérard que piense lo que quiera, que a mucha honra.

Pero Gérard no pensaba nada, solo se había acercado a su cuñado y todos estaban saludándose, presentándose o besándose, según el gusto, la edad o el interés. El ovillo de personas y maletas iba deshaciéndose poco a poco al tirar del hilo sujeto a las puntiagudas agujas del reloj de dos metros de diámetro que colgaba de la pared del sur. Marcaban las cinco y un niño flacucho se puso a llorar al oír las estruendosas campanadas que sonaban a las en punto. El tiempo se paraba apenas mientras los amantes se despedían, los enemigos se reconciliaban o los desconocidos dejaban de serlo. Clara se había agarrado a su marido y temblaba. Un desconocido con un bigotito insigne y un traje verde botella se la quedó mirando y ella bajó la vista.

—Tía, soy Anna. ¿No se acuerda de mí?

—Anna, mi preciosa Anna. ¿Cómo no iba a acordarme? Pero ¿cómo puede haber pasado tanto tiempo? Tú sí que estás guapa. Qué digo guapa, espectacular. Por Dios, ¿cómo has crecido!

Todos la miraron. No era posible imaginársela siendo de otra forma, ni tampoco estando en otro lugar. Al menos por Villaviciosa jamás podría haberse paseado con ese vestido. No sin que alguien se hubiera santiguado en cada esquina. La minúscula cintura dividía en dos un cuerpo sinuoso, de pechos y caderas en perfecta sintonía, demasiado armónicas para una prima o, incluso, para una sobrina. Y la mezcla de las raíces sevillanas con el glamour parisino se demostraba explosiva: dos grandes ojos negros asaltaban al

observador desde el pequeño óvalo de exquisita piel blanca y los labios rojos parecían dos perlas de cerezas almibaradas. Apetecía probarlas. Anna no era guapa, era sensualmente escandalosa.

—Hola Anna, soy Diego. Me alegro muchísimo de verte.

Los modales franceses eran en exceso atrevidos. De eso no había duda. Anna dio a su primo un beso profundo cuya sonoridad se disfrazó entre los ruidos eclécticos de la estación, pero se percibió como si se lo hubiera dado a cámara lenta y con él hubiera querido absorber algo más que el aire.

—Diego, eres mucho más guapo de lo que recordaba. Vaya con mi primito, vaya.

—Madre, creo que hemos hecho muy bien en venir a París. Estoy deseando instalarme.

En la calle, el sol iba perdiéndose entre los contornos de una ciudad hermosa y su belleza se quedaba a su lado escuálida. Las luces de la estación se encendieron todas a la vez por encima de sus sombras, hastiadas de regresar a la misma sucia horizontal. Los focos alumbraban los raíles que se extendían hacia lo remoto, hacia otros paisajes, otras ciudades, otras estaciones en las que unos pasajeros que siempre parecían ser los mismos protagonizaban escenas similares, aunque en realidad cada uno era siempre irreplicable.

CAPÍTULO 3

Se plasman sobre el lienzo los primeros perfiles, a carboncillo, en toques cortos y suaves, para no fijar demasiado el negro que luego emborronaría los colores. Trasladamos al blanco la armonía de las líneas, la del horizonte, los puntos de fuga, la perspectiva, sin perder de vista qué colores aplicaremos luego para que las luces y las sombras dibujen por sí solos los volúmenes y los matices se vean nítidos y preciosos. Marcamos y difuminamos líneas hasta que la disposición sea la exacta, la que buscamos, la que nos permitirá encerrar en un cuadro la esencia del modelo.

Los Molinos, Sábado, 13 de Mayo de 2000 (16:30 h)

Violeta seguía delante del escritorio. Ya sabía qué le había llevado hasta allí, pero debía comenzar a escribir desde el principio, desde la primera vez que sintió el miedo. Se había levantado temprano y había estado curioseando por la casa. En cada rincón se escondía un recuerdo: encaramado en el altillo de un armario, entreverado con el yeso frío de las paredes, salpicado sobre las viejas alfombras, camuflado entre las flores en color sepia del papel pintado; una carcajada escondida, un beso robado, un juego terminado, cien lágrimas

hace cien años evaporadas. Infinidad de momentos anclados en la mente y en los muebles y en los suelos. Entonces su abuelo se despertó y desayunaron juntos y después comieron en el porche. Diego cocinó para ella judiones con almejas y de postre quesada; sublime, le seguía saliendo de miedo, blandita por dentro pero consistente al corte, ni demasiado dulce, ni demasiado salada. Hacía tiempo que no había disfrutado así de una comida y una sobremesa. Estar con su abuelo le infundía la misma paz en la que recordaba haber vivido casi desde poco tiempo después de que muriera su madre, hacía muchos años, cuando en su cabeza empezó a diluirse su rostro y tenía que recurrir a sus fotografías para recomponerlo. Desde entonces, ya solo conseguía visualizar sus rasgos en esas imágenes, las aprisionadas sobre el papel, y su recuerdo era metálico y frío, el que había captado una cámara y se había plasmado desde un carrete.

Pero ahora le había parecido que Diego estaba inquieto, incluso ido. Se quedaba callado de repente y sus ojos se mantenían fijos en algún lugar que ella no podía ver. Y apenas le había hablado; no como antes. Aunque quizás era solo que todavía no habían pasado suficiente tiempo juntos como para recuperar la complicidad. Tampoco quería pensarlo demasiado. No le extrañaba que no hubiera insistido en preguntarle por qué se había presentado así, sin avisar más que unas horas antes y sin él, sin Álvaro. Tan solo un mero recordatorio de cortesía para el desaparecido y ya, todo había vuelto a girar en torno a ella, a cómo estaba, a qué tal le iba su trabajo, si seguía teniendo clientes, si seguía disfrutando pintándoles los sueños a los pequeños. Poco tiempo para él, para contestarle a sus preguntas sobre su vida apartada de la Universidad o sobre cómo pasaba cada día, y una sensación incómoda al intentar cambiar de tema cuando le tocó el turno otra vez a ella y él le preguntó si era feliz. Eso no se ponía en duda sin tener la seguridad de que la respuesta sería afirmativa y la de ella, en ese momento, podría haber sido todo menos eso. Se zafó como pudo, para no romper una vez más su pacto, y siguieron comiendo.

Ahora, él dormía la siesta en la habitación de al lado. Le oía resoplar con fuerza, casi roncando, y Zara se había tumbado a sus pies y roncaba también, puede que para no dejar mal a su anfitrión. Respiró hondo, el aroma a espliego y a romero se inmiscuía en su nariz, que le picaba en reproche. La luz de la

media tarde aún era tenue, carecía del rabioso fulgor del sol veraniego a esas mismas horas, y el visillo de la ventana se movía para dejar pasar un viento fresco, limpio, que se adueñaba de la habitación y aliviaba sus fosas nasales. Observó la cubierta salmón del cuaderno y cogió el bolígrafo. Cerró los párpados. Se vio en su casa una noche de verano. Como tantas otras. Como demasiadas. Abrió los ojos, pasó la primera hoja y siguió inspirando el aire frío. Sabía que le iba a doler, que intentar recordarlo todo sería como intentar vomitar metiéndose los dedos en lo más profundo de sus sentimientos, pero que, si deseaba curarse, debía hurgar en su sufrimiento para aceptarlo y reconocerlo. Y aprender a asimilarlo como suyo, para así vencer. Pero no tenía más remedio que comenzar removiéndolo. Miró la página immaculada y empezó a escribir:

Diario de un desamor: parte I

«Seguía lloviendo afuera. Ligeras gotas impregnadas del amargo sabor a ciudad lo empapaban todo con su apatía pegajosa y alquitranada. El sonido del agua al caer sobre las baldosas de la terraza se mezclaba con el murmullo urbano. Podían entenderse palabras, susurros en el aire a los que el calor y la humedad servían como medio de transmisión. A lo lejos, la llamada de un grillo batiendo sus alas en feroz canto, confuso y quizá ahogándose entre los charcos, era el acompañamiento perfecto en la noche en que sentí por primera vez que podía odiarte.

Llegaste demasiado pronto.

- Vida, —me llamabas—, ven Vida, ya he llegado. Ven a darme un beso.

Te oí buscarme en la cocina, entraste luego al baño y llegaste al salón. Tenías prisa. Abrías y cerrabas las puertas con fuerza, como si no me hubieras visto en días.

- Vida, ven... tengo ganas de ti, quiero hacerte el amor hasta que no pueda más. Ven, Vida...

A menudo volvías así, algo te había hecho llenarte de deseo y me buscabas enseguida. No podías esperar a que termináramos de cenar, en ocasiones ni siquiera esperabas a llegar a casa y me hacías el amor al bajar del piso de tus amigos, en el ascensor; a veces en el coche. Desde el

principio, siempre fuiste un amante fantástico, demasiado fantástico. Yo te seguía. Disfrutaba con tus locuras, con tu deseo irrefrenable, con tu fortaleza. Te adoraba; me gustaba tu fuerza, tu sentido del humor, tu impaciencia. Pero ese día necesitaba dormir. Llevaba toda la semana acostándome tarde y levantándome muy pronto. Se me atascaba el trabajo. No encontraba la mezcla de ese maldito tinte que necesitaba para terminar de una vez el encargo de tu amigo, el que me habías colado gratis como si mis asuntos no tuvieran importancia. Como si los siete días que tuve que dedicarle fueran un regalo que yo tenía que hacerle. Y tú podías pasar un par de noches sin sexo. Podías. No lo intentabas pero podías. Te oía moverte por la casa buscándome. Me encerré en el baño. No quería que entraras y te metieras conmigo en la ducha. Ese día no. Solo estaba cansada. Solo eso.

- Vida, —me llamabas —, ¿dónde estás Vida?

Entonces oíste caer el agua y corríste a buscarme. Te oía subir por la escalera y cada peldaño menos era un reproche dentro: no tenías que haber llegado tan pronto. Tenías que haberme dado tiempo a acostarme sin ti. Necesitaba dormir. Quería cerrar los ojos y dejarme ir, que ese día tan complicado se terminara de una vez. Sabía que no podía decírtelo, que no lo entenderías; para ti, mi trabajo era fácil. No tenía que aguantar la caravana, podía elegir las horas a las que trabajaba, no tenía que soportar a nadie que me dijera lo que tenía que hacer, ni cómo, ni cuándo. Para ti, eso era casi lo mismo que si me pasara el día mirando la tele o yendo de compras. Agarraste la manija y la giraste despacio. La puerta no se abrió.

- Vida..., abre, déjame pasar. Quiero bañarme contigo. Ábreme.

El agua caía sobre mi pelo y mi piel, la notaba ardiendo y la veía resbalar por mi cuerpo abriendo mis poros. Un vaho denso cubría los espejos. Hasta eso habías tenido que elegirlo tú. Dos espejos pequeños en forma de óvalo, oscuros, uno sobre cada seno, en lugar del grande y blanco que yo había encargado. Lo devolviste y compraste esos.

- Quedan mejor —me dijiste—. No digas que no son más bonitos, Vida. Verás cómo cuando los veas con la luz del día, te gustarán más.

El vaho se pegaba a ellos como deseabas hacer tú con mi cuerpo. Más cerca, más adentro. Seguías girando el pomo, cada vez más fuerte, cada vez más rápido.

- ¡Vida! ¡Ábreme ya!

Pero el agua sofocaba tu voz. Te oía lejos; un sopor azucarado me recorría; el placer de cerrar los ojos, relajar los músculos y respirar despacio y lento me impedía contestarte. Solo dejaba caer el agua sin preocuparme por ti, sabiendo que estabas fuera y que no podías entrar, que ese espacio era mío, esa sensación era mía, ese placer era mío. Y no quería compartirlos contigo.

Hasta que empujaste la puerta con tanta violencia que la cerradura saltó y fue a estrellarse contra el suelo. El golpe brusco hizo chocar la hoja blanca contra la pared y desencajó el marco. Abrí los ojos buscando los tuyos, esperando que me dijeras que habías creído que me pasaba algo. Pero ya estabas dentro, con tus manos sobre mis pechos, tu lengua buscando mi lengua y tu cuerpo sobre mi cuerpo. Avasallándome. Forzándome a sentirte. Irrumpiendo en mi recinto imaginado a salvo de todo, a salvo de ti, construido del calor y del vapor y del olor al jabón dulce que se había adherido a la pintura del techo, a las baldosas de las paredes, a los cristales de las ventanas, a los marcos de los espejos. Lamiéndome y mordiendo mis senos, en los que el agua seguía cayendo irreverente. Doblegando mis ganas de que salieras. Dominando mi voluntad de no ser tocada, ni besada, ni lamida, ni penetrada. Sometiendo mi intención de que no hicieras nada de lo que hiciste con mi cuerpo. Hasta que satisfaciste tu deseo y te calmaste, te enrollaste a la cintura la toalla y saliste del baño dejando entornada la puerta desencajada y mis ojos vacíos de lágrimas que al caer se mezclaron con un sudor inútil, originado por el rechazo y la impotencia, y se fundían con el agua que en tromba bajaba hacia el sumidero.

Seguí dentro un rato más, apoyando las manos contra la pared para no dejarme resbalar y aumenté la temperatura del chorro que me caía encima para intentar que su calor consiguiera despegar de mí una sensación extraña y nueva, que dolía más que en lo corpóreo en lo etéreo, en la necesidad de no poner nombre a lo que había sucedido. Me sequé con minuciosidad, la toalla se llevó parte de tus huellas, las físicas, los despojos que habían quedado de cada caricia con que me robaste algo de mí sin que yo lo deseara. Pero no pudo llevarse mis ganas de llorar. Me metí en la cama. Tú estabas dormido ya, desnudo, con la ventana y la puerta del

pequeño balcón abiertos de par en par, para sentir la corriente y ahuyentar el calor que odiabas tanto. Seguía lloviendo afuera y sentí frío, un frío denso que se me metió en las entrañas y que me acompañó luego, mientras salí corriendo al baño para vomitar cuando miré tu cuerpo destapado y tu miembro flácido que pareció querer provocarme haciendo alarde de aquello que yo no había deseado y que me habías obligado a tener.

Me acosté y lloré mucho, lloré por mí y por ti. Lloré porque aquella fue la primera vez que me hiciste de verdad sentir que podría llegar a odiarte.»

Se levantó de la silla. Había escrito todo sin detenerse, sin tachar nada, como si supiera de antemano cada pensamiento que iba a pasar al papel y se notó los ojos llenos de lágrimas. Alguna había caído sobre las letras y había emborronado las palabras. Pero las secó y cerró el cuaderno. Se había ido de su lado para eso, para conseguir aglutinar su dolor y utilizar esa angustia que ahora sentía al recordar su daño para aprender a olvidarle. Y sí, dolía mucho, pero dolía más que él, después de aquello, se hubiera levantado al día siguiente y se hubiera duchado, se hubiera vestido, hubiera desayunado y se hubiera ido como si nada. El único vestigio que quedó de aquel mazazo en su voluntad fue un operario que llegó por la tarde, enviado por él, y que arregló la puerta que había destrozado. Pero ese sentimiento de ultraje que le invadió durante días no lo reparó nadie y se fue desvaneciendo por sí solo hasta que se olvidó de él, ayudada por el avance de los días y por la indiferencia de Álvaro, que lo pasó por alto como si no hubiera sucedido. Ahora estaba segura de que, para él, aquello no había sido una ofensa: ella le pertenecía, le pertenecían sus manos, sus ojos, sus labios y sus pechos; le pertenecía su vientre y sus muslos y sus dedos; ella era suya por dentro y por fuera. Toda ella era de él y él tenía el derecho a usarla cuando le apeteciera.

Sí, podía funcionar porque, al obligarse a recordar el daño que le había hecho y que no había querido asimilar hasta que, mientras él la pegaba, solo fue capaz de sentir ese espantoso miedo a estar embarazada y a que le hiciera daño también al bebé, sentía el mismo odio que al mirar su fotografía el día que se fue de su casa. Y, además, ahora tenía un ser diferente a ella creciéndole dentro y lo que le había producido un pavor insensato no habían sido los golpes sobre ella ni los gritos que la martirizaban, sino la certeza de que no quería que Álvaro fuera su padre, porque lo sufriría igual. Fue en ese

momento, al traspasar a otro su propio dolor, cuando asumió sobre sí misma lo que significaban de verdad las voces, las burlas, los insultos, las humillaciones y, por fin, los golpes. Al imaginarse que un pequeño ser, diminuto e indefenso, podría convertirse también en su víctima. Y ese ser, además de sufrirlo, se convertiría sin quererlo en el yugo que le uniría a él para siempre. Esa idea le había aterrado como ningún desprecio ni ninguna amenaza podrían asustarla nunca, porque no podría seguir viviendo si consintiera en ser tan cobarde como para marcar así la vida de otro. Por eso se dio tanta prisa en escapar: tenía que pensar en esa bolita de células suyas que estaba tomando forma dentro de sí misma, porque le quedaban pocos días para poder hacer algo.

Hacer algo. Y ¿qué podía hacer? Ya le parecía terrible incluso estar pensando en ello. Nunca había analizado la posibilidad de tener hijos. Ella sabía que Álvaro no los quería. No los necesitaba. Vivía demasiado bien en su propio paraíso de inmadurez, instaurado en su seguridad, en las comodidades que le daban su dinero y su posición. Y no quería complicarse la vida trayendo al mundo a otra persona que le supondría, antes que nada, complicaciones, como lo había definido él entre bromas al hablar alguna vez de los niños de los demás. Pero, hasta ahora, Violeta no se había parado a pensar si ella también quería vivir así siempre: una vida cómoda y fácil, silenciosa, placentera y predecible. Se tocaba el vientre, aún sin síntoma aparente de lo que en él estaba creciendo, y perdía la vista a lo lejos, tras los cristales, en esos montes eternos que había contemplado tantas veces de niña. Ahora ya era una mujer, pero hasta unos días antes no había sabido de verdad lo que eso significaba. En ella crecía una vida que estaría vinculada a ella para siempre. Ya lo estaba, porque de su decisión dependía su vida o su muerte.

Violeta creía en Dios, en un Dios un poco a su manera, mezcla del tradicional y del que descubrió en la Historia Antigua de la Universidad, un tanto revolucionario y feminista, mucho más de Juan que de Pablo y no tan cristiano como el de su madre, pero cristiano al fin y al cabo. Y lo cierto era que nunca antes se había metido en un embrollo en el que se fuera a poner tan en su contra como ahora. Y no tenía claro si él había tenido razón o no al incluir ese entre los pecados capitales pero tampoco quería pensarlo, porque lo que necesitaba decidir iba más allá de cuestiones éticas o morales: tenía

que ver con su propia vida, con la posibilidad de seguir adelante sola con una personita a su cargo y, sobre todo, con que esa personita fuera hija de Álvaro. Pero aun sin haber querido tomar conciencia de ello, ya le había puesto cara a esa nuez que anidaba en su barriga y mientras, sin darse cuenta, extendía sobre ella sus manos, al pensar en lo que podía haber ahí dentro, no lo hacía como una masa informe sino como una criatura con ojos, piernas y manitas. Y no le había puesto un nombre aún porque hasta ahora no había tenido apenas tiempo de tomar conciencia de lo que le sucedía.

Sin embargo, solo la idea de compartir un niño con él hacía que su cuerpo reaccionara: el corazón le latía fuerte, el pecho se le desbocaba intentando seguir sus latidos disparados y las manos se buscaban pretendiendo hallar seguridad la una en la otra. Le costaba un tiempo calmarse y volver a la realidad, en la que estaba a salvo, con su abuelo, donde él no la buscaría porque no se atrevería a llegar hasta allí intimidado por la posibilidad de que le hubiera contado por qué le había dejado. Si a algo le tenía miedo Álvaro era a que los demás supieran que no era lo que aparentaba, ni en su trabajo, ni en su dinero, ni en su familia, ni mucho menos en su relación con ella. Por eso, no la seguiría hasta allí, porque no querría enfrentarse a alguien que pudiera reprocharle en alto lo que le había reprochado ella en silencio durante meses, quizás años ya, y que él no reconocía: que era un maltratador y que no le importaba seguir siéndolo.

Salió del cuarto y se sentó en el patio, en la silla de hierro de edad impredecible. La sensación de volver a ocupar un lugar que había usado mil veces antes le confería una confortabilidad insólita. La pintura blanca ennegrecida más por culpa de los años que de la suciedad se había levantado por algunas partes y dejaba a la vista rodales de herrumbre. El frío se deslizaba por la montaña y ella no había cogido la chaqueta; aunque la primavera estaba siendo calurosa, allí nunca sobraba. Recordó las veces que al salir de noche habían vuelto a casa para llevarse algo que ponerse si refrescaba y lo mal que le sentaba a Álvaro, cómo se enfadaba por lo que a ella le daba risa. Qué poco se parecía a Diego, tan predispuesto a levantarse el primero de la mesa para traer lo que faltara —agua, más pan, incluso solo un poco de sal—, cómo aparecía siempre en su habitación a llevarle un vaso de zumo cuando pensaba que ya llevaba demasiado tiempo estudiando o cómo

la miraba cuando volvía de quedar con algún amigo un poco especial y su saludo huraño le insinuaba que habían discutido y enseguida le tenía detrás intentando charlar de eso o de lo que fuera para ayudarle a sentirse mejor. Su abuelo era un hombre afable, íntegro y cariñoso, y también emprendedor y decidido, como el que hubiera querido como padre de su hijo.

Y esa impresión la llevó, como muy a menudo últimamente, a mirarse el ombligo. Inhaló fuerte. Quería llenarse de esos olores exóticos para una moradora de ciudad. El aire de la sierra, aderezado con el olor de los pinos y las aromáticas, se le metió muy dentro, se expandió en los pulmones y se enredó con la incertidumbre que le asaltaba cuando pensaba en lo que había ahí debajo, quizás aspirando también ese aroma de la lavanda a punto de florecer suspendido entre el líquido amniótico; en ese algo inimaginable que en poco tiempo adquiriría el tamaño suficiente como para hacerse notar.

Le gustaría poder hablar de todo eso con Diego pero, casi desde que le vio en la estación al ir a recogerla, le parecía ensimismado y no deseaba perturbarle. Después de tanto tiempo, no quería agregarse a sus preocupaciones. Un ruido en el estudio la hizo entrar. Él se había levantado ya y estaba sentado frente al cuadro de la mujer con la guitarra, en el mismo sillón de terciopelo rojizo que llevaba ahí desde que podía recordar. Violeta cerró los ojos e intentó convencerse de que no tenía por qué ocurrirle nada. Pero no era fácil. Le había visto muy pocas veces así, con la mirada perdida en el cuadro y la vista nublada, y siempre había sido cuando había sucedido algo malo. Como cuando murió su madre. Diego se había hecho cargo de ella como tantas otras veces cuando su hija salía a cubrir una nueva guerra o una nueva masacre, pero esta vez tuvo que prolongar sus cuidados hasta que llegó a ser lo suficientemente adulta como para querer vivir sola. Ya había olvidado lo que ella sintió entonces, pero no la reacción de los demás, cómo la miraban y le hablaban con palabras que no entendía cuando la niña Violeta de tez clara y ojos tan grises como los de la muerta Violeta permanecía parapetada tras las piernas de su abuelo mientras desfilaban ante el féretro. Y, sobre todo, recordaba el modo en que él, cuando por fin les dejaron solos, la había abrazado largo rato, sin decirle nada; después, la había acostado y ella le había oído entrar en la habitación donde estaba ahora y se había levantado para espiarle. Recordaba con claridad el dolor reflejado en sus facciones y su

expresión indescifrable y su inmovilidad mientras observaba el cuadro, con la mirada perdida en él. Solo sus párpados se abrían y cerraban con la periodicidad con que sus pupilas se secaban. El resto de su cuerpo parecía un muñeco de feria esperando imperturbable que alguien le lanzara una pelota de goma.

También le vio así la última vez que había vuelto para verle con Álvaro, hacía unos meses. Le habían oído desde la habitación contigua responder a una llamada y ella se quedó desconcertada al escucharle hablando en francés tan bien que no le había entendido más que una palabra, Anna, y quizás había sido porque la repitió varias veces. Al colgar el teléfono, les ignoró el resto de la tarde. Bien que aprovechó Álvaro que su abuelo hubiera sido tan arisco con ellos para resistirse a visitarle más. Diego había permanecido sentado en aquel sillón medio hundido por el centro hasta que anocheció y apenas podía ver ya nada, cuando ella desistió de que le contara lo que había pasado y le permitiera ayudarle, y accedió a los ruegos de Álvaro para que se fueran ya a casa. Al día siguiente, cuando le llamó, él le pidió disculpas, pero Violeta no consiguió que le explicara qué era lo que había ocurrido, ni mucho menos quién era Anna, y ella se le imaginó como otras tantas veces, comportándose de forma extraña durante días y, de cuando en cuando, sentado allí y mirando absorto a la mujer de la guitarra.

En ocasiones, cuando vivían juntos y él salía de casa, Violeta se sentaba frente a la muchacha y rogaba que levantara la cabeza y compartiera con ella sus secretos. Le absorbían entonces sus rasgos, los finos dedos que sostenían una nota desconocida sobre las seis cuerdas, que parecían vibrar ante sus ojos; su pelo de tirabuzones rubios que caían sobre el lomo brillante de la guitarra; sus ojos de un color extraño, perdidos en el círculo de sonora concavidad que abría la madera para producir el eco de la música. Esos ojos habían sido cómplices de muchos de los sentimientos que Diego se negaba en cambio a compartir con ella. Violeta escudriñaba entonces el cuadro, intentando hallar la clave de su misterio; pero se le resistía. Ni siquiera era capaz de distinguir la firma; menos aún de descubrir su historia y su abuelo tampoco había estado nunca por la labor de ayudarla. Sentía entonces envidia de su belleza y de sus colores, pues quería pensar que sería eso, el extraño encanto de los cálidos tierras, los untuosos cremas mezclados con los azules y el pálido velo

amarillo del lienzo, lo que hacía que él le entregara su dolor y una parte de su vida.

Pasó al despacho y se acercó al anciano. Se asustó al verle llorando y se quedó quieta, esperando. Él tenía las manos rojas de apretar el libro que sujetaba con afán: *Cándido*, de Voltaire. Las letras púrpuras del título se distinguían entre sus dedos. Permanecía con los ojos mirando el lienzo y la espalda erguida, tan estirado como si algo o alguien a quien Violeta no alcanzaba a ver le estuviera sujetando por detrás. Ni siquiera le oyó llegar, solo advirtió su presencia cuando ella le dio un beso en la mejilla. Era como si acabara de despertar de un sueño y regresara de algún lugar lejano. Sus ojos apenas parpadeaban. Y parecían querer dormir. Diego se limpió las lágrimas con disimulo, le cogió de las manos y se las apretó. Su piel suavísima estaba fría.

—Violeta, ¿sabes cuánto tiempo estará Álvaro fuera? He estado pensando que podríamos aprovechar esta agradable visita para que me acompañes en un viaje. Estoy muy mayor ya, no creo que pudiera ir solo. Si vinieras conmigo, podrías hacerme el favor de conducir o también podríamos ir en avión, como prefieras. Te agradecería enormemente que me acompañaras.

—¿Ha pasado algo? ¿A dónde tienes que ir?

—No es nada, no te preocupes, solo tengo que regresar a Asturias, a una aldea de Villaviciosa a pocos kilómetros del mar... A veces, las olas se veían desde la ventana. Hace mucho que tenía que haber vuelto pero ahora ya no puedo posponerlo más, tengo que solucionar algunos asuntos, muy largos de explicar ahora. Me harás un gran favor si me acompañas. ¿Qué me dices? ¿Te apetecería hacer un viaje con tu abuelo?

Un viaje. Sí, salir de Madrid le daría el tiempo que necesitaba para saber cómo encauzar su vida. Y quería quedarse con él más tiempo. Sabía que no le contaría por qué había llorado, pero quería estar cerca de él. Su pelo se había vuelto demasiado blanco y su mirada había languidecido sin que ella hubiera sido testigo de ello. Los últimos cinco años le había visto muy poco. Álvaro había ocupado un sitio de honor en su palco de relaciones y había echado de allí a casi todos, incluido él. Acompañarlo en ese viaje podría servirla como compensación por tanto tiempo descuidándolo.

—Dime cuándo salimos. La maleta la tengo dispuesta, aún no la he

deshecho del todo. Álvaro no volverá en varias semanas y a mí me encantaría conducir ese coche tan reluciente que apenas mueves.

Y, además, si su abuelo no quería hacer ese viaje solo, sería por algo y ella quería hacer todo lo que pudiera por ayudarlo. Ojalá ese llanto solo se debiera a eso... pero ¿podría algo así justificar también las ausencias de sus ojos?

—Perfecto. No perdamos más tiempo entonces. Si te parece, podemos irnos mañana mismo.

CAPÍTULO 4

I

Los Molinos, Domingo, 14 de Mayo de 2000 (8:30 h)

Salimos hoy. Violeta ha decidido venir también. Pero tú te quedarás aquí, en el lienzo donde ella te instaló, en sus ojos y en su voz. Elisa, mi voz de cristal dulce, ¿cuándo podré volver a encontrarte? Aunque sigo viendo tus ojos. ¿Por qué puedo recordarlos con esa precisión? Elisa, mi dulce Elisa. Tan delicada o a mí me lo parecías. Tan ingenua o a mí me lo parecías. Tan inquieta. Tan tierna. Eso era lo que más me gustaba de ti, tu intuición, tu sensibilidad. Tenías un don para la belleza; supiste antes pintar que hablar o al menos eso decían de ti tus padres, tu orgullosa madre, y yo la creía. ¡Qué contenta estaba por ti! Qué orgullosa. Pocas veces la había visto así, eufórica, hablando tanto y tan pendiente de lo que pasaba a su alrededor. Ella disfrutaba de tu triunfo y se alegró más que tú incluso de que tu padre hubiera permitido que estudiaras, y Bellas Artes, nada menos. Cuando venía a casa a ver a mi madre, dos cotorras parecían, dos cotorras, no paraban de hablar de ti. Si no te hubiera amado más que a nada, habría sentido incluso celos por mi propia madre, encantada de haber contribuido para que pudieras llegar a cumplir tu sueño, ¡más contenta incluso de lo que estaba por mí! Pero me daba igual, porque tu pasión por lo que hacías conseguía transmitírseme también y todos vivíamos el arte a través de tus ojos. Arquitecto me hice, contagiado sin remedio de tu sensibilidad para lo bello, prendado de todo aquello que oliera a ti; arquitecto, para no quedarme atrás en tu búsqueda de lo armónico. Mi dulce Elisa, ¿cuándo podré recuperarte?

Aunque te tengo cada día un poco más en mis recuerdos, tanto, que vivo

más de ellos que de realidad. Te veo ahora cuando pintaste este cuadro, la lluvia caía con rabia sobre nuestro tejado y los gotones se deslizaban hasta ir a caer por los canalones en busca del suelo plano. El ruido se expandía sobre las tejas de pizarra y retumbaba sobre nuestras cabezas. El cielo plomizo se había metido en nuestro salón y unos nubarrones opacos relamían la oscuridad afuera. Estabas sentada frente al lienzo; llevabas varios días pensando con qué podías llenar el espacio en blanco que te desorientaba, pero no conseguías que nada te convenciera. Esta vez no habías elegido un modelo, pintabas de memoria, pero ninguno de tus bocetos te satisfacía. No me hablabas demasiado, no querías que te tocara y yo deseaba que tus manos aferraran los pinceles y los impregnaras ya de los colores porque solo entonces volverías a ser mía, Elisa, mi dulce Elisa. ¿Dónde puedo volver a soñarte?

Frente a esa blancura insolente, tu impotencia se volvió nostalgia hasta que empezaste a pintar. El cuadro empezó a nacer: primero dibujaste su alma, sus perfiles, el movimiento de los contornos, la belleza de la mujer que un día apareció tocando una guitarra se desparramaba por la habitación. Me costó creer que no hubiera estado allí siempre, podía hasta recordar la melodía que más le gustaba y que tocaba sin cesar. Volviste a sonreír al perfilar esos rasgos hermosos tan conocidos y el cuadro estuvo en nuestra casa hasta que se lo terminaste regalando a mis padres. Gracias a eso lo tengo ahora. Pero sé que no lo veré más, esta es la última clase que quiero dar, la que más amor llevará inmerso en su enseñanza, porque espero que a través de ella Violeta te conozca y así se conozca más ella misma y solo necesite los recuerdos y sus sentimientos para reencontrarnos cuando le haga falta.

Y se me hará largo el camino, pero es imprescindible. Cuando pienso en volver a ti, a veces lo deseo con toda mi alma mientras que otras se me nubla la razón y tiemblo. Desde que dejé mi casa en Asturias para viajar a Francia, las cosas no han cambiado demasiado, no las importantes, sigue existiendo odio y maldad allí donde el hombre se encuentre. No, lo importante no ha cambiado. Tal vez los pueblos sean más grandes, algunos ya son ciudades populosas y otros no existen; se han creado hospitales, cines, teatros, bibliotecas; los niños van a escuelas, aprenden a leer y a escribir como obligación pero no se enseña a respetar al otro, al que no es como él o a quien no quiere serlo. En las escuelas no se enseña a amar a los otros. Y es extraño,

porque nadie ha muerto nunca por no saber dividir pero son muchos los que se suicidan por no quererse a sí mismos o por no haber aprendido a entregarse. Y ahora es peor aún porque nos hemos acostumbrado a ello y la barbarie es tan corriente que nada nos afecta. Pero yo no puedo acostumbrarme, no puedo ver cómo lo que tuve que vivir siempre se repite. En otros países, con otras personas y otros intereses, pero vuelve a suceder. Es la vejez, me debilita; estoy asustado, muy asustado. No me he acostumbrado a la pasividad del hombre, a su cobardía. Aunque yo también sea un cobarde.

Apenas me llevo nada. Te llevaría a ti como fuera, pero a ti voy a descubrirte, así que no necesito más. Solo me las llevo a ellas, nada más que a ellas. Es curioso que las pintaras tan pequeñas, Elisa. Que quepan en una maleta. Como si hubieras sabido que viajarían en muchas. Lo único tangible que me llevé de ti. La pintura a la que me aferré cuando todo se fundió en negro y tan solo pude correr. La única que encontré cuando lo demás perdió el sentido de ser. Por lo que luego viví, por lo que me salvé. El cuadro que tiene reservado en mi corazón un sitio de honor desde entonces, desde que mis días comenzaron a descontarse. Mi milagro particular. La madre y la hija juntas a través del tiempo; a veces me daba fuerzas, otras, me mataba. Ahora... ahora ya solo eres tú y mi nieta. Todo lo demás no importa. Pero, ella... ella, sí. Ella, lo que más.

II

*«Mientras haya una mujer hermosa, habrá poesía»
(Bécquer). «Ya lo decía el poeta, así que, hermosísima
mujer, salvaguarde la belleza de su rostro, que es su
mayor tesoro y valía, usando los fabulosos polvos
André.»*

París, 8 de Octubre de 1934

—¡Clara! ¡Arriba! ¡Vamos, que ya es hora! ¡Lánguida, que eres una lánguida! Levántate ya, que hay mucho que hacer. A ver si te crees que vas a tirarte todo el día metida en la cama como una haragana. Si tardas mucho en levantarte, iré yo a buscarte.

Bastaban esas palabras de su padre increpándola desde el otro lado del pasillo para que Clara empezara a oír dentro de sí como el repiqueteo de las trompetas de una marcha fúnebre, su cuerpo temblara con la misma intensidad y sus ojos se abrieran para percatarse en un instante de dónde estaba y de lo que debía hacer. Enseguida encendía la lamparita de la mesilla, la del pie de bronce que simulaba un trébol de cuatro hojas; la que había sido de su madre. Entonces esperaba solo unos segundos a que sus pupilas se dilataran lo suficiente para ver entre las sombras que enturbiaban la casa al menos hasta que llegaba el alba. La media luz atravesaba a duras penas el hermoso globo de cristal grisáceo en forma de capullo entreabierto. Grabada con hilos de

plomo sobresalía una extraña flor y su alargada silueta se proyectaba sobre las imágenes de vírgenes que poblaban la pared y se movía con el palpitar del filamento candente y anaranjado. Si ella pudiera deshacerse en la nada como esas sombras que iban disgregándose en las partículas de la incipiente luminosidad, si pudiera desvanecerse, si fuera capaz de desaparecer.

Después, cerraba la puerta, procurando que él no la oyera, antes de comenzar a quitarse la combinación y el camión, y empezaba a asearse con el agua que jamás olvidaba traer cada noche para no tener que salir al baño, tan cercano a la habitación de él. Se había acostumbrado incluso a aguantarse las ganas de orinar hasta que sus hermanas empezaban a despertarse, porque al menos en su presencia estaba un poco segura. Al pasarse la esponja humedecida por la cara y por los párpados, el agua fría le desenmascaraba la tersura de su piel y le revivía sus ojos un segundo. Pero enseguida volvían a apagársele, en cuanto recordaba que debía salir para comenzar a encender el fogón y prender la leña para calentar la cocina, ordenarlo todo y preparar el desayuno, y entonces volvería a tenerlo delante.

Su padre despedía continuamente al servicio para no darles tiempo de que llegaran siquiera a imaginarse algo y, mientras aparecía otra muchacha de otro pueblo, si podía ser, más lejano todavía que el anterior, ella se ocupaba de todo. Para eso era la mayor pero también la más guapa, la que tenía los mismos ojos violetas que su difunta madre, la que más se parecía a ella, a la imagen de ella que se había preocupado de guardar en su memoria fotográfica antes de que perdiera también su luz, para recordarla así, hermosa y joven, ingenua y encantada, con una felicidad estática e irreal que la sostuvo solo al principio. Ya no la echaba de menos. Su añoranza se había ido disolviendo en cada crisis, aminorada un poco más cada vez que sentía el miedo atroz y luego el arrepentimiento, olvidada como se olvida lo que se sabe perdido para siempre para que no duela, entre la resignación y la impotencia de saber que nadie iba a ayudarla. Y tampoco la culpaba ya, había dejado de hacerlo cuando comprendió que las dos habían tenido que sufrir el mismo mal.

Mientras se enrollaba la venda, oyó sus pasos y no supo identificar si iban o venían. Se dio más prisa en rematar el lazo que sujetaba la larga tira blanca de algodón con que rodeaba sus pechos en un intento infantil e inútil por impedir que se notaran demasiado y mostrarse lo más andrógina posible

porque intuía que todo había ido a peor desde que sus formas se habían redondeado. Se abrochó rápidamente los botones que cerraban la camisa y abrió la puerta. Si salía enseguida, con suerte le daría tiempo a entrar en la habitación de sus hermanas, tan pequeñas aún que podían seguir a salvo un poco más. No sabía cuánto más.

—Madre, madre, deje de zarandearme, que ya sé que tengo que levantarme. No se preocupe, que me visto enseguida.

Clara tenía a su hija Elisa agarrada por los hombros y seguía moviéndola para despertarla, perdida entre sus propios recuerdos, entre lo que necesitaba olvidar y se resistía tanto a desaparecer de su memoria que le asaltaba cada vez más a menudo, ya no solo en sus pesadillas, sino también mientras andaba por la calle cogida del brazo de su marido Jaime, sentada en una tertulia que no le interesaba o, como ahora, mientras repetía algún ritual interiorizado, cuando no necesitaba prestar demasiada atención y la situación se asemejaba a otra ya pasada. Clara vivía en un *déjà vu* permanente, un ir hacia atrás irremediable y doloroso, en el que solo se sentía capaz de evitar introducirse cuando tomaba su cuaderno y comenzaba a garabatear. De repente, se dio cuenta de que, esta vez, su ensimismamiento le había hecho abstraerse por completo y estaba apretando demasiado los brazos de su hija. Aflojó los dedos y la besó allí donde vio que habían quedado unas pequeñas marcas rojas.

—Perdóname, amor, no quería hacerte daño.

—No me ha hecho daño, madre, no se preocupe. Y descuide, que ya me levanto.

Elisa estaba acostumbrada a esos vacíos en los ojos y en las acciones de su madre y los había embutido en la rutina hasta hacerlos desaparecer de su consciencia. Si le hubieran preguntado si hacía unos segundos Clara se había comportado de un modo extraño, no habría podido decir más que la había despertado como todos los días, con la sonrisa que tan solo la dedicaba a ella, infantil y cristalina, tan limpia que parecía impregnada de olor a jabón. La claridad de la mañana francesa era como sus calles, vibrante y cantarina, y un rayo de su sol refulgía sobre el papel pintado de miles de rosas amarillas que envolvía para regalo su habitación. Los pétalos verde oliva se repetían de tres

en tres y, a veces, se le despertaba la curiosidad de saber cuántos habría. Los lienzos se amontonaban a sus pies, en algunos lugares, incluso de cuatro en cuatro.

—No sé cómo aguantas este olor a aguarrás, amor, es horroroso. Voy a abrirte la ventana. Y déjala así, por favor, que si tu padre entrara ahora, le daría algo por haberte dejado seguir con todo esto. Debes ventilar la habitación de vez en cuando.

Elisa se extrañó al ver a su madre girando la manija a su espalda y dejando las hojas abiertas de par en par sin esperar a que ella accediera. Pocas veces tomaba Clara las riendas, aunque habría sido lo normal. Y en realidad Elisa sentía por ello que algo no encajaba en su comportamiento, pero no sabía por qué. Nunca se había preguntado por qué su madre no parecía su madre. Siempre había sido así. Desde que abarcaba su memoria, siempre se había dejado llevar, sin rechistar, como si fuera lo normal. Aunque esta vez tenía mucha razón: el olor del aceite de trementina y del aguarrás se había impregnado ya en las paredes y en las telas, y ni siquiera habían pasado unas semanas desde que se habían instalado. Apoyados en la tabla que había sujetado sobre dos bastidores de madera como mesa improvisada de trabajo, decenas de botes de cristal, llenos y vacíos, se acumulaban al lado de infinidad de pinceles de todos los tamaños y variedades posibles. En el suelo, montones de papeles de periódico y trapos viejos hacían que la habitación pareciera más el almacén de un traperero que la alcoba de una joven, y menos de una tan bonita y bien educada como ella. Clara había terminado de colocarle los pinceles de uno de los frascos y estaba intentando poner derecho el lienzo que descansaba a medio manchar sobre el caballete.

—Madre, deje eso, por favor, que ya lo hago yo, se lo prometo.

—Pero recuerda que me lo has prometido. Eres una señorita, no deberías ser capaz de vivir así. Y apresúrate y no tardes mucho en vestirte, que vas a llegar tarde.

Elisa estaba segura de que a su madre le había sentado bien el viaje a París; le parecía que estaba más tranquila. La veía sonreír más a menudo y los vacíos de sus ojos habían perdido profundidad. Pero era esa únicamente una certeza vana, cuyo fundamento no habría sabido justificar más allá de por la intuición que siempre le había hecho anticiparse a las crisis de melancolía que

a menudo abatían a Clara y que solo remitían después de días, sin que nadie ni nada hubiera podido servirle de ayuda para superarlas.

—Pues, si le digo la verdad, estoy dudando de que deba seguir yendo a la Escuela. No sé si ha sido buena idea, después de todo, haberme matriculado.

—¿Qué estás diciendo? ¿Tú? ¿Tú estás dudando de algo? No puedo creerlo. Estaba segura de que eso no podría llegar a pasar nunca en la vida.

Clara sonreía. Sus ojos violetas transparentaban su ternura. Elisa no recordaba que le hubiera levantado jamás la voz, ni siquiera que le hubiera hablado de otro modo, con menos dulzura y suavidad. Ella adoraba a su madre por eso y por muchas otras cosas, pero sobre todo por eso, porque le hacía sentirse como una flor delicada. Si ocurría algo que no le gustaba, solo se callaba y esperaba unos minutos hasta que el problema hubiera empequeñecido de algún modo misterioso que no requiriera de su intervención y, si eso no llegaba a suceder, desaparecía no se sabía dónde hasta que hubiera olvidado el motivo de su disgusto. Tampoco lloraba. Elisa había intentado recordar muchas veces cuándo y por qué había llorado su madre los últimos años pero no había sido capaz de encontrar ni una sola ocasión. Jamás la había visto llorar. Seguía tumbada en la cama, con la sábana cubriéndole todo el cuerpo. Sus rizos tan rubios le enmarcaban la cabeza hundida en la almohada, como un sol con rayos dibujado por un niño pequeño.

—No se burle de mí, madre, que le estoy hablando en serio. No tengo claro que haya hecho bien. Creo que es demasiado duro. Y mucho más para las mujeres. No pensé que fuera a encontrar tan pocas. Esto es París, por Dios, ¿dónde están las cientos de mujeres liberadas y progresistas de las que me ha hablado Milagros tantas veces? ¿Han desaparecido de repente? ¿Es posible que se hayan evaporado?

—No será para tanto, amor, seguro que hay muchas chicas estudiando pero no las habrás conocido aún; es muy pronto, tan solo llevas allí unos días. Yo aún estoy abrumada por el cambio y eso que apenas salgo. Tú tienes que haberlo notado mucho más.

—Puede ser, pero ya hemos comenzado todas las clases y se han presentado todos mis profesores y lo cierto es que solo tengo una profesora. Hasta el secretario es un hombre. Casi todos son hombres. Y me ha dado la sensación de que a algunos les gustaría que no estuviera allí. No me lo han

dicho, por supuesto, pero..., no me responden del mismo modo que cuando contestan a otros alumnos.

Clara se rió. Su risa era espontánea y fresca. Parecía haberse liberado de algún encantamiento que la mantenía encerrada en una torre muy alta, tal vez porque conseguía escaparse de allí muy pocas veces.

—Por favor, Elisa, levántate y vístete ya, que vas a llegar tarde. No puedo creerme lo que me estás diciendo. Aunque solo estuvieras tú en la clase, nada más que tú, ¿qué más daría? ¿De verdad no te bastaría? ¿No será que no paras de preguntarles cosas y ya te han conocido? No debes martirizarles con cientos de dudas porque te terminarán odiando lo mismo que si fueras un hombre, y más si comienzas a hacerlo desde tan pronto. Que te conozco, amor, y puedes llegar a ser muy insistente.

Elisa se enderezó sobre el colchón. Agarraba la sábana con los puños pegados al pecho. El aire de la calle había mudado ya el olor a pintura por el de la mantequilla de cruasanes y crêpes.

—Madre, no diga eso, que ya no soy una cría. No piense que voy a hacer como cuando estaba en la escuela. Y no es eso, es que no sé si voy a ser capaz de seguir. No me siento a gusto. Muchos me miran como un bicho raro, como si no tuviera que estar. Y puede que tengan razón, ¿de qué me va a servir? ¿Es que realmente podré seguir pintando? ¿Usted cree que podré vender mis cuadros? Y, si no, ¿para qué voy a esforzarme en ir contra corriente? Padre no está convencido del todo de que siga haciendo esto y últimamente estoy pensando si no habrá sido justo su insistencia en que no siguiera con los estudios lo que me hizo empeñarme en continuar. Y yo pensaba que sería más fácil, que me gustaría más estar ahí. Pero lo cierto es que me resulta muy duro. ¿Qué debo hacer? ¿Qué haría usted?

—Elisa, hay preguntas que nadie puede contestar más que uno mismo. Yo no sé si tus cuadros son buenos, ni si le gustarán a alguien más que a mí y a tu padre, y a nuestros amigos o a los tuyos. Tampoco sé si te casarás pronto y lo dejarás todo por amor o por obligación. Yo no sé casi nada. No sé siquiera si lo que me preguntas tendrías que preguntárselo a otra persona. Pero sí sé algo: nadie va a contestarte a todo eso más que tú. Seguro que no. Solo tú puedes saber hasta dónde puedes llegar, qué eres capaz de soportar y por qué o por quién te sacrificarías. Solo tú puedes contestar a esas preguntas y nadie más. Y

también sé que si hay alguien capaz de conseguir lo que se proponga, esa eres tú. Tú podrás hacer todo lo que desees, todo.

—Pues yo no estoy tan segura. Es demasiado complicado vivir en un mundo de hombres. Supongo que antes no me lo había planteado porque pensaba que en otros lugares sería de otro modo pero ahora creo que no es cierto. Es igual en todos lados. Francia no tiene nada que ver con España. Allí estábamos aparcadas. Esto es muy diferente y hay muchas mujeres que parecen vivir de otra forma. Aquí probablemente tendríamos más oportunidades que en Villaviciosa, donde siempre me he sentido de verdad un bicho raro. Pero ahora pienso que, en el fondo, no es tan distinto. ¿Usted cree que una mujer puede hacer lo que quiera con su vida? Aunque consiga estudiar, aunque consiga instruirse..., no sé... A lo peor no es solo que allí no había oportunidad de hacer todo eso, sino que una mujer siempre es una mujer. Quizás me equivocara, quizás no pueda llegar donde quiero y lo otro no sea tan malo, cuando tantas mujeres lo aceptan.

—Amor, no juzgues, no creo que puedas hacerlo aún. Solo actúa tú, solo haz tú lo que creas que debes hacer. Y, sobre todo, no te dejes vencer tan pronto. No entiendo lo que te ocurre. Acabas de llegar y, por lo que me has contado y por lo que veo, estoy segura de que esto no es España y, mucho menos, Villaviciosa. No hay más que darse una vuelta por la calle para verlo. A mí incluso me intimida. Pero tú aún no has empezado a vivir, aún no has tenido que enfrentarte a nada que te haga plantearte esto. ¿Cómo puedes dudar? ¿Por qué dudas cuando podrías conseguir lo que siempre has deseado? Me sorprendes. No lo habría creído jamás. ¿Qué te ocurre? ¿Es solo la escuela? ¿Ha pasado algo? Sabes que puedes contármelo, que yo tampoco juzgaré. No soy quién. No lo he sido nunca. ¿No será que tienes miedo de algo?

—¿Está segura de que quiere que siga estudiando? ¿De verdad está segura?

—Es eso. Creí que ya lo habíamos hablado. Amor, no temas por mí. Jamás permitiría que dejaras de cumplir tus sueños por mí, Elisa, jamás. No lo olvides. Yo siempre te apoyaré en lo que decidas. Siempre estaré orgullosa de ti, hagas lo que hagas. No necesitas seguir estudiando para demostrarme nada ni para demostrártelo a ti misma. Pero tampoco necesitas dejar de hacerlo. Ni, mucho menos, lo necesito yo. Por favor, créeme.

Clara se había sentado sobre la cama, al lado de su hija, y le hablaba mirándole a los ojos. Pocas veces lo hacía, pocas veces sentía que podía hacerlo. Casi siempre prefería callar o incluso no tenía de verdad nada que decir. Pero ahora..., ahora sentía que sí podía cambiar un destino, que podía contribuir a que lo que más quería en el mundo, aquella a quien amaba más que a nadie, la que había sido su razón para resistir desde que la tuvo en sus brazos por primera vez, su amor, su cielo, pudiera llegar a convertirse en lo que ella no había podido ni plantearse. Y no iba a dejar que renunciara a sus ilusiones. Y mucho menos que lo hiciera por ella.

—Hija, ser mujer no es fácil. Es cierto que este es un mundo de hombres y nadie puede saber cuántos años tendrán que pasar para que deje de serlo o ni siquiera si eso llegará a suceder. Yo creo que no ocurrirá nunca, porque cada mujer está atada a sí misma con una soga irrompible, de largura y material diferentes según el caso, y que descubre siempre dentro de ella en algún momento. He conocido a muy pocas que hayan sido capaces de desatar esa soga, aunque eso signifique en realidad bastante poco... Pero tú eres pintora, lo eres. Solo tienes que creer en ti, en que de verdad quieres serlo y, cuando tú estés segura de eso, cuando lo estés tú, entonces podrás luchar para conseguirlo, eso o cualquier otra cosa que te propongas. Mira, ¿sabes lo que yo creo?, creo que las mujeres siempre hemos sido un poco pintoras y nos imaginamos un cielo que queremos poner en uno de esos lienzos que tienes por ahí y, pincelada a pincelada, de entrega, de sufrimiento, de trabajo, de ilusión, de renuncia, de alegrías y de amor, sobre todo de amor, de intenso amor; pincelada a pincelada, vamos creándolo un poco cada día. Primero rellenamos el fondo, en azul. Después le añadimos la luna y su reflejo, en plata. Y, entonces, lo llenamos de estrellas, de millones de estrellas blancas, una por cada beso que damos a los que dependen de algún modo de nosotras o a quienes queremos. Y bajo ese hermoso cielo hecho de nuestras pinceladas, los demás pueden refugiarse cuando llega la noche. Y también creo que cada mujer debería poder decidir cómo pintar ese cielo. Por favor, mi vida, prométeme que no renunciarás ya a eso, sin haberlo intentado al menos.

Antes de comenzar sus clases, la marabunta de estudiantes iba coincidiendo en las calles aledañas a los ilustres edificios del campus como

hormigas en el acceso al hormiguero. Elisa siempre esperaba de las primeras ante la entrada principal, le gustaba llegar con tiempo para aspirar el aroma de la Universidad; era un olor especial que nunca antes había identificado como propio de ningún otro sitio y que no habría sabido describir, pero que percibía en cuanto entraba en la calle des Écoles y las pequeñas librerías repletas de los libros más raros y los libreros más solícitos aderezaban, a derecha e izquierda, los bajos de los altos inmuebles grises. Como ella, otros muchos estudiantes iban formando corros que se expandían y se contraían al libre albedrío de sus participantes y que, desde la distancia, parecían constituir una materia viva y oscilante. El tono del murmullo iba en ascenso a medida que Elisa se acercaba más a esa especie de ente extraño y apelotonado. Enseguida divisó a Martín. Su pelo negro resaltaba entre las más claras cabezas parisinas, pero lo que destacaba más de él era su indumentaria, pulcra y elegante siempre, como de galán estrella de Vogue. Se extrañó de verle allí tan temprano. Diego y él comenzaban más tarde las clases y Elisa estaba segura de que muchos días incluso llegarían tarde: ambos estaban últimamente demasiado atolondrados como para ser puntuales, a pesar de los esfuerzos de Milagros, aunque aún no había podido confirmarlo porque no había vuelto a verlos desde que llegaron a París.

Martín charlaba animadamente con una mujer. Elisa no podía verla bien, le daba la espalda, pero su figura era espléndida e iba vestida a la última moda parisina, que ella aún no había conseguido ni siquiera empezar a entender. No pudo evitar bajar la vista y mirarse la oscura falda que le rozaba los tobillos y se topaba con los sombríos zapatos. Volvió a mirar a la acompañante de su amigo y entonces sí la reconoció. Pero ya no había remedio, Martín la había visto llegar y la saludaba con la mano.

—Elisa, qué bien que nos has encontrado. Diego no estaba seguro de que empezaras las clases a esta hora; a mí me adelantaron una clase y quería ver a mi niña. Qué guapa estás, como siempre.

Elisa no pudo remediar llevarse la mano al pelo. Hubiera querido mirarse incluso en un espejo para intentar poner remedio a la estupidez de haber salido de casa sin empolvase siquiera la nariz. Anna la miraba desde unos imponentes ojos rodeados de khôl que subrayaban su belleza con la elegancia del trazo de una pluma Tirelot.

—Anna, ¿qué haces aquí?, creí que ibas a ir a estudiar a Bourdeos.

Enseguida se arrepintió de no haber hecho caso a su padre siguiendo su famoso dicho de que los que callan tienen más tiempo para pensar lo que tienen que decir. Esa mujer, siempre de una talla de menos y un piropo de más, sería capaz de envenenar a una víbora. La amplia sonrisa que le dedicó le bastó para reconocer que la había vencido sin que hubiera comenzado siquiera la batalla.

—Eso era antes de saber que vosotros ibais a venir a París, Elisa. Mi madre me ha encargado que cuide bien de mi primo. Y de vosotros, por supuesto. Estoy a vuestra disposición para lo que necesitéis. Esta es una ciudad muy grande, no se parece en nada a Asturias, como estarás comprobando. Aquí siempre hay que mirar muy mucho cómo sales a la calle. Podrías encontrarte con alguien a quien hubieras querido no volver a ver.

Martín miraba alternativamente a las dos mujeres; no hablaba, solo disfrutaba. Los corros iban deshaciéndose poco a poco y el murmullo se movía en dirección al gran pórtico que flanqueaba la entrada de la facultad.

—Sí, se ve que tú siempre sigues ese consejo, vas pintada como una puerta.

—Elisa, estoy totalmente segura de que te falta mucho todavía para saber la barbaridad que las puertas les gustan a los hombres. Por cierto, ¿dónde está mi querido primito? Creo que coincidimos en algunos horarios. Será muy divertido verle por aquí. Le aporta una novedad interesante a la Universidad.

Elisa se quedó callada. Con gusto habría abofeteado esa carita mona pero no se atrevió, cómo iba a hacer algo así ella. Miró a Martín y creyó percibir en él una mueca de satisfacción. Los ojos le brillaban bajo su flequillo esquivo y se lamía los labios mientras emitía un imperceptible ronroneo de gato de angora, cepillado y acicalado para la ocasión. Entonces él le guiñó un ojo.

—Mis queridas damas —se colocó en medio de ambas y las sujetó por el codo—. Creo que haríais bien en dosificar vuestras fuerzas. Esto no ha hecho más que empezar —tiró de ellas con suavidad y les obligó a echar a andar hacia la entrada del vetusto edificio de piedra. Las mujeres dejaron de mirarse como lo habrían hecho dos diablasas en celo pero Martín podía notar cómo contraían casi a la vez los músculos de los antebrazos—. Y parecéis dos

gallinas en un corral donde solo hubiera un gallo. No os ofendáis con la comparación, pero alguien tenía que decíroslo y, como no está Diego, que siempre es el cabal, me ocuparé yo. Os puedo garantizar que nada me gustaría más que ver cómo os peleáis revolcándoos por el barro pero mi buen amigo jamás me perdonaría que hubiera dejado que su novia y su prima comenzaran de ese modo tan poco amigable y sumamente sucio y lascivo su novedosa relación, así que hacedme caso y entremos ya en clase. Lo más seguro es que de aquí salga la mejor amistad y que en el futuro os riáis al recordar esta escena que he tenido el gusto de presenciar y que, podéis estar seguras, hará que tenga que morderme varias veces la lengua para no rendirme a la tentación de contársela.

III

Villaviciosa, Domingo, 14 de Mayo de 2000 (17:08 h)

Camino hacia atrás que se abren en mi mente y se entrecruzan en mi memoria hasta toparse con un gesto, un abrazo, un beso, una mirada, un lamento detenido en un instante. Y de repente lo veo todo ante mis ojos, en una sucesión de imágenes aceleradas de mi vida. Pero, mientras, me pierdo la realidad. Desaparezco.

Hemos llegado a Villaviciosa. Debo de haberme quedado dormido. Es mi destino, ni siquiera mi tierra atrae ya mi atención. Han hecho carreteras que unen los pequeños pueblos marineros; antes solo podíamos llegar a ellos a través de los senderos que a fuerza de pisar se iban creando. Ahora incluso hay un camino asfaltado que lleva a la playa. El turismo todo lo huele, hasta estos sitios donde se podía oír el sonido del bosque al crecer para tocar el cielo. ¿Qué hacen ahí esas casetas? ¿Cómo se han atrevido a ensuciar esta belleza? Es el progreso, el hombre es el motor y el origen de todo, incluso de su destrucción. Tantos años han pasado que hasta los árboles padecen las grietas que rajan su alma de anillas de tiempo. Todo aquí me lleva hasta ti, Elisa, los árboles, los senderos, el cielo, las gaviotas. Siento hasta el temor que nos invadía cuando jugábamos en ese bosque y esperábamos la noche como quien espera un rey mago, para que trajera en su saco de oscuridad el regalo de una aventura, mientras escuchábamos el sonido del mar que tras la playa se lamentaba de su abandono. Tumbados sobre el suelo mirábamos hacia arriba y nos encontrábamos con la palidez de las hojas rematadas contra la luz de la luna. Siempre que veíamos su quejido relumbrante suspendido en el

cielo, descubriríamos nuestro gran secreto, nuestro color, el que durante toda mi vida he buscado en las noches de luna llena, que me llenaba de nostalgia y de alegría porque me traía de nuevo a nuestro bosque. «Verde lunar», lo bautizamos una noche Martín, tú y yo, ¿recuerdas? Terminamos liándonos a pedradas con los otros porque se burlaban. Y luego, ya a solas, apostamos con él a que no desaparecería, porque tú y yo no podíamos creer que la bruja luz de aquella luna hermosa pudiera ser eclipsada por el día.

Pero nos engañó: al amanecer ya no estaba, aunque también se había ido el sol y el cielo desplegabá tan solo una opacidad turbia. El verde lunar se formó después con mucha más nitidez, como si no estuviera dispuesto a desaparecer nunca. Los árboles son los mismos, aunque más altos; en la tierra se sigue mezclando arena de playa, conchas y hojas muertas; y su olor, perfume destilado de agua, sol y tierra, no ha decaído un ápice. ¿Seguirá existiendo la capilla excavada en la gruta? Seguro que sí. El hombre puede acabar consigo mismo pero conservará siempre sus creencias divinas. Allí seguirá la virgen rodeada de flores, el cáliz dorado y el pequeño arca con el pan a su lado. El duro granito seguirá guardándola. Violeta detiene el coche delante del altar. No es por devoción, no lo creo. Le ha impresionado la belleza que existe en la sencillez de lo divino. ¿Recuerdas, virgen de la gruta, aquellos niños que se metían bajo la mesa que te sostiene? Tú nos escondías porque, nunca, a ninguno de nuestros padres se le ocurrió mirar bajo tus faldas. Y eso era porque nos protegías, no querías que nos regañaran y les hacías creer que habíamos corrido a ocultarnos tras los árboles que aún siguen mirando tus lágrimas. ¡Oh, dulce niña que aún me pareces tan sagrada! Alguna vez creí que eras mi madre, la madre de todos, pero una madre no permite que sus hijos actúen como lo hacen los hombres. Si alguna vez fuiste su madre, hace muchos años que te habrás arrepentido y renegado de aquel que hace tanto daño.

—Abuelo, ¡ya te has despertado! Menos mal, tienes que indicarme cómo llegar a la casa, no tengo muy claro el camino a partir de aquí, se acaban las carreteras municipales y me voy a perder si no me echas un cable.

—Pues difícil lo tenemos, hija mía. Hace mil años que no vengo, ¡mil años! Pero haré lo que pueda.

—Pero ¿a dónde vamos exactamente? No has dicho ni una palabra desde que salimos de Burgos. ¿A qué viene tanto secreto? ¿No puedes contármelo?

Qué secreto guardo... cómo explicarle que los secretos no se guardan, que se introducen tan adentro en nuestro corazón que no nos dejan respirar, hasta que tocan fondo y pugnan por salir. ¿Cómo describirle lo que siento al mirar estos caminos? Tan solo puedo seguirlos y recordar. Cómo podría explicarle lo que siento al volver a ver este mar poderoso, sus playas como tazas de arena sobre un mantel verde bosque de pinos y montañas que se dejan caer sobre los acantilados. Cómo contarle lo que esta tierra fue para mí. No puedo, es así de simple.

—Sigue por ahí, por detrás de ese montículo de arena. Ahí ya deberíamos ver un bosque. Es un bosque increíble, está a la misma altura del mar, termina al mismo nivel que la playa.

Siempre creímos que sus árboles debían de haber sido plantados allí por algún rey loco enamorado del mar. Sus troncos esbeltos se elevan formando hileras que se extienden hacia la costa, en inverosímiles líneas rectas paralelas que terminan casi en la orilla. Aquel rey loco había debido de reír sin parar mientras miraba cómo sus lacayos intentaban llevar a cabo sus instrucciones.

—Sigue por ahí. Sí, pajarito, por ese camino llegaremos.

Elisa, estamos delante de la casa, Violeta ha conseguido encontrarla a pesar de que apenas recuerdo cómo llegar. Cómo ha cambiado todo. Ya ni reconozco los caminos. Pero la casa azul sigue igual; plantada como en un cuento de hadas en mitad del colosal jardín. Una mirada elevada hasta sus copas y mi vista se pierde otra vez en el cielo para volver a caer sobre ella. Engreída, soberbia, hermosa. No entiendo qué terrible secreto sigues sin contarme, culpable de que todo lo que te rodea tenga este halo de magia. Entre las piedras que te sostienen aún veo los trazos que dibujaban los pequeños seres con sombreros de ala y narices rojas al recitar los hechizos que los convertían en invisibles. Se juntaban por la noche en torno al fuego y reían y cantaban. Y sus signos quedaban marcados para siempre sobre las paredes, entremezclados con el tizne de tiempo de cada hogar. ¿Todavía mantienes oculta alguna xana? Cuántas noches intentamos darle caza, pero siempre se nos escapaba. Huía corriendo al bosque. Incluso la veíamos infiltrarse por las rendijas de las ventanas y reptar hasta perderse tras los árboles que siempre la acogían. Nunca nos atrevimos a perseguirla; no era cosa fácil seguir a una

xana cuando se adentraba en las sombras. Y temblábamos de miedo y de rabia cuando, al acostarnos, recordábamos que podía estar oculta tan cerca, a un tiro de piedra, saltando y riéndose de la próxima maldad que cometería y de los cobardes que éramos los niños de la aldea.

Qué fuerte me sentía entonces, creyéndome capaz de defenderme de esos seres extraños como no supe hacer con lo que más quería. Pero aún estoy vivo, ¿por qué hablo como si ya no lo estuviera? Es mejor no pensar en las razones que tiene el cuerpo para seguir respirando, absorbiendo magia y transformándola, funcionando, cuando la mente no quiere que lo haga. ¿Se podrá desconectar el mecanismo que sigue haciendo que mis ojos vean, que mis manos palpen, que mis células reciban el oxígeno necesario para continuar vivo?

Violeta me mira, a veces creo que se imagina lo que pienso pero ¿cómo podría? No conoce la razón de mi dolor, no se imagina el porqué de mis lágrimas. Sería injusto que su juventud soportara el peso de la aflicción que siente mi alma. Elisa, no podrías imaginar cómo han crecido los árboles, por su envejecida savia corre también el cansancio. Y la buganvilla que plantó mi madre cubre toda la entrada. Su tronco es gigantesco y se retuerce desde el suelo para acabar en miles de flores naranjas. Hice bien en dejar que Inés viviera aquí, ha cuidado de todo como si fuera su casa. A mi madre le habría gustado verlo todo así, tan hermoso. Mi querida y ocupada madre, tan ajetreada, fue feliz en cada casa en que vivió. Aún conservo el cepillo del juego de tocador que le regaló mi padre justo el día en que te besé por primera vez después de llegar a París, el de plata vieja a juego con el perfumero, que nunca se vaciaba, y el espejo, ante el que todos los días peinaba cien veces su abundante pelo negro. Ni una más, no fuera a romperse entonces la magia y se quedara calva.

Te veo allí, cuando volvimos a encontrarnos a solas. Apenas podía contenerme. Me sobraban todos, me sobraba el espacio, me sobraban las horas, hubiera querido expulsar hasta al aire que se interponía entre tú y mis manos. Era joven y te amaba, aún te amo. Pero te tuve que dejar de lado un tiempo, mi madre necesitaba un alférez a quien enviar de adelantado hasta que ella consiguió instalarse y conocer los lugares en los que luego ya se movería sola como pez en el agua; entre tiendas y museos ¡no podía ser más feliz! y qué

independiente y a la vez qué sometida a un montón de rancias normas. Yo lo soportaba porque tenía la seguridad de que pronto solo serías para mí, de que podría librarme por fin de ellos y serías solo tú. Cuando se sintiera confiada y pudiera volver a encontrarte sin testigos, en nuestro rincón para dos. ¡Quería contártelo todo! Mis clases, mis nuevos profesores, los compañeros, lo bien que me sentía al abrírseme un mundo nuevo de expectativas y de conocimientos. Pero eso no era nada si no podía compartirlo contigo. Ni una sola vez pensé en lo que habíamos dejado atrás, solo ansiaba llegar cuanto antes a nuestro futuro juntos. Esa maravillosa sensación de centrarse en un porvenir brillante y nuevo, en el que nada podía estropearse. No había nubarrones en nuestros corazones, tan solo los destellos de un mañana feliz. ¡Qué ilusos! ¡Qué ingenuos! Villaviciosa, Asturias, España atrás quedaron, apartados en algún rincón escondido de nuestros recuerdos. Solo después de vivir ese futuro, brillante o aciago, se es consciente de cuánto se pierde al dejar descuidadas las raíces. Y qué fácilmente lo hicimos nosotros.

Pero aquí ya no siento miedo, ¿cómo podría?, si en esta casa fui siempre feliz, fue al dejarla cuando comencé a saber llorar. Violeta se ha detenido en la puerta. No deja de mirarla.

—¡Abuelo! ¿Estás seguro de que es esta? ¿Seguro de verdad?

—Aquí tienes las llaves.

—Pero esto no es una casa, ¡esto es un palacio!

—Construido por Posada Noriega a principios del siglo pasado, sí. Pero ya le hace falta una mano de pintura.

—No puedo creérmelo. Déjame que me siente, necesito tomar aire. O sea, me estás diciendo que esta, según tú, «casa» es de tu propiedad y que nunca antes me habías contado que era tuya. No es posible. ¿Tenías la posibilidad de venir a un sitio así y no se te había ocurrido decírmelo? ¿Por qué? ¿Por qué? Madre mía, ¡es lo más bonito que he visto nunca! ¿De verdad es tuya?

—Pues tampoco sería capaz de explicártelo, no creas. Vine a vivir aquí cuando era muy pequeño. Mis padres la mandaron construir cuando decidieron volverse a Asturias desde México, donde mi padre había hecho buenos negocios. Pero esa historia más o menos te la conoces.

—No, no me la conozco, de esa forma, no. Solo me habías contado que habías nacido en México, no que mis bisabuelos fueran ricos.

—No lo eran, en el sentido estricto de la palabra. Se podía decir que fueron, digamos, indianos con suerte. Pero enseguida nos fuimos de aquí. Mis padres tuvieron miedo de que pasara algo en la época de la República y claro está que no erraron. Dejaron la casa a cargo del servicio hasta que empezó la Guerra Civil, entonces la familia de tu abuela se vino a vivir y aquí siguió hasta hace poco. La prima de tu abuela y su marido fueron los últimos que estuvieron viviendo en ella; murieron hace poco. Ellos la han mantenido así de cuidada.

—Pero esta casa no es una casa normal, ¡es enorme! Y preciosa. ¡Y azul! ¡Qué bonita! Me encanta. Nunca había visto algo parecido. ¿Se puede vivir en una casa así? Ni siquiera consigo imaginarme lo que habría que gastarse para repintar tan solo el exterior. ¿Cómo se puede vivir en una obra de arte como esta?

—Mientras mis padres vivieron, ellos se ocuparon de conservarla, aunque jamás volvieron a España, mi padre no quiso venderla ni echar a Inés ni a su familia. Luego, ya sabes que heredé lo que no se gastaron que, a pesar de mi madre, no fue poco dinero. En Estados Unidos tenían otras propiedades que vendí hace años, cuando murió tu madre. Ese dinero dio para mucho. Gracias a él pude seguir manteniendo la casa y también pude ocuparme de ti. Aun así, cuando el turismo empezó a descubrir Asturias, empezaron a alquilar algunas habitaciones para vacaciones, porque me resultaba muy caro y porque la hija pequeña de Inés, que siguió viviendo aquí, era una mujer tan extrovertida que disfrutaba enormemente teniendo huéspedes. En cuanto sus hijos se casaron, no lo dudó. Si algo queda de lo que construyeron mis padres ha sido gracias a ellos. Yo solo ponía dinero de vez en cuando. Esta casa ha sido más su hogar que el mío. Y cuando murió tu padre y tu madre quiso venirse a vivir a España, un amigo me ofreció las clases en la Universidad y me decidí a irme con vosotras y dejar Estados Unidos, no me sentí con fuerzas para volver aquí. Y, además, las clases eran en Madrid. Aunque tampoco he querido regresar antes. Todo esto me trae demasiados recuerdos. Si a tu madre no se le hubiera antojado vivir en España y yo no hubiera tenido que perseguiros a vosotras dos, mis dos pajaritos, creo que no habría vuelto nunca. Pero basta ya de historietas, que no podemos quedarnos aquí afuera para siempre.

—Es que no puedo moverme. Me he quedado paralizada.

—No seas boba, no es para tanto. Tan solo es una casa azul con un jardín lleno de magnolios, lilas, hortensias y alguna ardilla, que supongo que seguirá habiendo. También había camelias, aunque solo de color rosa y blanco, una rareza de mi madre. Como las hortensias no eran rojas, las camelias tampoco. ¡Ah! y también hay babosas y caracoles, muchísimos caracoles. Créeme que lo siento, Violeta, pero ahora mismo no me encuentro con ánimos para explicarte mejor por qué no te traje antes, ni por qué no te había contado que esta casa existía. Es una historia muy larga y nada interesante. Quizás en otro momento. Pero tienes que creerme, tengo mis razones.

Y no puedo explicárselas. No sé cómo decirle que volver a ver el lugar donde te conocí, donde te vi crecer, donde te amé desde la primera vez que te vi, donde juré seguir amándote desde la primera vez que te besé, me partía entonces y aún me parte el alma.

IV

«Pasada la medianoche, el ejército consiguió por fin pacificar el área de Gijón y Avilés. Los rebeldes traidores depusieron las armas y se rindieron tras ardua batalla y los prisioneros, más de mil seiscientos, han sido encarcelados. La capital ha alcanzado la normalidad completa, con algunos incidentes menores, y las estaciones ferroviarias ya han continuado sus servicios. Los afiliados a la U.G.T. se han reincorporado a sus trabajos en la tumultuosa Zaragoza y las huelgas previstas en otras provincias han sido desconvocadas y los trabajadores han vuelto a sus puestos. El movimiento revolucionario socialista ha fracasado y los últimos focos de sedición han sido totalmente extinguidos en toda España.»

París, 10 de Octubre de 1934

Elisa estaba preciosa. París la embellecía. Le cedía sin saberlo parte de su esplendor o él no era capaz de apreciar ninguna otra perfección cuando ella se encontraba cerca, ofuscado por los otros brillos, los que solo podía percibir en sus ojos violetas. No había podido estar a solas con ella desde el día del viaje; no había conseguido desembarazarse el tiempo suficiente de sus padres

o, más bien, de su madre y en la Universidad aún no habían coincidido: ella se tomaba las clases tan en serio que no había accedido a saltarse ninguna para encontrarse.

Las luces de la ciudad que muchas veces olía a masa de pan y a pasteles se reflejaban andariegas sobre el río. Alguna barcaza pasaba cerca, formando olas que repiqueteaban a ritmo de vals contra la enorme pared de piedra sobre la que se descolgaba la barandilla de mármol de ochos abrazados. Las ondas del agua se replegaban sobre sí mismas. Las de cada río bailaban a un compás diferente, al menos las de aquellos que había podido observar hasta ahora. Y, aunque lo había intentado, Diego sabía que jamás sería capaz de dejar atrás esa obsesión por comparar cada elemento físico o estructural de todo lo que veía. Y París, al doblar cada esquina, le ofrecía siempre varias maravillas de la arquitectura con las que colmar ese interés.

Elisa se cruzó con ellos y no se paró. Ni siquiera les miró. Incluso azuzó el paso camino del gran portón de forja marrón que franqueaba la entrada al vestíbulo del portal. Martín no pudo evitar fijarse en sus zapatos: las tiras de piel lila iban pegadas al cerquillo que descansaba sobre un tacón extraño, completamente hueco, en el que solo dos círculos se adherían por algunos puntos al contorno. De ahí, su vista subió hacia arriba. También se le veían las medias de seda hasta perderse por debajo de la elegante falda azul. El corte de la chaqueta era primoroso. Y su cintura demasiado sugerente.

—Elisa, ¿dónde vas? ¿Es que no nos has visto?

Ella siguió su camino sin detenerse. Había acelerado aún más la marcha y se le oía pisar fuerte sobre el suelo sucio de polvo y papeles de colores. Un coche hizo sonar el claxon a su lado. El sonido estridente y extraño asustó a un viandante que se le había cruzado en medio de la calle y le hizo soltar un gran paquete que llevaba entre las manos. El escandaloso ruido de su frágil contenido rompiéndose en pedazos al chocar contra los adoquines se perdió entre sus gritos. Pero el vehículo remató cualquier posible esperanza pasándole por encima con la rueda derecha de ejes plateados. Esas endiabladas máquinas ya podían atravesar por otro sitio; menos mal que todo el mundo prefería ir en bicicleta y eran tan molestas y tan sucias que nunca acapararían las calles.

—Elisa, espera, espera un poco. ¿Dónde vas tan corriendo? Vamos,

Martín, tengo que hablar con ella.

Diego le había cogido del brazo pero él se soltó. Luego se alisó la manga de la chaqueta y se estiró la camisa. Martín era tan guapo que su amigo no entendía por qué se empeñaba en desdeñar a cualquier mujer que se le acercara, excepto a una, al menos para andar a la gresca. Quizás no había asimilado que Elisa hubiera elegido. Nunca habían hablado sobre eso, los pactos entre caballeros no se negociaban, pero tal vez había llegado el momento.

—Ve tú, yo voy a salir a tomar algo. Aún no conocemos la noche parisina.

—Pero si son las seis de la tarde, ¿dónde vas tan pronto? Pasa un rato y luego nos vamos juntos.

—No me apetece, pero tú quédate. Tienes cosas que hacer.

Elisa había entrado ya en el portal y el portón estaba cerrándose lentamente, como si esperara a alguien más. Diego consiguió llegar hasta él y sujetarlo a punto de evitar que el resbalón encajara en la cerradura. Cuando se giró para despedirse de Martín, él ya se había ido. Subió las escaleras sirviéndose de la barandilla rococó como pértiga para avanzar más aprisa y la alcanzó en el descansillo del piso inferior al del espacioso ático que sus padres habían alquilado en Montparnasse. La agarró por el brazo justo cuando ella comenzaba a subir el siguiente tramo de escalones.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no me has esperado? Voy a echar el hígado por la boca.

—Pues mira, no te vendría mal.

Sus ojos titilaban. Diego le miró la cara, Elisa arrugaba los labios como un roedor de algodonoso pelo gris.

—¿Por qué dices eso? Vamos, no sé qué te pasa, ¿qué te he hecho? Si estás enfadada porque no hemos estado juntos desde que llegamos a París, tiene explicación. Mi madre no me ha dejado solo ni un minuto. A ver si se terminan de instalar ya de una vez y se acostumbra a esto porque me tiene harto. Quiero decirles ya que me voy a ir a vivir con Martín, su piso está en el Barrio Latino, a dos minutos de la Universidad.

—¿Sí? No me digas, pues mira qué bien, así puedes llevarte a tu prima.

—¿Qué has dicho?

—«Madre, creo que hemos hecho muy bien en venir a París. Estoy

deseando instalarme.» —Elisa se burlaba de su acento intentando imitar su mezcla de ese aspirada con la pronunciación cerrada del norte—. Parecía que donde querías instalarte era encima de ella. Y además estudiará muy cerca de ti también, supongo que sabes que se ha cambiado de Universidad, ahora se quedará en tu campus.

Diego consiguió abrazarla y la atrajo hacia sí pero Elisa se soltó y se giró para dirigirse a las escaleras. Él enseguida volvió a retenerla y esta vez la abrazó más fuerte.

—Mírame, Elisa. Mírame. No puedes estar diciéndolo en serio. Sabes que nunca habrá otra mujer en el mundo para mí más que tú. Tú.

La besó suavemente en los labios. Ella los mantenía apretados. Aún. Pero solo fue un instante, enseguida fue ella quien le abrazó a él y fue su lengua la que le lamió. Cuando sus bocas se separaron, siguieron abrazados y él le pasó los dedos por los párpados, como siempre hacía cuando había terminado de amarla. No podía dejar de mirarla, a los ojos, con dulzura, como si quisiera que cada una de las palabras que iba a pronunciar se posara en su corazón como una pluma cae sobre el agua.

—Te quiero. Solo a ti. No lo olvides jamás. Tú has sido la primera mujer a la que he amado y serás la última. Te lo juro.

Entraron juntos en la casa. Como si no hubiera ocurrido nada cinco minutos antes. Como si sus corazones no latieran al mismo ritmo y sus cuerpos no se hubieran encontrado. Como si el deseo no les hubiera partido en dos. Solo Milagros los miró unos segundos más que el resto y luego subió los ojos al techo. Había que cambiar esos florones. No congeniaban con las lámparas que pensaba comprar. Enseguida volvió a observar a los recién llegados y continuó hablando.

—¿Os habéis enterado ya?

—Enterarnos, ¿de qué? ¿Qué ha pasado?

—Ya veo, estáis demasiados entretenidos en otras cosas.

Milagros dejó en las manos de Diego un periódico abierto. Las negras letras de imprenta bailaban ante sus ojos, aún no acostumbrados a la débil luz de la única lamparita, de Tiffany y cristalitos azules en forma de mariposas, que ella se había empeñado en colocar sobre la mesita junto a la ventana. Era

monísima, aunque aún no había encontrado ninguna más potente que hiciera juego. París tenía mil tiendas pero también millones de calles donde era tan fácil perderse que todavía no se sentía segura para salir todo lo a menudo que quisiera.

—Los mineros se han sublevado y han atacado a las unidades policiales que vigilaban la zona y, no contentos con eso, han intentado hacerse con los edificios de gobernación en Oviedo. Y desde Gijón les han seguido y han tomado las fábricas de armas. ¡Están intentado instaurar una república soviética! ¡En Asturias!

—Milagros, tranquilízate, que el gobierno ya está haciendo lo que debe hacer. Las tropas de León llevan días en la zona y el padre de Martín nos ha contado que incluso han llegado doce batallones de moros de Marruecos. ¡Hasta la Legión Extranjera se ha llevado para allá el Franco ese! La gente de bien está encerrada en sus casas, aunque la lucha está teniendo lugar sobre todo en esas dos ciudades.

—Qué horror, me pongo mala solo de pensarlo. Menos mal que te hicimos caso, Jaime.

Manuel se levantó. No conseguía encender el puro y se acercó al aparador a coger un picador. Aún estaba allí el juego de tocador de plata vieja que le había regalado a Milagros por la mañana, como desagravio por no haber querido acompañarla al Moulin Rouge. El perfumero, el cepillo y el espejo le habían gustado tanto que enseguida se los enseñó a su amiga Clara. Ella, por primera vez que Milagros recordara, había demostrado al verlo un entusiasmo casi infantil; tanto le gustaron, que Milagros había pensado por un instante en regalárselos y si no lo hizo solo había sido por no agraviar a su Manuel. Qué buen gusto tenía su pobre amiga..., sí que eran de verdad elegantes. Ella se los había devuelto después de examinarlos un buen rato y Milagros los había dejado encima del mueble. El metal refulgía ante sus ojos. Manuel suspiró profundamente y, al expulsar el aire por los agujeros de la nariz, sonó como si atravesara un tubo de escape de esos coches tan modernos. Miró a su esposa. Milagros estaba demasiado callada. Las malas noticias de España debían de haberle alterado de verdad. Era una suerte haber salido de allí a tiempo.

—Por una vez, cariño, te doy la razón sin hacerte rabiar un poco: menos mal que nos hemos ido. Aunque esos insensatos no tenían nada que hacer. En

estos días, cualquiera coge un fusil y cree que puede gobernar, esto es una locura. El ejército les está aplastando. Están aniquilando a los levantados y, de paso, a todo el que se pone en medio. Entre unos y otros, están arrasando Oviedo. Martín padre está horrorizado, se cuentan monstruosidades de lo que está haciendo el ejército de moros ese. España está metiéndose en un sinsentido que a saber cómo acabará.

Clara permanecía sentada en la butaca de estilo Luis XVI con estampado de hojas de hiedra. Tenía en las manos su libreta, de tapas de nácar y minúscula cerradura cuya llave permanecía colgada en el vacío pendiendo de un cordón rojo de seda. Hacía ya una media hora que había dejado de escuchar y estaba garabateando con el lápiz de grafito como tantas otras veces, nadie había visto nunca qué. Si alguien se acercaba mucho o le preguntaba, ella solo cerraba el cuaderno y lo protegía entre sus brazos. Todos lo sabían y se habían resignado a ignorar la razón por la que garabatear en ese librito le proporcionaba paz. Incluso Elisa sabía que, si miraba por encima del hombro e intentaba fijar su vista en su faena, su madre se levantaría, pondría la mano sobre el papel o impediría de cualquier otro modo que nadie viera lo que estaba escribiendo o dibujando. Incluso ella. Sin saber por qué, esos cuadernos se habían convertido en un mágico bebedizo de sanación y ya hacía mucho que Elisa los veía solo como eso, como una especie de antídoto contra un veneno desconocido y simplemente agradecía que, a través de ellos, la mirada de Clara se iluminara durante unos instantes. Hoy se había vestido con un poco más de desenfado y los bajos de la falda gris marengo dejaban a la vista sus delgados tobillos. Mientras pintaba en su libreta, se había remangado la camisa blanca de estilo mandarín, que llevaba abotonada hasta el último ojal pequeño y redondeado como un último recurso. Su cabello liso y claro, cortado siempre por encima de los hombros, dejaba a la vista un cuello igual de largo que el de su hija.

—¿No tenéis frío?

Elisa cogió la manta pulcramente doblada que siempre aguardaba en el respaldo de algún sillón en esa casa y se la echó a Clara por encima de los hombros. Pero ella siguió concentrada en su cuartilla. Le dio un beso en la cabeza. El pelo de su madre siempre olía a agua de rosas.

—Deberíamos intentar avisar a Martín, ¿no creéis?

—Como prefieras, Diego, pero no creo que sea necesario alarmarle. Su familia está bien. Todos nuestros conocidos están a salvo. Ha debido de ser espantoso, pero la gente de bien no tiene de qué preocuparse.

Clara cerró el cuaderno con llave, se enroscó la manta un poco más y fue a sentarse junto a su marido, que enseguida le tomó la mano y la metió entre las suyas. La concha ruda y la perla delicada. El mar eterno y las efímeras olas.

—No, iré a buscarle. Creo que debe saberlo. Elisa, ¿vienes? —La joven negó con la cabeza. Parecía a punto de echar a llorar. Sus ojos violetas eran temblorosas lunas menguantes—. Sí, mejor quédate aquí. Iré solo.

Diego bajó las escaleras volando y acertó por las callejuelas que ya conocía de sobra para llegar al Barrio Latino donde esperaba encontrar a su amigo. La noche se había cerrado sobre el río de París y el frío se le colaba por la pechera del chaquetón. Al dejar atrás Notre Dame, una mordedura de aire gélido en la piel le hizo abrocharse de prisa. Elisa tenía razón: era tan descuidado que se seguía dejando la bufanda colgada del perchero si alguien no le recordaba que el clima en esa ciudad se parecía en mucho al de Asturias, tan fresco y húmedo que el aliento se convertía en un humillo blanquecino en cuanto salía de la boca. Ahora echaba de menos esa prenda pero siguió andando sin dudar; entre la gente, el ambiente se caldeaba un poco.

Las calles estaban repletas de estudiantes que remoloneaban para volver a sus apartamentos alquilados. La libertad de su nueva vida en la Universidad, completamente diferente a la que hasta entonces habían llevado, les hacía querer exprimir cada instante de esa sensación novedosa y excitante de independencia compartida. Diego examinaba primero sus abrigos y luego sus caras en busca del semblante inconfundible de Martín. De los garitos acartonados salía humo y música, envuelto el uno en la otra de modo que formaban una amalgama imposible de separar. Pero los parisinos eran correctos hasta en las borracheras y los únicos estudiantes que salían gritando de alguno de los múltiples cabarets o bistrós hablaban siempre un idioma diferente del francés.

Diego estaba empezando a plantearse que debía volver a casa sin haberse topado con Martín cuando, por la puerta de un burdel de los más caros y concurridos de la ciudad —según figuraba en la lista que manejaban con soltura los estudiantes de último curso y que de vez en cuando vendían a los de

primero a cambio de algún trabajo especial—, salieron dos matones. Todos en la Universidad parecían saber que el local, enmascarado tras la apariencia de cabaret, ofrecía espectáculos mucho más subidos de tono de lo que en esos locales era habitual y que sus participantes, tanto los clientes como los bailarines, eran de todas las razas, familias, sexos, tendencias y predilecciones. En menos tiempo del que pudo emplear en averiguar cómo era posible que en ese tipo de tugurios se pudieran permitir pagar el sueldo de varios gorilas, estos hicieron volar por los aires al hombre con el torso desnudo que un segundo antes llevaban cogido por los brazos mientras sus piernas se arrastraban por el mugriento suelo. El largo flequillo enmarañado le tapaba casi todo el rostro, que fue a dar contra el pavimento y enseguida comenzó a sangrar por la nariz. Tras él, arrojaron algunas prendas demasiado elegantes para el estado en el que se encontraba su dueño. El hombre quedó tendido sobre los adoquines y, solo a duras penas, consiguió erguirse y llegar hasta donde había caído su ropa. Luego se sentó en medio de la calle mientras intentaba, sin éxito, manipular su camisa para encontrar las mangas y colocarlas de forma que fuera capaz de vestirse con ella. La sangre le caía ya a borbotones y empezaba a empapar algunas partes del tejido, hasta entonces impoluto. Diego se acercó para ayudarlo y se quedó perplejo cuando se percató de que el espantajo que se esforzaba inútilmente por abrocharse los botones era su amigo.

—Pero, por Dios, ¿qué hacías en ese sitio? ¿Te has vuelto loco? ¿Puedes moverte? —Martín levantó la cabeza para mirarle, pero no le contestó. Siguió intentando introducir uno de los odiosos circulitos por el ojal, aunque se le seguía resistiendo. Diego se agachó para terminar de abotonarle la camisa y luego le ayudó a levantarse y a colocarse el abrigo. Martín seguía sin hablar—. ¿Qué hacías ahí? ¿Es que no sabías dónde te estabas metiendo?

—Déjame en paz, Diego. Estoy harto de que todos seáis tan perfectos. Yo soy una mierda, no me ves. Solo una mierda.

—Apesta a alcohol, te has pasado mucho bebiendo. No puedes llegar así hasta tu casa. No sé en qué estabas pensando.

—Estoy harto de ti, déjame tranquilo y no me des lecciones. Yo también soy mayorcito —Diego le metió la mano en el bolsillo del abrigo y rebuscó. Martín se le quedó mirando con curiosidad. Allí no iba a descubrir gran cosa,

aunque quizás se llevaría alguna sorpresa si seguía registrándole. Le sujetó la mano y se la sacó del bolsillo—. ¿Qué quieres encontrar? No vuelvas a hacer eso. Dime qué buscas.

—¿Qué voy a buscar? Tu pañuelo. Tienes la cara hecha un Cristo, con algo hay que taponarte la nariz para que dejes de sangrar.

—No te necesito, puedo llegar a casa y curarme la nariz yo solito.

—No digas más tonterías y déjame que te ayude.

Diego cogió su propio pañuelo y le limpió el líquido pringoso que le seguía resbalando del tabique. Luego le hizo un gurrño y se lo introdujo en la nariz mientras presionaba con la otra mano para cortar la hemorragia.

—Menos mal que no tengo la nariz rota, si no, te habría partido la cabeza en cuanto hubieras intentado hacer eso.

—Estás muy borracho y no dices más que tonterías. Cállate, ya hablaremos mañana. Ahora nos vamos a casa.

—No quiero ir a ningún sitio contigo. Entérate de una vez. Ya estoy harto. Quédate con ella, ¡me has oído! Quédate con ella y que seáis muy felices, maldita sea.

Diego observó a su amigo. A veces, al mirarle, se acordaba de cuando los dos eran dos micos que corrían escaleras arriba para entrar al palacete y pedirle a la doncella que les dejara coger enseguida las magdalenas recién salidas del horno. Estaban amaestrados ya para percibir su olor en cuanto ella las sacaba y las colocaba en la bandeja de plata en la que las serviría con el café de la tarde, si conseguía impedir que los dos ladronzuelos acabaran con todas. Si se hacía la dura y no se lo permitía, siempre tomaban varias y salían corriendo antes de que pudiera reaccionar. Pero el tiempo pasaba rápido y, ahora que los niños se habían convertido ya en dos hombres, seguían peleándose por comerse la más blandita, la que tenía mejor pinta, la que los dos querían.

—Tienes que acostumbrarte, Martín. Solo eso. Ya no somos unos críos. No puedes emborracharte por esa estupidez. Y no pienso dejar de ser tu amigo por algo así. Hay miles de mujeres guapísimas en París, millones en el mundo, y todas caerían rendidas ante ti si te diera la gana. Así que hazte a la idea y empieza a buscar.

—Eres un estúpido. Nunca podrás entender lo que me estáis haciendo.

—Y tú estás como una cuba y mañana te arrepentirás de todo esto. Empezando por el moratón que va a salirte en la cara, idiota.

—No quieres verlo, pero algún día tú sí que te arrepentirás de esto, Diego, algún día te darás cuenta del daño que me hiciste y ya no tendrá remedio.

Martín apenas terminó la frase, Diego solo tuvo tiempo de engancharle por la cintura antes de que comenzara a vomitar. Y le pareció oírle gemir pero las lágrimas no le caían por la cara. Sí, Martín estaba llorando, pero los hombres de verdad lloraban siempre sin lágrimas.

V

Villaviciosa, Domingo, 14 de Mayo de 2000 (23:00 h)

Llega la noche con su soledad negra de almas perdidas entre las sombras. Todo se ha enturbiado y es entonces cuando más añoramos la luz vívida del sol que nos iluminaba. Violeta se ha acostado ya. Pobrecita mía. No entendería nada, ¿cómo podría? Si ni yo mismo sé cómo explicarle lo que siento. Pero sé que terminará encontrándote en tus pinturas, que descubrirá tu espíritu oculto en sus colores, que comenzarán a hablar, dibujando con sus fluidos la historia de nuestra historia.

Como yo, cuando miro a la playa y me encuentro con el bosque vuelvo a ti, tropiezo con tus manos acariciándome los labios. Soy un anciano triste y cansado, pero aún siento necesidad de ti, te sigo deseando. Y veo tu hermoso cuerpo en el lugar donde te amé la primera vez. Era lo más hermoso que había visto nunca. Lo más hermoso. Lo más hermoso. Como si me hubieras regalado la luna y las estrellas. Y fue aquí, en esta arboleda de paseos románticos en la que los atardeceres se volvían rosas cuando el sol se reflejaba sobre el agua y llegaba a iluminar las copas de tu bosque. Porque lo hiciste tuyo después de que nos amáramos. Y seguirá siendo tuyo para siempre. Nadie se atreverá a despojarte de él, en sus caminos siempre se topará con nuestra promesa, nada ni nadie conseguirá romperla. El juramento de amarnos hasta que los dos volviéramos a unirnos en un mundo distinto a este: amarnos hasta después de nuestra muerte, en el lugar donde estuviéramos volveríamos a realizar otro juramento de amor por siempre. Eso sería amarnos para toda la vida y toda la muerte.

Fue tan difícil amar, todavía siento el miedo que tenía de tocarte; hasta aquel día solo había sabido besarte. Fue tan difícil amar y es tan difícil explicar lo que sentía cuando mis manos pensaban una a una sus caricias, cuando mis labios acariciaban la temblorosa rojez de tus labios, que se abrían. Puedo notar dentro de mí la sensación que se contagia aún con el recuerdo. Caricias de metal, frías y suaves, que se volvían cálidas al ser permitidas. Besos de lluvia húmeda y profunda, que penetra en la tierra, la humedece, le da vida, le contagia su frescor y la perturba, se hunde en ella... Es tan difícil explicar lo que sentía; comprendo ahora que en aquel instante pasé de ser hombre a ser cadencia, a ser dolor, a ser temor, a ser ternura. Empecé a ser tuyo y tú quisiste seguir siendo mía.

Lágrimas saladas, besos de angustia acompañaban el sudor y empapaban tu piel, mi piel, tu fragilidad, mi miedo a hacerte daño cuando en mi deseo quería poseerte. Explicar lo que sentía, lo siento aún. He olvidado lo que he comido hoy, pero revivo el pasado como si hubiera ocurrido ayer. Yo caminé con mis mejillas rozando sobre tu alma. Al final fue tan fácil amar que cuando, tumbados sobre las hojas con las manos unidas, miramos hacia el cielo, juramos amarnos siempre. Después no querías mirarme aunque yo me maravillaba de la tibia suavidad que había encontrado en ti y seguí maravillándome siempre que te tenía. El calor de tu cuerpo me perdía. Cuando en invierno en nuestra casa de Clichy sentía frío, solo tenía que convencerte para que dejaras lo que estuvieras haciendo y te metieras conmigo en la cama. Tú me contagiabas tu calor y yo te contagiaba mi deseo.

Al día siguiente, tras nuestra primera vez, comenzaste a pintar el cuadro de las rosas blancas. Hasta entonces, solías elegir paisajes, te gustaba jugar con los contrastes que se creaban con los cambios de luz al natural, te ibas a la calle con tu maletín, tu lienzo y tu caballete y te tirabas horas pintando así. Pero ese día, quise creer que porque algo dentro de ti había nacido, tu dibujo fue más sencillo, subiste a tu estudio con un ramo de flores del mercadillo y las colocaste en un jarrón de barro y luego dejaste que la espontaneidad de las pinceladas salpicara el lienzo. A veces te volvías para sonreírme y entonces yo me quedaba tranquilo unas cuantas horas más.

¿Cómo puede ser tan tarde? El tiempo pasa sin que pueda enseñarme ya nada. Pero Violeta tampoco duerme. Le oigo revolverse sobre su cama. Me

gustaría poder ayudarla, pero no sé cómo. La veo distinta, alejada de mí, pero no por el tiempo ni por la edad, parece que hay algo que le preocupa y que no quiere compartir conmigo. Y yo no me siento con fuerzas para indagar, es libre de decidir, mi pajarito, no tengo ningún derecho a invadir su intimidad. Cuando esté preparada, si ella quiere, me lo contará.

¿Estás contenta?, incluso desviando mi memoria, sigo volviendo a ti. Elisa. ¿Puedes creer que aún te sigo deseando? Solo a ti, no lo dudes, solo a ti. Te he sido fiel toda mi vida, jamás volví a enamorarme, te juré amarte siempre y he cumplido mi promesa. Aunque me fue muy fácil porque no logré ver en ninguna mujer lo que hallaba en tus ojos cada vez que te tenía. Ahora me llamarían tonto por eso, cuando los jóvenes no duran dos días, prueban y prueban sin parar, sin pararse realmente a buscar en ellos mismos lo que son capaces de dar a los demás antes de pedirlo para sí. Son impacientes, egoístas, mucho más de lo que lo éramos nosotros. Mucho más. Aunque quizás sea fácil criticar desde la muralla que te adjudica, implacable, la edad.

Sigo oyendo a Violeta. Se ha levantado y viene hacia aquí, como cada noche cuando vivía conmigo, a ver cómo me encuentro. Pero solo puedo acariciar sus manos. Prefiero no mirarla para que no adivine mi pensamiento. Ella me besa intentado contagiarme su calor pero ya no puedo seguirla. Violeta, mi dulce niña de ojos almendrados, has sido todo para mí, mi nieta, mi amiga, la razón por la que llevo existiendo mucho tiempo, desde que me dejó su madre. Desde antes, incluso. Si supieras cuánto te quiero.

—¿No duermes aún? ¿Estás bien, abuelo? ¿Quieres que te traiga algo de la cocina? Voy a bajar a tomarme un sándwich, me he quedado con hambre.

—Los viejos somos como los búhos por la noche y como las mariposas por el día. No te preocupes por mí, pajarito, estoy bien.

Parece que va a girarse pero termina sentándose en mi cama. El pelo le cae sobre la cara. Sus ojos refulgen como mujer gatuna de pupilas grises que es. Me mira y calla un momento. Cuando me habla, siento sus manos temblando sobre las mías.

—Abuelo, quiero decirte algo.

—Y eso que quieres decirme ¿no puede esperar a mañana?

—No, no puede. Te quiero mucho. Sé que hace muchos años que no te lo digo.

Intento incorporarme. Ella me ayuda. ¿Qué le pasa a tu nieta?, Elisa, ¿qué le pasa? No llora pero casi.

—¿Qué te ocurre, pajarito? ¿Qué es? ¿Es Álvaro? Sabes que puedes contarme cualquier cosa, lo que sea. Inténtalo, verás como no te defraudo.

Duda. Sé que algo la sucede, pero recula y tan solo me abraza.

—No es nada, abuelo, no es nada. Que te he echado de menos. He sido una idiota tan grande que no puedo quitármelo de la cabeza. Yo también estoy preocupada por ti.

—El corazón tiene razones que son difíciles de explicar, Violeta, soy un pesado que no paro de repetirme, pero así es. No tienes que explicarme nada que no quieras. ¿Acaso te he pedido yo que lo hagas? Soy muy feliz de tenerte conmigo y punto. No hay más que hablar. Y claro que estoy bien. Menudos dos idiotas que estamos hechos. ¡En vez de estar en la cama, estamos aquí hablando tonterías con el frío que hace en esta casa tan grande y desangelada!

—¿De verdad estás bien?, ¿de verdad?

—Pues claro. ¿Es que yo te mentiría? Tenemos un pacto. ¿Lo has olvidado? Venga, ve a por el sándwich ese y no te preocupes más por mí. Eres tú la que debes cuidarte. No tardes en acostarte, que aquí la humedad se mete en los huesos enseguida y sigues conservando la misma mala costumbre de tu madre de andar descalza. Ya verás cómo caes enferma y termino cuidando yo de ti.

No puedo ayudarla. No se deja. Es terca, como yo. Pero algo le pasa, sí, estoy seguro, Elisa, estoy seguro de que esos ojos tan melancólicos no son normales en ella. No es solo por mí, no. Y se va refunfuñando, como cuando le obligaba a ir a la escuela, no quería dejarme solo. Más que temor, sentía una culpabilidad demasiado pesada para que pudiera soportarla una niña por abandonarme fuera de aquel nuevo mundo que había descubierto, lleno de personas pequeñas como ella, donde podía jugar todo el tiempo y aprender cosas que luego, en casa, para aminorar su culpa, intentaba enseñarme. Cómo me divertían sus explicaciones, hasta que se cercioraba de que había comprendido todo lo que me contaba, no cesaba de mover sus manos y hablar, mientras yo disfrutaba al ver que mi pequeña empezaba a crecer. Se resiste a irse, pero termina saliendo y bajando a la cocina. Qué hambre tiene siempre, en eso ha cambiado, sí, antes comía menos que un pajarito, picoteando tan solo

de lo que le gustaba. Ahora tarda en subir y ha abierto varias veces la nevera hasta que por fin vuelve a meterse en su cuarto.

—Buenas noches, abuelo.

Susurra, pero me hago el dormido. No quiero que sepa que la espío. O casi. Es que es todavía mi pequeña.

Vuelvo a estar a solas contigo, Elisa. Otra vez a solas. Como muy a menudo últimamente. Sé que caminas a mi lado, ya nunca me abandonas, tú también cumples tu promesa. Si cierro los ojos puedo oler otra vez tu aroma, meloso y dulce, el que sin remedio me hacía desearte. El mismo que dejaste de ponerte durante un tiempo, cuando se te metió en la cabeza eso de que las mujeres no podrían ser nunca como los hombres. Como si eso tuviera que ser de otra manera. Como si lo bueno no fuera justamente que no lo sois.

«Déjame, Diego, déjame que vaya como quiera, que no toca ahora ser femenina, que tienen que verme como una igual, como una compañera, lo mismo que ellos», me decías cuando te observaba arreglarte y me acercaba a ti para murmurarte que me gustabas más con tus faldas o con los labios pintados, pero no me hacías caso y salías sin apenas maquillaje, con el pelo recogido y pantalones que no marcaban nada tus caderas, las caderas que yo adoraba. Que yo sabía que seguías siendo tú y por qué lo hacías, pero tu madre te miraba dos veces antes de que salieras por la puerta de la calle aunque, como siempre, no se atrevía a objetar nada. «¿Dónde va así? Se ha vuelto loca? Parece un espantapájaros. ¿Vas a permitirselo?». Martín no lo entendía. Nunca te entendió. No se trataba de que yo te lo permitiera o no. Tú eras libre, como debías ser, como debíamos ser todos. Libre para decidir por ti misma, incluso si te equivocabas. ¿Quién era yo para decidir por ti? ¿Quién? Tan solo tu amante, tu humilde amante que bebía los vientos por uno solo de tus besos. Tan solo mísero aspirante a acompañarte toda la vida. Tan solo a acompañarte. Y salías a la calle así ataviada, empeñada en que tus compañeros te trataran igual que a un hombre. ¡Como si eso hiciera alguna falta! Si lo mejor de cualquier mujer siempre es justamente lo que hace que no se parezca a ningún hombre, a ninguna otra persona del mundo. Cada uno diferente entre iguales. Así es y así ha de ser.

Pero te costó mucho hacerte un hueco en la Universidad. Aunque a veces no lo parecías, seguías siendo una mujer tímida que no quería sobresalir,

contradictoria incluso, con esa fuerza arrolladora que yo siempre había visto en ti contenida tras un muro que no eras capaz de derrumbar, siempre escudada en que debías cuidar de tu madre para no hacer las locuras que otras menos atrevidas que tú intentaban, que nunca tomaba las riendas, que nunca quería soñar. Yo sabía que eso debía cambiar en algún momento porque tenías la fuerza y la capacidad, pero ¡cuántas otras renunciaron antes y después a luchar por alcanzar sus sueños! Demasiados obstáculos había entonces, demasiados hay ahora. Al contrario de lo que yo pensaba, al llegar a París, dudaste tanto de haber hecho lo correcto que a veces creí que abandonarías lo que yo sabía que te haría inmensamente feliz. E intentaba apoyarte, estar a tu lado cada vez que titubeabas, cada vez que volvías de las clases desanimada por el comentario de algún idiota, que los había a montones, entonces igual que ahora. Te sentabas junto a mí y me cogías la mano mientras mirabas lejos, al otro lado de tu pensamiento, y yo ya sabía que algo te había hecho volver a plantearte si seguir. Entonces, durante días, intenté que te dieras cuenta de cuánto valías, de que si estabas ahí, con todos los demás, era porque podías, porque todas podíais y debíais estar. Y si otros no lo entendían, allá ellos. Y hacía por que nos reuniéramos en algún café con mis compañeras, pocas pero muy inteligentes, las que más en la clase. Siempre erais vosotras. Siempre era una mujer la que sacaba las mejores notas, la más aplicada. Y así, poco a poco, te fuiste convenciendo. Aunque no lograba entenderte. Habías conseguido estudiar lo que querías y, sin embargo, a veces parecía que no lo deseabas o, peor aún, que no te creías que debías estar allí. Y vaya si debías. Como el que más. Tus profesores elogiaban siempre tus trabajos, algunos con tanta efusividad que no podía dejar de sentir celos de que los tuvieras tan pendientes de ti. Pero aunque lo tuyo te costaba, eras una de las alumnas más brillantes.

A veces pienso qué habría sucedido si no hubieras conseguido saltar esa barrera que tú misma te negaste a traspasar un tiempo. La más alta. La que cada mujer se pone así misma para llegar a conseguir su sueño, sea el que sea, y que, a veces, muchos otros logran elevar con sus prejuicios o su egoísmo. Pero es una ironía, pensar que tal vez, si no lo hubiera logrado, habrías seguido viva.

Incluso Martín parecía celoso de tus éxitos y a veces me daba la sensación

de que estaba siempre cerca de ti, demasiado cerca, esperando algo que no supe identificar a tiempo. Venía cada tarde a casa y se pasaba horas allí, charlando con nosotros, con tu madre o con la mía. Y casi invariablemente venía solo. A pesar de que las mujeres le perseguían y su fama de galán español corría por el campus con la misma celeridad que su reputación de inaccesible, jamás traía a ninguna a casa y pocas veces a las citas que organizábamos aposta para intentar buscarle pareja. La triste solución que tú y yo, a solas, imaginamos para poner remedio a sus numerosos males y fin a su persecución, porque todavía seguía metiéndose con saña contigo, igual que cuando éramos zagales con calcetines por encima de las rodillas y te perseguía por el bosque hasta darte caza la primera, para llevarte al círculo de prisioneros. Entonces tú te enfadabas tanto que terminabas yéndote a casa y yo quedándome con él, mientras se jactaba sin cesar de su victoria e insistía en celebrarla. Aunque nunca le hice mucho caso, porque creí que lo superaría en cuanto conociera a alguien especial. Eso tendría que pasar. Era ley de vida. Qué inocentes éramos, qué inocentes. Pero al final conseguiste encontrar tu sitio y yo me alegré por ti, porque te quería más que a mi vida y verte feliz era lo que más feliz me hacía.

VI

«No lo dude, su belleza es su máximo valor, triunfe en sociedad y deslumbramiento a todos con ese rostro esplendoroso. Pero no olvide cuidar de ese regalo supremo como lo hacen las señoritas y las señoras más admiradas. Siga usted su ejemplo. Conserve su juventud, su lozanía y su hermosura como su bien más preciado gracias a la crema líquida de pepinos André. Y no olvide aplicarse el tónico facial para que su rostro deslumbramiento como el de las actrices más famosas.»

París, 20 de Noviembre de 1935

Salió de casa sin ponerse siquiera brillo en los labios. Ya hacía semanas que había abandonado la costumbre de pintárselos, pero hoy tampoco llevaba ni una gota de maquillaje sobre la piel. ¡Qué poco femenina! Podía ser. Si no le hubiera importado más bien nada que pensarán de ella eso o cualquier otra cosa, tal vez podría haberlo considerado, pero ella lo que quería ahora sobre todo era pasar desapercibida entre tantos hombres. No todos eran demasiado paternales, ni demasiado empalagosos, ni demasiado educados, ni demasiado prepotentes delante de una mujer, no todos. Pero, a pesar de eso, en un intento por aligerar su feminidad, había llegado incluso a recogerse el pelo cada día,

ella que siempre se había resistido a cortarse la melena por encima de la línea Maginot que marcaban los omoplatos. Pero sus ojos no podía esconderlos, ni la suavidad de sus manos, ni la cadencia de sus movimientos. Qué pena no querer sentirse mujer precisamente por estar rodeada de hombres. Diego no conseguía entenderlo y ella no se lo explicó. Aunque había conseguido hacerse un poco al sofocante ambiente mayoritariamente masculino de casi todos los espacios de la Universidad; de eso podía incluso enorgullecerse y, además, las pocas mujeres que pululaban por el campus daban la sensación de sentirse como ella, ya fuera porque parecieran invisibles o porque se mostraran demasiado. O también podría ser solo su imaginación y que en esa impresión influyera, y mucho, dónde se había criado. La adrenalina les rezumaba porque la mayoría se jactaban de conocer cuanto pasaba en la Europa convulsionada por el rearme alemán, el auge del comunismo y su entrada en Francia o en España, o los continuos rifirrafes en la península ibérica o, todavía peor, en la política francesa.

Y en eso sí que ella era diferente, porque solo estaba interesada en sus cuadros, en aprender cada día un poco más para mejorar su técnica, la perspectiva, la vivacidad de sus retratos, la luz de sus paisajes; mientras que a casi todos sus compañeros les preocupaba sobre todo lo que se cocía en las tertulias que se formaban al acabar las clases. Menos mal que Diego no era así. Con él podía hablar de muchas otras cosas, de arte o de la vida, del futuro o del pasado. Y cuánto se reían recordándolo. Cuántas mujeres más como Milagros harían falta para educar hombres como él. Hombres más interesados en los sentimientos que en las sensaciones. Capaces de rebuscar en su interior más que en sus sentidos.

Pero, aun así, no había podido hacerse a la idea de que, al terminar los estudios, se convertiría en esposa y madre. Probablemente Diego le pediría que se casara con él y, si no, de todos modos se irían a vivir juntos y no sabía muy bien si podría dedicarse a pintar de forma profesional pero eso no significaba de ninguna manera que fuera a dejar de hacerlo. Y le parecía que su madre estaba mejor. Por eso se había decidido al final a seguir en la Escuela. Aunque hubiera querido, no habría podido vivir sin dar rienda suelta a esa pasión que se apropiaba de ella ya antes incluso de empezar a prepararse para revivir en los colores y cambiarse de ropa y coger los

papeles, los trapos, el aguarrás, el aceite y, por último, los óleos incontables. Jamás podría renunciar a esa sensación de libertad que solo había experimentado mientras pintaba. Cada día, antes o después, se sentaba frente al lienzo y tomaba un pincel, diferente según lo que quisiera hacer —de suaves cerdas de pelo de marta para lograr veladuras tenues, de fibras más gruesas para conseguir texturas, fino para delimitar o más compacto para dar toques impregnados de mucha pintura— y empezaba a preparar sobre la paleta la mezcla de matices y de tonos que buscaba: amarillo cadmio, rojo bermellón, azul cobalto, un poco más de blanco... Así, hasta que encontraba el color preciso para dar más luz o para quitarla, para retocar un perfil, aminorar las sombras o acentuarlas. Su genio colorista había ido en aumento desde que entró en la Escuela y su estilo se había ido definiendo cada día un poco más para llegar a afirmarse en la convicción de que con el color podía llegar a expresarlo todo. Como había escrito Pierre Bonnard: «El color sin más ayuda es capaz de expresar luz, de representar masa y de expresar un clima pictórico». Elisa se había convencido por fin de que ese clima pictórico es lo que daba la vida, a sus cuadros y también a ella misma, aunque las oportunidades para exponer su obra y llegar a venderla no iban más allá de recibir algún encargo de los numerosos amigos y clientes de sus padres o de los de Diego.

Sin embargo, hoy sus ojos brillaban un poco más. Iba a ir a visitarles Danielle Lambert, la famosa galerista de arte. ¡Por fin una mujer luminosa entre aquella amalgama de seres grises! Desde que se había enterado de que era ella quien iba a darles la conferencia, se había preocupado de buscar información sobre su trabajo y saber a qué autores representaba y qué tendencias artísticas prefería. Incluso había entrado una tarde en su galería del elegante barrio de Saint Honoré como si fuera una coleccionista. Aunque no había ido más allá porque en el último momento no se le había ocurrido qué decirle. Ahora iba a tenerla delante durante un par de horas. Llegó casi la primera y se sentó enfrente del podio desde donde Danielle les hablaría; el público iba entrando en la sala en grupos de cuatro o cinco y se iban acomodando en las últimas filas. De vez en cuando, algún raro como ella ocupaba otro de los asientos cercanos a la palestra y saludaba a los demás, porque entre raros se conocían siempre. Uno de ellos, de cara redonda a juego

con el resto del cuerpo y vestido con pajarita, le sonrió y se sentó cerca. El espacio olía a solemnidad insertada en un aroma que solo se percibía en los sitios como ese, con butacones de maderas nobles, estatuas que observaban desde dinteles a varios metros del suelo y estentóreas lámparas de treinta estirados brazos que parecían estar esperando una presa a quien enredar entre sus filamentos pegajosos. Por un momento, Elisa se alegró de no ser un insecto.

Cuando Danielle apareció, se hizo el silencio. Los altísimos techos se hicieron más bajos y el salón mucho más pequeño, hasta las sillas menguaron al competir con su elegancia. El retumbar de sus tacones hacía eco entre los cientos de caras y cuerpos estudiantiles que la observaban avanzando por el pasillo central, hasta que llegó al podio. Era el tipo de mujer que no tenía que anunciar que había llegado. Elisa se sorprendió al comprobar que sus ojos no eran anodinos ni sus pechos pequeños y que, al andar, no parecía un pato desastrado. Antes de empezar a hablar, se irguió y se colocó un poco el pelo; entre las artificiosas ondas doradas se encuadraba un rostro ovalado de pómulos señalados y labios gruesos. Ella, a diferencia de Elisa últimamente, disfrutaba de ser mujer a cada maldito instante.

Desde que Danielle comenzó su discurso, Elisa anotó cada palabra en el cuaderno azul, el de los datos importantes, y siguió haciéndolo hasta que empezaron a dolerle los dedos y tuvo que pararse para agitar la mano y dejar pasar algún tiempo antes de recuperar el tacto en las yemas entumecidas. ¡Qué atractiva era! ¡Qué ojos más grises! Podrían haber servido como espejo de almas, lo serían de alguna ya. Elisa seguía mirándola embobada mientras ella dio las gracias a la admirada audiencia. El aplauso llenó el recinto. El sueño iba a terminar y su reacción fue instantánea. Se levantó enseguida y se dirigió aprisa a la tribuna donde Danielle hablaba con el señor Bernard. El director le estrechaba la mano mientras evitaba mirarle los pechos. Elisa sonrió; el hombre debía de tener la edad de su abuelo, que en ese momento estaría probablemente en misa de diez. La abordó antes de que terminara de escabullirse de los requerimientos para hacer una visita a la clase de los lunes.

—Señorita Lambert, permítame que me presente, soy la señorita Ortega, estudiante de tercer curso de pintura en esta Escuela, y me gustaría decirle que

la admiro muchísimo. No puedo decirle hasta qué punto.

—Señorita Ortega..., ¿a secas? ¿Supongo que mi querida admiradora tendrá un nombre? ¿Verdad?

Elisa sintió que sus mejillas se volvían de color del bermellón. Aún no había aprendido a evitar sonrojarse en los momentos más inoportunos. Y ese era uno de ellos. Se llevó su pañuelo a la nariz y enseguida se sonó con él, estrepitosamente. Su rubor ya había pasado desapercibido. Luego tosió muy fuerte. Danielle se apartó un poco, divertida.

—Elisa, me llamo Elisa Ortega. Soy española, de Asturias.

—Me alegro mucho de conocerla. Y también de que sea española, es un bello país el suyo. Y más bellas aún, sus pinturas, espero que esté aprovechando sus estudios en esta institución. Es una suerte poder estar aquí, como supongo que sabrá.

—Sí, soy muy consciente de la suerte que tengo y de eso precisamente quería hablarle. De suerte.

—¿De suerte? No la entiendo, ¿por qué de suerte?

—Pues porque mi suerte está al lado de la suya, lo sé, sé que podemos hacer grandes cosas juntas, que mis cuadros se venderán en su galería, que se los quitarán de las manos.

Danielle comenzó a reír, su tez demasiado pálida adquirió por un momento un matiz rosado y Elisa respiró hondo. No sabía de dónde había sacado semejante argumento ni cómo la galerista no la había mandado a freír espárragos, pero ahí estaba, riéndose a carcajadas mientras ella no sabía bien por dónde seguir ni cómo arreglarlo, así que continuó por el mismo camino.

—Créame, estamos predestinadas a hacer cosas muy importantes juntas. Se lo aseguro. Bueno, eso es lo que creo yo y tenía que decírselo.

—Sí, claro, no te preocupes, has hecho muy bien. Siempre está bien conocer de dónde te llegará la suerte. Te lo agradezco. Y, de esos cuadros tan fantásticos que vamos a vender, ¿tienes alguno que yo pueda ver? ¿Sabes?, me gusta examinar lo que voy a ofrecer en mi galería antes de exponerlo, para tener oportunidad de conocer cuál es su valor.

El camino a casa se le hizo tan corto que ni siquiera se paró a tomarse su croissant con chocolate líquido por encima de casi todos los días. La mujer que se lo servía ya la conocía de las muchas veces que Elisa se detenía en su

coqueta pastelería al ir o regresar de las clases. Le encantaba esa mujer, su piel blanquecina, sus ojos chiquitos, su nariz redondita como de muñeca y su pelo blanco siempre recogido en un moño que adornaba con una flor le recordaban mucho a los rasgos de su abuela Flora. Aunque su abuela tenía mucho peor genio. A primera hora de la mañana, podía oler esa flor en el pelo de la tendera sobresaliendo entre el resto de aromas. Los desprendía el enorme horno de hacer pan que se veía sin remisión tras la puerta abierta que daba a la tienda; a última de la tarde, la flor seguía allí, aunque sus pétalos se habían relamido del calor. La mujer no se quitaba su flor hasta que, rendida ya, echaba el cierre y se disponía a volver a su casa. Era como su insignia. Ella se llamaba Matilda y había tenido dos hijas, pero una se le había muerto de pequeña y la otra se había ido a vivir con su marido a una casa maravillosa a la zona de la Provenza, donde Matilda soñaba con reunirse con ella cuando pudiera cerrar el negocio. Elisa se conocía ya parte de la vida de la amable señora; le gustaba escuchar sus historias, aderezadas siempre con una lengua de gato que le ofrecía como regalo enrollada en la servilleta de papel mientras hablaba sin parar de su nueva nieta o de lo mucho que había querido a su difunto marido. Pero ese día, Elisa pasó de largo sin darse cuenta: solo tenía sitio en su cabeza para la conversación con Danielle, ¿cómo había sido capaz de hacerlo? ¿Cómo se había atrevido a ofrecerse a exponer sus cuadros en la galería de esa famosísima galerista? No era capaz de explicárselo, por mucho que ese pensamiento giraba y giraba sin parar en torno a sí mismo, llegó hasta su casa sin haber encontrado la respuesta y con los nervios alborotados y jugando al escondite en la mismísima boca del estómago.

Milagros siempre dirigía la conversación, pero al menos Clara no estaba dibujando esta vez y la miraba atenta mientras su amiga hablaba.

—Qué poco te quieres, es que no lo entiendo. Por supuesto que debes venirte conmigo a esa reunión de mujeres que organiza la parroquia. ¿Qué más da si al principio podemos hablar menos de lo que nos gustaría? Bueno, sobre todo yo... Ya nos iremos acostumbrando a este francés tan raro que hablan aquí. Es normal que lo tuviéramos un poco anquilosado, aunque debo decirte, Clara, que el tuyo me ha sorprendido. ¡Qué bien pronuncias! Si hasta te entienden y todo. Pero yo no pienso callarme hasta que lo consiga, faltaría más, si esto no es más que insistir e insistir hasta que tu cabeza se hace al

nuevo idioma y, de repente, un día, sin que te des cuenta, comienzas a entenderles y a hablar como ellos. Al menos eso espero.

—Por supuesto, Milagros, es solo eso.

—Claro, si es que es así, no puede ser de otro modo. Fíjate, si no, los niños, cuando nacen, ¡qué rápidamente entienden a sus madres! No son más que unos mocosos que no saben casi tenerse en pie y ya te dicen sin problema lo que quieren con esa media lengua tan bonita y lo comprenden todo. ¡Ay! Cuánto me gustaría tener pronto un nietecito, ¡cuánto! Pero, claro, aún son jóvenes, muy jóvenes, tendrán que casarse primero. Ya estoy imaginándome a Elisa vestida de novia... ¡Uhhmmm! me pongo nerviosa tan solo de pensarlo. Pero me tengo que tranquilizar, que estoy vistiendo al santo antes de lavarlo ¿o era otra cosa? Vestir al santo antes de... ¡Pero bueno!, ¡si ya tenemos aquí a nuestra preciosa niña! ¿Cómo te fue hoy? Tienes una cara muy rara, ¿has comido algo? Que mira que tienes que comer, que eso de estudiar tanto agota el intelecto pero también el cuerpo y hay que reponer esas fuerzas para rendir más.

Elisa se había acercado a Clara. Estaba sentada de espaldas a la puerta y no la había visto llegar. Su hija le puso una mano sobre el hombro y se agachó para darle un beso en la mejilla sin esperar a que ella se levantara. La mujer dejó apoyada su mano sobre la de la joven y suspiró quedamente; había llegado justo en el momento apropiado. Muchas veces había pensado en desahogarse con Milagros, en contarle, hasta donde pudiera, la razón de su mirada vacía y de su alma perdida, como su querida amiga denominaba muchas veces a su actitud lánguida con ella. Actitud lánguida. Eso había sido su vida desde hacía mucho tiempo. Clara era consciente de que así la veían los demás y casi nunca podía evitarlo. Pero desde que habían llegado a Francia, había recobrado un poco de su ánimo, ella misma se lo notaba; quizás había sido porque veía a su hija crecer sana y fuerte y, aunque todavía un poco tímida y sin hacer, cada vez más segura de sí misma. ¡Es que podía ser de otra manera! Sí, podía ser, pero por suerte, Elisa no había tenido que vivir su vida. Con su edad, ella solo se dedicaba a las labores propias de una dama de su posición. Había ido a la escuela, pero sus abuelos nunca se habían tomado en serio esa novedad que permitía que las mujeres pudieran estudiar como los hombres, incluso en la Universidad, y llegaron, como ellos, a ser médicos o

profesoras, igual que su amiga Lolita Castilla, que llegó a terminar la carrera de Filosofía y Letras y hasta se hizo profesora. Qué locura de la modernidad. Así que tan solo había aprendido lo que toda dama de buena familia debía conocer, lo que le correspondía: ortografía, algunas nociones de cálculo y aritmética, abundante catecismo y La Biblia, un poco de historia y literatura; también había sido instruida, junto con sus hermanas, en las labores de la casa, aunque era seguro que no debería ocuparse de ellas por sí misma, sí tendría que saber organizar adecuadamente a quien las realizara.

Pero, por encima de todo, Clara sabía pintar. Le habría gustado poder continuar sus estudios y aprender en serio Artes Plásticas, pero jamás se lo planteó más que como un anhelo imposible de niña caprichosa, así que se limitaba a plasmar su pasión en sus cuadernos. Era feliz así. O eso había creído hasta que, de la mano de su primo Andrés, apareció el bueno de Jaime y se le revolvió un poco la existencia. Él había constituido la única revolución en su calmada vida adrede. Después de aquel marqués presuntuoso que como vino se fue, para sufrimiento de sus abuelos, había llegado él. Tímido como Clara, respetuoso y fácil de llevar; bebía los vientos por ella y no escuchaba las insidias que poblaban las tardes de asueto de las jóvenes casamenteras, ni las habladurías sobre el espanto reflejado en la cara del marqués con la que la había dejado aparcada con cajas destempladas.

Clara era solo Clara para él; ni la rara; ni la callada; ni la que solo pinta y pinta sin parar; ni la que, pobrecita ella, bastante tiene con lo que tiene. Clara era la bellísima y dulce razón de ojos violetas por la que Jaime recorría el tortuoso camino de ida y vuelta entre Mieres y Oviedo cada domingo sin falta, hasta la casa de los abuelos de su amada, para charlar con ella de lo que ella quisiera. Y, si no se le antojaba charlar de nada, paseaban juntos por el antiquísimo parque de San Francisco o comían un helado de fruta, de los buenos, de la Heladería de La Pepa, mientras se sentaban en uno de los bancos que hacía muy poco que el Ayuntamiento había instalado cerca de la muy gótica catedral de San Salvador, orgullo de todos los ovetenses y de buena parte de los asturianos. La increíble mezcla de prerrománico, románico, renacentista y barroco les servía como excusa para que Jaime le hablara largo y tendido sobre su fascinante historia, su pórtico, su torre y su campanario, y así poder pasar más rato juntos y hasta darse la mano de vez en cuando durante

unos instantes, así como quien no quiere la cosa, a escondidas de los parroquianos que iban acudiendo a más de una misa incluso.

Por eso fue por lo que le dejó entrar en su corazón. Él no pedía nada, no le cogía nunca la mano si Clara no se la ofrecía, no se le acercaba si ella no lo hacía primero, jamás le propuso antes de tiempo que le diera un beso o se arrimara un poco más, no hacía ostentación de su cuerpo ni de lo que sería para él tener el de ella como había hecho el estúpido marqués, ni se permitió rozarla más de lo que a ella le iba apeteciendo, lentamente, como en un juego en el que fue entrando sin querer, solo para que su abuela la dejara tranquila, y que terminó convirtiéndose en la razón de su existencia. Él hablaba y hablaba sin parar y solo le daba lo que ella le iba requiriendo: si era un libro, el más hermoso; si era una flor, cinco, y de las más bellas; si era un roce de manos, aquel que terminara cuando ella deseaba; si era un beso, uno dulce y recatado.

Jaime quería ser arquitecto y a ella le maravillaba escucharle hablar de cabeceras de semitambor, naves elevadas, vitrales, arbotantes, arquillos, iglesias benedictinas que admiraba o, sobre todo, del Pórtico de la Gloria que, cuando se casaran, irían sin falta a ver juntos. Así, a través de charlas y paseos, Clara fue dándose cuenta de que él era el único hombre al que podría amar y, a paso de hormiga coja, fue deseando que sus visitas terminaran a veces más tarde de lo que le permitían sus abuelos y hasta llegó a sobrarle su hermana, que les acompañaba a menudo como carabina, y terminaron incluso sobornándola con una porción generosa de la tarta de Santiago que la madre de Jaime le enviaba a la abuela de su amada desde que se enteró de que a la buena mujer le encantaba la repostería fina.

Y Clara había pensado muchas veces en sincerarse, en llevar el corazón en la mano y explicarle a ella, en contarle a su querida Milagros la razón de su actitud lánguida, como la denominaba su amiga, pero nunca era capaz de abrir la boca. Literalmente. Cuando estaba a punto de encontrar el valor para revelarle al menos alguna de sus razones, o bien su amiga la interrumpía o bien ella no conseguía que sus labios se despegaran el uno del otro y comenzaran a articular sonidos. Era como si tuvieran un acuerdo tácito para mantenerla callada. En actitud lánguida.

—¿Qué tal fue el día, mi amor? ¿Te gustó la galerista tanto como creías?

Elisa se colocó en cuclillas delante de su madre. Sus ojos refulgían y

Clara supo a ciencia cierta que la sonrisa que le dedicaba su hija no era como la de siempre.

—¡No puedes imaginarte lo que he hecho, madre! ¡No puedes imaginártelo!

—Pues yo no sé si tu madre puede pero yo no, así que ya nos lo estás contando, si no quieres que ella y yo te dejemos de hablar o algo peor incluso.

VII

Villaviciosa, Lunes, 15 de Mayo de 2000 (8:30 h)

Sigo siendo un cobarde, Elisa, no he cambiado. Ya entonces debí haberle matado, tendría que haberlo hecho pero no pude, tan solo salí de allí, me fui, me escondí. Solo pensé en tu hija y en huir. En cuidar de ella. Y ahora vuelvo a sentirme como un ratón, pequeño y asustado. Pero tengo que seguir vivo aún, necesito vivir, necesito vivir. Aunque esta fabulosa tierra que me vio crecer, rodeada de bosque, mar y cerros; esta tierra, sí, esta tierra me verá morir.

Dejo atrás la casa azul y en ella a Violeta dormida. Espero que duerma igual que estos días, que parece un lirón, incluso más que cuando era pequeña. No quería explicarle a dónde voy. Todavía no. Y ya había concertado la cita desde Madrid. No quiero retrasarlo más. Necesito terminar. Aspiro profundamente y siento de nuevo el aire frío, agradable, con un frescor lavado en sal marina y monte robado del límite del horizonte, del océano gris. El taxista atraviesa ya el bosque. Ese bosque imposible de árboles gigantes mandados plantar allí por el rey chiflado. Su suelo sigue cubierto de arena de mar depositada en un lugar que no le corresponde, con algunos de los restos que dejan los hombres, papeles escondidos bajo montículos de hojas que silban al atravesarles la brisa, colillas dormidas sobre la tierra húmeda y fría, papeles llenos de palabras muertas. Ni un solo rayo de luz atravesará nunca la muralla de hojarasca y llegará al suelo, plomizo y yerto, sin ninguna otra señal de vida más que los troncos que se levantan de él y en los que se leen nombres unidos por líneas que hieren la madera para sellar con el dolor del árbol su amor. ¿Cuántos de aquellos nombres arañados en los troncos todavía seguirían

entrelazándose en la vida? El ronroneo del motor se confunde con los rumores que esparce el viento. Las olas infinitas se baten contra los lamentos de los marineros. ¡Qué hermosa es esta tierra que me vio nacer! Qué hermosa y qué espectáculo de naturaleza sigue desplegándose por cada uno de sus rincones.

Villaviciosa es un cacho especial de este terruño, orgulloso y señorial. Todavía es pronto y hay poca gente por la calle, pero aún así se nota cuánto ha crecido. Ya falta poco para llegar, el taxista se vuelve para decirme algo que no le entiendo. Le sonrío y sigue su marcha hasta que me avisa de que hemos llegado. Le pago y salgo andando. Ahora ya me encuentro algo mejor; será este lugar, su influjo sobre mi cuerpo. Me siento más ágil, con fuerza suficiente para cumplir mi misión. Ya falta muy poco, sí, cuatro o cinco días, tal vez, y estará todo. Y, Elisa, Violeta se hará fuerte aquí, seguro que le sentará bien el norte, tendrá tiempo para relajarse o para pensar, o tal vez se decida a contarme lo que le ocurre. Todo lleva su tiempo. Debo tener cuidado y mirar al suelo, no vaya a caerme ahora que todo está casi solucionado. ¿Sabes? No podrías adivinarlo, tu prima, la hija de Inés, era también notario y registradora, como tu abuelo, y muy respetada y muy querida en el pueblo. Y su hija la menor, Ángela, es abogada, de las mejores de por aquí, según me han contado. Tengo que verla, debo dejarlo todo atado, incluso antes de hablar con Violeta. Ella me regañaría si me viera subir las escaleras así de rápido, ¡hay que ver! Cuando llegas a viejo, vuelves a ser como un niño y todos te tratan como si lo fueras. Se creen con derecho a dirigirte la vida, como si no pudieras dirigírtela tú solo. Pero no debo exagerar, tampoco es para tanto, ella tan solo se preocupa por mí y eso es bueno, lo malo sería lo otro.

Cómo ha cambiado el pueblo, ¡qué digo pueblo! esto ya no es un pueblo, es casi una ciudad, todavía pequeña a pesar de la codicia de los especuladores de la que no se salva nada, pero con todo. Hay hasta un cibercafé, un invento de la modernidad que es difícil de explicar, como el teléfono pero a lo bruto, y está lleno. Es curioso, no echo de menos las clases, ya no. Al principio, al poco de dejarlas, me seguía despertando cada día a la misma hora, me levantaba enseguida y me aseaba y luego me sentaba en la cocina repasando como antes las lecciones. Las decía mentalmente mientras encendía la cafetera, molía el café y lo echaba en su recipiente, después rellenaba hasta la marca de agua y daba al botón. Y entonces visualizaba las

caras y los gestos de los alumnos al tiempo que oía el burbujear del líquido bajando por el embudo y cayendo espumoso en la taza, y me costaba un mundo quedarme en casa y no salir a la calle y sentarme en el autobús para acercarme como todos los días hasta la Universidad. Alguna vez lo hice, volví y me paseé por allí, para aplacar la necesidad de seguir con mi rutina hasta que ella consiguió disolverse sin mí.

El campus hierve de vida a todas horas, es una lástima que la educación haya dejado de importar, es una lástima lo que harán con lo de Bolonia, la caja de Pandora que abrió la *Magna Charta Universitatum*, como dicen los pedantes, a saber a dónde nos llevará eso. A que la Universidad se llegue a convertir en un lugar para formar trabajadores y no pensadores, para crear seres que solo produzcan y consuman, se les regalará a las empresas, es lo que vendrá, será su feudo, para enseñar a hacer cosas sin saber cómo se hacen. Cada día educamos más al revés, no para ser más humanos, no para ser mejores. ¿Desaparecerán las letras, la filosofía, el arte, las humanidades? ¿A quién interesan? ¿Quiénes serán los humanistas del futuro? ¿Es necesario que los haya? ¿Quién enseñará Arte, Literatura, Lengua? ¿Solo unos locos que desperdicien su vida para aprender cosas muertas? Y, esos locos, ¿existirán? ¿Acaso importa? No lo sé, yo no sé nada, soy un anciano de un mundo añejo, un viejo arquitecto profesor hastiado de enseñar a quienes cada día tienen menos ganas de aprender. Mejor si nadie conoce sus raíces, de dónde venimos. Elisa, no me gusta este mundo insensible y necio, que sigue sin saber cómo dejar de sufrir, que sigue cometiendo los mismos errores mientras se inventa otros nuevos, aún mayores. Ahora regalará los templos donde se formaban los sabios a aquellos de quienes nos terminaremos teniendo que defender. No me gusta este nuevo mundo posmoderno o poscolonial o posestúpido. No me gusta, no.

—¿Señor Diego Ferrán? Pase, por favor, doña Ángela le recibirá ahora.

¡Ay!, Elisa, que no puedo mirarla, que tiene tus ojos. Tus mismos ojos. Espero que no me note mirárselos con este descaro. Es mucho mayor que tú; quizás habrías madurado así si la vida te hubiera dejado. Yo no pude verte con la belleza serena que solo dan los años pero sus ojos son los tuyos, Elisa, los tuyos. Quiero disimular y miro alrededor. El despacho es soberbio. Las maderas nobles, los suelos de mármol, las ventanas con rejas de herrero del

bueno, la mesa grande y maciza. Montones de diplomas cuelgan de las paredes pero no consigo ver lo que pone en ellos; sin gafas, imposible. Las repetidas flores orgullosas de una orquídea encarnada se elevan varios palmos sobre un macetero estrecho y gris. De él salen, como pies de palmípedos, unas gruesas hojas ovales y varias raíces que parecen dedos, dedos que buscan a quien tocar. Y detrás de ella, sus ojos, como los tuyos, Elisa, como los tuyos.

—Permítame que le diga que se parece usted muchísimo a mi mujer, doña Ángela. Me siento muy extraño mirándola, es como volver a verla después de medio siglo.

—Ángela. Por favor, tutéame, Diego, faltaría más. Yo lo haré también, si me lo permites. Y no sabes lo que lamento no haberla conocido. Mi abuela Inés y mi madre se acordaban a menudo de ella. Las querían mucho, a Clara y también a Elisa. Me alegra volver a verte en mejores circunstancias, no tuvimos demasiado tiempo para hablar en los entierros de mis abuelos, te volviste para Madrid enseguida. Mis padres también te tenían mucho afecto. Y nunca podré olvidar el palacete. Es uno de los lugares en los que he sido más feliz. Eso no lo olvidaré fácilmente. Ya sabes que yo nací allí, aunque mis padres no tardaron mucho en irse a vivir a Gijón. Esa casa me trae muy buenos recuerdos.

—Me alegro. Nadie mejor que vosotros para disfrutar de ella.

—Diego, tengo un juicio dentro de unas horas, te habría atendido mejor mañana, pero como tenías tanta prisa, te he hecho un hueco.

—No te preocupes, que me ventilarás pronto. Llegamos ayer pero no quería posponerlo ni un día más. Necesito dejar atada la herencia. Como bien sabes, hace poco que el gobierno francés descubrió los cuadros de Elisa y se pusieron en contacto conmigo para devolvérmelos. Ya has podido comprobar que estaban todos perfectamente catalogados e identificados, no faltaba ni uno. Eso supone una importante suma de dinero para mi nieta pero quizás también complicaciones que me superan. Además creo que has hecho un trabajo fabuloso con los cuadros y quiero agradecértelo. Pero me vendría muy bien seguir contando con tu ayuda.

—Me ha encantado este trabajo, Diego, no tienes que agradecerme nada. Ha sido algo muy especial. Aunque también reconozco que difícil, no solo por lo sentimental. Fue complicado por la burocracia, pero lo conseguimos

finalmente. Y no hemos tenido que insistir demasiado. La verdad es que estoy muy contenta. Podían habernos puesto muchas más trabas. No sé si sabes la suerte que habéis tenido. Hay miles de cuadros desaparecidos aún. He estado indagando. Entre el momento en que el ejército alemán invadió Francia en el año 1940 y el año 1944, cuando los aliados consiguieron liberarla, los alemanes se llevaron de allí miles de piezas de arte, pinturas, esculturas, muebles, cerámicas y otros objetos de valor. Saquearon más de 250 colecciones de cientos de propietarios judíos y también de museos. Supongo que habrás visto la película de Burt Lancaster sobre los cuadros que robaron.

—Ángela, yo no veo nunca películas de alemanes.

—Claro. Claro... Debí haberlo imaginado... Pues el robo fue sistemático. En los últimos años, están saliendo a la luz investigaciones muy interesantes. Y, si no fuera porque he visto con mis propios ojos los cuadros de Elisa, me habría sido muy difícil de creer. Era totalmente siniestro. El servicio oficial de confiscación de bienes de judíos y francmasones en Europa, el ERR, y no me preguntes de qué son las siglas porque es impronunciable, llevaba todo lo que confiscaba al museo Jeu de Paume de París, donde las obras se evaluaban y se clasificaban para después sacarlas de Francia en tren, hacia Alemania, Austria o incluso Suiza, cuando los nazis empezaron a temer que podrían perder la guerra. Una de las conservadoras del museo, Rose Valland, elaboró fichas de todas esas obras con información minuciosa, luego se las pasaba al responsable de los museos y este a su vez informaba a la Resistencia. Cuando terminó la guerra, Valland también participó en la recuperación de las obras que se habían confiscado. Gracias a eso, hay constancia de que se robaron más de cien mil obras, de las cuales se devolvieron más de sesenta mil a Francia y, de ellas, solo unas cuarenta y cinco mil se pudieron restituir a los herederos de sus dueños legítimos. Pero hay miles de obras de arte desaparecidas, miles. Y, por cierto, también hay un archivo de las obras que consiguieron salvarse falsificándolas. Fueron más de dos mil en toda Francia. Y hubo otros muchos pintores en la Europa ocupada que hicieron lo mismo que Elisa. Pero una gran parte de las pinturas robadas desaparecieron para siempre, destruidas por los nazis, vendidas u ocultas, quién sabe. Las pinturas de Elisa podrían haber quedado enterradas en los túneles de las alcantarillas donde las encontraron. Fue un milagro que tiraran abajo justo esos túneles para ampliar el metro —

Ángela dejó de hablar de repente y miró a Diego como si hubiera descubierto algo justo en ese momento—. Pero, por favor, perdóname, quizás me he entusiasmado demasiado y seguramente ya sabrás todo esto. Seguro que estás tan maravillado como yo de haber recuperado los lienzos.

—¿Ves? Yo sabía que podía confiar en ti. Sigo pensando que has hecho muy bien tu trabajo. Sé todo eso, pero no importa, en absoluto. Y también sé que ha sido un milagro. Jamás pensé que volvería a ver las pinturas. Ahora que está saliendo a la luz información precisa sobre la conspiración de Hitler para robar los cuadros a sus dueños legítimos y se saben cuáles eran sus intenciones, aún me resulta más increíble. No sé hasta dónde conocerás pero yo tuve muchísimo interés por intentar averiguar qué fue lo que ocurrió realmente y tengo claro que se trató de un robo masivo de arte en toda regla o, mejor dicho, fuera de toda regla.

—Mi información no es exhaustiva, solo he investigado lo que creí necesitar para comprender qué era lo que iba a encontrar.

—Lógico. Pero lo que pasó es mucho más complejo.

—Pues te agradecería que me lo contaras. Podría necesitarlo en un futuro. Pero entiendo que no te guste hablar de ello. Podemos dejarlo para cuando prefieras. Supongo que pasaréis unos días más aquí, ¿no? Necesito un poco más de tiempo para ultimar el testamento y que mi pasante termine de redactarlo, Diego, y aún nos falta aclarar algunas cuestiones.

—No. Tienes razón. No me gusta hablar de ello. Aunque ha pasado muchísimo tiempo de todo eso, para mí sigue siendo muy doloroso. Me hace revivir lo que no he querido recordar todos estos años. Desde hace unas semanas, cuando empezó toda esta historia de los cuadros, apenas puedo pensar en otra cosa. Dicen que la mente arrincona lo que le daña, pero resulta que a mí me ha sucedido al contrario. Una vez que creí saber qué fue lo que ocurrió realmente, pasé años intentando olvidarlo. He llorado mucho. He tenido pesadillas. He vivido con ello. He intentado ser feliz. Aquello no fue ni peor ni mejor que lo que les pasó a otros. Pero nunca pude contárselo a nadie, ni siquiera a mi hija ni a mi nieta. Tampoco a mis padres ni a ninguna otra persona. Hasta que hablé contigo, nadie más sabía la verdad. Pero ahora, de repente, todo ha vuelto. Recuerdo hasta los detalles, con una minuciosidad increíble. Incluso las caras. Podría describirte a las personas con las que

conviví allí como si las hubiera visto cada día en un retrato colgado de la pared. Y eso que destruí todas las fotos. No tengo ninguna de aquella época. Ni siquiera de mi mujer. Aunque conservé un cuadro suyo. Dos, en realidad. Pero igualmente soy capaz de ver sus caras. Será porque mi cerebro de anciano está empezando a estropearse definitivamente y se comienza por ahí, por recordar mejor lo que te ocurrió de joven que el lugar donde dejás las llaves al entrar en casa. Pero estoy desvariando. Perdóname, Ángela.

—No tengo nada que perdonarte. Es perfectamente comprensible. Más siento yo tener que preguntarte. Y todavía tenemos tiempo. Pero, si lo prefieres, podemos charlar otro día. Cuando estés más preparado.

—No. Ahora es buena ocasión. Además, tienes que irte. Así iré más rápido. No es buena idea darle a un viejo carta blanca para hablar de su pasado. Al menos a este viejo y en este momento. No quieres empezar pero, cuando lo haces, no puedes parar. Justo eso me pasa a menudo últimamente en mi cerebro.

—Como quieras, Diego. Te escucho.

No sé si podré, Elisa, no sé si podré. Pero debo hacerlo. Violeta tal vez pueda necesitar saber. Y mejor Ángela que ella.

—No sé si seré capaz de resumirte lo importante. Todo fue tan enrevesado...

—Empieza, simplemente. Te irá saliendo.

—No soy nada original, mi drama comenzó con Hitler. Él y los ideólogos nazis tenían una vieja aspiración casi desde que crearon su movimiento: recuperar las obras de arte que fueron sacadas de Alemania por otros países desde el siglo XVI. Con ese fin en mente, encargaron al historiador de arte Otto Kümmel, el Director de los Museos Nacionales Alemanes, que creara una lista de todos los bienes que otros países se habían llevado, ya fuera comprándolos de forma ilegal o como botines de guerra, en todo el territorio del Reich en esa época. El historiador redactó entonces un informe que ocupaba más de trescientas páginas y que reunía también las investigaciones de otros especialistas alemanes. En el informe de Kümmel se incluían reclamaciones de artículos valiosos sacados de Alemania durante cuatro siglos, en el período comprendido entre 1500 y 1930, y abarcaba a muchos países, no solo a Francia. El Reich también quería recuperar las obras de arte

que entonces estaban en Estados Unidos o en la Unión Soviética y en sus reclamaciones se incluían todo tipo de objetos: banderas, armaduras medievales, vajillas, cristalería, monedas; además de pinturas, grabados o esculturas. El informe pretendía servir como manual para resarcirse de todas esas afrentas que el mundo les había infringido antes de la gran victoria de Hitler. En él se recopilaban infinidad de piezas que reclamaban a los franceses, además de las pinturas que se salían del canon clásico, muchas de ellas expuestas en lugares públicos. También codiciaban lo que el gobierno francés embargó a los alemanes y los austríacos que vivían en Francia al finalizar la Primera Guerra Mundial, las colecciones de arte de los vencidos. El negocio era redondo y estaba muy bien planificado. El ERR, el servicio de confiscación de arte que has mencionado antes, localizaba las colecciones susceptibles de expropiarse, que eran bastantes: las de los judíos, francmasones, homosexuales o, simplemente, las de cualquier oponente al nuevo estatus, gaullistas o lo que fuera. Luego, esas obras confiscadas se llevaban al museo Jeu de Paume, donde eran valoradas a la baja. Todas debían tasarse para determinar su precio, que en teoría el gobierno alemán debía pagar al francés en pago por los bienes que expropiaba. Algunos peritos franceses, codiciando las influencias alemanas, las tasaban a precios irrisorios, muy por debajo del valor real. Después, los cuadros se llevaban en camiones hasta los trenes de que disponía el jefe del ERR, el mariscal Goering. Así llegaban a Alemania. El gobierno alemán, Goering en realidad, debía pagar la cantidad irrisoria por la que los peritos colaboracionistas franceses habían tasado los cuadros e ingresar ese dinero en una cuenta reservada a nombre del gobierno francés. De ese modo se daba por finalizada la transacción pero en realidad ni siquiera se molestaban en realizar los pagos. Fue un robo masivo y muy bien planificado de obras valiosísimas. Pero los cuadros de Elisa no estaban en esa lista, nunca debieron haber pasado a manos alemanas. Nunca. Fue un maldito error. Una canallada.

Elisa, tengo que callarme, se me quiebra la voz. Tengo que desviar la vista de sus ojos, no quiero llorar. Miro hacia la ventana entornada. Las cortinas se mueven en ondas y se oye el ruido de la calle. Dos hombres se gritan. ¿Cómo es posible que aún duela tanto?

—Diego, descansa un momento. Y, por favor, tómate este vaso de agua. Te

sentará bien. De veras, no es necesario que me sigas contando ahora. Si tengo alguna duda, te preguntaré o, también, cuando tengas un rato, puedes anotarme dónde puedo encontrar esa información. En realidad, el motivo por el que los alemanes tenían las pinturas de Elisa es indiferente. Lo que nos importa es que esos cuadros valen mucho ahora. Mucho más que el palacete.

—Por eso he venido a verte, me gustaría que tu bufete se ocupara de ayudar a Violeta cuando llegue la hora. Quiero dejar la herencia bien rematada, para que no haya problemas, y que compruebes que todo está en orden. Pero necesito que seas mi cliente, no el suyo. No sé si me entiendes.

—Perfectamente.

—Ella es mi nieta y es todo suyo. Eso es todo lo que tiene que saber. No podría explicarle nada, no tengo fuerzas para hacerlo. Creí que sí, que solo sería cuestión de tiempo pero, mira, si me descuido, llegaré a cumplir cien años y aún no habré encontrado el momento.

—¿Y si ella me pregunta? Puede averiguarlo de algún modo. Yo lo sé.

—Sí, pero a ti te lo conté yo cuando hablamos de las pinturas. Si puedes evitar contarle la verdad, si no necesita saberla porque no haya ningún problema con los cuadros, no quiero que se la cuentes. En realidad, solo queda una persona que la conozca. Dos ahora, contigo. Yo no sé si me atreveré a explicarle todo lo que pasó, no lo sé. Unos días creo que sí y otros que jamás podré hacerlo. Por eso le he escrito una carta. Pero solo debe llegar a sus manos si me muero sin haber sido capaz de explicarle lo que ocurrió.

—De acuerdo. Tienes que traerme su partida de nacimiento y todos los papeles que conserves, también los que demuestren que eras la pareja legal de Elisa. Cualquier documento que guardaras de aquella época. Y una copia de esa carta. Por supuesto que será estrictamente confidencial, al menos hasta que decidas qué hacer. Y tendrás que aclararme todos los detalles, para que yo sepa exactamente hasta dónde le has contado a ella y también qué fue lo que pasó. Son cuadros muy importantes, Diego, tengo que conocer qué hay detrás de todo esto para hacer bien mi trabajo.

Elisa, cómo es la sangre, Ángela quiere decirme algo y no se atreve, hace lo mismo que tú. Baja los ojos y respira hondo. Seguro que hay algo que no le gusta de todo esto. Menos me gusta a mí hablar de lo que creí que podría olvidar sin más. Y aquí estoy, como si no hubiera sucedido.

—Y una cosa más, Diego. Supongo que sabes que ella tendría derecho a mucho más que estos cuadros, ¿no? Elisa era una pintora que estaba empezando, no le dio tiempo a consagrarse y sus obras valen bastante más por el interés del momento histórico en que vivió y por su propia biografía, incluso por lo que hizo junto a Danielle Lambert, que porque fuera una pintora consagrada. Pero Violeta, legalmente, sería la heredera legítima de mucho más que eso. Hemos hecho una valoración inicial y hay numerosas propiedades e inmuebles que podrían reclamarse. Además, en estos últimos años se están formulando demandas por parte de los herederos de las familias que fueron expropiadas en la ocupación nazi y los gobiernos y los museos están accediendo más fácilmente a devolver los bienes robados, a indemnizarles o bien están llegando a acuerdos para que, en el caso de que hubieran terminado en manos de coleccionistas privados, pasen a dominio público y se expongan en museos. A veces esto lleva años de litigios o la legitimidad de las reclamaciones resulta muy difícil de demostrar y, en este caso, podría ser complicado pero estoy segura de que podría conseguirse. ¿Has pensado bien lo que vas a hacer? ¿No crees que sería mejor que eligiera ella, Diego? Tú puedes dejarle igualmente los cuadros de Elisa, no tienes otros herederos directos y tienes derecho a legar tus bienes a quien prefieras. Ambas herencias son compatibles, por supuesto.

—Ángela, a veces hay que elegir entre tu alma y tu razón, ¿no te parece? Yo estoy seguro de que ella preferiría seguir teniendo alma. Me es muy difícil explicarle ciertas cosas. Ella es mi nieta y la quiero más que a nada en el mundo. Solo tiene que saber eso. Quizás me equivoque, pero hace muchos años que opté por esto y no me gustaría que ella pensara que la he engañado por algún otro motivo.

—Bien. Pero tenía que intentarlo, es mi obligación asesorarte bien. De todas formas, no te preocupes, Diego, yo entiendo perfectamente tus razones. Además, estoy segura de que, si sucediera algo que no pudiéramos controlar, ella sabría comprenderte. Pero prométeme que, de todas formas, pensarás en esto que te he dicho. Estás a tiempo de modificar como quieras el testamento. Y, si no lo deseas, no tendrías que contarle nada en vida.

CAPÍTULO 5

Se elige el modelo: esta vez pintaremos un paisaje. En primer lugar definiremos los elementos que pasaremos al cuadro. Hay que mirar alto, eliminando lo que no nos guste o no nos encaje, imaginando la espigada torre de iglesia o el pico recortado y lleno de nieve que nos agradaría plasmar en el lugar del edificio de oficinas sucio y destartado, enmarcando en nuestra mente los límites de los volúmenes a los que transmitiremos una parte de nuestra alma. Pensamos ya en los colores, cálidos para acercarnos, fríos para alejarnos; en los contrastes, para acentuar la profundidad, oscureciendo los fondos en la parte iluminada y aclarando las partes en sombra. Cerramos los ojos y lo vemos ya en el lienzo de la intuición, lo vemos en nuestra imaginación.

Villaviciosa, Lunes, 15 de Mayo de 2000 (12:10 h)

Abrió los párpados. Miró el reloj. Veía mucha claridad al otro lado del pasillo. No podía creerlo, en ese palacete increíble había sido capaz de dormir más de doce horas, sin despertarse más que una sola vez para ir al baño. Fueron varios minutos. Violeta se quedó sentada esperando que el largo

hilo de pis terminara de salir mientras repetía los ejercicios que, entre risas, había leído recomendados en alguna revista de embarazadas de sus amigas, ejercicios para el perineo ese, el músculo innombrable de ahí abajo, el que quedaba destrozado después de parir y que se fortalecía así, soltando y cortando el chorro. Qué horror, nunca había meado tanto, aunque tampoco nunca había bebido tanto. Ni tampoco se había encontrado pensando en músculos innombrables y en cómo quedarían después de que saliera a través de ellos un cabezón peludo. ¡Ay!, pobre niño. Cabezón peludo le había llamado, a su bebé. Debía de ser la hora y que pensaba con la dificultad añadida de pensar a las cuatro de la mañana intentando a la vez evitar hacerlo, para luego poder seguir durmiendo. Pero el hilo seguía saliendo. Podía haber contado hasta un millón, aunque no lo hizo, tan solo esperó mirando el hilillo de líquido alumbrada únicamente por la luz del pasillo, para no desvelarse. Y de milagro parecía que lo había conseguido, incluso después de haber llegado a la consciencia suficiente como para haber sido capaz de contraer y relajar el musculito, porque eran las doce y diez y acababa de abrir los ojos.

Enseguida sintió hambre. Toda ella era hambre. Se había acostado picoteando y se levantaba con más ganas de seguir picoteando. Ya había cogido algún kilo. Se lo notaba en la cara: los marcados pómulos se le habían desdibujado y sus labios estaban blanditos y mucho más abultados de lo habitual. También se lo notaba en la cintura, ya no podía abrocharse los pantalones y las faldas le quedaban estrechas, aunque solo ella podía darse cuenta. Ella y seguro que Álvaro, que percibía sin vacilar las variaciones de peso de cualquier mujer en cinco kilómetros a la redonda. Pero sus piernas seguían siendo dos palos, finos y fibrosos, de suave piel blanca sin apenas pelo que depilar. Ni se le había pasado por la cabeza que fuera a engordar, aún no había tenido tiempo suficiente para pensar que el bebé podría llegar a crecer tanto como para que su cuerpo se expandiera a lo ancho y terminara pareciendo una mesa camilla. Eso era lo que decía Álvaro de sus amigas embarazadas, que parecían mesas camilla. Y eso a ella no le gustaba, aunque tampoco le había visto la verdadera mala leche hasta ese momento en que se dio cuenta de que la mesa camilla podía llegar a ser ella y en tan solo unos meses, si no hacía nada por impedirlo.

En cuanto se movió en la cama, Zara empezó a mover el rabo debajo del

colchón. Oía fuerte, con un olor inconfundible de teckel de pelo liso que tiene que oler a campo para que los jabalíes y los conejos no la detecten y no salgan huyendo. Pero su sacrificio era inútil: su teckel de pelo liso jamás cazaría conejos y mucho menos jabalíes, ni tan siquiera un mísero jabato. Por eso la bañaría hoy, si se acordaba un poco más tarde. Y pareció que la perra oía sus pensamientos, porque enseguida salió de debajo de su cama y apoyó sus patitas sobre el colchón. Movía el rabo con una velocidad imposible de cuantificar. Violeta le acarició la cabecita y ella le lamió los dedos con frenesí.

—Hola, vida, qué tal.

Vida. La perra la miró extrañada. Violeta sintió un pinchazo en el vientre y se puso de pie. La cama crujió. ¿Cuántos años tendría? Esperaba que menos de cien, más quizás sería, por desgracia, incompatible con una mesa camilla. El cabecero de forja pintada en rosa dibujaba grandes flores. Cogió la bata de la silla Tonet y se la echó por encima. Abrió las ventanas y miró al mar. Espejo de terciopelo gris de aguas poco profundas. Qué bien había elegido su bisabuela la parcela, estaba tan elevada que, a pesar de la distancia, se veía la ría que entraba desde Misiego y, los días claros como ese, incluso más allá. La cama de la habitación de su abuelo estaba hecha, tan cuidadosamente como siempre, y le llamó desde la escalera pero no la contestó. Acompañada de Zara, bajó a la cocina y evaluó la situación. No había demasiado donde elegir; Diego habría ido a comprar pero, por ahora, lo único que divisó en la nevera era lo que habían traído de Madrid, lo que se habría estropeado si lo hubieran dejado y su abuelo, menos mal, había insistido en rescatar: unas rebanadas de pan de molde, cinco huevos, algo de queso, unos tomates y cuatro piezas de fruta. ¡Agggg!, la fruta. Cogió tres rebanadas de pan y el queso, cortó en rodajas el tomate e improvisó un sándwich de tres pisos que la dejó con hambre. ¡Cómo era posible! Si tan solo era una nuez, ¿cómo podía una nuez tan pequeña comer tanto y provocarle continuamente ganas de ir al baño? Zara seguía a sus pies y la miraba con el hocico apoyado sobre su dedo pulgar, sin moverse, con las patitas delanteras juntas y las traseras abiertas hacia atrás, en una postura imposible que le dejaba el vientre completamente despanzurrado sobre el suelo frío.

Qué fantástica era esa casa. Todavía no podía creérselo. Un palacio, su

abuelo tenía un palacio y ella sin saberlo. Los suelos de mármol, las paredes forradas con cuarterones de madera a media altura, la carpintería de roble, los cristales preciosos, las lámparas solemnes, las enrevesadas barandillas de forja plateada. Todo, ¡todo!, parecía haberse sacado de una casa de muñecas de una lujosa época en la que primaba la belleza de lo artesanal y lo perfecto y, gracias a un fabuloso hechizo, se había hecho crecer hasta encuadrarlo entre esas paredes añejas. Qué buen gusto tenía su bisabuela, eso no podía dudarlo. Muchos de los muebles parecían muy antiguos, tan nobles que habían soportado el paso del tiempo y de la vida de tres generaciones. Le habría gustado preguntarle a su abuelo por todo lo que veía. Qué poco sabía de él en realidad. Antes pensaba que sí, que vivir con él durante más de veinte años le había permitido llegar a conocerlo, que no tenía ningún secreto para ella y, de repente, él se despertó un día por la mañana y decidió que ya podía descubrirle, como si nada, que tenía un palacete entre barroco y modernista de más de quinientos metros en un jardincito de estilo romántico de más de dos mil. Qué ilusa. ¿Y por qué habría creído hasta ese momento que conocía tan bien a Diego? Habían convivido mucho tiempo y ella le quería como a un padre y a una madre juntos pero ¿se conocía realmente a alguien si no se sabía de dónde procedía?

Ella se había acostumbrado desde siempre a que de algunos temas no merecía la pena hablar porque nunca se recibía una respuesta, pero tampoco le había importado demasiado. Se levantó con el segundo sándwich de restos de queso con rodajas de tomate sin más en la mano y, mientras lo mordisqueaba, entró en el salón. La excelsa chimenea de mármol rosa le impresionó pero la sensación le duró poco porque, con cada golpe de vista, otro objeto nuevo le llamaba la atención y su belleza volvía a sorprenderle. Los ventanales la sacaron a la calle. A pocos metros de la casa veía unos árboles de hojas brillantes y enormes con yemas púrpuras más grandes que su mano. También había lilas y rosales y hermosas hortensias repletas de flores de todos los colores sobresalían por la reja de la calle, formando un seto tupido y compacto. Muchos otros arbustos se mezclaban con los otros pero eran imposibles de reconocer para una mala aficionada a las plantas de Madrid. A lo lejos se veían las cumbres, flanes coronados por nata montada. ¡Qué hambre! Miró otra vez dentro y se fijó más en los muebles, tocó los cantos,

siguió con el dedo los perfiles, se concentró en las formas y en los colores, miró tras las puertas y abrió y cerró los cajones. Incluso se sintió mal, una fisgona insolente en el pasado de otros, desconocidos aunque tuvieran su misma sangre.

Se acercó a un reloj de cuco en el que el péndulo se había quedado clavado mirando al suelo y el pájaro paralizado a medio camino de su vuelo en horizontal, con el pico abierto desde no era posible saber cuándo. Buscó fotografías en las repisas, sobre las mesas y en las paredes, pero no encontró más que una muy vieja en blanco y negro. Estaba dentro de un portarretratos de plata repujada, muy oscurecida en los huecos y con los bordes levantados. Una línea marrón empezaba a alcanzar al más alto de los modelos. En ella posaban dos mujeres sentadas juntas en un sillón de brazos de madera: una parecía muy guapa, con el pelo claro, delgada y distante; la otra, morena y rechoncha, miraba altiva a la cámara; desde atrás, dos caballeros les sujetaban las manos libres: al que le había tocado la guapa, alto y delgado, miraba hacia ella; el otro era más fuerte y entornaba los ojos. En el centro de la fotografía, un niño y una niña se daban también la mano, ella sonreía y él tenía girada la cara y también tenía sus ojos fijos en su acompañante. Violeta cogió el portafotos y lo bajó de la pared. Intentó abrirlo por detrás para comprobar si había alguna indicación o alguna fecha anotada pero no pudo, el metal se había dilatado y se había quedado encajado. Volvió a colgar la fotografía y se dirigió a la puerta para seguir buscando en otro lugar, pero vio un calendario que le llamó la atención. Reflejaba los meses del 1945 y la imagen que lo adornaba, coloreada por algunos lados con lo que parecían rotuladores, mostraba el luminoso de Tío Pepe, de la Puerta del Sol de Madrid. ¡Qué curioso le resultó ver esa escena tan cotidiana tantos años atrás! Junto a ella, vio otra fotografía y se acercó con mucha curiosidad, esperando reconocer a alguien. La bajó de la pared y esta vez tuvo más suerte: el retrato de su abuelo estaba muy bien conservado; se le veía muy joven, quizás la hubieran tomado cuando tenía tan solo dieciséis o diecisiete años. Era muy extraño encontrar la misma expresión en los ojos de quien ahora miraba desde el rostro de un anciano. El alma sí era capaz de viajar en el tiempo. Zara salió corriendo de la sala y Violeta le oyó subir las escaleras. Dejó la fotografía en la mesa con mucho cuidado y fue tras ella.

—¿Dónde vas, vida?

Vida. Había vuelto a decirlo. Detestaba ese mote. No podía soportar que Álvaro la llamara así, pero parecía que se había acostumbrado ya y ahora ella se lo llamaba a su perra. A todo se acostumbraba una. Álvaro se lo llamaba a ella y ella se lo llamaba a su perra. Como en una transferencia increíble de esencias. Fue a buscar su cuaderno. Lo había ocultado lo mejor que había podido en su habitación y le costó acordarse de dónde estaba. Oyó a la perra en el piso de arriba y subió a oscuras. Al final de la escalera, tumbada frente a una puerta, Zara lanzaba hacia arriba algo pequeño y peludo y, al caer, lo volvía a coger con el hocico. Violeta intentó girar la manija. La puerta no se abrió. Probó también con la de enfrente. Esta vez tuvo más suerte. Sus ojos tardaron varios segundos en hacerse a la media luz que rezumaba por la claraboya y de repente pudo reconocer las sombras amenazadoras un instante antes. Pero todo allí llevaba muerto muchos años. Distinguió algunos pájaros conocidos y otros raros, ardillas, conejos e incluso un lobo de cuerpo entero. También la cornamenta de tres ciervos y la cabeza de varios corzos y jabalíes. Sus globos oculares de cristal la escrutaron desde otra existencia. Se lo pareció así un instante. Su pelaje polvoriento tendría que haber brillado alguna vez y las plumas en otro tiempo espigadas y coloridas aparecían ahora deslucidas y pegadas unas a otras. Varios de los difuntos bichos se amontonaban solemnes sobre el suelo pero la mayoría colgaba de la pared en torno a un armero alto de madera y cristales oscuros que contenía una fila de rifles y escopetas con los cañones apuntando hacia arriba. Qué poco sabía de sus antepasados. Como casi todo el mundo, quizás, pero encontrarse ahora con esos trofeos de alguien, seguramente allegado pero desconocido, le hizo pensar un instante en que a ella solo le quedaba su abuelo. Aspiró un intenso olor a cerrado y a algo más que no logró identificar.

—Vámonos, Zara. Venga, que aquí arriba no hacemos nada. Esta parte de la casa es la que menos me gusta. Y tú no vas a encontrar más ratones por aquí ni ninguna otra cosa. Ya me encargaré yo de eso.

Violeta bajó despacio las escaleras y se sentó en la mesa tocina de pino que había en la cocina. Lo que habría dado por un vaso de leche con Cola Cao. Luego se quedó mirando la pared. Intentó recordar. Enseguida cogió el bolígrafo y comenzó a escribir.

Diario de un desamor: parte II

«Pasaron días, se me olvidó aquello. Se perdió entre la maraña de tu pelo, de tu sonrisa fácil que me cautivaba, de tus palabras dulces cuando nada te perturbaba. Se me olvidó y no quise pensar en ello. Lo oculté entre las rosas que salieron por fin y cubrieron el arco de hierro que habías instalado en un rincón de la parcela. Caruso luego descansó debajo y Zara no lo encontró. La tierra removida cerca me indicó que lo intentó pero la mesa de hierro pesaba demasiado.

Una tarde recibí una llamada. Era Juan, quería verme para encargarme un trabajo. Acababas de llegar de un viaje largo, habías estado días fuera y te metiste enseguida en el baño, a quitarte el cansancio. Cuando entraste en el cuarto, seguía hablando.

- Sí, sí puedo hacerlo, claro. Mañana mismo puedo ir a ver la habitación, necesito también hablar con el niño. Es muy importante que me cuente qué quiere él, qué dibujos ve, si le gustan los cuentos de príncipes y dragones o prefiere los coches o los superhéroes. Podemos quedar cuando me digas, precisamente ahora mismo estoy libre.

Llevaba semanas sin trabajar, no habían aceptado ninguno de los presupuestos que había ido a valorar y tampoco había salido demasiado a ver a los decoradores con los que colaboraba a menudo y a recordarles que podían seguir contando conmigo. Me tenías muy entretenida en casa, ocupándome de ti y haciéndote recados, y yo me dejaba convencer con facilidad.

- Sí, por supuesto, lo tendré en cuenta. Sabes que soy muy buena en eso, Juan, puedes estar segura de que quedarán contentos. Llevaré el book con las fotografías de algunos trabajos anteriores, para que puedan valorar. También puedes pasarles mi página de Internet, para que vayan echando un vistazo y eligiendo qué es lo que quieren que les pinte.

Me mirabas, tenías prisa por besarme y por llevarme a la cama. Se te veía en los ojos, que chispeaban, y en tus manos: las movías inquieto sin saber dónde dejarlas. Me extrañó que no me quitaras el teléfono y me abrazaras. Anduve unos pasos y me alejé un poco de ti. Sabía que no te gustaba que trabajara, que preferías siempre encontrarme en casa cuando

regresabas.

- *A esa hora me viene genial. Dile a tus clientes que les puedo tener preparado el proyecto con el presupuesto y todo lo que incluye en un par de días. Muchas gracias, Juan, me alegro mucho de que me hayas llamado. Tengo muchas ganas de verte, te he echado de menos. Un beso muy fuerte.*

Me giré a buscarte y me sorprendió no verte. Habías salido del cuarto y te oí trasteando por la entrada. Zara estaba tumbada debajo de mí, con la cabeza apoyada sobre mis zapatillas. Su capa de pelo negro y corto brillaba. Era una teckel extraña, independiente pero cariñosa, y poco terca, excepto en su insistencia en seguirme por la casa. Ella también se había acostumbrado a verme allí. Pero tenía que trabajar de nuevo y ese encargo me gustaba. El piso no estaba lejos y el niño era muy pequeño; su carita de felicidad al ver cómo iba convirtiendo su habitación en un mundo mágico siempre compensaba con creces el esfuerzo. Oí la música, la pusiste muy alta. Sabina y su Pongamos que hablo de Madrid resonaban por el aire. Fui a buscarte al salón. No me miraste, estabas de pie frente a la ventana y sostenías en la mano un vaso largo con un líquido blanco que no supe identificar.

- *Ya has llegado. ¿Qué tal el viaje? ¿Ha sido muy pesado?*

Me acerqué a besarte, pero apartaste la cara. Seguiste sorbiendo el líquido con tragos cortos, lentos: uno, otro... y, entre ambos, lo paladeabas. Luego girabas el vaso y lo mirabas.

- *¿Qué te pasa? ¿Has tenido un mal día? ¿No quieres contármelo?*

Dejaste tu bebida sobre la mesa. Me dabas la espalda.

- *Déjame en paz. Sigue hablando con tu amiguito si quieres, ya he visto que no me has hecho ni puto caso. Después de todo lo que hago por ti, llego a casa y ni me miras. ¿Cuándo vas a verle? ¿Mañana? Dale muchos recuerdos de mi parte.*

- *Pero ¿qué dices?, Álvaro, es Juan, mi amigo de la Universidad, estudiamos juntos. ¿No te acuerdas de él? Suelen contratarle para proyectos de decoración y me ofrece trabajo cuando sus clientes quieren personalizar la habitación de sus hijos.*

Te volviste a mirarme. Veía temblar tus pupilas como si estuvieras enfermo. Tal vez ya lo estuvieras y la fiebre de tus ojos se debiera a un mal

físico que yo no supe medicar a tiempo.

- Sé de sobra quién es Juan. Es ese chulo que anda detrás de ti desde que te conozco. Ese que es tan guapo. No me subestimes, tengo muy buena memoria. Sé cómo te mira cada vez que estáis juntos.

- Estás equivocado, Juan no siente eso por mí. Y es una excelente persona. Solo hemos sido buenos amigos.

- A cualquier cosa le llamas tú buenos amigos. ¿Por eso le has dicho que le echabas de menos?, ¿porque solo es un buen amigo? ¿Qué pasa, que no te has dado cuenta de que había llegado ya? ¿Te he interrumpido? ¿Por eso te has apartado cuando he ido a saludarte? ¿No querías que te oyera?

- Álvaro, estás diciendo tonterías, claro que te había oído y no tengo nada que ocultarte. Solo es trabajo, solo es Juan. He trabajado mucho con él, mucho más antes de conocerte, pero no puedo vivir siempre de ti, quiero ser independiente, ya lo hemos hablado. Me gusta mi trabajo y no puedo decirle que no. Entiéndelo.

- Vida, ese tío solo quiere follarte. ¿Es que eres tan imbécil que no te has dado cuenta o te crees que el imbécil soy yo? Porque yo no tengo ni un pelo de tonto. A mí no me engaños ninguno de los dos. ¿Por fin vas a tirártelo o te lo has tirado antes ya? Anda, cuéntamelo, no voy a enfadarme.

Dejaste el vaso sobre la mesa. Estaba vacío. Se estaba haciendo de noche y las luces del parque parpadeaban tras los cristales intentando pervivir. Te acercaste a mí, te acercaste mucho. El aliento te olía a alcohol y el cuerpo al hedor acre de los celos o quizás era sudor; no supe reconocerlo bien y me burlé de tus sentimientos. Sin maldad, sin querer hacerlo, como en un juego, pensando solo que no podías decirlo en serio.

- Sí, claro, en realidad ha estado aquí todo el fin de semana, mientras tú estabas trabajando, y nos hemos acostado en cada habitación, en la nuestra y en la de invitados también. No podrías creerte lo bueno que es en la cama.

Cogiste el vaso y lo arrojaste contra la pared. Sonó un estruendo hueco. Cientos de cristales se desparramaron por la habitación. Me cogiste por el cuello. Apretabas. No entraba aire en mi cuerpo y sentí un escalofrío que me partió en dos. Una mitad de mí fue consciente de que podías matarme mientras la otra se resistía a creer lo que estabas haciendo. Cerré los ojos, no pude seguir mirándote, te vi ajeno a mí, no eras tú, no estabas allí, te

habías ido.

- Eres una puta. Siempre has sido una puta y siempre lo serás. Pero eres mía, ahora mismo eres mía. No de ese cabrón. Solo mía.

Apretaste menos y con la mano que me aferraba el cuello me acercaste a ti. Introdujiste tu lengua en mi boca. Con la otra mano me arrancaste la ropa. Me tiraste sobre el sillón, te bajaste el pantalón y te subiste encima. Te restregaste contra mí. Me usaste como un sedante para calmar tu furia. Yo no podía moverme pero sentía que, con cada envite, tus besos y tus roces iban aplacándose, hasta que terminaste tocándome los labios y besándolos despacio, con ternura. Volviendo a ti, a lo que yo había querido de ti.

Cuando te separaste de mi cuerpo, te apartaste a un lado y te oí llorar. Y sentí angustia, dejaste de darme asco y me diste pena, y me arrepentí de haberte provocado, de haberme reído de tus celos. Me levanté y te di la mano, me seguiste hasta la cama y nos tumbamos, y me abracé a tu pecho, sintiéndome culpable por haberte traicionado.

Al día siguiente, te levantaste temprano y saliste a correr. Al regresar, compraste un ramo de rosas amarillas y me las llevaste a la habitación. Las dejaste sobre mi mesilla. Yo seguía dormida, dormí mucho ese día, como si algo dentro de mí quisiera que el sueño se llevara mi inocencia, y al despertar encontré el ramo y tu nota: «Siento haberte asustado, te quiero tanto que no sé controlarme. Perdóname, Vida». Y yo te perdoné o ni siquiera me planteé que de verdad tuviera que perdonarte y que cada vez que me llamabas Vida me estabas haciendo un poco más a tu forma. Solo pensé que debía tener cuidado para no herirte, porque eras débil, muy débil. Y me querías mucho, tanto, que tan solo pensar en que fuera de otro te hacía convertirme en algo que no eras, que no podías ser. Y seguí a tu lado. Y cuando me levanté y bajé a buscarte, te di un beso sincero y te dije que te quería, porque aún era cierto.»

Levantó los ojos del cuaderno. Esta vez no había llorado. Esta vez se había sentido como una tonta al haberse dado cuenta de que realmente se culpó de aquello, de haber sido ella la que había actuado mal al darle motivos para que tuviera celos. Como si eso importara, como si hablar con otro o incluso amar a otro fueran razón suficiente para convertirse en víctima del despechado y además en culpable de su delito. Pero Violeta no lo había visto así hasta

ahora, que no le tenía delante, que su sonrisa no la embaucaba hasta hacerla culparse. Además, se había quedado sola conscientemente. No podía contarle a nadie lo que le pasaba. No le parecía bien llamar a sus amigos, a los que había dejado de lado por él, para molestarles con algo que quizás no importaba. También tenía miedo de que después, si él cambiaba, ellos supieran que alguna vez le había hecho tanto daño como para haber llegado a contarles el agravio que luego ella misma quería disculpar. Era como si le traicionara. Porque, cuando el dolor se pasaba, se alegraba de no haberlo hecho público, de haberlo mantenido en privado en su casa, en su cuerpo, en su alma. Pero ahora sí se daba cuenta de que estuvo enajenada, por sus ojos, por sus palabras melosas, por sus caricias suaves cuando todo era como él quería. Por el miedo a renunciar a lo bueno que a veces le daba. Tan solo a veces. Otras, como aquella, le hacía sentirse la mayor mierda del mundo. Pero entonces no se daba cuenta.

Subió a su cuarto y buscó el portátil. Se sentó sobre la cama, lo abrió y comprobó que la señal funcionaba. Parecía mentira, un palacio del siglo pasado con conexión inalámbrica. Milagros de la técnica y de haber tenido hasta hacía poco alquiladas las habitaciones para vacaciones. Entró en Internet y buscó «mujeres maltratadas». Lo había escrito, por fin lo había escrito con todas las letras. Ya no solo se atrevía a pensarlo, sino que se reconocía a sí misma tanto que ya podía escribirlo y ver su secreto reflejado en la pantalla, aunque fuera en una barra de herramientas de un navegador de nombre *gúguel*. «No, Vida, no, no se escribe así, no seas subnormal», le había dicho él la primera vez que contrataron la conexión ADSL, al principio de irse a vivir juntos. Tan solo unos meses después de conocerse y ya estaba insultándole. Pero ella no le había dado importancia. Simplemente lo había ignorado igual que las otras cien mil veces.

Dos millones de coincidencias encontradas. Dos millones. Tanta gente sufriendo maltratos o estudiándolos o hablando de ellos, y a ella le había costado más de cuatro años reconocerse como una víctima. Pero ese era el primer paso. Luego tal vez vendrían otros. Según la primera entrada en que pinchó, ella tenía mucha suerte. Parecía que no había entrado aún en el círculo vicioso en el que se sentían atrapadas. Además, ella no dependía de él y tampoco estaba sola. Aún tenía a su abuelo. Y aún no parecía tener todos los

síntomas que indicaban que le sería difícil escaparse. Culpable, sí, culpable se había sentido a menudo, todavía se sentía así. Y durante mucho tiempo pensó que la que tenía el problema era ella, que no sabía quererle o cuidarle lo suficiente. Que no le amaba como él se merecía. Pero luego algo cambió. Encontró una razón para pensar y tal vez fuera tan valiente como decía su abuelo. Aunque ella no le creía. ¿Valiente? ¿Cómo valiente, si, al reflexionar ahora, lo único que quería era esconderse, desaparecer en algún rincón donde nadie pudiera encontrarla, donde no tuviera que hacer nada? Pero el miedo de dañar a otro ser le había hecho reunir el coraje suficiente para determinar que debía hacer algo y se había ido. Ahora necesitaba saber si podía ayudarle a él y si lo quería lo bastante como para volver a su lado y hacerlo. Pero ¿y él? ¿Querría él que ella le ayudara? Apagó el ordenador, no pudo leer más. Empezaba a dolerle mucho la cabeza. Pero lo volvió a encender enseguida.

Escribió en la barra de búsqueda «Clínicas de interrupción del embarazo Asturias». Le dio al *Enter* y en medio segundo leyó: «400.000 coincidencias encontradas». Entró en varias páginas y, mientras elegía, se acordó otra vez de él. De la tarde siguiente a cuando la llamó puta por primera vez y la tiró después sobre el sillón. Apareció con Zara. Apenas era un cachorro de meses y llevaba una cinta rosa atada al lomo y sujeta a un alambre en forma de corazón. No paraba de mover la cola y de lamerle las manos mientras él la bajaba y la dejaba sobre la mantita de cuadros verdes y rojos. En cuanto se vio liberada, salió corriendo y empezó a tirar de los cordones de las zapatillas de Violeta, los enganchaba y luego echaba el cuerpo hacia atrás y gruñía cuando no era capaz de llevárselo. «Es un regalo por haberte asustado. Sabes que no me gustan los perros, pero lo hago por ti, Vida, porque te quiero mucho».

Violeta anotó un par de números y se levantó a buscar el teléfono. Marcó. El timbre sonó tres veces; le pareció escucharlo en estéreo.

—Buenos días, quería concertar una cita. Sí, una cita para abortar. Estoy de menos de tres meses. Sí, claro, conozco la ley. Estoy en esas circunstancias.

Violeta sabía que por teléfono debía fingir que no infringía la ley. Y hablaba como si esta hubiera sido la décima vez que abortaba. No le temblaba la voz, ni se le había acelerado el pulso, ni tan siquiera tenía el corazón agitado. Solo se había quedado pálida y cuando terminó de anotar la fecha y la

hora en la última hoja del cuaderno, se echó a llorar. Pero Zara no se lo permitió mucho rato. Al cabo de unos minutos, se colocó con la cabeza encima de su pie derecho y empezó a lamerle el tobillo. Poco a poco, mientras acariciaba a su perra, se fue calmando.

—Eres un sol. Si fueras una persona, serías mi mejor amiga —qué tontería hacía decir la desesperación. Pero en ese momento lo pensaba: esa perra la entendía mejor que muchas de sus amigas, mejor incluso que Álvaro, quizás porque ponía interés en hacerlo. La perra comenzó a agitar el rabo—. Venga, vámonos a la playa, quiero oler de cerca el mar.

Diego le había dejado sobre la mesa de la cocina un juego de llaves y la playa no debía de estar muy lejos; al llegar en coche, le había parecido que tan solo habría recorrido uno o dos kilómetros desde que la habían dejado atrás. La brisa fresca le terminó de relamer las lágrimas y le hizo sentirse mejor de inmediato. Un mar sin olas la miraba desde lo alto. Sus esencias se le colaban por la nariz; la potencia de la naturaleza siempre empequeñecía cualquier mal humano. Anduvieron despacio atravesando el bosque extraño que parecía pretender cercar la orilla y enseguida llegaron a la playa. Ya había allí algunos pescadores con redes, ¿qué podrían estar recogiendo? Clara se aproximó, pero se dio cuenta enseguida de que no había sido buena idea: Zara tenía una concepción distinta de lo que se venía a hacer a un sitio como ese y la mirada seria que los hombres les dedicaron en cuanto se escucharon sus primeros ladridos le hizo decidir alejarse rápidamente. La perra siguió corriendo paralela a la orilla hasta que Violeta la perdió de vista. Temía que se metiera en el agua, le parecía minúscula para tanto líquido, pero enseguida se dio cuenta de lo que había ido a buscar. A lo lejos, una niña la acariciaba. No parecía tener más de cinco o seis años y llevaba una gruesa chaqueta de lana fucsia y una especie de malla verde de lycra que le tapaba todo el cuerpo y que Violeta solo había visto antes usar como bañador a los pálidos hijos de algunos extranjeros. La pequeña se había sentado en la arena y tenía a la perra tumbada entre sus piernas, boca arriba, absorta mientras le acariciaba despacio la barriga; las patitas delanteras se le doblaban por las articulaciones y caían sobre sí misma, era como un peluche feliz embadurnado de arena. Al acercarse ella, la niña se puso de pie rápidamente. Zara miró a su dueña con una mueca de resentimiento sin variar ni un ápice su postura.

—No te asustes. Es mi perra. Solo quería conocer a su nueva amiga. Si no sigues acariciándola, se va a enfadar mucho conmigo.

La niña miró al animal, que le devolvió la mirada, y se volvió a sentar a su lado. La perra emitía un ronroneo claramente discernible entre el rumor de las olas cada vez que ella le pasaba la mano por el vientre. Violeta se abrochó la chaqueta y respiró hondo; su piel protestaba por el frío húmedo y pegajoso que emergía de las aguas y el olor a sal y peces coleaba todavía en su paladar.

—Ella se llama Zara. Y tú, ¿tienes nombre?

—Giselle.

—Giselle, es un nombre muy bonito —Violeta se fijó en la arena, al lado de la niña había dibujadas muchas estrellas de distintos tamaños; daba la sensación de que llegaban hasta los montículos plagados de juncos donde la playa se entremezclaba con el bosque—. ¡Qué bonitas! ¿Las dibujaste tú?— Violeta las señalaba con el dedo. La niña subió las cejas en un ademán de orgullo infantil pero por supuesto merecido.

—Sí.

—Pues me gustan mucho. Me encanta dibujar en la arena y en otros lugares, sobre todo en las paredes. Aunque yo lo que dibujo más son soles y lunas. Las estrellas son muy difíciles. Pero las tuyas son preciosas, ¡qué bien se te da dibujar!

—Me gustan las estrellas.

—A mí también me gustan, sobre todo las tuyas. Oye, Giselle, ¿quieres contarme qué haces aquí sola? —la niña siguió acariciando el vientre de la perra, que no parecía hartarse de sus caricias—. No quieres. Bueno, pues te contaré yo lo que hago aquí sola o, mejor dicho, con ella. Hemos venido a buscar hadas.

Giselle dejó de acariciar a la perra y miró a Violeta. Había fruncido el ceño y sus pequeños ojos se habían iluminado. Enseguida se apagaron.

—Las hadas no existen. Lo decía mi madre.

Violeta se quedó un momento callada. Reconoció por fin el acento de la niña, era tenue, pero apreciable.

—¿Tu madre decía que las hadas no existen? Pues sería donde ella vivía; aquí si existen, se llaman meigas, y son buenas. Están por todas partes pero se las puede encontrar sobre todo aquí por la mañana y solo cuando la playa no

está llena de bañistas. ¿Estás segura de que no te has cruzado con ninguna?

—No sé dónde vive mi madre. Se fue.

—Pues entonces, no puedes saber si donde está ahora no habrá encontrado ningún hada. Puede que en Francia no haya hadas, pero aquí en España te aseguro que sí las hay.

—No sé si vive en Francia y me da igual si ha encontrado un hada.

—Ya. Bueno, ¿quieres venir conmigo a ver si la encontramos nosotras? Zara descubre enseguida a las hadas. Se pone boca arriba y quiere que le acaricien la tripa todo el rato; ¡oye! ¿No serás tú una pequeña hada?

La niña le sonrió por primera vez.

—No digas tonterías. Eres mayor. Los mayores no dicen esas cosas. Bueno, mi padre antes las decía, pero hace mucho que ya no lo hace. Hace mucho que no hace muchas cosas.

—Y ¿sabes dónde está tu padre? Me gustaría que nos ayudara a encontrar un hada. Seguro que él puede.

—Estaba conmigo. Pero se perdió.

—Bien, pues vamos a encontrarlo. Seguramente se sentirá solo y estará muy preocupado porque no le buscas.

Giselle se levantó por fin y le dio la mano a Violeta. Sus deditos diminutos se aferraron a su palma. No supo si la pequeña habría sentido su escalofrío. Zara se quedó unos segundos tumbada en la misma posición hasta que aceptó que había terminado su momento y entonces se enderezó de un salto y salió corriendo hasta adelantarlas. Habían andado tan solo unos metros cuando a lo lejos vieron llegar corriendo a un hombre.

—Hemos encontrado a mi padre.

—A ver si nos ayuda a encontrar un hada. Tú se lo dices, ¿vale? Yo no le conozco.

—Se llama Ollivier. Es francés. Hemos venido a buscar a su abuelo. No sé cómo puede tener un abuelo, si es mi padre, pero él dice que los padres también pueden tener abuelos. Llevamos días dando vueltas por esta playa y por las casas de por aquí. Ya estaba cansada de seguirle. No es divertido.

—¿Y te ha gustado conocerle? Yo también he venido con mi abuelo.

—¿Ves? Es una cosa extraña, desde hace algunos días, todos los mayores tenéis un abuelo. ¿Cómo se llama el tuyo?

—Mi abuelo se llama Diego y es un señor estupendo. Y ¿cómo se llama el de tu papá?

—No lo sé. Era un secreto. Solo sé que mi padre se ha empeñado en pasar aquí unas vacaciones y que oí a mi abuela Valentine decirle que no viniera, que no iba a encontrarle y que dejara de hacer el tonto y se centrara. No sé qué es eso de que se centrara. No sé cómo podría ponerse en el centro si él siempre anda por la acera, para que no le pillen los coches. Pero él no quiso explicarme qué significaba eso. Hace poco que mi bisabuelita se fue y él está muy nervioso. También está muy nervioso desde que mi madre también se fue. Pero puede que tú tengas razón y ella esté buscando un hada y vuelva cuando la encuentre.

—Entonces él también tenía antes una abuela. ¿Por qué estás tan extrañada entonces porque yo tenga un abuelo?

—Es que ella era mi bisabu, no su abuela. Es difícil de explicar. A veces los mayores no entendéis las cosas que os explicamos los pequeños.

—Vale, no me lo expliques. Yo sí te entiendo.

—Mejor.

—Mejor.

—Sí, mejor.

Violeta se alegró de que el padre de la niña se abrazara a ella y la levantara en vilo como si fuera a quitársela. Cuando la dejó de nuevo en el suelo, le pareció que hubiera estado llorando.

—No se preocupe, está bien. Llevo un buen rato con ella. Ha estado jugando con mi perra. Íbamos a buscar a la policía ahora, no llevo el móvil y no he podido avisarla antes.

—Muchas gracias, de verdad no sabe cómo se lo agradezco. Me despisté, no sé cómo, de repente ella había desaparecido. No se me ocurrió que habría vuelto a la orilla hasta ahora; he estado dando vueltas por el bosque y las casas de alrededor, casi me vuelvo loco pensando que podría haberle ocurrido algo malo, por mi culpa.

—Eso le pasa a cualquiera, no se preocupe. Ella está bien. Tiene usted una hija muy lista para ser tan pequeña. Sabía que era usted el que se había perdido.

Violeta sonrió al padre de Giselle. Y, por primera vez, ella percibió en el

un gesto amable, aunque tímido. Otro hombre más que tenía los dientes perfectos y se humedecía los labios antes de dedicarle una mirada como si nada más que ella importara en el mundo.

—Me llamo Ollivier.

—Yo soy Violeta.

—Encantada de conocerle.

—A mí me habría gustado más conocerla en otra circunstancia.

—Creo que tendremos oportunidad de seguir hablando un rato más. Su hija está encantada de seguir a mi perra.

—Deje que la acompañemos.

—Si dejas de tratarme de usted.

—Claro, perdona, es la costumbre. Somos un poco estirados los franceses.

Ollivier no pronunció esa frase con ninguna entonación y Violeta no pudo averiguar si la dijo con ironía o con certeza.

—Algunos españoles también.

—Mira, papá, mira lo que hace Zara, ¡se ha vuelto loca!

La perra corría sin cesar formando un círculo alrededor de la niña. Sí, parecía que se había vuelto loca, pero Giselle se carcajeaba sin cesar mientras intentaba andar con poco éxito. Ollivier la miraba como extasiado, como si hubiera visto una aparición. Bajó el tono antes de dirigirse a Violeta.

—Hacía tiempo que no reía así. No se me había ocurrido comprarle un perro. Una mascota.

—Los perros son capaces de sacar lo mejor de las personas. Son una compañía maravillosa para quienes se sienten un poco solos.

—¿Usted se siente sola? —Ollivier se llevó inmediatamente la mano a la boca, como si quisiera volver a meter la pregunta en ella o cambiarla para tutearla, Violeta no lo tenía muy claro. A ella le hizo mucha gracia el gesto, pero no movió ni un músculo de la cara—. Lo siento, por favor, perdona. No suelo hacer ese tipo de preguntas a las personas que acabo de conocer, pero ella... está tan feliz ahora... Su alegría se me ha contagiado.

—No te disculpes, no es una pregunta indiscreta, me parece. ¿Queda alguien en este mundo que en algún momento no se haya sentido solo? Yo creo que no. Pero Zara fue un regalo, no la compré. Y es el mejor regalo que me han hecho.

—Giselle está encantada con ella.

El palacete azul se mostró de repente frente a ellos como si una casa hechizada se hubiera materializado ante sus ojos. Destacaba entre las otras construcciones desperdigadas a un lado y a otro del camino como un palacio de cristal entre barracas. No sería extraño que en cualquier momento asomara por alguna de sus ventanas un princesa traviesa de largas trenzas. Ollivier dejó de andar y se lo quedó mirando. Parpadeaba mucho; sus ojos eran demasiado oscuros, sobresalían en su piel tan clara. Agitó la cabeza y a duras penas consiguió seguir caminando. No se había dado cuenta de que se dirigían hacia esa propiedad hasta entonces.

—Es una preciosidad, ¿a que sí? Yo también me quedé alucinada cuando lo vi. Es de mi abuelo.

—¿Tu abuelo vive en ese edificio?

—Es un palacete de principios del siglo pasado, una construcción típica de aquí, de las que mandaban construir los indianos, los paisanos que regresaban después de haber emigrado a América y haber hecho algo de dinero. Pero él no vive aquí, hacía mucho tiempo que no volvía. Desde la guerra civil, creo. Si quieres, puedo enseñártelo por dentro. Y de paso, podéis beber algo, el paseo ha sido largo.

—No, no, creo que es mejor que nos vayamos ya. Te lo agradezco, pero tenemos muchas cosas que hacer aún. Nos vamos dentro de muy poco.

En ese momento, Giselle se acercó corriendo a su padre y le tiró de la mano. Él bajó la cabeza hasta ponerla a la altura de la de la pequeña y ella le susurró algo al oído. El hombre se llevó la mano a la frente en una mueca exagerada que a la niña le hizo soltar una carcajada.

—No te preocupes, princesa, ya buscamos una solución —Ollivier miró con complicidad a Violeta mientras la niña seguía enganchada a él—. Creo que ahora sí que nos gustaría entrar en esa casa tan bonita. Giselle tiene una urgencia, que no puedo contarte, pero que requiere de un lugar privado para solucionarse; si no te importa. Nos alojamos a unos veinte minutos de aquí, no llegaríamos a tiempo. Cuando Giselle avisa, ya está a punto de ser demasiado tarde.

Violeta miró a la niña y le guiñó un ojo:

—Vamos, te echo una carrera hasta la casa. Seguro que te gano.

La perra se apuntó al reto y las tres salieron corriendo en dirección al viejo portalón de hierro que impedía el paso a la gran propiedad. Ollivier les perdió de vista detrás de un magnolio inmenso que ocupaba parte de la entrada. Se quedó mirando el jardín, pero ya lo conocía. No era la primera vez que había mirado a través de la reja, esperando encontrar a alguien. El corazón le latía deprisa aún, si eso ocurría ahora, ¿qué haría? Había comenzado a sentir sus latidos amartillados a toda velocidad hacía unos minutos, en cuanto se dio cuenta de que su destino era el caserón azul. Tenía que intentar calmarse. ¿Qué demonios iba a hacer ahora? ¿Es que no era esto lo que él quería? No sabía por qué, en lugar de desahogo, sentía una presión insoportable en el estómago. Como si dentro estuvieran empujando hacia afuera mil hombrecillos de los que vivían allí para masticar la comida. Eso era lo que su abuela le contaba de pequeño, que los hombrecitos de su estómago llevaban la comida a todas las partes del cuerpo y que había que darles de comer un poco de todo para que pudieran hacer bien su trabajo: pescado, carne, leche, bollos; pero sobre todo la fruta y las verduras que él tanto odiaba y que no empezó a comer hasta que ella le contó esa historia. La echaba mucho de menos. No se lo habría imaginado nunca pero así era.

Al final, se decidió a entrar en la casa pero lo hizo con muchísimo respeto, como si estuviera profanando unos recuerdos sagrados en los que él no tuviera sitio. ¿Cómo que no? Por supuesto que tenía un sitio en esa casa. Él tenía derecho a estar allí. Por supuesto. Eso no debía dudarlo. Lo había comprobado en el Registro de la Propiedad de Oviedo: el palacete aún pertenecía a la misma familia, no se había vendido nunca desde que se hizo la primera compra del terreno, en 1917, y la única transmisión que constaba indicaba que se había realizado como consecuencia del testamento de sus primeros dueños, que favorecía a su hijo, el único heredero directo entonces. Pero se quedó paralizado en la entrada. Unos instantes después, Violeta apareció por la escalera.

—Ya está solucionado. Giselle está arriba todavía, encantada con la bañera. Es antigua y dice que nunca había visto una bañera que pareciera una piscina, se ha quedado allí jugando con el agua. No sé si deberías subir o quizá termine metiéndose dentro.

—Vamos a dejarla disfrutar un poco, si a ti no te importa. Hacía mucho

tiempo que no la veía tan feliz. Es genial verla así.

—Bueno, yo no tengo hijos aún, pero creo que tienes una hija especial.

—Sí, lo es. Giselle es muy especial. Por eso a veces también es un poco más difícil. Llevaba unos días muy aburrída, estar sola con un adulto debe de ser bastante rollo para una cría. ¿Podrías darme ahora ese vaso de agua que me ofreciste antes? Estoy sediento.

—Por supuesto pero, por favor, pasa al salón, es esa puerta de ahí, la más grande. Y siéntate, yo vuelvo enseguida.

Ollivier la obedeció y la observó mientras se metía en otra sala que supuso que sería la cocina. De espaldas, se fijó por primera vez bien en ella: elegante y serena. Y con unas preciosas piernas. Qué raro le pareció haberse dado cuenta. No recordaba cuánto tiempo llevaba negándose a mirar así a ninguna mujer. Seguía comparándolas con ella. Y ella ganaba siempre. La mujer de la belleza esquiva ganaba. Incluso parapetada tras su melancolía. Quizás esa melancolía había llegado tras años de matrimonio pero la llevaba estampada en la cara. Una nostalgia de algo que él —estaba seguro de ello, quizás porque era lo único que le quedaba— le había dado antes, cuando sus besos rugían y en su cara, en lugar de tristeza, tenía estampada casi siempre una sonrisa satisfecha. ¿Había sido rutinaria su relación? Él siempre había pensado que no. Se lo había planteado antes: demasiados amigos con relaciones rotas y pisos compartidos, demasiadas conversaciones en torno al divorcio o a la nueva amiga de un amigo. Pero él se había sentido siempre seguro de que él le proporcionaba todo lo que su mujer quería. Ella, siempre tan correcta, con el por favor y el gracias en la boca, las maneras y los ademanes apropiados en los momentos justos. Ni una palabra más alta que otra, ni un reproche, ni una pelea. La muy puta. Ollivier se alegró: ya podía decirlo. La muy puta.

Se sentó en un viejo sillón con estampado de hiedras. En la sala, enormes ventanales dejaban entrar la luz por tres de los cuatro puntos cardinales. Además, un tragaluz muy largo en dos de las paredes le daban al recinto una luminosidad íntima, como de iglesia gótica, debido quizá al color azulado de los cristales. Miró a su alrededor. Por fin un lugar donde nada le recordara a ella, aunque tampoco le recordaba a nadie. ¿Qué esperaba? Los recuerdos no se transmitían con la sangre. Entonces vio algo que sí conocía: colgada de la

pared, la fotografía del mismo hombre del cuadro que presidía la habitación de su abuela, con el que había fantaseado desde pequeño, cuando las increíbles peripecias y secretos de la familia eran el motivo del juego favorito entre los hermanos. Se acercó y lo observó despacio, intentando encontrar en la estampa al hombre, al medio hombre, al cabrón. Pero el retrato solo le devolvía la imagen incompleta de un chico desconocido y aún imberbe, cuyo máximo rasgo de personalidad era el clavel desdibujado en sepia que sostenía en una mano. Las acciones del pasado quedaban ancladas en el mismo espacio irreal que las imágenes capturadas en blanco y negro de sus protagonistas; los retratos desvaídos no hablaban de ellas ni de sí mismos, solo del tiempo que se fue. Dejó la fotografía en la mesa y cerró los ojos. ¿Qué coño había ido a hacer a aquella casa? Violeta regresó con un vaso en cada mano y dejó ambos despacio, sobre la mesa.

—Perdona, pero no tengo nada más que ofrecerte, llegamos ayer y aún no nos ha dado tiempo a comprar nada.

—No te preocupes, Violeta, ahora sí que tenemos que irnos. Si no te importa, subiré a por la niña. Me ha gustado mucho conoceros y a Giselle estoy seguro de que también. Pero ya se nos hace tarde y aún nos queda camino por recorrer antes de llegar a casa.

—Violeta, ¡estás aquí afuera! Es fantástico este jardín, ¿verdad? Solo he traído unas cosillas, que me parecía a mí que esta casa estaba más cerca del pueblo y no está tan cerca, no. —Diego acababa de entrar por la puerta cargado con dos bolsas llenas de alimentos. Ella se apresuró a ayudarle con una; pesaba tanto que la joven se preguntó cómo habría podido traerlas él solo. Su abuelo hablaba sin hacer pausas y, por primera vez desde que Violeta había vuelto a verle, parecía algo más tranquilo—. Pero claro, es que yo lo veía con las piernas de un chaval y no es lo mismo. Al final no he tenido más remedio que tomar un taxi porque si no habría llegado tardísimo, casi a la merienda... Pero ponte una chaqueta, que parece que no, pero a la sombra refresca. Y no me mires así, que a mi edad ya no voy a cambiar, pajarito.

Cuando Ollivier y Giselle se fueron, Violeta se sentó en una gran butaca que había sido repintada hacía poco. Había encontrado los cojines en el arcón de la cocina. Estaban nuevos, parecía como si alguien hubiera puesto a punto

la casa para cuando ellos llegaran. Y ambos parecían estar ya más serenos. El olor a mar y a monte tranquilizaba hasta los demonios más díscolos.

—No te preocupes, abuelo, si necesitamos más cosas, bajamos luego juntos al pueblo. Se está fenomenal aquí afuera, este sitio es estupendo. La casa es fabulosa. Le falta una mano de pintura y algunos arreglillos, pero nada que no se solucione en dos o tres días. Hasta el jardín está muy cuidado, las plantas se ven preciosas, podadas incluso, y es sorprendente que no haya apenas hojas secas. Yo me hartaba a quitarlas en el jardín de casa y eso que es una décima parte de este. ¿Tienes pensado venderla?

—Tú decidirás qué quieres hacer con ella. Es tuya. También quería venir para eso, para enseñártela y que te vayas haciendo a la idea de si quieres conservarla o no. Muchos otros han convertido estas casas en hostales o en casas rurales, pero eso requiere mucho trabajo y mucha inversión. No sé cuánto te dará de sí mi herencia. Depende de cómo te administres. Pero es tu decisión, no la mía. Y no tienes que tenerme en cuenta para tomarla, yo abandoné esta casa hace mucho. Ya no me pertenece.

—Abuelo, no me gusta hablar de esas cosas. Hablas tan tranquilo como si te fueras a morir pasado mañana y no puedo soportarlo. Me pones muy nerviosa. ¿Y cómo puedes decir que no te pertenece? ¿Cuánto tiempo viviste aquí?

—Algunos años, desde que tenía tres o cuatro hasta que nos fuimos a Francia, con dieciocho. Pero renuncié a ella hace mucho. Ahora es tuya.

—Gracias, pero te repito que no tengo ninguna intención de heredar tan pronto. Tendremos que decidir juntos qué hacer ahora con ella. Tú y yo. No puedes dejarme a mí sola esa responsabilidad. Esto me encanta, podría vivir aquí, sería una maravilla.

—Bueno, bueno, no creas que todos los días son como este. Supongo que ya sabes que llueve mucho y que el tiempo no es muy agradable. También hay mucha humedad y por eso, si hace frío, se mete en los huesos y, si hace calor, hace calor. No siempre se puede estar aquí afuera mirando las montañas. Mi madre decía que había que ser de aquí para soportar este clima. Aunque vaya quién lo decía.

—Pero se respira un aire diferente, te da fuerza. ¿Lo notas tú también o soy yo que estoy como hechizada? No puedo dejar de mirarla, me encanta ese azul.

Magnetiza.

—Sí, es hermosa. Aunque yo solo me he dado cuenta ahora. El color lo eligió también mi madre. Y creo que no sin cierta reticencia. Mi padre era un hombre mucho más prosaico. Nunca conseguí entender qué hacían juntos; jamás se separaron, murieron uno casi inmediatamente después que el otro. Supongo que la vitalidad de ella se compensaba con la tranquilidad de él.

—Me habría gustado conocerlos.

—Eran gente de otra época. Aunque mi madre era mucho más moderna que muchas mujeres actuales. En mis clases conocí jóvenes mucho más anticuadas que ella, habiendo nacido casi cien años después. Es curioso pero me da la sensación de que en muchas cosas, hemos vuelto atrás y no nos damos cuenta. A algunos la modernidad solo les ha servido para perder sus ideales.

—No sé a qué te refieres. No puedo comparar. ¿Crees que hay menos idealistas ahora que cuando tú tenías veinte años?

—Pues no sé, solo sé que entonces había mucho por lo que luchar y que muchos dieron su vida por ello. Si eso es ser un idealista, ahora, en el mundo occidental, no queda ninguno. Veo la pasividad de la gente joven, de los que lo tienen todo y se resignan a perderlo poco a poco, sin mover un dedo para evitarlo y me da pena. Yo me enamoré muy pronto y tal vez eso fue lo que me hizo querer irme lo antes posible de mi casa, vivir por mí mismo, sin que nadie me impusiera nada y eso que mis padres no estaban por la labor. Ellos eran más liberales que yo, seguro. Pero yo quería ser libre, vivir a mi modo. Ahora siguen pegados a las faldas hasta que consiguen comprarse la televisión de cuarenta pulgadas. Y, si eso no puede ser, se quedan esperando en sus casas. Dicen que no tienen trabajo fijo, que les pagan poco, que no tienen un sitio donde vivir. Pero eso siempre ha sido así, siempre. Solo los ricos tenían aseguradas las lentejas y la mayoría de la gente no lo era, solo tenía un trabajo igual de precario que ahora y peor pagado incluso. No tenían donde caerse muertos. Yo fui un privilegiado y estudié y trabajé mientras mi familia me seguía ayudando pero como yo había muy pocos. La mayoría estaban al otro lado. Y todos trabajaban duro y formaban sus propias familias. Pero claro, no había otra opción. Ahora, el problema debe de ser que se puede elegir.

—No siempre se puede elegir, abuelo. A veces otros eligen por ti.

Ella había empezado a acariciarse la barriga. Miraba esos arbustos de

hojas lustrosas que asomaban por detrás de la fuente de piedra parda; un pájaro se había encaramado a ella y cantaba al día o a la mañana. Violeta oía su salmo y el manantial de líquido chispeante caer sobre la bailarina balsa de agua que cubría el fondo redondo como un molde de bizcocho y se preguntaba por qué a veces todo era tan complicado. Con lo simple que parecía. El musgo verde oscuro se veía ondeando a través del remolino. El agua giraba alrededor del centro de piedra hasta que desaparecía por el desagüe y se introducía de nuevo en el circuito cerrado de la cañería. Luego volvía a salir a chorro a través del pene del angelillo grisáceo que había perdido la nariz, el único objeto de toda la casa que a Violeta le parecía de mal gusto, en un movimiento infinito de líquido, luces y brillos.

—Nadie debe elegir por ti. Nadie. Siempre tienes opción de cambiar las cosas, pero es mucho más difícil hacer algo que quedarse esperando. Y mucho más difícil aún saber lo que se quiere. Si tú lo tienes claro, debes pelear por ello. Siempre hay que intentarlo. No dejar que los demás decidan en tu lugar. Eso solo lo hacen los cobardes y los necios.

—Eso que dices es muy duro, abuelo. Y no sé si es justo. No siempre es tan fácil.

—Nadie ha dicho que sea fácil, pajarito, nada es fácil. Pero quedarse esperando que las cosas pasen tampoco te garantiza que lo que te llegue será mejor. ¿Para qué vas a dejar entonces que te lleve la corriente? Yo lo hice una vez y aún sueño que me hundo. Pero está claro que cada uno debe cometer sus propios errores, que los de los demás no nos enseñan, deben ser nuestras carnes las que reciban el golpe. Así nos va, pero es como somos. No sabemos ponernos en el lugar de otros ni lo intentamos siquiera.

CAPÍTULO 6

I

Villaviciosa, Martes, 16 de Mayo de 2000 (5:12 h)

La noche se acaba. Si yo pudiera ponerle fin, si yo pudiera, lo haría sin remordimiento. Lo haría porque cada madrugada es una tortura, sin grilletes, sin cadenas, sin instrumentos afilados que me pinchen ni me hieran, solo por tener que cerrar los ojos y volver a ver. Y cada vigilia me asaltan los mismos pensamientos, las mismas dudas de ahorcado ante la ironía de saber quién tiró de la soga pero no cuál fue el crimen que provocó su condena. Doy vueltas y vueltas y oigo mis huesos casi desvencijados chasquear entre las sombras con el ruido del esqueleto exánime que se va desencajando hasta que la putrefacción lo roe y lo derrumba. El alba me trae la luz como otros tantos días, una luz inanimada, pálida, entumecida, sin el brillo de la esperanza. Pero me sigo levantando con el amanecer. Ahora un poco mejor, menos cansado; tengo a mi nieta, la dejaré consciente de sí misma. Para eso he venido.

Abro los ojos y ellas me miran. Colgué su cuadro enfrente de mi cama, como siempre. Es una tradición. Me han acompañado en todos los lugares donde viví. Y al final han sido muchos. Menos mal que era pequeño y no de esos formatos de más de un metro por un metro que tanto te gustaban. Que gracias a Dios que los vendías enseguida porque llegó un momento en que no habrían cabido en nuestro piso. Parece que sabías que tenías que dejarme algo así, transportable, que no pesara. La madre y la hija. Es un cuadro hermoso. Muy hermoso. La mujer tan elegante y la niña tan delicada. Unidas para siempre en ese lienzo. Sus miradas tan serenas. Yo ya las saludo. Cada mañana y cada noche. Como en un rito mágico de curación que comenzó enseguida. En

cuanto llegué a América y lo colgué en la pared. Son parte de mí. Lo fueron desde que te perdí.

Y ahora que sé que tal vez también estén ahí arriba, junto a ti, siento que necesito volver a verte, casi ciego de vida ya, y me encuentro sin ojos que puedan apreciarte, pero en mi memoria te veré con luz inmensa. Lo sé. Pero no me he atrevido a entrar, no he podido. Esta noche he logrado por fin llegar hasta allí y me he quedado en la puerta pasmado, esperando, sin tocar siquiera el pomo, a oscuras. Viejo inútil, podría haberme matado al subir o al bajar las escaleras y entonces lo hubiera estropeado todo. Pero no me he atrevido a entrar aún a verte. A encontrarte.

Violeta aún no sabe lo que allí se oculta, no podría imaginarlo. Pero yo aún no sé si estoy preparado. Llevo semanas intentando fortalecerme para reencontrarte. Te oigo vagando entre mis pensamientos como fantasma que altera la ley de la nocturnidad y de la vida y vuelve y me mira, pidiéndome regresar, por fin. Pero solo te mostraré a ella cuando esté lista. Entonces le enseñaré a respetarte para hincar en suelo firme sus raíces.

Elisa, puede ser que me escuches y no sonrías, tú no eres solo tus ojos, pero aunque no te guste, fueron tus ojos los que a tu vida me ataron. Preparándome para volver a encontrarte. Pero aún no he podido conseguirlo, aún no. Antes debo ver a Martín, tengo que hablarle, pero soy débil, incluso después de tanto tiempo. Mi primer amigo, mi mejor amigo, el hombre en el que apoyarse; qué tontos fuimos, qué poco podíamos imaginar todo lo que nos depararía la vida. Y me enervo solo de pensarlo. Me atacan la rabia y la repulsión. Pero aprendí a vivir con ello y, para aplacar mi ira, te sigo imaginando. Elisa, te imagino a ti. A ti. Imagino tu cuerpo, tus ojos y tus labios, imagino tus manos y tus brazos. Te imagino. Como concha caliza, me encierro dentro de ti, como perla blanca me quedo allí, rodeado de mar, de trocitos de vida, de pedazos de lluvia. Son tus ojos, que me atan. Y al final todo mi cuerpo se calma de repente, se oculta tras tu mirar, se apaga como una rosa cuando la cortan. Por jugar. Por jugar terminas cerrando los párpados y ante ti me quedo indefenso, tal vez podrías hacerme daño. Sin embargo, jamás olvidarías que un segundo antes fuiste casi yo, casi mis labios, casi mis manos, un segundo antes fuiste yo o un grito de dos cuerpos unidos o quizás tú y yo.

O quizás tú y yo. O quizás tú y yo. Tengo que despertar, tengo que

despertar. Elisa, ayúdame, necesito tu ayuda. Tengo que volver a encontrarme con él. Creí que no volvería a verle nunca pero sé que está aquí, en Oviedo, y no me queda más remedio que buscarle. Al final todos regresamos al redil. Algo en nuestra tierra nos atrae y volvemos a morir al sitio donde nacimos. Es como un canto de sirenas que nos arrastra hasta hacer que nos perdamos en sus ecos. Y nos hace volver. Pero no consigo reunir la fuerza para ir solo. Es verdad que sigo siendo un cobarde.

Y ha sucumbido ya el alba. La cama está deshecha, mi cuerpo sudoroso, las manos me tiemblan. Mis oscuridades atisban la mañana y se deshacen durante unas horas. Escucho un poco más el ruido dentro, del tiempo, del eco de lo que fue y veo tus ojos y tu boca. Tu vida que era. La luz me salva otra vez y escucho, escucho, y oigo ruidos que esta vez vienen de la realidad. Es ella, tu nieta. Violeta por fin se ha levantado. Y se viste igual que cuando era una cría, tan despacio que había que despertarla una hora antes para darle tiempo a que, poco a poco, fuera haciéndose al nuevo día. Ahora ya no remolonea tanto; sigo pensando en ella como si no hubiera crecido. No puedo evitarlo. Mi pajarito. Debía haberle preguntado ayer si quería venirse ahora conmigo, pero al final el día fue tan agradable que no quise estropearlo ni nombrándole siquiera. Podía haber empezado mejor, eso sí, que estaba seguro de que ver a la abogada y hablarle de esos malnacidos iba a conseguir aguar-me mi primer día en Villaviciosa después de tantos años, pero no. Conseguí serenarme andando por las calles, despacio, explorando con ojos de viejo lo que muchas veces curioseé con ojos de zagal. Y conseguí que no me afectara demasiado. Ahora son otros recuerdos los que me exasperan, los que me hacen enloquecer. Aunque al final consigo apartarlos. Y ella es muy lista. Sí, tan lista como tú, Elisa. Se nota que lleváis los mismos genes, que os corre por las venas la fuerza de la misma sangre.

Cuando salí de su despacho, pensé que no podría regresar solo a casa, que tendría que llamar a Violeta para que viniera a buscarme, pero me quedé embobado al redescubrir viejos rincones y encontrarme con otros nuevos; sobre todo me encantó volver a las mismas tiendas a las que iba con mi madre de niño. Esos establecimientos rancios, llenos de artículos que huelen tan bien; en la panadería, los bollos recién hechos y ese pan tan hermoso y tan compacto, como no lo hay en ningún sitio en Madrid ya, si no es en algún

pueblo por ahí perdido; en la casquería, no pude reprimirme y compré criadillas y sesos, que ya casi nadie compra allí, ni los entresijos, con lo que eran de madrileños, algunos ni saben lo que son; en la frutería, con esas manzanas del Bierzo que se abren antes de masticarlas y derraman dulzor. Y luego dicen que el mejor género lo llevan para la capital, será en el Barrio de Salamanca. Me encantó pasearme por los puestos, despacio, con pocos productos en solo dos bolsas, que me dejé mi carro en casa y mis fuerzas por el camino, pero ¡qué delicia poder oler y mirar todo eso! Ya no eran los mismos tenderos, eso sí, que todos se han jubilado ya o se han muerto, como no podía ser de otro modo. Algunos son los nietos, los que menos, y otros se los han quedado esos chinos que están por todos lados. Se lo están quedando todo, hasta aquí han llegado. Y fíjate, Elisa, que yo no tengo nada en contra de ellos, Dios me libre, tan solo no me gusta saber que trabajan de sol a sol, por una miseria si el negocio no es suyo y que, tras ellos, iremos los demás, en cuanto los ricos pierdan la poca ética que les queda y se den cuenta de que, habiendo chinos, para qué pagar a los mal acostumbrados europeos que se creen con derechos.

Pero no divagues más, Diego, que debes decidirte. Él no dirá nada, no se atreverá, es un cobarde. Y si lo intenta, ahí estoy yo para acallarle. ¿Le pides que te acompañe o te coges un taxi y te vas solo? No, mejor con ella, me gusta volver a tener a alguien con quien hablar, hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una sobremesa, tranquilamente, sentados en los viejos butacones del jardín del sur, el de las camelias que parecen árboles ya, con sus ramas de más de dos metros. Qué contenta se habría puesto mi madre si pudiera verlas, lo hermosas que estarán florecidas en febrero.

Vuelves a divagar, ¡decídate ya! Que debéis salir enseguida si no quieres que se haga de noche a la vuelta, que Oviedo está a una hora o incluso más, si todavía hay que pasar por Gijón y no hay camino directo, que supongo que lo habrá, pero vete tú a saber. ¡Qué guapa está, mi pajarito! Con esos bonitos ojos y ese pelo rubio y tan liso que le aniña la cara. Siempre seguiré viéndola como mi pequeña, no puedo evitarlo, aunque hace tiempo que podría haber sido madre pero ¡cuánto tardan ahora las mujeres en serlo! Claro, tienen tantas cosas que hacer antes que se les pasa la vida y cuando ya tienen pajaritos, no tienen ni ganas de jugar con ellos. Pero no seas así, viejo pellejo, que cada

uno hace con su vida lo que quiere, que para eso nos lo hemos ganado durante años de luchas para que nadie nos dictara qué debemos ser ni cuándo. Y ya está bien, Diego, decídetes, que debéis iros cuanto antes.

—Violeta, tengo que pedirte un favor. Me gustaría que me acompañaras a Oviedo esta mañana.

—¿Por fin voy a enterarme de qué estamos haciendo aquí? ¿Es eso?

—¿Estás a disgusto? ¿Quieres que volvamos a Madrid?

—No, no. No quiero. Perdóname. Es que estoy un poco nerviosa. Y aún no me has dicho qué asuntos tienes que arreglar aquí. Me gustaría que me dejaras ayudarte, abuelo, hace tiempo que crecí, puedes confiar en mí. Cuéntame al menos qué vamos a hacer en Oviedo.

—Ya me estás ayudando, pajarito, ya me estás ayudando. Todo lo que necesitaba era tu compañía. No me siento bien y últimamente te he echado mucho de menos, me estás haciendo muy feliz estando aquí conmigo. No habría tenido valor para venir solo. Pero no tengo nada que contarte. Solo tenía que volver para ver cómo estaba la casa y también para arreglar algunas cosas, ya te lo dije. No quería hacerlo solo. Solo es eso. Supongo que no querrás encontrártelo todo manga por hombro cuando yo me muera, ¿verdad?

—Abuelo, tú no vas a morirte nunca. Me lo prometiste, ¿ya no te acuerdas? Porque yo sí, yo no lo he olvidado. Y siempre cumples tus promesas, así que no hay de qué preocuparse. ¿Dónde vamos?

—Necesito ver a un antiguo conocido. Está viviendo en una residencia desde hace varios años, una especie de hotel para mayores. Necesito verle antes de que alguno de los dos nos muramos.

—Y dale...

—Bueno, necesito verle y ya está. Pero no quiero ir yo solo. Me siento muy torpe y no sé si sabría llegar si no me llevas.

—Por supuesto que sabrías.

Violeta se parece mucho a ti, tiene también tu fuerza, aunque no sé si ella lo sabe. Ahora le veo sus ojos tan apagados... y me ofrece su ayuda cuando yo sé que la necesita ella más que yo, sé que le pasa algo, pero no quiere contármelo. Si hubiera querido, no iría mirando la carretera tan seria, sino hablándome todo el rato, como cuando era una chavala y la bajaba al centro. No paraba de hablar, hablaba y hablaba sin tregua, a veces tanto que yo no era

capaz de entenderla y se enfadaba cuando me preguntaba algo y se daba cuenta de que hacía ya unos cuantos ¿sabes? que me había perdido. Ahora va seria, mirando fijamente la carretera, respirando despacio, y la veo más rellena, ha echado cintura; ella, que siempre parecía un palillo, igual igual que la estirada de su abuela, y los anillos le aprietan. Los anillos..., no lleva los anillos de Álvaro, estos anillacos de oro y piedras que le regalaba a menudo. Cuanto más gordo es el anillo, más grande es la culpa, decía mi madre, aunque no siempre tenía razón, no sé yo Álvaro. ¡Qué ostentoso y qué falso! Lo siento, Elisa, no puedo evitarlo, sé que me regañarías, que no te gustaría que insultara así a la pareja de tu nieta, pero es que no le conoces, no has tenido que soportar como yo que me quitara a mi pajarito. No sé qué les habrá pasado pero a veces creo que me alegraría de que ya no estuvieran juntos, nunca me ha gustado para ella. Un hombre de verdad no la dejaría sola tanto tiempo, ni llevaría días sin llamarla, sin saber dónde está su compañera y cómo se encuentra. Estoy seguro de que algo ha sucedido.

—Abuelo, ya hemos llegado. Esta es la residencia Millones de sueños. Déjame que te ayude.

—No te preocupes, voy bien, solo déjame que eche un trago de agua aquí, en la fuente. ¡Qué mal gusto han tenido estos arquitectos modernos! Tanto hormigón para una casa de ancianos. Pero ya se sabe que las modas cambian y lo que a nosotros nos parecía una maravilla ahora se vilipendia y se tira por tierra a la mínima de cambio. Las nuevas tendencias van por otro lado.

—Qué maravilla esa profesión. Arquitecto. Siempre me gustó.

—Nada, nada, que solo los que tienen un buen padrino hacen lo realmente interesante, las obras de arte que perdurarán siempre. Los demás, ahí están, haciendo pisos y esos chaletos adosados que se han levantado como setas y llevan de regalo el perro, cuanto más grande y más ruidoso mejor. Aunque es verdad que se hinchan a trabajar. Esto de ahora parece un boom inmobiliario que, mientras dure, les dará bien de comer, no te creas. Todos mis alumnos encontraron pronto empleo, pero la mayor parte de las veces no es lo que parece cuando estudias. Y es mucho más bonito tu trabajo. Muy creativo. Sube a tu ritmo, ahora te cojo.

Pasamos, qué poco te gustaría esto, qué poco te gustaría. Este invento moderno de alejar a los ancianos de su familia, de abandonarlos a su soledad

para que los otros vivan la vida. ¡Cuánto dieron ellos por sus hijos, por sus padres, por sus abuelos! Así tienen esas caras, de viejos de verdad, viejos eternos, qué duro es no tener a nadie que comparta tus recuerdos. Y cuánto sé yo de eso. Estoy igual de solo, tanto que te hablo a ti, cada minuto, cada momento en que necesito que me escuchen. Imagínate a los pobres sentados todo el rato o moviéndose ayudados por esos trastos del infierno para salir a pasear unos minutos, anclados a ellos, como los perros, sin sus nietos que se les suban encima y les den besos de caballo. Es tan triste estar solo, que nadie se acuerde contigo de aquella Navidad tan fría, cuando llegaste a casa sin pavo porque el que salía antes que tú se había llevado el último y lo llevaba orgulloso bajo el brazo, y cenasteis lombarda triste, aderezada con ajo, y arroz con pollo, que ya era un festín pero menos, antes de salir a la misa del gallo, a la que antes iba todo el mundo. Muchos me miran. Llego con una joven y eso marca nuestras distancias. Ellos están en ese lado y yo en este, entre los otros, los que aún no están aquí dentro. Yo no llegaré a estar aquí nunca, me moriré antes.

—Señores, ya pueden pasar. Don Martín ya ha terminado de ponerse guapo.

Elisa, ayúdame, dame fuerzas, dame fuerzas.

—Espera, Violeta, espera, dame unos segundos.

Respiro hondo, más hondo. No sé si va a aguantarme el corazón o va a salirseme del pecho. Tranquilo. Tranquilo. Cálmate, Diego, cálmate. Ayúdame, Elisa, amor mío, ayúdame. Si no, me moriré aquí mismo.

—Claro que sí, abuelo.

Me toma de la mano. Huelo su pelo, es mi niña, mi dulce niña que ha crecido pero no ha cambiado nada, sigue siendo mi cielo. Un cielo repleto de estrellas que me ha hecho seguir viviendo.

—Hala, vamos adentro.

No puedo acercarme, no puedo. Ayúdame, por Dios, ayúdame.

—Hola, Diego.

—Martín.

—Y tú debes de ser Violeta. Podría haberte reconocido entre un millón. Eres clavada a tu abuela. Si me lo hubieran dicho, no habría podido creerlo. Juro que no habría podido creerlo.

—Encantada de conocerle, es un placer conocer a los amigos de mi abuelo.

Los que fueron amigos, sí, en un tiempo muy lejano. Cuánto cambia la vida en solo un lamento. ¡Y qué mal le ha tratado a él! Parece a punto de desaparecer. Ahí sentado, con una manta sobre las piernas y con tan poco pelo. ¡Tenías que verlo, Elisa, tenías que verlo! Y sus ojos, ya no son lo que eran, se le han empequeñecido; eso es por su alma, la han seguido. Los tiene así de haber sufrido tanto como yo, quién iba a decirlo. Y no para de mirar a Violeta. Claro, le ha sorprendido. Es lo que se merece. Nada más que eso.

—No lo estés tanto. No lo merezco. ¿Y tu madre? ¿Cómo está tu madre? ¿Te pareces también a ella?

—Muerta, Martín, su madre está muerta. Pero hace ya mucho de eso. Y no hay nada que decir sobre ello. ¿Por qué estás en una silla de ruedas?

—Tuve un accidente. En París, al poco de que te fueras, tuve un accidente inoportuno y me quedé así, como ves. Todos tenemos nuestro castigo; un día u otro, a todos nos llega la hora. Y hace mucho tiempo que regresé a Asturias, llevo aquí metido diez años. Me alegro de que hayas venido. No recibo muchas visitas. Creía que seguías viviendo en América y que no volvería a verte. No puedo creer que estés aquí.

—¿No te casaste? ¿Y tus hijos? ¿También te han dejado solo como a todos esos de ahí afuera?

—¿Hijos? No, ni hijos ni mujer. No logré encontrar el amor, ese amor que tú y ella hallasteis tan pronto.

Que no te nombre, que no te nombre, le cogeré del cuello si te nombra.

—Abuelo, voy al baño y por una botella de agua a la máquina. ¿Queréis que os traiga algo?

—Cierra la puerta, Violeta, por favor, hay corriente —venga, viejo tonto, tienes que hacerlo. Debes hacerlo—. Martín, no he venido a verte ni a charlar contigo de viejos tiempos. Eso pasó y ya está muerto y enterrado. Todos están enterrados. Tú lo elegiste, no yo. Y hubiera querido morir yo también sin tener que verte nunca más pero necesito que me devuelvas las maletas de Clara. Tengo que recuperarlas.

—Las maletas de Clara, ¿qué maletas? ¿Qué Clara?

—Sabes perfectamente qué Clara, estás sentado en una silla de ruedas

pero aún no tienes Alzheimer, ¿no? Yo tampoco, no lo olvides. Quiero recuperar sus maletas.

—¿Y para qué las quieres después de tanto tiempo? No sé si las tiré. Tiré muchos trastos cuando me fui de Francia. No podía traérmelo todo. También dejé muchas cosas en París y no estoy para hacer viajes. ¿No querrás que vuelva solo para darte las dichas maletas?

—Haz lo que tengas que hacer, pero me lo debes y lo sabes. Fuiste mi mejor amigo, mi único amigo. Aunque no ha pasado suficiente tiempo para olvidar. Ni en tres vidas. Me lo debes.

—¿Cómo es ella?

—¿Violeta? Es una mujer fabulosa. La mejor nieta. Sin ellas, me habría muerto.

—¿Y su madre? Sabía que habías tenido una hija pero..., ella... ¿cómo pueden parecerse tanto? ¿Qué le pasó a su madre?

—¿De veras te importa? A ella también la mataron en un país que no era el suyo y en una guerra que no le concernía. Se empeñó en ser periodista y en meterse donde no la llamaban, era más cabezona incluso que su madre. Pero al menos Violeta no es periodista ni anda metida en nada peligroso, que yo sepa, solo pinta habitaciones de niños, menos mal, y eso no es tan arriesgado —pero no quiero seguir contándote nada de mi vida. Tú lo elegiste, tú me dejaste solo. Fuiste tú, cabrón. Tú—. Martín, me voy ya. No quiero hacer esperar a mi nieta. No olvides lo que te he pedido. Aquí te dejo mi teléfono. Si me tuviste algo de aprecio, me llamarás.

Me llamarás y, si no, volveré a buscarte. No quiero seguir mirándole, tantas cosas me recuerdan sus ojos que se me saltan las lágrimas. Y no voy a darle ese gusto. No. Adiós, viejo amigo, adiós.

—Diego..., ¿dejaste de odiar alguna vez?

—Odiar es inútil cuando la vida te regala una nueva oportunidad y un nuevo día. Un desperdicio de tiempo. Las dos Violetas me enseñaron eso. Es una lástima que tú al final no encontraras a nadie que te lo enseñara también. Créeme, es una lástima que no aceptaras que ella eligiera y no consiguieras nunca amar de verdad. Quizá ese fue tu castigo.

—Yo sí amé de verdad, Diego, y amé mucho. Tú deberías saberlo.

—Odiar es inútil, Martín, pero, ahora que lo dices, sí me habría gustado

saber. Quizás me habría costado menos dejar de odiar si hubiera sabido el porqué.

Aunque ya no sé si lo deseo.

II

«Dicen los republicanos que se vanaglorian de haber instaurado esta forma de gobierno, y yo lo he oído decir y ustedes también, que la nuestra es una República de golpes de Estado y de validos. Pero yo no le veo a eso lo peyorativo, si me lo permiten, porque tanto lo uno como lo otro tienen su razón de ser, su, por así decirlo, corazóncito. Yo los defiendo, porque el golpe de Estado puede ser algo muy válido y hasta virtuoso si lo promueven razones nobles y elevadas. Nobles reyes tuvieron nobles validos. Y golpes de estado honrosos podría haberlos si nos llevan a la salvación en esta patria desorientada y ya perdida para los hombres de bien.»

París, 13 de Enero de 1936

La calle de Bonaparte donde se encontraba la *École Nationale Supérieure des Beaux Arts* iba a morir en la Quai Malaquais que fluía paralela al río. Una turba de estudiantes ateridos por las bajas y remojadas temperaturas pero, aún así, indolentes habían terminado ya sus clases y se desperdigaban por ella hasta que se desviaban o les recogía el tranvía que les llevaba a sus barrios. Aunque muchos preferían vivir allí mismo, en el trepidante Barrio Latino,

otros venían desde Saint Honoré o desde Montparnasse incluso, a más de una hora de camino. Elisa se detuvo un momento frente a la Galería Breheret y se bajó de la bicicleta; ya hacía tiempo que había adquirido la costumbre de hacerlo cuando volvía a casa por las tardes. Su escaparate verde botella ocupaba todo el bajo del edificio y tras sus cristales rotaban cientos de acuarelas sublimes de artistas anónimos que, como ella, solo buscaban a alguien a quien regalar un suspiro. La entrada siempre le maravillaba: dos columnas de piedra gris arquitrabadas sostenían un pequeño balcón recorrido con una barandilla de forja artesanal e intrincadas formas que se extendía por toda la fachada. Desde allí, cuatro ventanales altísimos de cuarterones alargados, separados por ladrillos y piedras colocadas a sardinel espiaban lo que ocurría en el río.

Al mirar arriba, se imaginaba quién viviría en esos pisos, en esa zona donde antes que ella otros muchos artistas habían soñado ya con la oportunidad que anhelaba. Elisa siempre se inventaba inquilinos diferentes de vidas a cual más tormentosa. Bajó la vista, un hombre de pelo blanco se había asomado a uno de los balcones y sus miradas se habían cruzado. De la casa salía una melodía dulce de Vivaldi, el compositor más admirado de Milagros. El hombre tiró un cigarrillo por la ventana antes de cerrarla y meterse dentro y ella se imaginó que era un viejo actor abandonado por su amada cuando dejaron de contratarlo para papeles de galán. El último que había interpretado era el del Duque de Anjois y ese era el personaje que seguía creyéndose desde que enloqueció, hacía ya muchos años. Cuando dejó de verle tras los ventanales empañados por el frío, Elisa reanudó su camino por la Quai Malaquais hacia la plaza de Justin Godar. No podía quitar los ojos del puente del Carrousel. Siempre se quedaba embobada mirando sus arcos como lomos de ballena, intentando vislumbrar, con ojos de Van Gogh, las formas simples con que había logrado traspasar su esencia a su inigualable cuadro pintado tal vez desde allí mismo. A punto estuvo de perder el equilibrio sobre su bicicleta de hierro mientras observaba la estructura y la fastuosa silueta del Museo del Louvre, al otro lado del río. Los radios metálicos sonaban con cada vuelta como si entre ellos se hubiera introducido una chicharra enfadada.

Por fin había llegado el día. Le había costado muchas cartas y mucho insistir hasta que consiguió que Danielle encontrara el momento para decirle

cuándo podría recibirla. No se tomaba ni un segundo de descanso pero, sesenta y dos días después de su primer encuentro en la Universidad, cuando abordó a la galerista al finalizar su charla ante cientos de entusiastas estudiantes, en unas horas por fin podría enseñarle sus pinturas. Quería elegir bien los cuadros que iba a llevarle y todavía no había conseguido decidirse.

—Ese no, amor, ese parece demasiado infantil para una galería tan famosa. Bueno, tú sabrás mejor que nadie si es adecuado o no, pero a mí me gusta mucho más ese otro, el del jarrón con las rosas blancas.

Clara estaba más excitada aun que su hija. No podía dejar de moverse de un lado a otro de la habitación, sacando lienzos y volviéndolos a poner en su sitio una vez que había vuelto a dudar de si eran suficientemente buenos para utilizarlos como muestra de su trabajo. Casi siempre, en una situación así, le habría resultado difícil incluso hablar pero ahora sentía una extraña fuerza que le obligaba a seguir rebuscando entre las telas. Sus colores iban y venían como barcazas transportando flores que ondeaban sobre el agua.

—Madre, no me ponga más nerviosa de lo que estoy, que ya no sé ni si sabré encontrar la galería.

—Pues dile a tu padre que te acompañe y así te ayuda a llevar también los lienzos, que van a pesarte mucho.

—Pues qué bonito, llegar a buscar un trabajo, que eso es justo lo que estoy haciendo, y llevarme a padre. ¡Ni que fuera una cría! Que ya tengo veintiún años, madre, que ya tengo veintiún años.

—¡Ay! mi niña, ni veintiún años ni nada, que para mí siempre serás mi niña. Aunque tienes razón, mejor elige sola, pero al menos llévate este, la copia de la Virgen con el niño que me regalaste en mi cumpleaños. Es excepcional este cuadro, excepcional. Seguro que ella lo verá así.

Elisa se decidió por el lienzo que le ofrecía Clara y escogió otros dos más: la marina que había terminado justo antes de salir de España, con el paisaje que se veía desde la ventana de su cuarto; y el bodegón de las rosas, el que le gustaba a su madre y, mucho más, a Diego. El cuadro estaba pintando *au premier coup, alla prima*, o a la primera, como decía él, en un impulso que no admitía retoques. A ella también le encantaba esa pintura. Las rosas se descomponían en cuatro tonos diferentes de blanco y algunas pinceladas mezcladas con rojo cadmio, para destacar los bordes. Y lo había pintado

sobre húmedo, sin repintar ni retocar, con el pincel muy cargado de óleo. Después, para las zonas más oscuras, había mezclado el azul de Prusia, tierra de siena natural y algunas pinceladas de carmín de garanza oscuro, siguiendo la fórmula para conseguir las sombras más hermosas: la mezcla del color propio más oscuro, el color complementario y el azul. Con tres trazos realizados con la espátula había bosquejado el jarrón de terracota y el mantel cerúleo parecía una cama hecha de cielo. Algunos pétalos esparcidos por encima completaban el bodegón. El resultado le había gustado desde el principio y lo había dejado tal cual, sin trabajar más los detalles.

Con ayuda de su madre, embaló los lienzos como pudo formando un gran fardo con papeles de periódico atados con una cuerda y salió enseguida, no sin antes maldecir varias veces en un susurro por no haber comprado aún la gran carpeta que otros usaban en la Universidad para transportar los lienzos.

Clara se quedó mirándola tras los cristales mientras su hija luchaba por esquivar a los viandantes que se cruzaban con ella sin reparar en el grueso bulto que a duras penas podía sostener. Desde allá arriba, le parecía aún inocente e indefensa, pero seguro que ya no lo sería tanto. Tal vez ya no la necesitaba igual. Pronto podría descansar. Y estaba segura de que Diego cuidaría siempre de ella. La boina granate que precedía al gran paquete gris oscuro se perdió enseguida entre las copas de los árboles que parecían moverse retrocediendo en zigzag, empeñada como estaba en seguir el avance de su hija hacia adelante entre la gente. Cuando dejó de divisarla del todo, se dejó caer sobre el butacón. Cerró los ojos. Aún la veía en su mente desapareciendo a lo lejos, tan joven, tan llena de vida. Pero ya era toda una mujer. Una mujer.

—¡Clara!, ¡Clara!!Ven!, ¡ven a ver esto!

Su hermana Inés la llamaba a gritos desde el cuarto de baño. Su padre había salido con la pequeña y ellas se habían quedado a solas con la doncella, una señora mayor de pelo argénteo, piernas torcidas y manos gordísimas, con los dedos estriados y voluminosos y las uñas impregnadas de una sustancia irreconocible de color verde ptalo. Jamás olvidaría esas uñas, aún le repugnaban como si las estuviera mirando con disimulo mientras su dueña pelaba patatas frente al fogón. ¿Qué podía haberles dado ese color? ¿Con qué

cosa asquerosa podía haber estado trabajando para haberse manchado los dedos de esa materia oscura y viscosa que no le desaparecía ni cuando terminaba de limpiárselas con el pequeño cepillito de madera que guardaba celosamente entre sus cosas de aseo? Pero también estaba medio sorda — Clara estaba convencida de que por eso llevaba más de seis meses en la casa —, así que se acercó corriendo a ver qué le ocurría a Inés.

—¡Mira!, ¡mira esto!... ¡Me estoy muriendo!

Inés tenía las bragas en el suelo y estaba agachada mirándose sus partes íntimas como si estuviera endemoniada. Un hilo de sangre le bajaba por las piernas y ella se esforzaba por limpiárselo con una mano mientras con la otra se arremangaba el camisón.

—¡Clara!, ¡Clara!, por favor, ayúdame... ¡No se para! ¡No para de salir!

Clara abrazó a su hermana, que no dejaba de llorar mientras seguía restregándose. La primera regla le había venido muy intensa. Sus bragas estaban empapadas de sangre espesa y oscura. Su período no era así, ni siquiera tenía fuerza para eso.

—Tranquila, amor, tranquila. No pasa nada. Es normal. Esto es normal. No te preocupes. Ven, métete en la bañera y tranquilízate, de verdad, tienes que creerme, amor, no te ocurre nada.

A duras penas consiguió que Inés le hiciera caso. La dejó un momento intentando quitarse todavía la sangre con las manos y fue a poner al fuego una cazuela con agua. Enseguida volvió, humedeció una toalla limpia en el agua del grifo y empezó a enjuagarla. La piel blanca iba reapareciendo entre sus muslos, al tiempo que se le erizaba el vello.

—¿Recuerdas a mamá? ¿Te acuerdas de cuando tenía esas jaquecas tan espantosas? Pues a ella también le pasaba esto. A todas las mujeres nos pasa, mi vida, a todas. Significa que ya te has hecho mayor, que ya eres una mujer, una mujer preciosa, preciosísima.

Clara le quitó el camisón a su hermana y la envolvió en una toalla enorme y suave. Pero no veía sus diminutas flores bordadas. Las lágrimas se lo impedían. Intentó calmarse, procuró por todos los medios que ella no la viera, pero no creyó que pudiera conseguirlo y tuvo que salir del cuarto. Regresó enseguida con un paño, el agua caliente y los ojos secos, y continuó limpiándola.

—Mira, solo tienes que ponerte esto cada mes, cuando dejes de sentir que los pechos te tiran y empieces a notar dolor en el vientre. Aquí, lo notas tú también, ¿verdad? Pues eso, solo tienes que ponerte esto en las bragas y tendrás que llevar también una faja para que no se te mueva ni se te note. ¿Ves? Como lo estoy haciendo yo. Súbetela un poco más. Así, eso es. Antes de que se impregne del todo, te la quitas, te lavas muy bien y te pones otra. Luego guardas la compresa manchada y me la das a mí para que yo la lave, cuando papá no esté. Esto es muy importante, papá no debe saberlo, no debe ver que ya has comenzado a sangrar.

—¿Estás segura? ¿No voy a morirme?

—Dime que lo has entendido, dime que te ha quedado claro que papá no debe saberlo. Es cosa de mujeres. Él no lo entiende bien y es mejor que no lo sepa.

—Sí, lo entiendo, lo entiendo. No se lo diré y no me verá, te lo juro. Además me da tanto asco que prefiero que no me vea. Pero ¿de verdad estás segura? ¿Estás segura de que no me voy a morir?

Clara acompañó a su hermana a su habitación y la ayudó a que terminara de vestirse. Luego escondió lo que no le daría tiempo a lavar. Tenía que quedar todo en orden antes de que regresara su padre. Que no quedara ni un indicio.

—Inés, si mamá estuviera aquí, ella te lo explicaría mejor. A mí me explicó lo que iba a pasarme antes de que sucediera y por eso no me asusté. Yo tenía que habértelo contado también pero a ti te ha pasado mucho antes y creí que tenía más tiempo. ¡Dios Santo, si ni siquiera tienes diez años! Esto no debería haber pasado todavía... No debería haber pasado.

—¿No? ¿Y por qué? ¿Por qué no debería haber pasado todavía? ¿He hecho algo malo?

La niña miraba a su hermana a punto de romper a llorar. Clara la abrazó y se estremeció al percibir el temblor de su cuerpo tan delgado.

—No, no, mi amor, no te asustes, tú no has hecho nada. No has hecho nada. Solo que es demasiado pronto y duele un poco, ¿sabes? Solo es eso.

Las campanadas de la torre de la iglesia de Saint Exupéry dieron las cuatro. Clara creyó regresar de un viaje al infierno. Estaba helada, tenía las

manos y la cara aún más pálidas de lo acostumbrado, el corazón le latía como si estuviera subiendo a una cima muy alta y el aire le faltaba igual. Comenzó a llorar, las lágrimas empezaron a brotar despacio, a deslizarse por su piel dúctil que había aprendido a camuflar su sudor y también su silencio, a no verter ni una sola sustancia que pudiera delatar amor o miedo o cansancio o dolor. Comenzó a llorar, por primera vez después de años, desde aquella noche en la que se le habían secado las lágrimas, cuando sintió que su padre se acercaba en silencio a la habitación de Inés y se quedaba en su puerta, respirando deprisa, sin que ella se atreviera a hacer otra cosa más que esperar, agazapada entre las mantas, para saber si su hermana sería la siguiente o si él terminaría desandando sus pasos para acabar en su propio cuarto o en la cama de ella, como otras tantas veces. Y mientras escuchaba sumida en la oscuridad al fondo del pasillo, temblando de rabia y de angustia al imaginar sus manos sobre Inés como las ponía sobre ella, incluso rogaba a Dios que fuera así, que de verdad sintiera lo que él a veces le decía, que jamás amaría a otra como a ella y que, si pudieran, se casarían.

Y al recordar esas palabras era cuando más le dolía, cuando se ahogaba al pensar en lo que él le hacía y se maldecía por saber leer, porque, a lo mejor, si su madre no le hubiera enseñado a leer libros y a disfrutar haciéndolo, si ella hubiera sido una analfabeta como muchas de las niñas que a veces venían a ayudar a sus madres que les servían, a lo mejor, entonces, ella no habría sabido nunca que lo que él le hacía estaba mal, que eso no podría pasar nunca, que jamás se podría casar con su padre y que cuando él le ordenaba que no le contara nunca a nadie su secreto no era porque la quería como decía, sino por miedo a que otros lo descubrieran. Y Clara se alegró de llorar, se alegró de volver a llorar, de recuperar su llanto perdido por amor y desesperación, de recuperar algo de sí misma que le habían quitado cuando tan solo era una cría y aún no sabía que se podía perder el llanto.

Elisa estaba sudando, había comenzado a llover y en eso no había pensado. Desde su asiento en el tranvía miraba la calle y necesitaba gritarle al conductor que fuera más rápido; la lluvia estaba empezando a arreciar y, si seguía así, llegaría hecha una sopa y con sus cuadros envueltos en un arruinado papel de periódico empapado. No dejaba de mover el pie hacia arriba y hacia

abajo y con el mismo vaivén casi frenético se movía su asiento y hasta su boina. Pero no le importaba, solo necesitaba llegar ya a su parada y no podía pensar más que en eso.

En cuanto el tranvía de color siena tostado detuvo la marcha delante del edificio de la calle Pyramides, se bajó e intentó proteger los lienzos con sus brazos, luego echó a correr y avanzó los cien metros que la separaban del soportal sostenido por egregias columnas de piedra y arcos de medio punto en el que se encontraba la galería de *mademoiselle* Lambert. En medio de cada arco colgaba una gran lámpara de herrería. Al mirarlas, a Elisa le vino a la mente la imagen de un botafumeiro. Al menos el edificio era igual de regio que la catedral de Santiago. Y estaba segura de que a su madre le habría gustado verlo. Por encima de los arcos, voladuras de pechos de paloma sostenían una balconada rematada en barrotes rectos y rombos en el centro a la que miraban los incontables ventanales del edificio. Y al final de la calle, en la avenida del Général Lemonnier, la estatua de la dorada Juana de Arco refulgía. Si hubiera dejado de hacerlo, París habría llorado.

Había tenido la prudencia de cambiar por unos botines los zapatos de tacón y se alegró porque, aún así, se escurrió un par de veces al pisar el suelo de adoquines de piedra, muy encharcado ya. Cuando entró en el portal, tenía la boina y los hombros empapados y las manos entumecidas del intensísimo frío. Las mejillas se le habían enrojecido y su pelo parecía querer asemejarse a un nido de estorninos. Dejó apoyado en la pared el bulto, no tan maltrecho como ella misma ante el furor de la tormenta, y se miró en el espejo de marco de pan de plata tan extrañamente churrigueresco que recorría la pared derecha del vestíbulo. ¡Qué espanto! No podía tener peor suerte. Reflejada en el espejo veía a una mujer con apariencia de esquizofrénica de las que retrataban los cuadros expresionistas que tanto revuelo causaban entre sus compañeros. Además, los pantalones se le habían empapado hasta muy por encima del tobillo. Maldita moda parisina. Si hubiera llevado falda, seguro que eso no le habría pasado. Se los subió hasta las rodillas para no manchárselos mientras intentaba quitarse el barro de los zapatos y, al levantarse para comprobar de nuevo en el espejo cruel si ya estaba presentable, volvió a horrorizarse. Intentó colocarse el pelo y se pellizcó varias veces en los mofletes para hacer que regresara a ellos, al menos en parte, su color habitual, sonrosado y mucho

más sano, maldiciéndose por no llevar en el bolso esos cachivaches plateados con colorete y carmín, pero no le dio tiempo a averiguar si lo había conseguido, porque de repente Danielle entró en el portal. Siempre se podía tener peor suerte. Siempre.

—Vaya, veo que has tenido algún contratiempo.

Elisa se agachó a toda prisa para intentar bajarse las perneras del pantalón, pero una se le resistía. Las medias de nylon impedían que resbalara como hubiera debido. Con la tela a medio camino entre la rodilla y el tobillo, se acercó a Danielle y le estrechó la mano.

—Me alegro de verla. Aunque podía haber sido en mejor momento, eso es cierto.

—Desde que te conozco, no has parado de hacerme sonreír. Y eso es bueno. La risa es lo más importante de la vida. No se puede vivir sin reír, ¿no lo sabías? Si una persona está seria durante un año, se muere irremisiblemente.

—¿De veras?

—No, no sé si es verdad, me lo he inventado. Pero necesitaba verte sonreír a ti también. Vamos, cambia esa cara y no te preocupes. No pasa nada. A todos nos ha pillado alguna vez una tormenta con unos cuadros preciosísimos bajo el brazo cuando íbamos a enseñárselos a alguien importantísimo. Es muy habitual. Y, por favor, tutéame, que vas a ser mi cliente.

Ahora Elisa sí sonreía. Se agachó para terminar de colocarse el pantalón de una vez. Danielle no solo era atractiva. Su traje chaqueta magistralmente planchado le caía sobre sus hombros, anchos y demasiado torneados para una mujer, con una elegancia casi masculina que se difuminaba en cuanto se miraba un poco más arriba, entre las hebras de su pelo dorado. Elisa no había conocido nunca antes a ninguna mujer como las de las películas. Su madre era preciosa, siempre se lo había parecido, pero su hermosura pedía perdón. Danielle, sin embargo, tenía un atractivo impetuoso y valiente, dictado más por su arrogancia que por la verdadera belleza de sus rasgos. Ella no necesitaba el permiso de nadie para estar ahí ni para considerarse seductora.

—Venga, vamos adentro y te secas, que te vas a quedar helada. Déjame que te ayude con los cuadros. Hay que subir un piso, mi casa está encima de la

galería.

Elisa la siguió de cerca. Mientras abría la puerta, se fijó en el inmueble. Casi todo su interior era de mármol, los peldaños por los que habían subido, los suelos, hasta la pared estaba recubierta de ese material brillante y eterno que había visto por primera vez cuando los padres de Diego terminaron su nueva casa. Pero este era de color azul, un azul suave y limpio cuyas aguas parecían perderse entre los cortes.

—Es bonita, ¿verdad? Esa piedra tiene la culpa de que mi galería esté en este carísimo edificio y también mi casa. Me enamoré de ella, no había visto nunca un mármol como este, lo traen de Italia, de la zona del sur, el palisandro *bluette*, como dicen ellos. Luego resulta muy resbaladizo pero es la piedra más hermosa que he visto nunca. Pasa, estás en tu casa.

Elisa se quedó parada en la puerta. Apenas podía disimular su sorpresa. Incluso alguien acostumbrada como ella a la belleza de los colores estaba obligada a sentirse en otro mundo allí. El apartamento de Danielle era enorme, pero no había paredes que dividieran las estancias, tan solo las que limitaban los baños, el colosal vestidor y una habitación de invitados, que no tenían por qué tener su mismo sentido de la intimidad, así que desde la entrada se podía ver una gran sala que en otra vivienda más convencional habría servido como cocina y comedor y que podía reconocerse por el fogón modernísimo de acero y la gran mesa de estilo provenzal que servía de razón de ser a las ocho sillas de roble patinado; enfrente, un espacio que ejercía de salón, con un amplísimo sofá en tonos violetas en el que podrían haber cabido holgadamente diez personas, varias mesas y una copia del tamaño de una persona de la estatua de la Victoria alada de Samotracia expuesta en el Louvre, que a Elisa le impidió seguir mirando hacia ninguna otra parte.

Danielle podría haberse ahorrado el alquiler de la galería, porque la inmensa pared era un espacio continuado de más de setenta metros de perímetro que abarcaba todo el piso, tan solo interrumpido por varios ventanales que recorrían el muro exterior con cristaleras que abarcaban del techo al suelo. En él, colgados bajo sus respectivas lamparitas alargadas de latón que salían directamente del tabique, había telas de todos los estilos, tamaños y formatos; bodegones y marinas, retratos, desnudos y paisajes; cada uno colocado presidiendo la zona en la que sus formas y sus detalles adquirían

mayor sentido: los bodegones cerca de la mesa; los paisajes, a los lados de los extraordinarios miradores; los retratos, junto a la biblioteca interminable de madera decapada repleta de libros; los desnudos, encuadrando la cama y su infinita colcha de raso rojo entre dos bellísimas mujeres de pelo encarnado y silueta inacabada, que se miraban la una a la otra con infinita dulzura y atrevida sensualidad.

—No te quedes ahí, pasa y siéntate, por favor. Voy a cambiarme. Si te apetece algo, pídeselo a la sirvienta.

Elisa solo se creyó capaz de llegar hasta la *chaise longue* y se dejó atrapar por el tacto del terciopelo lila. ¿Qué hacía ella allí? ¿Qué podía ofrecerle a esa mujer extraordinaria que no solo vivía del arte sino también inmersa en él? Sintió una necesidad imperiosa de levantarse e irse corriendo de esa casa fabulosa que cobijaba a una mujer más fabulosa aún, pero se acordó de su madre y de sus estrellas y se quedó sentada. Se fijó mejor en los cuadros. Tuvo que levantarse para confirmar su impresión. Entre las pinturas que había colgadas podía reconocer varias de algunos artistas geniales, unos consagrados y otros casi recién llegados: *Café nocturno* y *Noche estrellada sobre el Ródano*, ambas de Van Gogh; *Claveles y clemátides* en un jarro de cristal y *Puente sobre el Sena*, de Manet; *Primavera*, de Korovin; *La gare Saint-Lazare*, de Monet; *El Boulevard Montmartre de noche*, de Pissarro; pero había muchos otros, a cual más bello. Cuando Danielle volvió al salón vestida con unos pantalones anchos de seda azul y una camisola blanca, Elisa ya se había vuelto a sentar en el sillón. Tragó saliva.

—Es la casa más bonita que he visto nunca. Me gusta mucho tu sentido de la estética. Los cuadros son fabulosos. Debe de ser muy interesante conocer a todos esos artistas y poder ver cómo crecen a tu lado —Elisa se puso de pie y se colocó delante de uno de los lienzos, pero enseguida volvió a sentarse. Entrelazó las manos como forma más rápida de impedir que los dedos siguieran temblándole y siguió mirando el cuadro—. Me encantaría conocer personalmente a Du Jardie. Este pintor es un genio, o a mí me lo parece, creo que tiene un gran futuro.

—Debe de ser más interesante aún ser uno de esos genios, ¿no crees, querida? Y la humildad es una virtud que pocos grandes artistas poseen. Estoy convencida, es cierto que conozco a muchos. Y por desgracia te aseguro que

no es indispensable para ser un genio. Lo que sí es indispensable es algo que pensé que tú tenías: seguridad en ti misma. Para ser un genio, hay que creerse un genio. No me hagas dudar de si me habré equivocado contigo.

Elisa se levantó de la cómoda chaise longue que le había dejado de resultar tan suave y se fue hacia una de las cristaleras. Miró a la plaza. París la seducía, allí podría llegar a ser lo que quisiera. Incluso Juana de Arco tallada en oro alzando al cielo una bandera. Se había hecho de noche y se veían las luces encendidas en la rotonda de Pyramides y, al otro lado de la calle de Rivoli, la Terrasse des Feuillants con la interminable hilera de árboles a su espalda y el palaciego jardín de las Tullerías de fondo. Tal vez, ahora mismo, alguien podría estar atravesando alguno de sus oscuros paseos sintiendo la misma inseguridad que a ella, a veces, volvía a ahogarle. Las mujeres somos pintoras, pintoras de cielos y estrellas. Se giró y miró a los ojos a Danielle.

—He venido a enseñarte una pequeña muestra de mi obra. Pero tengo muchos cuadros más.

Se dirigió enseguida hacia el bulto que había dejado apoyado contra la mesa. Dudó de cuál sacar primero y finalmente le enseñó el bodegón. Las rosas «a la primera» de Diego. Pero Danielle no le prestó mucha atención. Había visto por encima la reproducción de Clara y enseguida la sacó del paquete. Bajó uno de sus cuadros de la pared y le quitó las dos hembrillas a las que estaba sujeto el hilo de alambre con el que se enganchaba en la alcayata fijada al muro. Las insertó en la parte trasera del cuadro de Elisa y lo colgó en su lugar. Se alejó un poco, luego mucho más, hasta llegar a situarse a unos cinco metros de la pintura. Elisa creyó ver en sus ojos un brillo nervioso. Fue tenue, solo un chispazo fugaz antes de que los entornara como si les estuviera dando el sol. Danielle volvió a colocarse a unos centímetros del cuadro y comenzó a farfullar.

—No puede ser, es imposible.

Se acercó a la biblioteca y rebuscó hasta encontrar un gran libro con ilustraciones. Pasó las páginas hacia delante y hacia atrás varias veces y por diversos sitios hasta que se detuvo. La pintura de la *Virgen con el niño* se mostraba en una página a gran tamaño. Qué maravillosos eran los libros alemanes con esas fotografías a todo color. Danielle no paraba de mirar el cuadro y la imagen sucesivamente. Hasta que se detuvo y se acercó a Elisa.

Bajó mucho la voz, hasta que casi se convirtió en un murmullo.

—¿Este cuadro es tuyo? ¿Lo has copiado tú?

—Sí, es el cuadro favorito de mi madre. Lo pinté para ella y se lo regalé en su cumpleaños.

—¿Y cómo fuiste capaz de copiar el cuadro de ese modo sin tener al lado el original? Parece exactamente el mismo cuadro. Tendría que hacer pruebas para verificarlo pero, a primera vista, es exactamente igual. Tengo mucha experiencia examinando cuadros. Las falsificaciones malas son muy fáciles de detectar, pero estos son iguales. Clavados, diría yo. Tu copia es muy buena. Tuve ese cuadro de Murillo en mi poder durante un tiempo, al examinar un préstamo que hizo el Museo del Prado al Louvre hace unos meses para una exposición de pintores naturalistas, y no podría decir cuál es el verdadero. ¿Cómo has conseguido copiarlo tan bien sin tenerlo delante?

—Pasé una temporada con mis padres en Madrid hace unos años y el cuadro estaba expuesto allí, en el Museo del Prado. Lo visité con ellos y a mi madre le encantó esa pintura. No la había visto nunca más que en algún libro. Estaba emocionada. Yo simplemente hice un estudio en la sala donde estaba expuesto el original y luego pintaba en casa con las notas que tomé y también de memoria. Cuando algo no me cuadraba o no lo recordaba bien, volvía al museo con el lienzo o volvía a repasar las notas de lo que me interesaba. Pero se me da muy bien dibujar así, soy muy exacta en los detalles. Desde niña. Puedo dibujar con bastante precisión incluso de memoria. Por eso los retratos son mi especialidad, aunque no pinto demasiados, me gustan más otros motivos.

—¿Y eres capaz de copiar todos los estilos? Quiero decir, ¿tienes predilección por algún estilo pictórico en particular o no has hecho suficientes pruebas para saberlo?

—Prefiero crear mis propias pinturas y perfeccionar mi estilo. Para eso estoy en la Escuela. Pero todos los cuadros que mi madre tiene en su casa y en las de algunos de sus amigos son copias mías. Solo han sido algunos regalos, para personas muy cercanas. En total debo de haber copiado unos treinta cuadros como este. Empecé a pintar desde muy pequeña, mi madre me compró el primer lienzo cuando solo tenía cuatro años y ya entonces empecé copiando los cuadros que tenía a mi alcance. Y, no, no prefiero ningún estilo concreto,

se trata simplemente de ser capaz de hacer un dibujo preciso, medir bien las proporciones, encajarlo todo y saber cómo se crea cada color antes para empezar a aplicar los matices exactos. Lo más difícil siempre son las sombras y las luces. Ahí es donde se ve bien si una copia llega a la altura del original. Cada pintor tiene una técnica para crear los colores en sombra y, para mí, lo más complicado es conseguir esa mezcla exacta. Pero lo que es más difícil en realidad, lo que yo no he hecho nunca cuando he copiado algún cuadro, no es conseguir una imagen, sino reproducir la apariencia que ha dado el paso del tiempo. Las grietas que ha causado en el barniz o las diferencias en el color que provocan la luz o la temperatura. Esos procedimientos ya se conocen, todo pintor que conozca la técnica sabe cómo puede conseguirlo y hay varios que son unos falsificadores excepcionales, algunos incluso trabajan aquí, en Francia. Pero yo no he estudiado esas técnicas en profundidad porque no me han interesado.

—Me gustaría hacer una prueba, si no te importa. Voy a encargarte tu primer trabajo. Llévate este cuadro, es un original de un pintor español que se está poniendo muy de moda, se llama Antonio Valenzuela. Yo le represento. Tuvo la suerte de que Picasso le elogiara en una de sus exposiciones y la cotización de sus pinturas ha subido increíblemente de un día para otro. Tengo un comprador para este cuadro en concreto, pero no quiere pagar por ese autor lo que cuestan ahora sus originales. Le gusta su estilo pero, según él, aún no tiene solera, por mucho que al cubista le guste. Sin embargo, si le ofrezco una copia exacta, que nadie más que él, tú y yo sepamos que es falsa, pagará muy bien por ella; estoy segura, le conozco desde hace años. Es un guapísimo escocés muy agradable, a quien sin embargo no podrás conocer. Le gustará disfrutar del cuadro sin haber tenido que desembolsar lo que él no cree que vale aún. Y no sé por qué te he contado tantas cosas. Quizás porque me caes demasiado bien. Me recuerdas a mí con cinco años menos, puede que algunos menos incluso. Aunque te falta levantar la mirada y hacer brillar esos impresionantes ojos. Pero ten claro que esto solo es una prueba. No lo olvides. Te pagaré igualmente por tu trabajo, pero te daré el triple si tu copia supera las pruebas habituales para detectar si es una falsificación. Me gusta hacer este tipo de favores cuando me los piden, nunca se sabe quién terminará siendo qué y son pequeños detalles que te abren puertas. Cuantas más abras,

mejor para ti.

—¿Y por qué iba a querer crear copias cuando lo que deseo es pintar mis propios cuadros?

—Nadie ha dicho que no vaya a vender tus cuadros. Esto solo es el principio. Una puerta para ti también, Elisa. Puedes dar por supuesto que, si de verdad eres capaz de copiar un cuadro como este, moderno, sin tener que aplicar técnicas de envejecimiento, y de vez en cuando me haces el gran favor de aceptar un encargo así, habrás tenido razón: haremos grandes cosas juntas. Y no te preocupes, serán muy pocos. Por fortuna, mis clientes pagan lo que les pido por los cuadros y prefieren los originales. Esto solo será una prueba. Me parece muy interesante y muy valiosa esa habilidad que tienes, me gustaría explorar sus posibilidades. Y, Elisa..., solo una cosa más. Tu firma. Una pintora famosa no puede tener una firma tan irreconocible.

Elisa dejó ya uno de los bodegones en la galería y se llevó los otros y el que Danielle le había dado para que lo copiara. Iba como volando por las calles de París, sin reparar en la esquina que doblaba o en el edificio que dejaba atrás. Sentía como si ella estuviera parada y todo lo demás se moviera a sus pies, aunque en realidad andaba muy despacio camino del apartamento de Diego. No sabía muy bien qué iba a contarle, ni si lo que ella le había ofrecido era legal o no. El comprador del cuadro conocería su procedencia y el engaño no sería para él, sino para todos los demás, para quienes lo vieran colgado. Pero no le había preguntado si el autor del lienzo, el creador de la obra, estaría al tanto de que había un duplicado firmado por él. Si no fuera así, eso, sin duda, sería ilegal y hasta inmoral. A ella no le gustaría que hicieran eso con sus cuadros, aunque aún no había vendido ninguno y le resultaba difícil llegar a imaginar qué sentiría. Tan solo con intentarlo, el estómago se le hacía un revoltijo de nervios que le llegaba a doler. Bien pensando, quizás se sentiría orgullosa si supiera que alguien que no podía pagar por su cuadro verdadero al menos disfrutaría de él con una imitación más barata. Y este no era el caso pero ¿se trataba de que su obra fuera arte y estuviera al alcance de todos o era imprescindible cobrar por ello si con una parte de ella ya podías subsistir y hasta vivir muy bien?

A punto estuvo de darse de bruces contra el carrito del que tiraba una señora vestida con un mono azul cobalto, que le quedaba algo grande. Tenía el

pelo grasiento, estiradísimo hacia atrás hasta morir en un moño raquítico, y la cara y las manos surcadas por cientos de arrugas y venillas violetas. Elisa se quedó inmóvil delante del carro mientras la mujer la miraba con insolencia antes de comprobar que todas las lechugas seguían en su sitio. En España probablemente la habría caído algún improperio, así que agradeció la idiosincrasia francesa mientras pedía disculpas en un susurro con acento español.

Reanudó la accidentada marcha y se propuso poner más atención en el camino pero no podía evitar seguir pensando en la propuesta de Danielle. Ni siquiera se percató de que había empezado a nevar. Los copos leves como caricias de despechados iban posándose sobre los adoquines que cubrían la mayor parte de las calzadas del centro. Llegó al portal sin darse cuenta y subió las escaleras de dos en dos, como hacía casi siempre. En el rellano del piso de Diego, la pintura verde mar estaba desconchada por multitud de sitios y numerosas huellas de dedos, de tamaños y colores variopintos, la escalaban casi desde el suelo. Llamó antes de meter la llave; siempre lo hacía, aunque nunca había pensado por qué.

—Menos mal, ya has llegado, estaba empezando a preocuparme. Me dijiste que volverías sobre las seis y son casi las ocho.

Diego estaba sentado ante la mesa de su escritorio. La madera de roble brillaba bajo la luz del flexo. Cuando no estaba con ella, en la Universidad o trabajando, aprovechaba para estudiar. Hacía semanas que no veía a Martín, a pesar de que él le llamaba cada dos o tres días. Tras los cristales, los tejados en rojo y negro se iban cubriendo de una manta blanca y porosa y, por momentos, la humedad iba condensándose dentro, en una película de vaho en la que sus formas se iban disolviendo. Pero no hacía frío o Elisa seguía sin sentirlo, sin sentir casi nada.

—Perdóname, no he podido evitarlo. Tengo algo que decirte, algo maravilloso.

Diego se acercó a ella y le desabrochó el abrigo, lo dejó tirado en el suelo y se arrodilló a sus pies. Comenzó a sacarle la camisa que llevaba por dentro del pantalón y le desabrochó uno de sus botones. Elisa le sujetó las manos.

—Espera, quiero contártelo. Tengo que contarte lo que ha pasado.

Diego subió los ojos y le besó el ombligo.

—La vida aquí abajo sería maravillosa, veo tus pechos, tengo tu vientre a la altura que deseo, puedo acariciarte los muslos y el culo, tu culo delicioso. ¿De verdad no puedes esperar?

—No, no puedo. Necesito contárselo a alguien y solo estás tú. Pero también puedo irme a casa. Mi madre me escuchará. No tiene tus inclinaciones por los bajos —Diego se levantó y le pasó la mano por los párpados. Ella le besó, un segundo, mientras se quitaba el pantalón y lo tiraba sobre la silla. Luego se recostó en la cama—. Ven, siéntate conmigo, terminaré rápidamente, ya verás.

Diego la imitó y ambos se taparon con las mantas, pero enseguida se dio cuenta de que habría preferido posponer la charla. Cuando Elisa terminó de describirle los detalles, estaba demasiado nervioso hasta para pensar en los malditos bajos. Había recostado la almohada en vertical sobre el cabecero y se había sentado con la espalda apoyada en ella. Elisa hizo lo mismo. Ambos sujetaban las mantas por debajo de sus brazos en cruz.

—No lo entiendo, ¿y no ha podido simplemente exponer tus cuadros y llevarse su comisión y ya está? ¿No ha podido ofrecerte solo eso?

—En realidad, me ha dicho que venderá mis cuadros si accedo a pintar algún encargo especial de vez en cuando, siempre que sean lo suficientemente buenos. Estaba demasiado perpleja y demasiado nerviosa para pensar con frialdad, pero creo que eso me lo ha dejado muy claro.

—Pues no me gusta. No sé si merece la pena empezar así tu propia carrera, falsificando los cuadros de otro.

—Creo que tienes razón, pero ¿qué puedo hacer si no? No volveré a tener una oportunidad como esta. Y ella me cae muy bien. Tendrías que conocerla, es una mujer fascinante.

—Es una falsificadora, Elisa, te está proponiendo un delito. Te está obligando a cometer un delito. Tendrías que imitar la firma de otro en un cuadro que no es original. Eso es ilegal, vamos, ilegalísimo. Menuda marchante te has buscado, que encarga una copia de un cuadro de uno de sus clientes. ¿Cómo sabes que no lo haría con tus propios cuadros si se diera el caso? ¿Y cómo sabes que puedes fiarte de ella?

—Lo que no sé es cómo se ha fiado ella de mí. Yo no tengo nada, así que tengo mucho menos que perder. Pero ella... tenías que haber visto su casa.

Nuestras casas de Villaviciosa parecen de juguete a su lado. Hasta la de tus padres. Son más grandes y muy bonitas también, pero la suya es sofisticada, exquisita, diferente. Quizás solo sea eso, que es diferente. Pero se ve que es rica, muy rica. Y tiene poder. Vive enfrente de una estatua de oro. No creo que me convenga decirle que no. Y tal vez no sea más que algún cuadro de vez en cuando. Ella no se dedica a eso, representa a artistas famosos, algunos muy famosos. No he pasado a la galería, pero en su piso había cuadros de Monet, Van Gogh, Pissarro, Manet y otros muchos. Casi me caigo muerta. Y es una marchante con clientes importantísimos. Cuando vino a la Universidad estuve informándome, tiene compradores que son personajes destacados de la aristocracia europea, el vizconde Charles de Noailles, la duquesa de Brandemburgo Lady Marian Boalliard; y millonarios, el coleccionista suizo Oskar Reinhardt, la esposa del magnate ferroviario Averell Harriman, el dueño del Ballet Ruso, Sergei Kalendoski; incluso vende al Museo de Arte moderno de Nueva York. No puedo creer que vaya a representarme, Diego, es lo más fabuloso que va a pasarme en la vida.

—Y, teniendo esos clientes tan fabulosos, yo no puedo creer que ella necesite venderles cuadros falsificados. ¿Son tan ricos y no pueden pagar originales?

—También tiene otros clientes más modestos. Me ha parecido una persona muy inteligente, Diego, si lo quiere hacer, será porque le produce beneficios, puede que no todos económicos. Esta podría ser la oportunidad que estaba esperando.

—O sea, que has decidido hacerlo. Pues no tenías que habérmelo contado, Elisa, no sé si estoy de acuerdo.

Ella se metió bajo las mantas y terminó de desabrocharle la camisa. Comenzó a besarle los pechos. Sabía ya que, al pasarle la lengua haciendo círculos alrededor de los pezones, le haría cosquillas y enseguida cambiarían de lugar. Así ocurrió y Diego olvidó su enfado y siguió por donde ella había empezado, lamiéndole esos dos botoncitos oscuros hasta que se irguieron como a él le gustaba verlos. Elisa sujetó entonces la sábana y la estiró lo que pudo, agarrándola con las dos manos y manteniéndola tensa con los dos brazos levantados por encima de sus cabezas y de sus cuerpos. Desde allí, le observaba, le veía jugar sobre su piel y le sintió cada vez como si siempre

fuera una vez nueva. Al final tuvo que abrir las manos y la sábana fue a parar a sus pies, cuando ambos cayeron exhaustos mirando hacia el techo y sus dedos se entrelazaron.

Diego se levantó al cabo de un rato. Elisa se había quedado dormida. Él se la quedó mirando. Su cuerpo era lo más perfecto que había visto nunca. Con cuidado, le pasó los dedos suavemente por los párpados, la tapó y se fue a la cocina. Al rato, volvió con una bandeja con dos vasos de leche y pan caliente, patés y todos los tipos de quesos que encontró en la despensa y esperó a que ella se despertara. Tardó muy poco, el olor a *gruyère* y a mermelada de frambuesa se deslizó entre las sábanas y llegó enseguida a su nariz. Picotearon sobre el colchón.

—Me encanta ese cuadro. Es uno de los mejores que has pintado. ¿Te falta mucho para terminarlo?

—Ya está casi acabado, solo me quedan algunos detalles. Aún tengo que retocar un poco la guitarra y quiero difuminar algo más el rostro, que no se vea tanto.

—Pues no sé por qué, a mí ese rostro me parece el más hermoso de todos tus cuadros, está perfecto. ¿Cómo eres capaz de dibujar de memoria? Has pintado sus facciones sin compararlas ni una vez con el original y son exactas. Hasta la expresión de los ojos. Es sorprendente. —Elisa le besó. Le gustaba tomar cada labio entre los suyos y mantenerlo ahí unos instantes, mientras lo lamía despacio. Pero él se apartó al primer intento y se separó de ella—. ¿Por qué no te vienes ya a vivir conmigo? ¿Cuándo vas a decirle a tu madre que quieres irte? Nos casaremos en cuanto tú quieras; puedes decírselo para que se quede tranquila. Si fuera por mí, me casaría contigo esta misma noche. Mis padres me seguirán pasando mi asignación mientras siga estudiando la carrera, no importa que ya haya empezado a trabajar en el estudio. Y tú podrías seguir también en la Escuela de todas formas. Martín se enfadó mucho cuando me fui de su apartamento y me mudé solo a este piso, pero me dio igual porque pensé que no tardarías tanto en venirte conmigo. Pero ya hace más de un año.

Mientras él hablaba, Elisa rebuscó sus bragas entre las sábanas. También se puso la camisa, aunque la dejó desabrochada. Su piel parecía de miel. Cruzó las piernas y se quedó sentada a su lado, mirándole. Los ojos violetas se volvían azul marino cuando la luz era escasa. Se inclinó para volver a

besarle, pero Diego la sujetó por los hombros.

—No puedo soportar que te vayas cada noche. No puedo ni dormir. ¿Por qué te vistes? ¿Ya te vas? ¿Cuánto tiempo más me vas a hacer esperar?

—No exageres, duermes como un lirón.

—Sí, cuando tú estás a mi lado.

Ella le cogió las manos y le dio un beso en cada una.

—No puedo. Aún no puedo decírselo a mi madre. Ella no lo llevaría bien, lo sé, quiero esperar un poco más. Tan solo unos meses. Mientras, puedes decirle a tu prima Anna que se venga contigo.

Elisa salió corriendo de la cama y se metió en el cuarto de baño. Corrió el pestillo. Tras la puerta se oía su risa. Diego se levantó también y le hablaba desde afuera. Se estiró la camiseta para cubrirse al menos hasta las rodillas.

—No bromees con eso. Estoy harto de mi prima y lo sabes. Y, si no, cástate conmigo de una vez y lo comprobarás.

—Sí, sí, harto. Pues no lo pareces cuando le miras las tetas.

—No seas cría, sabes que eso no es verdad. Si tú no estuvieras conmigo, otro gallo cantarían, pero estás, estás metida en mi baño mientras yo digo cosas de las que puede que me arrepienta en cuanto salgas, pero estás.

Él se había apoyado en la puerta y ahora vociferaba. Estaba harto de su prima y también de que Elisa le recordara, en cuanto tenía ocasión, que no paraba de acosarle. Pero se lo había dejado claro desde hacía mucho tiempo. No conseguía entender por qué Anna seguía insistiendo. Él amaba a Elisa. Solo a ella. Y por mucho que tuviera ojos, su corazón y su cuerpo solo serían de ella.

—¿Y qué gallo cantarían?

—Ven y te lo enseño.

Elisa se seguía riendo desde dentro. Diego oyó el ruido del agua cayendo por la cisterna y luego la del lavabo. Ella abrió despacio la puerta y salió. Estaba desnuda.

—A ver, enséñame ese gallo que cantarían.

III

Oviedo, Martes, 16 de Mayo de 2000 (14:05 h)

Necesitaría poder correr a esconderme, de mí mismo y de mis recuerdos, pero ¿cómo podría? ¿Cómo puede uno liberarse de sus propios pensamientos? En una de estas curvas tan cerradas, sí, dejándote caer por las lomas. Y en ese camino de solo ida hacia la zanja del cementerio, ya daría igual volver a ver de verdad la vida pasada porque todo acabaría en segundos. Pero qué ingenuo, si no lo hice antes, ¿por qué iba a poder hacerlo ahora? La vida se ancla a uno como la carne al hueso, hasta que la muerte llega y te lleva sin remedio. Y son pocos los valientes o los cobardes que pueden zafarse de ese tiraje tiránico que empuja a existir y se suicidan, aunque su vida sea ya la de un muerto.

Le he visto, Elisa, le he visto. Creí que no podría hacerlo pero ahí estuve, mirándole a los ojos, sin retroceder ni un paso, sin estrecharle la mano, sin zozobrar ni un momento, en guardia por si se le ocurría hablar más de la cuenta, sin decirle lo que de verdad me hubiera gustado, las mínimas palabras tan solo para pedirle lo que quiero de él. Tendrá que devolvérmelo. No lo necesité antes pero ahora tengo que dejarlo todo rematado, ni un fleco suelto, ni un fleco. ¡Ay!, si se pudiera volver atrás el tiempo. Pero es de necios pensarlo, solo los necios podrían confiar en ello.

He visto en sus ojos tantas cosas que pensé que había olvidado pero no, se quedan varadas también al pecho y a los sentimientos. Como en un pozo muy profundo, esperando, al acecho y, sin necesidad de palas ni de cuerdas, tan solo con una mirada, una frase o un gesto, tan solo eso les basta para salir agarrándose con sus largos dedos a cualquier concavidad de la húmeda pared

que asciende en vertical hacia la conciencia. Y no me ha dolido. No. Solo he sentido un vacío en lo más profundo, que hace tiempo renuncié a rellenar.

Y no he podido evitar volver a verle de crío: cuando jugábamos los tres juntos y hacíamos todas esas travesuras de niños, de lo que éramos; cuando íbamos tan contentos al colegio o asustadísimos de doña Eulalia porque no nos habíamos aprendido la lección, y menuda era doña Eulalia; cuando nos escondíamos en el bosque imposible; cuando... mil cosas, mil. Toda la infancia juntos pasamos. Toda la infancia. Demasiada nostalgia de golpe. También le recordé de jóvenes después, al ir descubriendo la vida, en Villaviciosa, buscándonos en nuestras sensaciones nuevas y nuestros nuevos sentimientos. Y luego en París. Allí, cuántas horas pasé con él, paseando por sus calles, descubriendo sus esquinas, maquinando qué terminaríamos haciendo para ganarnos la vida. Charlábamos cada día para arreglar el mundo, para descomponerlo y volverlo a montar; pero, también, a menudo de cosas insustanciales con las que nos reíamos como dos tontos o discutíamos como si en ello nos fuera la vida. Solos los dos, mientras paseábamos por la orilla del Sena, al llegar a esa ciudad fabulosa y diferente. Al principio, cuando tú y yo aún no vivíamos juntos y los tres nos reuníamos muy temprano cada mañana para ir a las clases en la Universidad. He visto un Martín joven, galán, elegante, distinguido; un hombre perfecto para una mujer imponente, como las que a veces le acompañaban cuando quedábamos los cuatro, ¿recuerdas? Tú y yo, ya a solas, apostábamos a adivinar cuánto le duraría, qué excusa pondría para dejarla también y cuántos días tardaría en traernos a otra para volver a rechazarla de nuevo. Esta es muy tonta, esta es muy lista, esta es basta, esta no me deja respirar, esta tiene las piernas cortas. Elisa, fuimos crueles, porque en el fondo intuíamos cuál era el motivo de que todas le quedaran grandes o demasiado pequeñas, aunque nunca lo dijimos, nunca, ni siquiera cuando tú me recriminabas que Anna me persiguiera hablamos de lo que le ocurría a Martín. Pero ninguna mujer tenía lo que tenía que tener. Y ahora, cuando se me pasa la rabia, que ya se me pasa pronto, solo siento lástima y, después de haberle visto, más aún, porque nosotros nos tuvimos el uno al otro, pero él no tuvo más que lo que se inventó y mucho odio dentro.

Y a ti doy gracias por ello, Elisa, porque me elegiste a mí y por ti supe de verdad lo que era amar. Siempre te di gracias por ello. Siempre. Tenía que

hacerlo. La luz que me guiaba. Mi voz de cristal dulce; así es tu voz, la que aún oigo muy dentro, acunada por un roce de mejillas y unos labios de frambuesa. Voz de cristal dulce, porque el amor que siento aún es más fulgurante que la luz del relámpago en un campo desolado. En medio de esta oscuridad siempre veo tus ojos, ahora cerrados. Los abres y te he besado. La luz. Tu luz. La luz que quería solo para mí. Pero no me dejabas convencerte. No soportaba que siempre te fueras de madrugada, después de haberte tenido. Pero tuve que hacerme a la idea de que yo era el tercero en tu vida, detrás de tu madre y de tus cuadros. Aunque no me importaba, porque cuando alguien demuestra un afecto así por algo, siempre hay que celebrarlo. Significa que, si consigues llegar a su corazón, podrías ser el siguiente. Hay demasiadas personas que no son capaces de amar a nadie. Tú querías tanto a tu madre que te ibas cada noche a tu casa, a la hora que fuera, para que ella te encontrara en tu cama al ir a despertarte y pudieras verla sonreír. Todo lo demás podía esperar, incluido yo.

Además, desde que conociste a Danielle, apenas me hacías caso. Estabas siempre pintando, terminando tus trabajos de la Universidad o preparando los cuadros para mostrarlos en la exposición. A veces sentía celos de esa pasión tan acaparadora que te apartaba de mí pero no me atrevía a decírtelo. Sentía que no tenía el derecho. Una noche, yo quería amarte y tú estabas sentada sobre el taburete, retocando un retrato. El rostro de la mujer se te resistía. Llevabas horas allí y me había cansado de esperarte. Decidí desnudarte. ¿Recuerdas? Seguro que sí; fue la única vez que me gritaste. La única vez. Comencé a besarte en la nuca, te solté el pelo y tus rizos cayeron, pasé despacio mis dedos y mi lengua por tu cuello, como siempre, como había aprendido a amarte, como a ti te gustaba que te amara. Pero tú seguiste pintando. Ni siquiera te giraste. Así que te giré yo e intenté besarte. No me dolió tu bofetada, me dolieron tus palabras. Jamás me habías hablado así y jamás lo volviste a hacer. Me ofendiste tanto que no he querido recordarlo nunca. No sé por qué lo hago ahora. Quizás porque desde hace días, mi memoria ya no es mía. He perdido el control. El control que tenía tan bien amaestrado. Pero lo que revivo ahora es el dolor que me partía la garganta y el pecho con cada trago que di luego, en la calle con Martín, para olvidar tu desprecio. Cuando llegué a casa, estabas llorando. Llorabas como una niña

pequeña, con hipos entrecortados y lágrimas gordas. Y una parte minúscula de tu corazón disuelta en cada una de ellas. Pero yo seguía borracho y solo pude reír. Me reí de mi borrachera que me impedía verte bien; de mi tremendo miedo a perder lo que más quería, lo que más quiero. Elisa, lo que más quiero.

Menos mal que, por suerte, la fecha de tu primera exposición se iba acercando deprisa y ya desde antes de ese día comenzaste a vender. Danielle tenía muchos contactos y podríamos habernos ido a vivir juntos enseguida. Tus cuadros gustaban incluso sin haber sido ni siquiera presentada todavía en esa sociedad parisina exquisita y rutilante, arrastrada sin remedio por ella, que enseguida te adoptó como pupila. Sin embargo, las revueltas en nuestra tierra se extendían y nos afectaban a todos, aunque más que a nadie a nuestros padres. Nosotros sufríamos del egoísmo congénito de la inexperiencia que a veces se aminora un poco con la edad, aunque no siempre. Sobre todo lo sufría yo, y cada día insistía en que te vinieras a vivir conmigo. Pero te seguías resistiendo a dejar a Clara. A pesar de que solías decirme que la veías más equilibrada, no terminabas de creértelo. Su equilibrio podía ser efímero y no querías arriesgarte. Nuestras familias seguían aún allí, en la España perdida que tardaría mucho en encontrarse, y tu madre y la mía habían variado el tema habitual de su conversación. Ya no siempre giraba en torno a ti, porque saber que aquellos a quienes querías podrían estar en peligro al menos hacía que el sol no brillara tanto.

Violeta disminuye la velocidad, es difícil conducir por estas carreteras, hay que poner mucha atención, las curvas son tan cerradas que salirse en ellas es muy fácil y ya hemos quedado en que de eso ni hablar. ¿Cuántas personas habrán perdido la vida en un descuido? Pero qué forma más hermosa de morir, en la tierra que te vio nacer, admirando su paisaje aún no destrozado por el hombre y su osadía o casi, porque cada día hay menos árboles, los ríos fluyen más sucios, sus peces tienen otro sabor. Pero no es el momento, todavía no. Y por fin lo he hecho, me he atrevido. Gracias, Violeta. Has vuelto justo a tiempo.

—Bueno, tengo que parar un momento a echar gasolina, ¿quieres aprovechar para pasar tú también al baño o me esperas aquí, abuelo?

—Yo voy a quedarme, no me gusta usar los baños públicos. No te acerques mucho a la taza. Ya sabes.

—Sí, ya sé, no te preocupes.

Violeta se ríe, piensa que son cosas de viejo. Pero no lo soy tanto como para no saber contar. Y ella ha ido cuatro veces al baño desde que salimos de casa. Elisa, tu nieta está embarazada. ¡Está embarazada! ¡Por eso esa cara redondeada y esos pechos, y esos viajes al baño y ese come come incesante! Estoy seguro, ¡está embarazada! Pero, si fuera así, ¿por qué no me lo habría contado enseguida? Tal vez me equivoque y solo sean realmente cosas de viejo.

—Te he traído una botella de agua. Ya podemos irnos. ¿De verdad no quieres bajar ni a comer algo? Aún estamos a tiempo.

—Pues mira, sí estaba pensando que podíamos comer aquí. Si no, se nos va a hacer muy tarde. ¿Tú tienes hambre? Seguro que sí. No es bueno estar tanto tiempo sin tomar nada de azúcar, puede hacernos daño. Y me vendrá bien estirar las piernas. Venga, aparca bien, vamos a bajar.

Me mira extrañada, no sé interpretarla. No sé si esa mirada significa que sabe que lo sé o que piensa que me he vuelto loco. No está muy desafinada.

—Los chorizos fritos que sirven en los bares de carretera son el manjar más exquisito ¿No crees, pajarito? Será porque sabes que no vas a poder comer caliente hasta después de unas horas y te saben de rechupete. Anda, repite otra vez, que me gusta verte comer.

Sí, ya sé. Qué le voy a hacer. Me convertí en su madre, en su padre, en su abuelo y en su abuela, ¿qué quieres?, todo eso junto no podía ser bueno y poco mimada está para haber sido todo también ella para mí. Déjame que la mime todavía, que la veo sonreír por fin desde hace días, Elisa, déjame.

—Y, oye, Violeta, ¿qué tal está Álvaro? ¿Le falta mucho para volverse para España otra vez? Me extraña mucho que no te llame a menudo. ¿Todo va bien?

—Álvaro está muy bien. Pero la obra es al otro lado del mundo y solo hablo con él por las noches, bien sabes dónde está América y lo que cuestan las llamadas. He traído el portátil y nos conectamos por el *Skype*, a medianoche, cuando podemos coincidir los dos despiertos.

—¿Por el qué?

—Un programa del ordenador. Nos vemos en la pantalla y podemos hablar gratis. Es mucho mejor que el teléfono.

—Pues como lo cuentas, sí lo parece. Ojalá hubiéramos tenido nosotros eso antes. Gran cosa es Internet, parece mentira.

—Cuando quieras, te enseño a utilizarlo.

—Prefiero verte en persona, pajarito, si no te importa.

—Y ¿quién es Martín? No me habéis parecido muy contentos de veros.

—Martín era mi mejor amigo de joven, también conoció a tu abuela. Pero la vida nos separó hace muchísimos años. Solo quería volver a verle antes de morirme.

—Ya estamos. No digas eso. No vas a morirte. Qué manía.

—Todos tenemos que morirnos antes o después. Es ley de vida. Lo que cuenta es haber vivido sin hacer daño a nadie, con honradez y, sobre todo, haber amado mucho.

—Haber amado mucho, ¡qué bonito! ¿Tú has amado mucho?

—Yo sigo amando mucho, Violeta, cada minuto que respiro, sigo amando. Cuando deje de hacerlo, entonces sí que me moriré.

IV

«Que se callen esas coplas..., que se apaguen esos besos...Que se tronchen y se sequen biznagras y limoneros...!!Que el ángel del puente lllore y el río arrastre lamentos y tiren los olivares sus penachos por el suelo...!»

París, 19 de Julio de 1936

La luz se había vuelto esquiva. Elisa apenas distinguía ya el rostro de la joven que estaba intentando retratar pero se resistía a dejarlo. No conseguía ver su expresión y llevaba muchas horas retocando los rasgos. Una pincelada más sobre el párpado; cuatro más abajo, resaltando la comisura de los labios; otras tres para marcarle un poco más la sonrisa, esa sonrisa que, al natural, la convertía en una mujer especial. Qué difícil era trasladar a un cuadro la personalidad, el carácter, la vida del modelo. Eso era lo que más le gustaba de su pasión: la magia de extraerle un poco el alma a la realidad.

Encendió dos luces más y dirigió las bombillas de modo que las sombras se equilibraran y no desvirtuaran la iluminación del lienzo, se levantó y se sirvió un poco de agua. La saboreó y repitió. Diego seguía mirándola. Se había pasado allí toda la tarde. Siempre la miraba si estaba en casa mientras ella trabajaba. Podía sentir sus ojos escrutando su piel y sus pinceladas y le gustaba que lo hiciera. Él también era un poco su pintura, formaba una parte

íntima de lo que ella era.

Volvió a sentarse en el taburete. Sus hombros habían quedado al desnudo y no se había vuelto a colocar otra vez el amplio blusón de pintar desde hacía horas; un pecho le asomaba tímidamente por debajo del escote dado de sí. Diego lo había perseguido con la vista desde que su dueña se había levantado para tomar el vaso y la jarra y el sonrosado pezón se había confabulado contra su paciencia. Se levantó del sillón y se colocó detrás de ella. La besó dulcemente en la nuca, le soltó el pelo. Los mechones le rozaron los hombros y él siguió lamiéndole el cuello, esa piel hermosa y conocida que añoraba en cuanto sus labios la abandonaban. Pero esta vez no se erizó. Elisa permanecía inmóvil con la vista fija en el cuadro. Cogió la paleta y mojó el pincel en el azul ultramar. Lo arrastró por la camisola pintada en el lienzo y lo mezcló con un poco de aguarrás. Debía quitar textura, suavizar el matiz, bajar un poco el tono del color carne del hombro que se entreveía entre el doblez de la tela. Diego le dio la vuelta al taburete y se acercó despacio a su rostro. Intentó besarla. Elisa le abofeteó.

—¿Es que no puedes entender que tengo que terminar este maldito cuadro? ¿Qué tengo que hacer para que me dejes? Dime, ¿qué tengo que hacer? ¿Me tiro al suelo para que te desahogues y así luego me dejarás seguir trabajando? ¿Es eso lo que quieres?

Diego la miró a los ojos. Tan solo quería amarla. Pero ella no le reconoció. Se giró de nuevo hacia el lienzo y volvió a tomar un pincel y a empapararlo en el óleo. Él aferró su chaqueta y salió sin decir nada. Ella no le siguió.

Martín le recibió como siempre, con una sonrisa burlona en la cara que parecía decirle «ya estás aquí, ¿qué te ha hecho ahora?». Pero sus palabras en alto borrraban las no pronunciadas.

—¿Dónde quieres que vayamos hoy?

—¿Qué haces en casa? Creí que no te encontraría.

—Ya ves, no tengo muchas ganas de salir últimamente. Mis mejores amigos están siempre ocupados el uno con el otro y no encuentro otra compañía que los supere, pero eso terminará pronto, ya estoy poniéndole remedio. He conocido a alguien.

—¿Sí? Pues tendrás que presentársela a Elisa enseguida, ya sabes que le gusta hacer de madre con tus novias. Suele hacer de madre muchas veces.

—Ni caso, te importa una mierda si he conocido a alguien o no. ¿Qué coño os ha pasado ahora? ¿Otra vez la exposición?

—Ya no estoy acostumbrado a oír esos tacos. Pero no cambies de tema. ¿Quién es ella?

—No te creas tan listo. No conoces a mi flamante amante. No podrías imaginar quién es; quizás te gustara demasiado. Puede que algún día os presente. Pero no quiero hablar contigo de eso, cada uno a lo suyo en eso. Ya lo sabes. Cuéntame qué te ha pasado con Elisa. Traes una cara que como para disimular que has tenido una buena bronca. ¿Está nerviosa por la exposición?

—No ha sido la exposición... O sí, ya no lo sé. Está extraña, como ida, pero yo ya sabía quién era ella antes de todo esto. Yo ya sabía que ella era su pintura, no puedo quejarme. Aunque antes era..., no sé cómo decirlo..., más manejable.

—Sí puedes quejarte, todos podemos quejarnos de lo que nos toca. Otra cosa es que nos sirva de algo. Pero tú lo quieres así, tienes menos derecho a traer esa cara. Como dices, tú has elegido. Ojalá yo hubiera tenido tu suerte.

—No sé por qué vengo a ti a contarte esto, es injusto. Lo sé.

—No es injusto, es estúpido. Pero ya me he acostumbrado. No dejes de venir nunca, Diego. Solo me queda eso. Y de verdad que me he acostumbrado. Venga, vámonos a conocer más tugurios de esos que te gustan tan poco. Aprovechemos el tiempo que ella nos deja juntos, mi buen amigo, y no nos flagelemos por no poder dejar atrás aquello que tanto nos atrae.

Cuando Diego regresó a su casa horas más tarde, la boca pastosa le parecía de otro y los pies se negaban a caminar en fila india y se posaban donde mejor les parecía. No pudo introducir la llave en la cerradura hasta después de muchos intentos, pero se sintió muy feliz cuando por fin, a la décima vez quizá, encajó en el hueco maldito y la puerta se abrió. Pensó en encender la luz pero tampoco le habría servido demasiado para andar sin tropezarse con las puertas, las paredes o consigo mismo, así que la dejó apagada. La luminosidad que desprendían las farolas de la calle se colaba a través de los ventanales y se burlaba sin pudor de su ranqueante avance por entre los muebles. Las sombras que proyectaba bailaban al compás de su hipo.

Entonces la vio. Ella estaba sentada en el suelo, en un rincón del salón. Tenía la cabeza metida entre las piernas y las manos sobre ella. La luna le dibujaba ondas de plata en su pelo desperdigado. Diego intentó aproximarse sin que le oyera; ya pensaría luego cómo la levantaba de ahí sin que se diera cuenta de lo borracho que estaba. Pero ella enseguida subió el rostro y le miró. Estaba llorando.

—Lo siento, Diego. Lo siento mucho. Perdóname. No sé lo que me pasó. Dime que me perdonas.

Diego no podía hablar, sabía que las palabras se le enredarían en la boca como babosas pegajosas. Comenzó a reír estrepitosamente, apenas podía controlarse. Elisa dejó de llorar y se le quedó mirando. Diego se sentó junto a ella y permaneció allí carcajeándose entre lágrimas mientras su vista pasaba de sus manos a Elisa y de ella a sus manos, en un vaivén estúpido de su cabeza que le mareó. De repente se levantó sin decirle nada y se metió en el cuarto de baño. Las arcadas se oían entremezcladas con las risas histriónicas. Ella esperó perpleja tras la puerta. Él tardó en salir. Cuando lo hizo, había dejado de llorar y sentía su cuerpo helado. Se abrazó a ella mientras apoyaba la cabeza en su pecho y la rodeaba el torso con los brazos y se quedó allí, callado. Al cabo de un rato, la soltó y le besó los párpados, los pómulos, las cejas, la nariz; le besó los senos y las manos, y todas las partes de ella a las que pudo llevar sus labios; cuando se hubo cerciorado de que ninguna se quedaba sin su desagravio, la miró a los ojos y se aseguró de verse en ellos.

—Solo quería hacerte el amor. ¿Es eso tan malo?

—Sí, si lo haces cuando yo no quiero. ¿No lo entiendes? ¿De verdad no lo entiendes, Diego?

La noche pasó deprisa y él durmió las horas que restaban hasta el nuevo día abrazado a ella. Ella, en cambio, no durmió más que al principio, cuando ambos se acostaron agotados y reconciliados ya el uno en el otro. Se despertó mucho antes que él y se quedó a su lado, intentando imaginar cómo sería lo que vendría pocas horas después: su primera exposición. Cuando llegaron los primeros invitados, ya todo estaba exquisitamente preparado. Danielle era minuciosa hasta el detalle más insignificante y ni siquiera Milagros pudo encontrar alguna pega a la organización. Elisa se pasaba la mano por los

brazos intentando templar la piel de gallina. Llevaba los hombros al aire y la estola de terciopelo azul que se había echado por encima no le servía más que para adornar su largo cuello. De cisne, decía su padre, tienes el cuello de cisne más bonito que he visto nunca. Pero su cuello de cisne estaba helado y, por debajo de él, casi todo su cuerpo. Aunque no podía saber bien si el frío se lo producía el tiempo, cicatero en mañanas de sol y prolijo con las tardes de lluvia en estos últimos días, o es que el histerismo podía provocar las mismas sensaciones: escalofríos, dolor en las articulaciones y una angustia escéptica. Y es que llevaba días inquieta, tal vez solo un poco más de lo habitual, pero experimentando un histrionismo tal que incluso ella lo apreciaba. Hacía varias noches que no había podido dormir más que unas horas, imaginando lo que experimentaría cuando tuviera lugar lo que ahora ocurría justo enfrente de sus ojos. Y nadie más que ella, Diego o Martín podrían haber imaginado lo que había sucedido la noche anterior, a juzgar tan solo por su aspecto. Al ver los cuadros colgados en las paredes de color rosa pálido dispuestos según la experimentada intuición de Danielle había decidido en tan solo unos veinte minutos, solo podía sentir un frío intenso que le hacía tiritar.

Clara se acercó y le echó por encima su estola de piel, mucho menos glamurosa que la de su hija pero más cálida. Y luego se acercó a ella, le tomó la mano y se la besó sin que apenas se le viera y enseguida se volvió a alejar para esconderse detrás de su marido. Le había costado un mundo posar para la foto que una amiga de Danielle, fotógrafa habitual de *Le Figaro Illustré*, les había sacado a todos juntos hacía unos minutos, al inaugurar la exposición con un brindis entusiasta y efervescente, y aún paladeaba esa sensación de extrañeza que le provocaba sentirse, aunque fuera durante solo unos segundos y de refilón, protagonista de algo.

—No te preocupes, Elisa, estás espléndida y tus cuadros son fabulosos. Ya verás como tienes mucho éxito.

Diego le había susurrado al oído con disimulo mientras se intentaba anudar un poco mejor la corbata, pero lo conseguía a duras penas.

—Deja que te ayude. No puedo creerme que aún no sepas hacer esto.

Milagros se esmeró en hacerle el nudo como era debido a su hijo y, en cuanto lo vio perfecto, volvió a darse la vuelta y se reincorporó a la conversación que ella misma dirigida. Charlaba animadamente con un grupo

de personas, desconocidas todas pero también encantadoras y con suerte pudientes, que mordisqueaba cada una un canapé diferente intentando camuflar en la boca la comida cuando le llegaba el turno de la charla. Si lo hubieran hecho adrede, seguro que no habrían acertado pero la mezcla de colores que asomaba por encima de los trocitos de baguette en cada uno de sus platos formaba un arcoíris perfecto. Elisa no podía evitar sonreír ante la forma en que Milagros lo acaparaba todo, desde la corbata de su hijo al corro más alegre. Diego le acarició la mano.

—No veo el cuadro que más me gusta, el de la mujer con la guitarra.

—No. No está. Ese cuadro no quiero venderlo.

—¿Por qué? Estoy seguro de que se vendería bien.

—No quiero venderlo. Tiene algo especial. Tiene un destino diferente, muy cerca de ti.

—¿Cerca de nosotros?

—Cerca de mí estará siempre. No tiene más remedio. Pero quiero que lo tengas tú. Es para ti.

Diego la habría besado, no por sus palabras ni por el cuadro, sino porque la amaba, la amaba más que a su vida y eso significaba ahora dejar su beso para luego, porque no quedaría bien dar rienda suelta a su impulso en una sala llena de posibles clientes de la artista besada, que se movían de un cuadro a otro como si todos supieran exactamente cómo y por qué se había dado cada pincelada.

—¿Sabes si va a venir Martín?

—Claro que sí, sabía que la inauguración era hoy. ¿Por qué me preguntas?

—¿No te parece que está un poco raro últimamente?

—Ahora que lo dices, sí está algo extraño, solía esperarme para ir a las clases y también para volver y ya no lo hace tan a menudo. Y tampoco viene a casa aunque sabe que, si estás pintando, no me haces ni caso. Siempre espera a que vaya yo a buscarle a él. Pero, digo yo, y ¿no podría ser que haya encontrado otros amigos menos ensimismados? Eso sería lo normal, ¿no?

—No bromees, ¿de verdad lo ves como siempre? Yo creo que le pasa algo, no sé, me mira de un modo extraño, que no soy capaz de interpretar. Yo no creo que él siga encaprichado de mí, Diego, no lo creo. No puede ser. Es un hombre muy inteligente y ya es hora de que se le haya pasado. Creo que le

ocurre alguna otra cosa. ¿Por qué no hablas con él? Es tu mejor amigo, deberías preguntarle e intentar ayudarlo.

Diego se alegró de oír a Elisa hablar así, de que quisiera dar esa oportunidad a Martín. Significaba que, a pesar de todo, le seguía apreciando mucho.

—No sé. Le conozco muy bien pero no sé cómo se tomaría que le hablara de eso. Él nunca me ha contado quién le gusta o le deja de gustar. Siempre ha sido muy reservado. Extremadamente reservado. Incluso siendo críos, jamás me contó si sentía algo por alguna chica mientras que yo siempre le calentaba la cabeza contigo. No te rías, sí, contigo, deja de reírte ya. Solo contigo. Así de tonto soy. Pero ¿tú crees que este es tema viene a cuento ahora? Venga, disfruta, es tu momento. Ya nos ocuparemos de Martín más adelante.

Elisa se unió también al grupo en el que Milagros seguía llevando la voz cantante y Diego fue a buscar un cenicero en el que dejar un hueso de aceituna inoportuno pero no lo encontró. En la galería no había ninguno, Danielle no soportaba el olor del tabaco, arruinaba el aroma a Chanel n° 5 que tenía todo lo que ella tocaba, y la conservación de las pinturas le proporcionaba la excusa que necesitaba para que nadie osara fumar allí dentro. Por eso enseguida se apreció que alguien entraba en la sala con un cigarrillo encendido. Las volutas de humo salían de unos labios rojos que gritaban bésame bajo unos ojos que se asomaban por encima de una línea trazada minuciosamente con lápiz de *köhl* negro. La mujer se desató el cinturón de la gabardina beige de anchas solapas y se agitó con la mano el pelo mientras con la otra sujetaba un sombrero de fieltro negro. Pero pocos lo vieron, casi todos miraban más abajo.

—Enhorabuena, Elisa, permíteme que te felicite.

—Anna, no esperaba verte por aquí. Muchas gracias, gracias por venir.

—No las merezco, no podía perdérmelo. Vengo en representación de mis padres, que están de viaje. Y además veo que la visita ha merecido la pena. No sé si lo sabrás, pero en esta sala hay personas muy importantes en Francia—Elisa subió los hombros sin darse cuenta y se arrepintió enseguida. Anna se rió. La boca de cereza relucía a juego con el brillo de sus dientes perfectos. Dejó la colilla en una bandeja de plata que había contenido bocaditos de pan blanco con uvas y queso roquefort y se volvió otra vez hacia Elisa—. Ya veo

que no sabes ni dónde estás metida. Si te giras un poco, verás a una señora con un bolso de Louis Vuitton y guantes blancos. Es Anne Riccie, la hija del millonario americano del algodón. Charla con Nicole de Seydoux, la Duquesa de Anjou, y su marido, que pegó el braguetazo y luego se dedicó a la vida alegre. El entendido en arte es él. A su espalda, el señor del bigote recortado y las manos cruzadas en los riñones, el que ríe animadamente, es Piero de Luca, el embajador italiano, y su mujer es la de la estola de color vino. Y, que yo conozca, tienes también a una primera figura del Ballet Ruso y al menos a dos ministros mirando tus cuadros. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has conseguido que nada menos que Danielle Lambert te represente? A mí también me gustan tus pinturas pero yo no entiendo mucho, no podría distinguir si son medianamente buenas o solo mediocres. Pero, si ella las ha puesto aquí, será que pueden venderse, ¿verdad?

—Hola Anna, veo que sigues igual que siempre —Diego besó a su prima como si le desagradara rozarla demasiado, pero se dio cuenta enseguida—. No puedo acercarme mucho, estoy a punto de ponerme enfermo, tendría que irme a que me viera el médico ahora mismo. No consigo acostumbrarme a este frío que se te mete dentro y te hiela hasta las ideas.

—Hay muchos modos de calentarse, Diego, muchos modos.

En ese momento, Danielle se aproximó, tiró a Elisa del brazo y se la llevó a la otra esquina donde la esperaban unos amigos que miraban un cuadro en el que se veía a una anciana con un perro Beagle y querían conocer a la autora. Los corros habían creado todo tipo de formas extravagantes enfrente de los lienzos o, mayoritariamente, cerca de la mesa donde las bandejas de plata de formas voluptuosas estaban repletas de *delicatessen* de los que Milagros y Manuel estaban dando buena cuenta. Diego y Anna constituían el único par aislado entre los asistentes; los demás seguían mirando, comiendo o hablando en grupos que formaban polígonos variados según una predilección íntima e imprevisible.

—Anna, no me digas que has venido solo a esto. Creía que ya te habías olvidado o que al menos ya te había quedado claro.

—¿Qué? ¿Qué tengo que olvidar? ¿Qué tengo que tener claro? ¿Que no vas a dejar a esa pintora tan sofisticada? Pues no, aún no lo tengo demasiado claro. Soy muy joven. Puedo esperar. Algún día lo vuestro terminará y yo

seguiré siendo como soy y te seguiré esperando.

—No puedo creerlo. De veras. Cualquiera de los hombres de esta sala vale más que yo. Y cualquiera de ellos estaría dispuesto a seguirte en cuanto te acercaras a él. ¿Por qué me persigues? Anna, yo no voy a dejar a Elisa nunca. Acéptalo de una vez, nunca. Y si ella me dejara, tampoco me atrevería a estar contigo. Eres una mujer bellísima, demasiado bella para mí. ¿Es que no lo entiendes? Yo soy un hombre muy sencillo, créeme, te aburrirías mucho conmigo.

—No me subestimes, Diego. No soy tonta. Y no creas que me gusta que me rechacen. Pero las cosas algún día podrían cambiar de un modo que ni tú ni yo podemos imaginar siquiera y puede ser que te arrepientas.

Un tremendo aplauso interrumpió la conversación, Milagros se había sentado junto al piano y todos hicieron un corro a su alrededor. La música envolvió los colores unos minutos, mientras ella interpretaba las Cuatro Estaciones. Los presentes le agradecieron su actuación con otro aplauso, que finalizó con un viva de Jaime, quien no pudo por menos que evocar otros lugares. Un hombre tan elegante que parecía francés se acercó a la pianista. Su nariz prominente recelaba de sus pequeños pómulos, pero sus ojos tiernos compensaban la desproporción. La miraba sin dejar de sonreír.

—Milagros, veo que sigues igual que siempre, marcando el ritmo por cada lugar que pisas.

—¡Querido César! ¡Cuánto me alegro de verte!, cuando te envié la invitación, pensé que no ibas a poder venir.

—¿Cómo iba a perderme la oportunidad de volver a veros después de tanto tiempo? Parece mentira que llevéis en París casi tres años y no nos hayamos visto más que un par de tardes. Pero tengo que disculpar a mi mujer y a mis hijas, ellas sí que no han podido venir, estaban en Londres este fin de semana, preparando un viaje que haremos para Navidades. Llevamos demasiado tiempo sin salir de Francia, fijate que ya hasta tengo algún nieto francés, nada menos, y mis hijas no quieren ni oír hablar de sidra. Pero, ¿y mi queridísimo primo? ¿Dónde le has dejado?

—Para serte sincera, César, no tengo ni idea de dónde se ha metido. En eventos así, sobre todo si yo me siento al piano, Manuel suele perderse en cuanto tiene ocasión, pero siempre encuentra el camino de vuelta tarde o

temprano. Déjame que aproveche para presentarte a Elisa, si es que la veo entre tanta gente.

Milagros rebuscó sin piedad y encontró a su nuera electa charlando con una mujer alta y muy delgada; tanto, que el sombrero rosa de ala ancha y lazos a los lados era lo que más abultaba en su cuerpo. La tomó del brazo y se la llevó habiéndose disculpado ante la espiga con un *pardon* difuminado.

—César, tengo el gusto de presentarte a la artista, Elisa Ortega de Arrieta, la autora de todos estos fantásticos cuadros de los que, estoy segura, alguno haría un buen regalo sorpresa para mi agradecidísima prima.

—De Arrieta... ¿También de nuestra tierra? ¿También eres de Villaviciosa?

—Encantada de conocerle, espero que disfrute de la exposición. Y sí, también nací en Villaviciosa. Pero en esta sala no parece nada original.

—¿Tu abuelo era Pablo De Arrieta? ¿El notario?

—Ese mismo, ¿le conoció? ¿Conoció a mi abuelo?

—Tuve ese gusto, sí, y también conozco a tu madre. Una hermosísima mujercita entonces, como tus tías, pero ella..., ella era especial. Por lo que veo, la naturaleza es la mejor imitadora. Los conocí a ambos hace muchos años. Tu abuelo me llamó una noche porque no encontraba otro médico más cercano y fui a su casa a atenderla precisamente a ella. Un caso extraño y mi primera urgencia, supongo que me acuerdo perfectamente por eso; fue una experiencia terrible, tu madre estaba muy grave y yo acababa de empezar a ejercer. No mucho tiempo después, además, tu abuelo sufrió un ataque al corazón y falleció. Asistí también a su entierro y recuerdo haber hablado con tus bisabuelos, que de repente tuvieron a tres jovencitas de las que ocuparse. Así que me acuerdo bien de tu madre y también de tu abuelo. Le conocí poco y en mal momento, pero le conocí. Aunque le había olvidado ya, mucho antes de lo que pensaba. Una gran mujer tu madre... tú eres la prueba, espero que tengas muchísimo éxito.

—Pues esa gran mujer también está aquí, escondida, como siempre, pero seguro que se alegrará de volver a verte.

Milagros rastreó de nuevo entre las mesas, los cuadros y los visitantes, que ya iban siendo menos, hasta que encontró a su amiga apoyada en una columna mientras miraba embobada las pinturas de su hija y arrastró de ella

hasta colocarla frente al médico. Él le dio la mano y pareció que iba a decirle algo, pero Clara tan solo le miró a los ojos y cayó derrumbada sobre el suelo. Su cuerpo quedó tendido a los pies de la gran mesa de roble, en la que ya no quedaban más que panecillos untados con una masa roja y viscosa en el centro, parecida a la sangre. La espesa y pesada sangre. César se agachó y suplicó a los invitados que le dejaran espacio, le tomó el pulso y luego pidió que le trajeran un vaso de agua. Danielle le dio un frasco que el médico inspeccionó y abrió enseguida, y se lo puso bajo la nariz.

Clara abrió los ojos. Pero aún no veía nada. Solo sombras al fondo. Y, en primer plano, un sol radiante, una tarde calurosa, la gran fila de cipreses quebraban el cielo y sus hojas verde oscuro lo rozaban con sus ápices; había muchas flores; se había esfumado el gris, había logrado disolverse con la luz del día, sin que ella hubiera tenido también que desaparecer. Lo había intentado, también había querido huir. En la iglesia, el cura le dejaba leer sus libros a veces y en los libros se aprendían muchas cosas si se buscaba bien. Ella había conseguido, con ayuda de su criada fácilmente persuadible, los potingues necesarios, los había preparado y se los había tomado, pero esa vez no lo había sabido hacer porque no se había muerto y ese médico consiguió devolverla otra vez a su prisión.

Ahora veía las coronas de flores. De todos los colores. Eran muy alegres. Coronas alegres de mucha gente. Todo el pueblo respetaba a su padre, un buen hombre, sí, muy honesto y muy íntegro, solo se ocupaba de sus hijas, cómo las quería, solo tenía ojos para ellas, el pobre..., todo el pueblo lamentaba su muerte. Sus hermanas iban llorando de la mano de su abuela y ella acompañaba a su abuelo, que lloraba también por su hijo sobre un pañuelo blanco con los extremos bordados en vainica verde. Le pareció precioso, el pañuelo, y su abuelo y su abuela, ángeles. Ella no sonreía, pero tampoco lloraba. Hacía meses ya que no podía llorar pero ahora le habría gustado poder hacerlo desconsoladamente para poder quedarse atrás. Quería quedarse atrás para ver cómo los recios hombres del pueblo transportaban sobre sus hombros el ataúd de su padre.

Cuando Clara empezó a ver algo más que sombras, reconoció a la vez sonidos extraños, como chillidos. La habían sentado en una silla y empezó a sentirse las manos. La primera cara que vio con claridad, enfrente de ella, fue

la de Martín. Tenía los ojos desencajados y agitaba los brazos. Pero aún no le entendía. Detrás, un hombre con el pelo negro perfectamente engominado, los labios húmedos y la espalda torneada al que, sin excepción, todas las mujeres miraban apoyaba la mano en su hombro intentando calmarle. Pero Martín seguía gritando. Clara le entendió de pronto.

—Créanme, es cierto, ¡ha estallado la guerra! El general Emilio Mola y Francisco Franco, el mismo que hizo temblar Asturias, se han sublevado contra el gobierno republicano y media España lucha contra la otra media. Los tanques y las balas han tomado las calles. ¡España está en guerra! ¡España arde en una guerra civil!

V

Villaviciosa, Martes, 16 de Mayo de 2000 (16:25 h)

La paz es una quimera, un ideal de tontos, una reliquia de las mentes buenas. La paz de las gentes, las de verdad, las que se levantan al alba y trabajan para ganarse el pan, es frágil como el mecanismo fisiológico que nos permite respirar. Un día se quiebra y el aire no entra, no llega a los alveolos, no se convierte, no se difunde, no nos oxigena y las células mueren sin remedio. Igual que respiramos vivimos sabiéndonos a salvo. Trabajamos, odiamos, amamos, comemos, dormimos, vivimos tranquilos como si eso fuera a ser así eternamente, como si no fuera a cambiar jamás, y cuando un día abrimos los ojos y nos enfrentan en una guerra, no sabemos qué hemos hecho para habernos merecido tal mezquindad. La libertad es el oxígeno del hombre. Pero hay muchos motivos por los que puede dejar de atravesar la tráquea para llegar a los pulmones. Cuando eso ocurre, morimos asfixiados. De maldad, de violencia, de odio, de asesinatos y de barbaridades capaces solo de ser perpetradas por el ser humano.

Cierro los ojos y tiemblo. Espero no volver a verlo. Hermanos contra hermanos, el enemigo había sido el padrino de tu boda y ahora era el asesino de tu padre, el violador de tu hermana, el enterrador de tu hijo. El que empujaba de una patada a la cuneta el cuerpo inerte del inocente tiroteado. El que se quedaba con tu hacienda, con tus cabras y tus ovejas, con tu pan, con tu cabeza abierta en el pedazo de terruño que te había dejado tu abuelo. O, si no, el que te escupía a cara descubierta con un odio incontrolado de ser superior que acecha. Mejor abro los ojos y respiro, y sigo respirando y sigo viviendo

en libertad, por ahora, porque espero que hayamos aprendido algo.

No suele suceder, eso es lo único que la experiencia me ha enseñado, que no solemos aprender de los errores ni tampoco de los aciertos. Tenías que haberle visto a él, Elisa, tan abandonado, tan solo, mucho más que los otros. Martín sí que no tiene a nadie. Pero ahora quiero olvidarle también. Hasta que me llame para devolverme las maletas de tu madre. Lo hará, lo sé. Las guarda en algún lugar y lo sabía cuando fingió que ni se acordaba de lo que le estaba hablando. Lo vi en su mirada y en sus manos, se las frotaba como queriendo despegarse su mentira incrustada en la piel. Las necesito, tu nieta quizás tenga que ver lo que contienen. Por eso he hecho de tripas corazón. Si no, ¿de qué? ¿De qué habría yo vuelto a echarme a Martín a la cara? De tripas corazón he hecho, sí. Y mis tripas y mi corazón se me han revuelto tanto que menos mal que me he quedado dormido en el coche un rato después de parar para comer. Si no, seguro estoy de que habría vomitado hasta el desayuno. Pero este duermevela accidentado por tanto runrún del motor y tanta radio, que tu nieta escucha todo el rato, me lleva por donde no quiero. Y regreso allí, como otras tantas veces. ¿Cuándo dejaré de regresar? ¿Cuándo? Eso es lo peor de esta espera de la muerte, mi dulce Elisa, revivir lo vivido cuando creía que ya había asfixiado cualquier posible atisbo de aire del pasado.

Todo empeoró cuando comenzó la guerra, todo. Hasta ese día, tu exposición había sido el eje de nuestras vidas, cuando no estabas pintando, hablábamos de tus pinturas, las elegíamos, tu madre ayudaba, tu padre se iba de la habitación impotente porque nadie le hacía caso, su gusto no contaba demasiado. Pero cuando empezó la guerra, el mismo día en que mostraste en público tus obras por primera vez en la galería de Danielle, hasta mi madre no paraba de decir que debíamos irnos aún más lejos, que Franco estaba loco y que los españoles nos habíamos vuelto idiotas de la noche a la mañana. No se fiaba de los europeos, ya no se fiaba, aunque seguía vistiéndose a la última moda parisina y acudiendo al Folies Bergère a ver los espectáculos con títulos de trece letras. Pero el cambio de Clara fue espectacular, aunque durara muy poco. Ella había pasado los últimos meses crecida ante tu éxito, casi siempre hablando de tus cuadros, observándolos, cuidándolos como lo más preciado después de ti. Durante una temporada, se había convertido en otra. Sus ojos vibraban, se movía inquieta entre las pinturas, te daba consejos, hablaba sin

cesar. Como si siempre hubiera sido así. Incluso cambió los colores de sus blusas abotonadas hasta el cuello y sus largas faldas, hasta entonces casi siempre oscuras, y alguna vez nos sorprendió vistiendo un conjunto de vivos tonos rosados que no elogiaste demasiado para que ella no se ruborizara; sabías que podría hacerlo, que enseguida su euforia se convertiría en timidez y replegaría esa alegría inesperada de nuevo hacia el último recoveco de su caparazón hasta no se podía saber cuándo. Pero volvió a cambiar después del día de la exposición, cuando se desmayó delante de todos. Y reconozco que a veces la aborrecía, sobre todo por cosas como esa, porque siempre tenía que terminar llamando la atención cuando lo que deseaba imperiosamente era pasar desapercibida, pero también porque la culpaba de no poder tenerte siempre conmigo, de que no fuera independiente, de que parecieras más tú su madre que su hija.

Aquel día, sin embargo, el enfado se me pasó enseguida, en cuanto Martín anunció a gritos que había estallado la guerra en España. Y la verdad es que casi siempre se me pasaba pronto, en cuanto os veía juntas. Incluso entonces, cuando te preocupaste tanto porque intuiste enseguida que ella había vuelto para atrás, que se había metido otra vez en sí misma, y pasaste días sin querer verme, empeñada en acompañarla hasta que creíste que ya se había recuperado y que podías dejarla otra vez un poco sola. Pero lo cierto era que cuando te veía dedicarte en cuerpo y alma a ella más cuanto más tristes veías sus ojos, más te quería yo, porque sabía que mi pedazo de ti estaba también a salvo. Tenías amor de sobra para repartir y a mí me gustaba que fueras así.

Elisa, me gustaste así desde que te conocí, siendo apenas una cría de trenzas rubias y ojos como el mar. De sonrisa fácil y vibrante, imposible de olvidar. Inquieta y fogosa. Te veo corriendo siempre, incansable, escondiéndote detrás del árbol que servía como casa cuando jugábamos al escondite. Si te observaba de pie, poco tiempo me daban tus vaivenes antes de ponerme nervioso, dentro de tu precioso vestido de los domingos bailoteabas de un lado para otro, moviendo la cabeza de atrás hacia adelante, en un movimiento inquieto y nada calculado. Tu delgado cuerpo tenía energía suficiente como para agotarnos a todos una y diez veces, pero aun así, al mirar tus ojos violetas, tu paz era la mía.

Desde entonces supimos que seguiríamos juntos, que nada podría llegar a

separarnos, ¿cómo pudimos equivocarnos tanto? Mientras los demás niños se escondían y obedecían las reglas del juego, yo me subía a un árbol próximo a donde estabas tú. Apoyabas la frente en el tronco y te tapabas los ojos con una mano mientras la otra te servía a hurtadillas para que no te equivocaras al contar: «uno, dos, tres, cuatro... diecisiete, dieciocho, diecinueve... treinta, ¡ya voy!» y salías corriendo con el pelo alborotado sin decidir antes de que tus piernas se movieran en qué dirección buscar. Yo, agazapado sobre las ramas que se convertían en mis cómplices mudos, te miraba y ya entonces sabía que nunca podría dejar de espiarte. «¡Elisa quiere a Diego, Elisa quiere a Diego!», gritaban entre risas los otros chicos cuando los descubrías debajo de unas piedras, ocultos bajo las faldas de la virgen de la cueva o corriendo entre los árboles tan rápido como sus pequeñas piernecitas les permitían para conseguir llegar antes que tú a casa y salvarse. Ellos sabían que sus gritos harían que, roja de vergüenza o de ira por no poder agarrarlos uno a uno y hacer que se tragaran sus palabras, salieras corriendo para esconderte hasta que olvidáramos lo que habían dicho. Y yo, desde la impunidad que me proporcionaba el incógnito de las ramas, me reía a carcajadas, pero en el fondo de mi corazón podía notar como bullía el orgullo de comprender que lo que sentía al mirarte era tan real como el dolor de mi rodilla al caer desde el árbol y estrellarla contra el suelo.

Pero ¿por qué recuerdo esto ahora? ¿Por qué lo vuelvo a ver todo con esta fidelidad pasmosa? ¿Será esto la muerte de las neuronas? Pues que lento estoy muriendo, qué lento. Creí que era solo un segundo y yo llevo así ya días. Veo lo bueno y lo malo, tan claro, tan real, que a veces abro los ojos y creo que puedo tocarte, que podría tocar ese rostro amado y joven, tan terso como las rosas, tan cálido como un regazo en el que se recuesta un niño a dormir al amparo de su madre, que le protegerá de todo y de todos. ¿Por qué te veo así, de niña, cuando éramos tan solo micos jugando a ser adultos? ¿Es esto la antesala del olvido? ¿Es esto lo que se siente días antes de que el cerebro empiece a desintegrarse? También cuando empezaste a cambiar, cuando comenzaste a ser mujer, cuando supe que eras tú la única a la que yo amaría. Y mira si acerté. El corazón debería estar más cerca del cerebro, quizás así le escucharíamos más. Tendríamos que hacerlo. Casi nunca lo hacemos a tiempo.

Después de la exposición, intenté hablar de nuevo con Martín. Elisa había

conseguido que me preocupara por él y, durante unos días, fui a buscarle varias veces a su piso. Pero la verdad era que él y yo no hablábamos de amores casi nunca; en ese tiempo, era lo habitual. Éramos hombres y los hombres, entonces menos que ahora, jamás hablaban de amor. Ni tampoco de mujeres, ni mucho menos de sexo más allá de las fanfarronadas que no tenían lugar entre caballeros y no porque la época fuera más puritana que la de ahora. No era eso. En realidad nunca supe lo que era. Pero pasaron los días y no lo encontré, así que lo dejé pasar y no lo hice, no le pregunté, respeté su silencio. ¡Cómo me equivoqué! Pero qué poco podía saberlo entonces.

Además, bastante teníamos ya tú y yo con vivir nuestro amor entre tanto dolor ajeno. Nuestra tierra partida en varios, entre los republicanos, los de derechas, los anarquistas, los que creían en la vuelta de la monarquía y los que tenían la seguridad de que el comunismo o el marxismo eran la salida. Demasiadas ideologías y convicciones y pocas mentes juiciosas e inteligentes que pudieran mediar entre todas ellas para que unos y otros no se mataran. Continuamente nos llegaban noticias de España directamente de sus protagonistas, que no podían creer la barbarie en la que se estaban metiendo. Las persecuciones de unos y otros; la quema de conventos, campos y pueblos; los asesinatos de rojos y amarillos; las violaciones, las torturas, los niños arrancados de sus padres... La guerra era un lamento y casi todos a una se metieron a poner de su parte para intensificarlo, en uno u otro bando, el que le tocara más cerca por geografía o por celo. Aunque lo cierto es que nosotros estábamos ciegos. Nos resistíamos a ver más allá de nuestras narices y las teníamos muy grandes, como toda la juventud que no se esfuerza por entenderse más que a sí misma y además se indigna si los demás no se ponen en su piel. Fuera de las puertas de nuestras casas, cuando dejábamos a los demás discutiendo sobre ello, tú y yo seguimos viviendo como si nada, como si aquello no tuviera que ver con nosotros entonces ni tendría que ver nunca.

Tampoco nos afectaba lo que teníamos más cerca. Tampoco eso. Europa revuelta, lamiéndose todavía las heridas de la Gran Guerra, la primera, que apenas tenía un par de décadas de memoria, con las fronteras modificadas y las identidades heridas, con los alemanes intentado superar la afrenta de los vencidos, esforzándose por salir del hambre y la penuria, por crecer, por rearmarse y, pasito a pasito, devolver el mal a quienes les habían humillado; y

con los otros, los del otro bando, buscando todavía su sitio después de tanto dolor y sangre pero altivos y orgullosos de haber salido vencedores, aunque también angustiados por el recuerdo reciente de miles de jóvenes muertos y sumidos en una crisis económica imposible de superar. Pero para nosotros, como para otros muchos que no lo vieron llegar, tampoco eso que pasaba tan cerca era motivo suficiente para distraernos de lo importante, de lo que nos hacía levantarnos cada mañana y acostarnos cada noche felices, sintiendo fluir por las venas la indolencia de la juventud. Y pasábamos los días leyendo, estudiando, pintando, tú tus cuadros y yo mis esquemas y mis planos, y cuando entre medias nos veíamos, nos amábamos hasta doler. Porque, a pesar de todo, aquellos fueron los días más felices de mi vida. Y tenían que durar lo que duran los suspiros de felicidad.

VI

«Ante mis ojos, sus ojos muertos. Cuando el inmenso dolor de la pérdida nos acongoja, queremos ofrecer a aquellos que se fueron lo mejor de nosotros, lo que más nos defina, lo que nos gustaría que nos ofrecieran ante nuestra propia muerte. A mí me gustaría dedicar a mi compañero, caído en León cumpliendo con su deber de cronista sincero de esta sinrazón, la imagen guardada en mi memoria de su mano dándome ánimos, de sus palabras alentándome a seguir en mil penurias o desazones, de su rostro amable, de su humanidad. Las sombras de su memoria se iluminan e imagino que le reencontraré, algún día, pero, mientras tanto, veo a mi compañero periodista, caído por la miseria de los otros cumpliendo su cometido, con su alma y sus ojos elevados al cielo.»

París, 5 de Agosto de 1936

Milagros se puso el sombrero beige de doble ala y se lo sujetó anudando alrededor del cuello los dos velos que sobresalían por los lados. Parecían gasas de las de siempre pero eran la última moda en París y ella, sobre modas, no tenía nada que decir, las seguía y punto. No apretó mucho, no fuera a

quedarle en las carnes esa horrible marca que ya le habían dejado alguna vez los que solo usaban un cordón para sujetarse. Se puso un poco del carísimo perfume que le había regalado Manuel. Luego lo pensó mejor. Ahora que él no estaba delante, podía apretar varias veces la borla del perfumero. Dos más y ya estaría. Salió a la calle y fue en busca de uno de esos carritos que esperaban siempre cerca de los mercados o las cafeterías más frecuentadas. Enseguida encontró uno. Nunca había visto algo así en España, tal vez porque no había viajado o esperado lo suficiente. Se sentó en el contenedor azul marino encajado entre dos grandes ruedas y enganchado con unos arneses al sillín de la bicicleta de su conductor. No era demasiado cómodo, pero a ella, que no le gustaba andar demasiado, le hacía un buen servicio. Le dio un poco de pena el hombre. Le veía tan enclenque por debajo de la camiseta de algodón y tan esmirriadas sus pantorrillas asomando donde terminaban los pantalones, cortísimos y oscuros, que imaginársele tirando de toda ella le hizo volver a pensar en que quizás debía comer algo menos. Sobre todo ahora que las noticias de España eran tan aciagas y se preveía que fueran a ser mucho peores. No estaría muy bien que siguiera comiendo como si nada. La ancha boina con que el chófer se cubría del implacable sol dejaba a la vista un rostro de aspecto blanquecino, lechoso incluso, y la piel de sus piernas y sus brazos exhibía una lividez presagio de muerto. Se le puso la carne de gallina. Pero pronto se dio cuenta de que le había subestimado: el *monsieur* pedaleaba con una fuerza inusitada y Milagros incluso se mareaba al intentar fijar la vista en los pequeños adoquines sobre los que la bicicleta volaba.

Cuando llegaron al edificio en el que vivía Clara, se percató de que había perdido la flor de la solapa e hizo un mohín de niña contrariada, ¡tendría que haber tenido más cuidado! Ahora su sombrero no tenía con qué casar. Pagó al conductor e incluso le dio una espléndida propina. Su sonrisa con menos dientes de lo acostumbrado le pareció sincera. Milagros cruzó la calle y, antes de entrar en el portal, se miró en el escaparate de la bombonería. Quizás estaba un poco rellena, como le recriminaba a veces su médico, pero, con semejantes dulces, la pena era no probarlos lo suficiente. Y, además, ¡qué más daba!, a Manuel le volvían loco sus caderas y además se veía guapísima así, tan lustrosa, así que no se resistió a entrar y comprar algo parecido a unas milhojas para ella y para su amiga, porque Jaime era más de lo salado. Al

entrar en la casa, las dejó sobre la mesita del recibidor.

—Milagros, gracias por venir, tienes que ayudarme. Es Clara, está muy rara. Desde que Elisa expuso los cuadros, la noto muy extraña. Está más triste. Ella dice que no le ocurre nada, pero yo sé que no es verdad y ya no sé qué hacer. Ya no puedo más. No sé qué más puedo hacer para ayudarla.

Jaime hablaba muy bajo, su voz, que en otros momentos solía ser grave y estentórea, ahora salía solo en un murmullo.

—¿Está ella en casa? ¿Puede oírnos?

—No, no te preocupes. Estaba cansada y la he preparado un baño caliente con sales. Hace solo un rato que la dejé allí. Necesita descansar. Puede que sea por la situación en España, que ha ido empeorando cada día y a ella todo eso le afecta mucho. Pero también creo que se ha dado cuenta de que Elisa se irá pronto a vivir con Diego y no lo lleva bien. No sé qué más hacer. No quiere hablar de ello. De verdad, no sé qué puedo hacer.

—Pues quizás deberíamos llevarla a algún médico, Jaime, no sé si hemos acertado esperando tanto. Yo creía que estaba mejor, parecía que el cambio de aires le había venido bien. La veía incluso feliz, muy emocionada con la exposición de Elisa. Pero esto que me cuentas... Antes o después, tendrá que afrontar que se vaya, ya es una mujer y tiene que ser independiente. No puede seguir con ella siempre. Aunque también podemos hablar con Elisa para que pospongan la boda o lo que sea que piensen hacer, que a mí me va a dar algo si no se casan como es debido. Yo creo que pueden esperar un poco más para que Clara se vaya haciendo a la idea, ¿no te parece?

—Sí, sí, claro. Por supuesto que sí. Mi hija la adora. Si Clara no está bien, seguro que no le importará esperar un poco más.

—Bien, pues entonces cálmate, que has encontrado una primera solución. Luego podremos ocuparnos de llevarla a un buen médico. Si me permites, voy a pasar, me gustaría verla, a ver si quiere hablar conmigo.

—Sí, ve, por favor, ve, ella te quiere mucho. Eres mucho más que su amiga, como su hermana.

Milagros llamó a la puerta del baño. La laca blanca brillaba sobre el marco. Las grandes lamas de madera oscura que cubrían el suelo se habían elevado en algunas esquinas. Habría que remozarlo pronto, aunque sin duda ese suelo era igual de elegante que el resto de la casa. Qué buen gusto tenía

Clara. Y no le extrañaba nada que Diego estuviera tan enamorado de su hija. Ya podía tranquilizarse; después de todo, Martín no había resultado tan peligroso como ella había temido en un principio. Qué fácil era equivocarse con las personas; tendría que aprender a confiar más en Manuel, que era mucho más juicioso y calmado que ella.

—Clara, ¿puedo pasar? Soy Milagros, ¿te encuentras bien? ¿Te importa si paso un momento?

Pero Clara seguía sin contestar. Milagros llamó a Jaime, que llegó corriendo desde el salón. Sus zapatillas patinaban sobre el suelo pulido y a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¿Qué ocurre? ¿Ha echado el pestillo? No lo hace nunca, le tiene pánico a quedarse encerrada.

—No lo sé, pero no me contesta y no quiero pasar sin que me dé permiso.

Jaime giró el picaporte y la puerta se abrió. El calor les sacudió, un vapor denso empañaba las paredes y cubría los espejos. Pero el agua de la bañera se veía con nitidez, tan turbia, con la roja sangre de Clara diluyéndose en las sales aromáticas. Se estaba haciendo desaparecer aunque solo parecía sumida en un sueño placentero en el que por fin conseguiría desvanecerse. Su cuerpo se intuía a través del agua manchada en medio de una espesa penumbra rosácea y su cabeza reposaba sobre el borde de la bañera. Sus párpados estaban cerrados. Jaime se apresuró para intentar levantarla. Milagros salió corriendo hacia el teléfono y llamó al primo de Manuel, el único médico de confianza en París, y él llamó a una ambulancia. Cuando ella regresó al baño, Jaime había sacado a su mujer del agua y la había dejado tumbada en el suelo, junto a los pies de bronce que elevaban el vaso de la bañera, ambas igual de blancas, y apretaba con las manos dos toallas que había enrollado alrededor de las muñecas. El suelo estaba encharcado de un líquido sucio que olía a flores.

—¡Está viva! Milagros, ¡está viva! ¡Todavía respira! Ayúdame, por favor, ayúdame.

Jaime lloraba. Sus lágrimas caían sobre el pelo mojado de Clara y su cuerpo tenso formaba una cruz sobre el cuerpo de ella desnudo y laxo, con las manos como clavos haciendo presión en las manos de su amada y su cabeza como corona de espinos junto a la de ella, sin parar de besarla.

—Te quiero, Clara, te quiero, ¿por qué te has hecho esto? Mi amor, mi vida, ¿por qué? Te quiero tanto... No te mueras. Por favor, no te mueras.

Milagros se tiró al suelo y le ayudó a presionar los paños sobre las dos heridas abiertas, pero se iban tiñendo de rojo, de un rojo demasiado opaco para pertenecer a una mujer tan translúcida.

—Estás haciéndolo muy bien, Jaime, eso es lo que hay que hacer, es lo que me ha dicho César que hagamos hasta que él llegue. Si respira, hay que comprimir las muñecas, intentar que no salga más sangre. Y el coche de la ambulancia llegará pronto, por Dios, que llegue pronto.

César tenía su consulta cerca y apareció el primero, pero Clara se había disuelto entre sus luces y sus sombras mucho antes. Cuando entró en el baño, Jaime aún apretaba las muñecas de su mujer y seguía besándola, besando sus párpados cerrados, sus labios amoratados, su cara adorada. Y se maldecía en alto por no haber sabido quererla o por no haberla querido suficiente o por no haber podido salvarla. Se maldijo por no haber penetrado en sus secretos y no haber sido capaz de rescatarla. El médico le puso los dedos en el cuello, sobre la arteria, y miró a Milagros mientras negaba con la cabeza. A duras penas apartó a un lado a Jaime y comenzó a insuflar aire en el pecho inmóvil de Clara y a presionarlo con fuerza, muchas veces, mientras miraba el reloj y contaba en alto, y repitió la operación hasta que minutos después se convenció de que ella se había diluido para siempre.

—Lo siento. Es inútil. Su corazón no responde.

Jaime se tiró entonces sobre su cuerpo, se abrazó a su torso y lo levantó varios palmos del suelo mientras su cuello se arqueaba hacia atrás a plomo y él se esforzaba por sujetar también su cabeza entre los brazos. Y la besó y la estrechó cuanto pudo para recuperarla, estrujando su cuerpo desnudo y gélido en el que los cardenales de su desgracia solo se habían camuflado un tiempo para reaparecer de súbito y convertirse en heridas abiertas en carne viva que le habían hecho desear otra vez desaparecer. Jaime siguió besándola mientras sus lágrimas se juntaban con el agua sanguinolenta y su corazón se negaba a abandonarla.

—No, mi amor, no... ¿Por qué? ¿Por qué te has hecho esto? ¿Por qué no nos has querido lo suficiente para vivir, aunque fuera por nosotros? Clara..., mi amor.

Los brazos de Clara colgaban blancos y laxos y los besos y las lágrimas de Jaime se desperdiciaban sobre su piel inerte. Milagros se agachó y sacó fuerzas para hablarle, en voz muy baja, mientras le cogía del brazo intentando apartarle y se aguantaba las ganas de abrazarse a ambos y llorar con él.

—Suéltala, Jaime. Suéltala. Ya no puedes hacer nada. Está muerta. Suéltala.

Manuel entró en el baño cuando ella estaba consiguiendo que Jaime dejara a Clara en el suelo y logró levantarle para sacarle de allí. Ya afuera, ambos se abrazaron y lloraron juntos, lloraron abrazados por el ángel más hermoso que iban a ver nunca.

—Pobre mujer, por fin ha terminado.

César estaba secando sus instrumentos y los estaba metiendo en el maletín. Las manos le temblaban imperceptiblemente.

—¿Pobre mujer? Clara no es una pobre mujer. Clara era una excelente mujer, puedes estar seguro. ¿Y por qué dices que por fin ha terminado? ¿Por qué tenía que terminar?

—Milagros, es mejor que salgas tú también. Y sabes que no puedes hacer eso, tienes que dejarla como está.

Milagros se había quedado con él en el baño mientras esperaban que llegara la ambulancia y estaba tapando a su amiga con una toalla blanca y limpia, bordada con diminutas flores amarillas, que las lágrimas le impedían ver bien.

—César, es mi mejor amiga, no voy a consentir que todo el mundo la vea así, ella no se lo merecía.

—No, tienes razón, nadie se merece lo que ella ha pasado. Siento que no pudiera superarlo después de todo.

—¿Qué no pudo superar? ¿Qué? ¿Por qué hablas así? ¿Tú lo sabes? ¿Tú sabes lo que le pasaba a Clara? Dímelo, por amor de Dios, dímelo. Ella se merecía que la hubiéramos ayudado pero ninguno llegamos a saber nunca lo que le pasaba. Nadie lo supo, ni siquiera su marido, que la quiere más que a nada. Te ruego que me digas qué le ocurría.

—Milagros, si voy a contarte esto es porque me he acordado de ella muchas veces desde entonces y siempre dudé de si había hecho bien. Yo era muy joven, acababa de empezar mi carrera y el señor De Arrieta era un

hombre poderoso. La noche que me llamó, Clara estuvo a punto de morir y tuve que hacerle un examen minucioso, tardé en averiguar qué le sucedía. De hecho, no sé si llegué a adivinarlo, pero el tratamiento funcionó y se recuperó. Sin embargo, descubrí que ella no era virgen, apenas tenía doce años, vivía todavía en casa de su padre y ya no era virgen. Alguien había abusado de ella, no podía saber desde cuándo sucedía, pero estoy seguro de que era así. Mientras la examinaba, en el delirio de la fiebre, ella repetía sin cesar la misma frase: «No lo hagas, no quiero que me ames, no quiero que nos ames». Se me quedó grabada. Pero no le dije nada a su padre. Era el único notario de toda la zona, un hombre muy respetado allí y pensé que podría no creerme y buscarme problemas o que se culpaba a alguien sin tener pruebas demostrables o, quién sabe, incluso recriminarle algo a la niña. Pero él murió poco tiempo después y los abuelos se llevaron a las tres hermanas a su casa de Oviedo, así que supuse que quien hubiera estado haciéndole aquello ya no podría encontrarla y me convencí de que, después del disgusto de lo de su padre, de todas formas no iba a ayudarla si además sacaba eso a la luz, así que lo dejé estar. El otro día, cuando vi a Elisa en la galería, me alegré muchísimo porque creí que su madre había podido superarlo. No puedes imaginar lo que lamento haberme equivocado.

—César, tienes que hacer que se la lleven pronto; si mi nuera Elisa lo ve así, tendrás que atenderla a ella además de a su padre.

El juez llegó enseguida y, siguiendo las indicaciones de César, lograron sacar el cuerpo de Clara de la casa y llevarla a otro lugar para que la prepararan para el entierro antes de que su hija llegara. Y el entierro fue como todos los entierros, triste y lluvioso, pero Elisa no estuvo presente. No porque necesitara reprocharle a su madre que la hubiera abandonado sino porque nadie, ni Diego, ni tampoco su padre, consiguieron que, durante muchos días después del suicidio, saliera de su habitación. Dejó de ir a la Universidad, dejó de hablar, dejó hasta de pintar. No consentía en ver a nadie, ni que nadie la viera a ella. Solo toleraba a Diego, le permitía entrar en la habitación donde se encerró y que le dejara sobre la mesa un poco de agua o de comida, que casi siempre se volvía a llevar intacta; tampoco consintió que él se le acercara ni que le hablara. Hasta que una mañana le despertó, le hizo vestirse de prisa y

le pidió que la siguiera.

Milagros y Manuel habían conseguido que Jaime les acompañara a la casa que César tenía en el campo, a las afueras de la ciudad, a pasar unos días; le vendría bien cambiar un poco de aires y los de la campiña francesa siempre habían sido los mejores para reavivar un poco las almas muertas. Los tres habían ido a ver a Elisa para intentar convencerla de que ella y Diego se fueran también y solo a su padre le consintió que entrara en la habitación para besarla y al menos despedirse hasta su vuelta. La pareja había tenido que irse de allí sin verla.

—¿Dónde vamos? Tienes que decírmelo, necesito saber si tengo que llevar maletas o qué.

—No digas tonterías, no necesitas nada más que lo que lleves encima. Vamos.

Era muy temprano, las farolas aún lucían y los parisinos inánimes tardarían en despertarse. Entraron en silencio en el piso de Clara y Jaime. Elisa conservaba su llave; la apretaba dentro del puño como si no quisiera entregársela a nadie jamás. Al pasar, no quiso mirar los muebles rancios, ni las paredes empapeladas de dibujos de flores violáceas, tampoco los cuadros colgados de ellas, ni las fotografías con imágenes patéticas de una vida que ya no era. Aún no quería encontrarse con ella.

—No sé si venir aquí es buena idea, Elisa. No te hará ningún bien volver a ver sus cosas ahora, ¿no crees?

—Calla. Sé lo que estoy haciendo.

—Dime al menos eso, qué hacemos aquí. Supongo que tendrás que contármelo en algún momento.

—Tienes que buscar un bulto grande. Si lo encuentras, avísame enseguida. No lo abras.

—Un bulto grande. Claro, un bulto grande.

—Sí, un bulto grande. Si lo ves, sabrás que lo has encontrado.

Entre los dos lo revolvieron todo, rastrearon dentro de los armarios y en los altillos, en lo más hondo de los cajones, en la despensa y entre los macetones, tras los libros que Jaime había dejado apartados desde que su mujer se fue porque ya no quería leer lo que tenían que contarle, debajo de las camas y detrás de las puertas, en cualquier recoveco que se les ocurrió

remover. Elisa tenía el pelo revuelto y Diego las manos doloridas. La miraba. Tenía que estar a punto de rendirse. Entonces ella se dejó caer sobre el sillón. Lloraba, pero él supo que nada podía hacer para aliviarla. Le dio un beso en la mejilla y siguió buscando solo. Entró de nuevo en la habitación de matrimonio, quizás no habrían mirado bien. Jaime no había vuelto a dormir en esa casa, Manuel y Milagros le habían ofrecido su habitación de invitados y él no había tenido fuerzas para no aceptar. Se sentía como perdido; todo se había ido con ella.

El cuarto estaba tal como Clara lo había dejado y no sorprendía comprobar la sencillez en la que vivía. Aparte de los cuadros de su hija y de algunos marcos con fotografías de su madre y sus hermanas, el único objeto que adornaba la estancia era el jarrón de vidrio romano que Jaime rellenaba con flores frescas para ella cada fin de semana, diferentes según la estación. Clara prefería las hortensias, las azulonas; las de París eran un poco distintas a las de su tierra, sus racimos eran planos y no en forma de globo, y las brácteas más chiquitas. A ella le gustaban esas flores exuberantes y gigantescas porque eran las preferidas de su madre y, siempre que las veía, la recordaba feliz escogiendo algunas de los enormes plantones que salían por todos lados en el terreno de su casa. Ahora, el ramo de lo que habían sido unas fragantes rosas seguía enhiesto en el jarrón pero su tallo, sus hojas y sus pétalos se habían resecado; muchos habían caído sobre la mesilla y el verdín flotaba en el agua ennegrecida. Diego volvió a rebuscar debajo de la cama, también dentro del armario; su ropa, pulcramente colgada, aún olía a ella. Cerró la puerta y miró alrededor. No se le ocurría ningún otro sitio donde pudiera esconderse un bulto grande. Salió afuera y entró de nuevo en el salón, ella se había echado y dormía recostada en el sofá, abrazada a un retrato de su madre, el que había terminado antes de que todos salieran de Asturias. Sus ojos violetas miraban al cielo. Elisa tenía la cara enrojecida como si hubiera estado restregándose con las manos hasta ese mismo momento, los ojos cerrados, las mejillas húmedas. Diego le echó una manta por encima y le dejó dormir.

Pasó a la cocina. Los botes rellenos de legumbres y pastas de colores variados habían quedado medio llenos; los cacharros, minuciosamente colocados por tamaños, como le gustaba verlos a ella; los paños bordados con

puntillas de color crema doblados en cuatro partes reposaban sobre los estantes de la alacena provenzal. Casi podía verla cocinando como siempre, callada, con la mirada perdida en el puchero y esa expresión serena de haberlo vivido todo o de no haber vivido nada. Entonces se le ocurrió pensar como ella: ¿dónde habría podido ocultar algo que no quisiera que nadie más encontrara? La respuesta le pareció muy obvia: allí mismo. Elisa apenas entraba más que para hacerle compañía mientras cocinaba y comerse luego sus guisos, pero le gustaban poco los pucheros y las sartenes; Jaime solo aparecía por ese lugar puntualmente para desayunar, comer y cenar y jamás se le habría ocurrido trastear entre los fogones. La cocina era el lugar perfecto. Miró a su alrededor, ¿dónde se podría esconder un bulto grande? Ese era el único sitio. Intentó mover la alacena mayor, pero pesaba demasiado, probó entonces con la más pequeña, la que solo contenía vasos y tazas y algún tarro de especias. El ruido al arrastrarla sobre el suelo encerado sonó muy leve. En cuanto la desplazó unos centímetros, entrevió lo que buscaba: una hornacina que ocupaba casi todo el fondo de la pared donde estaba el armario contenía cuatro maletas, dos de cuero marrón y otras dos de piel más oscura. Se le iluminó el rostro y salió enseguida a avisar a Elisa pero continuaba dormida y no quiso despertarla todavía. Volvió a la cocina. Sacó uno de los bultos y deslizó las correas. Se le tenía que haber ocurrido antes, por supuesto, eso es lo que ella deseaba encontrar: las decenas de cuadernos en los que Clara había ido ilustrando las escenas de toda su vida. Diego cerró la puerta y continuó observándolos. Ella estaba en esos dibujos, su vida, sus sueños, sus ilusiones, sus miedos, sus amores; en esas maletas estaba ella. Y la llegó a conocer, más que viva, después de muerta. Abrió también el resto; todas contenían lo mismo. En total quizás habría más de doscientos cuadernos y eligió al azar otro de entre los que le parecieron más antiguos. Esta vez, sus ilustraciones le mostraron personas desconocidas e imágenes muy distintas, muchas en blanco y negro, en las que ya nadie se reía. No supo interpretar esos dibujos diferentes pero aseguró la puerta encajando una silla entre el pomo y el suelo y siguió curioseando en ellos unos minutos más, sin saber bien qué estaba viendo. No consiguió encontrar ni un solo cuaderno con texto, solo había ilustraciones, algunas de hacía muchos años y otros de pocos días antes de que Clara se suicidara.

—¡Diego! ¿Dónde estás!

Elisa le llamaba sobresaltada desde el salón. Sin pensar en lo que hacía, regresó a la hornacina las maletas en las que había encontrado los cuadernos con los dibujos en blanco y negro, volvió a colocar en su sitio la alacena y se llevó las de las libretas más recientes, en las que aparecían ellos dos y también Clara algo más joven. Se reunió con Elisa de nuevo en el salón y colocó los bultos sobre la mesa.

—Mira lo que he encontrado.

—¿Están ahí? ¿Están sus dibujos?

—Compruébalo tú misma. Es esto lo que buscabas, ¿verdad?

Él abrió otra vez una de las maletas y sacó una libreta, la que parecía más nueva, con las tapas de nácar blanco. Ella le miró incrédula. Por fin. Elisa volvió a sonreír y su sonrisa era una flor abierta de nuevo. Se abrazó a Diego y le llenó de besos. Siguió así abrazada a él un rato, el que tardó en dejar de llorar, en intentar calmar toda su desesperación, la que no era capaz de controlar desde que ella la había traicionado. Elisa quería agradecerle que le hubiera ayudado a encontrar lo que aún le faltaba de ella, lo que luego, juntos, pasaron horas curioseando, mientras reían y lloraban; mientras ella se sentía un poco más cerca de Clara, de todo lo bueno que su madre le había legado.

CAPÍTULO 7

Empezamos a pintar. Primero los espacios grandes. La sensación que provocan los colores difiere según los que tengan al lado. Puede apagarse o iluminarse, perderse o destacarse. El azul entre violetas se ve rojizo, entre rojos tira al violeta; la gama de colores cálidos entre otros también cálidos se dulcifica. Los complementarios se diluyen. Los opuestos rabian. Preparamos en la paleta las mezclas, extendiendo sobre la superficie limpia de la madera o el plástico churretones de óleos que iremos arañando y combinando con aceite o aguarrás para crear pegotes de colores untuosos o diluidos, según queramos que tarden o no en secarse, experimentando hasta lograr los matices que deseamos.

Villaviciosa, Martes, 16 de Mayo de 2000 (16:45 h)

Por fin estaban llegando. Se le había hecho largo el viaje. Necesitaba volver a ir al baño. Aunque el camino le había gustado, Asturias era una accidentada belleza verde salpicada de bruma y mar. Y le había pasado como cuando se rompió el brazo, que de repente no hacía nada más que ver personas escayoladas todo el rato. Ahora, en la residencia de Martín, en Oviedo, al

menos había vislumbrado cuatro voluminosas barrigas entre las cuidadoras y las visitantes, y después, durante todo el trayecto, había ido descubriendo innumerables casas como la de su abuelo. Eran todas completamente diferentes y tan solo compartían su majestuosidad inusitada en un paraje agreste y natural como aquel. No eran azules, ni tenían tres alas, ni el tejado a dos aguas, ni se parecían a la suya más que en su eclecticismo, su amplitud y colorido, y en los vastísimos jardines que las circundaban. Pero todas guardaban entre sí una relación nítida: desentonaban con el resto de construcciones y también con el paisaje. O tal vez eso le parecía a ella que era una forastera en esa tierra y esas casas ya llevaban allí tanto tiempo que se habían convertido precisamente en su seña de identidad. Los indios tuvieron cojones, habría dicho Álvaro; ella tan solo tuvo que reconocer que habían tenido valor al atreverse a buscarse la vida en un lugar desconocido y cruzar el océano en busca de fortuna, a «hacer las Américas» como decía Diego. Cuando reunían suficiente dinero y nostalgia de lo suyo, volvían y levantaban pequeños palacetes rodeados de verde. Se podían reconocer fácilmente: construcciones grandes, algunas casi esperpénticas en las mezclas pero siempre fabulosas en su diversidad; pero lo más fácil era buscar palmeras, si había palmeras, la casona sin duda la había mandado edificar un indio regresado a su tierra.

—Abuelo, ¿por qué en tu casa no hay palmeras? Casi todas las que estoy viendo como la tuya, tan grandes y originales, tienen palmeras en el jardín, pero la tuya no. Solo hay esos árboles colosales y lilas.

—Magnolios.

—Solo hay magnolios.

—También hay cientos de camelias, rododendros y hortensias pero, sí, tu bisabuela era una mujer muy especial. Tenía un gusto muy refinado y no le gustaban las palmeras, decía que eran árboles muy chabacanos para hacerles un lugar en su jardín y, sin embargo, según ella, los magnolios eran la *crème* de la *crème* de la jardinería. Cosas de mujeres. Bueno, de mujeres de hace cien años. Mi padre, sin embargo, odiaba los magnolios, decía que eran muy sosos. Él quería plantar naranjos y limoneros, pero no hubo manera, y eso que mi madre era sevillana.

—¿Sevillana?

—Sí, de Lora del Río, pero era una sevillana extraña, una mezcla rara entre la modernidad mexicana y la originalidad andaluza, creo yo. Cuando nos fuimos a vivir a París, ella fue la que más disfrutó del cambio desde nada más llegar y mira tú qué parecido podían tener París y Sevilla hace más de cincuenta años.

—¿Viviste en París? Y ¿por qué no me habías contado nunca todas estas cosas? ¿Cuándo fue eso?

—No me lo habías preguntado. No todos los viejos van por ahí contando batallitas de cuando eran jóvenes, ni siquiera los que no se callan ni debajo del agua, como yo, y mucho menos si no lo pasaron muy bien. No guardo buenos recuerdos de París; si te das cuenta, ni siquiera conservo fotografías de aquella época. Tu madre siempre me recriminó eso, no poder ponerle cara a su propia madre, pero hay cosas que se quieren olvidar y, simplemente, se olvidan. Supongo que por eso tampoco hice mucha intención de contártelo.

—Y yo podría habérmelo imaginado. Te oí hablando francés hace muchos años, pero era una cría y me extrañó, pero supongo que no le di mayor importancia. ¿Y ahora te importa hablar de aquello? Yo siempre había pensado que mamá y tú habíais vivido en América casi siempre, antes de volver a España.

—Es que prácticamente es así. No viví en Francia más que unos años, desde un poco antes de la Guerra Civil. Tu madre nació en París, pero enseguida nos fuimos a vivir a Estados Unidos. Fueron años convulsos, muy duros, terribles para los que no queríamos saber nada de guerras ni de fascismos. Aunque no muy diferentes a los de hoy.

—¿Que dices, abuelo! ¿Vas a comparar la guerra civil y las guerras mundiales con lo que ocurre ahora en el mundo?

—Por supuesto. Nada ha cambiado, hija, nada. Nada ha mejorado desde entonces. Aunque me pese reconocerlo, estoy convencido de que es así.

—No puedes hablar en serio. Yo no lo viví, no puedo saber si realmente fue tan horrible como lo cuentan los libros de historia, pero vivo ahora y, ahora, no hay tanta violencia, ni tanto odio, lo que les pasó a los judíos y a otros desgraciados fue espantoso y hubo millones de muertos en la Segunda Guerra Mundial, ¡millones! No puede compararse con lo que ocurre ahora.

Violeta iba conduciendo despacio y hablaba sin quitar la vista de la

carretera, las rayas del asfalto se pegaban unas a otras en una aburrida línea continua con manchas grises. Bajó un poco la ventanilla; dentro del coche, el ambiente sofocaba.

—Pues yo no soy un libro de historia y sí viví aquello y fue atroz, pero estás equivocada. Ahora no es mejor que entonces. Es mucho peor.

—¿Mucho peor? Debes de estar bromeando.

—No bromeo. ¿Dónde miras, hija? ¿A qué lugar del mundo miras cuando afirmas eso? He pasado años trabajando con jóvenes, desde que volví de Estados Unidos y comencé a dar las clases de Arquitectura en la Complutense, he conocido a varias generaciones de jóvenes diferentes y es curioso porque, a medida que ha pasado el tiempo, he visto que, a pesar de tener cada día más información y más cultura, que en teoría tendría que haber sido lo que nos hubiera llevado a ganar en raciocinio, lo que ha pasado es que la gente se ha ido aletargando y perdiendo la capacidad de analizar y de hacer juicios críticos. Ahora, muchos nos levantamos y lo primero que hacemos es ponernos una venda en los ojos. Quítatela, Violeta, quítatela y aprende a mirar también a otro lado. Si lo haces, quizás veas la misma maldad que entonces y el mismo egoísmo. El mundo no ha cambiado. El mundo ha ido a peor, porque ahora el enemigo es más difícil de encontrar, ya no es Hitler, ni Franco, ni Salazar, ni Mussolini, ahora no le ponemos cara y sin embargo es más poderoso e infinitamente más rico, tiene agonía por ganar más y no busca súbditos, busca esclavos. No hemos aprendido nada, Violeta, nada. Y lo peor es que además no nos damos cuenta de lo que nos están haciendo. No sé bien desde cuándo pero hace mucho que estamos retrocediendo.

Diego se detuvo un momento y cogió aire. Llevaba una mano agarrada al cinturón, como si fuera cogido a una barandilla del autobús y se sintiera más seguro así pero sus ojos no veían, aunque su mirada se dirigía hacia su nieta. Ella no sabía qué decirle. Siguió atenta a la carretera mientras le escuchaba, deseando que terminara ya, porque intuía que esa conversación no trataba de lo que parecía y su abuelo hablaba cada vez más excitado.

—Mira de dónde hemos salido hace un rato. Abandonamos a nuestros ancianos, los dejamos tirados en las residencias, apartados de sus familias, solos. Y sigue mirando. Seguramente me equivocaré, pero yo lo que he visto es que ahora tenéis la misma carga a la espalda que vuestras abuelas, aunque

os creéis que no, y trabajáis en casa y fuera de casa. Y las que no lo soportan y pueden, trabajan más duro para pagar a otra persona para que haga justamente lo único que el hombre cabal siempre les había envidiado: estar con sus hijos. ¿Sabes? Yo fui un hombre privilegiado porque cuidé de vosotras, de mis dos pajaritos, y en una época en la que la mayoría de los hombres ni siquiera miraban a los niños más que si necesitaban comprobar que eran suyos. Yo os di de comer, os lavé y os vestí, os puse guapas, os llevé al colegio y os ayudé con los deberes, os animé a convertirlos en lo que queríais ser y, sobre todo, pude conocerlos. La vida me obligó a saber cómo erais, a trataros, me enseñó a quererlos más que a nada y eso es lo mejor que me ha pasado nunca, lo mejor. A lo que no pude renunciar por nada del mundo. Por nada, Violeta, por nada. Y fue lo mejor de mi vida. Pero muchos hombres ni siquiera saben lo que se han perdido porque no han tenido ni la oportunidad de estar con su familia y eso, en lugar de cambiar para mejor, para darles esa oportunidad y que ellos también puedan hacerlo, ha cambiado para que seáis vosotras las que tengáis que renunciar a ella. Yo solo soy un pobre viejo que no sabe nada y que seguramente esté equivocado pero, por más que lo intento, no veo que el mundo haya mejorado desde aquellas catástrofes. Es todo mentira, un sueño inventado por los poderosos, una jaula de oro para sus obreros y sus consumidores.

Violeta seguía callada. Hacía unos minutos que había llegado a la casa y había parado el motor. Miraba a su abuelo. Él lloraba. Las lágrimas le caían por las mejillas y no hacía nada por limpiárselas. Seguía mirándola pero no la veía, Violeta no habría sabido decir a quién le hablaba. Se abrazó a él y también lloró. No sabía por qué pero lloró, por verle llorar a él, porque nunca le había visto así y porque temía perderle. Lloró por Álvaro y también lloró por ella.

Además, en realidad no podía refutarle ni uno de sus argumentos, aunque tampoco sabía muy bien de qué le hablaba, ¿de un mundo justo?, ¿de las mujeres?, ¿de los hombres?, ¿de idealismo? No sabía si debía darle o no la razón. Desvió su pensamiento hacia lo que más le afectaba ahora. A su barriga. Hasta ese momento había pensado que casi todas las mujeres que conocía podían elegir cómo deseaban vivir. Fue comprobando una a una. Escogió entre las que había tenido más cerca últimamente, todas amigas de Álvaro. Empezó

por las dos divorciadas. ¿Ellas contaban? Porque ¿de qué le estaba hablando su abuelo? ¿De querer cuidar de sus hijos? ¿De renunciar por ellos a la vida profesional? ¿De conciliar la vida personal y la laboral? ¿Qué coño era eso? ¿Cómo se hacía eso? ¿Quién podía hacerlo? Siguió contando: Ana, cuarenta y cuatro años, abogada de renombre, una hija de tres años, la cuidaba su padre, amo de casa. Esther, periodista, treinta y ocho años, empezaba a trabajar en la redacción a las cinco de la mañana, dos hijas de cinco y seis años, las recogía ella del colegio, no solía estar de muy buen humor aunque estaba. Eva, millonaria, esa no contaba. Sandra, licenciada en administración de empresas, treinta y un años, dos hijos de tres y cinco, y un bebé en camino; se había casado con Javier, diplomático, y no había trabajado nunca, adoraba su vida pero continuamente se preguntaba si algún día eso cambiaría. Laura, secretaria de dirección, edad desconocida, un niño de dos años, había pedido la reducción de jornada y la habían promocionado a atención al cliente. Estrella, jefa de Recursos Humanos, un hijo de tres años, lo llevaba al colegio y lo recogía Elba, una chica sudamericana muy cariñosa. Maribel, informática, treinta y ocho años, una niña de dos, la llevaba a las siete de la mañana a casa de los abuelos y la recogía a las siete de la tarde. ¿Quién más? Porque todas ellas tenían trabajos más o menos estables y la vida más o menos organizada pero ¿y las otras? ¿Y las que se quedaban en el camino o las que les atendían en los restaurantes o en las terrazas o en la carnicería, las que no podían pagar a nadie para cuidar de sus hijos ni tenían maridos ni familia que las ayudaran? ¿Qué harían ellas? Y ¿qué haría ella misma?

Ella misma. Si cambiaba de idea y tenía el bebé, ¿cómo podría ella misma cuidar de él si dejaba a Álvaro? ¿Y si seguía con él? Aunque tal vez era una afortunada, no tenía que trabajar a unas horas fijas y al menos podía acomodarse a los estrictos horarios de los pequeños. Lo había visto en las amigas de Álvaro, desde la barrera, pero era tan aparente que incluso sin afectarle se había terminado enterando de sus peripecias varias para seguir los horarios escolares: todas hacían maravillas para poder llegar a llevarles y a recogerles a su hora; malabarismos para evitar que los niños estuvieran mucho más tiempo en el colegio antes de empezar las clases o después de que se terminaran; milagros para poder estar en las innumerables obras de teatro, bailes, fiestas para abuelos, fiestas para padres, fiestas de la castaña y de

Halloween, carnavales varios, fiestas de Navidad, semanas culturales y cuentacuentos. Ella era afortunada, podía al menos trabajar con el mismo horario que tendría su hijo: de nueve a cuatro. Pero, ¿quién más entraba a trabajar a las diez y salía a las tres y media? ¿Quién? Su abuelo tenía razón, algo se había perdido en el camino y ahora estaban atados tanto los hombres como las mujeres. Pero había elección, si se era consciente de lo que se quería, había elección. Una podía siempre elegir, no era fácil, ni cómodo, ni rentable la mayor parte de las veces pero ¿tenía precio el amor? Cada cual tenía el suyo. Cada cual tenía su forma de amar. Violeta suspiró tan profundamente que su abuelo lo notó.

—Lo siento, Violeta. Lo siento mucho. No tengo ningún derecho a hablarte así. No es justo. No sé lo que me ha pasado. Perdóname, por favor.

Ella le miró. Se había acostumbrado ya a su pelo canoso y a su piel descolgada, a las manchas en sus manos y en su cara y a los profundos surcos que enmarcaban sus ojos. Ya no le miraba todo eso, le miraba dentro porque seguía teniendo su misma expresión, el mismo gesto afable y tierno que la había puesto a salvo ya muchas veces. En sus ojos seguía viendo a la persona a quien más quería en este mundo. Le abrazó muy fuerte y le besó en la frente y, después, en la mejilla. Salieron del coche. Diego se agarró al brazo de su nieta y anduvieron despacio hasta entrar en la casa. Violeta recordó que quería preguntarle para qué habían ido a la residencia de Oviedo a ver a Martín, pero no era un buen momento. Ambos habían dejado ya de llorar.

—No te preocupes, abuelo, todos estamos asustados. A todos nos da miedo la vida y, sobre todo, nos da miedo la verdad. Pero ahora yo necesito que me la digas, prométeme que no vas a engañarme.

—Yo no te he engañado nunca, jamás. Ese es nuestro pacto. ¿Por qué me dices eso?

—Dime, ¿estás enfermo y no quieres contármelo? Necesito saberlo. Si te pasa algo, por favor, dímelo, prefiero que seas sincero. Me da la sensación de que te ocurre algo y que no quieres asustarme pero, de verdad, sea lo que sea, tengo que saberlo.

Diego se acercó un poco más a ella y le cogió la mano. Respiraba muy despacio y los ojos habían vuelto a llenársele de agua.

—No te preocupes, mi pajarito, no estoy enfermo, de verdad. Siento

haberte asustado. Solo estoy cansado. Y también... también a veces me siento solo. Y no lo digo por ti, no es eso, no creas que te reprocho nada. Yo aún puedo valerme por mí mismo y quiero vivir así todo el tiempo que pueda. Además, tú tienes que seguir tu camino, no podías seguir toda la vida conmigo, pero, algunos días, la soledad me vence y me encuentro pensando que sería mejor si desapareciera. Luego me acuerdo de ti, de que aún te tengo a ti y me siento mejor pero, bueno, eso no es excusa para que te haya asustado así. Lo siento.

—No lo sientas. Es cierto. Tienes razón. Algunas cosas se me escapan pero, en la esencia, tienes razón. Y yo también tenía que haberte ido a ver más a menudo. He sido una egoísta y una estúpida. Pero... llevo un tiempo un poco mal con Álvaro y no quería preocuparte.

—¿Qué os ha pasado? ¿Estás bien?

—Nada importante, la rutina, el trabajo, todo eso que dices que hemos perdido. Y tampoco es fácil convivir. Pero, de todas formas, no tenía que haber estado tanto tiempo sin ir a verte. De verdad que lo siento.

—Pues vaya pareja de estúpidos, no paramos de decir lo siento. Eso está bien, es mejor decir lo siento muchas veces que no decirlo ninguna.

Violeta sonrió pero enseguida sintió una ese en el estómago que se iba comprimiendo y embrollando, hasta que se convirtió en un nudo de marinero. Con su mentira había roto otra vez su pacto, el que tenían desde no podía recordar cuándo. Intentó sobreponerse. Tal vez no era tan distinta la verdad de lo que le había contado y tal vez podría arreglarse con Álvaro.

—Voy a ir a echarme un rato. Estoy agotado. Ha sido demasiado trote para mí hoy.

Violeta oyó a su abuelo subiendo las escaleras. Iba despacio, como si cada escalón fuera un obstáculo. Qué duro debía de ser que cada momento de tu vida se fuera convirtiendo en un reto y que lo que antes era un acto reflejo ahora costara tanto. Se miró sus pies y descubrió a Zara, ya se había tumbado a su lado y estaba roncando con las patas para arriba. Vaya risa de perra.

—¡Zara! ¿Te vienes a la calle?

La salchicha negra con rabo largo y trufa húmeda dio un respingo y se encaramó de un brinco. Esa frase siempre le hacía comenzar a dar botes de más de un metro sobre sus patitas de doce centímetros, con independencia de a

qué calle se refiriera su dueña e incluso aunque ya estuviera en ella. Violeta metió en una mochila un bocadillo de chorizo y dos yogures, una manzana, una botella de agua y su cuaderno, y salió. Zara enseguida dirigió la expedición.

Desde que llegaron, siempre había chispeado a media tarde. El aire olía a recién estrenado y a sal. A Violeta le gustaban esas tardes grises, casi frías, en las que la tierra estaba ya húmeda antes de comenzar a caer la lluvia fina pero persistente que al final lo empapaba todo. Quería llegar hasta la playa y quizás con ese tiempo podría tenerla toda para ella. Pensó un momento en Álvaro y se dio cuenta de que su odio del principio se había convertido en una sombra de tristeza que unas veces la envolvía por completo y otras se deshacía con los rayos de un sol que cada vez irradiaba más luz. Empezaba a aceptar que no volvería a verle pero a veces dudaba; tal vez, si le decía que estaba embarazada, cambiaría y se haría a la idea de que no podía seguir imponiéndose siempre.

Se preguntaba por qué no la había llamado todavía. Se acordó de que se había dejado el móvil en casa, enchufado para cargar la batería. Al principio lo dejaba en la maleta. Con solo pensar en que él quisiera hablarle, se ponía a temblar. Al segundo día lo sacó y lo recargó pero luego lo dejaba aparcado sobre cualquier mueble. Ahora ya se lo metía siempre en el bolsillo. No quería reconocer que esperaba su llamada pero, si no, ¿por qué no lo abandonaba por ahí sin más? Podría ser que él no supiera qué decirle, que estuviera pensando en cómo disculparse, incluso estaba segura de que le habría llevado a casa un ramo de flores, una pulsera o unos pendientes y, al comprobar que ella no estaba y encontrar por fin su nota, habría arrojado el paquete contra la pared con rabia. Lo sabía, porque ya le había visto esos prontos muchas veces, contra ella o contra sí mismo. Eso daba igual. Por eso debía seguir escribiendo; al abrir el cuaderno reabría sus heridas y, aunque aisladas e irregulares, volvían a remover su miedo y sentía de nuevo la sacudida que le erizaba la piel y le aceleraba el pulso.

Se detuvo en el altar de la roca. Le había gustado mucho la primera vez que lo vio. Se fijó en la imagen. Era una virgen de apenas un metro, cubierta con un manto púrpura y que sostenía en brazos a su hijo de rizos castaños. Su rostro era tan dulce que le hacía parecer inhumana. Las personas no eran nunca tan buenas. En ese momento podía entender por qué la religión tenía tantos

seguidores. Viendo su belleza, era fácil creer que las lágrimas que la virgen derramaba fueran de verdad por amor hacia los hombres. Violeta no recordaba haber visto ninguna, ni en pintura ni tallada, que no inspirara ternura y esa ternura inducía a confiar en ella, a seguirla, a creer que Jesús fue hijo suyo y murió por los hombres. Era normal que aquel fuese un sitio que la gente utilizara para rezar, porque su belleza y su sencillez le parecían mucho más merecedoras de albergar la pena del hombre que cualquier catedral que hubiese podido ver nunca. El silencio se rompía con cada uno de sus pasos hacia la talla sacralizada; llegó hasta el rugoso banco de piedra y se sentó. Le habría gustado tocar la virgen. Tenía la impresión de que bastaría con hacerlo para sanar de todos los males del espíritu y del cuerpo.

Abrió el cuaderno y releyó lo que había escrito. Luego, lo dejó a su lado y se puso las manos en la tripa. Ese era un buen lugar para pensar en ella. Todavía no había querido contarle a su abuelo que estaba embarazada y a veces pensaba que se equivocaba, que él podría ayudarle a decidir qué hacer con su vida, pero ya no era el hombre fuerte y alegre que recordaba y no quería darle más disgustos, mucho menos después de lo que había pasado hacía un rato. Sin embargo, echaba de menos a alguien con quien poder sincerarse y decir en alto lo que la reconcomía. Si al menos viviera su madre..., ella la habría entendido. Aunque la recordaba con los ojos de una niña, en sus memorias siempre reía, le hablaba mucho, jugaba con ella y le traía regalos preciosos, que aún conservaba aunque ahora los tuviera él. Le recorrió una sensación rara, de intenso egoísmo, de querer recuperarlo todo — su casa, sus cosas, su orgullo—, y deseó que él la hubiera abandonado. Pero se sintió aliviada porque, por primera vez, le percibió como alguien ajeno a ella, de quien podría prescindir. Y eso la fortaleció, porque antes incluso sentía lástima por él al pensar en echarle de su vida. Volvió a coger el cuaderno, era hora de seguir ahondando en las heridas.

Diario de un desamor: parte III

«Llegamos tarde, casi todos tus amigos ya estaban allí cuando entramos en la imponente y completita casa de Eva y Javier. Esta vez incluso habían contratado catering: dos camareros morenos y delgados con smoking,

pajarita y pelo engominado a juego con los centros de flores iban y venían con sendas bandejas de plata. Qué harta estaba de ellos, ¡qué harta! Cuánto me cansaban sus conversaciones siempre sobre el dinero, sus tantas ocupaciones, sus paseos a caballo y sus partidos de golf. Casi todos eran así, menos Ana y Miguel; ellos eran majos, parecían quererse mucho y desentonaban tanto como yo, a pesar de que también adoraban el golf. Cogiste tu primer cubata y te perdiste entre ellos. Pero te seguí mirando, esa noche estabas muy guapo, te habías cambiado el peinado y llevabas puesta una camisa negra de Emilio Aretroh que marcaba la espalda y los brazos. Sentí que me gustaba ser tu pareja. Pero fue durante poco tiempo, enseguida me di cuenta de que llevabas un rato sin dejar de mirar a Eva. Llevaba un vestido estampado tipo casaca, con la cintura estrecha y media manga, y el triángulo del escote dejaba al aire más de la mitad de sus hermosos pechos. La seguiste con la vista desde que la viste entrar en el salón hablando con otra de tus amigas. Su vestido era mucho más corto que el que yo me había tenido que quitar antes de salir y los tacones daban vértigo.

- No te veo, Vida, tú eres muy elegante como para vestirte así. ¿De verdad no te gustaría ponerte algo más sencillo?

No habías esperado que te contestara, entraste en el vestidor y te oí rebuscar. Al final sacaste un pantalón negro de pata de elefante y una camisa blanca.

- Mejor esto.

- Vamos a llegar tarde si me cambio ahora, Álvaro. Y a mí me gusta más este vestido.

- Coño, que te pongas esto, ¡hostias!, que tienes pinta de puta con ese vestido tan corto. Y si llegamos tarde, ¡que esperen!

No podía dejar de pensarlo mientras la seguías mirando. Entonces me viste observándote. Dejaste la copa vacía en la bandeja del camarero prêt-à-porter y viniste hacia mí. Me abrazaste por detrás y me susurraste al oído:

- ¿Ves? Hiciste bien en hacerme caso, eres la más elegante. ¿Has visto a Eva? Va vestida como una calientapollas. No sé cómo Javier le permite que vaya así. Con esos dos globos que se ha colocado. Pero tú..., tú esta noche estás preciosa. Luego me gustaría comerte.

Me diste un beso en el cuello y enseguida fuiste a buscar a tu amigo el de la Embajada, el que nunca recuerdo cómo se llama. Los dos seguíais mirando a Eva mientras reíais a carcajadas en vuestro improvisado círculo masculino. Entonces ella nos animó a pasar al comedor. Los caminos de mesa de color plata brillaban como los juegos de copas, una para el agua y otro para el vino, y como los cubiertos brillantes. Como siempre, no faltaba ni un detalle en la mesa de teka cuadrada que ocupaba la mitad de la estancia, hasta teníamos el sitio donde debíamos sentarnos indicado con una flor embutida en un pequeño cubilete de cristal marcado con nuestro nombre. Los paquetitos de solomillo con dorado de queso de cabra y la ensalada de uvas con foie de pato esperaban en las bandejas. Todo muy glamuroso. Nos sentamos y comenzaron a servirnos. Los camareros chic iban y venían con las fuentes y su sonrisa. Los tenedores tintineaban sobre los platos y las conversaciones se interrumpían solo entre bocado y bocado. Sirvieron el postre. Apenas se veía en el centro de los inmensos platos de diseño de alguien con nombre impronunciable. Entonces Miguel se levantó y elevó su copa.

- Chicos, tenemos algo que celebrar con vosotros.

Todos le miramos. Su cara resplandecía.

- Ana está embarazada... ¡de tres meses!

Ana se levantó y se abrazaron entre los aplausos de todos. Tú fuiste el segundo en sugerir otro brindis por la maravillosa noticia y el primero en darles la enhorabuena. Cuando terminamos de cenar, los caminos de plata estaban llenos de manchas, como en cualquier otra cena de cualquier otra casa en la que no se hubieran anunciado tan buenas noticias, pero yo te miraba y no podía creer lo que veía. Estabas encantado, nervioso incluso, no parabas de bromear sobre lo fantástico que era ser padre y la extraordinaria nueva etapa que se abría para ellos, lo hablaste con Ana, lo hablaste con Eva y con Javier, lo hablaste incluso con Andrés, con quien apenas hablabas más que de paddle y de mujeres. Seguiste bebiendo y los camareros desaparecieron. Yo curioseaba por la ventana, me había cansado de mirar el reloj, era viernes por la noche y al día siguiente tenía que ir a ver a un cliente, había quedado temprano pero no quisiste irte hasta que Eva y Javier anunciaron que estaban agotados.

- *¿Quieres que conduzca yo? No he bebido nada.*

- *No te preocupes, hace tiempo que me tomé la última. Ya se me ha pasado.*

Yo sabía que no, tu aliento apestaba aún a ginebra, pero sería imposible convencerte de que me dejaras llevarte. Tu coche era más sagrado que tu mujer y yo también sabía eso. Me abroché el cinturón y condujiste despacio, camino a casa, por las calles desiertas y mojadas por las gotas que resbalaron de una pertinaz nube de otoño.

- *Qué bien, ¿no? Creo que Ana y Miguel hacen una pareja estupenda. No me extraña que estén tan contentos.*

- *Vaya dos gilipollas. No saben lo que se les viene encima.*

Te miré. Estabas sereno. Y hablabas en serio.

- *¿Qué?*

- *Que vaya dos gilipollas. La han cagado pero bien. En cuanto tienes un hijo, se acabó. No haces más que cambiar pañales y ahorrar para la universidad. En menudo lío se han metido estos dos, ya me lo dirás cuando pasen unos meses.*

- *No sabía que no te gustaban los niños.*

- *Sí me gustan, pero para un ratito. Y mejor si son los de los demás. Los niños son un coñazo, Violeta, un auténtico coñazo. Hombre, algún día hay que tenerlos y los tendremos, si tú quieres, pero, si fuera por mí...*

- *Yo no me lo he planteado nunca. No sé si quiero tener hijos o no, ahora mismo la verdad es que no, pero ¿has visto la cara de Ana? Estaba radiante, feliz, y Miguel más que ella. No sé, a lo mejor no es tan malo como te lo imaginas, Álvaro.*

Llegamos a casa y paraste el motor. Pusiste una mano sobre uno de mis pechos y me besaste.

- *¿Quieres quedarte embarazada esta noche? ¿Eso quieres? Venga, vamos, ahora mismo, ¡lo que sea para que estés contenta!».*

Violeta cerró el cuaderno. No sabía cómo continuar ni por qué se había acordado de esa cena. Aquella noche no se sintió mal al enterarse de que a Álvaro no le entusiasmaban los niños. Habían hablado poco sobre ello y ella ya sabía que no había muchas posibilidades de que fuera un padrazo pero tampoco se lo había planteado en serio. ¿Por qué recordaba ahora esa

experiencia? Álvaro era un cínico y un falso y daba una cara que no era la real. Había felicitado a sus amigos como si ser padres fuera lo más maravilloso del mundo y luego, a solas con ella, le había confirmado que no sentía ningún instinto paternal, si es que eso existía. Pero eso en sí no le convertía en malo ni en bueno, simplemente era una opción, por la que cada cual podía optar o no según sus circunstancias. Se quedó sentada, intentando encontrar la razón por la que había escrito aquella experiencia en el cuaderno. Y lo consiguió después de un rato. Lo que le preocupaba no era que él no quisiera tener hijos, sino que pretendiera imponerle esa opción a ella. Porque, para tomar una decisión así, para que una pareja decidiera renunciar a ser padres, a formar una familia, ambos debían estar completamente seguros y decidirlo juntos. Para eso, no valía la coacción ni la pena, ni tampoco el amor, para eso había que ser egoísta y pensar solo en lo que quería uno mismo. Entonces se dio cuenta de qué era lo que temía, la razón por la que había escrito esas memorias en la libreta: si Álvaro se enteraba de que ella estaba embarazada, intentaría que ella abortara, estaba segura. Porque él no quería tener un hijo ahora, ni tampoco lo querría nunca. Quizás solo por esa razón, ella debía tener el niño.

Miró al frente. Se encontró de nuevo con los ojos de la virgen y sintió que le devolvía la mirada, como si supiera que estaba pensando en deshacerse de uno de sus súbditos. Era una ilusión, pero sentada frente a la talla, estaba dispuesta a creerlo y, cuando volvió a levantarse para seguir el paseo, le pidió perdón. Aunque enseguida comenzó de nuevo a desconfiar de cualquiera que impusiera unas normas mediante la fuerza, cualquier tipo de fuerza, incluso la que provenía del remordimiento y la esperanza de la existencia de otro mundo mejor. Una vez que su ánimo se apaciguó, pudo mirar hacia el bosque. Se imaginó que aquel lugar estaba de verdad encantado por las xanas que su abuelo no se atrevía a perseguir de pequeño. Detrás de sus cristalinos ojos azules no podía haber maldad, solo juego, y era muy fácil que quisieran vivir allí entre el mar, la roca y el cielo. Se sintió a salvo cuando finalmente dejó atrás la sombra del último árbol y se sumergió en la majestuosidad de una playa vacía, inmensa de grises y azules, repleta de peces plateados y gritos de gaviota. Anduvo un rato por la arena, sin encontrar el momento de volver: le resultaba demasiado difícil dejar allí tanta belleza. Pero las nubes empezaron

a oscurecerse como la montaña y llamó a Zara para regresar a la casa. La perra seguía persiguiendo trozos de madera que las olas llevaban y traían y al principio no le hizo caso. Solo cuando la perdió de vista decidió claudicar y seguirla. Violeta la veía correr zigzagueando, levantando en cada paso montoncitos de arena que caían sobre ella y terminaban asustándola y haciendo que corriera aún más deprisa.

El sol se ocultaba ya y sus rayos eran de metal. Violeta los contemplaba mientras desaparecían por detrás de la montaña. Volvía a tener ganas de hacer pis. Mira que se lo habían contado pero ella no había hecho mucho caso. Eso y el ardor de estómago era lo que peor llevaba. Tener que beber continuamente para que la placenta se regenerara a la velocidad precisa le hacía tomar la botella y beber aproximadamente cada media hora. Y eso que no era demasiado metódica. Podría haber sido peor, podría haber sido como su amiga Paula, a quien hacía ya mil años que no veía. La frecuencia de absorción de Paula era de un sorbo cada veinte minutos. Y la de quejidos, de uno cada treinta. Ella se quejaba por todo, por los tobillos hinchados, por el dolor de los pechos, por los mareos al levantarse y hasta por quedarse dormida en el cine. Pero su marido era un cielo y cuanto más se quejaba ella, más cerca estaba él; calzonazos, le llamaba Álvaro. Violeta se dio cuenta de que la echaba de menos. Había sido la primera persona a quien conoció en la Universidad y enseguida se hicieron amigas. Pero, después de tener al niño, Álvaro siempre encontraba algo mejor que hacer cuando les llamaban. Entonces no se dio cuenta; simplemente pasó el tiempo y ya solo hacían por verse en Navidades y se llamaban en sus cumpleaños. Paula le enviaba siempre unos dulces de chocolate con relleno de menta. Cada cinco de agosto, sin faltar uno, recibía su paquete de After Eight con una nota en papel invariablemente rosa: «¿Qué tal van tus arrugas? Muchas felicidades, Paula».

Se comió el resto de fruta que había echado en la mochila. ¡Agggg! Con el bocadillo había terminado hacía ya una hora al menos, en cuanto se levantó de la gruta de la virgen y comenzó su paseo por la playa. Zara corría delante de ella persiguiendo la espuma y luego regresaba a su lado para volver a salir corriendo. Ladraba como loca y verla así le infundía una euforia tan frenética que le habría gustado seguirla. Pero era imposible, su perra corría mucho más rápido y hacía quiebros que ni en sus mejores tiempos de corredora en el

colegio podría haber emulado. La fruta, aggg, la fruta; solo olerla le ponía dolor de estómago, pero el bebé necesitaba vitaminas. ¿Y por qué le importaba tanto eso? Era extraño. No conseguía verlo tan solo como algo vivo pero informe y la única despersonalización de su existencia que había logrado por el momento había sido la de seguir sin haberle puesto nombre. La nuez, aunque anónima y buceando en un ignoto silencio acuático, era ya su nuez, con ojos, nariz, dedos y pelo.

Además, estaba lo de los pechos, como dos pelotas de baloncesto, duros, grandes, flexibles, enhiestos; si a Álvaro le hubiera dado tiempo a verlos... Lo malo era que le dolían mucho, sobre todo al cambiar el tiempo, cuando sentía frío, los pezones se le ponía erectos y notaba unos pinchazos tan adentro que tenía que frotárselos hasta que entraban en calor. ¿Cuánto tiempo tardaría su cuerpo en volver a ser como antes cuando se deshiciera del bebé? ¿Tardaría lo mismo si llegaba a dar a luz? Nunca antes se lo había preguntado pero, ahora que tenía cita para ir a la clínica, ese tipo de dudas la asaltaban sin remedio. Pensó en Diego, ¿qué opinaría él? ¿Qué le diría si le contara la verdad? Pero no podía hacerlo, seguía sintiendo vergüenza y miedo. Era como si, al decirlo en alto, lo que temía tomara forma otra vez.

Llegaron a la casa. Era lo más azul que había visto nunca en una casa. De hecho, jamás había visto otra casa azul. Las ventanas blancas eran estrellas desperdigadas por la fachada de cielo lapislázuli y las pilastras de los balcones parecían sus estelas. Zara entró corriendo y se hizo un ovillo azabache sobre su cojín. Después la ignoró el resto de la noche, quizás como castigo por haberle obligado a abandonar sus queridos troncos. Violeta buscó a su abuelo y se dio cuenta de que su corazón se aceleraba a medida que lo llamaba y él no le contestaba y se aceleraba aún más cuando no conseguía encontrarle. Le vino a la mente cuando murió la madre de Álvaro y su padre se presentó en su casa sin avisarles. Llegó de trabajar y se los encontró a los dos sentados en la cocina. Ella le había preparado un café y llevaban un rato charlando. Sentía curiosidad por conocer a su familia, él jamás le hablaba de ellos, solo sabía que había vivido casi siempre con su abuela, hasta que ella falleció. Al entrar no se abrazaron ni se besaron y tan solo recordaba un aséptico «hola, hijo qué es de tu vida» y un «bien gracias, qué es de la tuya». Luego Álvaro subió a ducharse y volvió con el pijama puesto. «Qué haces

aquí», le dijo mientras picoteaba de los dulces que ella había sacado. El padre le contó entonces que su madre había muerto y que la enterraban al día siguiente. Álvaro no contestó nada, se levantó y fue a la nevera, abrió una lata de cerveza y se la tomó de un trago. Luego se acercó a ella y le explicó que le dolía la cabeza y que se iba a acostar. «Adiós, papá, me alegro de que estés bien». Y la dejó con él en la cocina. El padre de Álvaro era un hombre menudo y triste; en otros tiempos quizá habría sido guapo, ahora no era nada.

«Lo siento», le dijo ella. «Debe de haberle afectado mucho y por eso se ha comportado así». «Sí, es eso», le contestó el hombre. Luego se apartó de la mesa y se dirigió a por su abrigo pero a medio camino se volvió y la miró a los ojos. Los suyos parpadeaban rápido. «No, no es eso. He sido yo, siempre he sido yo. Él no tiene la culpa de nada. Su madre nos abandonó, me dejó por otro cuando él tenía solo dos años y yo no supe superarlo y me derrumbé. No supe qué hacer con un crío. Luego mi madre le crió igual que a mí: ninguno de los dos supimos nunca lo que era ser un niño amado. Pero la culpa fue mía, solo mía, no supe enmendar aquello y aprender a quererle y permití que sufriera lo mismo que sufrí yo. Lo siento mucho aunque ya es tarde hasta para eso». Él se echó a llorar sobre su hombro. Violeta no sabía qué decirle y no dijo nada. Solo esperó. Cuando se calmó, él le estrechó la mano, volvió a girarse para recoger el abrigo y ella no volvió a verle.

Ahora se sorprendía de que esa escena no hubiera significado nada en su vida. No le preguntó, no quería saber. Entonces él ya la había pegado alguna vez. Habían sido tan solo rabietas de furia que terminaban con una discusión violenta, un golpe y, al día siguiente a más tardar, un regalo. Pero Violeta no quiso darle más vueltas. Aquella noche, al tumbarse junto a Álvaro, taparse con el edredón y advertir su respiración reposada, antes de dormirse ella también solo le dio tiempo a pensar unos instantes en que lo que más le habría gustado en el mundo era tener un padre y una madre a su lado mientras que eso, para él, carecía de la más mínima importancia. Y solo ahora, después de haber encontrado de forma inesperada la fuerza para escapar, estaba empezando a relacionar su incapacidad de amarla de otro modo con la confesión de aquel hombre vencido y triste, y con la mirada displicente con que aquella noche Álvaro se despidió de él e ignoró de paso a su madre muerta. También se dio cuenta de que entonces no había querido ver lo

diferentes que eran sus formas de querer. Comenzó a subir las escaleras para llegar a la habitación de su abuelo. La madera crujió bajo su peso.

—Diego, contéstame, ¿dónde estás?

A la tercera pregunta y el sexto escalón, él la tranquilizó.

—Ahora bajo, me he quedado dormido más tiempo de la cuenta. Ahora bajo.

La sangre volvió a circularle a un ritmo normal de embarazada que regresa de caminar y necesita glucosa y paz. Su abuelo bajaba despacio los escalones. Las bolsas de los ojos se le habían hinchado un poco más y parecían titubear como mercurio rosa rodando sobre el suelo. También creyó ver que sus manos temblaban al agarrarse a la barandilla.

—Pajarito, ¿quieres hacer algo mañana? Me refiero a algo tú sola, sin ir acompañada de un señor que se para cada diez pasos.

—Pues no lo había pensado. No se me había ocurrido hacer turismo, aunque no porque no me apetezca conocer esto. No conozco Asturias, aunque puede que no te lo creas, no me había dado por venir antes y eso que tiene pinta de ser una maravilla y tiene fama de que se come fenomenal. ¿Por qué lo dices?

—Debo ir mañana a ver a otra persona pero me gustaría ir solo. No quiero aburrirte y este amigo es muy especial, seguro que estaremos un buen rato charlando.

—No me importa acompañarte aunque tardes, abuelo, no tengo nada que hacer. He venido para eso.

—Ya, pero de verdad prefiero ir solo. Es aquí, en Villaviciosa. He pensado en llamar un taxi para que me lleve y me recoja. Luego podríamos salir a comer afuera, donde deseas.

—Como prefieras, no voy a insistir. Cuando me levante, que últimamente es siempre tardísimo, iré a hacer algunas compras. Podemos quedar a la hora de la comida.

Ella dejó en el salón a Diego y pasó a la cocina. Rebuscó en la nevera y cogió un par de quesitos y un plátano. La fruta que menos le repugnaba. Comenzó a abrir el envoltorio plata en forma de triángulo y, al ir a salir, se fijó en su móvil. Tenía tres llamadas perdidas de Álvaro. Violeta alzó la tapa, quitó la tarjeta y lo dejó muerto sobre la mesa. Entonces, un timbrazo la

sobresaltó, pero su abuelo enseguida lo reconoció: provenía de la cancela de la entrada principal. Él retiró el visillo para observar a través de la ventana. Un desconocido esperaba tras la verja. Enseguida fue a recibirle y regresó acompañado.

—Violeta, creo que vienen a verte.

Zara fue la primera que reconoció a los visitantes. Se levantó como si la impulsara un resorte y salió corriendo hacia la puerta. Giselle se tiró al suelo y la acarició como solo ella sabía. Parecía que habían sido buenas amigas desde siempre.

—Abuelo, son Ollivier y su hija, Giselle, nos conocimos ayer en la playa — la joven se volvió y miró a los recién llegados—; y él es mi abuelo Diego.

Violeta le guiñó un ojo a la niña y ella le devolvió el guiño. Recordó que no le había contado a Diego su aventura en la playa. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pero él no le preguntó, ¿por qué iba a cambiar sus costumbres a estas alturas?

—Veo que Zara conoce de sobra a Giselle. Encantado de conocerle, Ollivier, está usted en su casa.

El hombre miraba a Violeta mientras retorció con ambas manos las mangas de su chaqueta, que llevaba colgando del brazo. De súbito, el tono de su piel varió en diferentes matices, del rojo intenso, al sonrosado y de ahí, al pálido. Su lividez se veía mortecina a la luz azul de las dos claraboyas del salón. Ollivier no miró a Diego ni le contestó pero se colgó la chaqueta en un brazo y usó el otro para responder, con una opresión enérgica, a la mano frágil que el anciano le ofrecía.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te traiga algo de beber? Pareces cansado. Y ya hay algo más que ayer en la cocina.

—No, no te preocupes, Violeta, te lo agradezco pero estoy bien, solo es el cansancio, cuidar de una niña terremoto es agotador.

—Pero ¿cómo? ¿Esta niña tan bonita es un terremoto? Pues nadie lo diría —Diego se había acercado a Giselle y le hablaba agachando la cabeza hasta ponerla a la altura de la suya—. ¿Y esta muñeca que llevas tan preciosa? ¿Es tuya? ¿Te importaría enseñármela? Yo sé hacer muñecas así.

La niña dejó de acariciar a la perra y su interés voló hacia Diego. Abrazó fuerte a su muñeca.

—Los abuelos no hacen muñecas.

—Eso depende de los abuelos y de las muñecas.

—Eso no lo entiendo.

Todos se rieron, menos Giselle. Estaba muy seria. Su padre solo había movido ligeramente las comisuras de los labios, en un intento de sonrisa; pero enseguida las estiró de nuevo. Se acercó un poco a la niña y de algún modo consiguió que las manos dejaran de temblarle.

—Hay algunos abuelos que sí pueden fabricar algunos tipos de muñecas. Eso es lo que significa, Giselle.

Seguía muy pálido; la voz le bailaba con una vibración ligera que solo él percibía y que hacía variar la entonación de sus palabras.

—Mi abuelo André no sabe hacer ninguna muñeca. Aunque él no sabe hacer nada más que leer y fumar, eso es lo que dice la abuela.

—¿Quieres venir conmigo, Giselle? Me gustaría enseñarte un nido de estorninos, están a punto de salir, ¿sabes? Ahora solo hay huevos, pero la madre nos dejará verlos. ¿Puedo?

Diego miró a Ollivier, que terminó por asentir con la cabeza y la niña le dio la muñeca a Violeta mientras se la encomendaba con la mirada, tomó la mano que el anciano le ofrecía y le siguió al jardín.

—Es un encanto tu hija. Se gana a todo el mundo.

—Sí, le está sentando muy bien este viaje. Y la perra le ha maravillado. Se ha tirado dándome la tabarra para que volviéramos desde que nos fuimos ayer. Quería que te trajera un regalo por haberle dejado jugar con Zara. No te creas que ha sido por ayudarle a ella, no, solo es porque tú le «presentaste» a Zara. Y le he hecho caso. Perdona el envoltorio, Giselle insistió en que debíamos hacerlo todo con lo que tuviéramos por casa. No voy a contarte lo que quería utilizar para atarlo —Ollivier sacó de su bandolera una pequeña caja envuelta en papel de periódico y se la dio a Violeta. Al cogerlo, le rozó la mano y ella percibió la suya demasiado fría pero extrañamente suave para lo robusto que le había parecido su antebrazo. Era una manía suya desde el instituto, lo primero en lo que se fijaba siempre en un hombre: si sus manos eran grandes o pequeñas y si su trasero se veía metido hacia dentro o respingón. Violeta sonrió, ¡todavía no sabría decir de cuál de los dos tipos de hombre era Ollivier!—. Por favor, ábrelo antes de que entre y luego lo vuelves a envolver

un poco; querrá dártelo ella misma. Venía emocionada, aunque me temo que han podido más la perra y los pájaros que él está enseñándole. Me gustaría que supieras lo que es para avisarte de que no admitirá que lo rechaces.

—Gracias, pero no hice nada, estar con tu hija me encantó. De verdad.

—Ábrelo, por favor.

Violeta empezó a desenvolver con sumo cuidado el paquete. Oía afuera a la niña gritar y a su abuelo chistarle para que no hiciera ruido. Unas hermosísimas rosas en relieve sobre lo que parecía un vaso de cristal aparecieron enseguida, pero tuvo que quitar todo el papel para averiguar cuál era el regalo: un perfumero antiguo, con el tapón y el fondo de plata vieja en la que se veían grabadas las mismas rosas que en el cristal, y una borla dosificadora con un pompón de seda gris. Brillaba.

—Lo siento, no puedo aceptarlo. Es demasiado bonito y demasiado valioso. Yo no hice nada.

—Giselle lo lleva siempre entre sus cosas. Ella lo eligió para ti. No pude decirle que no y tú tampoco. Antes era así siempre, risueña, confiada, traviesa; incluso demasiado audaz. Desde que os conocimos ayer es como si la hubiera recuperado. No podrás decirle que no lo quieres, no te va a dejar rechazarlo. También es terca como una mula.

—Pues entonces le diré que me lo quedo pero te lo llevas sin que ella se dé cuenta.

—Yo no hago esas cosas. Lo siento.

Ollivier se había puesto otra vez muy serio. Pero un hombre como él sentía rubor de parecerlo en público. Quiso sonreír y su boca se movió en un rictus ligeramente impertinente. Violeta no supo interpretar su mirada.

—Veo que no tengo más remedio que aceptarlo. Muchas gracias, es realmente precioso. Tendré que comprar un buen perfume acorde con el envase.

—Quiero que sepas que es un regalo que significa mucho para ella. Se lo regaló su bisabuela, todavía no entiendo cómo ha querido desprenderse de él. Pero ella ha tomado la decisión y yo la respeto. Todo vale a cambio de una sonrisa suya. Hacía mucho que no la veía tan feliz.

—Si quieres puedo decirle que no lo quiero, de verdad. Me pondré seria.

—No insistas, por favor.

Violeta dejó el perfumero detrás de ella, sobre la mesa. El aroma dulzón de las magnolias florecidas y los jazmines que entraba por la ventana se mezcló con el del aceite de linaza, alguien había embadurnado con él el suelo y todavía brillaba en algunas baldosas. La combinación de olores era extraña, ni desagradable ni cansina ni grata. Como de bocadillo de calamares en una pastelería.

—Giselle me contó que su madre había muerto. Debe de ser muy duro. Para los dos.

—¿Ella te dijo eso?

—Me dijo que se había ido. Y se le notaba muy dolida.

—Su madre no está muerta. Nos abandonó. Ella lo sabe, yo no se lo he ocultado.

—Por favor, discúlpame. No debería haberte dicho eso.

—No tengo nada que disculpar, no tenías por qué saberlo. Además, he sido yo quien te ha dado pie contándote que ella no está bien. Es lo lógico. Solo demuestra que eres una persona sensible.

—Entonces también es normal que ella esté triste. Sé de lo que hablo. Mi madre murió cuando yo tenía más o menos su edad. Para ella, quizás sería incluso más fácil si realmente estuviera muerta.

No solo para ella —Ollivier la miró a los ojos. Violeta no supo si él estaba a punto de llorar o de irse. Pero no hizo ninguna de las dos cosas—. No imagino ninguna razón para abandonar a una hija.

El rostro de Ollivier cambió de expresión. Eso mismo le había dicho a ella. ¿Cómo iba a hacerle eso a su hija? ¿Es que no tenía corazón? Qué estúpido...; ella no le insultó, pero él vio en su expresión que le consideraba un tonto. Aunque no era una cuestión de corazón: nunca había querido tener hijos; él lo sabía y, si no había querido aceptarlo, solo había sido porque le gustaba vivir en la ceguera. Correcta y comedida en sus palabras aunque hiriente y ofensiva en lo que callaba pero demostraba, más que una bella flor venenosa que llama la atención por su aroma o su color pero escuece si la tocas. Ciego... Si todo lo que él veía era a través de los ojos de ella, eso había sido su vida hasta que les dejó a los dos, un crisol de todo lo que su mujer deseaba. Él luego lo fundía y le daba forma según el antojo de ella.

—Yo tampoco imagino ninguna. Y no sabes hasta qué punto me hago esa

pregunta últimamente. Me obsesiona. No puedo entenderlo. Es monstruoso. La maldad se ceba siempre en los más débiles y un niño lo es, el más débil de todos. Es lo más ruin, abandonar a un niño y, si es tu hijo, no solo es ruin, es una aberración. El mayor maltrato del que es capaz el ser humano. No puedo dejar de odiar por eso.

Ollivier bajó la vista al suelo. Ahora sí estaba llorando.

Violeta se aproximó a él y le acarició el rostro. Él le tomó la mano, se la sostuvo un momento y luego se intentó limpiar las lágrimas con los dedos antes de elevar de nuevo la cabeza para mirarla.

—Gracias.

—Siento mucho que estéis pasando por esto. Y también siento haberte obligado a contármelo.

—No me has obligado, soy mayorcito. Yo quería contártelo, si no, no lo habría hecho. Creo que quería hacerlo desde ayer, cuando entré en esta casa. A veces es más fácil hablar con alguien completamente desconocido pero cualquiera no está dispuesto a escuchar. Gracias a ti, Violeta.

Zara se coló corriendo por la puerta y, detrás de ella, apareció enseguida Giselle. Estaba despeinada y sudorosa, pero una sonrisa infinita descartaba que le importara lo más mínimo.

—¡Papá! ¡Papá! Diego me ha enseñado un nido lleno de huevos pequeñitos ¡y uno se ha roto cuando lo estábamos mirando y hemos visto cómo salía un pajarito! Era muy feo. Estaba todo mojado y sucio, y tenía los ojos enormes y negros. Ha empezado a piar sin parar y entonces hemos tenido que irnos porque su madre no se iba a acercar si estábamos nosotros tan cerca y podría morirse de hambre. Eso me lo ha explicado Diego. Él es un ornitorrinco.

—¿Un ornitorrinco? Hija, ¿cómo va a ser Diego un ornitorrinco?

El ornitorrinco apareció al cabo de un minuto, mucho más sosegado y cansado que la niña. Al verle entrar, Ollivier volvió a ponerse rígido. No podía evitarlo. No quería evitarlo.

—Imposible, no puedo seguirla. No puedo. Es un torbellino, usted tenía razón, Ollivier. Pero qué ilusión hace verle la cara cuando la pájara llega al nido con un gusano que todavía se mueve enganchado en el pico y lo reparte entre sus polluelos. Siempre es la misma ilusión. Todos los niños son iguales, da igual cuándo hayan sido niños.

—Papá, Diego es alguien a quien le gusta estudiar los pájaros. También me lo ha explicado él, porque yo no había oído esa palabra nunca antes.

Violeta soltó una sonora carcajada mientras Ollivier se llevaba las manos a la cabeza. Qué afición demostraba por ese gesto tan extraño en un hombre tan serio. Le daba un aire pueril que no encajaba con el resto de sus ademanes, tan comedidos. Le comparó con Álvaro. Él jamás habría reaccionado así ante la gracia de una niña; la habría mirado, quizás, con desdén y la habría ignorado, después, por completo.

—¿Qué os hace tanta gracia? Si puede saberse.

El anciano se dirigió a la cocina sin esperar respuesta y volvió enseguida con una bandeja con varios vasos y una jarra de limonada. Mientras les servía a todos, Zara volvió a salir corriendo hacia el jardín y la niña la persiguió. La misma energía tenían ambas y trotaban casi de la misma forma.

—Que sepas que eres un ornitorrinco, abuelo. Mira, Ollivier me ha traído este regalo, para agradecerme que encontrara ayer a su hija en la playa.

—¿Cuándo fue eso que no me lo contaste?

Diego tomó un trago de su bebida. El sabor chispeante del limón y el azúcar vivificaba.

—Ayer por la mañana, cuando me desperté y te habías ido. Luego se me olvidó completamente. Encontré a Giselle al lado de la orilla, o mejor dicho, la encontró Zara y se entretuvieron juntas. Después todos vinimos dando un paseo hasta casa.

Diego tomó el objeto y se lo llevó cerca de la ventana, donde lo observó durante unos minutos. Luego lo volvió a dejar sobre la mesa.

—Es un perfumero precioso. Y es antiguo. Al menos debe de tener cien años, ¿no? Permítame que le diga que es usted muy generoso. Y su pequeña hija un cielo.

—Ha sido ella quien ha querido regalárselo a Violeta y yo creo que es un bonito regalo. El perfumero es suyo. Ella decide. Y yo valoro mucho a mi hija. Sé que lo hace de corazón y que no se arrepentirá.

—Hace usted bien. Es una niña muy lista. Pero tendrán que quedarse a cenar con nosotros, entonces. Yo también valoro a mi nieta y ella tiene una cara que hacía mucho tiempo que no le veía. Mucho tiempo. Y además, me encantaría que me contara cosas de su país, yo viví en Francia hace muchos

años, ¿sabe? No en su mejor época, todo hay que decirlo, pero al principio fueron tiempos muy buenos. Pero habla usted muy bien el castellano y su hija también, ¿tiene parientes de por aquí?

Ollivier se había apoyado contra la pared. Antes de llegar a esa maldita casa, pensaba que sentiría un impulso desenfrenado por gritar la verdad y luego cogería a Giselle del brazo y se la llevaría de vuelta habiendo arreglado todos sus problemas. Pero sus planes se habían descolocado un poco: un poco de una altura aproximada de metro setenta, aparentemente, con los ojos grises y el pelo rubio; y otro poco de menos de cincuenta centímetros, con toda seguridad, con los ojos negros y un ladrido ensordecedor para tan poco perro. Después de todo, ahora que tenía delante a la persona a quien había venido a buscar, no era capaz de decirle lo que llevaba tiempo reconcomiéndole por dentro. Él solo era un anciano amable y servicial y Giselle adoraba a su nieta tan solo habiéndola visto una vez. Algunas personas tenían en su interior un halo que atraía a otros. Y él quería odiar a Diego, pensó que ya lo hacía, pero se dio cuenta de que no le odiaba a él, sino a la idea de él que se había hecho durante mucho tiempo. A esa idea que sin embargo su abuela jamás había dejado de amar, por la que nunca volvió a entregarse en alma a ningún otro hombre. Si ella, que era la persona a quien Diego había dejado sola con su hija, no le odiaba, ¿qué derecho tenía él a entrar en el mundo de un anciano y derrumbárselo, qué derecho tenía a pedirle explicaciones, a cogerle por los recuerdos y a exprimírselos? Su madre se lo había advertido: «Ollivier, yo no le odio y era mi padre, ¿por qué no le perdonas tú? Él no podrá devolverte lo que otra persona te robó, eso solo lo puedes arreglar tú mismo. ¿Es que no lo entiendes?». Ahora lo entendía. Pero algo muy dentro y que no podía controlar le seguía impulsando a buscar un culpable.

—No podemos quedarnos, lo siento. En cuanto Giselle le dé el regalo a Violeta, debemos irnos. Será difícil sacarla de aquí, pero tengo otro compromiso. De todos modos, se lo agradezco mucho. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

CAPÍTULO 8

I

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (1:15 h)

Las sombras se proyectan sobre las paredes. Y son inabarcables, parecen largas lenguas de sombras, largas lenguas. Chupan los escollos de la luz y la absorben entre sus tinieblas y, desde allí, me observan incólumes, me observan. Saldría corriendo, si pudiera, si pudiera, necesitaría correr para encontrarte lejos, Elisa. Me duele el alma, las piernas, los recuerdos, las articulaciones, las sombras, las manos, las palabras. Y si cierro los ojos es peor, sigo viéndote muerta. Tendría que haber traído tu cuadro, mi ancla a tus manos, mi soga de ahorcado al último palo de vida, mi único imán a tu recuerdo metálico. Tu único recuerdo. Solo pintaste un retrato tuyo, solo uno, tú con la guitarra, en una pasión inventada; solo tus ojos en los ojos de la mujer que la tocaba. Elisa... ¿por qué no quisiste pintarte más veces? Quizás, si pudiera verte de nuevo, mi dolor se volvería menos amargo. Podrías conseguir que en tus ojos reencontrara la paz, pero no me dejaste convencerte. Y ya solo te tengo perdida entre mis sueños. Muchas veces te encuentro, me topo con tu mirada que me hace recordar, volver a vivirte. Y como has venido vuelves a escaparte y mis lágrimas se rebelan contra mi razón, cayendo para estrellarse contra el suelo, como me lanzaría yo desde un cerro si tuviera el valor. Entonces no puedo volver a alcanzarte hasta que tú decides que te recuerde de nuevo. Enciendo la luz y las sombras no desaparecen, no se desvanecerían ni aunque incidieran sobre ellas mil rayos de sol y, además, aún faltan muchas horas para que llegue el alba, si es que llega. Arrastro los pies intentando que me lleven de nuevo hasta el desván. Lo consigo sin creerlo y

giro la llave. Espero, espero, espero.

No sé si podré volver a verlos o me pasará como ayer, que me quedé aquí, esperando. Espero. Bajo los ojos al suelo. Si pudiera, me enterraría en él ya, pero no puedo, Violeta no está preparada aún. Ni yo tampoco. No sé si lo estaré algún día. Ahora pienso a veces que me equivoqué, que no tenía ningún derecho a hacer lo que hice. Ahora que debo volver a ver a la abogada y decidir si tengo el valor, si se lo cuento, ahora es cuando dudo. Nunca así hasta ahora. Pero ahora tengo que decidirme de una vez. Los cuadros pueden no ser suficientes para contarlo todo. Pero ¿cómo podría explicarle mi pecado? Si ellas fueron mis luces, sin ellas, me habría muerto. Aunque sé que eso no me dio ningún derecho. ¿Podrían llegar a perdonarme? Si no me perdono yo mismo, si cuando pienso en ello, soy yo mi verdugo y mi soga al cuello. Quizás si consiguiera volver a ver los cuadros, si te viera de nuevo, me insuflarías la fuerza que no tengo para responder del mal que causé. ¿Fue mal aquello? No lo podré saber nunca. Ayúdame tú, Elisa. Por favor, ayúdame a saberlo y a responder si toca. Sé que las mentí y que no debí hacerlo. Pero puedo enmendarlo ahora. Ánimo, Diego, tienes que hacerlo, tienes que entrar y volver a verlos. Aunque te duela, aunque sientas que se te parte el pecho y que los ojos te lagrimean y tu mente te llevaría lejos, tienes que enseñárselos ya, al menos tienes que hacer eso. Se te está acabando el tiempo. A todos se nos acaba, tendrías que haber visto a Martín, él sí que está viejo, la vida le ha tratado mal, como él trató a la vida. Tendrías que haberle visto, parálítico y escuálido, ni rastro del hombre guapo y fuerte que conociste. Preferiría mil veces no haberle encontrado, aunque ¿pensaría él lo mismo de mí? Da igual, yo me hubiera muerto tranquilo sin volver a saber de él pero tenía que pedirle algo. Lo único que te oculté de mí. Lo único. Déjame que me confiese, Elisa, déjame.

Al mirarle a él, os volví a ver a todos: a ti, a mis padres, a Danielle, a su conde prusiano, a mi prima, a tu padre y a tu madre. Tu pobre madre. No se mereció nunca su suerte, no debió vivir así. Aunque tú fuiste su luz, eso me unirá siempre a ella, ambos vivíamos a la vera de tu intensa y tibia luz. Siempre supe que fue mucho mejor que no la vieras, que se llevaran su cuerpo para amortajarla antes de que nosotros llegáramos. La vida se volvía no vida cuando te veía sufrir y ya pensé que te perdía cuando entramos en tu casa y nos

contaron lo que había ocurrido. Tu padre se abrazó a ti y estuvisteis llorando juntos hasta que él se derrumbó y mis padres lograron acostarlo. El médico tuvo que administrarle tranquilizantes para que durmiera ese día y muchos otros. Tú te sentaste en el sillón y metiste la cabeza entre las piernas hasta hacerte un rebujo compacto, tembloroso y vulnerable, indefenso, irreductible, casi inerte. Solo se te oía llorar. Hasta que te quedaste sin lágrimas pero seguiste envuelta en ti. Se hizo de noche y yo me senté a tu lado y te abracé y te acaricié el pelo intentando convencerte de que me dejaras acercarme y consolarte, un pobre consuelo de la mano de un hombre que te amaba más que a nadie. No sé en qué momento, nos quedamos dormidos los dos sobre el sillón, tú enroscada sobre ti misma y yo sobre ti, hasta que, al llegar el alba, me dijiste «vámonos, ella descansará por fin» y me dejaste llevarte por las calles recién amanecidas y nos metimos en la cama y me dormí otra vez abrazado a ti.

Durante meses, no volviste a hablar de ella. Cuando empezaste a hacerlo, la nombrabas siempre como si estuviera a punto de aparecer, como si no estuviera muerta y pudieras volver a verla en cualquier momento, parecía que ella te miraría y te diría «Elisa, vamos, mi amor, que es tarde, vámonos a casa ya». Pero cada noche al peinarte antes de irte a dormir, te oía hablarle frente al espejo. Sabía que la echabas tanto de menos que yo no podría hacer nada por ayudarte más que esperar a que tu dolor, por sí solo, fuera remitiendo.

Pero deja que este viejo se confiese, por fin. El día en que por fin saliste de tu habitación después de que tu madre te dejara, cuando encontramos las maletas que te hicieron sentirla un poco más cerca de ti, yo guardé por primera vez un secreto que jamás llegue a compartir contigo. No puedo arrepentirme ahora porque luego supe que hice bien pero los secretos queman si alguna vez no son dichos. Elisa, yo solo te mostré los dibujos que debía, los que tú necesitabas tener. Pero había muchos más. Allí, en el piso de tus padres quedaron otras dos maletas con más cuadernos. Entonces no supe bien por qué los dejaba allí y horas más tarde, cuando quedaste por fin dormida y me pareció que empezarías a sonreír otra vez, regresé a la casa de tus padres y, durante un rato, estuve observando los dibujos. Algunos eran muy desagradables y no me gustaron. Intuí que no debías verlos, que podrían reabrir alguna herida que por fin se estaba cerrando y tan solo me los llevé

conmigo y se los dejé a Martín hasta que pudiera decidir qué debía hacer con ellos. Quise esperar a que pasara más tiempo, a que el dolor que seguías sintiendo por la pérdida de tu madre se suavizara al menos. Pero no supe que otros decidirían por mí. Ahora necesito recuperarlos, son parte de ti, de tu esencia, de lo que fuiste, de lo que fui.

II

«El atentado contra el secretario de la Embajada alemana en París por parte de un ciudadano judío ha provocado una dura represión sobre los judíos en todo el Reich. Se les ha prohibido por decreto usar armas y quien incumpla la prohibición será enviado a un campo de concentración o sufrirá una condena de veinte años de cárcel. En toda Europa, se han saqueado las sinagogas o han sido incendiadas y nadie parece incomodarse. La sinagoga de Prinsregenton Strasse arde desde la mañana y los bomberos no la apagan para salvarla, sino para evitar que el incendio se propague a los almacenes de confecciones contiguos. En numerosas ciudades se han saqueado sus negocios; los vándalos actúan impunemente. En el barrio de Steglitz los cristales de los escaparates de todos los comercios judíos yacen desperdigados por el suelo mientras la gente se aparta para no dañarse con ellos. En Munich el Banco israelita ha sido desvalijado. La policía ha detenido al director y su esposa se ha suicidado.»

París, 10 de Noviembre de 1938

Ahora, ella estaba más presente. Era extraño. Las personas que se habían ido para siempre dejaban a veces un reguero de perceptibilidad más largo e irremisible incluso que los ríos desbordados y su recuerdo era entonces más vívido de lo que había sido su existencia. Con Clara había ocurrido así, era como si sus ojos violetas siempre les estuvieran observando como cuando los levantaba de su cuaderno de cubiertas de nácar, y todos lo sentían con más intensidad que en los momentos en los que de verdad lo había hecho. Siempre que se juntaban, Milagros y Elisa hablaban de ella como si tan solo se hubiera ido a un larguísimo viaje que en cualquier momento iría a concluir. Y si en alguna ocasión se podría haber pensado en celebrar una boda en esa casa, la idea se había pospuesto indefinidamente, en espera de que esa prolongada aventura terminara y ella regresara o, al menos, en espera de que transcurriera el tiempo suficiente para que sus corazones hubieran podido resistir no ver llorar los tramposos ojos de Clara mientras su preciosa hija subía al altar o a donde hubiera sido.

—Por el amor de Dios, Diego, baja esa radio. No puedo soportar más malas noticias. Ya tengo bastante con tu tía, que me llama cada noche para contarme las últimas novedades de España, tanto si quiero escucharla como si no. Pero mi corazón no puede aguantar más penurias.

Diego se acercó al aparato y giró el dial hasta dejar solo un hilo de sonido de fondo. Las noticias de su país no eran precisamente las que más le preocupaban ahora, la guerra tendría que acabar sin tardar mucho, los republicanos ya no tenían demasiados apoyos y los sublevados iban ganando posiciones. La doncella entró con el postre. Quesada con mermelada de frambuesa por encima. Por fin había aprendido a hacerla casi igual que en Santander, porque el queso y los *crudités* eran muy chic pero todos necesitaban de vez en cuando recuperar los sabores españoles.

—No sé por qué no queréis venir con nosotros. En Estados Unidos hay muchas oportunidades ahora y la casa es muy grande, podríamos estar juntos un tiempo, mientras decidís dónde querríais vivir allí. Diego, con el apoyo suficiente, un arquitecto como tú podría hacer una fortuna en esas tierras. Y mis socios llevan ya unos años haciendo grandes negocios en esa parte del mundo, lo tienen todo preparado para que sigamos trabajando allí. No es México, pero tiene un gran futuro por delante. Y Martín, ni que decir tiene que

las puertas están abiertas también para ti si decides cambiar de idea y unirte.

Martín fumaba apoyado en el respaldo de la silla, junto a la ventana. Desde allí, le agradeció con la mirada su ofrecimiento. Pero él también iba a quedarse, se resistía a dejar a sus amigos, incluso aunque Estados Unidos fuera el país de las oportunidades. Vaya idiotas, pero qué podía hacerle. Siguió fumando, resignado como siempre a seguir el paso que le marcaban otros. Pero algún día eso cambiaría. Solo había que tener paciencia.

—Gracias, padre, pero Elisa está consiguiendo hacerse un hueco aquí. Está vendiendo mucho, incluso en estos momentos en los que nadie sabe por dónde saldrán las cosas, Danielle es una marchante fabulosa y ella vive y trabaja en París. La galería de Nueva York que dirige su hermana también tiene muchos clientes pero ella no quiere que Elisa se vaya por el momento y aún no podemos arriesgarnos a quedarnos sin marchante, no podemos irnos. Yo puedo trabajar en cualquier parte, pero para ella es más difícil volver a empezar. No os preocupéis por nosotros, aquí estaremos bien. Francia no es España. Y no creo que ocurra nada con los alemanes. Perro ladrador...

—Déjale, Manuel, Diego es igual de terco que tú. No vas a convencerle. Ya lo llevo yo intentando varios meses y no hay forma. No hay forma. Ni los rezos, ni las velitas, ni nada de nada. Hace mucho que me enfadé con Dios y ya no me concede ni uno de mis deseos. Estoy empezando a considerar que vais a tener razón. Pero bueno, tampoco aquí estaréis solos, mi hermana y su marido saben que nos vamos y podéis contar con ellos para lo que necesitéis. Ya sabéis que Anna ahora está metida en no sé qué cosa del gobierno, con el Lebrun ese, que ya podía afeitarse el bigotito. Vinieron todos a despedirse el otro día. Mi sobrina esta guapísima, sí. Y supo sacarme un buen regalo, la muy pillá. Intentó conseguir el conjunto completo, aunque no pudo: quedará dividido en tres hasta que todos nos volvamos a reunir después de este maldito intermedio; me reservo una parte de esa maravilla de juego también para alguien muy especial. Pero es muy lista, mi sobrina. Su nuevo cargo es muy importante. Llegará muy lejos.

—Sí, tu sobrina sabe arrimarse a quien conviene, eso está claro.

—Manuel, no seas retrógrado. Y déjalo ya, no creí que te enfadarías tanto solo por esa tontería. Ya te he pedido disculpas por haberle dado a ella un regalo tuyo; es que me tienes muy mal acostumbrada... como me haces tantos...

Pero sabes de sobra que una mujer guapa puede llegar lejos sin necesidad de arrimarse, como tú dices, al menos aquí, en Francia. Anna ha trabajado muy duro para conseguir estar donde está, no lo dudes ni un momento. Y es muy capaz, podrá hacer lo que se proponga. Sabes bien que fue la que aconsejó a mi hermana y a mi cuñado que invirtieran en todas esas obras de arte justo en el momento apropiado. Ojalá les hubiéramos hecho caso y hubiéramos hecho lo mismo. Seguro que de ahí sacan buen provecho todos ellos, solo espera y verás.

—Sí, Anna llegará muy lejos, si no se encuentra en el camino ninguna esposa celosa que sea más lista que ella.

Milagros atravesó a Manuel con los ojos. La tarta estuvo a punto de atragantársele en su rollizo cuello. Cuando consiguió tragarlo, cortó otro pedazo pero esta vez lo dejó aguardando en el plato.

—Es inútil discutir algunos temas con hombres, nunca vais a dar vuestro brazo a torcer. Pero recuerda que es mi sobrina y que le debes un respeto. A ella y a mí, Manuel, sobre todo a mí.

—Perdóname, tienes razón. Estoy muy nervioso. Esto de tener que viajar en tren y en barco durante no sé cuántos días lleva muchas noches quitándome el sueño. Pero no hay más remedio, no podemos llegar en tren hasta Maine. Discúlpame, por favor. Pero recuerda lo que te digo, Anna es una mujer demasiado guapa para estar en la política. Las mujeres guapas pueden tener poder, pero mueven pasiones muy peligrosas. Y este gobierno no es muy de fiar, no llegan a tener liada la que tenían en España, pero aquí también andan a la gresca los de derechas contra los de izquierdas. Y eso nunca es bueno. Ya lo hemos podido comprobar.

—Anna sabrá cuidarse sola, estoy segura. Hasta ahora, no le ha hecho falta la ayuda de nadie, no lo olvides.

—Callad, por favor, escuchad lo que dicen en la radio. Ese Hitler está dando mucho de qué hablar, hasta le nombraron hombre del año en The Times. Y los americanos suelen saber lo que hacen. Pero fijaos lo que los alemanes han hecho con Austria y lo que les han dejado hacer con Checoslovaquia. Ese hombre no es de fiar, os lo digo yo, aunque algo tendrá cuando está donde está, ¿no? —Jaime les hablaba dándoles la espalda; se había acercado al aparato cuadrado y marrón con un gran dial en el centro, a través del que se escuchaba

a un locutor con un acento cerrado de Vichy que algunos de los presentes entendían solo a trozos—. Diego, creo que te confías demasiado. La verdad, a mí no me tranquiliza la aparente fuerza del ejército francés, ni mucho menos su máximo orgullo, la línea Maginot. Da miedo cuando la muestran en los cines, parece un invento del diablo. Pero no sé si serviría de algo si ese no se quisiera parar en Polonia. ¿Estás seguro de que no queréis volver a pensarlo? Hija, voy a echarte mucho de menos, eres lo único que me queda. No sabes la alegría que me darías si vinieras con nosotros.

Elisa pensaba en su madre. La veía sentada en el sillón mientras dibujaba algo en su cuaderno. Cuando hubo pasado el tiempo suficiente como para soportar el dolor que le causaba recordarla, solía visualizarla así más que de cualquier otra forma. ¿Qué habría querido ella que hiciera? ¿Cómo podría llegar a conseguir su sueño? Casi lo estaba logrando, sus cuadros se vendían muy bien. Aunque también había tenido que hacer más copias, había conseguido perfeccionar la técnica de tal modo que le llevaba casi el mismo tiempo reproducir un cuadro que crear uno suyo. Pero si se iba ahora, aún no tenía un nombre como para empezar sola en otro país y estaba segura de que a Danielle no le haría gracia que se fuera, con el trabajo tan particular que realizaba para ella. Había resultado ser más lucrativo de lo que les pareció en un principio y le estaba haciendo ganar mucho dinero; ambas salían beneficiadas. Y Diego por fin se había acostumbrado y había desistido de perseguirla para que lo dejara. Elisa se levantó y fue a colocarse detrás de su padre, que estaba sentado a la mesa. Desde allí, la coronilla se le veía como un halo monjil, en el que las canas superaban con creces a los cabellos coloreados. Ella se agachó un poco y le dio un beso. La voz le salió quebrada, como en un bisbiseo hueco.

—Lo siento, padre, pero no puedo irme ahora. Si me voy, renunciaré a todo por lo que he luchado, todo aquello que madre quería de mí. Siento que no puedo hacerle eso, que tengo que seguir dándole pinceladas a mi cielo, por ella y también por mí misma. No puedo irme aún. Pero le prometo que nos iremos pronto. Puedo ir enviando cartas a otras galerías cercanas a Maine y, en cuanto encuentre a alguien interesado en representarme, alguien con quien pueda continuar mi trabajo allí, le prometo que me reuniré con usted.

Jaime había encontrado por fin un modo de no llorar cuando sentía que las

lágrimas estaban a punto de volver a asomarle: cerraba los ojos e intentaba imaginar a Clara sonriendo. Eso, en lugar de ponerle más triste, le permitía recordarla cuando algo la había hecho feliz a su lado. Solían ser imágenes repetidas, que evocaban siempre actos sencillos y familiares: cuando la matrona le puso por primera vez a su hija en los brazos envuelta en un gurrúño dentro de una sábana blanquísima, al traerle él un cuaderno nuevo porque ya se le había terminado el anterior, cuando regresaba a casa alguna noche de verano de la partida con los amigos y se las encontraba a las dos tumbadas sobre una manta en el suelo del jardín hablando de sus cosas y mirando las estrellas. Y cada día tenía que cerrar los ojos menos tiempo. Ahora, apenas le costó tres segundos conseguirlo.

Elisa salió al vestíbulo y volvió con un paquete. No era difícil adivinar su contenido.

—Es para vosotros. Nos gustaría que tuvierais este cuadro. No es un regalo solo mío, también es de Diego, en realidad le pertenece a él y ambos hemos querido regalároslo.

Milagros rasgó el papel. Los trozos cayeron al suelo. Los ojos de la mujer con la guitarra miraban lejos.

—Elisa, no dejes nunca de pintar, no hay duda de que tienes algo especial, captas lo más profundo de las personas. La luminosidad de su alma. ¡Ay! qué tonta soy... ya se me olvidaba. Yo también tengo un regalo para ti. Es algo que sé que te encantaba. Significa mucho para mí y también sé que le gustaba mucho a tu madre. Me gustaría que lo tuvieras tú. Forma parte de un regalo muy valioso que me hizo Manuel cuando llegamos a París. Seguro que no se enfadará porque tú lo tengas. Y será como un juego: estará repartido entre las mujeres de la familia hasta que volvamos a estar todos juntos y lo reunamos de nuevo. Me prometes que lo guardarás bien hasta que vengáis a Estados Unidos con nosotros, ¿verdad que sí?

De vuelta a casa, Diego y Elisa iban cogidos de la cintura. Tenían esa costumbre si caminaban juntos y no tenían prisa. Pocos franceses la compartían pero a ellos les gustaba demostrar que significaban mucho el uno para el otro. Habían pasado demasiado tiempo ocultándose ante los demás, antes de llegar a París, cuando se convirtieron a los ojos de todos en novios

formales. Menudos novios formales. Elisa había recostado un poco la cabeza sobre el hombro de Diego y andaban más despacio de lo habitual. La noche era una amante maldita de la luna y le oscurecía parte de los cráteres de la cara con su pañuelo de sombra. Elisa la miraba, no era la misma luna que veía desde España, aunque ya no estaba segura de si era ese hermoso disco plateado lo que había cambiado o si lo que había variado era su forma de mirar. La calle estaba desierta y eso también era extraño en París, donde siempre había una estatua más bella que contemplar, un rincón más romántico que descubrir, un espectáculo más deslumbrante al que asistir o un beso más escondido que robar.

—¿Lo has pensado bien? Creo que nos equivocamos.

Diego la sobresaltó. Levantó la cabeza y siguió caminando erguida aunque todavía abrazada a él.

—¿Eso es lo que estás pensando? ¿Por eso vas tan callado? Creí que estabas de acuerdo conmigo.

—Ya no sé qué creer. Pero ellos tienen razón. La situación aquí puede complicarse. Deberíamos irnos.

Elisa le soltó y se detuvo. El frío era intenso. Lo sintió primero en su cuello y de allí se expandió hacia el resto de su cuerpo como los copos de nieve resbalaban sobre la ladera de una montaña. Una pareja se les quedó mirando, todavía hablaban en un tono un poco más alto que los franceses, ella le dijo algo a él y él la besó antes de alejarse. La lechuza que ululó aleteó por encima de sus cabezas hasta posarse en un árbol del otro lado del río. La luna menguaba.

—No voy a irme. Pero tú puedes hacerlo si quieres. No tienes por qué quedarte conmigo.

—Yo no me iré sin ti y lo sabes.

—No lo sé, podría ser que quisieras que otra persona te acompañara.

—No empecemos otra vez, Elisa.

—Has empezado tú. He tomado la decisión. Yo me quedo aquí.

—Solo digo que, si los alemanes entran en París, tampoco sabemos lo que pasará. No podemos imaginar qué consecuencias puede tener que ocupen Francia como ya han hecho con otros países. Podría ser que todo se pusiera muy feo y que nos arrepintiéramos de no haberles hecho caso. Deberíamos

pensarlo mejor. Tu padre es un hombre inteligente y le he visto muy preocupado. Tenemos la oportunidad de irnos juntos y seguro que en América encontrarás la forma de seguir vendiendo tus pinturas.

—No tengo nada que pensar, Diego. Sé que quiero quedarme. Ahora no puedo dejar lo que estoy haciendo. Pero ella se iría contigo de buena gana y lo sabes. Todavía anda detrás de ti. No voy a conseguir librarme de ella nunca.

—No anda detrás de mí. Además, ¿qué más da lo que haga ella? Lo que importa es lo que quiera yo, ¿no crees?

—¿Y tú sabes lo que quieres? Ella es muy guapa. Y tu madre ha dicho que ahora encima tiene un buen puesto en el gobierno. Es un buen partido.

—Pero ¿qué dices, Elisa? ¿Y a mí que me importa eso? Yo ya elegí. ¿Es que no quieres entenderlo? Yo te elegí a ti y estoy cansado de repetírtelo.

Diego le había cogido las manos y se las estaba besando. Elisa se las apartó.

—Ella es una mujer muy lista y sabe enredar a los hombres. También lo ha dicho tu padre. Lo hace continuamente. Algún día te conseguirá, Diego. Estoy segura.

—No dudas de ella entonces, dudas de mí. No me acostaría con Anna ni aunque estuvieras muerta.

—Vete a la mierda.

—¿Ves? Si me quieres con toda tu alma y no puedes vivir sin mí, ¿por qué te martirizas? Sabes que yo no la querría a ella ni aunque tú me dejaras, maldita sea. Yo solo te amaré a ti, toda mi vida y toda mi muerte. ¿Cómo quieres que te lo demuestre? ¡Dímelo y lo haré!

—¿Quién sabe? Quizás algún día puedas. Pero ahora solo te digo que no me iré de París. Lo siento. Nunca he estado tan segura de algo pero ahora sé que tengo que seguir aquí, tengo que intentar alcanzar mi sueño, Diego. Quédate conmigo o vete, siempre has podido elegir, pero yo sé que tengo algo muy importante que hacer aquí y no puedo irme todavía.

Elisa se volvió a recostar sobre el hombro de Diego y continuaron caminando. Él sabía que, si ella daba una conversación por finalizada, estaba finalizada, así que no insistió más. Pero el rumor de sus palabras le persiguió durante todo el paseo, hasta llegar a su casa, y luego, cuando ella se durmió junto a él, como siempre, hecha un ovillo y pegada a su cuerpo mientras él le

pasaba el brazo por encima como si necesitara de su calor para atrapar el sueño, el recuerdo de su conversación le martirizó. Maldita luna, cómo echaba de menos las cancelas de su casa de Asturias. Incluso allí que el sol no molestaba muchos días, al menos en los dormitorios las cristaleras se protegían con unas contraventanas que, al cerrarse, tapaban por completo la luz. Desde que llegó a París también había tenido que acostumbrarse a dormir con la luminosidad que provenía de la calle o de la luna y a que el albor del amanecer se colara de sopetón en el cuarto cada mañana despejada. Al principio, se molestaba cada noche en correr las cortinas de tupida tela que Milagros le había apañado para intentar evitar a su querido hijo eso que ella sabía que le molestaría sin remedio, pero no eran suficientes; él abría los ojos en cuanto una brizna de claridad se colaba en su habitación. Elisa, sin embargo, podía acostarse en un banco de un parque que ni el ruido ni la luminosidad le impedían dormir lo que quisiera.

Diego se levantó de la cama y se asomó afuera. Los cristales estaban empañados y las sombras de los aleros y los tejados que desde allí se vislumbraban quedaban desvirtuados por culpa de las minúsculas gotas de vaho. Con el dedo, dibujó en ellos un nombre, el nombre de ella: «Elisa». Siempre sería ella. Alrededor, trazó una estrella y, por toda la ventana, otras muchas, grandes y pequeñas. Se apartó un poco y miró su obra. No sabía ni dibujar estrellas. ¿Por qué Anna no se daba por vencida? No conseguía entenderlo. En la Universidad, le acosó sin tregua hasta el extremo de que algunos de sus compañeros llegaron a insinuar que era homosexual: si alguien se resistía a los encantos de esa hembra, no podía ser un hombre de verdad. Y entonces creía que Anna lo superaría pronto. Salía con otros, tonteaba con muchos. Sin embargo, ella aún perseveraba.

Ahora, se pasaba a menudo por el estudio, cualquier excusa le parecía bien: unos planos que tenía que interpretar para medrar aún más en su meteórica subida al cielo de los despachos del Ministerio, su opinión sobre alguna obra de arte o alguna otra propiedad que sus padres o ella misma estaban pensando en adquirir, un consejo sobre qué regalo hacer a sus tíos preferidos antes de que partieran hacia Estados Unidos o un café rápido antes de volver a casa después del trabajo, que se encontraba no muy lejos del de Diego. Su prima Anna hallaba siempre un pretexto para aparecer y permanecer

allí unos minutos y ponerle nervioso al menos. Su olor a melón sabroso flotaba en su despacho como si ese fuera su sitio natural y ella tan solo su pretexto. Recordó la última vez que había ido a visitarle, hacía solo unos días. Estaba realmente guapa. Era realmente guapa. Y que ella lo supiera no hacía que lo fuera menos.

—Hemos ido a despedirnos de tus padres. Pero tú no estabas, tenías que hacer. Vengo a despedirme también de ti. A solas, como debe ser. Supongo que reconsiderarás la locura de quedarte y te irás con ellos. ¿No?

—Elisa y yo nos quedamos. Así que probablemente seguiremos viéndonos.

—Estás loco, primito. No sé si sabes lo que se cuenta que hacen los nazis en Polonia. Algo parecido podría pasar en Francia. ¿Por qué no aprovechas la oportunidad y te vas con tus padres?

—Tú también te quedas. No sé de qué te extrañas.

—Yo nací aquí. No es lo mismo. Hace falta algo más que unos nazis de mierda para echarme de mi país. Pero tú no tienes nada que te ate a esta tierra. Esta no es tu ciudad. Sigues estando tan enamorado de ella como para arriesgarte así. Es increíble. No vas a cambiar nunca.

—¿A qué has venido hoy de verdad, Anna? Tengo trabajo.

—¿Por qué no te vas con tus padres? Allí estaréis a salvo. Yo soy francesa y nada ni nadie va a conseguir que me mueva de París, pero tú eres español, ¿qué pintas aquí? Esto va a ir a peor, todo el mundo lo sabe, aunque pocos quieran reconocerlo. ¿O en realidad te quedas porque estás pensando en dejarla y probarme por fin?

Anna se sentó encima del escritorio de Diego como si hubiera tenido siempre la licencia de hacerlo, desde el principio de los tiempos, como si la tuviera para sentarse sobre cualquier mueble o directamente encima de quien le apeteciera.

—Anna, por favor, de verdad que tengo trabajo. Déjame hoy. Debo terminar esto.

Pero ella no se iba, no, ella seguía insistiendo. Cruzaba las piernas hacia el otro lado y se atusaba un poco el pelo y, luego, se acercaba más a él.

—Es por ella. Claro. Siempre es por ella. Si os vais, Elisa renunciará a la posibilidad de seguir viviendo a la sombra de Danielle Lambert y jamás consentirías eso. Eres un estúpido. O no, quizás seas maravilloso. ¿Crees que

alguna vez me dejarás comprobarlo, primito?

Entonces Anna vio en su cara que ya había traspasado el umbral de su paciencia y se levantó de un salto y le dijo adiós soplándole desde la distancia un beso, que le persiguió en su pensamiento hasta que su aroma a fruta madura se evaporó del todo en la habitación y él consiguió volver a concentrarse en sus papeles. Su prima siempre era así, un revuelo de hojas en el parque, una tromba de agua, una catarata que se derramaba sobre el desfiladero. Anna era una mujer muy especial, pero él quería a Elisa y se quedaría solo por estar a su lado. Por seguir queriéndola.

III

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (8:35 h)

Estoy sereno. Tengo que estarlo. Me he concienciado de que debo hacerlo. Ya queda menos. Los últimos minutos, las últimas horas, los últimos días. Pronto, todo habrá terminado. Todo concluirá como debe ser. Entre suspiros y ahogos paso el día. Todos los días, todas las horas, todos los minutos. También estoy cansado, al venir aquí renuncié conscientemente a mi privilegio de concluir mi vida sentado mirando la chimenea encendida, como un señor honorable que espera su hora sabiendo que todo está en paz. Elisa, en mí no hay nada en paz. Sé lo que debo hacer pero no cómo hacerlo. Hace días que no consigo quitarme de la cabeza su imagen. Ella mirándome desde su lujoso nicho, vacío de almas y ya hasta de las minucias de los cuerpos descompuestos. ¿Ella me habría entendido? La conociste bien. ¿Me habría perdonado? Ojalá pudieras responderme, porque es lo que me falta. Tan solo eso.

—Diego, por favor, pase usted, Doña Ángela le espera.

Demasiado pronto. Me ha recibido mucho antes de lo que debería. Todavía no me he decidido. ¿Lo haré algún día? Yo creo que no. Lo malo es que no me queda el tiempo que necesitaría. Está revisando unos papeles; pasa las hojas deprisa, como buscando algo, pero me siente entrar y sonrío cuando me mira. Y yo no puedo acostumbrarme. De nuevo, ante mí tengo tus ojos, Elisa, tus ojos.

—Querida Ángela, qué guapa me pareces siempre. Supongo que será por lo que creo que es. Espero que no te importe que te mire así.

—No te preocupes, Diego, esa misma expresión que tienes tú cada vez que me ves la he visto antes en mi abuela y en mi madre. Pero, por desgracia, yo no he podido comprobar si realmente me parecía tanto a ella como parece indicar tu asombro. Sé que tú tampoco guardas fotografías tuyas, pero ni siquiera encontré un solo retrato entre los que recuperamos.

—Ni lo encontrarás. No lo pintó. Elisa solo se pintó en una ocasión y el cuadro no está aquí, en Villaviciosa. Pero te aseguro que te pareces muchísimo. Más que eso; hasta me desconcierta mirarte. Sobre todo a los ojos. Tus ojos violetas son exactamente los de ella.

—Bien, pues la próxima vez que nos vayamos a ver, no olvidaré mis gafas de sol. Por supuesto que es una broma, Diego. Entiendo perfectamente tu reacción, no te preocupes, pero necesito seguir con esto. Estamos demorándonos demasiado para tratarse de un testamento. Estas cosas, cuando se toma la decisión, hay que dejarlas listas enseguida. ¿Has pensado ya qué vas a hacer con Violeta? ¿Me trajiste la carta?

—No te la traje, no. La dejé en Madrid, pero puedo resumírtela sin omitir nada de lo que escribí en ella, si es tan importante. Y aún no he conseguido decidir qué hacer con mi nieta. Creo que lo mejor es que preveamos las dos opciones. Así no quedará ninguna posibilidad de que algo salga mal. Cuando me muera, tú continuarás lo que yo es probable que deje a medias y le ayudarás a ella a decidir. Creo que es lo mejor.

—¿Estás seguro? En el caso de que Violeta quisiera ejercitar su derecho a su cuantiosa herencia, sería todo mucho más fácil si tú pudieras dar tu versión personalmente. Aunque podemos redactar una declaración jurada y así curarnos en salud. No me parece mala idea, si tú lo prefieres así.

—Pues que así sea. No sé si tendré fuerzas para ir más allá. Los cuadros sí se los enseñaré y, cuando los tenga delante con ella a mi lado, vete tú a saber qué seré capaz de explicarle. No puedes imaginarte cómo me siento, cómo hierve mi cabeza desde que todo esto empezó, continuamente, sin cesar, de día y de noche. Me despierto de madrugada recordando, lo menos importante y lo más, escenas cotidianas o tan solo una mirada, tan solo un beso. Al principio, estaba desconcertado, me dolía tanto recordar que pensé que eso sería la muerte pero ahora no sé si me he acostumbrado y, a veces, hasta disfruto de esos recuerdos. No de todos. Eso es imposible.

—¿Quieres contarme algo más? En realidad, creo que sé ya todo lo que necesito. No dudes que me gustaría saber más para lograr entender a Elisa, pero eso no tiene importancia para lo que nos ocupa hoy. Y he buscado más información sobre la forma en que el nazi Goering usó al ERR de Hitler para robar innumerables obras de arte, no solo en Francia sino en toda la Europa ocupada, pero lo que ocurrió aún no está suficientemente investigado ni mucho menos documentado. El robo fue de tal magnitud que llevará muchos años hacerlo. Y creo que hay demasiadas heridas abiertas.

—Y esas heridas son muy difíciles de cerrar, Ángela.

—Sí, sin duda. Pero también hay muchos intereses detrás. Están empezando a presentarse reclamaciones ante los tribunales de los herederos de las familias expropiadas. Pretenden reclamar obras que parecían vendidas legalmente alegando que, en realidad, fueron robadas por los nazis o conseguidas bajo alguna forma de coacción. Desde la amenaza al asesinato después de firmar un documento de venta legal. Y es de prever que las cosas se complicarán más en el futuro, cuando los bienes poco a poco vayan saliendo a la luz, como está pasando ya, en subastas privadas o incluso en colecciones públicas pertenecientes a museos que las han conseguido en una tercera o cuarta venta legal. Es muy difícil demostrar cómo pasaron de unas manos a otras. Es un entramado tan complejo y el seguimiento de las adquisiciones durante estas décadas resulta tan difícil en muchos casos que hay mucho margen para el fraude. Además, luego están también las pinturas falsificadas. Algunas son tan buenas que han pasado al circuito normal del mercado de arte. Durante la ocupación nazi, se copiaron centenares de pinturas en toda Europa y, aunque hay mucho todavía sin investigarse y una gran parte de los lienzos no ha aparecido, en los archivos de la Embajada de Gran Bretaña y en el propio Servicio Británico de Inteligencia existen fichas documentadas de decenas de pintores excepcionales, algunos incluso de mayor renombre que Elisa, que durante años hicieron en secreto lo mismo que ella.

—Pero todo eso no tiene nada que ver conmigo ni con Violeta, ¿no? Las obras originales de Elisa ya están aquí y se ha demostrado que eran suyas y que se las robaron ¿no? Si no, no nos las habrían devuelto, digo yo.

—El problema no son esas obras. Nadie ha puesto en duda nunca que esa herencia sea legítimamente de vuestra propiedad.

—Ángela, volvamos al plan inicial. Dime cómo y cuándo tengo que hacer la declaración jurada que aclare todo, por si queda algún cabo suelto. No quiero dejarle sin ese derecho. Cuanto antes mejor. Eso sí me siento capaz de hacerlo.

—De acuerdo, es lo más conveniente. Y también terminaré de redactar el testamento legándole a ella explícitamente los bienes, si te parece bien. La existencia de esa carta de tu propio puño y letra lo hace imprescindible.

Ahora me alegro de haber decidido que Violeta no me acompañara y que sea solo el espejo del retrete el que me vea llorar. Elisa, yo que antes nunca lloraba, ahora ya me ves, parezco un niño pequeño. Se me caen las lágrimas sin que lo pueda evitar. Mis sentimientos viajan en una montaña rusa ciclópea, con subidas y bajadas en ángulo recto y velocidades de cien por hora. Y voy y vuelvo entre las sensaciones y los recuerdos como si fuera un coche enganchado a otros al que le impulsan cadenas tiradas desde los raíles anclados al suelo. Y no lo puedo evitar. Antes estaba arriba y ahora, ahora no podría bajar más. Ángela me ha hecho volver a entonces, al principio del fin, al principio de nuestro fin. El fin que marcó esa invasión maldita. Francia e Inglaterra declararon la guerra a Hitler, aunque fue una guerra de broma, como bien la llamaron luego. Los franceses no se creían que los alemanes pudieran vencerles, que fueran a llegar tan lejos, y confiaban en su fabulosa línea Maginot, en que el enemigo seguiría usando las mismas técnicas bélicas de la anterior Gran Guerra y en que, si intentaban invadirles, lo harían a través de los Países Bajos. Confiaban en que Bélgica les pediría ayuda y en que ellos podrían trasladar allí el campo de batalla. Se limitaron a esperar, a responder cuando actuaban los otros. Pero los otros cambiaron pronto sus planes y el ejército alemán entró por Las Ardenas, por donde los franceses no los esperaban y luego los ingleses los abandonaron, sí, los dejaron a su suerte defendiendo solos una Europa caótica, desmembrada y afligida, y tardaron muy poco en claudicar. Demasiado cerca tenían en su mente los soldados franceses la dura batalla de la Primera Guerra, demasiado pronto había vuelto todo a repetirse como para querer pasar otra vez por el mismo infierno; ni aun saliendo ganadores, se habían olvidado de sus muertos. Sus generales octogenarios y sus soldados con memoria no opusieron resistencia ante las ansias de venganza nazis.

Cuando los alemanes entraron en París, tú y yo estábamos en nuestra casa, tumbados en la cama, con las manos entrelazadas y los corazones en suspenso; habíamos decidido no volver a huir. ¿Recuerdas, Elisa, recuerdas? Porque yo sí. Desde allí, mirábamos al cielo a través de las ventanas y veíamos resplandores a los lejos, los de los fogonazos de los cañones que disparaban las tropas en su avance sin tregua, los de las llamaradas de los incendios, los de las almas afligidas que ascendían al cielo; y oíamos tiros y alaridos, y muros y puertas cayendo, y el estrépito de las cadenas monstruosas de los acorazados aplastando todo lo que no se les quitaba de en medio; mientras las hojas de los árboles seguían silbando con el viento. Pero tú y yo continuamos abrazados, mirándonos, tocándonos. Embelesados el uno en el jadeo del otro. El uno en la piel dispuesta del otro. Sin querer imaginar lo que vendría luego. Pensando tan solo en que estaríamos juntos y que juntos lo superaríamos. Muchos ya habían abandonado la ciudad, las carreteras se habían llenado de vagabundos descolocados que intentaban llegar al sur, conscientes de que la capital sería el destino de Hitler y de sus tropas, y se encontraron perdidos a la mitad de ninguna salida. Pero tú y yo decidimos quedarnos y esperar, como otros muchos. Y acertamos. Al menos, al principio.

Viendo la imposibilidad de defenderse ante los alemanes y abandonadas por los británicos, las autoridades francesas enseguida declararon París ciudad abierta y se rindieron sin condiciones. La Torre Eiffel suplicó. Y Hitler se paseó erguido y victorioso por los Campos Elíseos mostrando al mundo que Francia había caído ante su irresistible supremacía aria. El alba apareció despacio y tú y yo seguimos abrazándonos amparados por la seguridad ficticia de nuestro ático, bajo las sábanas, besándonos y acariciándonos cada resquicio de piel, cada poro de mí, cada intersticio de ti. Los parisinos lloraron lágrimas ácidas mientras tú y yo nos amábamos con la mayor avidez de la que éramos capaces.

IV

«¿Qué es lo que le exige usted a un analgésico? Pues la respuesta es inmediata: que le libre rápidamente del dolor, ya sea de cabeza, de espalda, de muelas, del estómago o de cualquier otra parte del cuerpo. Pero a veces la rapidez implica tener que sufrir efectos secundarios desagradables que afectan a nuestros órganos más importantes, el corazón, los riñones, el estómago y hasta el sistema nervioso. Ahora, gracias a Superón, la evolucionada ciencia médica ha puesto a su alcance la solución a todos sus problemas y por fin podrá hacer desaparecer sus dolores sin tener que sufrir esas complicaciones a las que tanto miedo le tiene.»

París, 17 de Septiembre de 1941

El aire estaba enrarecido. Martín no hubiera podido precisar qué era lo que le hacía percibirlo así, pero parecía contener partículas extrañas que tiempo atrás no estaban ahí. Habían ido introduciéndose en la atmósfera poco a poco, como en un sueño se introducen imágenes que no se sabe de dónde salieron y cuánto tiempo llevan pululando en él y, al despertar, las recordamos sin explicarnos por qué, pero esas minúsculas sustancias raras estaban

suspendidas en el ambiente, flotaban sobre el Sena y se posaban sobre los bancos, los árboles, los edificios, las personas. También el color de París había cambiado. Era como si una nebulosa se hubiera apostado ante los ojos de los viandantes y les impidiera ver la antigua luz límpida y fulgurante a todos ellos a la vez. Muchos andaban por la calle aspirando ese ambiente viciado de un olor intruso y viéndolo todo a través de la plumosa nube, aunque eran bastantes menos que antes, cuando las calles eran populosas y París efervescente; y demasiados llevaban uniforme, uno ajeno y desagradable, aunque no para Martín, que había defendido ya algunas veces que, para ser alemanes, esas vestimentas impecables no les sentaban demasiado mal.

Era normal que Elisa hubiera elegido ese barrio para vivir, el del Montmartre, la «Butte» de patios deliciosos, escaleras de piedra que accedían a espacios hechiceros, bulevares anónimos, íntimos callejones y paseos repletos de artistas y músicos errantes; a pesar de que Diego trabajara en la otra punta. Desde que Martín salía de su casa para ir a ver a su amigo, su destino estaba marcado en lo alto con una señal inequívoca, como un faro de luz blanca que alumbraba el turbulento océano de edificios solemnes, callejuelas escuetas y árboles errantes: el fastuoso Domo y el campanario de la Basílica del Sacré Coeur. Ella y sus significados, más allá de que ese pudiera ser el lugar más bohemio de todo París, el que artistas como Van Gogh, Matisse o Modigliani y otros muchos antes habían elegido desde siempre para desplegar su magia y su espíritu libre por las calles, Elisa había tenido que irse a vivir a la que algunos consideraban una colina sagrada para los druidas, nada menos; y qué le importaba a nadie quiénes eran los druidas más que a ella.

Pero Martín no podía negar que el sitio también le gustaba, aunque por otras razones menos pintorescas: estaba cerca del Cementerio de Montmartre y ese sí era un lugar que le seducía. Cuando iba a verlos, solía salir con tiempo para desviarse en la plaza de Clichy y llegar hasta la avenida de Rachel, donde se encontraba la entrada, en la que había sido en la antigüedad el paso a una mina. No sabía por qué le fascinaba. El gigantesco puente de hierro que lo atravesaba desde hacía poco era la mayor profanación de un espacio sagrado que podría imaginarse. Las tumbas ocultas bajo sus tentáculos metálicos que dejaron de mirar al cielo siempre le producían una sensación de pérdida,

como si se lamentaran de haber renunciado dos veces a la luz. Y ver los epitafios de personajes ilustres a los que la muerte les había llegado también, implacable aunque fueran geniales, ricos, eminentes o indispensables, le producía una satisfacción indescriptible. Jamás había visto estatuas que le parecieran más hermosas que aquellas. Se detenía siempre ante la de una mujer desnuda cubierta con una capa que ocultaba su rostro pero dejaba a la vista el resto de su cuerpo. Martín no era capaz de imaginar otra metáfora mejor de la muerte, que se llevaba de un plumazo la identidad, la razón, el alma, lo etéreo pero dejaba al aire durante mucho tiempo los rastros de vida, lo sólido, lo material, lo físico, lo corpóreo, para que los gusanos y otros parásitos acabaran poco a poco con ello. También le gustaba mucho la tumba del bailarín ruso Nijinsky, muy reciente aún y estrambótica, presidida por la figura de un arlequín sentado con la mirada triste de un loco. Estaba frente a un sauce en el que vivía un jilguero. Esa estatua le cautivaba, tenía que obligarse a dejar de mirarla y entonces conseguía salir del cementerio y continuar su camino.

La *crêperie* de enfrente del edificio donde vivían Diego y Elisa, en el bulevar de Clichy, seguía todavía abierta y, como ella, muchos de los pequeños negocios de los parisinos que no habían huido, no habían sido expulsados o no habían desaparecido, los de quienes mantenían ciertos privilegios por razones desconocidas, unas confesables y otras no, y aún tenían género que podían vender. Pero a él lo que le interesaba en realidad era que todavía podía entrar a comerse una de esas delicias rellenas de chocolate antes de subir a ver a su amigo.

—Sí, dame una de esas, por favor.

—Qué goloso eres, Martín, tengo pocos clientes que siempre pidan crêpes dulces. ¿Por qué no pruebas otra cosa alguna vez?

Martín habría preferido ahora que los pechos de ella no estuvieran aplastados sobre el mostrador, le impedían ver la crêpe que había elegido y que le estaba sirviendo. Desde que había llegado a París, había tenido demasiadas oportunidades de comprobar lo fácilmente que las francesas se le insinuaban. En España, al menos esperaban a que él tomara la iniciativa. No sabía si era por la necesidad de querer vivir todo más aprisa o si es que eran así ya antes de vivir entre susurros, pero tampoco le importaba, le resultaba

igualmente molesto. Pero pensaba volver, así que le dedicó la más conseguida de sus sonrisas.

—Tal vez algún día, pero hoy necesito algo menos empalagoso.

La extraña mezcla de sabores humeaba mientras ella le acercaba el plato y elegía sus cubiertos. Él dejó el dinero sobre la barra de mármol rosa, como en una parodia de otros tiempos. La dependienta fue a la caja registradora para buscar el cambio y, al girarse para devolvérselo, cerró en un puño la mano en la que sostenía las monedas y bajó la vista. Por eso Martín se percató de que tres oficiales habían entrado en la confitería.

—*Heil* Hitler!

Los ojos de los alemanes se parecían a los de cualquier otro hombre que hubiera conocido en cualquier otro lugar y otro momento. No eran ni más azules, ni más profundos, ni más grandes, ni menos expresivos. Pero algunos eran condenadamente guapos. El de la derecha se le quedó mirando. Era uno de esos. Un duplicado de los atletas griegos que a ellos tanto les gustaban, de ojos invariablemente claros y pelo dorado, que parecía más interesado en lo que había fuera que dentro del mostrador.

—¿Me das tu documentación?

Las palabras no parecían provenir de quien las había pronunciado, quizás porque la calidez de la voz con que habían sido articuladas chocaba con la frialdad de su significado, como se podía esperar de un oficial de la *Schutzstaffel*. La calavera y las dos tibias entrecruzadas de su gorra desentonaban con la humanidad de su mirada. La dependienta se metió en la trastienda. Las bombillas de las lámparas de latón que colgaban del techo de color fresa comenzaron a parpadear hasta que se apagaron. Pero la luz volvió en unos segundos, como ocurría casi siempre.

—Cómo no. Aquí la tiene.

—Martín. Tu nombre es Martín. Un nombre precioso.

Los otros dos oficiales empezaron a reír a carcajadas mientras su compañero cerraba la cartera escrupulosamente limpia y se la entregaba a su dueño. Luego cogieron sus platos y se sentaron junto a la pequeña mesa circular de pie de hierro que estaba más cerca de la calle. Sus uniformes negros se veían más tétricos aún al contrastarlos con la claridad de la piel germana y el mármol blanco. Se oyó un tiro afuera. Solo Martín miró hacia la

ventana antes de responder.

—Gracias. Es un nombre español.

—Sí, ya lo he visto. Un español que habla perfectamente francés. Gran país, España. Habéis sido muy inteligentes los españoles —Martín no contestó. Solo irguió la barbilla y le miró mientras, con el dedo pulgar, empezó a trazarse pequeñísimos círculos sobre la yema del índice. Despacio. Muy despacio—. ¿Te apetece sentarte conmigo mientras nos comemos estas crêpes? No conozco muchos hombres interesantes en este país pero saben hacer unas comidas fabulosas.

—Tengo prisa, me están esperando.

—Siempre hay razones por las que merece la pena hacer esperar, ¿no crees? Y, además, tienes que terminarte el postre.

Martín tomó su sombrero y el plato y se sentó en una mesa. El oficial abrió la bombonera en la que se exponían chocolates de diversos colores y cogió casi todos. Luego repitió con la de bombones de licor. Enseguida se sentó a su lado.

—Me llamo Hahn. *Hauptsturmführer* Hahn Wolfgan. Capitán Hahn Wolfgan, si lo prefieres.

—Alemán, tu nombre es alemán. Precioso también. Habéis sido muy inteligentes los alemanes.

—¿A qué te dedicas? ¿Te importaría contármelo?

—Soy abogado. Trabajo en un bufete aquí, en la calle de Bouloi, cerca del Louvre.

El capitán se acercó un poco más. Saboreaba uno de los bombones dándole vueltas en la boca mientras le quitaba el envoltorio al siguiente. Arrugó el papel metálico y lo tiró al suelo. Detrás de ellos, los otros dos hombres hablaban en voz muy alta pero Martín no podía entenderles. El olor dulce de las crêpes perdía su encanto ante su pronunciación agria.

—En guerra todo ocurre muy deprisa, así que no vamos a perder el tiempo. Solo quiero saber si te gustan los bombones.

—¿Esto es seguro? Tus compañeros podrían oírnos.

—No te preocupes por eso. Los secretos compartidos se llevan mejor, sobre todo si coincidimos en la avaricia por el chocolate. Pero ellos están ya comprometidos y yo estoy eligiendo. No me has contestado.

—¿Tengo otra opción?

—Sí, tienes la opción que prefieras. Voy a quedarme aquí, mi maldita unidad tiene ahora su sede en París y no sé cuánto tiempo voy a permanecer en Francia, pueden ser días, meses o para siempre. No me gusta estar solo. Pero un hombre como tú puede elegir. Quiero a alguien especial. No busco un amante cualquiera, ni mucho menos un fulano.

—Créeme que te entiendo, Hahn, pero no puedo ayudarte. Te aburrirías enseguida. Lo siento.

—No lo creo. Esto parece divertido.

Martín apretó los dedos alrededor del tenedor. Le habría gustado pegar a ese alemán. A todos los alemanes.

—¿Parece divertido?

—Mucho. No siempre se encuentra un chocolate de esta calidad. No dirás que no, Martín.

—Puede ser. No tengo demasiadas oportunidades de comer chocolate. Este es uno de los pocos sitios donde queda. Supongo que ya sé por qué.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Mira a tu alrededor.

—Sigues sin contestarme.

Martín se irguió para ver los ojos del alemán y que él pudiera ver los suyos.

—Hahn, me siento muy halagado. Pero no puedo ayudarte. No sé por qué has pensado que podría servirte. No me gustan los bombones. Aunque, si me gustaran, estoy convencido de que no podría haber encontrado ninguno de mejor calidad. Antes, era fácil; ahora, imposible. Es mejor olvidarse de cosas. Y el chocolate es una de ellas. Un buen café. Un buen tabaco. Una buena mujer. De las de antes, de las de mirada limpia. Ahora son todas unas zorras. Además, mi corazón lleva mucho tiempo ocupado. En serio, te aburrirías enseguida —Martín seguía mirándole. Puso las manos sobre la mesa y las cruzó—. ¿Crees que mis amigos ya han esperado lo suficiente? Me gustaría complacerte, pero no puedo. Y créeme que lo siento.

—Bien, pero si cambias de idea, no dudes en buscarme. Te recibiré gustoso.

Él salió primero. Guardó en el bolsillo la nota en la que el oficial había

escrito con letra pulcra y angulosa su nombre y su dirección, y se encajó el sombrero lo más recto que pudo. No había nadie en la calle, solo él. Las farolas acababan de encenderse, indiferentes, aunque no todas. Comenzó a subir los pisos andando. Se le había hecho tarde y el toque de queda iba a obligarle a pasar la noche en el apartamento de Diego. No sabía por qué pero hoy habría preferido irse y poder darse una ducha en casa. Por si la rabia salía con agua caliente. Solo necesitaba eso. Subió un peldaño tras otro mucho más despacio de lo habitual. Qué fácil era ser prepotente cuando se estaba a la derecha de Dios. Lo más difícil era no necesitarlo. Ese oficial no hubiera necesitado serlo para encontrar los amantes que quisiera. Pero si alguien estaba en una posición de superioridad, era difícil no aprovecharse de ello y actuar de otro modo. O no. No lo sabía, no podía pensar con claridad. Le seguía sorprendiendo la sangre fría con la que había actuado. Le contestó sin pensar, incluso se burló: «Aleman, tu nombre es alemán. Precioso también». Se la había jugado, se la había jugado y había salido victorioso no sabía bien por qué. Podía ser que no todos los alemanes fueran como los que se llevaban a sus vecinos. Los dueños de los nombres que todos sabían que maldecían los prisioneros cuando eran detenidos y torturados. No todos tenían que ser iguales. Este tenía la mirada hermosa. Y también le gustaban los bombones. Quizás habrían podido ser amigos en otro momento y en otra vida. Ahora solo quería olvidar su mentón cuadrado y su pelo suave, recortado al dos, sus manos grandes y sus muñecas atravesadas por nervios que terminaban en músculos bien proporcionados. Quería olvidar que le había visto alguna vez y que le había ofrecido convertirse en su amante. Pero eso no se olvidaba con facilidad, sobre todo cuando la persona a quien amabas desde siempre no te correspondía y, aunque intentabas borrarla de tu pensamiento de mil formas distintas, solo desearías poder hacer igual que ese oficial y mirarla a los ojos y ofrecerte a ella, sin aflicciones ni culpas, con la voz entera y la mirada inquebrantable, sin esconderte detrás del remordimiento y de la conciencia. Justo igual que ese oficial.

Llegó al ático sin darse cuenta. Llamó al timbre y le abrieron la puerta enseguida, pero cuando la traspasó no había nadie detrás para recibirle. Entró sin decir nada. Seguía pensando. Solo había luz en la buhardilla y subió. Al fondo, frente al ventanal, estaba ella. El pelo le caía por la espalda en largos

mechones rizados que se escapaban desde el nudo sujeto en la nuca con un gran alfiler y la camiseta dada de sí, de algodón blanco salpicado de colores inoportunos, le dejaba al aire la mayor parte del pueril escote y sus muslos largos y lisos. Elisa estaba medio girada encima de una banqueta alta y estrecha y él podía vérselos, aunque no quería mirarla. Jamás quería mirarla.

—Danielle, menos mal que has llegado ya. Esto está casi listo. Solo falta que se seque y que las grietas del barniz cojan un tono más oscuro. En una semana podré llevártelo.

Elisa apoyó los pies en el suelo e hizo girar el taburete sobre su eje y, al verle, arqueó las cejas en un movimiento que a Martín le provocó la risa.

—Como puedes ver, no soy Danielle. Lo siento, tenía que haberos avisado. Quería ver a Diego, hace mucho que no sé nada de vosotros.

Elisa se levantó y se puso delante del cuadro. Se había ruborizado, pero las luces de la calle entraban a través del ventanal y Martín solo pudo ver que el pelo le relumbraba en un halo grotesco.

—No, no te preocupes. No pasa nada. Creí que era ella, habíamos quedado esta tarde. No habrá podido salir a tiempo de evitar el toque de queda. Intentaré llamarla después. Esos atentados a los alemanes nos han fastidiado bien, ahora no se puede ni salir de noche. Pero ¿cómo estás tú? Es verdad que hacía mucho que no nos veíamos. Resúmeme todo lo importante... ¿Sigues saliendo con esa chica?

—Para qué vas a empezar suave, ¿verdad? Tan directa como siempre. Pero no. Eso terminó hace semanas. No consigo que nada cuaje. Ya sabes, soy un desastre para el amor y para el odio.

—No creo, tendrás que insistir más, solo eso. El verdadero amor no se encuentra fácilmente.

Elisa hablaba rápido. No podía dejar de tocarse las manos ni de zarandearse de un lado a otro, como bailando.

—O puede que yo esté condenado a no conseguir jamás el mío. No me sorprendería. Y ¿no crees que harías bien en ponerte algo por encima? Si Diego te ve así, puede pensar cualquier cosa.

Elisa se miró y se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda. No llevaba ni zapatillas. Pero no sabía cuál de sus tesoros estaba obligada a tapar antes. Se decidió por el cuadro. Ya había sido suficientemente incauta. Lo bajó

del caballete y lo colocó en el suelo, mirando hacia la pared. Enseguida lo cubrió con una sábana manchada con tiznes grisáceos. Después envolvió también en otro paño el lienzo original y se lo puso bajo el brazo. Miró el reloj. Aún faltaban cuarenta minutos para que Diego regresara del trabajo.

—No tardará demasiado, los martes siempre llega un poco antes. Voy a ducharme. Llevo todo el día pintando y apesto. Si quieres tomar algo, ya sabes dónde está todo. Enseguida vuelvo.

A saltitos descendió los escalones. Luego trasteó un momento por su habitación y se metió en el baño. Martín oyó cómo corría el pestillo. Quiso bajar pero tropezó con algo. La chaqueta de Diego estaba hecha un ovillo a sus pies y, a un lado, sus zapatos relucían de limpios. También vio dos copas vacías sobre la mesita. Cerró los ojos. Sentía la boca seca y los músculos tensos. Esa casa le ponía nervioso. No quería mirar sus cosas compartidas, las señales de una vida en común, los intersticios de tiempo que se llenaban de experiencias de las que él estaba excluido. Se acercó al cuadro que ella había tapado. No entendía de arte, pero no le había parecido su estilo. Lo descubrió y le dio la vuelta. Lo observó unos minutos y lo comparó con las otras pinturas desperdigadas por el estudio. Eran completamente diferentes. Entonces se dio cuenta de lo que tenía delante. Martín había visto ese cuadro en otra ocasión, en el museo de Orsay. Milagros se había empeñado en que la acompañaran y Diego le pidió que fuera con él. Estaba casi seguro. El lienzo era de uno de esos pintores modernos y le había parecido casi infantil, como el resto de las obras que se exponían.

Elisa salió del baño tarareando una canción, pero se quedó callada al entrar en el estudio y ver a Martín pegado a la tela, mirándola con detenimiento. A punto estuvo de dejar caer la bandeja en la que llevaba una taza con dos dedos de chocolate y otra con té, pero consiguió apoyarla sobre la mesa.

—Lo siento. No tenemos azúcar. No es mucho, pero está buenísimo con un poco de este líquido que parece leche. Diego se está retrasando esta vez. ¿Desde cuándo te interesan tanto mis cuadros?

—Desde que no son tuyos. ¿Qué estás haciendo?

—¿No podrías simplemente olvidar lo que has visto?

—No te preocupes, hoy ya he tomado bastante chocolate para mi gusto.

Dime qué es.

—Una copia de un cuadro. Está claro.

—¿Desde cuándo haces copias de las pinturas de los demás?

—Desde que me da la gana.

Martín dejó el lienzo como lo había encontrado y se acercó a Elisa. Su cuerpo aún seguía húmedo. Y olía tan dulzón que quiso correr hacia la puerta. Pero solo la pellizcó con suavidad en la mejilla.

—Siempre tan cría.

—Y tú tan estúpido. Te he dicho mil veces que no soy ninguna cría y que no me gusta que me hagas eso. Se ve claramente, ¿no? Es una copia del cuadro de Klee, el del museo de Orsay. Una copia creo que bastante exacta. No tendrías que haberla visto. He sido muy descuidada, podrías haber sido Diego.

—Estás copiando un cuadro. Tampoco pasa nada. ¿O sí?

—No. Tienes razón. No pasa nada.

—Sí que sigues siendo un poco cría. Te has puesto roja. Igual que cuando ocultabas algo en el colegio. Dime qué pasa.

—¡No soy ninguna cría! Es que no quiero ponerte en peligro. Es solo eso.

Elisa se sentó y empezó a remover la cucharilla dentro del agua verde oscuro. Olía a menta y a romero. Todavía quedaban algunas matas cerca del parque. Pero no bebió.

—¿Y por qué has dicho que podría haber sido Diego? ¿Él no lo sabe?

—Martín, déjalo ya.

—Se lo preguntaré cuando vuelva.

—No, no lo sabe. Él cree que solo copio cuadros de pintores poco conocidos pero caros, para vendérselos a clientes que son conscientes de lo que compran. Este cuadro es de Klee, hasta tú lo conoces.

—Y ¿por qué no se lo dices? No me parece que haya tanta diferencia. ¿Qué más da de quién sean los cuadros que copias? Díselo. No creo que le importe nada en absoluto.

—Él no debe saberlo. Ni tú tampoco. No deberías haberlo descubierto. He sido una inconsciente. Esto no debe salir de aquí, Martín. Es muy peligroso. Diego no debe enterarse nunca ni tú tampoco debes contárselo a nadie. Nos pondrías en peligro a todos, a Diego, a mí y también a ti. Además, él no lo entendería. Si se lo dices, estoy segura de que podría incluso dejarme.

—Diego no te dejaría por nada del mundo.

—No estés tan seguro.

—¿Para quién es la copia?

—No puedo decírtelo, lo siento. Debes olvidar todo esto. Tenía que haber tenido mucho más cuidado. Olvida lo que has visto y no se te ocurra decirle nada a Diego. Si lo descubriera, no me lo perdonaría. Sé que no entendería jamás que esté haciendo esto y por qué lo hago.

—Por dinero, claro.

—No, por dinero no.

—Seguro que sí. Si no es por dinero, ¿por qué otra cosa podría ser? No te preocupes, yo sí entiendo que lo hagas por dinero.

—Sigues sin entender nada. No lo hago por dinero. Esos cuadros no son para venderlos, son para intercambiarlos.

—Ahora sí que no entiendo... ¿Para intercambiarlos? ¿Por qué cosa?

—Las copias se intercambian por los originales en sus lugares de procedencia, en los museos donde se exponen.

—Las copias por los originales. Bien. Y vendéis los originales. Un buen negocio, entonces.

—No, Martín, esto no es un negocio, los originales se intentan poner a salvo en los lugares más variopintos. A salvo de los nazis.

—Elisa, si no quieres decirme qué haces con las pinturas, no lo hagas, pero no me intentes contar un cuento, que la que sigue pareciendo una cría eres tú. Y me parecía mucho más convincente el otro cuento.

—No te estoy contando ningún cuento. Es la verdad. Hitler quiere recuperar a toda costa los cuadros que Napoleón sacó de Alemania y de Austria. Miles de cuadros de pintores flamencos, holandeses, austríacos, germanos. Quería llevárselos, inicialmente, para crear un gran museo europeo en Berlín. Pero ahora los roba sin más. Ya ha comenzado con las colecciones de los judíos. No se puede hacer nada contra eso. Tampoco es solo él. Ya viste lo que está haciendo el gobierno de Pétain, cayendo como buitres sobre las migajas que les dejan los nazis de las fortunas que roban a todos los que les viene bien. Hasta anunciaron a bombo y platillo que iban a confiscar y a subastar las propiedades de los Rothschild, una de las familias más poderosas de Francia. De nada les sirvió, son judíos y no tienen derechos. Miles de

cuadros, Martín, están robando miles de cuadros y todos los objetos valiosos que te puedas imaginar. Todo les vale, los franceses oportunistas y los alemanes rapiñadores están arramblando con todo.

—Elisa, tienes razón. No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver lo que ha pasado con esa familia y con otras como ella, que al fin y al cabo no dejan de ser judíos, con llevarse los cuadros que trajo a Francia Napoleón hace más de un siglo? Y, sobre todo, ¿qué tiene que ver contigo? Y ¿cómo sabes todo eso? Vichy se ha apuntado a la moda de perseguir a los judíos..., por algo colaboran con el gobierno alemán; quieren sacar el máximo provecho de todo esto y no sé si hacen bien o no, pero al menos aquí no estamos en una guerra abierta. Pero las intenciones de Hitler no se ven tan claras, aparte de esa manía suya de arianizar y perseguir a cualquiera que se le antoje, y que aquí no parece molestar demasiado a casi nadie más que a los perjudicados. Aunque él no ha inventado nada. Esa moda ya viene de antiguo, Elisa, los maricas y los judíos caen bien a muy pocos. Pero, ¿cómo puedes saber tú lo que quieren hacer los alemanes?

—Mira, yo no sé valorar si el mal que han cometido los judíos no es únicamente haber sido muy espabilados y haber logrado amasar grandes fortunas, pero yo no me meto en eso. No sé nada de política y por humanidad me pongo del lado de los perseguidos, sean quienes sean, se acuesten con quienes se acuesten y recen a quienes recen, me da lo mismo. Estoy en contra de acosar y maltratar a otros por la razón que sea y mucho más si es porque no son como tú. Pero ahora no es eso. A mí me interesa solo el arte, Martín. Solo eso. Hitler ha comenzado por los judíos, por los grandes coleccionistas, los marchantes de arte más prestigiosos, pero también llegará a los museos. Su objetivo inmediato es el Louvre, allí es donde están las obras más importantes que trajo Napoleón de sus victorias sobre los países germanos, en Munich, en Cassel y en Viena. Napoleón se llevó a Francia incontables y valiosísimas obras, también una gran parte de la Galería Imperial Austríaca y de la colección de Federico el Grande de Prusia. Eso lo saben todos en el mundo del arte. Tras su derrota, muchos de esos cuadros y otros objetos robados por sus ejércitos fueron devueltos a sus dueños austríacos, germanos o italianos pero otros no, otros muchos se quedaron en Francia, bien por la astucia de los que tenían que devolverlos, que llegaron incluso a proponer canjes por otras

obras francesas de menor importancia con la excusa de no moverlos y lograron engañar a los alemanes, o bien por otras muchas razones que no vienen al caso. En Francia quedaron cientos de pinturas que habían sido robadas por el ejército francés y que ahora los nazis quieren recuperar, de autores como Rubens, Tintoreto, Brueghel, Rembrandt o Tiziano. Son muchos, Martín, muchos.

—Pues no sé qué decirte, Elisa. No me parece una reclamación infundada. Al fin y al cabo, si esos cuadros salieron de territorios alemanes, no me parece ilícito que quieran recuperarlos. No tengo ni idea de arte, no soy ni siquiera aficionado. Aparte de tus cuadros, la pintura no me gusta demasiado y no sería capaz de diferenciar un Velázquez de un Goya ni aunque me los pusieran a un palmo de las narices, pero no veo la necesidad de arriesgarte para que los alemanes no se lleven las pinturas. Se puede pensar que en realidad son tuyas.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿A ti también se te ha olvidado que estás viviendo en un país invadido? El gobierno de Pétain colabora y *c'est la vie*, pero los alemanes han entrado en Francia por las armas y lo mismo han hecho en Polonia, en Austria, en Los Sudetes y no parece que tengan intenciones de dejarlo ahí. ¿A dónde van a llegar? No estamos hablando de restituir las obras de arte a sus dueños legítimos, sino de que serán propiedad de un solo hombre o se las quedarán sus incontables secuaces o se venderán sin saber a quién ni en dónde. ¿Qué harán con ellas luego? ¿Crees que las devolverán a los italianos a los que se las quitó Napoleón o a los marchantes o a los aristócratas judíos a quienes pertenecían? ¿Eso crees? Además, también quieren el arte que ellos han prohibido en Alemania, el arte que llaman degenerado. Miles de obras de Cézanne, Van Gogh, Braque, Léger, Picasso, Vlaminck, Klee, Matisse, Gauguin y otros muchos, impresionistas, expresionistas, fauvistas... cualquiera que no les encaje en sus ideales de belleza. ¿Qué crees que harán si consiguen hacerse con esas pinturas? ¡Dime! ¿Qué crees que harán con ellas?

—No te pongas así. Tienes razón. No tengo ni idea de lo que harían, aunque seguro que nada bueno. Y te has vuelto loca, pero lo que haces es bello. Si os sale bien, sin duda pasarás a la historia de la humanidad. Pero, ¿cómo sabes todo esto? Esa información no circula libremente por ahí. Estás

hablando de datos muy precisos, de intenciones concretas del gobierno alemán. ¿Quién puede saber cuáles son las intenciones de Hitler más que él mismo y sus allegados?

—Te sorprendería saber la de personas dispuestas a arriesgar su vida por proteger el arte. Genera maldad y corrupción, pero también hay muchos que morirían por él. Pero es mejor que no sepas nada más. Es peligroso.

—Elisa, nos conocemos desde que éramos niños, hemos crecido juntos, mis padres te adoran; si pudieran elegir, me habrían obligado a convertirte en su nuera y no dudes de que lo han intentado. Sabes que puedes confiar en mí. Y no puedes dejarme sin conocer el final de este folletín. Además, no puedo creer que estés metida en algo así, ¡con lo dulce y lo tímida que pareces, mi niña!

—¡No te burles de mí, Martín! Sé perfectamente lo que hago. ¡Y no me llames así! —Elisa miró el lienzo que estaba copiando. Envuelto en la sábana, parecía tan solo un simple cuadro listo para ser expuesto. Pensó en Clara. Siempre que se miraba al espejo, estaba condenada a ver sus ojos violetas y la acercaban a ella sin remedio aunque en ese momento no se sintiera preparada para el recuerdo vívido e intenso de aquello que dejó atrás sin entender por qué. Y esa condena se le hacía mucho más liviana desde que había comenzado a copiar esos cuadros. Sentía como si estuviera haciendo algo en su lugar, como si su vida hubiera adquirido un sentido de repente—. Yo solo estoy intentando ayudar, como otros muchos. Queda mucho por hacer. Las pinturas prohibidas en Alemania son las primeras que estamos copiando, porque no sabemos cuál es su destino y si, al final, acabarán por destruirlas. Si terminan llevando a cabo la aspiración nazi de repatriar sus obras y se atreven con los museos, habremos conseguido rescatar algunas de las pinturas más valiosas.

—En menudo lío te has metido. Es mucho peor de lo que parecía. Pero si hago de abogado del diablo, mi especialidad, tengo que decirte que no me creo que los alemanes sean tontos y no se den cuenta de que lo que se llevan es falso. Elisa, creo que es un plan demasiado ingenuo, peligroso pero ingenuo, si me permites que te diga lo que pienso.

—Martín, cree lo que te parezca. Estás en tu derecho.

—¿Y quién está detrás de todo esto? No creo que la Resistencia tenga suficiente dinero para pagar lo que me estás contando, es demasiado complejo;

y los falsificadores también sois caros, si no te importa que te llame así, porque tu idealismo no creo que te impida cobrar por el trabajo, ¿no?

—Puedes pensar lo que quieras, no voy a intentar convencerte de nada. Yo sé por qué lo hago. Pero júrame que no se lo contarás a Diego, por favor, estoy segura de que no me lo perdonaría.

Martín se acercó más a Elisa y le acarició la cara. Su rostro parecía el de una niña, con las pupilas de un violeta azulado como dos farolillos de feria encendidos en una caseta de lonetas blancas y la nariz recta y fina que apenas sobresalía entre dos mejillas sonrosadas, ni demasiado gruesas ni demasiado delgadas. Eran los rasgos de una niña traviesa, aunque su cuerpo no lo era menos; apenas desarrollada, muy delgada y menuda, casi andrógina, parecía de verdad una niña buena. Y eso no se lo arreglaban los rizados mechones rubios que le caían como resortes sobre el cuello, en rizos tan gruesos que, al lavarse y peinarse el pelo, le llegaban por debajo de los omoplatos. Solo le habría faltado recogerlo a los lados en dos coletas anudadas con lazos. Pero, realmente, sus labios eran los más bonitos que había visto nunca. Incluso más que los de Anna. ¿Por qué su amigo era tan estúpido? Tantas personas enamoradas de él y había tenido que elegirla a ella.

No lograba entender qué tenía que despertara esa atracción. Diego no era especialmente guapo, ni demasiado fuerte; no era ágil ni alto y solo le salvaba su complexión atlética y, sobre todo, unos vivos ojos negros que sabían encandilar y su pelo oscuro, largo y ondulado que peinaba adrede para resaltarlos. Tal vez también su voz, grave pero muy dulce, como la de un cura que ama a sus feligreses y les mima desde el púlpito para que sigan escuchando. Sus rasgos tampoco eran muy masculinos; más bien al contrario, su piel era muy suave y a veces percibía en él ademanes ambivalentes, como una mirada tierna o un gesto demasiado delicado. Como si contaran secretos que no se podían contar. Sus andares eran desgarbados, sin gracia, y sus manos tan grandes que era imposible que fueran mañosas en el amor. Con esas manos, cada caricia suya debía de ser de seguro como un sopapo. Sin embargo, despertaba la misma entusiasta pasión en personas completamente diferentes. No podían serlo más. El dolor le hizo volver, estaba apretando demasiado los dientes contra los labios y se había terminado mordiendo; notaba el sabor del hilillo de sangre que cesaría pronto.

—Y ¿no tienes miedo? ¿No sabes lo que podría pasarte si alguien descubriera lo que estáis haciendo? Me da la sensación de que te lo tomas como un juego, Elisa, parece que estás jugando. Sí que debes tener mucho más cuidado porque en esto intervienen muchas personas y lo que haces tú es muy arriesgado. Además, se me siguen escapando muchos detalles. No logro entender cómo lo hacéis, ¿cómo conseguís meter y sacar las pinturas en tu casa? ¿Y cómo las intercambiáis?

—Te he contado todo lo que sé. No conozco ni nombres, ni a ninguna otra persona implicada, ni a otros pintores, ni siquiera qué otros cuadros se han copiado ya o se van a copiar. Yo solo pinto lo que me encargan. Tampoco sé cómo dejan luego la copia en el museo y a dónde se llevan los originales. No debo saberlo. Los cuadros que tengo que copiar los trae a casa y se los lleva siempre alguien diferente, operarios que no conocen ni el valor de lo que transportan, y lo hacen siempre cuando no está Diego. Es la parte más comprometida del proceso, son obras muy valiosas, pero pasa desapercibido porque continuamente ando llevando y trayendo mis propios cuadros y, a veces, si son muy grandes, los transportan empresas de mudanzas. También traigo a menudo lienzos para mis pinturas. Pero esto es todo lo que hago. Me limito a copiar el cuadro que me encargan. Y no estoy jugando, solo estoy dando pinceladas para vivir como quiero, Martín, es difícil de explicar, pero no puedo quedarme parada esperando que las cosas pasen.

V

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (11:00 h)

Me duelen las manos. Las siento frías, reseca. Los dedos como palos retorcidos que me cuesta doblar, como si fueran a quebrarse con cada movimiento. Tras despedirme de Ángela, he tenido que sentarme un momento en la sala de espera. Me ha hecho pensar en las artimañas de esos desgraciados; aún me pregunto si realmente tras su limpieza étnica y su ideología de supremacía racial no se escondía más que nada una codicia infinita. Al moverme sobre este cómodo sillón de cuero, siento cada uno de mis huesos. La piel y la carne trémula se repliegan sobre ellos, en un abrazo de materia cuasi fósil que pronto se deshará, que pronto deshará la vida que se descuenta en cada segundo. La vida que me queda. Me gustaría poder rehacer tantas cosas, Elisa, tantas cosas. Si al menos pudiera volver el camino de una de ellas, de una sola, sé de sobra cuál sería, cuál de todos mis errores revertiría sin duda. Pero no puedo y tan solo queda entonces recordar lo bueno, lo que volvería a repetir. Y en ese juego paso últimamente mis días y mis noches, como estás viendo. Esta madrugada subí otra vez pero tampoco pude mirarlos, no pude. Hoy lo intentaré de nuevo. No puedo imaginar lo que sentiré cuando por fin vuelva a verte en ellos. Aunque no sé de qué tengo miedo. Si ya casi he vuelto a verlo todo. Continuamente lo veo. De noche y de día, dormido o despierto.

Hasta quienes había olvidado hacía ya mucho tiempo, se rebelan y vuelven. Me los traen detalles infinitos. Porque quieren volver. Una música extraña que de repente se me hace familiar, la silueta de un abrazo a lo lejos,

un rozar de manos o tan solo permanecer con los ojos cerrados el tiempo suficiente. Ahora, un olor. El del ambientador de melón dulce que flota en esta sala de espera tan seria. Hay quien vuelve y deja únicamente un sabor nostálgico, entre la pena y la alegría de lo que se fue. Otros me castigan con un dolor agudo en el pecho o más adentro. Eso siento cuando vuelvo a pensar en mi prima Anna. Ella murió hace poco, de vieja, en su cama, posiblemente envuelta en ese perfume tan parecido a este, que siempre la envolvía como un halo gaseoso; quién podría haberlo adivinado. Y rodeada de todos los que la querían, que eran muchos. Me avisaron de su muerte y habría ido al entierro, sí, me habría gustado despedirme de ella, se lo merecía, pero tenía tanto que hacer aquí, ya se me acaba a mí también el tiempo. ¡Qué suerte morir así! Es como hay que morir. Me asalta ahora su sonrisa, su pelo, sus ojos negros. Su piel morena y su voz plácida. Nunca entendí por qué me perseguía; tampoco hice nada por provocar ese sentimiento huracanado con que lo pretendía todo, con que se entregaba sin celo. Cómo me equivoqué con ella. También con Martín. Pero ella..., yo pensaba que ella era toda frivolidad. Qué tarde supe que detrás de esos ojos brujos había un cerebro e indestructible sentimiento. Entonces era más sencillo, los hombres nos creíamos mejores, más listos, más enteros, con la patente de la razón y la exclusiva de la verdad. Todo era más fácil así pero, también, mucho más pálido.

Una tarde de invierno, apareció de nuevo por mi oficina. No recordaba cuándo había sido la última vez que había venido. No sé por qué, pensé que vendría a contarme que estaba saliendo con Martín. No tenía por qué hacerlo, pero llevaba tantos años sufriendo su persecución que sentía que, cuando por fin fuera a sustituirme por otro, era su deber informarme de ello. Lo que nos habíamos alegrado al verlos juntos unos días antes paseando por la orilla del Sena, como hacían todos los enamorados y también los que estaban dejando de serlo. Me había convencido de que formaban la mejor pareja, nuestro amigo y mi prima, ambos exuberantes, ambos perfectos, y me asaltó un alivio extraño, liberador. Habíamos salido a pasear antes del toque de queda. No nos quedaba más remedio. Debíamos sobrevivir y, para eso, teníamos que intentar seguir viviendo como si lo que ocurría a nuestro alrededor fuera lo normal. Como si las batidas de los soldados cada día en un edificio nuevo y los disparos en las esquinas, detrás de las tapias o a la vista no tuvieran nada que ver con

nosotros. Como si las trincheras improvisadas, los gatos desaparecidos y las cruces gamadas fueran un aderezo más de una ciudad hermosa con ganas de jugar a ponerse un disfraz tétrico. Y tú y yo luchábamos por conseguirlo cada día, desde que nos levantábamos por la mañana hasta que volvíamos a la cama. Intentábamos ignorar todo lo que no podíamos soportar. Esa era la única forma de que el dolor y la rabia, si tenías un pelín de corazón, no se metieran tan adentro que consiguieran sofocar las ganas de seguir viviendo.

Íbamos cogidos de la mano y, como nosotros, decenas de parisinos recorrían las márgenes del río arriba y abajo, vestidos y peinados como siempre, hablando animadamente, como si nuestra rutina tan solo hubiera sido trasplantada a un escenario extraño; como si los rifles a la espalda de los soldados que paseaban por allí indefinidamente no fueran la prueba de que París era una ciudad ocupada, sino que formaran parte de un decorado superfluo que pronto se desmontaría. Entonces los vimos. Martín llevaba del brazo a Anna y andaban despacio, con las cabezas muy juntas, hablándose tan de cerca que a veces parecía que se rozaban los labios. Estábamos lejos, pero su estampa era inconfundible: la de una pareja sacada directamente de una pantalla de cine. Al poco, se pararon y él se giró. Entonces tú y yo nos dimos la vuelta a toda prisa para impedir que nos reconocieran. No sé por qué no queríamos que nos descubrieran, quizá porque ambos deseábamos que de verdad estuvieran juntos y no queríamos romper ese hechizo y que pudiéramos comprobar que no eran ellos o que solo se habían encontrado por casualidad. Ya no nos atrevimos a volver a mirar pero, durante un tiempo, hablamos a menudo de ellos, de lo bueno que sería que aquello fuera lo que parecía, de lo que nos alegraríamos de que ambos hubieran encontrado por fin alguien a quien amar. ¿No era eso lo que todos queríamos? ¿No es eso lo que todos queremos?

Pero es fácil equivocarse cuando se trata de amor. Y Anna no vino a mi despacho a contarme que salía con Martín. Era tarde ya. El viento soplaba afuera enfurecido, como si se estuviera resistiendo a rozar las copas de los árboles, a volar zigzagueando entre sus troncos esbeltos, a atravesar el parque que llegaba hasta el otro lado del río. Mi último cliente acababa de salir y estaba a punto de irme. Había estado todo el día retocando unos planos de una fábrica de botas para el ejército. El dueño quería ampliarla y no escatimaba en

gastos. Daban para mucho los muertos. Me dolían los ojos y quería irme a casa, necesitaba darme un baño y verte, te echaba de menos. Ella entró y cerró la puerta. Se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero de largos ochos retorcidos en el que tan solo se descolgaba mi gabardina y dos o tres paraguas verdes de clientes desmemoriados. Recuerdo su vestido gris plata y el gran cinturón azul a medio camino entre sus caderas y sus pechos. Anna era una mujer hermosísima pero yo te amaba a ti. Siempre fue así y aún no ha dejado de serlo. Se acercó a mi mesa y esta vez se sentó como Dios manda, en la silla al otro lado, aunque sin apartar la vista de mí. Sacó un espejo mínimo de su bolso, lo elevó hasta la altura del rostro y se arregló el pelo durante un momento. Cuando quedó aún más perfecta, se inclinó hacia mí. «No entiendo cómo siempre estás tan solo. Con lo guapo que eres», me dijo. Quise levantarme, pero me quedé quieto. Sus ojos eran demasiado negros. «No dices nada hoy. Pero seguro que te preguntarás que estoy haciendo esta vez aquí, después de algunos meses sin venir. Sí, seguro que sí. Voy a decírtelo. Me he cansado, Diego. He decidido que voy a darte una oportunidad más. Pero será la última. Me he prometido a mí misma que tengo que dejar de esperarte, que no puedo seguir creyendo que algún día serás para mí y no voy a perder más el tiempo. Pero no puedo hacerlo sin decírtelo primero. Creo que me debo al menos eso».

No sabía qué responderle. Quizás balbuceé que yo te quería a ti y que no podría dejar de hacerlo, que le agradecía su sinceridad y que era una mujer fabulosa que, en cuanto se lo propusiera, encontraría quien la amara lo que merecía; no en ese orden ni con esas palabras pero, en esencia, creo que le dije eso. Ella se humedeció los labios, se levantó de la silla y rodeó la mesa, se colocó cerca de mí y se agachó hasta que pude presentir su boca. Enseguida me besó. No pude retirarme, no quise, me gustó sentir su sabor, su lengua, su calor. Me gustó. Pero también supe que no podría ir más lejos, que jamás podría amarla como te amo a ti, que su olor y su cuerpo no serían nunca los tuyos y que, por eso, no podría recorrerlos. Ella lo notó. Lo sé. Ella supo que, mientras me besaba, entre su deseo y mi saliva se interponían tus ojos violetas helando el sentimiento como si, en lugar de ella y yo, se estuvieran acariciando dos tímpanos. Se apartó de mí. Volvió a colorearse los labios con carmín y volvieron a quebrantar alguna ley contra la serenidad de los anhelos.

Se puso el abrigo de paño gris marengo y salió de la oficina muy despacio sin cerrar la puerta ni mirar atrás. Sobre la mesa, entre los planos bosquejados y las angulosas reglas, una rosa roja que no había visto antes quedó tumbada languideciendo junto a sus guantes de cuero negro. Luego, desapareció. No volví a verla durante mucho tiempo y me convencí de que por fin había entendido que yo te elegí. Era lo mejor para todos, sí. Pero me quedó una sensación extraña de pérdida que se acrecentó con el tiempo, cuando me demostró realmente quién era ella y qué estaba dispuesta a hacer por mí. Tomé mi sombrero del perchero y me puse el abrigo y los guantes. Pero todavía tenía frío. Cerré la puerta y salí de allí dejando su rosa sobre la mesa. Regresé a casa despacio, inhalando el aire fresco y sintiéndolo salir en tromba de mi boca, con las manos colgando laxas a ambos lados del cuerpo, mirando casi siempre al suelo como si me faltara algo preciado que podría encontrar si ponía mucha atención allí.

Anduve así hasta que un estruendo metálico me sacó de mi ensimismamiento. Al abrirlo de par en par, un soldado alemán había hecho rebotar el portón de un camión del ERR nazi contra la carrocería. La chapa retumbó. El vehículo, que ocupaba casi la mitad de la acera, estaba aparcado frente a un añejo portal de piedra en la calle Faubourg Saint Honoré. Cuatro hombres uniformados sacaban de allí en volandas todo tipo de objetos y luego los iban colocando en el suelo, a los pies del camión. A uno de ellos se le resbaló un cuadro y su marco se quebró al estamparse contra el suelo. Su superior le abofeteó y le gritó algo que no entendí. Enseguida se subió al maletero y sacó unas mantas con las que los otros soldados comenzaron a envolver todo lo que estaba apilado: muebles, espejos, lienzos, esculturas. Las figuras de porcelana, los utensilios de plata y otros artículos más frágiles y pequeños las iban colocando en cajas de tabloneras rellenas con paja. Cada poco tiempo, los soldados sacaban nuevos objetos que dejaban sobre las mantas en el suelo o apoyados sobre los laterales del auto.

A esas horas ya no había demasiada gente andando por la calle pero los pocos que se atrevían se cruzaban de acera varios metros antes de llegar al portal y miraban hacia otro lado. Incluso yo lo hice al final, Elisa, yo también lo hice. No quise seguir mirando lo que estaba ocurriendo. Y siempre me arrepentí, porque, cuando algo así sucede, debemos grabar muy dentro la

afrenta en nuestra memoria para que nadie pueda osar poner en duda que pasó. Yo sé que fue así y tú también. Demasiado bien lo sabemos. Pero, antes de continuar y dar la vuelta a la esquina para seguir mi camino con el corazón saliéndoseme del pecho, no pude evitar mirar atrás. Dos oficiales sacaban del portal a los que parecían los dueños de los objetos: una señora con un moño alto, vestida con una bata de seda y zapatillas de gruesa lana blanca; y el que podría ser su marido, un caballero de pelo canoso con un batín de terciopelo y unos pantalones oscuros impecablemente planchados. Podían haber sido mis padres o los tuyos. Dos personas corrientes que salían con las manos atadas a la espalda, la cabeza agachada y la mirada enajenada. Al empujarle dentro de un coche negro ataviado con la esvástica, los anteojos del anciano cayeron al suelo y el conductor los recogió y se los guardó en su bolsillo mientras se sentaba en su asiento y cerraba la puerta. Por detrás de ellos, el oficial que parecía al mando escogió una pintura del camión y, mirando sonriente a sus dueños, se la ofreció al portero de la finca, que le estrechó la mano y enseguida volvió a meterse con el cuadro en el edificio. Si todo hubiera quedado en eso, si solo les hubieran robado y ultrajado así... Pero no fue solo eso y, ahora que lo sabemos, solo puedo maldecir a todos esos hombres enfermos y luego seguir viviendo. Aunque, para morir dignamente, nadie tendría que olvidar jamás aquello.

VI

«La crónica de un corresponsal de guerra sobre la División Azul y la lucha contra el comunismo afirma que los soldados, vestidos con uniforme color de bosque, marchan parapetados tras la bandera rojo y gualda y orgullosos de poder aportar la contribución de España al aniquilamiento del bolchevismo ruso y al futuro desarrollo pacífico de Europa. Los soldados alemanes los miran con orgullo, jánimo, camaradas! avanzad a nuestro lado con ese alegre espíritu combativo, con Alemania en la cabeza y España en el corazón.»

París, 19 de Septiembre de 1941

—¿Por qué siempre eres tan amable, Friedrich? Ella sabía que no tenía que haberse puesto la misma cofia de ayer, es uno de sus deberes, estar atenta a la etiqueta. Hoy es viernes y los viernes toca la cofia con los tres copetes. Tampoco ha sido para tanto, solo le he dicho que, si su cabeza no da ni para ponerse la cofia correcta, quizás en lugar de cofia, debería cambiarse de cabeza. Pero tú sales a defender a los desamparados como siempre, como cuando éramos unos críos. No sé qué va a ser de ti cuando tengas que matar a alguien, querido.

—Una cosa es matar al enemigo y otra muy diferente arrojar la dignidad de una pobre muchacha al fondo del río, Danielle. Y mis galones no me convierten en un mal hombre, ni en un asesino, ni en un insensible. Si lo fuera, ¿te habrías enamorado de mí?

—Buen razonamiento. Si fueras un asesino, estoy segura de que no ayudarías a salvaguardar el honor de las criadas maltratadas por sus señoras, mi amor.

—Pues eso. Yo sigo siendo el mismo. Que ahora lleve un uniforme no se debe más que a las circunstancias de la vida, que no siempre nos dejan otras salidas. Pero las personas somos mucho más que lo que vestimos y podemos elegir cómo nos comportamos. Y no exageres, tú no la has maltratado, solo la has puesto en su lugar, pero yo tampoco la he defendido, solo he sido un poco condescendiente.

—Mira que lo hizo mal tu padre, por mucho que lo intentó, no consiguió quitarte esa vena idealista tan rara en un noble de tu estirpe, Friedrich. No dejas de sorprenderme. Esa es la verdadera razón por la que te amo. No que seas como un oso de peluche, mi querido coronel.

El querido coronel se aproximó a Danielle. El beso fue corto pero grandioso. El sexo siempre era grandioso con él. No entendía por qué habían estado tanto tiempo sin volver a verse. Solo él le había hecho sentir ese escalofrío antes del estallido en que su cuerpo vibraba cuando él la terminaba, por fin, acariciando hasta donde ella quería. Había encontrado pocos hombres como él, que no tuvieran pudor en llegar hasta allí, que no consideraran prostitutas a las que exigían de ellos el mismo tipo de relación que ellos buscaban, al menos, en los burdeles. Pero Friedrich era especial: no muy guapo, no muy bueno, no muy malo, no muy empalagoso y sí muy rico. Todo en su justa medida. A sus ojos, solo tenía un defecto: su pelo tan rubio y sedoso que le hacía la competencia al suyo. Pero sus manos la sabían recorrer y su espíritu era libre a pesar de las convenciones que desde siempre habían pretendido encorsetarle dentro de su rancio abolengo. Quizás tenía algo más que iría descubriendo pero había sido hacia muy poco que se habían reencontrado. Los tanques que atravesaron el Arco del Triunfo mientras muchos franceses les escupían y las banderolas ondeando la esvástica al viento le trajeron ese regalo inesperado, el primer amante que ella había

tenido, el joven noble prusiano con cuya familia sus padres de vez en cuando veraneaban en la costa cálida y radiante de Niza o en los frescos bosques de la Selva Negra. El apuesto y guapísimo conde con quien se deshizo de su odiada virginidad.

Algunos conocidos la habrían tachado de colaboracionista; seguramente la acusaban ya de eso los pocos franceses que sabían de su relación y estaban en contra de la ocupación, pero a ella todos esos mediocres le daban igual. No estaba hecha para tener en cuenta la opinión de los vencidos. Y la realidad, además, era bien diferente.

—Eres un terremoto. Pero tienes que irte ahora, estoy esperando una visita y te aburrirás si te quedas con nosotras.

—Y tú eres implacable, ¿quién es esa visita?

—Un secreto. Un hermoso secreto mío.

—No puedo creerlo. Se supone que quien debe guardar el secreto de su muy secreto trabajo soy yo, no tú. Pero me dejas siempre con la intriga, voy a tener que ponerte un espía para que me cuente qué tejemanejes te traes entre manos.

—Hazlo y no volverás a tener esto que tanto bien te hace, mi querido noble prusiano.

Danielle se acariciaba los pechos por encima de la ropa mientras le hablaba. Eso le volvía loco de ella: una mujer tan sofisticada, tan culta y tan refinada como la admirada galerista parisina demostraba la lascivia más exacerbada que había sido capaz de encontrar hasta ahora en una mujer. Se complementaban en eso mejor incluso que en la pureza y la exquisitez de su linaje.

—Me voy, pues. Pero no tardes mucho en llamarme, o volveré a buscarte sin que puedas hacer nada por evitarlo.

Friedrich se puso su chaqueta tres cuartos de lana gris y se encajó la gorra. Qué endiabladamente guapos estaban los hombres vestidos así, aunque sin duda estaban mejor desnudos. Antes de salir, él se dio la vuelta y le guiñó un ojo. Ella se estremeció mientras volvía a imaginarse con su lengua entre las piernas. Por supuesto que no tardaría en llamarle. Ni aunque la arrestaran por ello. Se sentó en su sillón de terciopelo y se descalzó antes de subir en él los pies. Estaba cansada pero no quería dormir, sabía que aún le quedaba mucho

por hacer antes de que pudiera relajarse. ¿Por qué se había metido en ese lío? ¿Es que no tenía ya suficiente peligro en su vida habiéndose enamorado de un nazi en un país ocupado en el que la mayoría los odiaba o los envidiaba, que tenía que agregarle a eso otro motivo más de inquietud? Aunque ella solía estar tranquila, no tenía miedo de que les descubrieran y mucho menos tenía miedo de que Friedrich, que bebía los vientos por ella y las tempestades y lo que hiciera falta, pudiera llegar a traicionarla, pero a veces se asustaba de sí misma y de su templanza y ahora pensaba en qué bicho le habría picado a Elisa.

La criada la sacó de su ensoñación anunciándole que su invitada había llegado. Esa chica siempre era puntual, muy pulcra ella, muy tímida pero con una determinación que Danielle estaba segura de que la llevaría lejos. Con la hermosura necesaria y la inteligencia precisa. De ese último factor dependía todo el plan, de que fuera capaz de seguir haciendo su trabajo con la minuciosidad que le caracterizaba pero sin histrionismos, sin meter la pata con un comentario inoportuno o una revelación a destiempo. Pero Danielle confiaba en ella, sabía que no la defraudaría. Sin embargo, se había pasado esa mañana por la galería y le había parecido nerviosa, por eso la había citado en su casa, quería sonsacarle si había ocurrido algo que ella debiera saber.

—Me he adelantado. Estabas descansando.

Elisa se había quedado junto a la puerta con la chaqueta de fieltro azul en una mano y el elegante bolso de Pierre Cardí en la otra. Era tan bonita que Danielle a veces jugaba a imaginarla desnuda. No le gustaban las mujeres, no mucho, pero Elisa era de las que, si le hubieran atraído, sin duda se habría llevado a su cama. Apetecible y deliciosa como un *crêpe suzette* de dulce de leche.

—Pasa, querida, no te quedes ahí como un pasmarote. No te preocupes, no estaba durmiendo, solo me había echado un momento. Friedrich acaba de irse y sus visitas siempre me aturden mucho. Te has debido de cruzar con él. ¿No le has visto?

—No lo sé, ¿recuerdas que no me lo has presentado nunca? No me permites conocerle.

—Es mejor para las dos, deberías entenderlo. Eres demasiado confiada. Es mi amante, pero no tengo que darle demasiadas pistas. No suelo tener tan

buena relación con mis pintores y podría sospechar. Aunque no desconfío de él, estoy segura de que no me delataría si se enterara de lo que hacemos.

Danielle se había incorporado e hizo sonar la campanilla. La criada apareció diligente con una bandeja de plata que tenía la forma de los pétalos de una gran rosa y la dejó sobre la mesa junto a la ventana. Elisa se fijó en el artilugio. ¡Qué hermosísimo era! y qué buen gusto tenía esa mujer de ojos grises que siempre le había parecido tan delicada como una Diosa griega de largo peplo y rostro indolente. La criada dispuso las tazas sobre el primoroso mantel y sirvió despacio el café, del bueno, del que olía y sabía incluso mejor que el de antes. También traía bombones y unos pequeños paquetitos envueltos en papel de oro que Elisa no supo distinguir.

—Iba a tomar un pequeño refrigerio. Acompáñame y luego me cuentas por qué estás tan nerviosa. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—Tengo miedo, Danielle.

—Yo también. La vida da miedo, querida.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo, ¿me has oído alguna vez no hablar en serio?

Danielle dio varios sorbitos a su taza de café. Después, abrió despacio uno de los exquisitos dulces suizos y dobló con cuidado el papel antes de dejarlo sobre el platito. Se llevó a la boca la golosina y cerró los ojos hasta que terminó de saborearla.

—Dime, ¿por qué estás asustada? ¿Ha ocurrido algo que no quieres contarme?

Elisa no dudó. No había venido a confesarle nada. Más bien a saber. Su encuentro con Martín la había puesto un poco nerviosa, pero ya se le había pasado. Él no haría jamás nada que la perjudicara, podía estar segura de eso.

—No. No ha sucedido nada. Pero no sé si estamos haciendo una locura. ¿Cómo es posible que los nazis no se enteren de lo que hacemos?

—Mujer, sí es posible, pero no es probable. Por favor, ven a sentarte a mi lado. Me recuerdas mucho a mí con tu edad. aunque no te creas que eres mucho más joven, es solo un decir.

Elisa se sentó con las piernas juntas y las manos entrelazadas. No sabía por qué se colocaba así siempre que se encontraba en presencia de Danielle pero lo cierto era que ya se había dado cuenta antes de que, delante de ella,

siempre adoptaba esa postura de niña de colegio cuando se enfrentaba a una regañina. Se acercó un poco a la mesa y tomó su taza. El sabor evocó otros momentos que no quiso recuperar y se sirvió más leche para aplacar el recuerdo sumergiéndolo en la nube blanca.

—¿Cómo sabes que no nos van a descubrir?

—Querida, la respuesta es sencilla. Muy sencilla. No lo sé. Si supiera cuál va a ser nuestro futuro, mi vida sería más fácil; o quizás no, no puedo imaginar siquiera cómo me cambiaría la vida si conociera qué va a ser de mí. Por eso mismo debemos sacar provecho de todo lo que nos da. Pero tú no has venido a que te cuente lo que ya sabes, has venido a que te convenza de por qué no van a cogernos.

—Podría ser. Tal vez podrías intentarlo.

—Pues lo cierto es que se me ocurren varias razones. La primera es que hay demasiado arte por la calle como para que nuestros cuadros llamen la atención. El mercado del arte en París está en auge, querida, hay mucho dinero por ahí, el de la gente rica no judía que no quiere arriesgarse a que cambie la moneda o se devalúe, pero no hay sitios donde gastarlo, no se puede ir de crucero, ni salir de viaje y nadie se aventura a comprar joyas u oro, por si acaso pierde valor. ¿Qué harías tú si tuvieras mucho dinero?

—Irme de aquí.

—Mentira. Podrías irte si quisieras. Además, no me refería a eso. ¿Qué harías si tuvieras ese dinero y quisieras intentar invertirlo en algo? Los ricos no dejamos nunca el dinero quieto. Se decolora, querida, se decolora rápidamente y pierde su valor. Y todos saben que los alemanes aman el arte y su compra se ha convertido en un valor seguro, tanto para los propios alemanes como para los franceses o los suizos. Se venden hasta las pinturas más sencillas, los bodegones y los paisajes de formatos pequeños. Ya no solo se compra para mansiones, cualquiera con un poco de dinero que quiera poner a salvo invierte en arte. Esa es la primera razón para que no nos descubran: es demasiado difícil que vayan a fijarse justo en nuestros cuadros.

Danielle tomó otro dulce. Sonreía con cada bocado que masticaba. Miró a Elisa, si realmente pudiera estar tan segura de que lo que le decía era verdad, quizás no se sentiría ahora como si la estuviera engañando.

—Pero hay más razones: la segunda es que los principales peritos son

judíos. Eran judíos. Ya no están, casi todos han muerto o han desaparecido; solo los que se anticiparon a lo que podía pasar y salieron de Francia siguen ejerciendo e incluso algunos continúan haciendo tratos con los alemanes desde el extranjero, que los alemanes de tontos no tienen un pelo. Pero aquí, en París, ya no quedan expertos suficientes que sean capaces de evaluar cada compra que se hace. Tocan a demasiadas. Imagínate lo difícil que tiene que ser encontrar un experto vivo. Los propios alemanes se han ocupado de hacerlos desaparecer. Y la mayoría de los pintores que colaboran no saben para qué se usan las obras que falsifican, tan solo se les paga por su trabajo. Tú eres mi amiga, Elisa, y te aprecio mucho. No quise engañarte y ponerte en peligro sin que supieras realmente lo que estabas haciendo. Estaba segura, y lo sigo estando, de que me ayudarías. Era una intuición que has demostrado cierta. Pero deberías ser la excepción. Es mucho más peligroso para lo que hacemos que haya muchas personas que conozcan el proceso. Por eso, tú apenas sabes nada más de lo que ocurre luego con tus falsificaciones.

—Pero, ¿mis copias de verdad son tan buenas? No puede ser tan fácil. ¿No crees que se le habría ocurrido antes a alguien?

—La calidad de las copias casi es lo de menos. Y las imitaciones no son en absoluto burdas, todos los falsificadores sois pintores profesionales, adiestrados incluso si ha sido necesario, y los cuadros son evaluados antes de intercambiarlos y hasta envejecidos si es preciso. Los que no pasan los exámenes de los técnicos de la Resistencia se descartan para no poner en peligro el plan. Te aseguro que tus falsificaciones son excelentes. Ni uno de tus cuadros ha sido rechazado por nuestros expertos hasta ahora. Ya te lo he explicado antes. Las copias pasan por muchas otras manos antes de dar el cambiazó. Tu trabajo solo es un paso de muchos. Puedes estar tranquila, nadie podría imaginar que son falsificaciones.

Elisa tomó aire. Los ojos le brillaban igual que cuando pintaba. Danielle pensó que en verdad era muy hermosa. La tomó de la mano. Quiso traspasarle parte de su fuerza pero había veces en que cada uno debía hallarla en lo más hondo de sí mismo, rebuscando impetuosamente si hacía falta. Elisa tenía esa fuerza, aún no sabía cómo ni dónde la había encontrado pero estaba segura de que a pesar de sus dudas, no le defraudaría.

—¿Y no es demasiado simple para que funcione?

—No es en absoluto simple, mi preciosa pintora, tú tan solo eres el primer eslabón. Las pinturas terminarían superando cualquier examen conocido que en realidad es muy improbable que se lleve a cabo por lo que te acabo de explicar, porque hay miles de cuadros circulando por ahí y porque los expertos están desaparecidos pero además, si se diera el caso de que los alemanes detectaran que los cuadros son falsificaciones, habría muchas probabilidades de que los escasos entendidos franceses no se lo revelaran, para evitarse problemas. Elisa, hazme el favor de intentar meterte en la piel de un francés requerido por los nazis para tasar un cuadro de Klee que se da cuenta de que la tela que está evaluando podría ser una copia. ¿De verdad crees que se arriesgaría a decirles que lo es, que lo que han robado del museo del Louvre no es más que una imitación? Pero sobre todo contamos con una ventaja, querida: ellos no se lo esperan, los cuadros siempre se eligen de museos importantes y no tienen motivos para sospechar. ¿Qué loco se atrevería a hacer algo así? Lo más importante es que nosotros sabemos lo que van a hacer. Hemos podido anticiparnos a sus planes y ellos no pueden imaginarse eso.

—¿De verdad me preguntas qué loco? Yo conozco a dos locas que se atreverían a eso, Danielle. Realmente conozco a dos locas que se atreverían y las dos están muy cerca.

—Bueno, mi querida loca, ¿deseas que te cuente ya cuál será el próximo cuadro que vas a pintar?

CAPÍTULO 9

Al decidir qué pintar, elegir bien el tema es primordial. Hay quienes se inclinan por la indiscutible atracción del mar, la apacibilidad de los marineros y la irreverencia de sus redes; quienes prefieren volar sobre los cielos y pintar estrellas; los hay que saben captar las almas de las flores y en sus colores ven más allá de pigmentos de seda; a otros los subyuga la increíble fuerza de una tormenta o el despuntar del alba; otros tan solo pintan mujeres, hombres o perros; también los hay de los que solo en las naturalezas muertas ven el escape a lo anodino de las vidas anodinas y consiguen imprimir en los brillos de una manzana la sensación ansiada de libertad o, a veces, también la desidia. Pero en lo que coinciden todos es en que captar la mirada de un viejo, de un joven, de una mujer o de un niño y trasladarla a su retrato requiere siempre la maestría que solo se vislumbra en los verdaderos genios.

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (11:10 h)

Volvía a repetirse. De hecho, se estaba convirtiendo en una costumbre. Si

seguía así, no iba a volverse nunca para Madrid: Asturias se estaba convirtiendo en un relajante muscular para los numerosos calambres de su vida. Otra vez más, había vuelto a descansar doce horas seguidas. Antes de quedarse embarazada, jamás había dormido tanto, ni cuando era una niña. Al contrario, solía levantarse temprano para aprovechar la mañana. A menudo salía a caminar con Zara y, también, escribía. Le había gustado desde siempre; de inmediato se sentía bien al empezar a garabatear con el bolígrafo en las hojas en blanco. No escribía en el ordenador. Su frialdad no le agradaba, prefería sentir cómo brotaban las palabras con cada trazo de sus dedos finos. Aunque ahora ya solo lo hacía para recordar. Se tocó los pechos. Estaban descomunales, casi se asustó al comprobar cuánto, ¿hasta dónde seguirían creciendo? Porque en algún momento debían parar. Recordó a su amiga Paula. Sus tetas habían ido a más incluso cuando nació el bebé y le «subió» la leche. Le subió la leche. Nunca había oído esa expresión asociada a ese alimento, más que cuando su abuelo le avisaba de pequeña de que tuviera cuidado, que la leche que calentaba en el cazo podía subir y salirse toda la nata si hervía demasiado, con lo que a ella le gustaba esa sustancia untuosa y dulce que se solidificaba sobre el líquido al enfriarse. Pero que la leche le subiera a una mujer cuando iba a dar de mamar a su hijo, eso era una novedad para Violeta.

Pues bien, cuando a Paula le subió su leche y el niño se le enganchó al pecho, sus tetas le crecieron tanto que no entraba en ninguno de sus vestidos y tuvo hasta que comprarse sujetadores nuevos, tres tallas mayores. Lo que no sabía era qué había ocurrido luego con ellas, con sus tetas, cuando el niño se pasó a las papillas y abandonó la costumbre de chupar de los pezones, no sabía si pronto o tarde porque para entonces ella ya hablaba muy poco con su amiga y le daba corte preguntarle qué tal se le habían quedado esos dos senos florecidos de diosa vikinga.

Cogió su bata y una muda y se metió en el cuarto de baño. Zara enseguida apareció por un hueco que consiguió abrir empujando la puerta con su hocico y se tumbó sobre la alfombra. Era como una sombra alargada, negra y brillante que estaba siempre donde estaba ella o al menos lo intentaba. Se quitó el pijama y se introdujo en la ducha. El volumen de los pechos le impedía verse bien la incipiente barriguilla, pero al pasar la esponja por ella se dio cuenta de que su liso abdomen ya no lo era tanto. ¿De cuánto estaba?

¿Dos meses y poco? Ya sabía que el tiempo de embarazo se medía en semanas pero ella aún no llegaba a tanto, todavía no había ido a ver al ginecólogo, tenía que decidir primero qué iba a hacer. Al dejar la esponja sobre el borde de la bañera y mirar abajo, se mareó. Era la primera vez que le pasaba con tanta intensidad y se asustó. Se puso la toalla y se sentó sobre la taza. Intentó vestirse pero la cabeza comenzó a darle vueltas en un remolino ralentizado, así que, agarrándose a la pared, llegó hasta la cama y se tumbó otra vez. Llamó a gritos a su abuelo pero él no le contestó y eso le dio fuerzas para levantarse y llegar hasta su habitación. Notó alivio cuando vio otra vez su cama hecha y que sus zapatos no estaban bajo la silla. Entonces recordó que le había avisado el día anterior de que iba a salir por la mañana. Respiró hondo. Esa sensación de ir montada en un tiovivo de feria cutre debía de pasarse enseguida. Se fijó en el cuadro que estaba colgado enfrente de la cama. Era el que su abuelo tenía en Madrid, el de la mujer con el bebé en brazos. Se acercó a comprobar la firma. La misma firma indescifrable. No podía saber si eran dos copias del mismo cuadro o si Diego se lo había llevado con él. Pero se lo preguntaría después. Cuando consiguió ponerse al menos los pantalones y una camiseta ligerita y recuperó del todo el equilibrio, bajó a la cocina y comenzó el festín: zumo de naranja, sándwich mixto a la plancha y un vaso de leche con Cola Cao. Pero le apetecía algo más: dos tomates que estaban ya demasiado maduros. Los metió en el vaso alargado de la batidora, junto con un poco de pan que había quedado del día anterior, aceite de oliva, agua, una pizquita de ajo y sal. Por fin se le apaciguó el hambre. Fue al salón y se sentó en el sofá de flores azules y violetas. Se hundió demasiado y se colocó un cojín en la espalda, luego observó a su alrededor. Podía imaginar decenas de ojos mirándola desde el pasado, maravillados al ver en sus dominios a una extraña vestida y peinada de un modo más extraño todavía. Y le hizo gracia el pensamiento pero se intentó concentrar en lo que quería recordar. Se enderezó la coleta y se puso el cuaderno sobre las piernas. Volvió a ponerle la tarjeta al móvil y miró la hora de las tres llamadas perdidas de Álvaro. Apagó ese teléfono y encendió el del otro número, el que usaba para el trabajo y solo daba a sus clientes. Enseguida comenzó a escribir.

Diario de un desamor: parte IV

«Salimos, por fin. Acerté a la segunda, no era tan difícil, después de todo, saber lo que te haría feliz. Me perfumé y me puse brillo en los labios y antes de salir, te alabé el traje y tus nuevos zapatos. Pero no te sentiste satisfecho aún, seguías refunfuñando, y yo ya sabía por qué.

- Muchas gracias por acompañarme, Álvaro, te agradezco mucho que vengas conmigo esta noche. No quería perderme esa actuación. El Ballet Nacional de España actúa muy pocas veces en Madrid.

- ¿Y es necesario que yo vaya así? Parece que vamos a una boda. Con lo cómodo que estoy en vaqueros.

Sí, ibas muy cómodo en vaqueros a cualquier lado al que yo te dijera que me gustaría que fueras arreglado, pero nunca me había importado y solo te di un beso que pareció dejarte satisfecho. Hacía semanas que no discutíamos y me sentía feliz, incluso sentía que te quería mucho, que me gustaba mi vida, que conseguirías doblegar esos ramalazos de furia y llegaría un momento en el que aprenderías a calmarte antes de dar el puñetazo sobre la mesa o de levantarte e irte con un portazo. A veces me despertaba en la noche y te oía respirar despacio y me abrazaba a ti sintiendo que solo eras como un niño contrariado, pero que podrías aprender a ser de otro modo, que solo era cuestión de tiempo y de mucho amor. Miré por la ventana, Madrid estaba oscuro, los coches pitaban demasiado y olía a sucio. Cerré la ventanilla y encendí la radio. Sonaba una balada amarga que me erizó la piel. Llegamos pronto pero en la puerta del teatro ya había una larga cola.

- Vaya coñazo, ¡si aún falta media hora para que comiencen a bailar y las entradas son numeradas! No puedo creerlo. ¿Qué hace aquí ya tanta gente?

No te seguí el juego, estaba tan contenta..., tenía muchas ganas de ver el espectáculo y también a Ana y Miguel, que se habían animado a acompañarnos. Hacía unos días que había terminado de pintarles la habitación de su bebé y me había encantado conocerlos un poco más. Llegaron cuando ya llevábamos un cuarto de hora esperando a que dejaran pasar. El bebé dormía muy poco y apenas salían pero le había hablado tantas veces a Ana de lo fantástico que era el baile español, que quiso apuntarse y Miguel solo la seguía, hasta la luna, si hubiera sido preciso.

Por fin nos sentamos, vosotros a los lados y Ana y yo juntas en el centro. Me gustaba hablar con ella, siempre se estaba riendo. Comenzó el espectáculo. Tres bailarines salieron al escenario vestidos de negro, con zapatos de tacón y fajín de cuero. La guitarra comenzó a hablar pero Ana no paraba de removerse en su asiento.

- Pero ¿has visto eso? Por favor, Violeta, mira ese tío. ¿Has visto un hombre más guapo en toda tu vida?

Se me erizó el cabello. Pensé que tal vez no la habrías escuchado. Me acerqué a ella antes de contestarle.

- Ana, ¡que tienes un bebé de meses! No seas pendón, tampoco es para tanto.

- ¿Que no es para tanto? ¿Pero tú has visto bien a estos tíos? Madre mía. Y yo sin saberlo. ¡Esto tenías que habérmelo dicho antes! No sé cuál de todos me gusta más. Son todos guapísimos y ¡fíjate como bailan! Están para comérselos. Mira al moreno, mira al moreno...

Su risa era sincera y limpia. Había cogido a Miguel de la mano y se la llevó a la boca para darle un beso. Me gustó el gesto y te cogí la tuya. Pero tú me la apartaste.

- Bueno, yo no creo que sean tan guapos, la verdad, bailar sí bailan bien pero nada más.

Seguimos mirándoles. La obra se titulaba El corazón de piedra verde y la leyenda era preciosa: en Montezuma nacía la princesa Xuchitl, a quien le auguraban que debería apartarse de sus raíces, Izcauatzin la amaba en silencio desde niño y Alonso, el granadino que se cruzará en su destino a la búsqueda de conquistas en el nuevo mundo, hacía del tercero en discordia. Era una hermosísima historia de amor, dolor y muerte; la música emocionaba y las coreografías ponían los pelos de punta. La fuerza del baile de los hombres me hizo temblar y la gracia de las mujeres me dejó sin habla. A pesar de Ana. Terminó el espectáculo y fuimos a cenar. Apenas hablaste pero solo yo lo noté, ellos no paraban de bromear y de hablar de su pequeño, de lo que comía, de lo que lloraba, de lo que sonreía, de lo cansados que los dejaba. Pero sus ojos brillaban a la vez y se emocionaban a la vez. Los envidié, me habría cambiado por ella sin dudarlo, habría dado un dedo del pie o incluso de la mano por haber sentido tan solo una vez lo

que ella sentía cada día con él. Su complicidad me deslumbraba. Al terminar la cena, quisieron llevarnos a otro sitio a tomar una copa pero tú preferiste volver ya a casa. Y me abriste la puerta del coche como siempre y la cerraste sin dar un portazo y no hablaste durante el trayecto pero pensé que era porque de verdad estabas cansado. Yo estaba tranquila, miraba la carretera y luego a ti y llegué a creerme a salvo.

Cerraste la puerta de la calle y entonces sucedió. Te quitaste la chaqueta y la tiraste sobre la barandilla de la escalera; enseguida te acercaste a mí.

- ¿Para esto me has llevado contigo? Dime, ¿eso es lo que querías que viera? ¿Cómo te atreves a reírte así de mí?

Quise abrir la puerta otra vez y marcharme pero te pusiste delante.

- ¿Dónde vas? No me has contestado. Dime, ¿quién coño te crees para reírte así de mí?

Empecé a llorar pero no te inmutaste. Ya no me veías, habías dejado de verme en el teatro, cuando nos oíste cuchichear. Supe lo que vendría luego y respiré hondo. Intenté besarte.

- ¿Qué haces? No me toques, no se te ocurra tocarme.

- Álvaro, cálmate, no ha pasado nada. No sé por qué estás tan enfadado, tranquilízate y vamos a hablar.

Le diste un puñetazo a la puerta de la cocina y la atravesaste. Yo sabía que ya no podrías calmarte. Te había pasado antes, muchas veces, cada vez que algo te molestaba, cada vez que te decía algo que no te gustaba, cuando miraba a otros, cuando te llevaba la contraria delante de tus amigos, si me apartaba al besarte o, simplemente, si te apetecía. Cualquier excusa bastaba para que entraras en una espiral de furia descontrolada y me insultaras, me gritaras y rompieras todo lo que se te ponía por delante. Y siempre pensaba que conseguirías aprender a calmarte, hasta que volvía a suceder.

- No me has contestado. ¿Para qué me llevas contigo? ¿Para dejarme en ridículo? ¡Contesta! ¿Para qué? ¿Para poder reírte de mí? ¿Para eso?

Gritabas cada vez con más furia. Bajé la vista al suelo, recé para que te fueras, rogué con el corazón para que me dejaras allí y salieras a la calle o te dieras la vuelta y te metieras en el baño o salieras al jardín. Pero no lo

hiciste. Y el primer golpe me dolió menos porque no me lo esperaba. Llegó así, a traición, sin otra razón que el que te sirviera para descargar tu ira. Los otros los sentí mucho más también porque la mano abierta siempre dolía menos que el puño descargado sobre el estómago o sobre las costillas. Esa fue la primera vez que me pegaste pero, con el tiempo, podría haber confeccionado una psicología del dolor. Aunque ya desde ese mismo momento supe que el golpe que más dolía, el que dolía sobre todos los demás, era el golpe en el corazón. Con cada impacto sobre mi cuerpo le asestabas un mazazo que lo iba hundiendo. Hasta que se volvió chiquito y desapareció y dejé de sentir los otros, los de verdad, porque alguna vez creí que me terminarías matando. Pero esa primera vez solo me pegaste mientras estuve de pie. Cuando caí al suelo dejaste de hacerlo, quizás porque no te había hablado, sabía que cada palabra hacía estallar más tu ira y me callé como si me hubieras matado. Y quizás eso fue lo que te hizo dejarme.

Apagaste la luz y subiste a la habitación. Yo me quedé en el suelo, espantada, tan perpleja que no me cayó ni una lágrima, escuchando a oscuras cada uno de tus movimientos hasta que dejé de oírte. No podía creer lo que había pasado. No podía adivinar qué botón había pulsado para que tu rabia hubiera traspasado un umbral que yo creía infranqueable y hubieras llegado a pegarme, no podía imaginar que solo había sido la primera vez, solo eso. Después, cada vez era más fácil, cada vez estallabas antes. Me tumbé en el sillón y me tapé con la manta de terciopelo que habías traído de tu último viaje a Italia. Conseguí abrigarme por fuera aunque, por dentro, todavía sigo helada.

Al día siguiente te fuiste muy temprano. No tuve que cruzarme contigo como otras veces y escuchar tus buenos días como si lo fueran de verdad. No tuve que desayunar a tu lado fingiendo que no seguía doliéndome cada vestigio de tu furia sobre mi piel y mis entrañas. Me metí en la ducha. El jabón escocía sobre algunas heridas. Las superficiales. Me sequé bien y me maquillé y me eché brillo en los labios y, al vestirme y mirarme entera en el espejo, me sorprendí al darme cuenta de que todas las huellas se habían ocultado, de que, por fuera, no quedaba ni rastro de ese daño ni de ese dolor. Al verme a mí o al verte a ti, nadie podría haber adivinado lo que había tenido que sufrir. Siempre fue así. Además, intentabas no dejarme

marcas en la cara. Me habría gustado preguntarte por qué, por qué no respetabas nada en mí más que mi rostro. No consigo adivinar la razón por la que alguien que profana lo más sagrado de la persona a la que dice que ama es capaz de tener consideración tan solo por su cara. Quizás la razón fuera que, si también hubieras dejado en ella tus cicatrices, al día siguiente, cuando ya te habías calmado y no querías recordar, al mirarme, no habrías podido seguir negándote a ti mismo.

Llegaste pronto y te acercaste a mí. Yo olí tu pelo y sentí náuseas.

- Mira lo que te he traído. Sé que querías ir hace mucho.

Sujetabas dos billetes de avión para Venecia y la reserva de una habitación en un hotel de cinco estrellas. Yo te miré a los ojos e intenté obligarte a que de todas formas vieras las marcas que habías dejado amartilladas sobre mi alma.»

Violeta aspiró profundamente. Uno, dos, tres suspiros. Cerró los ojos. Uno, dos, tres segundos. Se levantó y se sirvió un vaso de agua. Uno, dos, tres sorbos. Sonó su móvil. Uno, dos, tres timbres. Lo cogió. Uno, dos, tres holas. Miró el número. Uno, dos, tres latidos. Y el aparato se le cayó de la mano. Volvió a ponérselo junto a la oreja.

—Violeta, Violeta. ¿Eres tú? —La voz de Álvaro sonaba débil. Debía de ser su imaginación—. ¿Eres tú?

—Álvaro... —se le cortó la voz, se le cortó el aliento—, hola, Álvaro.

—No me cuelgues, por favor, Vida, no me cuelgues. Déjame hablar antes de colgarme —Álvaro esperó unos segundos y ella no le colgó—. Bien, gracias, muchas gracias. Solo te pido que me des una oportunidad para hablar contigo.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Ana sigue siendo mi amiga, le supliqué y no supo negarse. Solo he probado con algunas de tus amigas hasta que encontré a una que tenía este teléfono. Además, siempre te encontraré, tardaré más o menos pero te encontraré, porque te quiero más que a mi vida. ¿De verdad no lo sabes? — Ella cerró los ojos. Estuvo a punto de colgar, pero siguió escuchando—. Te quiero, Violeta, y jamás querré a nadie como te quiero a ti. Por eso a veces pierdo los papeles pero lo siento mucho. Tienes que creerme, siento todo lo que ha pasado. Te juro que no volverá a suceder nunca más.

—Álvaro, no te creo. ¿Por qué tendría que creerte? Me has hecho tanto daño...

Violeta sintió cómo se le saltaban las lágrimas. No podía evitarlo, lloraba porque aún lo quería, maldita sea, aún quería a ese enfermo que casi le había hecho llegar a pensar que la enferma era ella.

—Te lo juro, Violeta, voy a cambiar. Ya estoy cambiando, voy a ir a terapia con una psicóloga de un plan del Ayuntamiento de Madrid; están especializados en eso, voy a ir todos los sábados y quiero cambiar, te lo juro, créeme. Haré lo que me pidas, lo que me pidas. Pero vuelve conmigo.

—Álvaro, tengo que colgar.

—Espera un momento, por favor. Necesito que me creas, cuando te hago daño, no soy yo. Es que te quiero mucho, te quiero tanto que no puedo controlarme cuando creo que voy a perderte. No puedo soportar sentir que te alejas de mí. Pero te quiero muchísimo, necesito que vuelvas conmigo.

—Álvaro, no vuelvas a llamarme. No quiero que me llames más. No sé lo que voy a hacer pero sea lo que sea, lo decidiré yo sola.

—Vale, lo entiendo, de verdad, no quiero presionarte. Pero te prometo que, si vuelves, todo será diferente. Te lo prometo.

Violeta colgó. No sabía lo que sentía. Entonces un cosquilleo en su vientre acaparó toda su atención: una cabriola de líquidos se movía como en un remolino ínfimo. No podía ser, ¡la nuez se había movido! Pero eso no podía pasar hasta el quinto mes, bien que se lo había recordado cada día su amiga Paula, «me quedan dos semanas para sentir sus pataditas, ¡dos semanas!» y así hasta que por fin sintió a su bebé de verdad y no solo aquellos meneos raros por encima del pubis. Violeta volvió a notar la pirueta en su estómago. Eso le obligó a ponerse una vez más la mano sobre la barriga. Dejó de llorar. Se concentró en la nuez y en lo que podría haber sido su primer movimiento percibido dentro de ella y llegó casi a verle agitar sus bracitos y estirar sus piernecitas mientras con la boca hacía aspavientos de pez «blub, blub, blub»; así hacían los bebés dentro de la placenta. Y también sonreían y tenían hipo. Su hijo aún no había tenido nunca hipo o al menos ella no lo había notado. Podía ser que el día en que le pareció ver cómo se le movía el ombligo mientras se duchaba hubiera sido eso, pero estaba demasiado agotada como para seguir mirándose y comprobar si la sacudida volvía otra vez pasados

unos segundos. Pero había dado resultado, pensar en su bebé le había rescatado de la visión de Álvaro disculpándose y hablando de su problema por primera vez y se sintió limpia y fuerte. Ya no le necesitaba, no le creía y no volvería jamás a su lado, porque lo quería, pero se quería más a sí misma. ¿No sería capaz de querer también a aquella cosita que crecía dentro de sí y que estaba a punto de empezar a darle las únicas patadas que se debían recibir por amor? ¿Sería capaz de deshacerse de él ahora? ¿Iba él a quitarle también eso? ¿O debía creerle y darle otra oportunidad? A lo peor él no la había mentido y podría encontrarla porque era verdad que la amaba tanto como decía.

El timbrado de la cancela la asustó. Sonaba como un gato enfermo, quizás porque tenía casi cien años y hasta los timbres se quedaban afónicos después de usarlos tanto tiempo. ¿Cuántas veces habría anunciado la llegada de alguien en toda su existencia? Vaya pensamiento más raro, pero su banalidad la aliviaba un poco después de la llamada de Álvaro. Ollivier estaba esperando en la entrada. Llevaba la camiseta por fuera y un calcetín de cada color con tanta naturalidad que ella dudó de que la rareza se hubiera debido a un despiste. Y no pudo evitar subir la vista de los tobillos a las piernas y de ellas al torso. El francés era un hombre muy fibroso aunque delgado y hoy parecía un poco más desgarrado que las otras veces, podría ser que porque ella se había detenido a mirarle. La camiseta blanca le hacía parecer más joven, pero las alpargatas que remataban la originalidad de los calcetines y su peinado tan primoroso como siempre, sin un solo mechón descolocado como sería lo normal en ese lugar donde la brisa embravecía hasta los pelos más sumisos, le sumaban diez años de una sola tirada. Esta vez venía solo.

—Siento molestarte, espero no haberte despertado.

El acento francés se le había pronunciado y hablaba muy rápido.

—¿Y Giselle? ¿No viene hoy?

—Se ha quedado en casa, con la hija de unos conocidos de París que ha venido aquí a trabajar una temporada como *au pair*. Se ha quedado con ella alguna vez más cuando he tenido que hacer algo demasiado aburrido o cansado para la niña. Se llevan muy bien las dos.

—Pues es una pena, siempre es una alegría verla. Pero pasa, no te quedes ahí, mi abuelo ha dejado hecho café y también he visto antes magdalenas, me

quedé con las ganas de una. Te invito a desayunar; alguna que yo me sé lo hace ya por segunda vez.

—No, gracias, no quiero molestarte demasiado. Solo venía a decirte una cosa. Nos vamos pasado mañana pero tengo que contarte algo antes.

—¡Qué misterioso! Pasa y cuéntame ya lo que sea. No me encuentro bien, me gustaría sentarme.

—¿Qué te ocurre? No quiero molestarte, solo me gustaría hablar esta tarde contigo, quizá sobre las cinco o las seis, en la cafetería que está enfrente del Ayuntamiento.

—No es nada, solo estoy un poco mareada, se solucionará con un vaso de agua. Y ¿por qué no me dices ahora eso tan misterioso? ¿Por qué hay que esperar hasta esta tarde?

—No puedo, quizás haya que explicar demasiadas cosas. No me gustaría que regresara tu abuelo sin que me diera tiempo a contártelo todo.

Violeta se puso tensa. Por un instante fue consciente de que había abierto las puertas de su casa a un completo desconocido. Esa idea no se le había pasado por la cabeza antes pero, sin Giselle, él era solo un hombre. Un hombre que estaba diciendo cosas muy raras.

—¿Cómo sabes que mi abuelo no está? ¿Nos has estado espiando? Me estás asustando, ¿qué ocurre, Ollivier? ¿Le ha sucedido algo a Giselle? ¡No me digas que es eso!

Violeta sintió que le volvían las ganas de vomitar que últimamente no la abandonaban. Empezó a sentir un agobio que le aprisionaba la garganta y una oleada de sudor frío le recorrió todo el cuerpo.

—No, no es eso. Pero no puedo contarte nada todavía. Lo haré esta tarde. Tengo que hacerlo. Es mi obligación.

Sí, era su obligación. Ollivier llevaba demasiado tiempo esperando afuera, sin decidirse a llamar, y al final había tomado la decisión de entrar. No podía arriesgarse a que ella le juzgara. Ella no se merecía eso. Ahora sentía la estúpida necesidad de que le comprendiera a pesar de ser una extraña. No iba a echarse atrás pero tenía que ser en otro lugar, no quería que Diego llegara en algún momento y les sorprendiera antes de que él le hubiera explicado sus razones. No había ido hasta allí para volverse sin más, tenía que hablar con él pero ella no tenía la culpa de lo que había hecho su abuelo y Ollivier no

quería lastimarla. Se lo contaría antes a ella y así al menos no le odiaría. Ya tenía bastante con una mujer que le odiaba.

—¿Tu obligación contarme algo? ¿Sobre qué? No te entiendo pero no me gusta esto. ¿Me conoces de algo? Mira, no pienso ir a ningún lado a hablar contigo. No puedes venir a buscarme y decirme que tienes un secreto que debes revelarme y luego irte tan tranquilo. No es lógico, al menos a mí no me lo parece —Violeta se llevó las manos a los ojos, estaba empezando a ver borroso y solo le dio tiempo a abrazarse a él antes de sentir que perdía el equilibrio—. Me estoy mareando, no puedo sostenerme en pie. Ayúdame a entrar, por favor.

Ollivier la sujetó por debajo de la cintura y la llevó medio en volandas hasta la casa. Ella estaba ya inconsciente. La dejó acostada en el sillón y entró en la cocina. Con rapidez, llenó un vaso de agua y luego rebuscó un paño y lo empapó bajo el grifo, lo escurrió y enseguida regresó al salón y se lo puso sobre la frente. Le tomó el pulso; el minuto le pareció eterno. Lo tenía demasiado lento. Le mojó un poco la cara. Sí que era preciosa. No se parecía a ella, a su ex: el rostro de Violeta era más anguloso y sus labios mucho más carnosos; se angustió al darse cuenta de que, incluso en esa situación, esa mujer que acababa de conocer le parecía muy atractiva y su boca muy apetecible, más todavía en esa postura, con el pelo alborotado sobre el rostro, los ojos cerrados y la punta de la lengua asomando entre los labios medio abiertos. No pudo evitar fijarse en sus hombros desnudos bajo una minúscula camiseta de algodón y tirantes finos, y sobre todo en sus grandes pechos: uno se recostaba sobre el otro que se veía aplastado contra el sillón. Podía presentir dónde sobresalían los pezones y el color sonrosado de su fina piel. Tuvo que obligarse a desviar la vista y volvió a introducir sus dedos en el vaso de agua. Tenía que despertarla. Le mojó la nuca varias veces hasta que Violeta abrió por fin los ojos. Enseguida intentó incorporarse.

—No, espera, podrías volver a marearte. No te asustes. Creo que solo has tenido una bajada de tensión. Pero tienes que levantarte poco a poco, y es mejor si esperas un momento. No te preocupes, yo me quedo contigo hasta que vuelva tu abuelo, si quieres.

—Gracias, pero no es necesario. Enseguida estaré bien.

—Lo siento mucho. Siento haberte asustado. No sé qué me pasa. Llevo

meses haciendo el gilipollas, pero esto es... Bueno, pensé que viniendo aquí me encontraría mejor pero cada vez me hundo más. Cada vez estoy más perdido. ¿Te encuentras mejor? ¿Te traigo algo?

—Un refresco con azúcar, ¿no? ¿No es eso lo que se toma para subir la tensión? Y, no te ofendas, pero tal vez podrías levantarte un poquito, no quiero que mi abuelo me vea aquí tumbada en el sillón contigo medio tirado encima de mí cuando regrese. Lo que le faltaba.

—No estoy tirado encima de ti.

—Sí estás tirado encima de mí.

Ollivier se incorporó.

—Vale, sí estaba tirado encima de ti. Perdona, era para mojarte mejor..., el cuello, quiero decir. Voy a por la bebida, pero no te levantes, podrías volver a marearte.

En un minuto, él ya había regresado con un vaso largo lleno de un líquido amarillo y una rodaja de limón. Traía además un poco de chocolate que había encontrado en la nevera y un par de magdalenas.

—No tengo ni idea de cómo hacer que mejores, pero estás recuperando el color, seguro que no ha sido nada.

—No es nada. Estoy embarazada. Por ahora.

Ollivier la miró con la boca abierta. Violeta empezó a reír.

—Si tuvieras un espejo, no podrías creer la cara que has puesto.

—Al menos te he hecho sonreír un poco. Estabas demasiado seria conmigo.

—Sí y no es ninguna tontería teniendo en cuenta cómo habíamos empezado.

—Olvidalo. Enhorabuena.

—No me la des, voy a abortar.

—Veo que ambos necesitamos contarle nuestra vida a un desconocido. Pensé que tú estabas más centrada que yo.

Ollivier se asombró de usar la misma expresión con que su madre le recriminaba su decisión de viajar a España para buscar a su abuelo. ¡Menuda locura! Y tenía razón, era una estúpida locura y jamás le habría encontrado si no hubiera sido por Violeta, estaba a punto de volverse a París cuando Giselle la conoció en la playa. ¿Tan mal lo habían hecho? ¿Es que no la habían querido? Él quizá no, nunca se quiere lo suficiente a una mujer si ella no se

siente querida, pero su hija ¿qué había hecho ella mal? ¿Qué había hecho su abuela mal para que Diego no hubiera querido saber nada de ellas? No podía creerse que, en todos estos años, no las hubiera buscado ni una sola vez, que no se hubiera imaginado que había tenido una hija. ¿Tan ocupado había estado? ¿Tan absorto en su propia vida como para no volver a pensar siquiera una vez en lo que dejó atrás en París? Con qué facilidad se podía prescindir de una vida. Pero, ¿acaso Violeta debía pagar por algo que ella ni siquiera conocía? Ya sabía la respuesta, por eso había vuelto a verla para intentar explicarle lo que iba a hacer pero, ahora, ¿qué iba a hacer ahora? Ella se terminó de comer una magdalena. Le había quitado el envoltorio transparente con parsimonia, había picoteado con los dedos pequeños trocitos de ella, empezando por la parte más puntiaguda, y se los había ido metiendo en la boca de uno en uno. Eso también lo hacía Giselle.

—Estoy centrada, Ollivier, pero no sé si quiero tener ese niño.

—No sabes... ¿y por eso vas a deshacerte de él?

—Sí. Un hijo solo debe traerse a este mundo si es enormemente deseado.

—Podrías cambiar de idea cuando lo trajeras. Casi siempre pasa. Pero no lo sabrás si no lo traes.

—¿Y si lo traigo y luego me arrepiento? No le he puesto ni nombre.

—Pónselo. Eso se arregla muy fácilmente. Y lo otro no tiene por qué pasar. Fíjate en Giselle. Su madre no quería tenerla.

—¿Por eso os abandonó? Ya que somos dos desconocidos que nos estamos contando nuestras penas, seguro que lo tuyo no es más fuerte que lo mío.

Violeta le sonrió. Se había olvidado de la desconfianza que le había inspirado al principio, cuando él había insistido en contarle un secreto que solo podía revelar fuera de la casa azul, y el color le había vuelto a la cara. A una cara que a Ollivier le seguía pareciendo preciosa.

—No solo por eso, espero. Me dejó por otro hombre. Y ya ha tenido otro hijo. Cuando se fue, ya estaba embarazada de él. Así que yo creo que eso solo fue un pretexto. Las personas no actuamos por razones. Creemos que lo hacemos así, pero no es cierto. Supongo que lo que ella no quería era tener un hijo conmigo, no ningún hijo. Pero llegar a esa conclusión me ha llevado muchos meses y un largo viaje. Ojalá hubiera venido antes, me habría ahorrado una pasta en la psicóloga. Pero, dime, ¿qué opinas tú?: que ella no

estuviera enamorada de mí, ¿habría sido razón suficiente para haberse deshecho de Giselle?, ¿habría sido justo para ella? Es la razón de mi vida, Violeta, ella es un regalo que me hacen cada día. No puedo imaginarme lo que sería mi vida si ella no estuviera conmigo. Tengo que acordarme de eso porque a veces lo olvido y ella está más perdida que yo. Es su madre, eso sí que es irremplazable. Cuando eso ocurre, cuando un padre desaparece de la vida de su hijo, el que queda debe quererle el doble para compensar tantas cosas... Y yo llevo mucho tiempo haciendo el gilipollas.

—Pero no puedo creer que ella no la quiera, ¿cómo puede alguien querer deshacerse de su hija, de una niña como Giselle?

Violeta se quedó quieta. Parecía que había adquirido conciencia de su propio pensamiento al decirlo en alto. Miró al suelo, se llevó las palmas a la cara y empezó a llorar. Él había vuelto a acercarse más a ella y le acarició las manos y se las besó. Le gustó su olor y su sabor. Le gustó saber que otra piel temblaría con el calor de sus labios, pero ella solo seguía llorando.

—Es bueno llorar, yo lo hago a menudo y cada vez te salen menos lágrimas. Algún día, ya no saldrá ninguna; eso espero.

CAPÍTULO 10

I

« Mein Kampf es un gran libro. Y está de actualidad. Alemania e Inglaterra debían luchar contra la Rusia soviética. En él se señalaba la necesidad que tenía Alemania de ampliar sus territorios a costa de los de sus vecinos. Pero en los Estados de las democracias de Occidente no han sido capaces de actuar de forma medianamente inteligente y no pudieron lograr que los esfuerzos de Alemania se centraran en la colonización o en sus fronteras orientales. Si los estadistas no hubieran sido tan engreídos, la naturaleza de Alemania se habría realizado tan solo a costa de la Rusia bolchevique, para beneficio del resto de los europeos porque, cubiertos los anhelos expansionistas del Führer con los rusos, Europa se habría ahorrado los estrepitosos horrores de esta guerra. Gran Bretaña, de haber sido más lista, le habría dado trabajo al Reich para gran parte de este siglo.»

París, 10 de Mayo de 1942

Martín entraba a trabajar todas las mañanas a la misma hora y salía todas las tardes cada día a una hora diferente. Pero le encantaba su trabajo. Tenía

poder sobre la vida de la gente. Era eso lo que le maravillaba, que a veces disponía de porciones de sus minúsculas vidas. Las moldeaba con su mano. Aunque ellos no se dieran cuenta, él podía hacer mucho porque su forma de vivir no cambiara o incluso para que fuera a mejor; sin su ayuda, muchos habrían ido a la cárcel, se habrían quedado sin sus propiedades o no habrían podido recuperar su herencia. Y, paradójicamente, se sentía consciente de esa superioridad sobre todo en esos momentos en los que la justicia era tan efímera como el sorbete de limón y había muchos menos que podían apelar a la ley divina o al derecho romano. Ciertamente era que ahora su capacidad de acción estaba más limitada y hacía tiempo que elegía cuidadosamente a sus clientes, porque las leyes habían cambiado y ya no tenían ni un ápice de moralidad sino que parecían haber sido impuestas por unos bárbaros, y había incontables casos imposibles de ganar, los de todos aquellos que la nueva situación había dejado fuera del sistema.

La mayor parte de los franceses no conocía bien los recovecos de la nueva legislación que se fue creando desde el principio de la ocupación pero él sí, él se había estudiado las veintidós leyes y los veinte decretos promulgados hasta ese momento en contra de los judíos y otras tantas en contra de muchos que hasta hacía solo unos años o unos meses habían sido ciudadanos de pleno derecho. Los peores parados sin duda habían sido ellos, los pobres judíos; se había obligado a empadronarse a aquellos que no vivían en la zona ocupada y en los papeles que les identificaban y en sus tarjetas de racionamiento se había estampado el sello con la palabra «JUDÍO», en mayúsculas. Hacía tiempo que ya no podían ejercer puestos públicos y se les había expulsado de todas las profesiones mejor consideradas: medicina, derecho, farmacia, periodismo. Aunque la persecución iba mucho más allá y no solo les perseguían a ellos, también eran implacables con los masones, los comunistas, los gaullistas o los agentes extranjeros; todos los que en el nuevo status quo se consideraban «terroristas», y antes de haberse producido la primera redada y las deportaciones, ya muchos habían sido arrestados sin otra acusación probada que la de su identidad. Martín no se sorprendió demasiado al comprobar que no eran precisamente los alemanes quienes organizaban los arrestos masivos, sino que al principio la policía francesa era la encargada de buscar y perseguir a los sospechosos, y no parecía poner reparos a su nueva tarea;

incluso a veces demostraba un entusiasmo excesivo en su colaboración.

Dentro de ese marco novedoso era donde Martín debía moverse. Pero aún así, todavía quedaban clientes que conservaban algunos derechos y podían acudir a los tribunales; para esos, él, al igual que muchos otros, seguía trabajando y exhibiendo esa influencia sobre la vida de los demás que le maravillaba, aunque fuera bajo una legislación diferente y algo sui géneris, sometida al dominio nazi. Eso era lo que había convertido su trabajo en su modo de evasión: la sensación de poder que le embriagaba cada vez que un juez dictaba sentencia a su favor. Tenía la seguridad de que la vida de su cliente había cambiado gracias a su ayuda. Aunque en realidad Martín no se alegraba por él, sino por su victoria, la que le demostraba de lo que era capaz. Solo por eso se estaba convirtiendo en uno de los mejores abogados de París a pesar de ser él también un extranjero.

Cabizbajo, leía una de las últimas sentencias que había ganado antes de la ocupación, rumoreando algunas de las palabras en voz un poco más alta mientras daba caladas paladeadas a un cigarro, de tabaco considerablemente bueno, uno de los últimos regalos que le había hecho un influyente cliente contento. Le interrumpieron en su divagación las súplicas de la secretaria que rogaba a alguien, cada vez en un tono más elevado, que esperara a que ella anunciara su visita, pero los ruidos de los zapatos martilleando el parquet de roble que cubría el suelo de toda la oficina mientras se acercaban raudos a su despacho le advirtieron de que no había tenido éxito. El Marqués de Ville de Genève abrió la puerta con energía. Su traje impoluto seguía quedándole grande y el bastón con empuñadura de plata tenía ya la punta desgastada; Martín pudo comprobarlo mientras lo agitaba delante de él con energía mientras recriminaba a la secretaria que le hubiera perseguido hasta allí. Hacía algunos años, había sido un cliente habitual, que dejaba en sus manos jugosos litigios contra la administración, contra sus parientes o contra cualquiera del que pensara que podría obtener algún beneficio. Y en muchos casos, así era.

—Muchas gracias, Bernadette, por acompañar al Marqués hasta aquí. Por favor, cierre la puerta al salir.

Martín dejó el cigarro en el cenicero y se levantó a dar la mano a su visita, que se estiró la chaqueta de tupido tejido antes de sentarse en la butaca situada

frente a su mesa.

—Mi buen amigo, qué placer volver a verle. No me habían informado de que había concertado una cita. Pero no se preocupe, siempre tengo un momento para usted.

—Ha sido una decisión de última hora, lo siento, es que ya no aguanto más. Algo se podrá hacer, digo yo. Esos malditos se han metido en mi casa y están acabando con todo.

—Explíqueme bien lo que acaba de decirme. ¿Quién se ha metido en su casa y está acabando con todo?

—¿Quién va a ser? Esos malditos oficiales. Seis meses llevan allí, ¡seis meses! Es una locura. Nos dijeron que sería poco tiempo. ¿A qué le llaman poco tiempo estos indeseables? ¿Usted cree que seis meses es poco tiempo?

Martín se volvió a sentar en su sillón. El artefacto tan moderno con que se podía subir y bajar el asiento crujió sospechosamente. Observó los artilugios de encima de su mesa. Hacía tiempo que nada estaba en orden. Alineó la pluma Waterman que le había regalado Diego en su último cumpleaños con el lapicero de punta fina que usaba para hacer algunas anotaciones en la libreta de tapas de piel situada justo a su lado; dispuso el portafotos en perpendicular a la línea que marcaba el final de la madera y el cenicero de plata formando un ángulo de cuarenta y cinco grados; el humo del cigarro que se seguía consumiendo solo en él rodeaba la cabeza de su cliente.

—Debe de ser muy molesto y hasta algo denigrante, le entiendo perfectamente, sí, pero creo que no debería olvidar que estamos en un país en guerra, a pesar de la rendición. Dé gracias a que a la tropa se la han llevado a esos barracones que han habilitado a las afueras de la ciudad. Pero son muchos, no solo son los soldados, hay mucho burócrata que se ocupa de los papeles también entre los alemanes que ahora a algunos les toca alimentar y hospedar. Y puede darse por satisfecho, incluso le pagan algo a cambio, tengo entendido.

—Pues estoy harto. No me dan más que unos pocos francos sin valor por hospedar en mi casa, con mi familia, a tres indeseables que comen como cosacos, muy educadamente, eso sí, pero que eligen siempre los mejores bocados y, encima, tenemos que soportar que traigan tabaco del mejor, y hasta azúcar, jamás ofrezcan y se jacten de ello delante de nosotros como si nada.

—Bueno, piense que no tiene demasiada mala suerte, George, otros han sido obligados a cederles para siempre sus casas. Y tiene que entender que no todos pueden hospedarse en hoteles. Aunque estoy seguro de que les encantaría; el Crillon, el George V, el Lutetia, el Commodore, todos trabajan para ellos. Es posible que allí estén incluso peor: corren historias de todo tipo de lo que sufren camareras, músicos y cocineros. Ocupan las mejores habitaciones y tienen a su disposición todos sus servicios. Pero, dígame, ¿qué había pensado usted que podía hacer yo?

—Denunciarles, qué voy a pensar.

Martín sonrió. No podía creer lo que estaba escuchando. Hubiera estado bien: denunciar a..., ¿a?, ¿a quién? Quizás al partido nazi... por ocupar la casa de un hombre acostumbrado hasta entonces a tener la ley de su lado.

—Y, dígame, ¿qué cree que podría usted conseguir con eso, mi buen amigo? Imagínese que ganáramos el juicio, muy hipotéticamente, no se haga ilusiones. Ninguna ilusión. Y, aparte de echar a esos gorriones de su casa, claro está, ¿qué cree que podría usted conseguir?

—¿Que qué podría yo conseguir?, ¿me pregunta de verdad qué podría conseguir? Pues qué va a ser, abogado, qué va a ser: lo que yo conseguiría es recuperar mi dignidad.

Martín salió de la oficina sin poder quitarse de la cabeza al marqués de la nariz grande y un ojo algo estrábico que quería recuperar su dignidad. Ahora la guerra había convertido este en un mundo de locos donde la cordura era el mayor pecado. Y ya se había acostumbrado a los símbolos, a cual más ostentoso, de la propaganda del régimen de Vichy, «Trabajo, familia y patria»; y nazi, «Ven a trabajar a Alemania», «Únete a la Legión de Voluntarios Franceses»; pero al mirarlos, no podía evitar una sonrisa socarrona: los poderosos debían de pensar que la voluntad de las personas obedecía a otra motivación diferente del interés. Si, en lugar de esos carteles tan estúpidos, hubieran ofrecido directamente carne de ternera y azúcar para treinta días, muchos francesitos más habrían pasado sin dudarlo a sus filas puntualmente cada primero de mes. La vida se superaba a sí misma. Tanto, que los parterres de flores que antes habían poblado el Jardín de Luxemburgo por el que le gustaba atravesar para llegar a su pequeño piso en el Barrio Latino, de donde no había querido moverse tras terminar sus estudios, se habían convertido por

el arte del hambre en pequeños huertos de rabanitos, tomates, pepinos, cebollas y hasta alguna col. Lo malo es que a penas daba tiempo a que ningún espécimen creciera allí porque, en cuanto daban señales de existencia, alguien los arrancaba sin dar tiempo a que crecieran lo que debían como para alimentar lo más mínimo.

Nada era de nadie ahora y solo el miedo era de todos. También los rumores y los murmullos en la larga cola de los ultramarinos que siempre terminaban quedándose sin productos antes de que el último cliente impaciente pudiera hacerse con alguno. Ya ni la mantequilla se podía conseguir por ningún lado, ni legalmente ni de contrabando, y el pan se hacía con más parte de serrín que de harina, que se había vuelto un bien tan valioso que solo se encontraba en las cocinas con olores alemanes. Hasta los pájaros habían dejado de cantar, quizás porque muchos de los que antes les echaban migas de pan ahora se habían convertido en maestros en el arte de poner trampas y los pajaritos fritos constituían un buen aporte de proteínas. Se sorprendió al oír el canto de un mirlo entre los árboles que atravesaba. El rumor le llevaba de vuelta a un pasado ajeno que, en lugar de agradar, martirizaba.

—Veo que sigues tan apuesto —Martín se detuvo bruscamente; a su lado, un poco detrás de él, el hombre que le había hablado desliaba el envoltorio de lo que parecía un bombón de chocolate negro. Le miró el rostro. Era Hahn. *Hauptsturmführer* Hahn Wolfgan. El Capitán Hahn Wolfgan. No había podido olvidar su nombre. Ni sus ojos. Ni su boca. Ni sus manos—. Volvemos a encontrarnos. Disculpa si te he alarmado apareciendo de repente. En estos tiempos, sería lo normal.

Martín se estremeció. Había estado a punto de orinarse, pero la vergüenza o el orgullo pudieron más y encontró un modo de sobreponerse.

—Y ¿puede saberse a qué debo el honor de tu nueva visita? Creí que te habías olvidado de mí.

Los hombres se sostenían la mirada. Algunos niños jugaban en el estanque de enfrente. Dejaban que pequeños barcos de papel surcaran las aguas y les seguían emocionados todo el trayecto, hasta que alguno se chocaba con la orilla o se hundía y entonces se formaba una algarabía de críos gritando, ajenos a todo lo que no fuera su propio jolgorio.

—Hay placeres que no se olvidan con facilidad y el chocolate es uno de

ellos. Ese gusto me perseguirá hasta que me muera, me temo.

—Yo ya te dejé claro que no me gusta el chocolate. Creo que fue hace casi un año ya. Deberías haber encontrado otra marca que te satisficiera. Eso es mucho tiempo para estar solo.

El oficial le cogió del antebrazo. Apretó los dedos en torno a su carne dura.

—Cállate. Esto no es un juego. Y tú además no sabes a lo que estás jugando. Otros dirigen la partida.

—Por favor, dime a qué has venido. No creo que te hayas tomado la molestia de seguirme hasta aquí, de haberme seguido antes, seguramente, solo para contarme que te sigue gustando un dulce.

El alemán soltó el brazo de Martín y sacó de su bolsillo un estuche alargado que desplegó con un movimiento brusco. Al dejarlo extendido delante de él, quedaron expuestas decenas de fotografías. En muchas de ellas aparecía Danielle. También Elisa.

—¿Conoces a esta mujer?

Hahn señalaba a la parisina.

—Medio París la conoce y el otro medio está deseando conocerla.

—Muy agudo. Sé que sí, es la marchante de la otra mujer, la pintora de la que eres «muy amigo».

—¿Y qué han hecho? Si sospecharais que hubieran hecho algo grave, ya las habríais detenido, ¿no? Entonces, ¿para qué vienes a verme? ¿Acaso les estás buscando un abogado? Porque te has equivocado de persona.

—¿Has oído hablar de los oficiales *Sonderauftrag*? Yo soy uno de ellos. Trabajo a las órdenes de alguien con mucho poder. Y mi misión ahora es vigilar a tu pintora y a su marchante. Por eso llegué a ti hace un año. Pero me he cansado de esperarte, pensé que vendrías a mí antes. Me has defraudado. Aunque todavía puedes arreglarlo.

—Pues haz que las detengan y asunto arreglado. No sé a dónde quieres llegar, Hahn. Dímelo y dejémonos de jugar al ratón y al gato. Me importa un comino lo que le pase a Danielle y no sé quién es esa pintora de la que me estás hablando. No sé por qué me cuentas tantas cosas que no deberías contarme y me gustaría que me dejaras en paz y no tuviera que volver a verte nunca. Pero el mundo es imperfecto. Así que dime lo que quieres.

Hahn encendió un cigarro. El humo divagante de sus caladas se metió en la nariz de Martín. Podía aspirar el aroma de su cuerpo entreverado con el del tabaco, la nicotina y el alquitrán.

—Te quiero a ti.

- *Y dale.*

Las dos palabras en español sonaron graves y enérgicas.

—No entiendo esa expresión. Y te cuento tantas cosas porque estás en inferioridad de condiciones. Es obvio. No puedes hacer nada contra mí. Aunque pudieras, no lo harías porque eres inteligente y a ti también te gusta el poder. Te llevo observando un tiempo. Pero no olvides que yo sí puedo hacerte mucho daño. Y las relaciones deben basarse en la confianza, ¿no te parece?

—Insistes en algo en lo que no puedo ayudarte.

—Danielle está protegida por alguien importante, atacarla a ella es un poco más difícil, aunque tampoco es imposible. Pero tu pintora no, yo podría decidir que, por desgracia, eliminarla se ha vuelto imprescindible o, incluso lo que sería más fácil todavía, informar al ERR de lo que está haciendo y ella desaparecería de tu vida. Pero no tendría ningún inconveniente en dejar que todo siguiera como hasta ahora si tú consideraras mi propuesta. Ella estaría a salvo. Llevo siguiéndote desde que te conocí en la crepería. Me obsesiona tu boca, me obsesionan tus ojos y tu cuerpo, sueño con tus brazos y tu pecho, hago el amor con otros y me masturbo siempre pensando en ti. Te quiero a ti. Además, a mí no puedes engañarme. Sé lo que eres. Es una intuición pero lo sé. Y yo sí puedo ayudarte mucho. Sé que estás solo. Aficiónate al chocolate. Solo duele un poco al principio. Luego le cogerás el gusto enseguida. En estos momentos, Martín, no importa la verdad, solo la apariencia. Y los que sobreviven son los que aparentan ser lo que deben.

—¿Y por qué debía creerte? Para mí, no eres más que un nazi más, otra de esas personas que se han adueñado de nuestras vidas y solo tu uniforme me demuestra que tienes más autoridad que yo. Pero podrías estar engañándome y no tener tanto poder como el que pretendes.

—Tienes coraje. Sabía que no me había equivocado contigo. Lo vi en tus ojos. Pero te creía más listo. No me defraudes. ¿Quieres que te convenza de que no te miento? ¿Crees que habría venido a buscarte y te hubiera demostrado

sin tapujos lo que quiero si todo esto fuera una estúpida invención? No seas ingenuo; yo sé que eres más inteligente. No he llegado a averiguar si sabes que Elisa es una falsificadora, pero sí estoy seguro de que te haces a la idea de que, aunque no lo fuera, cualquiera puede caer en desgracia a los ojos del monstruoso aparato de Hitler. No es necesario que todo lo que te he contado sea cierto para que intuyas que, si quiero, puedo acabar con ella.

—¿Y de qué te serviría un amante que no quisiera ser amado?

—El placer tiene mecanismos que no entienden de razones. Y a veces son muy enrevesados. Me produce el doble de satisfacción saber que la persona que más me ha atraído desde que llegué a este lugar en el que muchos se tiran a mis pies para que les seduzca tan solo ante la certeza de lo que significa mi uniforme, como tú dices, quizás no haya sido antes de ningún otro y termine sometiéndose a mí. A ti también te gustará, puedo asegurártelo, es un goce tan antiguo como la humanidad. Y el placer es indescriptible. Pero no es lo mismo si te fuerzo. Podría obligarte a venir conmigo pero no lo haré. No soy un animal ni un violador. No soy un monstruo. Te daré una oportunidad, si te poseo y no llegas a sentir que podrías disfrutar, te dejaré ir. De nada me sirve una puta que no goce, por muy hermosa que sea. Con esta transacción que te propongo, tan solo quiero que me des la oportunidad de enseñarte lo que puedo ofrecerte. Y además estoy seguro de que no me equivoco contigo.

—Sigues sin darme una muestra de que lo que dices es cierto.

—En fin, vas a ser mi amante, supongo que puedes saber un poco más. Yo sé mucho de ti. Tu pintora falsifica cuadros que una organización del partido nazi, el ERR, confisca, legalmente, por supuesto, en virtud de los acuerdos firmados en el marco del armisticio con el gobierno francés. Pretenden conservar los verdaderos. Pero el ERR se está extralimitando en sus intereses y que ellas formen parte de la conspiración de la Resistencia para intentar engañarles le ha hecho mucha gracia a mi superior. Él es acérrimo enemigo de Goering, el jefe del ERR, y yo soy su enviado especial, mi misión tiene prioridad en cualquiera de las organizaciones de nuestro bien amado Hitler, y tengo carta blanca para actuar como me plazca dentro del ámbito de mi cometido y ahora mi cometido es vigilarlas. Es una historia larga y compleja, pero tú eres abogado, estás acostumbrado a asuntos mucho más enmarañados; estoy seguro de que la entenderás. Quizás te la cuente en algún momento. Por

ahora basta con que sepas que tu pintora está jugando con fuego y depende de ti que no se quemé.

—Hahn, no me demuestras que Elisa esté metida en esto. Ella es solo una pintora... Estás equivocado.

—Una pintora muy buena, por cierto. Su falsificación es casi perfecta. La descubrimos porque también es una romántica. Tu pintora pinta estrellas, ¡estrellas! ¡Ja!, me cae bien esa mujer, tiene arrestos; no me gustaría tener que denunciarla. Pero veo que empiezas a creerme. Así me gusta. Llegaremos a entendernos bien, ya lo verás.

—¿Y qué papel tienes tú en todo esto? Ya sé lo que hace ella, me lo has contado, pero, ¿y tú? ¿Por qué los nazis os intentaríais joder entre vosotros?

—Los nazis no somos un solo hombre. Somos muchos corazones dirigidos por una ilustre cabeza. Pero nuestros brazos son muy largos y numerosos y cada uno tiene una mano que quiere manzanas diferentes. No todos los dirigentes del partido desean poner en peligro el arte. En realidad es fácil de entender. Uno de esos brazos ha destruido o se ha llevado demasiadas obras que otro desearía conservar para la humanidad, sea cual sea la que quede después de Hitler, y no va a consentírselo. De eso nos ocupamos nosotros. Por eso ella me cae bien, nos ha venido de perlas su juego. Mira, este es el último cuadro que ha falsificado— Hahn señaló una fotografía con un cuadro de Monet—. Después de copiarlo, se lo lleva a su marchante siempre con otro lienzo y luego entregan el original a una familia que esté fuera de sospecha y que lo mantiene oculto en su casa mientras la falsificación ocupa su lugar en el museo o en donde estuviera expuesto, por si es el siguiente objetivo de Goering. No tenemos localizados todos los cuadros que han falsificado y no sabemos con cuántos han conseguido engañar al ERR, pero al ritmo que llevan desde que lo descubrimos, han debido de ser bastantes. Es un plan casi perfecto pero, claro, no lo hemos ideado nosotros, así que debía tener fallos.

—Hahn, no sigas, no quiero saber nada más. ¿De qué va a servirme?

—Para conocerme. Para respetarme. El respeto en esto es importante. Vamos, sigue caminando, dos hombres parados hablando en un parque pueden levantar sospechas sobre todo si uno lleva uniforme y no está pidiéndote los papeles, ¿no crees?

Martín le hizo caso y ambos continuaron moviéndose despacio. El suelo

estaba mojado. Había llovido hacía poco y los charcos ya hacía tiempo que se habían filtrado en la tierra y solo quedaba una capa ligera de barro que condensaba suciedad, polvo y arena. La porquería en que se habían convertido las hojas muertas se había amontonado sobre los desagües de las alcantarillas junto con papeles deshechos y otros desperdicios difíciles de distinguir. Varias monjas les adelantaron andando a paso decidido. Los sayos negros se balanceaban hacia los lados en un bamboleo inquietante.

—Pues entonces explícame cuáles han sido esos fallos. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que el cuadro lo copian ellas?

—Hace poco más de un año, llegó a nuestro taller un famoso cuadro. Se había caído de uno de los camiones en los que los esbirros de Goering se llevaban una nueva remesa de obras a su castillo de Baviera. Nuestro servicio estaba vigilando ese camión del ERR y recogimos el cuadro y lo mandamos analizar para comprobar si era verdadero. Pero el análisis no fue concluyente: no existía unanimidad, unos peritos afirmaban que era una falsificación y otros que no lo era. No sé si sabrás que Danielle es la amante de un prestigioso oficial de la *Wehrmacht* que dirige un servicio que colabora con nosotros, al margen del ERR; él nos dio la clave: se le solicitó que sus expertos realizaran otro análisis. Es habitual requerir varios informes cuando existen ciertas dudas, y en este caso las había: el cuadro se había confiscado directamente de la colección de un museo de París muy bien custodiado por el ERR, el Petit-Palais; no podía venderse ni sacarse del museo sin la autorización expresa de Goering y tu pintora aún no pintaba estrellas. Al cabo de unos días, él nos devolvió el cuadro y nos informó de que sus peritos habían determinado que sin duda era el original. La pintura pasó a engrosar las numerosas cajas con cuadros que la *Kunstschutz* tenía que inventariar. Pero mi superior conocía la relación entre Friedrich y la señorita Lambert y tuvo una corazonada. ¡Voilà! enseguida vimos demasiados movimientos extraños en la galería de su apreciada marchante. Y mi superior bebe a su salud muchas noches frente a una copa de vino del Périgord del 33, le encanta su jugada, pero ya sabes que eso podría cambiar. Depende de ti. Y te advierto: de nada te servirá intentar avisarle a ella. Hazlo, si quieres, y comprobarás que no te miento.

Martín vagabundó durante horas por las calles de París, no veía la gente,

no veía por dónde pisaba ni sabía a dónde quería ir. Le dolía la cabeza y sentía punzadas en los ojos y calambres en las piernas. A veces, no reconocía el edificio por el que acababa de pasar ni si el puente que había atravesado iba hacia un lado u otro de la ciudad. Pero su deambular errante y su mirada extraviada no se diferenciaban apenas de los de otros muchos con los que se cruzaba en su camino. No supo cómo, pero al final se encontró delante del portal de Diego. No era probable que le hubieran seguido, pero estaba seguro de que Hahn sabía que él lo intentaría, así que no perdía nada. Como siempre, la puerta estaba abierta; debía de ser la única puerta de todo París que lo estuviera todavía, y cuando de todos modos tocó para avisar de que estaba allí, Elisa le gritó desde el salón que pasara.

—Dime qué es el ERR.

Ella le miró mientras no atinaba a meter los pinceles en un vaso en el que apenas había sitio ya.

—¿El ERR? No tengo ni idea.

—No me engañes, sigues arrugando la nariz cuando mientes. Estás hablando conmigo, Elisa, cuéntamelo. Necesito saberlo. No te preocupes, no le diré nada a Diego.

—¿Quién te ha hablado del ERR?

—Recuerda que soy abogado, tengo muchos clientes importantes. Pero la historia que me han contado es tan increíble que tengo que acudir a las fuentes. Y tú eres la única fuente que lo sabe todo.

—¿Yo soy una fuente?

—De las más fiables. Espero. Dime qué es el ERR.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para entender por qué haces esto. Cuéntamelo. Cuéntame más de lo que estás haciendo. O se lo contaré todo a Diego. Te lo juro.

—Si lo haces, él me dejará, ya te lo dije. Y él es lo que yo más quiero. Lo siento.

—Cuéntamelo.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el ERR. ¿Qué es y qué tiene que ver en todo esto que estás haciendo? Y, sobre todo, qué estás haciendo. Quiero saberlo.

—El ERR es una organización que creó Hitler para robar obras de arte en

la Europa ocupada. Ahora lo dirige Goering, su lugarteniente.

—Y esos cuadros que tú falsificas son para engañar al ERR y que no se los lleven.

—Exacto.

—Explícame más.

—No quiero.

—¿A qué hora regresa Diego?

—Eres un cabrón.

—Y tú una niña mal criada e inconsciente que falsifica cuadros para engañar a los nazis y que además engaña a su novio, quien no se lo perdonará cuando se entere. Sigue.

Ella frunció el ceño. Parecía un ratón moviendo la nariz hacia los dos lados. Elisa dejó los pinceles sobre la mesa y se apoyó en ella. Cruzó las manos y le miró como cuando los dos eran unos críos y ella tenía que reconocer, indignada, que le había ganado en algún juego.

—No vas a ganar nada sabiendo esto y además es muy largo.

—No tienes opción. Cuéntamelo.

—Todo empezó con la invasión, como el resto de la mierda en la que estamos metidos. Pero algo de esto ya te lo conté, ¿no? No lo recuerdo bien. Todo el mundo sabe que a ese indeseable le obsesiona el arte. La belleza de París le poseyó ya antes de ocuparlo y una de sus prioridades es, desde siempre, poder recuperar o ampliar, si es posible, su colección con las obras más valiosas. El destino de las otras, las que le gustan menos, era al engendro de museo que quería crear en Alemania con el arte alemán recuperado que ya te conté y se limitaría a destruir, cambiar o vender las de los artistas degenerados. Ese era su plan. Así que, para llevarlo a cabo, al poco tiempo de invadir París puso en marcha tres organizaciones que gestionaran la ingente riqueza que hay en Francia: por un lado, asignó la misión a la Embajada de Alemania; por otro lado, creó la Dirección Militar para la Protección del Arte, la *Kunstschutz*, a las órdenes directas del alto mando del ejército alemán, la famosa *Wehrmacht*. Por último, formó el ERR que tanto te interesa. Es un destacamento especial para los territorios ocupados que al principio estaba bajo el mando del dirigente nazi Alfred Rosenberg, marchante y entendido en arte, y del que se ha terminado adueñando Goering. Goering es un

ávido coleccionista de gustos extremadamente sibaritas que ha visto una oportunidad inigualable de satisfacer esa ansia.

Martín tomó aire. Las manos le picaban y se le atropellaban los pensamientos. Se había sentado e intentaba no mirarla a los ojos. No quería que ella percibiera su miedo. Observó un segundo las pinturas desperdigadas por la sala e intentó tranquilizarse. Elisa había dejado de hablar y se había acercado a la ventana. Miraba al parque. Al contraluz, parecía una aparición trágica: tan blanca, tan menuda, el pelo tan claro; un ángel perfecto convertido en pintora. De repente se dio la vuelta y siguió hablando, el rostro se le había iluminado como si, al explicarle más sobre lo que hacía, algo dentro se le hubiera avivado.

—Los objetivos de estos tres servicios eran bien diferentes. Inicialmente, la Embajada alemana tenía que poner a salvo las obras de arte y los documentos históricos de los individuos, sobre todo de los judíos. Sin embargo, debía proteger los objetos valiosos hasta que llegara la paz, no expropiar las obras a sus dueños. Por otro lado, el *Kunstschutz* tenía como finalidad inventariarlas y protegerlas según los acuerdos internacionales. Su cometido no era tampoco confiscarlas sino comprobar que eran verdaderas y asegurarse de que no les ocurría nada. Sin embargo, en un momento dado, el embajador Otto Abetz decidió por su cuenta confiscar los bienes de algunas administraciones francesas y de galerías de arte de judíos, como la del famoso Jacques Seligmann, y se llevó cuadros, libros e incluso documentos de suma importancia como el Tratado de Paz de Versalles, un original de increíble valor histórico. Desde entonces, le ha cogido el gusto y no ha parado de robar las obras para luego declararlas propiedad del Reich, siempre bajo su tutela. Hace tiempo que la Embajada se alejó de su cometido inicial. Numerosos cuadros que el embajador ha confiscado han pasado a adornar las casas de altos cargos de la Embajada y se venden o se canjean en el mercado de París, cada vez más en auge.

»Pero, poco tiempo después, el ERR, por orden directa del mariscal Goering, entró en los almacenes de la empresa de transportes que trabajaba con la Embajada y se llevó un montón de cajas con las obras confiscadas por Abetz que estaban preparadas para ser llevadas a Alemania. No sé si serás capaz de imaginar lo que eso significó en las relaciones entre los dos

servicios, que, aunque independientes, conocían uno la existencia del otro y deberían respetarse, todos dependen directamente de Hitler. Pero la historia no quedó solo ahí, el roce definitivo entre los dos servicios se produjo un poco después, cuando el comandante militar alemán en la Francia ocupada recibió una orden por la que toda cesión de bienes al Estado francés o a individuos que hubiera sucedido después de la declaración de la guerra contra Polonia, el 1 de septiembre de hace ya dos años, se consideraba nula y se concedían poderes al ERR para confiscarlos y transportarlos a Alemania. A efectos prácticos, lo que esa orden supuso fue que el ERR se convirtiera a finales del año pasado en la herramienta principal para apropiarse de las obras de arte de Francia y sacarlas del país. Y lo mismo está sucediendo en toda la Europa ocupada. El ERR se ha quedado con el pastel, pasando por encima de los otros dos servicios y de la voluntad de algunos de sus dirigentes. Aquí ya lleva tiempo acosando a los judíos pero no solo van por ellos. Entre sus objetivos se encuentra también lo que tenga valor de quienes encuentren alguna excusa para robarles. Van a por las fortunas más rancias, cuanto más ricos mejor, como puedes suponer. Se lo llevan todo: muebles, esculturas, pinturas, cualquier obra valiosa, incluso libros o instrumentos musicales, especialmente violines. Y aunque nuestro gobierno, Pétain y su administración, se ha opuesto a estas confiscaciones, no lo hace precisamente por humanidad, sino porque ellos también desean quedarse con los bienes confiscados. Por eso el gobierno nazi ha promulgado varias leyes que permiten a los colaboracionistas adueñarse de las propiedades de los judíos y de cualquier prófugo o resistente.

»Cuando el servicio dirigido por Goering robó las cajas del embajador, se enfrentó directamente a la Embajada. Goering terminó redactando una ordenanza por la que se ampliaban las competencias del ERR para que pudieran confiscar también las colecciones de arte de los judíos que no estuvieran en la zona ocupada y que, por tanto, se consideraba que no tenían dueño. Bajo su supervisión, el ERR tiene un poder ilimitado. Como segundo del Reich, Goering tiene a su disposición toda su maquinaria: camiones, aviones, trenes privados, combustible; todo lo que necesite. El arte de Francia está en sus manos. El ERR roba las colecciones que desea y se queda con lo que quiere. Y lo demás lo cambia o lo vende. De hecho, ha neutralizado de

facto a las otras dos organizaciones, al *Kunstschutz* del ejército y también a la de la Embajada alemana, y se ha adueñado del saqueo. Y aunque en teoría es Rosenberg quien dirige el ERR, Goering es quien está llevándose las pinturas. Aquí es donde entró en el juego la Resistencia. Alguien dentro de uno de los servicios enfrentados con el ERR les pasó la información que nos ha permitido intentar evitar que se lleven los cuadros. Goering tiene amigos y enemigos muy poderosos. Hay personas muy influyentes que desean impedir el expolio y poner a salvo el increíble patrimonio francés. Entre los alemanes, también hay quien desea salvar el arte. Nosotras solo ayudamos.

—Tienes que dejar de hacerlo. Deja de copiar los cuadros.

—¿Todavía cuidas de mí? Martín, te lo he dicho mil veces, ya no soy una niña. Tienes que dejar de hacer de hermano mayor conmigo.

—Debes irte de París, con tu padre, con Diego si quieres, pero no sigas haciendo esto.

Martín terminó la frase al tiempo que se le quebraba la voz. Bajó la cabeza y Elisa le oyó llorar. Se acercó más a él y le acarició el pelo. Siempre había sido el más sensible de los tres, el que se apiadaba de las lagartijas que los otros niños martirizaban y, sin importarle que se rieran de él, les dejaba escapar del barreño que se había convertido en su prisión improvisada. Pero hacía mucho tiempo que todo eso había sucedido.

—Venga, no te pongas así, no va a pasarme nada. Gracias por preocuparte pero nadie va a descubrirnos. De veras, créeme. No llores más, no puedo soportarlo.

Elisa le acarició el rostro y Martín alzó la vista. Las lágrimas le habían añinado la expresión, la piel de sus mejillas le pareció muy suave. Se acercó a él y le besó en los labios. Un fue beso corto, como todos los besos robados, como los que se daban de críos, jugando con muchos de los zagales del pueblo que no tenían claro a quién querían besar y besaban a todos y a ninguno. Los dos callaron. Ella se separó de él. Las mejillas se le habían sonrosado. Sus pupilas violetas vibraban.

—Lo siento, Martín. No debí hacer eso.

—Siéntelo. Pero no vuelvas a hacerlo.

Martín se limpió la cara con el pañuelo pulcro que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón y salió de la casa dejando la puerta abierta.

II

«El embajador de Alemania estaba intensamente emocionado pero dedicó su particular homenaje a los soldados alemanes, españoles, italianos y portugueses que cayeron luchando en la gloriosa Cruzada española, convencido de que su recuerdo pervivirá siempre en los corazones alemanes. Los cuerpos de los heroicos aviadores fueron enterrados mientras resonaban los himnos de España y Alemania, y retronaban salvas en su honor.»

París, 3 de Julio de 1942

La Pointe Saint-Eustache era un café bar de toldos rosas con su nombre estampado en grandes letras mayúsculas amarillo limón, cuya terraza se refugiaba bajo la marquesina de un desangelado edificio de piedra gris, en lo más hondo del Barrio Latino. También era el café preferido de Diego. La vida seguía. Eran las doce de la mañana y no quedaba una mesa libre. Aún le seguía sorprendiendo la forma de ser francesa. Había muy pocos a su alrededor que no estuvieran conversando pero el ruido más alto que podía escucharse era el del camarero que anunciaba las comandas y hasta eso se oía en un tono pausado, casi melodioso. Enseguida les trajo sus bebidas en dos platitos de cobre con los bordes estriados. En su copa en forma de triángulo, los hielos

iban diluyéndose a su ritmo en el Vermouth rojo y las ondas rosáceas se movían lentamente haciendo eses; y, en el vaso de Martín, alto y surcado por unos alargados grabados blanquecinos, una solitaria cereza descollaba dentro del líquido amarillento. ¿De dónde habrían sacado una cereza en ese París empapelado de cartillas de racionamiento?

Minutos después el mismo camarero dejó junto a los vasos el sifón, cuya capucha le habría recordado a Diego a un casco del antiguo ejército prusiano si no hubiera sido porque, en esos momentos, cualquier evocación militar no estaba muy bien vista y se controlaban hasta los pensamientos. El envase de cristal estaba encajado en una malla metálica que le daba la apariencia de una cárcel líquida. Al otro lado de la mesa, el cubo de hojalata y asas de madera que contenía más cubitos de hielo parecía helado sin tocarlo. En su dirección venía una monja. ¡Qué extraño encontrar mujeres capaces de llevar ese tocado blanco tan estrambótico y ese sayo negro que les ocultaba el cuerpo entero! Ni muerta se hubiera puesto su madre semejante adefesio tapando su cuerpo desperdiciado como una bandera sin amo. No pudo evitar sonreír; la hermana andaba como un pato que estuviera de verdad mareado y la cabeza se le movía como el péndulo de un reloj, arrastrando en su impulso las dos tiras blancas que le salían de la cofia.

Diego sentía los rayos del sol cayéndole sobre la espalda y el placer que le producía el calor aún no muy pegajoso a esas horas había conseguido aminorar un poco la angustia que le apretaba el pecho. Esa mañana pasó como tantas otras por la calle de Ricci. Le gustaba atravesar por ahí para ir al centro: le maravillaban los dos caracoles de bronce de más de un metro que reposaban sobre las marquesinas del rótulo de la pescadería. Gigantescos, con las conchas relucientes y los cuernos afuera, parecían agradecer como él los fulgores de la mañana y, al igual que las grandes cruces de las farmacias, señalaban sin lugar a dudas dónde se podían seguir comprando esos pequeños moluscos gelatinosos que a él le daban tanto asco. Los caracoles no necesitaban más que manos encargadas de buscarlos por el campo y eso, gracias a dios, no escatimaba. Su visión le daba risa, unos bichos monstruosos refulgiendo por encima de las cabezas de todos.

Pero esa mañana, al pasar, los comerciantes de la calle estaban sacando afuera los exiguos desperdicios de sus tiendas, en su mayoría, de alimentos, de

las que casi lo único que quedaba de otros tiempos era el rótulo que anunciaba lo que antes exhibían. En todas se vendía ahora lo que se podía y casi nunca tenía que ver con el nombre del establecimiento. Echaban a los viejos vagones de hierro la basura con lo poco que había dado tiempo a que se pudriera y ya era imposible venderlo, porque, si aún quedaba la mínima posibilidad de que alguien lo comprara, lo mantenían en los tenderetes con la esperanza de aprovecharlo. Al atravesar la calle, tuvo que quedarse mirando. Muchas personas escarbaban entre las escasas sobras, la mayoría ancianos, aunque también mendigos más jóvenes con la mirada igual de enajenada y el mismo rictus de dignidad contrariada. Se acercaban con timidez algunos, otros llegaban a subirse sobre los carros y se llevaban los mejores restos. A veces, dos discutían por el mismo trozo de pescado podrido. No quiso mirarlos más y en cuanto dobló la esquina, decidió no volver a pasar por esa calle, al menos a esa hora. Martín le sirvió más hielo y más sifón y el ruido del gas al salir espumeante devolvió a Diego a su café de toldos rosas.

—Teníamos que habernos ido con tus padres. Fuimos unos inconscientes o, peor, unos locos. Debíamos habernos ido con ellos, Diego. Esto va a terminar muy mal. Esta mañana se han llevado a otra familia de mi edificio. Es horrible, los gritos se te meten en la cabeza y no dejo de oírlos hasta que consigo dormirme.

—Puede que tengas razón. Pero ¿quién podía saber que nadie iba a hacer nada? Parece que muchos franceses preferían tener un gobierno de derechas, aunque no fuera el suyo. Y se les ha ido de las manos. No se dan cuenta pero lo van a pagar caro. Ellos y nosotros. Pero, al menos por ahora, nos dejan en paz, ven en Franco un aliado y nos dejan tranquilos. Espero que sigan así. Y menos mal que no se nos había ocurrido pronunciarnos en España a favor de la República ni tenemos nada que ver con la política. Incluso he encontrado una razón por la que me gusta que Anna sea mi prima. Lo habríamos pasado muy mal aquí. Siento pánico solo de pensar cómo puede terminar esto.

—Deberíamos intentar salir, tal vez nos dejaran volver a España.

Martín intentaba que no se le notara la angustia tomando sorbos lentos de su bebida y no mirando a los ojos a Diego.

—Martín, no voy a volver mientras Franco siga al mando. Ni hablar. Y Elisa tampoco querría regresar ahora. Desperdiciaría todo el trabajo que ha

hecho aquí; seguro que prefiere a los alemanes. No me preguntes cómo, pero Danielle sigue vendiendo sus cuadros, el negocio va de maravilla. Es un portento esa mujer.

Martín bajó los ojos. Tenía que decidirse. Su amigo no le miraba, estaba fijándose en una pareja que acababa de entrar. Los dos hombres caminaban separados el uno del otro tan solo unos centímetros. El más alto le separó la silla a su acompañante y este se sentó mirándole a los ojos.

—Y ¿os va bien? Quiero decir, ¿sigue siendo perfecta?

—Es tan perfecta que lo peor que tiene es que la echo de menos. Pinta a todas horas, es como si estuviera embrujada. Hay días que solo la veo si subo al estudio, porque ella no baja ni para comer. Pero por fin creo que ha vuelto a ser feliz, que ha superado lo de su madre y yo soy feliz de verla a ella así, sobre todo en estos tiempos en los que la felicidad es cosa de un minuto y es tan raro que se quede... ¿Te has fijado? Las parejas ahora van mucho más juntas, casi abrazadas. Como si tuvieran miedo de no volver a tocarse. Incluso las que no deberían dejarse ver, se besan por las esquinas. No he visto nunca tanta gente besándose en la calle. El amor es mucho más poderoso cuando sabes que puedes morir al minuto siguiente. Así que yo me conformo porque al menos la tengo para mí por las noches. Y a pesar de que sé que ocupo un segundo lugar en sus prioridades, me da igual; no puedo evitar sentir que es la mujer de mi vida.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

—No lo sé, solo lo estoy. Supongo que aún no has encontrado a nadie que te haga sentir así y por eso te resulta difícil de creer pero, cuando lo encuentras, lo sabes. Y yo lo sé desde que tenía cinco años. Siempre ha sido ella.

Martín frunció el ceño, pero solo él lo percibió. Siempre llevaba el flequillo cuidadosamente despeinado por encima de los ojos y así se le suavizaban un poco las facciones. Diego había terminado el Vermouth y quiso pedir un café, la achicoria que allí vendían simulaba el mejor; al buscar al camarero, se dio cuenta de que las mujeres que estaban sentadas en las dos mesas de atrás no paraban de mirarlos, pero no era precisamente de él de quien estaban hablando. Martín ligaba a pares. Ellas cuchicheaban al oído y luego se reían mientras se tapaban la boca con las manos. Una escena típica de

niñas tontas y adolescentes listos que revivía a menudo cuando salía con él. Incluso en ese París envilecido por las sombras. Pero ya estaba acostumbrado. Una de sus admiradoras se atusó el pelo y luego se levantó. Al pasar a su lado, dejó caer un libro que llevaba en la mano. Solo Diego vio el movimiento calculado. Martín se agachó a recogerlo y se lo devolvió enseguida. A ella se le encendieron los ojos.

—Muy amable.

Pero Martín no contestó, solo se dio la vuelta de nuevo y siguió hablando con Diego mientras le observaba bebiendo.

—¿Y no has vuelto a saber nada más de Anna?

—La Secretaría en la que trabaja está al lado del despacho. Me la encuentro a menudo en el café y antes pasaba a verme muchas veces. Pero, después de la última escena que te conté hace tiempo, creo que se ha tranquilizado o al menos lo parece. Por cierto, creía que tú habías tenido algo que ver en eso pero sigues sin soltar prenda. Supongo que sabrás que suele ir acompañada de alemanes, ahora sí que ha conseguido lo que quería, no va con nadie que no sea al menos capitán. No sé si sabe dónde se está metiendo.

—¿Y dónde crees que se está metiendo?

Diego bajó la voz hasta que apenas podía oírse él mismo.

—Mira a tu alrededor. Francia se ha dividido en dos, a un lado los franceses que se han pasado al bando de los que consideran vencedores, sonrientes y superiores; a otro los que los miran con recelo, casi siempre murmurando. Ella ha elegido ya pero está en minoría entre los suyos. Aunque no le importa. Deberías verla, los maneja muy bien. Tan bien que creo que por fin me va a dejar en paz una temporada.

Martín no quiso contarle a Diego lo mucho que sabía él ahora de cómo se dividían ahora en dos los franceses y se formaban los bandos. No le habría creído. Se había vuelto para observar a los demás y, mientras su amigo le seguía hablando, se había fijado algunas mesas más allá en alguien que le resultaba conocida. Una mujer reía despreocupadamente mientras su acompañante tenía apoyada la cabeza sobre la mesa y le besaba las manos desde allí como si fuera un actor de cine. Luego la miraba sin levantar la barbilla del tapete y ambos estallaban en risas; eran los típicos tortolitos vomitivos. La reconoció de repente.

—Diego, no mires, ahí detrás está Danielle.

—¿Danielle? En esta parte de París, me extraña. ¿Qué podría hacer ella en un barrio de miserables mortales como este?

—Pues pasárselo muy bien, te lo aseguro.

Diego miró por encima de su amigo y consiguió ver su pelo rubio entre las cabezas de la gente. Esta vez, lo llevaba peinado muy liso y se movía al compás de su risa. El hombre que tenía a su lado estaba dando vueltas a los picos del pañuelo verde mar que brillaba más que sus pendientes al tiempo que cubría su cuello y, de vez en cuando, la acercaba hacia él y la besaba en la boca. Un escalofrío le recorrió el pecho y bajó la cabeza hasta ver poco más que los posos marrones del fondo de su taza, que de repente le pareció a punto de romperse siguiendo la senda de una gran grieta que la partía en dos.

—Está con un coronel. Es un coronel del ejército alemán.

—No me extraña. Ella no podría estar con cualquiera. ¿No lo sabías? Elisa debe de saberlo, ¿no, Diego?

—No sé con quién puede estar ella pero ese es un alto mando de la *Wehrmacht*, mira sus galones. Son inconfundibles. No puede ser. No creo que Elisa sepa esto. Vámonos, no quiero que me vea.

Cruzaron la calle justo a tiempo de que el vómito de Diego se precipitara contra la farola. Lo contempló un instante mientras bajaba desparramándose despacio a lo largo del áspero hierro gris. Se agarró al tubo y apoyó la frente contra él. Cerró los ojos. El frío del metal le traspasó la piel y le hizo estremecerse, aunque también pudo ser el miedo. Martín se acercó y le puso las manos sobre los hombros.

—Tengo que contarte algo.

Diego levantó la vista del suelo. Su amigo tenía el rostro más pálido que sus propias manos, incluso después de haber expulsado de su cuerpo todo el líquido que pocos minutos antes había bebido.

—¿Qué más pasa ahora?

—Elisa te está engañando.

—Martín, por favor, no estoy para bromas.

—Te engaña. Te lo aseguro. Está haciendo algo muy peligroso y creo que deberías obligarla a que dejara de hacerlo.

—¿Te refieres a las copias? Ya lo sé. Le he dicho muchas veces que no

debía continuar. Nunca me pareció bien pero, después de lo que he visto hoy al venir hacia aquí, sé que es una insensatez. ¿Cómo lo has averiguado? Porque es eso, ¿no?

—No sabes lo que hace realmente. No son las copias que tú crees. Elisa está intentando engañar a los nazis. No falsifica cuadros para venderlos, los copia para dar el cambiazo por los de verdad, los que los nazis se llevan de las colecciones de sitios públicos, en los museos o los edificios oficiales, o incluso en las colecciones de los judíos.

—Eso no puede ser. Es una estupidez —Diego miró a los ojos a su amigo. Estaba serio. Y él volvía a ahogarse—. ¿Cómo lo has averiguado?

—Ella me lo dijo. La sorprendí una noche que fui a vuestra casa. Estaba esperando a Danielle y siguió pintando hasta que se dio cuenta de que era yo. Me llamaron la atención los colores del cuadro. Ella nunca pinta con tanto verde. Y el dibujo no era como los suyos. Luego la piqué hasta que me lo contó. Es como una niña. Sigue sin poder soportar que la subestimen. Pero ahora ha perdido la cabeza. Tienes que impedir que siga haciéndolo. He dudado mucho de si contártelo o no, créeme. Sé que va a molestarte porque ella te está mintiendo, Diego, pero al final todo se ha precipitado. Hace unas semanas vino a verme al bufete un antiguo cliente y me pidió que le ayudara a recuperar su colección de arte y lo que me contó ha terminado por decidirme. Mi cliente antes era un hombre muy influyente, pero también era judío. Me explicó con detalle todo lo que sabía sobre cómo actuaban los nazis y cómo habían robado a su familia. Su información provenía de gente que le debía favores y que ahora formaba parte del propio gobierno de Petáin pero también de miembros de la Resistencia a las órdenes de De Gaulle, aunque ninguno de ellos podía ayudarle. Nosotros tampoco. No puedo hacer nada. No se puede hacer nada. Ahora él ha desaparecido junto con sus cuadros. Y estoy seguro de que Elisa no sabe en qué embrollo se está metiendo. Ella cree que los alemanes quieren robar algunas obras de arte pero sus planes van mucho más allá. Está todo muy bien organizado para llevarse lo máximo posible y la orden viene de muy arriba. Es algo increíble; casi maquiavélico.

Diego se había erguido y miraba a Martín. Él hablaba en voz tan baja que, para oírle, tuvo que pegarse a su rostro. Aún olía a colonia. Era el único hombre de todo París que mantenía su compostura incluso cuando estaba

revelando conspiraciones inverosímiles.

—No puede ser. Elisa nunca me haría eso. Estoy seguro.

—¿Quieres saber lo que hace o no? —Diego asintió—. Vamos, no podemos quedarnos aquí parados. Te acompaño a casa, me dará tiempo a explicártelo antes de llegar. No quiero dejarte solo. Estás hecho una mierda.

Martín comenzó a caminar. Diego se puso a su altura en seguida y le agarró del codo.

—Martín, sigue hablando. Cuéntame lo que hace Elisa.

—Vamos, Diego, cálmate. Estás a tiempo de evitarlo. Tú puedes impedir que siga metida en esta locura. Porque es una locura. Ya conoces el interés de los alemanes por el arte. Sobre todo, de Hitler. De joven, intentó dos veces que le admitieran en la Academia de Bellas Artes de Viena. A mí me parece que fue una lástima que le rechazaran, habríamos sufrido a un mal pintor pero nos habríamos librado de un peor hombre. Francia es el paraíso del arte y él lo ansía a toda costa. Pero tiene sentimientos enfrentados y una forma extraña de trabajar. Creó tres grupos totalmente independientes: uno funcionaba desde la Embajada de Alemania; el otro era lo que los alemanes denominan *Kunstschutz*, dependiente de la famosa *Wehrmacht*; y el tercero es el ERR que está bajo las órdenes de Goering. Al principio, su finalidad era más o menos la misma: proteger e inventariar el arte.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Elisa? Estoy a punto de volverme loco.

—Tiene que ver mucho. Pero si no te cuento esto, no entenderás el peligro que corre. Goering, al mando del ERR, en lugar de proteger las obras de arte, las está robando para sí mismo, en toda la Europa ocupada, no solo en París.

—¿Y? Sigo sin saber dónde entra ella en esta locura. Y ¿cómo es posible que sepas todo esto? ¿Cómo pudieron saberlo los que informaron a tu cliente? ¿Elisa qué pinta aquí? Si no es más que una pintora que empieza... ¿cómo puede ella tener algo que ver con todo eso?

—Tranquilízate y déjame que termine, Diego. Entre estos tres servicios hay una fuerte rivalidad, no todos tienen los mismos intereses. Y escucha bien, porque aquí es donde, en teoría, entraría en el juego Elisa. Ella me dijo que copiaba los cuadros que buscaban los alemanes para cambiarlos por los originales en los lugares donde estaban expuestos y así engañar al ERR, pero

creo que no conoce todos los detalles. El Reich, o sea Hitler, ve con buenos ojos la actuación del ERR pero hay personas que, aun siendo fieles a Hitler, no desean que los cuadros se pierdan para siempre, sean destruidos o vendidos. Los nazis tienen una lista de obras de arte que quieren recuperar, las que aparecen en el informe de un tal Kümmel. Este informe secreto contiene todo lo que los nazis consideran que otros países habían robado a los alemanes desde hace siglos, antes incluso de la invasión de Napoleón, varios miles de obras pertenecientes a colecciones privadas o expuestas en museos y lugares públicos de Francia. También menciona los cuadros de corrientes modernas que ellos odian y persiguen, lo que denominan arte pervertido, o algo así. Tiene gracia viniendo de ellos. Pero alguien con acceso al informe de Kümmel lo ha hecho llegar al Servicio de Museos Nacionales Franceses para avisarles de las verdaderas intenciones de Goering y del *führer*. La Resistencia, organizada desde Gran Bretaña, coordina esta solución de urgencia para salvar esas obras, el arte pervertido, que es lo que más probabilidad tiene de terminar siendo destruido en caso de caer en manos alemanas. Elisa se encarga de copiar estos cuadros. Pero creo que ella desconoce que está enfrentándose directamente a Goering y al ERR y que es un nazi el que ha revelado la información. Eso es muy peligroso, Diego, muy peligroso. Quien filtró el informe Kümmel está convencido de la ideología nazi y de la legitimidad de todo lo que hacen, pero es un enemigo acérrimo de Goering y lo que desea es evitar que esas obras lleguen a los numerosos castillos que el ERR usa como almacén y taller de restauración en Alemania y, de ahí, a su mansión en Prusia para que solo él pueda disfrutar de ellas o se pierdan de cualquier otro modo para siempre. Ese hombre ama el arte, a su manera, pero lo ama. Y lo ama tanto que se ha puesto en peligro por salvarlo. Nunca se sabe qué se puede llegar a hacer por amor, Diego. Y sabes que Elisa también ama el arte. Por encima de todo. Pero todo esto significa que, entre los nazis, hay quienes conocen perfectamente cada movimiento que Elisa y Danielle dan. Eso es lo más peligroso. Si el equilibrio de fuerzas entre ambos servicios se rompiera, si alguno de los nazis que saben lo que ellas hacen cometiera algún error o decidiera cambiar de bando, las que saldrían perdiendo serían ellas. Y todos sabemos lo que se pierde en este juego.

—¿Y ella está metida en ese lío macabro y no me ha contado nada?

Imposible, Martín, no puede ser. Si fuera así..., yo,... bueno..., no podría soportarlo. La quiero mucho pero esto... esto...

Se le quebró la voz y, tras ella, la respiración. No recordaba cuándo había sido la última vez que había llorado. Quizás cuando murió Clara. Martín le pasó la mano por la espalda. La movía despacio, acariciándole en círculos. Diego miró al otro lado del río. El agua sonaba al pasar como si se quejara por fluir con un rumbo fijo, buscando su camino entre los cantos del fondo cenagoso. Él también quería encontrar el suyo en un fango parecido.

—Las cosas no siempre son lo que parecen, Diego. Eso es algo que todos aprendemos antes o después. Siento haber tenido que contártelo yo. No sabía si debía hacerlo pero, al ver al acompañante de Danielle, me he decidido. Ella está en peligro y tú debes evitar que siga falsificando los cuadros. Tienes que hacerlo o la ocurrirá algo muy grave.

—Déjame aquí, Martín, por favor. Déjame solo.

—Lo siento mucho, de verdad, lo siento. Pero debía decírtelo. Estoy convencido de que Elisa corre peligro y debes impedirle que siga participando en esto. Tienes que hacerlo. No creo que sea consciente de hasta qué punto se está arriesgando.

Las calles se le hicieron eternas. Dejó de ver el sol y se sumió en una espesa niebla que solo estaba en su cabeza y que le impedía moverse más aprisa. Parecía como si al andar un paso retrocediera dos, aunque en ocasiones se dio cuenta de que iba corriendo. Entonces frenaba un poco y caminaba despacio hasta que volvía a sumergirse en sus pensamientos y se disparaba otra vez. Llegó empapado de sudor y también tenía frío. Se le había enganchado a su cuerpo para no soltarse desde que se levantó del café. La vecina le saludó cuando se cruzaron en la escalera, pero él no la escuchó, solo la miró. Se parecía mucho a la virgen María del cuadro de Clara, el único que Jaime se llevó con él a Estados Unidos. Metió la llave en la cerradura y oyó el cerrojo descorriéndose, a cámara lenta, como si se resistiera a moverse de su sitio. Su vida, era su vida. Maldita sea. Se acercó a ella y la besó en la nuca. Elisa se estremeció. Nunca le oía aproximarse, cuando pintaba, desaparecía del mundo para todo lo que no estuviera encajado entre los cuatro límites de la tela. A Diego le gustaba observarla; solía ponerse prendas cómodas que no

notara sobre su cuerpo y que casi no la cubrían y él había aprendido que, si esperaba lo suficiente, después reaccionaría a sus caricias.

Solía comenzar por la nuca. Le pasaba el dorso de los dedos trazando formas imposibles desde el pelo hasta los hombros y enseguida notaba que se le erizaba el cabello. Luego acercaba sus labios y cogía con ellos pequeños pliegues de carne, muy lentamente, como si tan solo quisiera que fuera reconociéndole. Después la desnudaba. Los blusones apenas se le pegaban al cuerpo y resbalaban hasta el suelo como si fueran de seda. Ella se mantenía callada, con la cabeza baja y las manos aún apretando los pinceles. Entonces él utilizaba su piel como lienzo y con sus besos y sus caricias iba pintando sobre su espalda, primero en las esquinas de su delicada tela, sobre un hombro y luego sobre el otro; después en cada palmo terso y dulce de ella que enmarcaba su silueta; y por último en la línea recta que la dividía en dos mitades armoniosas y que él recorría con las yemas húmedas cada vez más despacio, cada vez más suave, hasta que los pinceles que deslizaba por ese surco íntimo se mojaban en dos hoyuelos oscuros que se abrían al abismo de su deseo y, al llegar allí, se agachaba por fin y colocaba las manos sobre sus caderas y le lamía en ese hueco dejando sobre ella esparcida una estela de saliva como pátina de él. Cuando sentía su cuerpo lo bastante estremecido, rodeaba con los brazos su cintura, extendía las manos sobre su vientre y comenzaba a subir. Lentamente, esparcía su roce sobre ella como un barniz exquisito con el que toda su piel brillaba mientras, con las palmas abiertas, recorría su abdomen hasta llegar a sus pequeños pechos que hacía tiempo que le esperaban. Y le rozaba los pezones con sus dedos para concluir su pintura hasta que ella soltaba los pinceles y se volvía en silencio.

Pero, esa vez, no se quedaron junto al cuadro, sino que él la cogió en sus brazos y se la llevó a la cama y la amó como si le estuvieran gritando que esa sería la última.

—¿Qué te pasa? Diego, estás llorando. Dime que es de alegría, ¿tan bien lo he hecho hoy?

Él se limpió las lágrimas con la sábana e intentó taparse.

—No es nada, debo de estar poniéndome enfermo. Me he despertado con muy mal cuerpo —ella frunció las cejas y las elevó. Después se destapó e hizo intención de levantarse, pero Diego la retuvo—. Además, todo esto me supera.

Quizás deberíamos irnos de aquí. Volver a España.

Elisa se tumbó de nuevo y volvió a echarse la manta por encima. Su tacto suave sobre su cuerpo desnudo no le resultó tan placentero como otras veces.

—¿A España? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo vamos a volver ahora? No podemos, no sé qué es peor, si los nazis o los franquistas.

—Yo tampoco lo sé, pero tengo miedo.

—¿Tanto miedo que te hace llorar? Diego, no des más vueltas, dime ya lo que te pasa.

La miró a la cara aunque enseguida cerró los ojos, se pasó la mano por la frente y la dejó ahí, mientras negaba con la cabeza. De repente, se levantó bruscamente y volvió a sostenerle la vista.

—¿Sabes que Danielle tiene un amigo nazi?

—Es eso..., ¿y cómo lo has averiguado? Lo sé hace tiempo pero no quería preocuparte. No pasa nada. Se conocían desde pequeños. No es nazi, es un conde prusiano, sus familias se conocían desde hace años, veraneaban juntos en la Riviera.

—¿Un conde prusiano de la *Wehrmacht*? Menuda combinación. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? ¿Qué más da nazi o alemán?

Elisa se levantó por fin de la cama. No quería que él pudiera verla mientras le mentía. Sabía que podía detectarlo, que siempre sabía si le estaba engañando. Él decía que se le movía la punta de la nariz. Fue al baño y cogió un pañuelo que utilizó para limpiarse la cara mientras seguía hablando.

—Sabes que no es lo mismo. Y Danielle ama a ese hombre. Eso lo sé. Su aventura había comenzado mucho antes de la guerra. Lo único que han hecho ha sido retomarla. Han debido de ser de los pocos a quienes esta inoportuna guerra ha unido. Pero estoy segura de que es muy precavida con lo que hacemos. Además, la pagan muy bien. No se arriesgará a perder eso.

—Los alemanes también sobornan a los marchantes. Sabes que se están llevando todo lo que pueden de los judíos y de muchos otros y no lo hacen precisamente porque sepan dónde esconden sus riquezas, París es una ciudad ocupada y la gente sobrevive como puede. No te conviene hacer movimientos extraños. No podemos saber hasta dónde llegarían para conseguir lo que quieren —Diego cogió entre sus manos la mano de Elisa y la miró a los ojos—. Es una estupidez intentar engañar a los nazis. Dime que lo sabes.

—Mis cuadros no están tan valorados como para tener que preocuparme, Diego, y Danielle no le dirá nada al alemán. Estoy segura. Ella sigue en Francia porque quiere, podría haberse ido a América pero se quedó porque sigue haciendo buenos negocios, incluso mejores que antes. Jamás se pondrá en peligro y, si ella está a salvo, yo también. No necesita pasarse al lado de los otros para ganar dinero.

—Elisa, Danielle se acuesta con uno de los otros, ¿cómo puedes decir eso?

—Pero no es lo mismo. Es como si tú y yo tuviéramos que separarnos ahora y nos volviéramos a encontrar dentro de unos años en España y tú tuvieras ideas republicanas y yo monárquicas. ¿Tú me harías daño? Dime... ¿serías capaz de hacerme daño?

—Prométeme que vas a dejar de hacer las falsificaciones. Prométemelo o te juro que me iré solo. No podría soportar que te sucediera algo. Si Danielle tiene contactos entre los alemanes, les venderá lo que le pidan y no es lo mismo falsificar un cuadro para vendérselo a un banquero parisino venido a menos que sabe lo que compra y que no le están engañando, que jugar con un aristócrata del ejército alemán de no sé dónde o con cualquiera de sus amigos que puede terminar enfadándose. Elisa, no puedes estar segura de a quién vende tus copias Danielle, no puedes confiarte tanto. Engañar a los nazis no es un juego. Es algo mucho más peligroso, Elisa, tan peligroso que podrían matarte. ¿Es que no lo entiendes?

—Diego, te juro que ya no estoy haciendo más copias para venderlas. Te lo juro, tienes que creerme. Hace mucho tiempo que dejamos de hacerlo. Ya no copio los cuadros de otros para que Danielle los venda. Te lo juro. Pero no podemos irnos de aquí, ahora soy más conocida y tengo un trabajo importante que hacer, no puedo defraudarme a mí misma, no puedo irme ahora. Por favor, entiéndelo. Te necesito a mi lado pero no puedo dejar de hacer lo que hago.

III

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (11:40 h)

Elisa, me tiemblan las manos, hasta el taxista se ha dado cuenta y ha salido a abrirme la puerta. Y al salir del despacho de Ángela, casi me he tropezado. Además, al final he olvidado decirle dónde dejé la carta. Tengo que decírselo, aunque es fácil de encontrar, es mejor que ella sepa dónde está. Y es que tengo la cabeza perdida. Voy todo el rato absorto, como ido. ¡Menudo loco ese viejo! habrá pensado seguro la pareja que salía del taxi cuando me haya visto tambalearme al acercarme al coche. Qué piensen lo que quieran, ¡qué puede importarme ya! Pero casi tienen razón. Soy un viejo loco. Y es por el miedo. Elisa, el miedo es lo peor. Nunca se debe tomar una decisión por miedo. Pero ¿de qué puedo tenerlo yo ya? Y tú sabes que lo tengo. Por ella. Y voy y vengo de nuevo. Es también por los cuadros, es por ellos, aún no he podido verlos. Y necesito hacerlo para mostrárselos. Violeta tiene que descubrirlos mientras yo esté vivo. A veces creo que la menosprecio. No debería dudar de ella. De su amor, ni mucho menos de su generosidad. Soy su abuelo. Yo la he enseñado a ponerse en el lugar del otro. Y si no me atrevo yo, la carta lo dirá todo. Y los cuadros y los cuadernos. Tendrá dónde buscarse si quiere. Quédate tranquilo ya; Elisa, ¿no tengo derecho?

Pero no puedo encontrarme contigo todavía, no puedo, no me atrevo. He llegado a la parada andando despacio, fijándome mucho en los adoquines para evitar caerme. He visto las calles empedradas y yo casi de bruces varias veces contra ellas. Y la gente me adelantaba al andar, los sufridos peatones me seguían por la estrecha acera hasta que se cansaban. No siempre he sido así.

La vejez te imprime un ritmo pausado, minucioso, detenido en los detalles. Quieres aprehenderlo todo para que el tiempo pase más lentamente, para retener cada instante. Aunque nunca he tenido demasiada prisa, cuando llegas a mi edad, la vida se ralentiza y ya no tienes urgencia por llegar a ninguna parte. Incluso te paras un rato en el parque y te olvidas de tu sufrimiento un instante y disfrutas observando a los niños que juegan con sus madres, a los pájaros que picotean con descaro las calvas cabezas de las estatuas, a los perros falderos que corren tras una pelota con nombre. Allí me he calmado por fin; hoy me ha alterado mucho ver a la abogada. Mucho más que el otro día. El color de sus ojos es el de los tuyos. Ya sentí lo mismo cuando la vi en el entierro de su madre y luego en el de su padre, también cuando vine a verla al llegar a Villaviciosa, pero entonces estaba demasiado nervioso y no me afectó tanto. Instinto de supervivencia, supongo. Hoy sí, hoy te he visto en ella como si estuvieras delante de mí y qué sensación más extraña, pasar de mis sueños a la realidad sofocante. Sus otras hermanas no se parecen tanto, pero la abogada... el corazón me ha dado un vuelco. Te he visto de verdad, fuera de mis sueños, como cuando estabas junto a mí.

Y ahora llevo todos los pensamientos revueltos. Qué come come incesante de los sentimientos. Qué revoltijo en las tripas y en los sesos. Te veo de nuevo; ahora montada en el tren con tu sombrero azul ladeado y aquella flor que te ponías en la solapa siempre que viajabas, esa que yo no entendí nunca por qué motivo la llevabas solo cuando cogías un tren. Y te sigo viendo. Regresabas de una exposición que habíais organizado en Reims, donde te volviste a encontrar con Juana de Arco en la plaza du Parvis y llegaste a decirme que ella y tú estabais unidas por algún vínculo raro. Descubrir a Danielle en la cafetería con su conde prusiano me había permitido entender cómo ella era capaz de conseguir la luna y las estrellas, lo que para los otros, mortales, era impensable. Solo así pude explicarme cómo logró todos los permisos para preparar lo que necesitaba en tan poco tiempo y cómo os dejaban moveros de acá para allá con tanta ligereza. Tal vez también por lo que me contó Martín, porque a algunos de ellos les gustaba lo que las dos hacíais. En cuanto vi la flor blanca junto a tus rizos, te reconocí sin duda y a punto estuve de gritar. ¿Cómo podría decírtelo? ¿Cómo iba a atreverme a exigirte que dejaras de hacerlo? La adrenalina lo haría, la que me corría

incesantemente por las venas desde que, cuando me dejaste solo unos días antes, trasteé entre tus cuadros buscando algo que no quería encontrar: la prueba fehaciente de que lo que me había contado Martín era cierto. Y la encontré, vaya si la encontré. No tuve que buscar demasiado. Entre tus pinturas, a plena vista, un original de Modigliani que en teoría nunca debería haber salido del Lovre destacaba ufano por ser el único lienzo que estaba barnizado. Y a su lado descubrí enseguida una copia exacta que a mí al menos me pareció terminada. Mi vómito fue a parar a pocos centímetros de ambos cuadros. Ni siquiera te habías molestado en esconderlos. ¿Querías que te descubriera y te ayudara a que no siguieras jugándote la vida? ¿Eso querías? Solo tenías que habérmelo dicho.

Cuando me lavé y limpié el estropicio, lloré, Elisa. No pude evitarlo y lloré. Y seguí llorando sentado, sin levantarme del suelo hasta que se hizo de noche y me quedé helado, aunque por dentro la sangre me bullía como pocas veces en mi vida. Me habías mentido, pero eso no me importaba, lo que me importaba era que, si todo lo que Martín me había contado era también cierto, estabas de verdad en peligro. Y yo debía pararte. Porque te amaba y te amo. Debía pararte. ¿Por qué no lo hice? Ya sabes por qué. Y me maldigo cada minuto desde entonces por no haberlo hecho. Pero ¿de qué sirve eso?

Nos dimos un beso extraño, de labios que se conocen ya pero se ocultan algo, y al instante te abrazaste a mí. Habíais vendido casi toda la exposición a los alemanes que se habían adueñado de las mejores villas de Reims y pretendían seguir adornándolas. Como buenos anfitriones hicieron los honores aunque en tu caso tuvieron la deferencia de pagar por tus cuadros. Digo yo que, a veces, necesitaban también un poco de normalidad para seguir considerándose humanos. Y estabas tan contenta que no parabas de besarme. Mi ira se aplacó. Me propuse posponerla para más tarde, cuando llegáramos a casa. «Diego, vamos a casarnos», me dijiste nada más entrar en el piso. Me cogiste las manos y me las besaste. Y yo no pude reaccionar. Me quedé pasmado. Tanto que me obligué a ignorar lo que estabas haciendo de verdad. Y me hacía mucho daño pero entendí que se lo debías a ella, que no debía inmiscuirme entre las dos. Clara te habría apoyado. O quizás no, quizás ella habría sido madre antes que nada, pero la que tenía la deuda eras tú. Y fui un inconsciente y un estúpido, pero te amaba demasiado. «¿Quieres casarte o

no?»). Y claro que quería. Abrí mucho los ojos y me pellizqué para comprobar que no estaba soñando y tú te moriste de risa. Pero yo seguía sin saber qué decirte. Lo deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Necesitaba que fueras mi esposa pero a ti siempre te había dado lo mismo. Ya incluso antes de que tu madre se fuera y, durante mucho tiempo, por rutina o por respeto, ni se me había ocurrido volver a proponértelo. «Venga, hombre, cambia esa cara, que solo te he pedido que te cases conmigo. Solo tienes que decirme que sí». Me juré protegerte en la sombra, pero me vendí a ti por un anillo y, por ese anillo, ahora sé que te perdí.

Entonces, te abracé y te di mil besos. Reías a carcajadas, tu risa se me contagiaba y terminamos los dos riéndonos sobre la cama. Tuve que prometerle a mi madre que algún día, cuando terminara la guerra o cuando nos reuniéramos con ella en Estados Unidos, como siempre nos pedía, repetiríamos la ceremonia pero con cura y todo y ella tendría la oportunidad de ayudarte con los preparativos, de elegir a sus invitados, de vestirse de madrina y acompañarme al altar y, sobre todo, de verte luciendo un vestido de princesa, una diadema de perlas y un ramo de rosas blancas, como tenía que ser. Solo así transigió y, aunque tampoco se quedó muy convencida, no pudo hacer nada por hacernos cambiar de idea. Ya lo habías decidido.

Danielle se empeñó en regalarte un vestido de satén lila, con el que parecías un pastelillo dulce, y los zapatos a juego y se enfadó mucho porque, aún sobornándote con regalarte también un anillo de diamantes, no le permitiste venir a ver cómo nos casábamos, ni mucho menos, que te organizara una fiesta, por muy íntima que fuera. Martín me dejó con el café a medias y se fue sin decir nada cuando le expliqué lo que habíamos decidido. No volvió a hablarme de tus copias, ni preguntó nunca nada. Pero dejó de venir tan a menudo a casa. Pensé que se había ofendido. Al fin y al cabo, estaba en su derecho; era nuestro mejor amigo y le dejamos fuera del día más hermoso de nuestra vida. Pero estaba demasiado ciego de ti para preocuparme por ello. Anna y mis tíos simplemente nos enviaron un regalo. En el fondo, todos ellos se sintieron algo más vacíos cuando les obligamos a desperdiciar una de las pocas ocasiones que se nos brindaban para celebrar algo. Pero yo sabía que, si tu madre no podía estar, tampoco permitirías que estuviera nadie más. Aún la echabas de menos y yo te amaba incluso más por eso.

¡Estabas tan hermosa! El vestido era muy sencillo, así se lo pediste a Danielle, largo y liso, sin adornos ni pedrería, ni ningún otro aderezo más que un ramo de lilas blancas y tu sonrisa. A mí me bastaba también con eso. No sé cómo aún retengo esos detalles tan poco varoniles pero puedo visualizar incluso tu calzado, tus pequeñas sandalias atornasoladas que dejaban a la vista tus dedos menudos, y la horquilla de plata que llevabas sujetándote un lado del pelo. Ya en el juzgado, gris y serio como todos los juzgados que vi en el Este de París, una funcionaria de gafas redondas y nariz grande leyó con voz de soprano y lágrimas en los ojos un poema indio sobre las flores que crecen entrecruzándose. Cuando terminó, se limpió la cara con la manga de la camisa y nos estampó dos besos a cada uno además del sello que nos certificaba como marido y mujer sobre un papel con la rúbrica del gobierno de Vichy. Nos lo dio en ese mismo momento. Yo no podía creérmelo, a punto estuve de preguntarle si era verdadero. Y, al salir, tuve que sentarme en un banco de madera oscura y rayada; al lado de las madres de otros recién casados que no paraban de moquear me senté yo, esperando que la emoción se me pasara un poco mientras tú me sonreías y me acariciabas la frente y las mejillas. Enseguida llegamos a casa. «Serás el primero de tu familia que celebre su boda bañándose en un río pero verás como no serás el último», me dijiste y te desabrochaste rápido el vestido y lo dejaste resbalar meloso por tu cuerpo hasta dejarlo tirado sobre el suelo. Después, te colocaste el bañador y unos pantalones cortos tan rápido que apenas tuve tiempo de intentar aprovechar que te habías desnudado y convencerte para celebrar de otra forma nuestra boda.

Nos subimos a las bicis y pedaleamos hasta el Sena. Yo te seguía exultante, el sol refulgía en tu pelo o quizás no, pero yo no era capaz de dejar de ver resplandores en todo lo que te rodeaba. Era feliz, Elisa, muy feliz, tanto que nada me importaba más que tú. Al pasar sobre el puente del Carrousel, cobijados a la sombra de los árboles, algunas viejas hacían ganchillo sentadas sobre escuálidas sillas, varios curas se remangaban las sotanas mientras leían en voz alta y madres recién estrenadas dejaban aparcados unos minutos los aparatosos carritos de bebé mientras reposaban del largo paseo. Muchos se volvieron a mirarnos cuando pasamos delante y luego continuaron sus tareas con afán. En la margen izquierda, una fila de pescadores improvisados

sentados en taburetes de colores deslucidos se inclinaban hacia el río para echar y recoger sus cañas. Hombres y mujeres, viejos y niños, esperanzados quizá por llevarse al estómago un bocado diferente. El pasillo izquierdo que recorría uno de los márgenes, el más ancho, se dividía en dos. En la mitad que daba al alto muro asomado a la calle, sobre la franja de hierba, salpicaduras de bañistas de piel blanquísima y pecas rosadas tomaban el sol, algunos se protegían bajo frondosas copas verdes mientras que otros se achicharraban sin que pareciera importarles. En la otra mitad, los adoquines quemaban los pies y enseguida te tiraste al agua. Yo no podía quitarme la mueca de felicidad de la cara, te observaba nadar cerca de mí, sonriéndome, y las gotas frías que me salpicaban me vivificaban menos que tu risa. Me senté en las escaleras y te esperé, mientras te zambullías una y otra vez en el líquido verde oscuro, al lado de otros bañistas que también deseaban sumergirse en él para olvidar durante unos instantes que, mientras nosotros disfrutábamos allí, sintiendo cada beso cálido y cada soplo de aire y cada caricia del sol sobre la piel mojada, otros estaban siendo perseguidos, marcados o asesinados por los soldados que ahora eran los amos. Y ese conocimiento de nuestro privilegio, en una reacción cruel pero intensamente humana, era el que provocaba que el baño de calor y de río se convirtiera en el más placentero de toda nuestra vida.

IV

«De todos es sabido que las fórmulas para escapar de la realidad son muchas y muy variadas, algunos beben, otros se suicidan, algunos se drogan o juegan al parchís, también los hay que leen novelas de amor o del oeste, quienes cocinan o quienes vaticinan que todo puede ir a peor y, por tanto, se consuelan con relativa facilidad. Las formas para escapar de la realidad actual, en la que este mundo en guerra nos sumerge, son tantas como los que las ponen en práctica, porque cada uno intenta huir a su manera, en sus sueños o en sus realidades, cuando puede o cuando le dejan.»

París, 23 de Julio de 1943

Las entregas se hacían a plena luz del día. Elisa pintaba un cuadro unos centímetros mayor que el original que iban a sustituir. Luego envolvía en plástico muy fino la copia y lo encajaba detrás del bastidor de su cuadro, el que pondrían a la venta en la galería de Danielle, para que ambos lienzos tuvieran el grosor de uno solo. Después sujetaba y embalaba los dos cuadros sobrepuestos. Pero esta vez no conseguía encajarlos para que la copia no se viera por debajo y le dolían los dedos, los sentía tirantes. Ya le había pasado

alguna vez y por eso sabía que no era ese estúpido contratiempo lo que la hacía sentir burbujeados en el estómago y el nerviosismo que estaba consiguiendo arruinar su vestimenta obligándole a dar vueltas y vueltas a la dichosa tela. No había dejado de pensar en la conversación con Diego. Le había mentado y no lo hacía casi nunca. Y además, hasta entonces, solo habían sido mentiras compasivas para que él estuviera más contento: mentiras de las que no importaban, porque si la hubiera descubierto, solo se habría enfadado un poco. Pero ahora estaba segura de que, si él averiguaba lo que estaba haciendo de verdad, no podría convencerle de que no tenía razón. Porque ella era consciente de que la tenía. Estaba haciendo una locura pero no podía parar. Se lo debía a alguien que siempre había creído en ella y que solo la defraudó una vez. Aunque también le había enseñado a no juzgar. Al pensar en su madre, podía incluso oler su perfume y entonces cerraba los ojos y la veía junto a ella, siempre pendiente de sus avances, desde que le compró sus primeros lienzos en blanco para que comenzara a practicar, siempre animándola aunque sus ojos estuvieran melancólicos y su mirada huida. Hacía tiempo que el sentimiento de culpabilidad se había disgregado como el reflejo de la luna desaparece del agua al llegar el día y solo quedaba ya un fuerte deseo de no defraudarla, de poder elegir su destino como ella misma no había querido o no había sido capaz de hacer.

Por fin logró que los bastidores encajaran. El carpetón de piel que usaba para llevar los lienzos cuando no eran demasiado grandes estaba desgastado por los bordes y algunas esquinas se veían cuarteadas. En cuanto consiguió enrollar las tiras alrededor y terminó de anudar los lazos que impedían que el lienzo se deslizara, se vistió de prisa. Necesitaba hablar con Danielle, aunque no estaba segura de si debía. Era una mujer compleja, que hablaba mucho cuando le apetecía y escuchaba poco casi siempre, pero ejercía en Elisa un influjo que le hacía perdonarle cualquier desaire enseguida e, incluso, sentía un tierno afecto por ella, como el que suscitaba una distante hermana mayor. Le parecía una mujer acostumbrada a tenerlo todo pero fuerte, que no se hundiría con el mundo si de repente se desmoronara bajo sus pies. Ni siquiera en ese mundo descolocado en el que vivían ahora. Sin embargo, aún no había llegado a saber si se habían convertido en amigas o si lo único que las unía era su pacto. ¿Tenían un pacto? Ella creía que sí pero desde que Diego le

contó que la había visto con el alemán, estaba menos segura de quién era realmente Danielle y de si podía confiar en ella. Hasta ahora, nunca la habían parado para comprobar qué llevaba en la carpeta y tampoco le habían pedido los papeles ni una sola vez. Por eso, quería pensar que tal vez su relación con el oficial podía incluso favorecerlas pero a la vez la incertidumbre de no saber si ella podría ser capaz de engañarle la ponía muy nerviosa. ¿Cómo podía no delatarse cuando ella misma se sentía tan mal al mentir a Diego y casi cada día pensaba en renunciar a todo e irse con él a América?

—Vaya cara que traes. Supongo que será por el cargo de conciencia de no haberme dejado asistir a vuestra boda.

—Ya sabes que no es por ti. No podía haber invitados. Ninguno. Pero me casé con tu vestido. Un vestido precioso, muchísimas gracias, Danielle.

—Podrías haber llevado también un estupendísimo anillo de diamantes. Eres insobornable, querida. En fin, entonces, dime, ¿a qué se debe esa cara? ¿Quieres un poco de coñac? Te animará rápidamente.

—No, gracias. Solo necesito sentarme. Entiendo esto de que haya que aparentar normalidad y de tener que traerte los cuadros a plena luz pero levantarme tan temprano me descoloca el resto del día.

—Cielo, si duermes poco, vivirás más. Lo decía mi abuela que vivió noventa años. Yo hago muchas cosas que ella me decía.

—Ya, pero seguro que tu abuela tenía quien le hiciera hasta el desayuno, ¿verdad que sí? Yo pinto y pinto y luego me cocino mi comida, por no hablar de otras cosas que te aburrirían enseguida.

—Tienes que venir de vez en cuando con tus cuadros para ponerlos a la venta. Es lo lógico, todos los pintores que aún no son ricos ni famosos lo hacen. Solo mando a buscar los lienzos más voluminosos. Pero, si te pesan demasiado, podemos intentar buscar otra solución. Aunque me parece que tú tienes algo más que cansancio. ¿Dónde está esa sonrisa resplandeciente con que siempre me aderezas tus pinturas?

—No es nada. Solo que a veces me da la sensación de que esto que hacemos es mucho más peligroso de lo que creemos. Pero te veo tan tranquila que creo que soy tonta teniendo miedo.

—Elisa, ya hemos hablado de esto antes. Es normal tener miedo. Solo los estúpidos son valientes de verdad. Pero si lo deseas, puedes dejarlo. Lo

entenderemos.

—No es eso, quiero seguir haciendo esto. Al principio no sabía por qué tenía que complicarme la vida. Ahora lo tengo claro, se lo debo a ella. Mi madre me habría apoyado en esto. Ella no luchó y lo peor es que no sé cuál fue la batalla que perdió, pero yo seguiré luchándola por ella. He tomado su relevo y siento que debe ser así. Pero a veces dudo. Solo es eso.

—Por ahora, todo va muy bien, mi contacto dice que no hay por qué preocuparse y es un contacto muy bien relacionado y te aseguro que de fiar. Al principio, hubo algún pequeño contratiempo con una pintura pero se solucionó y los alemanes aún no se han llevado ni uno solo de los cuadros que se han falsificado, siguen muy interesados buscando las colecciones judías, son muy golosas y pueden expropiarlas con mucha más facilidad. Algunos de los marchantes judíos las escondieron muy bien y siguen intentando encontrar dónde están los cuadros y los demás objetos valiosos.

—Me sorprende que estés tan tranquila. ¿No crees que alguien se dará cuenta en algún momento?

—No, nadie se percatará. Estoy segura de que no podrían ni imaginárselo. No pueden imaginarse lo que estamos haciendo. Granito a granito, cuadro a cuadro, vamos salvando obras de arte. Recuérdalo, eso es lo que estamos haciendo, salvar el arte, y de paso, ganamos dinero. Si terminan intentando sacar esos cuadros de los museos, habremos conseguido conservar algunos.

—Pero alguien podría detectar que son una falsificación. Y ¿qué pasaría entonces? ¿Qué les pasa a los judíos que se llevan, Danielle? ¿Por qué no quieres contármelo?

—No podemos volver siempre a lo mismo, Elisa. Pregúntame lo que quieres saber de verdad. Le estás dando vueltas todo el rato. Eso no es miedo, eso es que te gustaría conocer más de cómo funciona esto. Y no debes. Cuanto más sepas, en mayor peligro estarás. No puedo darte muchas más razones. Los alemanes expropián siempre muchas obras a la vez, no pueden pararse a comprobarlo todo, a autenticar la procedencia de todo de forma minuciosa. Solo evalúan lo que consideran más valioso y las tasaciones siempre se realizan a la baja, incluso son ellos mismos los que obligan a los tasadores a rebajar las valoraciones de lo que confiscan porque deberían pagar algo por lo que expropián, así que no es de extrañar que incluso les parezca bien que el

peritaje de algunos de los cuadros indique que no son auténticos. Eso les conviene, favorece sus planes, así pueden sacarlos de Francia a una milésima parte de su precio, intentando mantener una apariencia de normalidad en la transacción como si en realidad no estuvieran robando a sus dueños legítimos sino que tan solo cumplieran con su obligación. Por eso, los cuadros falsificados, si les llega su turno y los sacan de Francia, pasarán por los verdaderos, en una especie de timo al timador. Y, Elisa, puedes estar segura de que, aunque consiguieran descubrir el engaño, jamás te podrían implicar a ti en esto, ni a mí tampoco. Solo mi contacto sabe que yo estoy metida y jamás le he hablado de ti, él cree que mando los cuadros a falsificar afuera, a América, a través de mis contactos allí. Sabe que soy capaz de hacer muchas cosas. De verdad, puedes estar tranquila.

Danielle sonrió un instante, mientras se acordaba de lo que tiempo atrás le había hecho a esa persona para que creyera que sabía hacer tantas cosas y también de que no le habría importado seguir haciéndoselas, hasta que volvió a ver a Friedrich y su vida se volvió del revés. Se oyeron sirenas de ataque aéreo pero ambas las ignoraron. Los aviones solían desviarse hacia las fábricas de Renault o a los aeropuertos.

—¿Por qué sonríes? Yo no le veo la gracia. ¿De verdad estás tan segura? No sé, a veces dudo, estoy empezando a pensar que estamos arriesgándonos demasiado —Elisa vacilaba, acababa de poner nombre a su temor. Él era el problema. Y no pudo acallararlo más—. ¿Confías en Friedrich? ¿No temes que termine descubriendo lo que estás haciendo?

—No solo confío en él. Quiero casarme con él. Quizás me haya vuelto loca, pero vamos a casarnos. Esta guerra terminará algún día y todos podremos volver a nuestra vida, de un modo u otro. Terminaremos volviendo a reunirnos para ir al teatro a ver obras de Schiller; veraneando donde nos apetezca, en lugares cuanto más exóticos, mejor; casándonos en grandes catedrales ante cientos de invitados; o paseando por la orilla del río sin tener que pensar si volveremos a casa esa noche o no. Volveremos a vivir, Elisa, quizás de otra manera, eso no podemos saberlo pero yo no quiero detener mi vida hasta que esto se haya terminado. Quiero a Friedrich desde que tenía diez años o incluso desde antes, y él me quiere a mí, y además compartimos el amor por el arte. Su familia en Prusia también tiene una galería, casi más

importante incluso que la mía. Fue mi primer amante, el hombre con el que descubrí el sexo y otras muchas cosas y volver a él después de haber probado con muchos otros ha sido un regalo inesperado que me ha traído esta guerra horripilante. No voy a permitir que me lo vuelva a arrebatarse. Pero sé separar muy bien una cosa de la otra. Lo he hecho toda mi vida, los ricos lo hacemos desde que nacemos, una cosa es nuestro corazón y otra nuestro bolsillo, y a nosotras nos pagan esto muy bien. Sin escatimar ni un solo franco.

—Yo no me he arriesgado por dinero. Es mucho más que eso. No sé si lo entenderías, ni tampoco si sabría explicártelo.

—No lo hagas, no me lo expliques. Cada uno tiene sus razones para actuar como lo hace. Aunque quizás te sorprendería. Yo tampoco lo hago por dinero. Elisa, yo nací viviendo el arte. Para mí esto es mucho más que una transacción comercial. Mi bisabuelo comenzó en este negocio con una pequeña tienda que apenas le daba para sobrevivir. Fabricaba telas, pinceles y pinturas en Marsella y las vendía por todo el sudeste de Francia. Llevaba todo su material en un carrito ridículo del que tiraba con su bicicleta y que tan solo tenía una capota para cubrirlo del sol y de la lluvia. Sus primeros cuadros fueron los que los pintores le daban a cambio de los materiales que iban a comprarle. Los artistas a veces lo pasan muy mal para ganarse el pan, no todos son tan afortunados como has sido tú. Luego su hijo Alexandre ya se convirtió en marchante, se instaló en París y convirtió el pequeño negocio en algo mucho más importante. Supo ver la oportunidad que le brindaba una Francia en la que una burguesía en auge empezaba a coleccionar y a decorar sus lujosas mansiones y donde las galerías se convirtieron en lugares en los que se cerraban tratos sin parar. La Ciudad de la Luz no se llama así por su sol, ¿sabes?, es por la luz de sus pinturas, la de las obras sucias solo en la mente de algunos retrógrados. Mi abuelo puso su galería en la calle Laffite, la calle de los cuadros, donde los jóvenes pintores como tú acudían asiduamente a vender, a aprender y a relacionarse con otros bichos raros de su misma especie. Él vio surgir a los impresionistas y se ilusionó con ellos. Le maravilló ese arte diferente y nuevo y conoció a Monet y a Pissarro y a Henri Martin-Lamotte y a Jean Peské, y a otros muchos como ellos. Él supo vender sus obras a quienes las valoraban, en Europa y sobre todo a los nuevos ricos de América. En esa época fue cuando ya abrió la que ahora es la famosa

Galería Lambert de Nueva York, la que dirige mi hermana Agnès, donde yo hubiera seguido llevando también mi negocio si Friedrich no hubiera aparecido. Por eso te entiendo perfectamente. Para mí, esto es mucho más que un negocio. Es mi vida y tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para seguir viviéndola como yo deseo y no como otros se empeñan en decirme.

Danielle se acercó a uno de los Renoir que tenía colgado en la pared rosa de su salón. Una niña de la mano de su madre bajo un manto de paraguas azules le devolvía el saludo. Acarició el marco dorado unos instantes y luego se colocó frente a uno de los ventanales. La estatua sobre el caballo relucía como la luz de una fogata en un bosque de noche. París no siempre había sido así, tan oscura, tan triste, tan aparentemente normal en una normalidad ficticia, disfrazada de risa y de mañana cuando la mayoría no tenía nada por lo que reírse ni por lo que esperar un nuevo amanecer. Danielle volvió a mirar a Elisa. La apreciaba mucho. Esa chica le había gustado desde el día en que la conoció, en la Universidad, antes de que la vida se convirtiera en una escenificación burda y sin alma de una realidad arrinconada. Continuó hablándole en voz baja.

—Pero los alemanes no solo son ladrones de arte, no todos son como ese fastidioso Goering. Y además, desde que llegaron, la crisis de la década pasada ha desaparecido y el mercado del arte ha subido como la espuma, tú lo sabes bien. Hace diez años, tras la Gran Guerra, muchas galerías tuvieron que cerrar, los precios de las obras cayeron rápidamente y eso condujo a muchos a la quiebra. Pero cuando entraron los alemanes y la *Wehrmacht* volvió a permitir las subastas, los precios subieron como nunca. Que se lo digan si no a la prima de tu marido. Ella y tus tíos políticos han hecho una fortuna gracias a eso. Y no han sido los únicos. Ahora además hay muchos nuevos ricos, los que está creando la guerra; han aparecido coleccionistas nuevos y muchos no saben qué hacer con el dinero que sacan con las armas, los coches, los uniformes, las botas o los víveres que necesitan los ejércitos. En una guerra siempre hay dos caras y la cara rica está en París, comprando. Y compran de lo que pueden, ya lo sabes, no pueden comprar ni coches ni moda ni viajes y, en lugar de pagar a precio de oro el café en el mercado negro, compran antigüedades, libros, muebles o arte. Todo el mundo ahora compra pintura y los alemanes los que más, más barata a veces pero en cantidad suficiente como

para que merezca la pena. El *reischmark* vale cinco veces más que nuestros francos y detrás de los alemanes han venido los belgas, los holandeses y los suizos. Los ascos son menos cuando se trata de ganar dinero. Pero yo estoy bien aquí, ahora no quiero abandonar Francia. Esto que hacemos solo lo veo como un ligero contratiempo que nos incomoda pero que es necesario para salvar lo que más me importa del mundo. Muchos alemanes cegados por esa nueva ideología no saben aún valorar el arte que ellos persiguen, el arte degenerado. Yo sé que los degenerados son los que piensan así, pero eso cambiará, estoy segura, las aguas volverán a su cauce. Y, mientras eso pasa, no puedo consentir que, por su culpa, muchos de los mejores cuadros de la historia de la humanidad desaparezcan o sean destrozados, yo al menos no puedo y tengo que hacer algo para evitarlo, aunque sea muy poca cosa — Danielle fue a sentarse junto a Elisa y cruzó las piernas. Parecía una niña divertida inmersa en un juego cuyas reglas solo ella conocía. Le puso las manos en los brazos y se aproximó un poco—. Pero amo a Friedrich y confío en él. Y no sabe nada de todo este pequeño lío que tenemos montado pero sé que, si lo supiera, jamás me delataría. Fíjate si confío en él que..., bueno, tengo que decirte que estoy embarazada, de varios meses. Y, por supuesto, él es el padre.

—Danielle, ¿cómo has podido?

La marchante ladeó la cabeza un momento y terminó inclinándola para mirarse el vientre.

—Pues como todo el mundo, no te creas. Solo se necesita un poco de interés. Y ambos lo tenemos más que de sobra.

—Perdóname, no quería decir eso. Es solo que... ¡un bebé! Te admiro, Danielle. ¡Te atreves a traer un bebé a la vida cuando medio mundo está metido en una guerra!

—Soy una mujer, Elisa, y quiero tener un hijo. Y he encontrado sin buscarlo a quien me gustaría que fuera su padre. Ya es su padre. Así que me da igual que el mundo se meta en guerras, conmigo no han contado para empezar esta, no voy a contar yo con ellos para organizar mi vida. Si alguna vez lo hubiéramos hecho, si alguna vez hubiéramos sido capaces de anteponer las guerras o el dinero o la comodidad o los afectos a nuestro deseo de ser madres y nos hubiéramos dejado convencer por ello, hace siglos que nos habríamos

extinguido. Los hombres no nos tienen en cuenta a la hora de marcar el rumbo, siempre actúan movidos por sus propios fines; ahora es una guerra, pero siempre hay algo que impide decidir a las mujeres. Así lleva la humanidad más de un millón de años y así continuará al menos otro millón más, estoy segura. Ahora, me imagino un niño creciendo dentro de mí y tengo ganas de llorar. Me conoces hace mucho. Yo no lloro por nada. Es de mal gusto. Aunque tampoco había tenido demasiadas razones para hacerlo, hasta que aparecieron esos prepotentes con aspiraciones de dioses que nos lo están dislocando todo, no había tenido por qué llorar. Siempre he tenido dinero, he vivido bien, he hecho lo que he querido. Pero pienso en ese niño y lloro. Así que haré lo que sea para poder ver sus ojos.

Elisa encendió la luz de la escalera y comenzó a bajar. El mármol brillaba desde el suelo. Las aguas azules se movían entre matices nacarados a cada paso que daba. Nada debía brillar así en un tiempo en el que tener un hijo era una osadía. Al despedirse, había abrazado a Danielle sintiendo una sensación nueva, una desazón que le hacía mojarse continuamente los labios y sonreír. Se sentía extraña, nunca antes había pensado en ser madre. Tener un hijo. Eso no se podía pensar en un momento así, cuando la vida se escondía a menudo bajo los carcomidos tablones del suelo, ocultos por armarios desvencijados. Eso se pensaba cuando no era necesario dar gracias por la vida cada día y cuando sentir, al menos una vez más, no era un privilegio. Quizás Martín tenía razón al decirle que ella se lo tomaba como un juego. Elisa había interiorizado lo que ocurría a su alrededor como si le fuera ajeno, como si no tuviera que ver con ella. Era española, católica, rubia, pintora. No debía tener miedo. Y lo de las falsificaciones era algo oculto que nadie sabía de ella.

Los alemanes estaban haciendo inventario de los bienes de los museos de Francia para continuar desvalijándolo pero había tanto arte en esa nación enamorada de él que la tarea era descomunal y quien había organizado el plan había empezado por los museos menos conocidos, por obras importantes pero no las esenciales, para no levantar sospechas. En el museo Jeu de Paume al que los nazis llevaban lo que robaban, a tan solo unos metros del apartamento de Danielle, los conservadores valoraban, fotografiaban y catalogaban todo lo que iban a sacar de París en breve pero no podían hacerlo con todos los

cuadros y Danielle le había dicho que todavía no le había llegado el turno a sus falsificaciones. Además, eran muy buenas, no tenía que temer por eso. Una vez que decidían qué cuadros se falsificarían a continuación, se encargaba un estudio pormenorizado de los pigmentos que se habían empleado en los óleos, de los tipos de barnices, de su estado de conservación, de todo lo que podía ser relevante. El estudio lo realizaban los restauradores y conservadores de cada museo, que no sabían para qué se iba a destinar. Ellos simplemente se encargaban de su trabajo. Luego le proporcionaban incluso el lienzo, que se buscaba lo más parecido posible al que se usó para pintar el original. Los cuadros que se elegían solían tener menos de un siglo pero, si eran más antiguos, pasaban a otro experto que los trataba: se endurecían al horno y se agrietaban y, algunos, incluso se lavaban con tinta china para envejecerlos. Si eran demasiado antiguos, para que superaran las pruebas de edad se frotaban con alcohol. Los cuadros reales se estaban sustituyendo por estos otros que decenas de pintores copiaban en toda Francia. No solo en París. Preparándose para lo peor. Poco a poco y en silencio, en una de las operaciones más secretas y mejor planificadas, sufragadas por dos familias millonarias de aristócratas judíos, emparentadas entre sí y que habían huido a tiempo: coleccionistas alemanes que salieron de la Europa ocupada y que, desde el exilio, deseaban poder hacer algo en contra de quienes estaban persiguiendo y haciendo desaparecer a sus familiares y a sus amigos. Desde sus refugios en Estados Unidos, les llegaban noticias de cómo los oficiales nazis se instalaban en sus mansiones, tiraban sus muros, excavaban en sus jardines y mataban a sus doncellas y a sus chóferes hasta conseguir la valiosa información que buscaban, el lugar preciso del escondite de aquello que no habían encontrado todavía. Además, si Danielle amaba a Friedrich, sería por algo. Hasta ahora, su intuición no le había fallado nunca, si ella iba a tener un hijo con él, no podía ser que, aunque terminara enterándose de alguna manera, las fuera a poner en peligro a ambas. Así que tenía que tranquilizarse.

Había salido el sol. Después de días de mucho viento y una niebla poblada de designios de lluvia, maligna y engañosa porque, cuando al final se disolvía, dejaba vislumbrar un cielo opaco, por fin una luz radiante volvía a arrollar París. Elisa esquivó una bicicleta que intentaba guiar una mujer con un sombrero verde. Le pidió disculpas sin girar la cabeza mientras la ciclista

seguía avanzando haciendo esos. No se enfadó. Muchas veces era imposible sortear el obstáculo que se nos ponía enfrente y que llevábamos viendo desde muchos metros atrás. Parecía que el volante se movía solo, que las ruedas giraban por sí mismas, que la bicicleta se había vuelto escoba páfida y volaba según su libre albedrío sin que se pudiera hacer nada para enderezarla o para alterar su trayectoria, hasta que pasábamos sin remisión por aquella piedra o solo justo al ir a estrellarnos contra la farola, conseguimos dar un volantazo y retomar el buen camino. Aunque, quizás, tan solo fuera cuestión de equilibrio.

A ella la vio también desde lejos. Se había cortado el pelo a lo garçón. Pero no necesitaba dejárselo largo; al andar, su cuerpo se movía con una cadencia ondulante tal que, aunque hubiera ido envuelta en una sábana, se habría sabido que debajo se ocultaba una mujer. En realidad, Anna la fascinaba, si no hubiera sido por su molesta obsesión por Diego, le habría gustado tenerla por amiga. Intentó pasar a su lado sin saludarla pero nada le pasaba desapercibido. Iba flanqueada por tres hombres con demasiados galones en el uniforme. Elisa tuvo tiempo de tragarse la saliva y cruzarle la mirada antes de que ella le saludara. Su voz era firme.

—¿Qué tal anda mi prima? Creí que no ibas a pararte. Parecías ir con mucha prisa.

Se dieron dos besos cogidos con pinzas. Olía a Chanel. Todas las mujeres allí olían a Chanel, o es que Elisa tenía ya el olfato amaestrado y no podía reconocer ningún otro perfume. En cualquier caso, era un olor delicado. Si se hubiera evaporado en una apariencia visible, habría tenido un color rosáceo, como sus mejillas. Y le extrañó, porque ella misma hacía meses que no era capaz de encontrar ni una mísera colonia. Cuando Anna se separó de ella, su aparatoso collar de perlas se le balanceó hacia adelante. Le parecieron verdaderas y una audacia llevarlas tan a la vista. Su bolso rojo de Dior hacía juego con el largo pañuelo que se había anudado al cuello como no había visto nunca antes. Un niño muy pequeño lloró a su lado. Su madre le llevaba pegado a su pecho cubierto con una toquilla de puntillas blancas. Se sorprendió al escucharlo. No había pensado nunca en ello pero ahora se dio cuenta de que, en París, jamás antes había oído el llanto de un bebé. O lo había oído y le había pasado inadvertido.

—Pues has acertado pero siempre puedo pararme un momento para saludar a mi familia. Enhorabuena por tu éxito, Anna. Diego me dijo que te llamó para felicitarte pero yo aún no había encontrado el momento. Y pensé que también estarías muy ocupada en tu nuevo puesto.

—No te creas, yo siempre tengo tiempo para lo importante. Muchas veces me encuentro con Diego, solemos vernos en el mismo café, él acompañado de clientes muy distinguidos. No tuve oportunidad de felicitarte en persona por vuestra boda. Debes de estar muy contenta. ¿Y qué tal tu trabajo?, ¿aún sigues con esa marchante tan extravagante y bien relacionada?

—Pues sí, continúo exponiendo en la galería de Danielle. Ya tiene reservada una parte para mi obra y hay clientes que van expresamente buscando mis cuadros. Estoy muy contenta, no puedo quejarme.

Anna se acercó a Elisa y casi le susurró. Muchas cosas no podían decirse en público aunque se estuviera del lado de los alemanes.

—Fíjate que yo pensaba que ahora había dejado de haber mucho movimiento, al menos en el mercado legal de compra y venta.

—Pues yo no lo percibo así, serán otros pintores. A mí, por ahora, me va muy bien.

—Me alegro mucho por ti y también por Diego. Es difícil sobrevivir en estos tiempos. Es difícil hasta vivir. Por cierto, Elisa, me gustaría verte un día con más tranquilidad. Podríamos quedar las dos solas, cuando tú prefieras. ¿Te parece bien si me paso un día a buscarte y salimos a dar un paseo? No te entretendré mucho pero me gustaría hablar contigo de algo. ¿La semana próxima crees que podrías?

—¿Ocurre algo? Nos conocemos hace años y es la primera vez que quieres quedar conmigo. ¿Tengo que preocuparme?

—Solo me gustaría que charláramos un rato con calma y no me gustaría que Diego estuviera delante pero, si tú lo prefieres, yo no tengo nada que ocultarle, decide tú.

Elisa consideró un instante qué sabría Anna exactamente sobre lo que ella le ocultaba a Diego. Pero enseguida supo que no iba a arriesgarse a preguntarle. Sus ojos violetas se oscurecieron.

—Bien, de acuerdo, el jueves y el viernes que viene estaré en casa por la tarde, podemos tomar un café. Diego tiene que ir a ver a unos clientes y no

volverá hasta la noche. Podría ser un buen momento.

—Perfecto entonces. El viernes iré a buscarte a casa. Y no te preocupes demasiado, no es nada, pero no me quedaría tranquila si no habláramos. Dale un beso muy grande a mi guapísimo primo de mi parte y dile que me encantará volver a verle cuando él quiera.

—Sí, Anna, se lo diré, no lo dudes. Pero tiene tanto trabajo que apenas sale, discúlpale si no te llama pronto, no será porque no quiera verte.

Se despidieron sin rozarse. Le habría gustado abofetearla; sin embargo, los uniformes de sus corpulentos acompañantes eran un diseño exclusivo de Hugo Boss demasiado lustroso y en sus gorras se veían las alas desplegadas de un águila con los ojos demasiado rojos. Anna susurró algo a uno de ellos y ambos comenzaron a reír. Echaron a andar. Pero ella se detuvo de repente y la miró.

—Elisa, ten mucho cuidado, créeme, son malos tiempos para el arte.

Intentó caminar deprisa, cruzó la calzada y tuvo que pararse. Se apoyó en la pared. Estaba mareada. Hubiera querido vomitar pero tan solo le subió una náusea que se le quedó en la garganta. Todavía oía la risa de Anna al otro lado de la calle y a los hombres hablándole mientras avanzaban. Era como un gallo entre gallinas cloqueando a su alrededor. Pero gallinas voraces. Consiguió dirigirse hacia el parque y se extrañó al ver a muchas personas corriendo en dirección contraria. Eran gente corriente, como ella; algunas llevaban niños de la mano o un perro bien cuidado atado con la correa, un abrigo azul o un pañuelo de seda anudado al cuello. Pero todas ellas exhibían en sus rostros el gesto desencajado que el miedo infiltra en las personas normales. Dejó atrás la estatua de la heroína gala. Se detuvo poco antes de entrar en el parque pero, en lugar de cruzar el jardín de las Tullerías por la Terrasse des Feuillants para atravesar el río y tomar el tranvía que subía hacia Montmartre, giró a la derecha, por la calle de Rivoli. Tenía un presentimiento. Continuó andando aprisa. Enseguida averiguó de qué huían. Antes de llegar a la plaza de la Concordia, en la primera explanada del parque delante del edificio de columnas jónicas que albergaba el museo Jeu de Paume, un grupo de soldados se disponían alrededor de un montón de lienzos apilados. Elisa podía distinguir sus colores y creyó reconocer algunos: una pequeña tela con un jarrón de flores de Hara, un retrato de Eduard Desmon y también un niño negro, un paisaje de Georges Michel, el muchacho desnudo con gato de

Renoir, incluso un par de las inconfundibles figuras del judío Modigliani. Vio a dos soldados sacando más pinturas del interior del museo y arrojándolas sobre las que se amontonaban en la arena. Algunas telas se rasgaron al caer unas sobre otras.

Elisa contenía la respiración. Se parapetó detrás de la valla del parque, a pocos metros de ellos. Podía ver la hilera de hombres con pulcras gorras y uniformes, las esvásticas en sus mangas y los puños blancos de sus camisas destacando contra la empuñadura de madera oscura de sus fusiles. Hablaban entre ellos y muchos reían a carcajadas mientras se llevaban a la boca cigarrillos de boquilla marrón que sujetaban entre sus dedos amarillos. El humo olía picante. Su corazón gimió, se cruzó los brazos sobre el pecho para acunarlo y consiguió aguantar las ganas de llorar. Cuando las llamas comenzaron a elevarse por encima de sus cabezas, todos callaron. El aquelarre miraba impávido y deleitado la pira de fuego a plena luz del día, en una competición macabra de fulgor anaranjado. Elisa se agarró a la piedra que sostenía la valla. Quería irse pero no era capaz de mover un solo músculo. No podía dejar de mirar las llamas y oía el crepitar chisporroteante de las telas y de los bastidores de madera que iban oscureciéndose y retorciéndose hasta desaparecer por completo en las llamas. Sonaba a lamento resignado. Y olía a desinfectante químico. Uno de los soldados miró hacia donde ella se ocultaba y tiró una colilla al suelo. Se acercó a un compañero y luego le cuchicheó algo al oído. El corazón de Elisa parecía a punto de romperse en muchos trozos pequeños. Se llevó la mano a la boca para no gritar. Malditos hijos de puta, malditos.

Cuando comprobó que los hombres habían dejado de mirar atrás y seguían absortos en la hoguera perversa de ignominia y fuego que se había extendido en un círculo sobre el suelo, salió corriendo hacia los edificios de atrás y recorrió varias calles hasta que la falta de aire le impidió seguir y se metió en un soportal. Le temblaban las piernas y se sentó en el suelo. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y esperó allí sentada, intentando respirar despacio mientras se abrazaba a sus rodillas, hasta que dejó de oír sus propios latidos y entonces se levantó y volvió a salir. Ya nadie corría, la normalidad simulada volvía a apoderarse de las calles. La luz del sol se había vuelto ahora blanquecina, como si algo la hubiera enturbiado. Comenzó a andar hacia

el norte. Todavía temblaba. Sintió que se iba a marear de nuevo y tuvo que entrar en la primera cafetería que encontró abierta para pedir agua. Se la bebió de un trago. El líquido arrastró la angustia pero no pudo calmar el minúsculo temblor que movía en un tic uno de sus párpados ni mucho menos el palpitar de su cerebro. Vio al camarero salir de detrás de la barra y se dejó caer cuando sintió que la sostenía por el brazo.

—Mademoiselle, tiene que sentarse, se está poniendo pálida. Permítame, yo la acompaño.

Ella solo le dio las gracias, porque en ese momento agradeció de verdad que aún hubiera personas que ayudaran. Él la llevó hasta una silla y le dio aire con una servilleta de cuadros rojos mientras volvía en sí.

Diego estaba sentado revisando unos papeles y escuchaba música en un gramófono que su madre se había empeñado en regalarle antes de irse, «así, te acordarás de mí todos los días, cuando pongas estos discos en los que grandes maestros tocan el piano», le había dicho. Y tenía razón. En cuanto comenzaba a escucharse el sonido de la aguja rozando las pistas negras del círculo mágico, la veía a ella tocando. No visualizaba ninguna otra imagen, no podía saber si se encontraba en su casa de Villaviciosa, en el piso de París o incluso en México, cuando él era aún un crío y el sonido hechicero que su madre hacía brotar del artefacto que parecía un dragón le cautivaba. Pero la imagen de su cara y de sus manos era tan vívida que le hacía sentirse a salvo.

Elisa cerró la puerta con tanta fuerza que hizo retumbar los cristales. Diego se sacudió en el sillón. Solo se tranquilizó cuando la vio entrar en la habitación. Tenía el pelo empapado en sudor y los ojos llorosos. Se había dejado el carpetón vacío en el parque pero no le importaba. Había perdido algo mucho más precioso que eso. Elevó la vista y se quedó mirando a Diego. No sabía qué decirle. Él estaba despeinado y llevaba puesto un batín de traversín azul con el que se le marcaba la espalda. Había dejado sobre la mesa la pluma y los papeles y se quedó mirando sus ojos violetas.

—¿Qué te ocurre? ¿A qué viene ese portazo? Has tardado mucho, ¿ha ocurrido algo?

Elisa no quería hablar. Solo se sentó a su lado y se agarró a su brazo. Recostó su cabeza sobre su hombro y siguió en silencio, respirando

pausadamente, intentando acallar su angustia. Diego le trazaba con el dedo circunferencias en el dorso de las manos. Luego le acarició la cara.

—Dime qué te pasa, ¿estás bien?

Al sentir el calor de su palma en las mejillas, Elisa no pudo evitar ponerse a llorar de nuevo. No quería, no había tenido tiempo suficiente para inventarse una excusa que pudiera explicar la lividez de su rostro y tampoco sabía en realidad qué podía contarle. Pero las lágrimas le caían sin remedio. Ella se recostó entonces sobre el sillón, dejando la cabeza apoyada en el regazo de Diego, y sintió que quería quedarse allí, que, afuera, nada importaba; solo él le infundía esa sensación de bienestar que le hacía no temer. Pero siguió llorando mientras él le pasaba la mano con suavidad por el cabello.

—No pasa nada, estás conmigo. No pasa nada.

Diego esperó a que ella se levantara y le limpió las lágrimas con su pañuelo. Cuando dejaron de caer, le levantó suavemente la barbilla y la miró a los ojos. Y al sentir sus dedos acariciándole los párpados, ella se sintió por fin serena. Pero él estaba serio.

—Vámonos, Elisa, vámonos ya.

—Sí, Diego, vámonos. Dame solo el tiempo que necesito para encontrar un marchante adecuado en Estados Unidos. Entonces nos iremos.

V

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (11:50 h)

Ya estamos llegando. Pensé que sería más difícil. Al final, ella lo ha hecho sencillo. Qué lista es. Las mujeres como Ángela ahora pueden llegar lejos. Es sorprendente lo que ha cambiado el mundo. Cómo pudimos vivir tanto tiempo relegando a la mitad de la humanidad y cómo se sigue haciendo ahora en tantos lugares. Parece como si nos diera miedo, como si pensáramos que, al disponer de la libertad de elegir, fuerais a abandonarnos, a dejar de lado lo que tanto necesitamos de vosotras. Somos tontos o, tal vez, demasiado listos, no creo que nunca llegue a tenerlo demasiado claro. Pero qué bonito es esto. Tal vez me equivoqué al no haber vuelto hasta ahora. Me dolía tanto que no me sentí capaz. Si ahora estoy aquí, es solo por ella, por tu nieta, Elisa. Solo por ella. Me gustaría enseñarle también tu casa; los lugares por donde paseábamos; el árbol junto al que te besé por primera vez; nuestro colegio; los sitios en los que jugábamos, tú, Martín y yo, los tres amigos inseparables que no admitían a nadie más en su trío de piratas, de india y de vaqueros, de princesa y de príncipes herederos; los protagonistas de todos esos relatos asombrosos que nos contaba mi madre en tantas tardes de asueto. Solos nosotros tres en un mundo de pequeñas infamias, de dolores pequeños pero grandes aspiraciones y deseos; con los ojos abiertos a lo nuevo que nos pasaba cada día y que disfrutábamos tanto compartiendo.

—Disculpe, ¿le importaría dejarme aquí mismo, frente a esa casa? Me gustaría continuar el camino a pie. Paso a paso, seguro que llegaré.

Seguiré andando desde aquí, desde donde viviste de niña. Quiero volver a

verlo todo, a oler el mar, a ver este cielo, a pasear por los caminos, aunque sea mucho más despacio, sin correr ni saltar, fijándome ahora en los rincones que entonces se me pasaron desapercibidos, que ni siquiera vi. Todo es mucho más pequeño de como lo veo en mis sueños. Los árboles no son tan altos, ni los caminos anchos como carreteras, ni las casas tan extrañamente agigantadas; todo en mi memoria tenía un tamaño formidable y la realidad se ve menguada y deslucida. Supongo que el color de los buenos recuerdos siempre es más vívido y brillante. Pero qué torpe me siento, qué torpe. Qué poco te das cuenta del paso del tiempo hasta que te explota en la mente en forma de un dolor agudo al intentar levantar un poco más alto una pierna o algo más de peso. El taxista es amable y me devuelve el cambio sin hacerme sentir que le debo una propina. Por eso se la doy; es curioso cómo a veces solo al obligarnos a hacer algo es cuando dejamos de hacerlo. La psicología humana es tan compleja como su maldad y, también, como su bondad.

Los muros de la casa donde naciste siguen en pie, las puertas aguantan, las ventanas con los vidrios rotos pero aún levantados, los tejados medio combados aunque continúan resguardando su interior. Y el escudo del apellido de tu abuelo grabado en la piedra de la puerta de entrada tiene brillos nuevos, aunque, a sus pies, se pierde entre el cardenillo del suelo. Pero todo está abandonado, Elisa. Parece como si su alma hubiera subido al cielo para reposar junto a la de sus viejos huéspedes muertos, la de aquellos que en ella habitaron y que hace ya lustros que desaparecieron. No sé por qué este lugar se quedó vacío al morir tu abuelo; desde que tu madre y tus tías se fueron, ya nadie vino a vivir en ella. Aquí no puedo veros, no veo a tu madre, no te veo a ti. Porque es el mismo espacio pero ha perdido su esencia. La valla está rota por tantas partes que se ve todo el jardín, umbrío y lleno de especies autóctonas que han debido de ir surgiendo con el rebotar implacable de los ecos del tiempo. No queda nada de aquellos setos cuidados con esmero y los pájaros se han adueñado de los árboles y de los huecos cóncavos que rezuman destierro o cobijo entre los ladrillos y los aleros. El columpio de hierro, el que te trajo tu padre el día que te escalabraron en el colegio, está tirado en el suelo. El óxido lo amartilla y lo pinta de castaño oscuro. Un niño arrojó una piedra que, sin comerlo ni beberlo, terminó en tu cabeza abriéndote una brecha por la que brotaba la escandalosa sangre y la maestra nos pidió que te

acompañáramos a casa. Martín te llevaba en brazos y yo sentía tantos celos que os seguía a algunos metros, maldiciendo y deseando poder ser yo quien hiciera de salvador de mi maltrecha reina de terciopelo. La niña más lista de mi escuela, la que no faltaba a una sola clase, la que tenía los ojos más violetas, la más divertida, la más guapa o, al menos, la que más me lo parecía.

Lo que nos habría gustado que terminaran juntos. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Anna y Martín. Parecían hechos el uno para el otro. En ese momento, casi nos habíamos convencido de que así había sido, cuando ella por fin parecía haberse calmado y él hacía tiempo que había dejado ya de meterse contigo. Volvimos a verles juntos alguna vez, en un café, también andando por el barrio donde trabajaba Anna. Eso y la indiferencia hacia nosotros que ambos llevaban tiempo demostrando parecían la mejor prueba de que, al fin, ambos habían encontrado lo que tú y yo disfrutamos casi desde que nos conocimos. Aunque no conseguía que él me lo contara. Tampoco me sorprendía, siempre había sido muy reservado. Desde que nos casamos, les habíamos visto muy poco; ya no nos buscaban. O tal vez un mero papel había servido para persuadirles de una vez de que no había marcha atrás. Pasada la emoción, a mí ese papel me proporcionó también un pretexto para intentar convencerte de que nos fuéramos. Aunque otros ponían también de su parte para conseguirlo: no pasaba una semana sin que tu padre te llamara y te preguntara y, después, era mi madre la que insistía en que teníamos que hacerla la mujer más feliz de la tierra dejándola organizar una boda de verdad, cerca de ellos; que tu pobre padre se lo merecía; pero tú siempre habías encontrado el modo de posponer el momento. Sin embargo, después de aquella tarde en que llegaste a casa temblando con la cara desencajada, cuando no conseguí de ningún modo que dejaras de llorar ni que me contaras nada, sí que me escuchaste y me atreví a empezar a soñar que lo que me habías asegurado era verdad y que nos iríamos muy pronto. Lo que fuera que te ocurrió te abrió a ti los ojos y a mí me proporcionó la determinación que necesitaba para sacarte de Francia.

Esa determinación se fortaleció el día en que me armé de valor y decidí espiarte; el pavor que vi en tus ojos aquella tarde se incrustó en mi alma y se transformó en un intenso miedo a perderte, que no debe ser nunca excusa para casi nada, pero entonces fue razón más que necesaria y suficiente. Durante

días, estuve pensando que tenía que confirmar por mí mismo que Martín me había mentado, que solo seguía sin encajar lo nuestro y tu miedo consiguió decidirme por fin. Una mañana, me fui a trabajar a la hora de siempre y te quedaste pintando, pero yo sabía que habías terminado otra de tus copias y me propuse averiguar qué hacías con ellas luego. Te esperé parapetado tras el soportal de enfrente de nuestra casa y tan solo tardaste unos minutos en asomar detrás de la pesada cancela, con el pelo recogido bajo tu boina de lana azul y tu carpetón de cuero oscuro entre los brazos. No entendí cómo eras capaz de llevarlo sin ayuda. El bulto parecía pesar más que tú y al principio te parabas a descansar cada pocos metros pero, al llegar al parque, elegiste el camino más corto para cruzarlo y seguiste andando desde allí sin volver a detenerte más que un par de veces. Me aterraba que pudieras descubrirme, pero enseguida me di cuenta de que no mirabas atrás. Parecías segura de que no te ocurriría nada. Te seguí de cerca, escondido tras los árboles y las estatuas, cada vez más tenso con cada paso que te dirigía sin duda a Saint Honoré, al excelentísimo barrio donde Danielle residía y tenía su estudio. Entonces, al cruzar el Puente del Carrousel, distinguí al otro lado un coche metalizado y dos de las impecables motos BMW con sidecar del ejército alemán. Los únicos vehículos de todo París que seguían reluciendo. Los soldados habían atravesado varias cruceas en mitad de la calle y estaban pidiendo la documentación a dos de cada tres transeúntes, al azar, sabiendo que en ellos recaía el poder de decidir sobre la vida y sobre la muerte. En esa zona se concentraban todavía los negocios más prósperos y sus vecinos eran los que menos sufrían ese tipo de atropellos en todo París, pero hasta tú pareciste darte cuenta de que no perseguían a nadie en particular. Elegían a cualquiera, a voleo, y la siguiente podías ser tú. En una esquina estaban cacheando a una pareja de ancianos que habían salido a pasear a su perro. El animal esperaba tumbado a su lado en el suelo mientras un soldado obligaba a su amo a abrir las piernas con un fusil y lo arrastraba siguiendo el contorno del muslo hacia arriba y de nuevo hacia abajo hasta llegar a la pantorrilla. Otro hombre más joven y aparentemente igual de inofensivo sufría la misma suerte a su derecha. Pero el soldado que comprobaba su documentación encontró algo que no debió de gustarle y, a empujones, lo obligó a meterse dentro de uno de los coches. Mientras, los viandantes que se habían atrevido y pasaban cerca

miraban al cielo o al infierno y los que no elegían la calle paralela para desviarse intentando que su movimiento calculado no lo pareciera tanto. Como muy a menudo últimamente. Pero tú no hiciste eso, tú tan solo te detuviste unos metros antes, los observaste un rato y luego te dirigiste directamente hacia donde estaban ellos. Ni siquiera me diste tiempo a saborear el alivio de pensar que te darías la vuelta. Al verte avanzar en su dirección, mi corazón se paralizó. Pero me mantuve vivo para continuar siguiéndote. Pasé delante de ellos como tú sintiendo por ti el miedo que debería haber sido tuyo y que no te hizo volver sobre tus pasos. Y solo pude dar gracias al cielo cuando por fin los dejaste atrás.

Reanudaste tu marcha hasta el portal de Danielle y desde allí me volví, sabiendo ya con certeza que nada te impediría seguir jugando a ese peligroso juego en el que ella te había metido. Luego volví a casa entre sudores fríos que solo dejé de sentir cuando entré en el salón, me senté frente al ventanal, cerré los ojos y me prometí firmemente sacarte de allí. ¿Y Danielle seguía exponiéndose también a ese peligro? Pero ¿por qué? Me quedé siempre con las ganas de preguntarte el porqué, no conseguí entenderlo. Aún no entiendo cómo ella se expuso a eso. Lo tenía todo: riqueza, posición, fama, prestigio; incluso amor, también tenía amor. Entonces casi llegué a convencerme de que todo aquello no era más una treta para que Danielle y su conde prusiano pudieran quedarse con los lienzos, que en realidad debían de estar engañándote y que lo que pretendían era quedarse ellos con los cuadros originales. Las motivaciones de ese plan me resultaban mucho más fáciles de comprender. Ella lo haría solo por dinero, por quedarse con los fabulosos lienzos mientras tus copias ocupaban su lugar. Ya los venderían luego, cuando terminara la guerra, y los beneficios de ese plan sí que serían cuantiosos. Siempre es más fácil vivir si estás convencido de que los errores los cometes porque otros te inducen a ello, porque alguien más listo se ha aprovechado de ti. Si les traspasas a otros la culpa de tu equivocación. Mientras miraba el cielo esperándote otra vez, le daba vueltas a ese argumento; me parecía el más sencillo, la razón que lo explicaba todo y que además a ti te dejaba afuera del siniestro plan de esos locos del que me había hablado Martín. Te apartaba de un plumazo del peligro. Pero no, ahora sé que no fue así. Lo que no sé es si conseguiste lo que buscabas tú. Aunque tal vez pueda saberlo pronto, cuando

me encuentre con ella en el cielo. ¿Tú ya la ves? Porque, si la ves, entonces, pregúntale. A ver si Clara habría deseado que vivieras o que murieras. Pregúntale, Elisa, pregúntale. Y luego pídele perdón de mi parte porque no supe guardarte como debí haberlo hecho.

Después de aquella tarde en que te espíe, comencé a tener pesadillas contigo. Soñaba que pintabas cuadros macabros, llenos de sangre y escenas horripilantes. Mi sueño empezaba siempre del mismo modo: tú sentada frente a tu caballete, con tu camisola blanca llena de manchas de pintura y el pelo recogido. Me mirabas y luego te girabas hacia el lienzo y pintabas agitadamente hasta que te volvías de nuevo hacia mí. Yo observaba entonces la tela y en ella aparecía representado lo peor del ser humano: cuerpos descuartizados, niños chorreando sangre con los miembros arrancados, asesinatos macabros, violaciones repugnantes, hombres comiendo hombres, mujeres pisando cadáveres con el rostro desencajado... cada día algo más espeluznante, algo más tétrico. Me despertaba entonces sudando, con el pecho hinchado y los puños apretados y estabas ahí, dormida, a salvo, sin compartir conmigo tu secreto, pero a mi lado, respirando tranquila a un ritmo acompasado que contrastaba con mi agitación. Y yo tan solo me abrazaba a ti. Ojalá no te lo hubiera perdonado. Ojalá te hubiera sacado de allí en ese mismo momento, a rastras, si hubiera sido preciso. Ojalá no hubiera esperado ni un minuto más. A lo que puede llevar el amor y el egoísmo. ¿Hasta dónde es capaz de llegar el ser humano para satisfacerse? Creo que cada uno se pone sus propios límites, aunque también es el primero que no tiene pudor en traspasarlos. Hasta el infinito a veces.

VI

«Carmen vive de noche y duerme de día. Sus ojos, como luceros de negro fuego gitano. Sus manos, como serpientes ondulantes que sisean sobre los cuerpos. Su pelo, ¡ah! su pelo, jade negro como cúspide de la cumbre de oro que se eleva desde su rostro. Carmen es alma y brío pero, sobre todo, romanticismo puro; jamás permitirá que su influjo no llegue a algún hombre a menos de cien kilómetros de su cuerpo. Ella baila y habla y su voz y su danza son magas. No camina, se contonea, y sus piernas son dos morenas columnas pétreas. Vayan ustedes a verla, no pueden perderse la adaptación de la obra a los usos de ahora. Ahí la tienen, en el Teatro Nueva España, hasta la semana próxima.»

París, 30 de Julio de 1943

Montmartre era un barrio multicolor y sibarita en el que hasta las personas y los edificios se confabulaban para casar. Individuos tan bohemios pintando en mitad de la calle aun en medio del apagado matiz verde caqui que había adquirido el ambiente en los últimos tiempos congeniaban a la perfección con los edificios de piedra mohosa. Y románticos recovecos se escondían

pletóricos de amores y de penas ensartadas entre las losas y los ladrillos. Anna llevaba prisa. Deseaba llegar cuanto antes a casa de Diego. Llevaba meses pensando qué hacer, si le quedaba alguna oportunidad o debía darse por vencida de una vez por todas, si tenía que seguir adelante con su decisión o era mejor que se esfumara sin más. Pero al menos había conseguido no volver a ir a verle desde que Martín la había convencido de que dejara de dar palos de ciego y se declarara directamente y, ella, ni corta ni perezosa, lo había hecho. Era extraño ese Martín. Tan distante y, sin embargo, dispuesto a escuchar. Aunque estaba segura de que aún tenía menos esperanzas que ella. Menudo par de idiotas. Y era muy atractivo. Mucho más que Diego. Pero ya tenía más que suficiente con haberse empeñado en conseguir a un hombre enamorado de Elisa. Dos habría sido demasiado.

Había transcurrido un año desde que se decidió a hacerle caso y fue al despacho de su primo y le besó. Diego no reaccionó, ni un ápice, lo mismo que si hubiera estado muerto. Durante todo ese tiempo había intentado olvidarle. No sabía por qué no podía hacerlo. Había habido otros hombres, incluso demasiados; en el desconcierto de la guerra, todo se simplificaba y para amar no eran necesarios más que dos seres dispuestos. Y a ella siempre le resultaba fácil hallar a otro que lo estuviera. A todos, menos a él. Quizás por eso se había empeñado en tenerle. Eso pensaba a menudo, cuando se fijaba en otro más llamativo, más fuerte o más alto; también cuando le atraían los ojos o los labios de otra cara pícaro; o siempre que se sentía dispuesta a dejarse hacer por las manos de cualquiera que no fuera él. Al besarle, no la rechazó pero ella tampoco experimentó esa mágica sensación que había imaginado tantas veces que la recorrería cuando mordiera sus labios. Fue en cambio un beso anodino, aburrido, casi infantil, que tan solo le sirvió para darse cuenta de que nunca podría averiguar cómo sabía él a menos que Elisa desapareciera.

Y le había costado mucho tomar la decisión pero, ahora que lo había hecho, nada habría podido detenerla. Al final, había sido Martín quien la había convencido. No podía dejar de pensar en él y en la tarde en que había ido a hablarle a su oficina. No hacía mucho que había besado a Diego. Martín entró en su despacho sin llamar. Iba vestido en tonos claros, con el pelo más largo de lo habitual, y llevaba una rosa roja en la mano. La dejó sobre su mesa y se

sentó enfrente. Últimamente pululaban las rojas rosas. Anna se acordó enseguida de la que había dejado en el escritorio de su primo cuando estuvo a punto de llorar delante de él, pero no todas las flores tenían el mismo aroma. Y al menos Martín no traía guantes.

—¿Puedes dedicarme diez minutos? He pedido cita a tu secretaria, pero no estabas disponible hasta dentro de una semana y he pensado que no te importaría recibirme. Es por el bien de Diego.

Habló sin pausas. Apenas tenía acento. Si no hubiera sido por su pelo y sus ojos tan españoles, habría pasado por un parisino añejo. No se podía ser tan guapo y llevar tanto tiempo solo. O sí. Eso mismo pensarían muchos de ella.

—Siempre eres bien recibido, Martín. Solo tenías que haberle dicho a mi secretaria que me consultara. Se lo diré para otra ocasión.

—No te preocupes. No habrá otra ocasión. Solo quiero hablar contigo de algo muy importante.

—Tú dirás. Si puedo ayudarte, cuenta con ello.

—No tuviste mucha suerte con Diego.

El pulso se le aceleró. Se suponía que había aprendido a remediar eso. Pero no. Anna llamó a su secretaria y le pidió que le trajera un vaso de tónica.

—¿Tú quieres algo? Supongo que no. Lo habrías pedido ya.

Una joven diminuta entró enseguida con la bebida y Anna se la tomó en varios sorbos. Luego se levantó y se puso los guantes y el abrigo. Martín la miraba.

—Vamos, salgamos a dar una vuelta. Estoy un poco harta de estar hoy aquí.

Él la siguió. Se llevó su rosa. Las hojas de los árboles habían hecho una cama sobre el suelo. Anna se resbaló al pisar sobre una de ellas y Martín la agarró del brazo. Hacía mucho frío. El sol languidecía. Muchos otros caminaban con rumbos inciertos bajo su luz desmayada.

—No dices nada. No hace falta. Alguien me dijo una vez que en guerra todo pasa muy deprisa y tiene razón. No podemos perder el tiempo. Sé algo que podría hacer que Diego y Elisa dejaran de estar juntos de una vez. Y tú lograrías lo que siempre has querido. Lo que no has sido capaz de conseguir aún.

—¿Y qué ganarías tú? ¿A Elisa? Permíteme que te diga que no tienes

ninguna oportunidad, Martín. No te lo dije cuando hablamos de ello hace unos meses, pero ahora estoy completamente segura. Te hice caso y fui a verle. No hay manera.

—Eso no importa. Dime si te interesa.

Seguía llevándola del brazo. Habían andado solo unos metros como si fueran una pareja entre otras tantas, pero el rostro de él estaba rígido, apenas parpadeaba. Anna se detuvo y le miró a la cara.

—Martín, yo tampoco la tengo. No tengo ninguna oportunidad. Ninguna en absoluto. Lo mejor que podemos hacer es resignarnos; yo ya estoy lográndolo. Cuesta, pero tampoco podemos seguir toda la vida enamorados de alguien que no nos corresponde. Y no se trata de que ellos no nos quieran porque se quieran entre sí, que también. Simplemente es que no están enamorados de nosotros ni van a estarlo nunca. Cuanto antes lo asimiles, mejor. Hazme caso. Hemos hecho demasiado tiempo el idiota. Casi hasta rozar lo enfermizo. Y no entendía por qué estabas tan solo pero, si es por esto, aún estás a tiempo. Ambos lo estamos. Tienes razón, todo pasa muy deprisa. Tenemos que reaccionar cuanto antes.

—No creas que todo el mundo es como tú, Anna. Es un error habitual. Yo tengo otras metas. Me caes bien. Eres distinta. Pensé que podría ayudarte. Nunca se sabe a quién tendrás que acudir en algún momento y de vez en cuando me gusta hacer favores. Piénsatelo bien y, si cambias de idea, avísame.

Martín la soltó y se apartó de ella. Le dio una vuelta más a la bufanda y se despidió llevándose la mano al ala del sombrero e inclinando un poco la cabeza.

—Espera, Martín. Lo pensaré. Pero has intentado ser amable conmigo y te lo agradezco, de veras. Por eso voy a decirte yo también algo. Ten cuidado. Tienes un amigo que no te conviene. No todos los nazis son iguales, pero Hahn... Hahn podría no ser buena compañía.

Él no la contestó. Volvió a girarse y se alejó aprisa, como si temiera que alguien pudiera verles juntos. Anna siguió mirándole hasta que lo perdió entre las otras cabezas. Luego comenzó a andar en sentido contrario. Unos críos gritaban a su lado. Habían dibujado con tiza unos cuadrados sobre el suelo y saltaban de uno a otro. Ella los esquivó y siguió caminando.

Aún recordaba el sabor amargo que el encuentro con Martín le había

dejado. Ya habían pasado unos meses pero seguía abordándola cada vez que recordaba su conversación. Era como el gusto del té verde demasiado cargado y sin azúcar. Permanecía siempre en las papilas, aunque transcurrieran años sin tomar una taza. Al principio decidió no hacer nada, pero ambos encuentros, el de Martín y el de Diego, le quitaban el sueño. Y tenía que ponerle remedio.

Continuó por la avenida Rachel y pasó junto a la valla levantada en piedra del cementerio de Montmartre que suspendía demasiadas gárgolas sobre las cabezas de los osados que atravesaban su entrada. Al pasar frente a ella, sus ojos ciegos la observaron y aceleró aun más el paseo. Eso es lo que sentía siempre que se encontraba con alguna de las numerosas estatuas que adornaban París, que las miradas de piedra eran capaces de atravesar su cerebro hasta llegar a conocer sus pensamientos. Sabía que ese era un miedo pueril, del que no había podido liberarse ni al dejar atrás la niñez, e intuía que quizás se debía a su exacerbado pánico a la muerte, aunque no en la forma habitual; Anna no tenía miedo a morir en el sentido estricto del término, sino a todo lo que le pareciera exánime, le aterraba ver cosas muertas casi tanto como morir sola. Y esos eran sus únicos terrores: con todo lo demás sí que podía. Quizás por ello, al doblar la esquina y perder de vista las tétricas figuras colgantes del tejadillo que recorría el muro, respiró con más relajo, aunque siguió sin aminorar el paso. Elisa no se extrañó al oírla responder a través de la puerta, simplemente abrió y la invitó a pasar. Sus ojos parecían dos espejos. Anna se veía reflejada en ellos. Siempre se sentía pequeña a su lado. Ni siquiera había conseguido superar ese pinchazo en su ego ahora que se podía permitir hasta ser cliente de Danielle. Ya lo había sido en alguna ocasión. Pero la secuestradora de su primo era una de las pocas mujeres que le suscitaba esa sensación de inferioridad y estaba segura de que ese sentimiento tan desagradable y nuevo se debía a Diego. Elisa le tenía y ella todavía no y eso no había podido asumirlo aún. Pero no podía permitirse dudar, así que entró y pasó directamente al salón.

—Tú me dirás, Diego no vendrá hoy hasta la noche, tiene una cita importante con unos clientes que son bastante pesados, así que podemos quedarnos en casa si quieres. He preparado café.

—Pues, entonces, casi es mejor que no salgamos. Solo quiero hablar contigo sin que Diego nos sorprenda, así que, si tú también lo prefieres,

podemos charlar aquí.

Elisa salió. Anna echó un vistazo a su alrededor: había lienzos por todas partes, pintados y sin pintar; y olía a aguarrás y a óleos, ya entendía un poco de ese penetrante olor que se metía tan adentro y que tardaba mucho en abandonar para siempre un cuadro. Se fijó en un pequeño retrato: la mirada de Diego le cautivaba incluso desde un lienzo pintado por ella. Por ella. Miró a la puerta. Dudó un instante, pero enseguida lo cogió y lo envolvió en un papel de estraza de los que había tirados por todos lados. Se lo metió en el bolso justo un instante antes de que Elisa volviera a entrar en el cuarto. Le sonreía como si hubieran sido amigas toda la vida mientras sostenía una bandeja de plata. De la cafetera en forma de olpe griego salía una espiral de humo blanco cuyo aroma sobresalía sobre el de la pintura y el aceite de trementina. La mezcla inquietaba el olfato. Las dos tazas estaban decoradas con sendos gansos blancos.

—Me lo envía mi suegra desde América a través de España. Lo mete entre los bastidores huecos de los lienzos por si acaso buscaran algo en la aduana. Diego adora este café. Espero que te guste. Y no te quedes de pie, por favor.

Anna se había aproximado a la tela reclinada sobre el caballete y la miraba con interés. Qué bonitas eran las pinturas de Elisa. Ella nunca podría compararsele en eso. A su lado, siempre vacilaba. Hasta de su belleza. Se giró para mirarla y elevó los ojos y la barbilla. El gesto era de pavo real pero no estaba acostumbrada a esa sensación y no controlaba bien sus reacciones. Menos mal que solo le ocurría con ella.

—Gracias, seguro que estará delicioso. Pero no tengo ganas de tomar nada ahora. He venido a avisarte, Elisa, solo a eso.

—Qué mal suena. ¿Debería asustarme? Y, por favor, no me desprecies una simple taza de café.

Anna tomó la taza pero se quedó de pie.

—Sé lo que estás haciendo y no soy la única. Normalmente, cuando la Resistencia planea algo así, yo me mantengo al margen pero en tu caso es diferente. Lo que haces es muy peligroso y no puede terminar bien. No me gustaría que te pasara nada.

—Me sorprendes, Anna, ¿desde cuándo ha empezado a importarte tanto mi bienestar?

—En realidad no me importas tú, me importa él. Ya lo sabes. Nunca lo he ocultado. Pero si te ocurre algo a ti, él sufrirá y yo no quiero eso. Tampoco ahora quiero eso. No puedo evitarlo, sé que no debería ser así, que debería darme lo mismo, pero no puedo hacer nada para impedir sentir lo que siento. Así que he decidido avisarte. Tienes que dejar de falsificar los cuadros y, cuanto antes lo hagas, mejor. Los nazis no se andan con juegos, Elisa, te lo aseguro. El ERR tiene demasiados amigos en muchas partes. Habéis apuntado muy alto y, créeme, empieza a ser muy arriesgado. Corres demasiado peligro y estoy segura de que no eres consciente de ello.

—No sé de qué me hablas. Yo no estoy haciendo nada de todo eso que dices. Ni tengo la más mínima idea de lo que estás hablando.

—Has cambiado, Elisa, ya no eres la niña tímida e insegura que llegó a París. Aunque es lo normal, no debería sorprenderme, ¿es que hay alguien que siga siendo el mismo después de todo lo que ha ocurrido? Pero deberías pensar un poco más en él. Y no te vendría mal tenerle un poco de respeto a la muerte. El museo Jeu de Paume está en pleno centro de París. Muchos conocen lo que se cuece allí, aunque el ERR aún no sabe lo que hacéis, eso podría cambiar en cualquier momento. Nunca se sabe cómo puede reaccionar alguien que sufre. Deberías haber tenido mucho más cuidado o, mejor, deberías hacer caso a Diego e ir a reunirte con tu padre en América. Ese sería un lugar estupendo para que continuaras pintando.

Elisa dudó un instante pero la miró a los ojos. No mentían. Pensaba que se había recuperado ya del terror que le produjo ver cómo ardían los cuadros en el parque, pero descubrió que no, que tan solo se había disimulado. Sintió un escalofrío, aunque únicamente ella pudo apreciar cómo el labio se le movía minúsculamente mientras hablaba y sabía que la voz iba a quebrársele en unos instantes.

—No te entiendo, Anna. Si sigues enamorada de Diego, ¿por qué intentas ayudarme? ¿O es que por fin has encontrado a otra persona y vas a dejarnos tranquilos?

—No he venido a darte explicaciones, puedes hacerme caso o dejar todo como está. Eres tú quien se está exponiendo más que nadie. Yo solo he querido ayudarte, aunque supuse que pasaría esto. No voy a decirte que no siga amándole. No puedo. No sé explicar por qué, por qué siento esto, pero le

quiero desde que le vi salir del tren cuando llegasteis a París. Y no quiero seguir hablando de eso contigo. Puedes hacer lo que prefieras, yo solo he intentado hacerte ver el peligro que corres. Pero también estás poniéndole en peligro a él. Sé como funciona su mente, Elisa, no podrías imaginarte lo que los alemanes están haciendo en realidad. Esta no es una guerra cualquiera, Hitler no es tan solo un gobernante carismático que ha hechizado a una cultura notable y ha decidido expandir su imperio. Su cabeza funciona de otro modo. Y detrás de toda esta apariencia de ciudad normalizada, hay oscuras escenas de las que una parte de la humanidad se arrepentirá durante siglos mientras que la otra renegará de ellas. Créeme, estás en peligro y, si ocurriera algo, nadie sería capaz de ponerte a salvo.

—Veo que Diego no te ha contado todavía que hemos decidido irnos. En cuanto consiga arreglar algunos asuntos en Estados Unidos y los papeles necesarios para poder hacer un viaje tan largo.

Anna dejó caer la taza al suelo. Solo se rompió el asa pero el líquido le salpicó la falda y le arruinó los zapatos de ante rojo. Probablemente sería mucho más fácil limpiar las cientos de gotas de líquido oscuro dispersas sobre ellos que eliminar la inabarcable angustia que en ese momento se había adueñado por completo de su corazón y casi de su vida entera. De su vida entera.

CAPÍTULO 11

Hemos decidido la gama. Los fondos se han cubierto, las líneas de carboncillo han desaparecido, ante nosotros aparece un mundo nuevo que habitará siempre entre los cuatro bordes del lienzo. Los matices se aplanan, los planos se resaltan, el cielo parece de verdad y las estrellas lo sobrevuelan haciendo piruetas. Buscamos la profundidad, la realidad o la figura; cada cual busca en sus propios cuadros aquello que desearía encontrar en lo más hondo de sí mismo o de los demás. Los brillos sobresalen, los colores se matizan, los volúmenes resaltan o desaparecen.

Villaviciosa, Miércoles, 17 de Mayo de 2000 (12:35 h)

Violeta había vuelto a vomitar. La llamada de Álvaro le había puesto muy nerviosa y luego la visita inesperada de Ollivier había sido el remate, sobre todo porque al final no consiguió que le dijera lo que había venido a contarle, ¿qué podía tener él que explicarle a ella? Si apenas se habían visto dos veces. Pero le había dejado con la curiosidad, aunque se había ido asegurándole que era una estupidez y que debía olvidarlo. Menos mal que al menos le convenció de que Giselle estaba bien y no debía preocuparse por ella. Qué niña más

especial, como a ella le gustaría que fuera una hija suya. Qué horror seguir dándole vueltas a qué hacer con su nuez pero él le había hecho dudar tanto que le había contado su secreto a un desconocido antes que a ninguna otra persona. Y ese pensamiento había sido el que había terminado de desencajarle el cuerpo de su frágil compostura y solo tuvo tiempo de salir afuera antes de echar todo el desayuno sobre las baldosas de barro de la entrada. Menos mal que había sido después de que Ollivier se fuera, con un desmayo delante de él había tenido más que suficiente. Ya lo había recogido todo e incluso había llegado a sentir otra vez el pinchazo en el estómago que la avisaba de que en breve estaría de nuevo muerta de hambre. Pero no se había atrevido a tomar nada más y tan solo había vuelto al salón y se había recostado en el sillón.

Tenía los ojos cerrados y respiraba despacio, concentrada en sentir cada pedazo de su cuerpo antes de desvincularse de él y entrar en un estado casi hipnótico, el previo al sueño. Últimamente utilizaba mucho esa técnica para relajarse y también para intentar volver a dormirse las incontables veces en que se desvelaba al cabo de la noche. Se la había enseñado su amiga embarazadísima, que la aprendió en las clases de preparación al parto. Todas las gordas aspirantes a madres, en palabras de Paula, se tumbaban boca arriba, aguantando cada una como podía el dolor que surgía en los riñones cuando la pronunciada curva que se dibujaba desde la rabadilla hasta el final de la espalda se veía obligada a descurvarse en esa postura en la que el bebé caía directamente sobre ella sometida sin remedio a la fuerza de la gravedad. Entonces, debían cerrar los ojos y comenzaban a inspirar profundamente y a espirar con lentitud, procurando a la vez no hiperventilarse, mientras iban dejando que los músculos se relajaran, obligándolos uno a uno con la mente si era preciso y, una vez que dejaban de sentirlos, se concentraban en traer a la memoria recuerdos agradables, cada una el que más le apeteciera, para terminar mirando lejos, en un punto perdido en esa masa indeterminada de oscuridades diferentes en que se iba convirtiendo el pensamiento cuando caían los párpados y se intentaba mirar muy lejos.

Desde que se había ido de su casa, siempre que Violeta intentaba relajarse así, recuperaba la misma imagen, la de su madre sentada con ella en el balancín del patio de su abuelo, mientras ambas se acunaban hacia adelante y hacia atrás despacio y el aroma de las flores de azahar del naranjo veinteañero

le hacía sentirse limpia y enormemente feliz y protegida entre sus largos brazos de adulta. Ahora, tumbada en el salón de la casa azul, podía recordar igual ese aroma a flor abierta y campos andaluces y eso conseguía relajarla más que cualquier otro pensamiento o técnica zen para embarazadas.

—Hola, ¡ya estoy aquí! ¡Pajarito!

Qué manía con llamarle pajarito. ¡Que ya era mayorcita! Aunque en el fondo, debía reconocer que le gustaba un poco, su abuelo lo decía con tanta dulzura.

—¿Dónde te has metido? No paras de darme sustos, de verdad. Desde que hemos venido, no has parado quieto un momento. Menos mal que, según tú, estás muy cansado porque, ¿cómo será cuando estés en plena forma?

—¡Bah! Ya te dije que no iba a hacer nada importante, solo ver a un amigo en Villaviciosa. Y, de todos modos, antes de irme, me pasé por tu cuarto, pero estabas tan dormida que me dio cosa despertarte y al final salí solo. ¿Has desayunado como es debido? Tienes que cuidarte.

Violeta cogió el cuaderno y fue a levantarse pero se mareó y se quedó sentada.

—¿Qué te pasa, pajarito? ¿Te encuentras bien? No tienes buena cara, ¿te has mareado?

Diego se fue sin dudarlo a la cocina y le trajo un vaso de agua. Antes de que ella pudiera decir nada, ya estaba haciendo que se lo tomara.

—Así, despacio, verás como el agua fría te sienta de maravilla. Tienes que cuidarte, que estas cosas son muy puñeteras.

—¿Estas cosas? ¿Qué cosas?

—Pues nada, estas cosas que os pasan a las mujeres, el período. ¿No? Y hoy hay luna llena, dicen que con la luna, las mujeres embarazadas a término suelen dar a luz y las que no lo están, les vienen reglas muy abundantes, como las mareas. ¿A que tú no sabías eso? ¿Eh, pajarito?

Violeta miró a su abuelo. Le habría gustado leerle el pensamiento. Pero, si se lo contaba ahora, ya no habría remedio. Tendría que contarle también por qué no estaba con Álvaro y la mentira debía ser gorda para que se la creyera, tan gorda, que estaba segura de que él adivinaría que le estaba mintiendo. Y tuvo la sensación de que olvidaba algo importante que quería preguntarle, pero no consiguió saber qué era. En su cabeza no debía de haber sitio para nada

más. Ya faltaba poco, al día siguiente tenía la cita para interrumpir su embarazo. Para abortar. ¿Iba a hacerlo? Claro que no. Giselle no se merecía eso. Quizás otra mujer, en otro lugar y otro momento, se vería obligada a tomar esa decisión tan difícil, tan injusta, tan sumamente dolorosa, o lo haría por convicción o por millones de razones incomprensibles para cualquier otra persona que no fuera ella misma. Pero Violeta tenía la suerte de poder decidir. Aunque, de todas formas, iría a la clínica y allí sabría con seguridad que seguiría adelante con su embarazo. También tenía que decidir de una vez qué hacer con Álvaro, solo entonces podría contarle a su abuelo lo que estaba muriéndose de ganas de compartir con él: que iba a ser madre y que eso era lo más bonito que le había pasado nunca. Se dio cuenta de que casi desde el principio ya tenía decidido tener a su hijo, quizás lo había sabido desde que salió de su casa. Por eso se fue. Lo que realmente tenía que averiguar era si iba a ser capaz de tenerlo sin Álvaro y si quería vivir a su lado una experiencia tan íntima, tan preciosa y tan personal como tener un hijo. Eso la uniría a él toda la vida y ella no sabía si quería eso. Ni siquiera podía creerle. «Voy a cambiar», le había dicho. «Haré lo que me pidas». No le creía, no, aunque lo deseaba. Se acordaba de sus ojos, de sus caricias y de sus besos, de cuando le decía que la quería mientras estaban sentados en el sillón viendo la tele. Le cogía de la barbilla y la acercaba a él suavemente hasta que la tenía al alcance de su boca y luego la besaba y le aseguraba que era lo que más quería en el mundo. Pero, si la quería tanto, ¿por qué no era capaz de contenerse? ¿Por qué, en cuanto algo le contrariaba, pasaba de ser su amor a ser su víctima? Ella no podía contestar a eso y se dio cuenta de que ahora, al menos, algo había cambiado: ya no necesitaba llorar cuando lo pensaba, poco a poco iba haciéndose a la idea de que estaría mejor sin él. Su nuez le daría la fuerza para alejarle de ellos si no era capaz de aprender a querer.

Al final comieron en el jardín, debajo de la pérgola de hierro verde. Los largueros con la silueta de unas rosas entrelazadas por los tallos se enredaban en abrazos largos hasta formar un enrejado que dejaba pasar solo finas hebras de sol. Por uno de los soportes trepaba una planta de hojas mate, plagada de flores de cuatro pétalos y pistilos amarillos que no olían a nada. Miles de ellas, de un azul clarísimo, cubrían la celosía como en una manta vivaracha de cielo bajo el otro cielo. Una abeja gorda volaba zumbando de una a otra y el

rumor de sus alas sonaba como arcaicos tambores a lo lejos, anunciando la guerra.

—Qué flores más bonitas, las azules. No las había visto nunca.

—Son clemátides, aunque no recuerdo qué variedad. No estaban aquí cuando nos fuimos, las plantaría Inés o su hija, como muchas otras flores de este jardín. Todas las plantas no aguantan tanto tiempo como los árboles.

—Pues son espectaculares. Este jardín me encanta, parece mágico.

Zara parecía haber entendido a Violeta y se estaba ocupando de destrozando una parte del parterre, escarbando un hoyo en el suelo donde ya le cabía la cabeza entera. Violeta se rió, esa perra no paraba nunca quieta, parecía una rata con el rabo estirado hacia arriba y echando afuera la tierra y formando pequeños montoncitos que se iban depositando en torno al agujero.

—Yo creo que todos los jardines tienen algo de mágicos, si los eligen sus dueños. Yo trabajé un tiempo también como paisajista, al llegar a Estados Unidos. Allí las parcelas eran enormes y había mucha afición por los grandes espacios y los jardines gigantescos. Para crear un jardín hermoso, debes conocer a las personas que lo disfrutarán. Aunque luego muchas veces termine cuidando de él un jardinero.

—Pues quienes crearon este jardín eran especiales, abuelo. Muy especiales.

El cielo se iluminó a lo lejos y, tras unos segundos, gritó en un tumultuoso trueno. La perra se fue a meter debajo del asiento de Violeta. Parecía que el boquete del suelo había dejado de interesarle. Llevaba el rabo metido entre las patas y se llevó las dos de delante al hocico, como tapándose los ojos.

—Está a punto de llover, pajarito, deberíamos pasar adentro.

—Pero se está tan bien aquí; esperemos un poco más, a ver si la nube pasa.

—Cómo se nota que no conoces esto, aquí las nubes no pasan y, como descargue, no nos dará tiempo a llegar adentro antes de empaparnos enteros.

—Bueno, seguro que podremos soportarlo, ¿no crees?

—Como quieras, a mí ya pocas cosas me molestan y, menos, la lluvia. Me encanta ver llover, aunque no es lo mismo si te cala hasta los huesos.

—¿Sabes? Últimamente me acuerdo mucho de mamá, de cuando yo era una cría. Apenas la conocí, era muy pequeña cuando murió.

—¿Y qué más querrías saber de ella? Ya te he hablado de tu madre muchas veces. Aunque es cierto que hace mucho tiempo de eso.

—Nada en especial, no es nada en concreto. O sí, depende de cómo se mire. Me pregunto cómo pudo criarme ella sola. Aunque al menos te tenía a ti, ¿no? Debiste de ayudarla mucho.

—No te creas, tu madre era muy independiente. Yo me vine a España detrás de vosotras pero no fue porque ella me lo pidiera. Podría haber cuidado de ti sin mí. Era yo quien no podría haber vivido sin vosotras. Ella se parecía mucho a tu abuela, tenía las ideas muy claras, sabía lo que quería e iba a por ello. Cuando empezó a salir afuera como corresponsal, le vine bien porque podía dejarte conmigo y quedarse más tranquila y quizás, si no hubiera sido por mí, no podría haberlo hecho. ¿Ves? Nunca sabes cómo acertar. Quizás estaría viva ahora.

—Pues vaya, no es eso lo que pretendía oír. A veces las cosas pasan sin más, no sirve de nada buscar culpables. Pero lo que yo quiero saber es cómo se sentía, tiene que ser muy duro criar a un bebé tú solo. Mi padre murió cuando yo no tenía ni un año, ella lo hizo todo sola.

—Y fue muy feliz haciéndolo, puedes estar segura. Criar a un hijo es algo muy difícil y agotador muchas veces pero también es fantástico. Si tienes que hacer de padre y de madre a la vez, la cosa se complica pero lo que más necesita un niño es amor, si puedes dárselo, superarás todo lo demás. Todo.

—¿Tú crees?

Dos relámpagos rompieron el cielo en cuatro mitades iguales. La línea de división refulgía en amarillo sobre un fondo de nubes ennegrecidas. Cayeron con profusión gotas gordas sobre sus cabezas. Estaban heladas y Violeta sintió el pinchazo en los pechos a la vez que la piel se le iba erizando en tandas. Cruzó los brazos en torno a ellos pero el frío ya se le había incrustado en el cuerpo.

—¡Vamos, Violeta! Nos vamos a empapar. Deja eso ahí, ya lo recogeremos luego. Pero ten cuidado, no corras, no vayas a caerte.

Se dirigieron aprisa hacia la casa azul, que se había vuelto morada. El cielo había mutado y parecía un mar revuelto de olas de aire y oscuros colores. Las nubes pasaban deprisa y llevaban impregnado en ellas el ruido del oleaje embravecido. Se refugiaron en el salón y ambos fueron a mirar por

la ventana. Qué sublime era el espectáculo de la naturaleza. El agua caía como una capa que cubría el aire, el suelo, los árboles, el cielo. Apenas se veía nada tras ella, tan solo el agua cayendo con vehemencia. Tan solo agua impregnándolo todo. Cuando dejó de llover tan fuerte, se sentaron juntos.

—Veo que sigues escribiendo. ¿Qué escribes ahora?

Violeta no se había dado cuenta de que había dejado el cuaderno sobre el sillón. Lo volvió a coger y lo rodeó con sus brazos.

—No es nada, abuelo, cosas sin importancia. Me viene bien para poner en orden las ideas. Es como un pequeño diario.

—Un diario. Tu madre también tenía uno, bueno, uno no, varios.

—¿Mamá llevaba un diario?

—Era periodista, Violeta, y además era una persona muy reflexiva y pasaba mucho tiempo escribiendo. Por cierto, cuando le pregunté lo que a ti, me contestó lo mismo. También los usaba para poner en orden sus ideas. Estoy empezando a pensar que en esta familia hay demasiados secretos que contar o demasiadas ideas desordenadas.

—¿Y dónde están esos diarios? ¿Crees que estaría mal que los leyera?

—Pues no sé qué decirte. Creo que depende de qué quieras encontrar en ellos. Pero tienes derecho a conocer más a tu madre, siempre que estés dispuesta a asimilar lo que puedas descubrir de ella, claro está. Empezó a escribir cada día prácticamente desde que aprendió a hacerlo. Al principio, ella misma me leía lo que escribía pero enseguida empezó a reservarse sus pensamientos, aunque la verdad es que hablábamos mucho y nunca creí necesitar saber más de lo que ella me contaba.

—¿Y dónde están esos diarios?

—En Madrid, en la casa de Los Molinos. Cuando volvamos, te enseñaré dónde. Te resultaría difícil encontrarlos si no. Los tengo guardados en bolsas de plástico dentro de un par de maletines.

CAPÍTULO 12

I

Villaviciosa, Jueves, 18 de Mayo de 2000 (5:10 h)

¡Ay, Elisa! Que tu nieta está embarazada, que sí, que lo está. Era imposible que hoy me durmiera, ¡para qué voy a intentarlo siquiera! Si lo sé; la he visto, se ha mareado, come sin parar y bebe y va al baño a orinar. ¡Es imposible que no lo esté! Y no sé por qué no me lo cuenta, esta tarde ha estado a punto, lo sé, se lo he notado en los ojos, en esos ojos de ardilla lista como su madre y como su abuela. Me ha mirado y ha pensado «tengo que contárselo, que mi abuelo lo ha adivinado ya», pero hay algo que no quiere que sepa y se ha contenido. Seguro que es Álvaro, a lo peor ya no se quieren y piensa que yo no lo entenderé, que creo que por tener un hijo con alguien, estás atado a él para siempre, aunque hayas dejado de quererlo. ¡Ay!, si piensa eso, Elisa, ella cree que soy un viejo insensible. Qué poco me conoce mi nieta, qué poco. Pero es un mal de la juventud, tachar a los viejos de lo que muchos de ellos padecen. Si ella supiera lo feliz que me haría si me dijera a la vez que deja a Álvaro y que va a hacerme bisabuelo. Ya sé que no tendría que alegrarme, pero no puedo evitarlo. Me muero de excitación, Elisa, de verdad que me muero. Me gustaría despertarla y preguntarle, aunque no te asustes que ya sé que no debo.

Además, estoy seguro, tiene el mismo brillo en los ojos que cuando me viniste a buscar a la cama y me gritaste que estabas embarazada. El violeta de tus ojos se volvió rosado y tu sonrisa era el sol de primavera. A mí me temblaron las manos y las piernas. Y casi no pude disimularlo cuando te tumbaste a mi lado, casi llorando de contenta. Pero te calmaste mucho antes que yo; «Diego, tenemos que irnos ya. Ya no quiero seguir aquí, quiero

reunirme con mi padre, he sido una egoísta. Debemos irnos cuanto antes. No voy a esperar a ningún papel», me dijiste entonces. Al instante te abrazaste a mí y yo no podía creer que me hubieras hecho el hombre más feliz del mundo dos veces seguidas. No parabas de sorprenderme, cada día. Te pasé los dedos por los párpados y te di el beso más sentido de mi vida y luego te los volví a pasar por la barriga y en ella escribí «Gracias, muchas gracias». Estaba tan contento que, en cuanto te dejé pintando ese día, tuve que contárselo a Martín; no le había vuelto a ver desde que le expliqué que habías decidido que nos iríamos de París. Le llamé eufórico y casi le grité que íbamos a tener un hijo. Tú y yo. Tú y yo íbamos a ser padres y apenas podía contener mi alegría. Y además mi felicidad era completa: por fin dejaríamos de esperar y nos iríamos ya de allí. Se acabaría de una vez mi sufrimiento. Él tardó en entenderme, se quedó callado un momento que a mí se me hizo eterno, aunque al final me dio la enhorabuena. El malnacido.

Violeta lleva días con esa misma mirada perdida que muchas veces tenías tú cuando te sentabas a descansar un rato y te ponías la manos sobre nuestra hija, todavía tan solo un pequeño amasijo de vida. Al principio pensé que era por Álvaro, que le echaba de menos y quería volver a verle o llamarle o algo, pero ahora sé que no; es la misma mirada que tenías tú cuando nos tumbábamos juntos a ver las estrellas en el ático y me cogías la mano y me la pasabas despacio por tu barriga. «Diego, ya tengo el nombre para ella», me dijiste. Pero yo ya lo sabía, sabía que elegirías el nombre del color más luminoso, del color de la vida, del color de tus ojos. Elegiste el color de los ojos de tu madre: «Violeta, nuestra hija se llamará Violeta». Y perdías tu mirada a lo lejos, como imaginándote el mundo nuevo en el que ella viviría. Esa mirada la tiene ahora Violeta un rato cada día. Y no sé cómo sabías que ibas a tener una niña. Milagros de nuevas madres. Lo sabéis y ya. Siempre sabéis más que nosotros.

Cuánto te eché yo de menos para cuidar de nuestras pequeñas, cuánto. Qué mal lo pasé, menos mal que estaba mi madre y lo que me ayudó. Yo no sabía ni cambiar un pañal, ni aun qué era eso, aunque los americanos ya tenían hasta pañales de celulosa y eso fue todo un adelanto. Uno de los primeros pasos para liberar a las mujeres. ¡Cuánto dice eso de hacia dónde fuisteis! Mi madre no lo dudó, «hijo, esto es el mejor invento desde la lavadora, te lo digo yo».

Cuánto te quería mi madre y cuánto quiso a tu hija. Se quedó sin conocer a tu nieta por poco pero a tu hija ¡la adoraba! Siempre tenía un regalo para ella, los compraba a pares y los guardaba hasta que volvía a verla y su mejor sonrisa siempre era para Violeta, aun al final, cuando mi pobre madre se estaba consumiendo y apenas se podía mover, al verla, se le alegraba la cara. ¡Y lo orgullosa que se puso cuando se quiso hacer periodista! «¡Periodista!», decía, «mi nieta será periodista y de las mejores, de las que les cuentan al mundo lo bueno y lo malo y no adornan, ni ponen ni quitan, las que tan solo explican lo que ven para que los demás tengamos un poco más de cabeza». Por ella me quedé en Estados Unidos. Fue por ella, siempre tan alegre, tan coqueta, era un gusto de mujer, la alegría de la huerta. Violeta hubiera disfrutado mucho con ella. Y lo que me costó evitar que le contara con pelos y señales quién había sido su nuera, con lo orgullosa que estaba de ella, lo que me costó impedirle que le pusiera cara y detalles a mis recuerdos; lo que me costó. Ella no lo entendía pero yo no transigí, no podía. Simplemente, no podía.

Y aún no puedo, bien lo sabes tú. Elisa, lo que me cuesta ponerte cara y sustancia. Sé que, en cuanto suba y vea de nuevo tus cuadros, todos se materializarán de repente. Porque allí están. Pero ahora sí que tengo que subir. Tenemos que volver a Madrid, Violeta necesita descanso y tranquilidad para pensar en lo que sea que le preocupa. Así que tengo que terminar lo que vine a hacer. Ya ha llegado el momento. Subiré ahora. Mis pisadas resuenan sobre el terrazo. Cada paso parece una gota helada de escarcha creándose sobre el cristal. La luz de la luna atraviesa las ventanas y se mete hasta en mis pensamientos. Ya no sé si está afuera o está adentro. ¿Tú la ves desde donde estés? Por que si la ves, dile que brille un poco más, que no puedo ver bien los escalones ni tampoco la cerradura de la puerta pero no puedo encender la luz, no quiero arriesgarme a despertar a Violeta. Aún no. Paso y vuelvo a cerrar y ahora sí, debo encender para poder ver. Ha llegado el momento. Tengo que reencontrarte. Pensé que tal vez, con el tiempo, se me cerraría el grifo del dolor, pero me equivoqué. Aún sigue abierto y muy abierto. ¡Diego, enciende la luz, viejo loco! ¡Enciéndela ya!, que no hay remedio.

Aprieto el interruptor y tomo aire, otra vez y una vez más. Alzo la vista. Los veo. ¡Te veo de verdad!, vuelvo a verte. Ahí estás, ahí están todos. ¡Y qué

tonto he sido! Porque no siento dolor, sino alivio, la tranquilidad de saber que todos tus cuadros están por fin aquí, de donde no debimos haber salido. Deja de llorar, pobre viejo, deja de llorar. Elisa, ¡ellos son tú!, estás en todos, te veo por fin, ¡qué equivocado estaba! Yo buscándote en mis sueños y en los ojos de la abogada y en tu retrato de Madrid y resulta que lo que anhelaba lo tengo ahora delante. Lo tengo frente a mí. Y al mirarlas, al mirar tus pinturas, estás detrás tú, te veo a ti, creándolas. Este aquí, sentada frente a la ventana del salón mirando al Cantábrico; este en Madrid, en el lago del Retiro; estos muchos otros en París, en el jardín de las Tullerías, y en nuestro piso y en la orilla del río y en el campo... Y, en todos ellos, te veo a ti. Elisa, te veo a ti. Y podría morirme ya, aquí, delante de tus cuadros. Delante de ti.

Delante de ti. Ya podría cerrar los ojos. Pero ahora no quiero hacerlo, ahora ya no quiero morirme. ¡Tengo que ver a mi bisnieto, tengo que verlo! No puedo irme todavía y, además, aún me queda por hacer. ¡Qué bien hizo su trabajo Ángela! No falta ni uno, parece mentira que estén todos, ¡todos! El cuadro de las rosas, Danielle en bicicleta, el bodegón de los tulipanes y los botes de pintura... todos los que tenía expuestos Danielle y también los que todavía aguardaban pacientemente en casa hasta que les llegara su turno. Incluso el que no te dio tiempo a terminar. Incluso ese. Ese duele, todavía duele.

¡Quieto, Diego! No te muevas, no hagas ruido; oigo a tu nieta. Se ha levantado ya y ha ido derechita al baño. Claro que sí, hija mía, qué feliz me vas a hacer, qué feliz; poder volver a ver la carita de un bebé, disfrutar de su primera sonrisa, su primera mirada descubriendo el mundo, sus primeras palabras, sus primeros pasos; a lo peor a tanto no me dé tiempo, pero lo intentaré. Vaya si lo intentaré. Me voy ahora, te dejo aquí, con tus pinturas, pero luego volveré. Despacio, despacio, Diego, no vayas a caerte ahora, que los escalones son como las olas, traicioneros, y solo se necesita una vuelta para arrastrarte por el suelo. Tranquilo, que aún tengo tiempo de empezar a prepararle un buen desayuno antes de que baje. Esto hay que hacerlo con cariño, lo que ella se merece, ojalá me lo cuente, quiero que me lo cuente. Pero si no lo ha hecho, sus razones tendrá. Las mujeres siempre tenéis vuestras razones y a nosotros nos queda tan solo entenderlas y apoyarlas, sobre todo cuando estáis así, tan maravillosamente mujeres, tan completas, tan diosas.

—Hola, pajarito. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Abuelo, ¿pero qué es esto? ¿Vas a invitar a un regimiento a desayunar o qué?

—Pero si esto no es nada, anda, come lo que te apetezca y, si te quedas con hambre, preparo más.

Lleva el pelo recogido con una coleta, como cuando era una colegiala, y ¡qué guapa está! ¡Qué guapa!, te encantaría pintarla, lo sé, sería una modelo preciosa y muy disciplinada.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer hoy, abuelo? ¿Tienes alguna otra excursión preparada? ¿Has terminado ya con todo lo que tenías previsto?

—Ya falta poco, un par de días quizá. ¿Puedes esperar?

—Sí, sí, no te preocupes, te preguntaba porque me gustaría ir a Oviedo, al Museo de Bellas Artes, he estado mirando en Internet y hay una exposición que, ya que estoy aquí, me gustaría ver, en el Palacio de Velarde.

—Perdona a tu abuelo, pajarito, he sido un egoísta. Pues claro que sí, no se me había ocurrido que te apeteería ver Asturias. Es un paraíso. Hace muchos años que no venía pero esta tierra siempre será una maravilla y las playas y los montes asturianos, los mejores de toda España. Llevamos aquí días ya y no hemos salido más que a hacer recados. Si solo quieres ir al museo, me ofrezco a acompañarte, puedo sentarme mientras tú lo ves y luego, a la vuelta, podemos volver por Gijón, otra maravilla donde podemos pasear lo que me den de sí las piernas, y cenar después en Tazones. Deberíamos llegar allí antes de que anochezca. Te impresionará ese pueblo, es un pequeño tesoro y sus mariscadas mirando al Cantábrico seguirán siendo inigualables. Si tú me llevas, me siento con fuerzas para acompañarte.

Qué gusto da ver a Violeta zamparse todo lo que la he puesto sobre la mesa. ¡Que le aproveche! Que igualmente se pondrá hermosísima, como todas las mujeres cuando tienen dentro de ellas lo mejor de la vida.

—Voy a buscar el mapa al coche para que veas la ruta antes de salir. Pensé que querías volver ya a Madrid pero esto me parece mejor idea.

Elisa, me siento vivo, tan vivo que de repente quiero volver a verlo todo, quiero sentir esta tierra de nuevo. Olerla y hasta comérmela. ¿Tú lo entiendes? Me he pasado los últimos meses muriéndome de pena y, ahora, un niño que nacerá pronto y tus pinturas, ¡todo a la vez! Pero no lo encuentro, no está

donde debería, ¿dónde está el mapa? Creí que estaba por aquí, pero no lo veo.

—Violeta, no consigo encontrar el mapa de carreteras, no recuerdo ahora si lo he traído.

—Abuelo, ha llamado Martín, no ha querido esperar a que fuera a buscarte, solo me ha dicho que ya puedes ir a verle, que tiene lo que buscabas. ¿Y qué buscabas?

¡Elisa! ¡Las maletas! ¡Me va a devolver las maletas de Clara! Pobre diablo, que las había tirado, decía, que se las había dejado en París. Viejo mentiroso.

—Qué cotilla te has vuelto con los años, pajarito. Muy cotilla. No es nada, algunos recuerdos que me gustaría que tuvieras y que él guardó cuando me fui de Francia. Nada importante.

—¿Aprovechamos entonces para ir a Oviedo ahora?

—No, no. Preferiría ir mañana, hoy también tengo que volver a ver a mi amigo. Quedé con él ayer. Es temprano, hoy no has dormido doce horas. Si llamo al taxi ahora, podré hacerlo todo durante la mañana y a la hora de comer ya estaré de vuelta. Y para mañana ya me habré recuperado del viaje y podremos salir a donde prefieras. Podrías pasarte luego por la librería, en la plaza de Villaviciosa sigue estando la de toda la vida, y comprar un mapa de carreteras nuevo. Sería mejor que tuvieras el actual. Me gustaría que le echaras un vistazo antes de salir, no quiero esperar a comprarlo en una gasolinera.

Pero este camino debo hacerlo solo, para dejar todos los cabos atados. Después, tan solo faltará uno: que ella te encuentre y será pronto. Elisa, ya casi estoy preparado para hablarle de ella y de ti.

II

«El ministro de Propaganda del Reich, Dr. Goebbels, titula «Sin ningún temor» su último artículo aparecido en el semanario Das Reich. En él, recuerda que en la Historia podemos encontrar numerosas demostraciones de que las guerras no siempre terminan como se pensaba en un principio. Alemania está invadiendo Europa y el plan puesto en práctica se ha diseñado para cumplir el objetivo previsto o bien, si fracasara, para cambiar del todo el mapamundi de esta guerra. Pero los otros también leen y todos son conscientes de dicha estratagema; en otras guerras, los planes del enemigo no se exponían a público debate. Pero Goebbels afirma que los alemanes no dudarán en sacrificarse por su destino, por su misión, y lo darán todo por alcanzar su gloria, por el único premio que anhelan: la victoria.»

París, 4 de Febrero de 1944

Las cartas tardaban mucho en llegar pero la mayoría llegaba. Elisa se sorprendió cuando recibió la del marchante de Maine que llevaba meses esperando. Ya la había dado incluso por perdida y estaban igualmente

haciendo los preparativos para irse, pero mucho mejor así, ¡ojalá la aceptara como cliente! Miraba el círculo del matasellos verde con el águila del cuello blanco y no podía evitar que le asomara una sonrisa espléndida. Y más espléndida aún llegó a ser cuando leyó la respuesta. Sin embargo, le asustaba un poco no saber si el bebé nacería ya en suelo americano. El viaje iba a ser muy largo: todavía debían esperar a que su suegro terminara de mover los enredadísimos hilos para conseguirles el visado que les permitiría salir de Francia y entrar en América, después tenían que viajar en tren a Le Havre para tomar desde allí el barco en el que atravesarían el Atlántico hasta la Costa Oeste y recorrer de nuevo otro trecho en tren hasta llegar a Maine. Pero ella no dudaba, sabía que podía hacerlo, que aguantaría el viaje y luego lo que viniera.

No tenía muchas molestias, tan solo le había costado acostumbrarse al principio, cuando comenzó a despertarse en medio de la noche y ya no podía retomar el sueño hasta que las luces del alba se entrometían en su cuarto. Entonces era cuando volvía a dormirse y ni oía cómo Diego se levantaba y se vestía con un traje tan espléndido como la expresión de su cara y se miraba al espejo el semblante de felicidad antes de darle un beso y salir hacia el trabajo. Desde el momento en que ese niño comenzó a ser dentro de ella, dejó de poder dormir por las noches. Se quedaba transpuesta durante el día; mientras estaba pintando, levantaba la cabeza de sopetón y se daba cuenta de que acababa de abrir los ojos y de que se había adormecido un instante y entonces se echaba en el sofá hasta que llegaba Diego y se sentaba a su lado, le levantaba la camisa y le besaba el ombligo y después lo usaba como el mecanismo de transmisión de amor más rudimentario de todos. Luego dejaba reposar la cabeza en su barriga, aún tan solo un bulto extraño en su delgado cuerpo, y susurraba sobre su vientre. Quería que la suya fuera la primera voz que distinguiera cuando empezara a descubrir el mundo. Como tantos otros padres primerizos del planeta. Pero este sería el primer sonido en un mundo ahogado en gritos y silencios, aunque también algunos disfrutaban todavía de la primavera. A menudo le ponía música. En el gramófono de Milagros metía un disco tras otro por indicación de la futura abuela. «Así, el niño será más listo, te lo aseguro, ponle música, música clásica, la de verdad, nada de esas modernidades del *fox-trot* o el *swing*». Y la verdad era que al niño parecía

gustarle porque, al sentarse a escuchar las melodías, Elisa sentía un cosquilleo en el vientre, que antes tan solo habría identificado como una mala digestión, y se le ponían los pelos de punta.

No podía evitar sonreír al imaginarse a Milagros preparando la boda. Toda nervio, energía y decisión: «Mi nieto no puede nacer sin que la unión de sus ateos padres haya sido bendecida, que una cosa no quita la otra». Hacía semanas que era imposible localizarla, cada vez que la llamaban había ido a elegir algo diferente. Y Jaime no podía hablar. Las lágrimas le impedían decir nada y Elisa había terminado por decidir que fuera Diego quien le contara al futuro abuelo las novedades del embarazo, que no es que fueran muchas pero él insistía en gastarse su dinero como quería desde otro continente. No habían vuelto a España y no sabían si volverían. Las noticias que llegaban de Europa no eran esperanzadoras; al contrario, si Hitler seguía empeñado en conquistar el mundo, España no volvería jamás a encontrarse. Aunque tampoco importaría demasiado.

Se dejó sin abrochar un botón de la falda gris de popelín que le llegaba a los tobillos. Diego le había pedido que dejara de ponerse pantalones, no fuera a ser malo para el bebé, y ella se había reído tanto que al final él se había ido de la habitación, ofendidísimo y con la cara enfurruñada, aunque antes de salir a la calle volvió a entrar y le dio un beso de despedida. Fue un beso corriente, sin memoria, un beso impensado, de un día como otro cualquiera. Ella se peinó hacia atrás; debía cortarse un poco el pelo pero últimamente no tenía ganas de mirarse al espejo ni de arreglarse tampoco, solo se pasaba las horas sentada pensando en su pequeño, si sería un niño o una niña, si tendría sus mismos ojos o sus rizos, si se le daría bien pintar como a ella, que desde que tuvo uso de razón no recordaba haber hecho otra cosa. Pero hoy debía ir a ver a Danielle. Iba a llevarle el último cuadro.

Comió tarde y mal. Los últimos días también había sufrido ardor de estómago y no tenía demasiada hambre. Estaba nerviosa, no podía imaginar si ella entendería sus razones y la apreciaba demasiado. Se pasó toda la mañana pensando cómo decírselo, aunque había llegado a la conclusión de que lo mejor era, simplemente, hacerlo. A veces, lo más sencillo era la solución más práctica. Metió los lienzos en el carpetón oscuro. Las tiras rojas sobresalían por los lados. Miró una foto de sus padres, cogió el marco y la sacó. La

sostuvo unos minutos entre los dedos. Su madre sonreía a la cámara, sus ojos violetas se veían en blanco y negro con un matiz indefinido. Su padre la abrazaba. Cuánto se habían querido. Cuánto. A veces todavía pensaba cómo había sido capaz de hacerlo, qué fue lo que le había llevado a renunciar a todo y a quitarse la vida, pero seguía sin adivinarlo y la rabia de no saber era más fuerte que la congoja de saberla muerta. Aunque ya no lloraba, solo experimentaba una tristeza agria y lánguida que se le quedaba en el paladar, o a ella se lo parecía porque, hasta que se bebía al menos un vaso lleno de agua hasta el borde, no conseguía dejar de sentirla.

Y ahora ya no sufría tan a menudo la angustia que la había obligado a dedicarse durante mucho tiempo a pintar estrellas; había llegado el momento de continuar de otra forma. Elisa sabía que desde que su madre había muerto, ella había estado intentando hacer algo en su lugar. Y, por encima de todo, se había esforzado por no defraudarla. No habría podido explicárselo a nadie, ni siquiera podría habérselo dicho a sí misma con palabras; era solo una sensación que al principio la invadía cada minuto y después se fue difuminando un poco con cada nuevo día, hasta que ahora, por fin, sabía que había saldado su deuda y que podía volver a pensar en ella percibiendo tan solo ese intensísimo amor, el que le permitía pasar la mano por encima de su imagen y sentirla muy cerca. No volvió a poner la fotografía en su lugar; en un impulso, se la guardó en su bolsa junto con unas galletas, un peine, su cartera, una pluma de las modernas y la libreta azul. Luego se lo colgó en bandolera y salió del ático.

Al pisar la acera, le costó echar a andar. Cada día había más soldados patrullando por las calles y las miradas de los peatones se habían vuelto más recelosas. Casi todos llevaban los ojos fijos en el suelo. Algunos parecían no saber a dónde iban y arrastraban los pies como anclas a una realidad insoportable. Otros, sin embargo, llevaban la cabeza bien alta y pisaban fuerte. Incluso los había que parecían felices, empujando carritos de bebés o paseando por los Campos Elíseos. Se oían tiros y gritos suspendidos en el aire pero los ladridos de los perros hambrientos y las voces de los tenderos anunciando su deslucido género sonaban mucho más reales. Los otros ruidos parecían salidos de cajas de resonancia ilusorias, porque en ese escenario de edificios versallescos y jardines reales no encajaba una guerra de verdad.

Aunque la realidad se había impuesto sobre todo desde que tuvo lugar el primer bombardeo, hacía ya meses, cuando los aliados empezaron a atacar desde el aire y los aviones sobrevolaban la ciudad como oscuros buitres errantes de envergadura descomunal.

Se llevó una mano al vientre y recorrió todo el camino así, con la palma extendida sobre su hija, como queriendo impedir que viera lo que ella misma evitaba asimilar. Según dónde mirara, París parecía una ciudad ocupada o una ciudad libre, como en un tablero de damas macabro en el que en cada movimiento de las piezas se cayera en una u otra condición. Cerca de su casa, los escaparates de muchos locales estaban rotos y los habían tapado con tablones; a medida que se alejaba y se iba acercando más hacia el río, en cada vez más establecimientos podía ver maderos colocados en forma de cruz que bloqueaban el acceso a puertas y ventanas. En otras calles, improvisadas trincheras de sacos grises rellenos de piedras impedían el paso. Y en todo el trecho que recorrió para llegar a casa de Danielle, demasiadas personas llevaban ropas zurcidas y zapatos desgastados; y otras muchas exhibían por debajo del pecho la estrella de seis puntas amarilla. «Marcados como las vacas y los caballos», decía Milagros cuando les llamaba para intentar convencerles de que salieran de allí. Ahora ya no hablaban de eso, parecía que se había puesto una venda selectiva para no ver más que el tren y el barco que les llevarían de vuelta a sus brazos, que ya era hora.

La niñera le abrió la puerta y enseguida pasó dentro. La casa de Danielle estaba irreconocible, todavía quedaba mucho polvo esparcido por todos lados y había montones de cuadros embalados sobre el suelo, en espera de que ella decidiera dónde ponerlos. Algunos muebles seguían cubiertos por amplios plásticos y no había alfombras, ni jarrones con flores, ni espejos; una gran parte de todo eso también estaba embalado. Pero, incluso así, los altos rodapiés, los cuarterones a media altura y las rancias puertas de madera maciza, las lámparas de miles de cristalitas de Bohemia y la tarima de madera exótica de varios centímetros anunciaban de sobra lo que volvería a ser en breve esa casa.

—Disculpa el desorden, hemos vuelto a mudarnos demasiado pronto. Ya han terminado las obras y tenemos por fin una habitación más para la bebé y otra para la niñera pero tendré que llevarme algunos cuadros a otro lugar, aquí

ya no caben. ¡A lo que hay que renunciar por un hijo! Quizás debíamos habernos ido a la casa de Montparnasse pero ¡me da tanta pereza tener que venir cada día desde tan lejos! Tardaría más de veinte minutos en llegar hasta aquí. Pero qué buen aspecto tienes, todo va bien, ¿verdad, querida?

—Pues sí, me encuentro maravillosamente, un poco cansada pero nada más. Nada que no se pueda soportar. Y Marie, ¿puedo verla? Estoy deseando verla, vengo pensando en ella todo el camino.

—Tranquila, que vas a tener tiempo de sobra para cansarte de niños. Ya lo verás. Qué horror, ni siquiera con la niñera doy abasto. Pero es un amor, en cuanto te mira y te sonrío, se te olvida todo. Acaba de dormirse pero, si te quedas un rato, cuando se despierte, la tendrás toda para ti. Ya echa las manitas. Es como un flan de caramelo, blandita y dulce —mientras hablaba, Danielle desembalaba los lienzos que Elisa le había llevado—. Qué soberbio es este cuadro. Es uno de tus mejores trabajos. Por no decir el mejor. Fabuloso.

Fue a cerrar la puerta y colocó un disco en el gramófono. El eco de los sonidos del violín resonaba entre las lámparas del gigantesco espacio. Elisa habló en voz muy baja.

—Sí, es una obra maestra. Me ha costado bastante. Klint tiene un estilo muy personal, muy difícil de imitar. Tiene demasiados detalles, ha sido un trabajo muy minucioso, sobre todo por el dibujo.

—Sí, me lo creo, me lo creo. Es una pintura complicada. Eres un genio, querida.

—No sé si llegaré a eso pero es verdad que esta vez me ha costado más. He tenido que hacer muchos bocetos y varias pruebas, y al final he mezclado varias técnicas. Por eso he tardado tanto tiempo. Primero utilicé el sistema de la cuadrícula. Pero el dibujo es demasiado grande y complicado y el resultado no me convenció del todo así que proyecté la imagen del original. El dibujo me gustó mucho más y ya pude continuar. Creo que está perfecto. Estoy muy contenta.

—¿Y ya has dejado de pintar estrellas por detrás de los bastidores?

—¿Cómo dices?

Elisa no pudo evitar entornar los ojos. Apretó los labios y dio la espalda a Danielle, no podía quitarse de la cara esa mueca entre divertida y sorprendida.

—¿Pensabas que no lo sabía?

Elisa se rió como si la hubieran pillado haciendo trampas en el juego de la oca. Sus ojos brillaron y no pudo evitar reír. Su risa sonaba cándida. Volvió a girarse y miró a su amiga.

—Eran minúsculas. ¿Cómo las has descubierto?

—No fui yo, fueron los peritos, desde casi los primeros cuadros, pero les hizo gracia y se limitaban a borrarlas antes de hacer el cambio. A mí también me hacía gracia, tener una pintora de estrellas entre mis mejores clientes me parece muy romántico.

—Tengo algo que decirte, Danielle.

—Que es el último.

—¿Lo imaginabas?

—Pues claro. No soy tan insensible como puede que parezca. No te preocupes, lo entiendo perfectamente. Y nos vendrá bien a las dos dejar de hacer esto. Ya hemos hecho demasiado, ¿no te parece? Tenemos que disfrutar de lo que nos viene ahora y, créeme, el tiempo se pasa volando. Hace nada que Marie no podía ni girarse cuando la tumbaba en el colchón y ya se mueve tanto que no podemos dejarla ni un momento, ha aprendido a agarrarse a los barrotes de su cuna y ya se levanta sola. Es un diablillo. Un pequeño diablillo rechoncho de ojos grises. Además, últimamente los alemanes están muy nerviosos. La unidad de Friedrich está en alerta. Le veo mucho menos y aunque intentamos no hablar mucho de ello, se lo noto. Está habiendo movimientos extraños en el propio ejército alemán. Ya no todos están contentos con Hitler. Es mejor estarse quietas, ahora que todo ha salido tan bien y no han descubierto ni una sola de las copias.

—También tengo que decirte que me voy de París. Nos vamos a Estados Unidos. En un par de meses, como muy tarde. Ya tengo preparado casi todo.

—Bueno, eso sí que no me lo esperaba. ¿Por qué no me lo dijiste? Los tratos con el mundo anglosajón se suspendieron desde que declararon la guerra a Alemania pero mi hermana puede representarte desde allí. Lo sabías, ¿verdad? No quiero perderte como cliente, ni como amiga.

—Gracias, Danielle, te agradezco el ofrecimiento. Ya he contactado con un marchante de Maine; cuando llegue allí, me gustaría descansar un tiempo. Diego lo necesita, no llevaría bien que viajara demasiado y mucho menos

cuando nazca el bebé. Por eso no te lo he dicho antes. Tu hermana vive lejos de nuestra familia en Estados Unidos. Pero seguro que podremos encontrar una forma de seguir colaborando cuando pase un tiempo. De todas formas, todos los cuadros que teníamos acordados se quedarán en tu galería. Y yo también voy a echarle mucho de menos. Eres como mi hermana. No me gusta tener que irme pero he dejado demasiado tiempo solo a mi padre y Diego..., bueno, ya sabes cómo lo va a agradecer él, Danielle. Nunca ha llevado bien seguir en París. Se quedó solo por mí. Por cierto, he traído algo para ti. Un regalo. Lo he terminado esta semana, aún está un poco húmedo, pero no quería esperar más para dártelo. Creo que te va a gustar.

Elisa sacó otro lienzo del carpetón. Era de un formato menor que los que solía utilizar y estaba envuelto en un papel de estraza poco vistoso, que ella había adornado con pinceladas sueltas en color oro.

—¿Por fin vas a regalarme uno de tus cuadros? Querida, es el mejor regalo que podrías hacerme. Creí que iba a tener que comprártelo.

En seguida rasgó el envoltorio y colocó derecha la pintura. Sentada en una mecedora, sostenía sobre sus piernas a Marie mientras arrojaba el rechoncho cuerpo desnudo de la niña con una pequeña sábana blanquísima. El parecido con las modelos era sorprendente y la ternura con que las había plasmado encandilaba. Danielle se giró de frente a la pintora y la abrazó. Elisa creyó oír que sollozaba.

—Pero, ¿estás llorando? ¿No te gusta? Nunca pensé que mi cuadro te haría llorar, por favor, discúlpame. Puedo regalarte otro, elige el que quieras.

—No es nada —Danielle se separó de Elisa y se limpió las lágrimas. Ya parecía ella otra vez—. No quiero otro cuadro. Este es muy hermoso, mucho. Eres una pintora excepcional y me desagrada dejar de trabajar contigo pero, sobre todo, me entristece que tengas que irte. Eso no debería suceder.

Danielle salió deprisa con el lienzo en las manos. Lo llevó a la habitación de Marie y lo dejó recostado en la barandilla del balcón. Allí se terminaría de secar mucho antes. Cuando volvió al salón, Elisa se acercó a ella y le dio un beso.

—No me voy para siempre. Cuando todo esto haya terminado, volveremos a vernos a menudo. Algún día regresaremos a París. Necesito esta ciudad para seguir pintando. Y también me moriría si no pudiera ver más a Marie. Ella me

ha ayudado mucho; al darme cuenta de cómo te sentías cuando supiste que ibas a ser madre, algo dentro de mí se apaciguó.

—No creo que fuéramos nosotras, Elisa. De veras no lo creo. Y claro que tenéis que volver, Friedrich y yo nos casaremos en cuanto todo esto acabe y podamos organizar una boda como es debido. Por supuesto que vosotros seréis mis invitados.

—Danielle, ¿puedo preguntarte algo?

—Pues depende, pero no sabré decírtelo hasta que me hagas la pregunta. Así que, dime.

—¿Cómo has podido ocultarle a Friedrich todo lo que hemos hecho? Es el padre de tu hija y esto es algo demasiado importante para callarlo. Requiere mucha planificación y mucho autocontrol.

—Pues es sencillo. Él no está interesado en encontrar nada extraño en mi casa. Y, sobre todo, él me respeta como yo a él. Le apasiona mi trabajo, a él también le encanta el arte, pero no controla los cuadros que expongo o que vendo, ni tampoco a mis clientes. No hablamos de ello porque en realidad no hay nada de qué hablar. Todos mis compradores y mis pintores están fuera de sospecha, ya no tengo clientes judíos, ni masones, ni un mísero homosexual que echarme a la cara, al menos que se le note. Casi todos provienen de familias de rancio abolengo, muchas amigas de mis padres o de mis abuelos, de mi familia de Francia. Aunque yo nunca he preguntado de dónde eran mis clientes, ni su religión ni su credo, siempre que pagaran bien; ha dado esa casualidad. Y de los clientes británicos y americanos se encarga Agnès desde Nueva York, junto con mi padre. Nos dividimos así el negocio. Ellos llevan años viviendo allí pero a mí siempre me ha gustado París. Así que no estoy bajo sospecha, aunque no ha sido adrede, ¡cómo podíamos imaginar lo que les pasaría a los Schloss o a los Kann!, ¡auténticos dragones del arte en Francia! Ni se me había ocurrido pensar que se lo quitarían todo, pobres judíos, y no es que me cayeran muy bien, la verdad, pero lo que les están haciendo es espantoso, perseguidos como perros, en redadas como las del Velódromo de Invierno. Lo recuerdo y siento escalofríos. Arrestados en masa por los propios gendarmes franceses con una manta y un par de camisas por todo equipaje. Es increíble. Y a los ricos los desvalijan y luego se los llevan a saber dónde, que lo que me cuenta mi contacto en la Resistencia es tan brutal que no quiero

creerlo. Pero yo no lo hice adrede, solo surgió así, y supongo que ya tienen suficientes delatores entre el resto de marchantes y los restauradores. Hasta los porteros se han dedicado a vender a los vecinos judíos de sus fincas si han visto algo extraño y les han pagado lo suficiente. El trabajo de Friedrich tiene que ver con el arte pero sus superiores tampoco me necesitan para nada. Ya tienen a otros.

Danielle daba vueltas a un gran anillo con un refulgente topacio verde que llevaba en el dedo anular. Era un regalo de él. Su color oscuro destacaba entre el brillo del oro blanco en que se había engarzado. Dejó de girarlo y lo miró durante un instante. Luego siguió hablando.

—Y, Elisa..., mi alma, mi corazón y casi el resto de mi cuerpo son suyos, pero mi cabeza y mi razón son de Francia y del arte. Cuando acabe la guerra, todos nos reconciliaremos. Además, me sorprende que me hagas tú esa pregunta, querida, ¿cómo puedes tú ocultárselo a Diego? Porque sigues sin habérselo contado, ¿verdad?

—Tienes razón, no puedo contárselo, no lo habría entendido. Él es mucho más pragmático. No sé si entendería mis motivos. Y no quiero perderle.

—Elisa, cada mujer tiene siempre un motivo para vivir como lo hace, para reaccionar o no, para elegir o no, y lo más difícil que tenemos que hacer a veces es dejarnos llevar por nuestros propios deseos. Pero tú has decidido y yo también. En eso es en lo que más nos parecemos. Por eso me gustaste desde el primer momento, cuando te presentaste en la Universidad. Aún eras un diamante sin pulir, pero te faltaba muy poco para ser tú. Ya lo eres, y tienes la fuerza que se necesita para conseguir todo lo que te propongas. Y esa es una fuerza ciclópea, porque la lucha es cada día contra algo diferente. Hasta para las que creíamos que lo teníamos todo.

El timbre las sobresaltó. Danielle había pensando en cambiarlo ya antes. Su melodía sonaba lúgubre, como en una canción de cuna húngara interpretada con acordeones. Llamaron otra vez. La niña se despertó en su habitación. Se la oía llorar desde el otro lado de la casa. Eso la decidió, en cuanto se levantara al día siguiente, lo haría cambiar.

—Tengo que bajar un momento. Por favor, espérame aquí y disfruta de estas trufas que me ha traído Friedrich de Suiza. Son fabulosas, de auténtico chocolate blanco.

En ese momento, Elisa no pudo imaginar otro manjar que le apeteciera tanto volver a probar pero no se movió del sitio. Miraba las oscuras bolitas espolvoreadas de cacao en polvo y azúcar glasé, mientras escuchaba a la niñera calmar a Marie, y notó cómo los jugos del estómago comenzaron a moverse a compás de polka, no sabía si por sí solos o animados por el ansia del bebé, que parecía oler desde allí dentro cualquier cosa que tuviera pinta de saber dulce. Se levantó y fue a la habitación de la pequeña. La niñera la estaba cambiando sobre una sábana de seda. En los bordes resaltaban varios escudos bordados con hilo de oro, los mismos que lucían todas las piezas del ajuar en esa casa. La niña se cogía los deditos de los pies y sus ojos chispeaban como si el descubrimiento se hubiera producido en ese mismo instante. Esperó a que estuviera lista y entonces la tomó en brazos. La niñera le había peinado con un cepillito de suaves cerdas blancas y le había esparcido agua de rosas por el pelo, ya un tupido mechón rubio. El aroma fue a meterse en sus recuerdos: volvió a ver a su madre perfumándose con esa misma fragancia. Algunas estrellas tenían muchos nombres. La niñera entró con la cena al tiempo que Elisa oía el golpe que la puerta de la calle hizo al cerrarse. Comió de besos a Marie, la dejó de nuevo sobre la cuna y volvió al salón.

Danielle se fue hacia el baño sin mirarla. Andaba rápido, los tacones resonaban al repiquetear sobre el suelo. Cerró la puerta tras ella. Cuando volvió a salir, las ondas de su pelo simulaban olas otra vez perfectas.

—Discúlpame, me he sentido indispuesta un momento. La niña me agota, ya lo verás, tratar con todos los pintores del mundo es mil veces más descansado. Hasta falsificar un cuadro es más fácil que criar un hijo.

—Danielle, tengo que irme ya, se me está haciendo tarde y no quiero hacer esperar a Diego; ahora se pone mucho más nervioso todavía. Pero te prometo que vendré a veros antes de irme.

Danielle se acercó a ella y la abrazó. Elisa sintió su corazón latiéndole deprisa. Seguía oliendo a su perfume de siempre, aunque ahora se mezclaba con otro aroma dulzón indefinido que no supo reconocer hasta un poco más tarde.

—Muchas gracias por todo, Elisa, aquí se acaba nuestro trabajo en común y, tenías razón, hemos hecho grandes cosas juntas. Te irá muy bien en América,

no lo dudo. Acuérdate de mí cuando llegues y háblales muy bien de mí a tus nuevos clientes ricos, que allí seguro que tendrás también muchos.

Elisa la miró y quiso agradecerle muchas cosas pero notó que el pecho se le encogía y se limitó a darle un beso en la mejilla mientras retenía su mano entre las suyas.

—No me voy todavía, te visitaré pronto, antes de que nos vayamos. Te lo he prometido.

Salió despacio. No quiso volver la vista atrás. Ya había guardado impresa en su memoria la imagen de la mujer más insólita que conocería nunca. Se agarró al pasador de madera oscura. Le dolían los riñones y sintió un pinchazo en la parte izquierda de la espalda que le hizo detenerse. Pero no iba llorando por eso. Quizás si hubiera sabido por qué lo hacía, habría podido evitarlo.

Consiguió abrir el portón de hierro sin que el esfuerzo arruinara sus intentos por mantenerse erguida y que la espalda no se le tensara aún más y salió a la calle. El frío la abofeteó. Se puso los guantes y comenzó a andar. La luz de la luna se proyectaba en el lomo bruñido del caballo de la santa y los reflejos se extendían a lo largo de la calle, hasta postrarse a sus pies. Las hojas se movían angustiosas en remolinos enmarañados debajo de los bancos pero sus patas de hierro ejercían de barrotes. Solo alguna conseguía escaparse del torbellino de polvo y materia muerta y ascendía volando a trompicones por encima de las piedras, hasta sobrevolar incluso su cabeza. A lo lejos se oían tiros, gritos ahogados y sirenas pero ya estaba acostumbrada; a lo que no se había acostumbrado aún era a atravesar el parque sola, ni aunque fuera el mismísimo jardín de las Tullerías, y mucho menos cuando quedaban solo algunos minutos para que los únicos que pudieran moverse libremente por París fueran los soldados y las ratas.

Al pasar sobre el puente del Carrousel, la luna volvió a perseguirla y vio sus destellos ahogándose en el río. Pero, a diferencia del cuadro de Monet, no eran los rayos de una esfera roja los que ondulaban sobre sus aguas sino los de un rutilante círculo plata que parecía conjurar a todo el que lo miraba. Su maldición surtiría efecto en cualquiera que tuviera el corazón lo suficientemente blando. Anduvo todo lo aprisa que pudo y llegó a subir al último tranvía. Se sintió aliviada cuando vio su portal. Estaba buscando la llave delante de la puerta cuando alguien le agarró del brazo. Quiso soltarse

pero el puño apretaba fuerte. Cuatro hombres más, vestidos con las gabardinas negras y las insignias del ERR, la rodeaban y otros dos esperaban sentados en sendos escarabajos oscuros de cristales tintados que estaban aparcados con las puertas abiertas justo en frente de ella.

—¿Es usted Elisa Ortega?

Entonces se acordó: el olor dulzón que percibía mezclado con la fragancia de Danielle era el del cuerpecito de Marie. Su frágil cuerpecito.

III

Oviedo, Jueves, 18 de Mayo de 2000 (11:05 h)

Las hileras de árboles que conducen a la entrada me recuerdan un cementerio. Sí, ya sé que la imagen está muy manida pero podía haberseles ocurrido otro paisajismo, leche, que los arquitectos tenemos soluciones para todo, menos para lo que no nos interesa. Y aquí veo yo muy poco interés. Parece que te vas a encontrar a todos los ancianos muertos. A ti te horrorizaría esto, Elisa, estoy seguro. Aunque tú no lo habrías necesitado, aquí habría estado yo para cuidarte en la vida y hasta en la muerte, ya te lo he demostrado.

—No pare el taxímetro, por favor, me gustaría que me esperara, si es tan amable. Necesitaré que me ayude a traer dos maletas y que luego me lleve de vuelta a Villaviciosa. Tardaré muy poco en salir. Yo le aviso.

Y, como remate, la puerta es de aluminio enclenque, ni prestancia en la entrada le han dado, como si no importara quién la atravesara, cuando es lo más importante. Si entras a un sitio y te recibe una planta de plástico ¿qué podrás encontrarte en las habitaciones? No quiero ni imaginármelo. Pero, sobre todo, lo que parece que no importa nada es a quién encontrarás al traspasarla.

—Ya puede pasar, señor Ferrán. Su amigo lleva un rato esperándole.

Mi amigo, que no le oiga más llamarle mi amigo; no es mi amigo, lo fue algún día pero el amigo que traiciona se transforma en el peor enemigo. Ahí está, hundido sobre el asiento de su cárcel con ruedas, es lo que se merece. Lo siento Elisa, no puedo sentir por él más que rencor y ni una pizca de piedad, es superior a mí. No pudo hacerse a la idea de que había perdido y prefirió convertirse en un traidor. Qué engañados nos tenían ambos. Vaya si nos

engañaron. Y vaya sitio donde vivir la vejez, parece un tanatorio donde solo él aguarda su propio final. La otra vez, ni me fijé siquiera, venía demasiado nervioso. Pero ahora sí, ahora sí lo veo todo. Las paredes, sucias, y el suelo, ceniciento; una televisión pequeña sobre una mesa de melamina y patas alargadas; una cama con protectores para no caerse en la noche; un orinal verde aparcado en una esquina y un jarrón azul con rosas de plástico; dos láminas colgadas a distinta altura, sobre el cabecero; y una fotografía de él mucho más joven, sonriendo. Tan solo le salva la ventana, de más de dos metros, abierta al imponente jardín como escape de una realidad que tiene que hacersele insoportable. ¡Eso es todo lo que uno necesita cuando solo le queda morir! ¡Qué tristeza, Elisa! Qué feo es todo, qué impersonal, qué sensación de haber vivido también en serie, como si se estuviera en la sala de espera de la muerte de otro.

—Hola, Diego.

—Martín. ¿Tienes lo que te pedí?

—Así, ¿sin un saludo, ni unas gracias, ni un cómo estás? Has perdido las buenas costumbres.

—Mira, será mejor que te calles y me des lo que quiero.

—Me gustaría, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? ¿A qué estás jugando, Martín? No juegues conmigo que hace mucho que ya no estoy para juegos.

—Pesas demasiado, yo no puedo cogerlas. Me las trajeron ayer por la tarde. Están ahí, detrás de la puerta.

A punto he estado, Elisa, a punto. Tengo que contenerme porque estas manos que jamás han hecho daño a nadie podrían cogerle por el cuello y apretar. Me dejó solo, él me dejó solo, yo jamás le hubiera hecho eso, jamás. Era mi amigo, confiaba en él y él me dejó solo. Me traicionó con la peor de las traiciones. Si no hubiera sido por lo que vengo a buscar, jamás habría vuelto a echármelo a la cara.

—Diego, ¿viste alguna vez lo que contienen? Quiero decir, ¿lo llegaste a ver todo?

—¿Por qué me preguntas eso? Ya sabes que no, que solo me dio tiempo a abrir algunos de los cuadernos. Pero ya veo que tú sí los has mirado todos. Eres un canalla, eso no te incumbía.

—He pasado muchos años solo, Diego, y, cuando te fuiste, lo único que me unía a ti eran esas maletas. No podía dejar de saber qué contenían pero no te preocupes, no falta nada y, además, ¡qué importan ya! Todos los que aparecen ahí están muertos y a ti y a mí nos falta muy poco ya —a él le falta menos que a mí, eso lo tengo claro. Él tiene que morir antes que yo, tengo que ver cómo vuelve a la tierra lo que jamás debió crecer en ella—. ¿Vas a enseñárselos a tu nieta? ¿Por eso los quieres? Si yo fuera tú, no lo haría. Hay dibujos muy duros, incluso crueles. Clara era una mujer muy extraña. Pero esos dibujos lo explican todo; lo que tuvo que sufrir.

—Martín, deja de hablarme, no quiero que me cuentes nada más. Ya lo miraré yo solo. Es tarde para que me cuentes nada. Me voy.

—Mira los primeros cuadernos, los más antiguos, los que no tienen llave. Son de cuando la madre de Elisa era todavía una niña. En algunos aparece incluso su abuela pero esos son diferentes. Los que tienes que ver son los de cuando ella murió. Cómo cambiaron. Clara debió de sufrir mucho de niña. Diego, su padre... su padre la violaba.

—¿Qué estás diciendo, Martín? Cállate si no quieres que te mate. Con estas manos lo haría.

—Lo vas a ver por ti mismo, solo te adelanto. Mira sus dibujos. Clara era mejor dibujante que su hija incluso, mejor que Elisa, los retratos son asombrosos. Todos los dibujos tienen la fecha y los cuadernos están mezclados, no los guardó con ningún orden. Yo los he dejado tal como los encontré. En algunos estamos todos, tus padres, tú y yo, Elisa, Anna, hasta Danielle está en esos dibujos; todos, no falta nadie, es nuestra vida, Diego, con todo detalle, en Asturias, en el viaje hasta Francia, Elisa pintando, con nosotros, en las casas de Villaviciosa y en las de París. Una gran parte de nuestra vida está ahí. Pero hay otros más antiguos. En estas maletas hay muchos más de cuando Clara era pequeña. Esos son los que tienes que ver, los que pintó cuando era una niña. El primer cuaderno es de 1900 y, el último, del día de la primera exposición de Elisa, en la galería de Danielle. Por eso te pregunto si los habías visto, porque tú tienes más cuadernos, ¿no?

—Hay otra maleta más que nos llevamos de casa de Clara, al poco tiempo de morir, pero esos eran de los últimos años. Algunos de los dibujos de estos cuadernos que te dejé me parecieron extraños y preferí que ella no los viera.

Bastante había tenido ya. No me paré a pensar qué significaban realmente, solo creí que podría afectarle todavía más la muerte de su madre. No llegué a verlos completos ni le di más vueltas. Pero eso que dices... no puede ser.

—Diego, el padre de Clara abusaba de ella, creo que desde poco tiempo después de que su madre muriera. Los más viejos, los que pintó cuando era una niña y su madre aún vivía, eran los de una cría feliz. Pero tienes que ver lo que empezó a dibujar al poco tiempo de quedarse sola con su padre y sus hermanas. Son dibujos muy tristes, algunos incluso demasiado explícitos. Yo no se los enseñaría a Violeta. No vas a sacar nada en claro haciéndolo. Y escucha lo que te digo, Diego, estoy seguro de que Clara mató a su padre. En estos años, he revisado los cuadernos muchas veces y no me queda ninguna duda: ella lo mató.

—Martín, te has vuelto loco. Ahora sí que estoy seguro de que en París te volviste majara. Eso es imposible. Clara era una mujer muy dulce, la más buena, la mejor mujer que he conocido nunca ni conoceré jamás, en el poco tiempo que me quede. ¿Cómo iba ella a matar a su padre?

—Mira los dibujos, se ve claramente. Lo envenenó, tenía miedo por sus hermanas pequeñas. Quería evitar que él les hiciera lo mismo a ellas y lo mató. Le atormentaba que él pudiera violar también a su hermana y no aguantó más. Los dibujos son muy realistas, Diego, y hay algunos muy muy evidentes. Míralos, están en uno de los primeros cuadernos. Debe de ser que ella los estuvo viendo antes de suicidarse y estaban arriba en la maleta. Esos dibujos me hicieron pensar en muchas cosas.

—No te creo, Martín, sabía de sobra que eres una mala persona y, si no hubiera sido porque tenías los cuadernos, jamás habría venido, pero esto... No sé por qué me estás haciendo esto, pero no puedo creerte. Deja de decir barbaridades. No vas a conseguir hacerme más daño del que me hiciste. Además, ¿qué más te da a ti, que fuiste capaz de lo peor?

—No tienes que creerme. Mira los dibujos, solo míralos y luego saca tus propias conclusiones. Clara fue una niña muy desgraciada, Diego, su padre la usó para reemplazar a su mujer cuando tan solo era una cría o al menos eso era lo que ella pensaba, lo que parecía querer decir en algunos de sus dibujos. Pero ella lo mató. Durante todos estos años he tenido tiempo de darle muchas vueltas, pero está todo en los cuadernos. Solo tienes que mirarlos. Creo que

había intentado ya suicidarse antes pero no lo había conseguido. El médico, el primo de tu padre que luego se fue a vivir a París, la había salvado en esa ocasión. En ese momento fue cuando decidió matar a su padre y después, durante meses, pacientemente, le estuvo administrando algo. Pero esa vez no falló. Y debió de vivir con esa culpa hasta que muchos años después volvió a ver al mismo médico que la atendió entonces y no pudo soportarlo. Clara se encontró con él en la primera exposición de su hija, cuando comenzó la guerra civil. Por eso se suicidó. No era una mujer normal, pero aquello debió de ser demasiado para ella. Piénsalo, tiene sentido. ¿Por qué iba a suicidarse si no, justo cuando su hija comenzaba a hacer lo que a ella tanto le enorgullecía? Ella debía de sentirse culpable por haber matado a su padre y encontrarse con el médico tanto tiempo después le removi6 todo. No me mires así, ¿sigues sin creerme?

—¿Cómo podría creer algo de lo que tú me dijeras? Dime, ¿cómo?

—Estás en tu derecho. No me creas, solo mira lo que pintó. Ella dibujó lo mismo muchas veces: en la cocina, mezclaba unos polvos con el café que le servía cada tarde, después de comer. Mira los cuadernos, los de esa época están en blanco y negro pero también son muy elocuentes. Clara solo volvió a utilizar colores a partir del momento en que pintó el entierro de su padre. Durante mucho tiempo, pensé en quemarlos, en deshacerme de ellos, pero me han perseguido durante todos estos años. Han sido mi suplicio particular. Cada vez que los abría y veía tu rostro y el de ella, el de tu madre, el de tu padre, el de Clara, el de Jaime; cada vez que me sentaba y os observaba besándoos, riendo, juntos, erais vosotros, ella y tú, mi único amor, mi vida, lo único por lo que luché. Erais vosotros que ya no estabais. Y entonces me sentía morir pero no podía dejar de mirarlos, también conseguían hacerme pensar que estaba aún vivo y que hice lo que hice por amor, tan solo por amor. Diego, te lo juro, si alguna vez hice daño, tan solo fue por amor. Por eso no los he destruido. Pero no quería devolvértelos, sabía que iban a herirte.

—¡Hijo de puta! ¡Eres un hijo de puta! ¡Cómo puedes hablar tú de culpa! ¡Tú! ¡Maldito cabrón! Jamás se hace daño por amor. ¡Me oyes! ¡Jamás! Siempre es por egoísmo, maldito hijo de puta, solo por egoísmo.

Por egoísmo, él jamás supo querer, jamás. Solo se quiso a sí mismo.

¡Como si le importara alguien más que él! Y qué poco me ha durado la fuerza, pero... ese cabrón, ¡cómo puede decir eso de Clara! Se ha salvado porque la enfermera ha entrado a sujetarme. Qué vergüenza, ¡a mis años! tirándole del poco pelo que le queda a un pobre anciano pero ¡qué digo pobre!, es un cabrón, nada más que eso. Tranquilízate, Diego, tienes que tranquilizarte. Pero no puede ser, no puede ser. No puede haber nadie tan cruel en este mundo para hacerle eso a una niña. O sí que puede, ahora sé que sí lo hay, y muchos más de los que creeríamos. Me ahogo de nuevo. Elisa, me estoy ahogando. Necesito que el taxista se detenga ya, para bajarme y respirar. Tengo que descansar. Pero no puede ser verdad. No puedo creerle. ¿Cómo podría? Él me traicionó, ¿cómo podría creerle? Ya una vez lo hizo, pareció que le importábamos algo, igual que ahora, y me avisó de que estabas en peligro. ¿Por qué me cuenta esto, como si le importara algo mi nieta, como si le importara algo alguien que no sea él mismo? Si ya entonces fue él quien me avisó de lo que estabas haciendo y de que debía impedírtelo. ¿Por qué lo hizo? No puedo entender por qué lo hizo igual que no lo entiendo ahora. ¿Qué es lo que quería? ¿Qué es lo que quiere contándome esta macabra historia?

Entonces sí tuve que creerle y comencé a seguirte para intentar protegerte. Qué iluso fui, qué estúpido más grande. Te seguí también cuando fuiste a llevarle el último cuadro y tu regalo a Danielle, aquella maldita tarde. Te despediste de mí y cerraste la puerta; el ruido de la madera golpeando en el quicio resuena ahora en mi mente con un eco metálico y helado en busca de algún rincón donde esconderse. No pude evitar ir detrás de ti, perseguirte mientras atravesabas las calles y llegabas a su casa. La estatua de la santa me reconocía siempre. Ya lo había hecho antes otras muchas veces, desde que él me contó lo que pintabas de verdad y yo lo comprobé al encontrar el original que no debía estar allí, en nuestra casa. Pocos pasos detrás de ti acechaba a la sombra que marcaba tu camino, dibujada entre los claroscuros que proyectaban algunos faroles encendidos, reptaba sigiloso siguiendo el contorno de las esquinas, adaptándome a la forma de las paredes, intentando no hacer ruido, que no pudieras verme. Llegaba poco después que tú al gran roble que desde su postura inverosímil curioseaba las orillas del Sena y allí, agazapado tras el tronco, te espiaba, no para sorprenderte, solo para protegerte. Cuando te veía llegar al lujoso soportal de la calle Des Pyramides,

me volvía por donde había venido, para que no me descubrieras. Tan solo quería protegerte, tan solo eso. Creí que podría hacerlo. Pero nunca pude. Nadie podía.

La angustia duele, pensé que la había doblegado pero camina paralela a mi vida desde hace días. No me quiere abandonar. Duerme en el lecho que le preparan mis recuerdos. Juega con los pensamientos que agotan mi cerebro. Es una angustia que se expande al encontrarse con el miedo, Elisa, el miedo que entonces se incrustó dentro de mi ser se pasea a sus anchas por los rincones que va dejando en su huida mi cordura. Y crece. Alarga sus raíces buscando un fondo que no halla nunca. Y no puedo evitar que se alimente de mí. No supe cuidarte pero, aunque me maldije miles de veces por haberte dejado esa tarde allí, ahora sé que tampoco podría haber hecho nada por salvarte. Fui un iluso. Siempre me arrepentí de no haber impedido que siguieras falsificando los cuadros mucho antes. Tenía que haberlo hecho cuando Martín me lo contó, cuando supe que me estabas engañando y que lo que hacías era mucho más peligroso. Pero te amaba demasiado. Para ti era como un juego; jugabas a vivir dentro de una ciudad ocupada, oías hablar de detenciones, de gente que desaparecía, de personas que luchaban en algún lugar que normalmente no conocías o no querías conocer. Pero tu razón se había negado a entender que ya no eras libre, para moverte, para pensar, para pintar, libre para existir y no creíste que de verdad pudieras correr peligro. Cuando regresabas a mí, muchas veces notaba que volvías entusiasmada por participar en ese juego trágico que le demostraba a alguien tantas cosas. Todo tu cuerpo se relajaba con la satisfacción de haber ganado porque llegaste a creer que de verdad podías ganar en ese maldito juego que al final perdimos. Tú perdiste la vida, yo lo perdí todo. Sigues tan callada y tus ojos son como bloques de hielo que se hunden en un océano negro y profundo, no sonríes, te acercas a mí y no siento calor. Te ha abandonado la vida.

CAPÍTULO 13

Volvemos a mirar alto, al modelo original, al que perdimos de vista hace ya varias sesiones, al que olvidamos adrede para descubrirlo a nuestro modo particular, trasladando a un ente físico lo incorpóreo de su esencia. Asimilamos de nuevo sus características, su voluntad, su ejemplo para, si es necesario, enmendar nuestra pintura. Y entonces modificamos líneas, remodelamos formas y colores, cambiamos luces, brillos y sombras, retocamos un rasgo o curvamos un poco una línea recta. Todo vale para rectificar los errores. Y si no los encontramos, mejoramos, perfeccionamos, hurgamos entre los planos, los tonos y los matices, hasta que nuestra creación tome vida por sí sola.

Villaviciosa, Jueves, 18 de Mayo de 2000 (13:37 h)

La euforia no se le había pasado aún. Porque eso debía de ser euforia. Una impresión estrepitosa y voluble como la de subir y bajar en una altísima noria. Ahora estaba arriba y se sentía feliz. Las flores del jardín de su bisabuela le parecían más grandes y más coloridas; los árboles, más elegantes; los muebles, más cómodos; las escaleras, menos altas; su habitación, un lugar de

ensueño donde la luz blanquecina del norte adquiriría ahora los brillos rosados de las playas levantinas. ¡Cómo cambiaba la vida según el cristal con que se admirara! Y cuántos otros lo habían dicho antes, pero ¡qué verdad tan clara! Ella ahora se sentía tranquila y empezaba a disfrutar de una calma que no recordaba haber vivido en meses. Desde que la llamó Álvaro, estaba incluso más decidida a continuar sola. Si era necesario. Sin ayuda de nadie. Volvería a Madrid para hablar y le diría que iba a tener un hijo de él y, si él quería y era cierto que iba a terapia y de verdad cambiaba, intentaría ayudarlo. Se notaba tan eufórica que tenía fuerzas para eso y para mucho más. Alguna vez durante los últimos días se había acordado también de por qué había llegado a quererle, al principio de conocerse y, durante un tiempo, cuando se fueron a vivir juntos. Y aún encontraba retazos de él que aún le hacían estremecerse. Pero no quería recordarlos. Incluso llegó a pensar durante unos segundos en escribir en otro cuaderno lo que tenía de bueno para ser ecuánime. Pero enseguida lo descartó. No tenía por qué. Se merecía la oportunidad de pensar solo en ella misma. Solo en ella y en su nuez. Ahora, los motivos por los que se había enamorado de él no contaban, por fin era capaz de mirar atrás convencida de que lo que más debía importarle era ella y que no tenía que ser justa, ni que recordar de él más que lo que le había hecho reaccionar por fin. Si él entendía eso, si él era capaz de dar marcha atrás, podría seguir a su lado. Pero solo si lo entendía. Conocer a Giselle la había ayudado a llegar aquí. Y Ollivier también, sin pretenderlo ni imaginarlo. Ese hombre un poco extraño le había hecho ver claro.

Violeta tomó su cuaderno del cajón de la cómoda y lo dejó en la chimenea. Tardó en empezar a arder más de lo que hubiera creído. Tuvo que usar varias de las largas cerillas que encontró junto a los pocos restos que quedaban de la leña con que intentaban calentar la casa en invierno. Ni volvió a abrirlo antes, ni quiso pensar en lo que había escrito. Solo se quedó allí mirando cómo chisporroteaba la celulosa y las altas llamas rojas y luego azules que consumieron sus palabras, atenuaron su dolor y conjuraron la maldad de ese mundo que tenía que encontrar una ética y una conciencia nuevas. Después volvió a la cocina para buscar un cazo y llenarlo de agua con la que apagar del todo las únicas brasas que quería que quedaran de esos recuerdos. Sobre la mesa, al lado de las gafas de ver de su abuelo, una llave de cobre doblada por

los lados le llamó la atención.

—Zara, vamos, volvemos al desván.

La perra se incorporó de un salto. Oír su nombre la despertaba hasta del sueño más profundo. Enseguida empezó a mover el rabo y la siguió por las escaleras. Ni siquiera tuvo necesidad de usar la llave. Al llegar arriba, la puerta estaba abierta. No encendió las luces, con la claridad de la ventana del rellano podía percibir bultos amontonados por el suelo. Abrió los lucernarios del tejado y, al fijarse bien en lo que tenía enfrente, tuvo que parpadear varias veces. Se apoyó contra la pared. No podía creer lo que estaba viendo. Varias barras metálicas colgadas en paralelo de las paredes atravesaban la buhardilla de un lado a otro. Enmarcadas entre ellas y unos rieles fijados al suelo se suspendían enormes planchas y, en las dos caras de cada una, como si de tabiques se tratase, se sostenían decenas de lienzos unos junto a los otros, por encima y por debajo, de todos los tamaños, todos sin marco. Cada tabla podía moverse deslizándose sobre las guías del piso y permitía ver así los cuadros colgados en la plancha de atrás. Algunos lienzos grandes se habían colocado directamente apilados sobre el pavimento, otros se habían dejado apoyados contra la pared; Violeta era incapaz de fijar su vista en uno solo.

Había paisajes y bodegones, marinas y niños correteando, flores de todas las formas y colores, caminos desiertos y viejos jugando a los naipes, marineros echando las redes y mujeres cosiendo, un hombre llorando con un niño en brazos, una luna escondiéndose tras una colina, rosas blancas, una iglesia pequeña y cubierta de hiedra, un cielo cubierto de estrellas, retratos de mujeres y de hombres. Todos bellísimos, todos herméticos. No podía detenerse en ninguno sin desear seguir mirando el de al lado. Todos estaban firmados por la misma persona, a la izquierda del lienzo, con letras imposibles de descifrar. Y ella las había visto antes. Se fijó en un pequeño papel adherido al lateral de cada cuadro y que en todos tenía estampado el mismo sello. Intentó descifrar las palabras en francés. Junto a *auteur*, siempre el mismo nombre: Elisa Ortega. Su abuela. Esa era su abuela. Así que resultaba que su abuela era pintora, seguro que la autora de al menos dos de los cuadros de la casa de Diego en Madrid, y que ella se enteraba ahora. ¿Que más le habría ocultado? Primero un palacio y luego un tesoro. Las pinturas eran coloristas, del estilo de un Modigliani incipiente y particular. También su

técnica parecía exquisita. La mayoría habían sido pintados al óleo aunque también podía ver algunas acuarelas, en menos cantidad y de menor calidad. Se aproximó a las pinturas; se soportaban sobre lienzos de distintos materiales, los más modernos parecían de lino o algodón aunque otros estaban realizados sobre madera e incluso pudo ver varios estudios efectuados en contrachapados.

Todos los cuadros demostraban el conocimiento perfecto de la teoría del color que Violeta recordaba de la Universidad y que ella también ponía en práctica en sus trampantojos y en sus trabajos sobre la pared. Para darles profundidad y volumen, su abuela había usado casi siempre la técnica de la atmósfera interpuesta, aquello que Leonardo da Vinci llamaba «perspectiva aérea», incluso en los retratos o en las naturalezas muertas, Elisa había sabido definir el primerísimo plano con una precisión deliciosa y dejaba que los contornos fueran quedando menos densos, haciendo desaparecer las formas de los colores en tonos de azules, grises y violetas; aclarando cada vez más las montañas en la lejanía, los árboles, las iglesias o los campos, o, en el medio plano, la línea del sombrero de la chiquilla que come una manzana, los rizos de su cabello que caen por su espalda, las puntas del vestido que lleva orgullosa. Pero no se trataba de pinturas realistas ni tampoco impresionistas. Le parecieron una combinación preciosa y muy particular, dominada por un colorismo brillante y hasta novedoso para su época. Le fascinaron. No podía dejar de mirarlas. Movía las planchas hacia adelante y hacia atrás sin poder detenerse. Le deslumbraban los colores, las pinceladas gruesas que habían sabido captar las expresiones más vivas, los sueños de los modelos, su alma.

Se sentó en el suelo y se quedó observando una pintura en la que predominaba el azul. La tela era de las más grandes y mucho más colorista, de trazos gruesos y difuminados y rasgos apenas esbozados. Una mujer de ojos violetas sentada en una butaca escribía en un cuaderno. Llevaba puesto un largo vestido añil que caía a ambos lados del asiento. Dominaban en el lienzo los tonos fríos, morados y azules, pero su abuela había pintado el rostro, el cuello y las manos con una tonalidad muy cálida, una mezcla de carmín de garanza, blanco, ocre y una chispa de siena tostada, que contrastaba genialmente. Los brillos del cuaderno se extendían también al blanco del mantel y a la ventana abierta al fondo. Le pareció un cuadro muy bello. La

mirada triste de la modelo le hizo pensar en Diego y en su estancia en París, ¿quién era esa mujer tan melancólica? A su lado, detuvo la vista en varios retratos más. Casi todas esas personas ya no existían pero su abuela había sabido captar en sus ojos parte de su esencia. Le hablaban de sí mismas como si estuvieran presentes: la mujer rubia, atractiva, segura y orgullosa; Diego, romántico y melancólico como siempre le recordaba; Martín, su amigo, tremendamente guapo, con la mirada fija en alguien que no estaba dentro de su cuadro. Violeta se sintió incómoda por estar allí, profanando los sentimientos de todos ellos, pero ¿no se habrían dejado captar por Elisa precisamente para eso?, ¿para ser inmortales? Quizás ese fuera el único modo de atrapar de verdad la inmortalidad.

Se levantó del suelo y siguió deslizando las planchas. Se fijó en otra pintura, un cielo oscuro plagado de estrellas blancas. Le sorprendió su simplicidad, que contrastaba con la minuciosidad de los otros lienzos; sus trazos finos y cortos; sus colores planos pero, sobre todo, la fuerza con que le atraía y le inducía a seguir mirándolo. No podía dejar de hacerlo, se sentía magnetizada por esas estrellas. Entonces oyó a alguien toser detrás de ella, se giró y vio una silueta apoyada en la pared. Se quedó paralizada. Él comenzó a hablarle y enseguida le reconoció.

—¿Ves?, Vida, te dije que siempre te encontraría.

Ella dio varios pasos hacia atrás y buscó la puerta con la vista. Él estaba delante. Intentó hallar otra salida pero esa era la única. Álvaro comenzó a moverse. Violeta podía distinguirle el rostro, había salido de la penumbra del pasillo y se acercaba a ella despacio. Se esforzó por calmarse. Un rayo de sol que atravesaba los lucernarios teñía la sala con el color azul del vidrio templado. Ahora le daba a él en la cara y le hacía parecer un fantasma del siglo pasado. Iba elegantemente vestido y arreglado y el olor del tónico de después de afeitarse aún impregnaba su piel; parecía imposible que acabara de llegar de un viaje de quinientos kilómetros. Parecía imposible que estuviera allí. Violeta sintió como si ahora fuera ella la destinataria de las miradas muertas de los ojos retratados.

—Álvaro, eres tú. ¿Cómo has encontrado este sitio?

—¿No te alegras de verme?

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Los móviles tienen eso, que son fácilmente localizables, y hay pocas casas en Villaviciosa que pertenezcan a alguien con tu apellido. Además, estas casas son muy fáciles de abrir, sobre todo si no se cierra con llave. Aunque no me esperaba encontrarme algo así, ¿es tuya? ¿Por qué no me habías dicho que tenías esta casa? Esto vale un pastón.

—¿Qué haces aquí? ¿Para qué has venido? Te dije que quería decidir sola. Me lo prometiste, me dijiste que esperarías.

—No podía esperar más, llevo en Villaviciosa desde ayer, salí de Madrid después de hablar contigo. He pasado la noche aquí, en un hostel del pueblo. No podía esperar más, te echo de menos, Vida. Necesitaba verte ya, estás muy guapa. Y no me dijiste que quisieras dejar de verme, seguro que no. Me quieres demasiado como para dejarme, me darás otra oportunidad, sabes que te quiero más que a nada y que haré lo que sea para tenerte a mi lado.

—Álvaro, no tenías que haber venido. No quiero que me presiones. Necesito pensar y no puedo hacerlo si sigues agobiándome.

—No te agobio, solo he venido a ayudarte a que te decidas.

Álvaro se acercó y le ofreció una bolsita de terciopelo rosa atada con un lazo en forma de corazón. Violeta sintió una arcada y a punto estuvo de vomitar el desayuno que le había preparado Diego. De repente el zumo le supo tan agrio como la bilis. Después sintió que se le iba la cabeza y apoyó la mano en la viga de madera que recorría una parte del tejado mientras se ponía la otra mano sobre los ojos.

—No hagas esto, por favor, no hagas esto. No me ayudas.

—¿Qué te pasa, Vida? ¿Te encuentras mal? ¿Te has mareado?

—No me ocurre nada, solo estoy embarazada. De casi tres meses —
Álvaro se apartó de ella, Violeta no podía verle bien, tenía un velo gris cubriéndole los ojos y había dejado de reconocer sus rasgos—. ¿No dices nada? Vamos a tener un hijo.

—Estás bromeando. No bromees con esas cosas, no me hacen gracia.

—No es una broma. Es cierto. Estoy embarazada. Y además estoy muy contenta por ello.

—¿Cómo que estás muy contenta? ¿Con quién has contado para decidir algo así? ¿Es que yo no pinto una mierda en todo esto? ¿O es que no soy el padre?

—Cálmate, Álvaro, y no digas tonterías. Si no fueras el padre, no te habría contado nada, ¿no crees? No tenía por qué hacerlo.

—Joder, no puedo creérmelo, lo dejo todo para venir a buscarte a este pueblucho de mierda deseando volver a verte para que me digas que te has quedado embarazada. ¿Cómo ha podido ser eso? ¿No te tomabas la píldora?

—Eso no importa, yo quiero tener el niño.

—¿Cómo que quieres tenerlo? ¿Qué coño significa eso? Si es que soy un gilipollas, tenía que haberte dejado hace años. Eso no tenía que haber pasado nunca, ¡nunca! ¡Me oyes! ¡Nunca! Yo no quiero tener un hijo. Y tú lo sabías. ¿Por qué me has hecho esto?

—Yo no te he hecho nada. Nada. Y yo sí quiero tener un hijo. Pero si tú no quieres ser su padre, no tienes más que decirlo. No voy a obligarte a nada.

—Violeta, no puedes hacerme esto. No puedes dejarme. No puedo vivir sin ti. ¿Es que no te das cuenta?

—Álvaro, no pienso abortar. Voy a tener ese niño hagas lo que hagas.

Violeta sintió que todo lo que decía era verdad, que no le necesitaba, que algo dentro de ella había cambiado desde que se había ido. Álvaro se le acercó y quiso acariciarle el rostro y besarla, como hacía a veces cuando sus demonios se apaciguaban y se sentaba junto a ella y le rozaba la cara y le decía que la quería pero ella se apartó y él arrojó entonces al suelo la bolsita de terciopelo que aún llevaba en la otra mano y la sujetó por la barbilla. Sus dedos la apretaban.

—No vas a dejarme, no te creas que voy a permitírtelo. No eres más que una puta, igual que todas, no sois más que putas, no sabéis querer, solo nos utilizáis, conseguís lo que queréis y nos dais la patada, eso es. ¡Yo no quiero tener un hijo! ¡Maldita sea! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué?

Violeta movió la cabeza bruscamente y consiguió soltarse. Dio un paso atrás.

—Álvaro, yo no te he hecho nada. Si no quieres el niño, lo tendré yo sola. No te estoy obligando a nada. No lo hice aposta, no te engañé, tan solo surgió así pero si tú no quieres ser padre, yo sí quiero ser madre, yo sí quiero a mi hijo y no voy a dejar que nadie me diga lo que tengo que hacer con él. No pienso dejar que sigas decidiendo por mí.

Violeta le dio la espalda y quiso andar hacia la puerta pero Álvaro la

sujetó del brazo.

—¿Dónde vas, pedazo de puta? ¿Dónde... te crees... que vas? ¿Crees que he venido hasta aquí solo para que me digas eso? ¿Eso te crees?

—Suéltame, Álvaro, suéltame. No vuelvas a pegarme, no me pegues, no eres mi dueño, no vuelvas a pegarme nunca más. Por favor.

Violeta le miró a los ojos, refulgían de ira, y los reconoció. Volvían a ser los de siempre. Y entonces volvió a sentir el miedo y volvió a suplicarle, como otras tantas veces le había rogado con la mirada que tuviera la dignidad de no caer tan bajo de nuevo, que no la obligara a odiarle, que le demostrara que de verdad era más fuerte que ella dejándole irse. Pero él volvió a caer en el pozo abierto dentro de sí mismo y la abofeteó. Luego la agarró por la nuca y la empujó. Ella cayó al suelo de rodillas, con las manos abiertas. Ni siquiera sintió el dolor del choque contra las rótulas y las palmas. Se quedó quieta, sin atreverse siquiera a levantar la cabeza mientras oía como él se movía detrás. Tan solo fue capaz de girarse un poco y le vio levantando sobre ella un grueso garrote de madera. Violeta cerró los ojos mientras esperaba recibir el impacto. Inclino la cabeza y pensó en su nuez.

Entonces oyó el disparo. Álvaro cayó boca abajo a su lado, con su pelo liso cayéndole sobre la cara y tapándole los ojos. Después, escuchó un golpe brusco de algo que caía contra el suelo. Miró hacia atrás y solo vio una figura apoyada en la puerta, cabizbaja y con los brazos pegados al cuerpo. Violeta se quedó arrodillada al lado de él y le retiró el mechón para verle bien, mientras la sangre le iba empapando la camisa blanca y le llegaba a los labios, medio abiertos. Tan solo dejaban pasar un hilo de aire que salía y entraba con dificultad en el pulmón que había recibido el tiro. Le agarró la mano. Álvaro irguió un poco la cabeza y la miró a los ojos. Luego la habló con un hilo de voz bronca.

—Eres una puta. Yo te quería, siempre te he querido.

—No, tú no la has querido nunca, maldito cabrón. Nunca. Nunca se hace daño por amor. Siempre es por egoísmo —Diego agarró a su nieta por las axilas e intentó ayudarle a levantarse. Ella se metió entre sus brazos y se quedó allí, llorando—. Tranquila, pajarito, tranquila, que este ya no podrá quererte nunca más.

Estuvieron así unos minutos. Las luces de las vidrieras se tornaron

moradas al ir descendiendo el sol y su destello fue a dar de lleno sobre el pelo de Álvaro. Violeta se agachó de nuevo para comprobar si respiraba. Él había cerrado los ojos. La sangre seguía esparciéndose en torno a su rostro y su pecho. Le cogió una mano y sostuvo la muñeca. Le pareció que no tenía pulso. Se la besó y, con ella en los labios, miró a su abuelo. No podía contener las lágrimas, aunque habría querido. Diego volvió a abrazarla y le ayudó a caminar hacia la puerta.

—Venga, pajarito, tenemos que llamar a una ambulancia. Y también a mi abogada. Toma, aquí tienes el número, ¿te sientes con fuerzas para hacerlo tú?

Violeta se sorprendió de saber que su abuelo tenía una abogada en Villaviciosa, lo mismo que de comprobar que ella tenía fuerzas para llamarla. Bajaron los dos juntos y ninguno se giró más a mirar el cuerpo inánime de él.

Y también se sorprendió al ver a la abogada. Habría podido reconocer esos ojos en cualquier parte: por fin conocía en persona a la mujer de la guitarra o, si no, a alguna de sus descendientes. Dejaron a Diego sentado en el salón mientras varias personas subían al desván, y ambas pasaron a la cocina, que sirvió de despacho improvisado.

—Sí, ya sé, me parezco mucho a Elisa. Tienes la misma mirada que Diego cada vez que me ve. Ojalá la hubiera conocido, debió de ser una mujer fascinante —Violeta no pudo contestar, acababa de ponerle cara a su abuela, después de toda una vida delante de sus narices—. Ya veo. Entonces tampoco sabrás que somos familia, casi primas. Pero tendremos oportunidad de hablar de todo ello más adelante. La verdad es que tenía muchas ganas de conocerte, aunque me habría gustado que fuera en mejores circunstancias.

Violeta cerró la puerta. Cuando terminó de contarle, sentía como si no hubiera estado hablándole de ella y de Álvaro, sino de dos desconocidos de los que solo le habían llegado noticias a través de otros. Pero había tenido que detenerse varias veces. Le interrumpía el llanto.

—No te preocupes, Violeta, Diego solo pasará como mucho unos días en prisión preventiva. Por tu testimonio y el garrote que Álvaro tenía en la mano, y dada la edad de Diego, está claro que ha sido en defensa propia. Él además había forzado la puerta para entrar en la casa. Seguramente tendrás que testificar y volver a contarle a la policía y al juez todo lo que me has contado a mí, pero no es probable que vaya más allá de eso. Y no dudes en llamarme

para lo que necesites, para cualquier cosa en la que pueda ayudaros. Pero no te preocupes, a Diego no le ocurrirá nada.

Violeta y su abuelo se sentaron juntos en el jardín mientras esperaban. Él le acariciaba la mano mientras miraba hacia la montaña. Numerosas personas pasaron dentro y salieron después como si ellos no estuvieran. Por fin, dos enfermeros sacaron en una camilla el cuerpo cubierto de Álvaro y lo metieron en la ambulancia. Violeta se abrazó a Diego. Sentía su respiración pausada, el movimiento tranquilo de su pecho en un ir y venir acompasado de oxígeno y deshechos. Los dos hombres cerraron las pesadas puertas tras él y Violeta volvió a llorar. Se metieron en el coche sin decir nada y el auto comenzó a moverse. Un pájaro negro llevaba en su pico amarillo varios gusanos largos que se retorcían. Y otro más holgazán se había posado sobre el ángel de piedra y jugueteaba en el agua. Zara apareció detrás con algo en la boca pero ella solo podía pensar ahora en que Álvaro estaba muerto y en lo que podía pasarle a su abuelo. Sus dos únicos amores. Le abrazó más fuerte.

—No te preocupes por mí, pajarito, estaré bien, Elisa cuida de mí.

Diego estaba sereno, mucho más de lo que le había llegado a ver nunca en los últimos días. Un guardia civil fue a buscarle y le condujo al coche donde esperaba su compañero. Él le seguía despacio, sin hablar, con la cabeza alta y la vista al frente. Levantaba un pie detrás del otro con decisión. Al ir a entrar en el coche, miró a Violeta.

—Hija, por favor, tráeme el estuchito con el arsenal de pastillas. No duraría mucho sin él y ahora sí que no quiero morirme.

Ella entró en la casa y subió a la habitación de Diego a buscar lo que le pedía, miró dentro del armario y rebuscó en los cajones de la cómoda. Entonces vio algo que le asombró: un espejo de plata vieja tallado exactamente igual que el perfumero que Giselle le había regalado, las rosas grabadas en el mango eran inconfundibles. ¿Podría ser una coincidencia increíble? ¿Qué hacía ese espejo allí? Lo dejó donde estaba y siguió buscando las pastillas. Diego la esperaba de pie junto a la puerta abierta del automóvil y la miraba con dulzura. Sus ojos oscuros estaban serenos. Le dejó en la mano el estuche de plástico donde guardaba todas sus medicinas y sintió su carne blanda. No pudo evitar volver a abrazarse a él y empezó a llorar de nuevo, con sollozos entrecortados que no era capaz de contener.

—Tranquila, tranquila. No te sofoques, que tienes que cuidar de tu bebé, pajarito. A los bebés no les sientan bien las irritaciones, les salen manchas con formas raras que luego a las madres no os gustan nada —Diego la rodeaba con los brazos mientras le acariciaba la cabeza—. Venga, deja de llorar, que ya estás segura y yo estaré bien. Soy demasiado viejo para que quieran meterme en la cárcel, ya lo verás.

Violeta alzó la cabeza y se fijó en el guardia civil que esperaba inmóvil a que él se sentara. Sus ojos castaños le parecieron hermosísimos y su sonrisa sincera. Soltó a su abuelo y el hombre cerró la puerta tras él y se sentó delante. Ángela abrazó a Violeta y se quedó a su lado mientras ella seguía con la vista el auto hasta que se perdió tras los árboles estirados del bosque imposible.

Pasó el resto de la tarde sentada en el jardín con Zara a sus pies. No se movió de allí más que para ir un par de veces al baño y, aprovechando uno de los viajes, buscar el perfumero y el espejo de plata. Los bajó los dos y comprobó que el grabado coincidía. Pero la curiosidad se vio relegada pronto por la agonía de revivir lo que había pasado hacía tan solo unas horas. No sabía bien lo que sentía. Angustia, dolor, pena, rabia. También un alivio débil y miserable que era incapaz de evitar. Ángela la llamó un par de veces para informarla y a la segunda ya sabía que su abuelo saldría sin cargos en muy poco tiempo. Entonces Violeta volvió a poder ver algo más que sus pensamientos. Miró hacia arriba. Ya era noche cerrada y las estrellas parecían un retablo de candelas diminutas, todas titilando a ritmos diferentes. Olió los bojs; dejó que su aroma y el aire húmedo que lo llevaba se le metiera en los pulmones, despacio, sin prisa, como le había enseñado Diego a respirar los momentos importantes. Ninguno volvía, ningún momento de la vida se repetía, pero algunos se quedaban dentro para siempre y se recordaban más aquellos en los que habías reído que los que te habían hecho llorar, porque la mente tendía a deshacerse de lo que le hacía daño. Álvaro tendría que empezar en algún momento a ser ya eso, un mal recuerdo de algo que no tuvo por qué haber sido malo pero que él eligió así. Él decidió su forma de vivir y había muerto insultándola, llamándole puta y, con los pulmones encharcados de sangre y saboreando su sabor agrio, aún tuvo tiempo de seguir odiando.

Se metió en la casa y decidió no acostarse, no habría podido dormir. Zara

la seguía y ambas se dirigieron a las escaleras. Se extrañó al darse cuenta de que hacía ya un rato que no lloraba. No sabía bien cómo, pero había conseguido expulsar de su mente la imagen de Álvaro tirado en el suelo y de sus ojos mirándola. También, después de llamar de nuevo a Ángela, había logrado convencerse de que su abuelo se encontraba bien. Ella le había aconsejado dejarle descansar y llamarle por la mañana. Entonces, ya más tranquila, había empezado a pensar en las pinturas. Y en su cabeza pululaban tantas preguntas sin responder que no habría sabido por cuál empezar si hubiera tenido a Diego delante para interrogarle. Al llegar al desván, encendió la luz del rellano y luego entró en la habitación donde estaban los lienzos. La perra se tumbó junto a la butaca desde la que se podía ver toda la sala. Violeta se sentó en ella y encendió también la lamparita en forma de flor. Las luces tintinearón sobre las pinturas hasta que la bombilla se calentó del todo. Los observó con detenimiento. Eran fabulosos; su abuela era mucho mejor pintora que ella, de eso no había ninguna duda.

Miró los retratos. Sabía que algunas de esas personas también tenían las respuestas. Su abuelo aparecía en muchos de ellos. Se fijó en varios: en uno, Diego mucho más joven trazaba algo sobre una cuartilla gigantesca que podría ser un plano mientras un gato blanco dormitaba sobre la mesa de trabajo; en otro, su abuelo imberbe leía tumbado sobre el suelo en el jardín de la casa azul. También posaba junto a personas que Violeta no reconocía. Rebuscó entre los cuadros intentando encontrar el de la señora del vestido añil que tanto le había gustado cuando los descubrió, pero le llamó la atención otra pintura mucho más pequeña. Era similar a la que su abuelo tenía en su habitación, en la casa de Los Molinos. Y en ese momento recordó que también la había visto aquí, en su cuarto en Villaviciosa. Parecía mucho menos acabada y tenía menos detalles, pero representaba la misma escena. Daba la sensación de que hubiera servido de estudio previo para pintar el que su abuelo conservaba. En ambos, una mujer de facciones marcadas, pelo liso y rubio y ojos muy claros se balanceaba en una mecedora. Sobre el color cereza mate de su vestido destacaban los brillos del rostro y del busto desnudo de un bebé que ella envolvía en una sabanita con los filos de color oro. Elisa había iluminado de una forma muy peculiar sus pupilas grises, utilizando un tono plata muy difícil de lograr. Se asombró otra vez de la pericia de su abuela

pero, también, de haber visto ese cuadro en el lugar donde había vivido durante muchos años y no haber sentido curiosidad por conocer nada de las modelos. Jamás se le había ocurrido que pudieran ser personas reales, con una vida y una historia propias, y le habían pasado desapercibidas entre las otras muchas pinturas que él había ido acumulando y que estaban colgadas en las paredes de toda la casa, sin dejar apenas espacios libres. Pero ¿por qué las habría pintado Elisa? ¿Y por qué Diego las había conservado? Por fin sabía quién era la mujer de la guitarra. Al ver a Ángela, no le había quedado ninguna duda, el cuadro de Madrid era un autorretrato de su abuela Elisa pero, ¿quiénes eran ellas? ¿Quiénes serían los protagonistas de todos esos cuadros? Violeta siguió curioseando, había cientos de lienzos en los que rebuscar alguna respuesta, aunque le iba a resultar difícil sin que su abuelo le explicara. Entonces se fijó en otra pintura: una mujer morena y rechoncha estaba cepillándose frente a un espejo; sobre el tocador, junto a ella, resaltando por la belleza del grabado magníficamente conseguido, el perfumero de Giselle y el espejo que había encontrado en la habitación de Diego llamaban poderosamente la atención. Se fijó un poco más en los detalles: el cepillo que la mujer llevaba en la mano parecía hacer juego con los otros objetos; el mismo material y el mismo grabado se percibían con claridad en el dibujo. Lo que le faltaba: ahora, además de no saber quiénes eran todas esas personas muertas, tenía que adivinar por qué la bisabuela de Giselle podía ser la dueña de un perfumero que aparecía en un cuadro que había pintado Elisa. Si Diego hubiera estado presente, sin duda, le habría pedido que le sacara de la duda, pero ni estaba, ni pensaba molestarle en ese momento para preguntárselo.

Zara gruñó a su espalda y en unos instantes, el gruñido se convirtió en varios ladridos secos. Cómo le agobiaba que hiciera eso. Violeta no vio nada raro allí pero, de todos modos, se acercó a la perra para intentar calmarla. A su lado vio entonces un baúl. La tapa rígida estaba rajada por el centro y los laterales parecían roídos, no quiso imaginar por qué espécimen de fauna ibérica. La abrió y encontró poca cosa: un par de sombreros de fieltro gris de caballero y otro de señora que hacía tiempo debía de haber sido rojo, dos relojes con una cadena de plata y las manijas detenidas ambas sobre la una, algunos libros muy usados y una bolsa de plástico negro. La sacó y examinó qué contenía: una sabanilla de seda blanca que amarilleaba por los bordes,

con unos escudos bordados en hilo de oro, pulcramente doblada y que olía a alcanfor. Nada que tuviera algún significado para ella. Lo colocó todo como estaba y, al cerrar la tapa, se fijó en algo que no había visto antes: junto al baúl había dos maletas de cuero marrón muy desgastado aprisionadas por dos cintas abrochadas en sendas hebillas metálicas. Las cogió y fue a sentarse otra vez en la butaca. Dejó las maletas a sus pies. Desabrochó las correas de la más vieja y la dejó abierta sobre el suelo. Se sorprendió al ver su contenido: decenas de cuadernos y libretas, de varios tipos y colores. Los de tapas de cartón estaban muy deteriorados, sobre todo en el lomo y en los extremos; los de cubiertas de nácar brillaban y de alguno se había perdido la llave que en los demás se sujetaba al lomo con un cordón de seda roja. Tomó uno de estos, introdujo la llavecita en la minúscula cerradura, lo abrió y comenzó a mirar sus páginas. Y tuvo la sensación de que estaba contemplando un viejo proyector cinematográfico, en el que una hilera de fotografías se mostraban en sucesión causando el efecto de movimiento en una película de cine mudo pero ella ahora estaba contemplando la película de la vida de alguien. Sí, su abuelo le había preparado una sorpresa más.

Cientos de dibujos en color, extremadamente realistas, de escenas cotidianas, tan perfectos, tan reales, que los modelos parecían hablar, mirar, llorar o reír delante de ella. En algunos reconoció a Diego y a Martín pero la mayoría eran de personas anónimas actuando en escenas sucedidas en otro lugar y en otra época. Se fijó bien en algunos en los que su abuelo era muy joven. De repente dejó de mirar. Quizá no debería hurgar en un pasado que él, hasta entonces, no había querido compartir con ella. No sabía si tenía el derecho. Pero, al fin y al cabo, si al final la había llevado a aquella casa, sería por algo. Enseguida continuó rebuscando aquellas escenas en las que estaba Diego y le espío así un rato, imaginando sus pensamientos y sus emociones a través de esos maravillosos dibujos. También vio a su recién estrenada abuela: la chica de tirabuzones rubios y ojos violetas que tocaba la guitarra en el cuadro de Madrid estaba por todos lados. Cerró el cuaderno y lo dejó a sus pies. Sentía el corazón latiéndole deprisa, en una carrera contra el tiempo que ya tenía perdida. Abrió otra libreta, una más modesta y manoseada. Empezó por la primera página: varias niñas jugaban con un perro en un jardín lleno de hortensias; el reflejo del sol sobre las despampanantes flores azules aún

brillaba. El papel amarilleaba por algunos laterales pero estaba muy bien conservado y todavía se percibían bien los trazos y los colores, se notaba que las pinturas que habían utilizado eran de mucha calidad. Siguió pasando las hojas. Las mismas niñas se veían tumbadas en su habitación mientras una mujer les leía, comían en la mesa de la cocina o jugaban a la pelota o a las cartas. Le gustaron esos dibujos de hermosos tonos; tenían vida. Violeta dejó esa libreta y probó con otra. Reconoció sin duda a su abuela de pequeña; la niña tenía su misma expresión, su mismo pelo rizado y la piel clara: tenía que ser era ella. Elisa protagonizaba muchas de las ilustraciones y, como en los álbumes de fotografías de los padres de cien años más tarde, en ellas se apreciaba cómo el bebé recién nacido se había ido convirtiendo en una preciosa niña y, poco a poco, en una joven. En esos cuadernos podría llegar a conocer a su abuela mucho mejor que en los cuadros, en los que no se había retratado más que una vez. Violeta respiró hondo, cerró los ojos, se sentía feliz; pero quería ver más.

Dejó de nuevo la libreta a un lado y abrió otra por el medio. Los dibujos ahora se habían trazado solo con lápiz. Ya el primero la extrañó: un hombre desnudo se metía en la cama con una niña. Hojeó otra página y otra más y otra, y empezó a dejar de ver: no pudo evitar comenzar a llorar. Los dibujos ahora mostraban sin tapujos imágenes obscenas en las que los protagonistas solían ser solo un hombre y una niña. Cerró el cuaderno y lo colocó en el suelo junto al primero. Volvió a tomar otra libreta parecida, también de las que parecían más antiguas, con la cubierta de cartón. Esta vez empezó por la primera página y siguió luego pasándolas en orden, una tras otra. Llegó a la última. Cerró los ojos. Le resultaba difícil entender cómo unos dibujos podían ser tan bellos y otros tan repulsivos. Ambos habían sido creados por la misma persona, alguien que en un tiempo fue feliz y luego desgraciado. Violeta se resistía a seguir violando su intimidad. No quería averiguar a dónde la había llevado su triste historia, aunque sabía que debía llegar hasta el final. Abrió los ojos y colocó el cuaderno encima del anterior. Sentía los labios reseco pero no quería salir de allí hasta haberlo visto todo.

Se sentó en el suelo, entre la maleta y los dos cuadernos, y eligió otro, algo más grande y voluminoso que los anteriores. Empezó de nuevo a observar los dibujos y comprobó que volvían a estar coloreados y que representaban

escenas normales, así que la colocó al otro lado. Y repitió esta operación con todos, examinando uno por uno, pausadamente, intentando adivinar el relato que contaban y, a veces, no vomitar. En ellos, también pudo conocer un poco más a Diego y a Elisa, cómo vivieron, cuál fue su historia. Aunque la narración se interrumpía muy pronto, cuando aún eran muy jóvenes, pudo espiarles así en muchos momentos: con las manos entrelazadas en un salón rodeados por otros; en una sala llena de cuadros, mientras él le colocaba el pelo; juntos hablando en el jardín; a ella vigilándole tras un árbol; a él acariciándole la cara; vio a Elisa mientras pintaba y a Diego contemplándola; a Diego hablando con Martín y a Elisa a su lado. Y en sus ojos le pareció apreciar siempre la misma mirada cálida, la misma mirada que Violeta había visto algunas veces antes, la que había percibido en Ana y Miguel sin que hubiera sido consciente hasta ese momento de qué era en realidad lo que les envidiaba. Las mismas miradas, los mismos gestos, las mismas caricias. Y le pareció que el amor por otros tenía que haber sido el mismo a través de los siglos y que tan solo variaban quienes amaban. En los cuadernos también vio a Martín observándoles y a otras muchas figuras desconocidas sobre las que tan solo pudo conjeturar. La última fecha que Violeta encontró era la de un dibujo en el que Elisa y Diego estaban sentados juntos, cogidos de la mano, en una sala que parecía un museo con infinidad de cuadros colgados de las paredes. Después, la historia de colores se interrumpía repentinamente.

Había amanecido pero no se había dado cuenta y siguió con las luces encendidas. Dividió la pila de los cuadernos coloreados y los repartió entre las dos maletas, las cerró y las dejó donde las había encontrado. Después tomó algunos del otro montón, bajó al salón y los amontonó en la chimenea y repitió la operación dos veces más hasta que terminó de acarrearlos todos. Entonces, colocó encima una pira de taquitos de madera, cogió una cerilla y una pastilla de encender y le prendió fuego. Respiró hondo, el olor a fósforo quemado y a chasca le hizo sentir náuseas pero se sentó enfrente y se quedó mirando mientras las llamas comenzaban a avivarse.

Todos los cuadernos de historias de crueldad ardían igual. Pero aquellas escenas monocromas de sufrimiento no debían haberse dibujado jamás. Ninguna niña del mundo ni ninguna mujer deberían pasar nunca lo que esa niña y lo que ella misma habían sufrido; tenían el derecho a vivir de otra manera,

en un mundo en el que no fueran violadas, ni maltratadas, ni tan siquiera insultadas. Las mujeres debían dejar de encontrar formas para escapar y plantar cara de una vez para que ninguna más tuviera que volver a quemar esos malditos recuerdos. Ellas tenían a su alcance las armas que necesitaban, las habían tenido siempre, podían cambiar a sus hijos, convertirlos en hombres como su abuelo. Podían educarles para ser de otra forma, estaba en ellas. Estaba en ella. La llama ascendió hasta tocar el tiro y después desapareció cuando solo quedaron las cenizas de esas perversas escenas de la desgraciada historia de una niña de mirada pura. Y Violeta se quedó dormida en el sillón con los ojos enrojecidos y las manos entrelazadas sobre su indefensa y nimia nuez.

CAPÍTULO 14

I

Gijón, Viernes, 18 de Mayo de 2000 (4:14 h)

Nunca más. Ya jamás volverá a hacerle daño. ¿Sabes, Elisa? Creí que no iba a ser capaz de hacerlo. Cuando llegué, vi un coche despampanante en la entrada de la casa y pensé «ya está aquí este, ya ha venido a buscarla» y, en el fondo, me disgusté, sí, sabes que nunca me gustó, pero cuando entré y oí cómo la insultaba, lo que le decía a mi pajarito solo porque ella iba a tener un hijo suyo, el muy canalla, igual de canalla que Martín, igual que el padre de Clara, todos tan diferentes pero en el fondo tan iguales; no pude soportarlo, no, Elisa, no pude. Busqué la escopeta y los cartuchos y ¡ahí estaban!, en el armario donde los guardaba mi padre, junto a sus queridas bestias disecadas que no encontró manera de llevarse. Temí que no funcionara, que después de casi cien años la pólvora se hubiera estropeado, pero no, serían repuestos o qué sé yo, pero vaya si han funcionado, vaya. Llegué justo a tiempo de ver cómo levantaba el garrote, el que estaba siempre arriba colgado de la pared por si se colaba algún ladrón, aunque mi pobre padre jamás habría sido capaz de utilizarlo, y ese malnacido lo levantaba ¡sobre mi nieta! Y lo hice, le disparé, solo una vez, con una vez bastó. Yo no quería matarle, Elisa, tú sabes que yo no le haría daño a nadie, nunca, jamás le había hecho daño a nadie, eso es ser como ellos, volverse como ellos, pero no sé qué me pasó, no lo sé, solo le vi y coloqué la escopeta y le apunté..., y no puedo arrepentirme, no. Ese canalla ya no podrá volver a levantarle la mano a mi pajarito, ya no, nunca más.

Y no puedo dormir, estoy tan alterado que no voy a dormir nunca más. Nunca había matado ni una mosca, pero no puedo arrepentirme, no puedo. No

pude consentir que le hiciera daño a mi pajarito, que hiciera daño a su bebé. ¿Cómo se puede pegar a una mujer? ¿Cómo? ¡Y lo que me dijo Martín, el muy cabrón! No voy a repetírtelo, Elisa, no quiero que lo oigas, es lo peor que podría pasarle a una mujer, lo peor, lo más vil, lo más rastrero. Y, si Clara le hubiera hecho a su padre lo que Martín decía, alguien así ¡se lo hubiera merecido, claro que sí! Pero me niego a creerle. Elisa, no puedo más, siento que me derrumbo, que las horas no pasan, que no puedo seguir.

Callada, por qué estás ahora tan callada, tan lejos siento ahora tu mirada y tan lejos escucho tus palabras. Ya no puedo oír tu voz, estás tan callada. Tanto frío pasamos aquel invierno, que necesito coger el batín y echármelo sobre los hombros, pasamos tanto frío aquel invierno..., aún no entiendo cómo hombres tan enfermos de maldad podían apreciar tanto la belleza. Se llevaron todos tus cuadros, ni uno dejaron. Ahora Violeta los ha descubierto y aprenderá a reconocerte en ellos. Aunque nunca sabrá lo que pasó aquel invierno, ¿para qué le serviría conocer la verdad de mi silencio? Un sueño, sí, todo fue un sueño. Los filósofos discuten por la existencia del alma, yo sé que existe, no dentro de mí: es un alma infinita, que se extiende en el universo, entre las galaxias y los quásares, el carbono y el silencio. Yo te retuve dentro de ese alma no como ser que respira, siente el placer y lo busca, sino como pensamiento y ternura, para que pudieses sentir la vida a través de mí.

Callada, por qué continuas tan callada, no puedo escuchar ya ninguna palabra, solo veo tu cara, imagino tu rostro bajo tierra y tiemblo. Ellos te mataron. Nos salvamos de una España en guerra, nuestra España al fin y al cabo, para acabar en una Francia ocupada; no era nuestra tierra, ni era nuestra guerra, si es que aquella guerra no lo fue de todos los seres humanos. ¡Cuánto se equivocaron los que pensaron que el comunismo era el enemigo, que era mejor la esvástica que la Internacional! ¡Qué difícil es descubrir de quién hay que defenderse! Cuando te secuestraron ya habíamos decidido irnos, por fin, había conseguido convencerte para llevarte lejos de aquella locura. El bebé te convenció. Pero después de esa noche, no volví a verte, no con los ojos de mi cuerpo. Te veo siempre con los ojos de mi corazón. Te siento con las manos de mi recuerdo. Puedo tocar tus mejillas, ver cómo te sonrojas y agachas la cabeza esperando que me acerque a ti. Pero ya no estás viva. El dolor del hombre puede no agotarse nunca, es capaz de surgir de tantas células

escondidas en su cerebro como puntas tienen los cristales de un copo de nieve. Y es igual de lacerado, de cortante, de gélido. Y no pude pensar durante meses, cada uno de mis razonamientos terminaba en ti, pensaba si de verdad estarías muerta, si era cierto que no volvería a encontrarte. Si quedaría alguna esperanza.

Ahora estás siempre tan callada. Nuestro bebé estaba a punto de nacer, la historia se repite, les da igual un niño o una mujer, un animal o un hombre, les dan igual las treguas y los pactos, las misiones de paz y la ayuda humanitaria. Todo les es indiferente, siguen matando y violando y torturando y siguen vivos y, a través de los años, repiten los mismos crímenes. Son crímenes que, como los de entonces, no tienen ninguna razón, parece como si la vida fuera tan sencilla de crear como la muerte acaba con ella. No hay compasión, somos los mismos salvajes que hemos sido siempre. Y no hacemos nada. Oigo el grito ahogado de los niños que morirán, no importa su raza, ni su cultura, pueden ser oscuros o grises, grandes o almenrados, de largas pestañas negras o cortas y pelirrojas. Todos piden lo mismo: una oportunidad. Quizás algún día aprendamos a dársela. Si no lo hacemos, habremos perdido también la nuestra. Pero yo ya no estaré obligado a verlo.

Estoy cansado, siento que los ojos se me llenan de lágrimas, no puedo controlarme. Ni siquiera puedo dejar de pensar en ello, cerrar la fuente de mi razón para evitar recordarte, mi espera se está haciendo interminable. Pero Violeta ya ha descubierto tus cuadros, estoy seguro de que ya te ha reconocido en ellos, sabe cómo eres, ha reconocido su sangre. Ahora tiene un pasado, en esos cuadros hallará alguno, el que yo no pude darle hasta ahora, ella podrá elegirlo, no como yo. Yo solo tengo un pasado, te tengo a ti inmersa en mi alma, tengo tus ojos, tengo tus manos y ahora también tengo tu agonía.

Después de aquel día, ya no volví a verte. Pasé la noche sin dormir, esperándote y, por la mañana, muy temprano, una mujer me llamó, aunque no conseguí reconocer su voz hasta que entendí de lo que estaba hablándome. «Diego, no digas mi nombre. No lo digas. Soy quien te ha perseguido desde que llegaste a París, pero no se te ocurra decir mi nombre». Yo adiviné entonces quién era, ninguna otra me había atosigado como ella. «¿Qué pasa? ¿Dónde está Elisa? ¿Lo sabes?». A punto estuve de nombrarla, en un intento por aferrarme a la cordura en un mundo que hacía mucho que la había perdido.

«Tienes que huir, Diego, coge lo mínimo que puedas y sal de la casa. No tienes mucho tiempo. Te espero donde tus caracoles». No podía ser, no podía irme sin ti. «Pero, ¿qué dices? ¿Y Elisa? Dime, ¿dónde está ella?». Esperaba que me contestara que se había equivocado, que todo había sido un error o una broma macabra y que volvería a verte muy pronto. «Ya no podemos hacer nada por Elisa, ni tampoco por Danielle ni por su amigo el conde, a todos los tiene el ERR, ya no se puede hacer nada por ellos. Él también está detenido y, por lo que sé, no se creen que no sepa nada de las falsificaciones. Alguien les ha delatado. Diego, tienes que creerme, están perdidos. Y si quieres salvar tu vida, debes salir de ahí en cinco minutos. Ni uno más. No cojas nada. No debe parecer que no vas a regresar. Te esperaré enfrente de tus caracoles a las seis. Si no vienes, tampoco podré ayudarte a ti. Diego, créeme, hemos llegado demasiado tarde. A ella también intenté avisarla de que se estaba metiendo en líos, pero no llegué a tiempo. Teníais que haberos ido inmediatamente».

No me hizo falta vestirme, no me había desnudado. Me calcé los zapatos, cogí la documentación y el dinero que encontré y salí del portal antes incluso de haberme puesto el abrigo. No me llevé ni una fotografía, ni un recuerdo; no me llevé nada tuyo. Aún estaba seguro de que podría encontrarte. Salí a la calle y no paré de correr hasta que llegué a la estatua de Juana de Arco. Allí estaba, cegadora, altiva, con la mano apuntando al cielo. Le pregunté por ti pero no supo contestarme. Subí las escaleras de cuatro en cuatro y, cuando llegué a la puerta de Danielle, llamé al timbre y esperé paralizado. Cuando iba a dejar de insistir, me abrió su niñera. Temblaba aún, pálida y sudorosa. La casa estaba completamente desbaratada, lo habían revuelto todo y se habían llevado los cuadros, los muebles, las esculturas, los espejos, las alfombras. Tan solo quedaba el esqueleto lujoso de una vida lujosa. Cuando conseguí que dejara de llorar, la niñera me explicó que habían llegado por la noche, ella los había escuchado desde la habitación y se había asustado tanto que se metió en el hueco de la chimenea, que todavía no habían tenido tiempo de colocar. Como pudo, se metió en el tiro, corrió la estructura metálica para ocultarlo y se encaramó en el interior, y allí se quedó esperando aterrorizada, escuchando sin cesar gritos y golpes mientras abrían las puertas y las cerraban, desencajaban los armarios y arrojaban al suelo los cajones, arrastraban los muebles y se lo llevaban todo, hasta que de repente la casa volvió a quedarse

de nuevo en silencio. También habían detenido a Danielle. Yo no quería creerla, pero miré a mi alrededor, todo estaba como decía ella. Me convencí entonces de que no podría encontrarte y de que debía huir. Y no pude evitar llevarme conmigo el regalo de Danielle. Sí, Elisa, el más preciado que podrías haberme hecho nunca y que no tuviste tiempo de regalarme a mí. De milagro lo vi antes de salir de la casa, trastornado por el dolor de comprobar que Anna no me había mentado, y no fui capaz de dejarlo allí.

Elisa, Anna me salvó, fue mi prima Anna, llevaba desde el principio trabajando con la Resistencia. Y nosotros que pensábamos que era una colaboracionista. ¡Qué poco sabemos de las personas, qué fácilmente juzgamos! La encontré donde me había indicado, junto a mis caracoles dorados. «Lo siento mucho», me dijo. «No hemos podido hacer nada por ella, no quiso escucharme. La avisé pero no me hizo caso. Y lo que hacían era demasiado peligroso». Yo no quería creerla, no podía asimilar que tuviera que irme sin ti. «Debes darte prisa, Diego, solo podré sacaros de aquí si actuamos rápido. Pero tendrás que creerme. Es casi imposible que la vuelvas a ver». Me miraba a los ojos. Los suyos tenían una luz que no le había visto antes, quizá porque no me fijé nunca en que detrás de su hermoso rostro y de su físico imponente, había también una persona. Acercó sus labios a los míos y los rozó. Yo me aparté y ella me sonrió. «¿Sabes?, te quiero tanto que también yo me culpo por no haber podido salvarla. Y necesito que me creas. Ella sabía que lo que hacía era muy peligroso, que si el ERR se enteraba de que estaban intentando engañarlos falsificando esos cuadros, tendría muchos problemas pero siguió haciéndolo. Pero te juro que yo no la he delatado. Te juro que no fui yo». Me di cuenta entonces de que no me mentía y de que te había perdido. Y me quise morir por haber sabido que estabas haciendo algo mucho más peligroso de lo que me decías y no haber hecho nada para evitarlo, para intentar convencerte de que lo dejaras mucho antes, pero eso, Elisa, eso quizás sea el amor. «Sabías que no podía ser», le dije, «¿por qué te seguiste empeñando en no olvidarme?». Ella siguió sonriéndome. Su sonrisa se veía desamparada. «No puedes elegir de quién te enamoras. Al menos yo no pude. No podrías imaginar lo que he llegado a quererte, Diego. Pero, a veces, cuanto más se quiere, a más se ha de renunciar». La miré entonces de otra manera. Ya no era solo bella. En ese momento vi algo en ella en lo que nunca había

querido fijarme. La abracé y la sentí estremecerse.

«Vamos, no podemos perder ni un minuto más. Nos queda un viaje muy duro hasta llegar al mar. Tienes que coger un barco». Echó a andar esperando que la siguiera pero al instante se volvió hacia mí. «¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Lo que vas a llevarte te pesará mucho, Diego. Y también será más difícil salir de Francia». Anna miraba incrédula mi pequeño bulto resguardado en mi pecho. «Es todo lo que me queda de ella. Solo esto. Lo único que los nazis no se han llevado. No sé cómo se les pasó. Ha sido un milagro. Vendrá conmigo. No tengo nada más de ella. Nada más. Es un regalo. No puedo dejarlo aquí. Cuando llegue a América, buscaré a la familia de Danielle y se lo devolveré». Me sujeté lo mejor que pude el lienzo que Elisa le había regalado a Danielle y entonces me acordé de Martín. Le pregunté y noté cómo Anna bajó los ojos al suelo. Yo insistí. «Él también podría estar en peligro, ¿no? ¿También vendrá con nosotros?». Se puso seria. «Olvídate de Martín. No necesita nuestra ayuda. Ya tiene quien le ayude. Un amigo alemán». Dudó, pero al final continuó: «No deberías apreciarle tanto, Diego. No quería decírtelo, pero fue él quien denunció a Elisa». Ese día morí. Dos veces. Ella lo notó. Me puso las manos en los hombros. «No sé por qué lo ha hecho. Ha matado a quien amaba y eso no consigo entenderlo. Por eso no quería decírtelo. Pero sabemos que ha sido él. No sabemos cómo lo averiguó, pero te aseguro que fue él. Y yo, como una tonta, había intentado avisarle de que su amigo nazi era muy peligroso, de que debía tener cuidado. Fui una estúpida. Lo siento muchísimo, Diego. Me equivoqué. Tenía que haber hablado contigo para que te la llevaras de aquí de inmediato y no con ella. Sí, me equivoqué. Pero imaginé que Martín solo estaba enamorado y que terminaría por superarlo. Como todos».

Tampoco la creí, no podía. Pero no había tiempo de nada más. Solo abracé con fuerza mi trémulo equipaje y la seguí ciego, mudo y sordo, como en una pesadilla en la que no puedes reaccionar y de la que escaparía en cuanto llegara el alba. Ella me llevó hasta una iglesia medio derruida a las afueras de París y allí se unió a nosotros otro compañero suyo de la Resistencia. Entre los dos nos organizaron, mientras esperábamos a que otros fugitivos se reunieran con nosotros para ayudarnos a todos a escapar de allí: dos mujeres más y su sobrina, una niña que no hablaba desde que había visto cómo

mataban a sus padres judíos en mitad de la calle. Sus tirabuzones rubios eran como los tuyos. En dos coches salimos después hacia la ciudad de Cherbourg Octeville, por carreteras secundarias, avanzando algunas horas de noche y durmiendo de día, sin saber si, a la entrada o la salida de cada pueblo que no podíamos evitar o en algún otro lugar del camino, un soldado de la *Wehrmacht* nos daría el alto y truncaría nuestra huída. Yo pensé que Anna nos dejaría pronto, que su misión concluiría en París pero insistió en acompañarnos hasta el final. Allí estuvo ella, cuidando cuanto pudo de mí, ayudándonos todo el tiempo, sin apartarse ni un segundo de nosotros, animándome cuando me veía desmoronarme, poniendo en riesgo su vida para asegurarse de que llegáramos a salvo a nuestro destino. Y durante esos interminables días y esas noches infinitas fue cuando de verdad la conocí. Gracias a ella pudimos escapar y llegamos a otro lugar en el que yo ya solo pude soñarte.

—Señor Ferrán, ya puede marcharse, han venido a buscarle.

—Violeta, no llores, que no ha pasado nada. Venga, pajarito, vámonos, que tengo ganas de llegar a casa. Mi niña, mi pequeña niña. Tienes la mirada triste pero no debes estarlo por mí.

—Déjame que llore, que me alegro muchísimo de verte. He venido en cuanto me avisó Ángela. Me ha llamado muchas veces estos dos días para ver si necesitaba algo y para contarme cómo estabas. ¿Estás bien? Dime que estás bien... Ayer me recomendó que no viniera ni hablara demasiado contigo, que era mejor que no te excitaras, que esperáramos un poco más. Íbamos a venir a visitarte hoy las dos juntas pero no nos ha dado tiempo. Te han dejado salir muy rápido.

—Algún privilegio tiene que tener la edad, digo yo.

—También le conté a Ángela por qué dejé a Álvaro en Madrid y eso ha ayudado mucho. Está claro que actuaste para defenderme. Abuelo, siento no haber sido sincera contigo.

—No tienes que disculparte, pajarito. No es fácil ser mujer en un mundo de hombres y cada cual encuentra su forma de llevarlo. Intentaste solucionarlo sola, a tu manera, y ese malnacido se aprovechó. Si me lo hubieras contado, no habría hecho lo que hice. Lo hice sin pensar, solo vi que te estaba haciendo daño. Si hubiera tenido tiempo de recapacitar, no le habría disparado. No, no lo habría hecho nunca. No estoy orgulloso de eso pero te vi tirada en el suelo y

no pensé en nada más. Yo no quería matarle.

Ella llora y yo con ella. ¡Qué calientes siento sus manos sobre las mías! Es mi niña, mi pequeña niña, y ya está a salvo.

—Pues vaya dos tontos, últimamente somos los reyes de las escenas. Venga, vámonos ya, que quiero llegar a casa y tú debes descansar, Violeta, que tienes que coger fuerzas para cuidar de un bebé, ¡y no sabes lo que cansa eso! Y yo no estoy para ayudarte, mira mis manos, ni preparar un biberón podrías.

—Y también tenía que haberte dicho que estaba embarazada. Pero...

—Pero tenías la cabeza hecha un lío y no me extraña, pajarito, no me extraña. No te preocupes, Violeta, créeme. Cuando tú vas, yo ya he vuelto, por desgracia, varias veces. No te sientas obligada a explicarme nada. Hay muchas cosas que no pueden explicarse y, las que se hacen con el corazón, casi ninguna podrías. Por desgracia, yo también tengo muchísima experiencia en eso.

—Diego...

—¿Diego?... Malo. Cuando me llamas así, es porque vas a decirme algo que no va a gustarme.

—¿De quién son los cuadros que hay en el desván? ¿La abuela era pintora? Todos parecen suyos pero ¿por qué no me habías contado nunca que ella pintaba? Ni siquiera me dijiste nada cuando me empeñé en estudiar Bellas Artes, como ella; sus pinturas son extraordinarias. La verdad es que me habría gustado mucho saberlo, no todo el mundo tiene una abuela pintora y, además, tan buena. Y, Diego, los dibujos de los cuadernos, ¿de quién son?

—¿Qué has visto de esos cuadernos, Violeta? ¿Los has visto todos?

—No me ha dado tiempo. He abierto solo algunos, los de la cubierta más bonita, los blancos con llave. Y los dibujos son de alguien muy bueno. Esos dibujos son excelentes, muy realistas. Me siento la más inútil de la estirpe. Pero no pueden ser de Elisa, ella está representada en ellos desde que era muy pequeña.

—Los cuadros son de tu abuela. Valen mucho dinero y son para ti. Podrás hacer con ellos lo que desees. Se quedaron en Francia cuando me fui a Estados Unidos con mis padres. Elisa murió allí. Los cuadros los robaron los nazis. ¿Por qué no te había contado que tu abuela era pintora? Pues no lo sé. Cuando me fui de París, quise olvidar. Y lo conseguí, fue la única forma que encontré

para seguir viviendo. Te pones una venda en los ojos y otra en el corazón y guardas tus fotografías y destierras tu nostalgia y te despiertas cada día para cuidar de quien te queda, de aquello por lo que te levantas y llega un momento en que olvidas... No, no olvidas, solo sigues viviendo pensando cada día unos minutos menos en lo que te martiriza y cuando pasan los años te das cuenta de que ya solo es un mal sueño. Hasta que algo te hace despertar y todo te vuelve a caer encima. El día que llegaste a casa, Ángela me había enviado una carta para avisarme de que ya habían traído aquí los cuadros, al palacete azul. Y ya no tenía más excusas para no volver. Tenía que dejarte todo en orden, Violeta. Ángela se ha ocupado de traerlos de vuelta a Asturias y solucionará cualquier problema que pueda surgir. Es una excelente abogada, no dudes en recurrir a ella si lo necesitas. Pero te agradecería que ahora no me preguntaras nada más. No es agradable. De todas formas, mañana, cuando haya descansado un poco, subiremos juntos al desván y te hablaré de quiénes eran esas personas que tu abuela pintó, cuál es nuestro pasado, el tuyo al fin y al cabo. Si perdemos nuestras raíces, ¿qué nos queda? Si no sabemos quiénes somos, ¿cómo podremos encontrar nuestro camino y cómo podremos enseñárselo a nuestros hijos? Yo soy un humanista y eso es lo más valioso que puedo dejarte, lo que necesitas saber. Te contaré por qué hice lo que hice, quién eres, quiénes somos. Estoy seguro de que ya lo entenderás. Sí, te lo contaré, ahora estoy preparado. Para eso he venido. Pero necesito recuperarme un poco. Este desgraciado accidente me ha descolocado por completo y estoy muy cansado.

—¿Puedes decirme al menos de quién son los otros dibujos, los de los cuadernos?

—De todas las mujeres, Violeta, esos cuadernos cuentan la historia de cada una de las mujeres que luchan por hacerse un hueco. Algunas lo consiguen, otras, como la que dibujó en esos cuadernos, se quedan en el camino. Y a todas corresponde luchar por cambiar eso, cada una a su manera.

CAPÍTULO 15

La pintura está completa. En algún momento debemos dejarla; dar por terminado un cuadro siempre es un ejercicio de autodisciplina, un sufrimiento; saber abandonar aquello que ya podrá volar por sí mismo, sin nuestra ayuda, entristece tanto como alegra. Siempre es un dolor y una satisfacción. Miramos desde lejos, entrecerramos los ojos, los colores se funden y se mezclan bailando ante nuestras pupilas. Han tomado vida en un íntimo espectáculo de magia suprema y la realidad de los pigmentos, los aglutinantes, los barnices y las telas se entremezcla para seguir exhibiendo su propia naturaleza.

I

Villaviciosa, Sábado, 19 de Mayo de 2000 (2:45 h)

Violeta estaba soñando. Soñaba que daba vueltas a los pies de una montaña muy alta, pensando cómo podría llegar a escalarla y que un pastor le ladraba. Insistentemente. ¿Un pastor? Ni soñando era posible sustraerse a la realidad. Abrió los ojos. Lo que oía no eran los ladridos de un pastor, sino los de Zara. ¡Qué perra! Tenía que empezar a acostumbrarse a dormir en la cocina porque, cuando naciera el bebé, no podría andar por la casa con esa soltura de mascota acostumbrada a hacer lo que quería. Le mandó callar, pero ella insistía. Se arrepintió de haber querido siempre un teckel, la raza más terca que había conocido nunca. Tampoco podía comparar demasiado pero al menos Zara últimamente era más cabezota que una mula. Tal vez sería que se estaba haciendo mayor. Se volvió a meter entre las sábanas y la perra se le subió encima y le lamió la cara hasta que consiguió que se incorporara en la cama. Luego saltó al suelo y corrió hacia la puerta. Desde allí la miraba. Violeta veía sus ojos como dos aceitunas brillando en la oscuridad del distribuidor.

—Vale, voy a ver qué quieres, ¿es que no puedes esperar? ¿Tan urgente es?

Creía que la había sacado por la noche, ¿o no? Diego estaba cansado y se habían acostado muy pronto pero Violeta nunca se olvidaba, ya se encargaba la perra de recordárselo persiguiéndola por toda la casa y mirándola con ojos lánguidos hasta que salían a pasear un rato. Pero ella había tardado mucho en dormirse, no podía dejar de pensar en su abuelo, en si estaría bien con lo que había pasado. Era demasiado mayor y había estado tan raro todo ese tiempo... Y, encima, ahora ella había tenido que darle más preocupaciones. Ella era la

responsable de ese mazazo en su cordura. Con lo afable y lo sosegado que había sido siempre, ahora tenía que ocurrir todo esto. Justo cuando le había visto más intranquilo. Él le había dicho que no se preocupara, que quien tenía que cuidarse mucho era ella. Y era cierto que le había visto ilusionado de nuevo con su bebé, contentísimo por los dos, dándole consejos. Como siempre, seguía pensando en mimarla y en protegerla cuando era él ya quien necesitaba que le atendieran. No iba a cambiar nunca. Violeta se sentía incluso culpable por él: cuando por fin se había percatado de su egoísmo y había ido a visitarle después de tanto tiempo, no había sido más que para terminar dándole otra preocupación. ¿Es que se podía dormir así, con ese no parar en su cerebro?

Y luego, sin darse cuenta, de ese remordimiento pasó a Álvaro, a su vida con él y a lo que había sucedido los últimos días. Cuanto más intentaba quitárselo de la cabeza, más persistentes eran sus pensamientos y más se despejaba ella. Uno le llevaba a otro, como piezas de un ajedrez colocadas muy juntas en vertical sobre una mesa gigantesca. Siempre que derribaba alguno de sus recuerdos, este caía sobre el contiguo y se enlazaban en su mente en sucesión sin que fuera capaz de remediarlo. La única imagen que había bloqueado y que conseguía mantener a raya era la de su cara pegando contra el suelo. Se resistía a visualizar a Álvaro así. Dolía demasiado.

Seguro que eso era lo normal. Había vivido muchos años a su sombra y no podía esperar que fuera capaz de apartarle de ella tan de repente. Pero lo que de verdad le molestaba era que se empeñaba en recordar solo los momentos alegres y no los que le facilitarían poder seguir con su vida. Él no merecía otra cosa. Pero el corazón no entendía de justicia. Decidió sentarse en la cama y mirar un rato sus fotografías, las que tenía guardadas en el portátil. Tal vez, así lograría ponerlo todo en su lugar. No sabía si podría hacerlo todavía, si podría enfrentarse a su mirada, pero encendió la luz y fue a buscar el ordenador. Se sentó de nuevo sobre la cama y se lo puso sobre las piernas. La primera imagen que vio fue la del Escritorio: ambos abrazados con la Basílica de San Marcos de fondo. Las teselas doradas de las cúpulas y el suelo levantado como estalagmitas de mosaicos preciosos le habían llamado tanto la atención que Violeta pensó que aquella era la iglesia más hermosa que podría ver nunca. ¡Y la que le montó en el hotel, cuando le obligó a ponerse una falda

menos corta! La de después fue más incómoda, navegando por los canales venecianos. No había tenido ningún pudor en enfadarse como un niño delante del gondolero que le había dedicado un piropo en un italiano demasiado fácil de traducir. Casi habían tenido que bajarse antes de tiempo. Aunque el resto de la tarde había sido maravillosa y al final se quedó con ganas de volver a aquella ciudad de novela. Apagó el ordenador y cerró los ojos. Consiguió dormirse por fin. De eso debía de hacer muy poco.

La perra volvió a ladrar. Violeta encendió la lamparita y miró el reloj, no eran ni las tres y, a esa hora, no se sentía capaz de soportar más gruñidos. Se levantó y se dirigió a la puerta, pero Zara corrió escaleras arriba en lugar de a la calle, hacia abajo. Ella seguía oyendo los ladridos, que ahora provenían del desván. El corazón empezó a latirle mucho más aprisa. Comenzó a subir.

—¿Abuelo? ¿Estás ahí?

Estuvo a punto de deshacer sus pasos para comprobar si él continuaba en la cama pero algo la empujó a tomar la dirección contraria y acelerar la subida. La perra seguía ladrando, su ladrido hueco y ronco le martilleaba el cerebro.

—¿Abuelo! ¿Estás bien? ¿Abuelo!

La puerta estaba abierta y la luz de la mesita encendida. Violeta vio a Diego sentado en la butaca y tapado con una manta. Había girado la silla y parecía mirar un cuadro. Se le quedó observando un instante, mientras su corazón dejaba de latirle a trompicones.

—Abuelo, ¿qué haces ahí? Déjame que te acompañe a tu cuarto, ¿no puedes dormir? Pues yo duermo como un tronco últimamente; cuando lo consigo, no me despierto ni aunque se me caiga el tejado encima. No te había oído subir.

Pero Diego no le contestó. Tenía los ojos cerrados y dormía profundamente. Violeta miró el cuadro colgado en frente de él. Tres rosas blancas sobresalían de un jarrón de barro y algunas más estaban tumbadas sobre un tapete azul que tapaba a medias la mesa. Luces y sombras jugaban sobre el mantel. Las flores le parecieron demasiado hermosas, incluso más que si hubieran sido reales. Eso debía de ser la genialidad o tal vez fuera otra cosa, tal vez fuera que Elisa había conseguido traspasarles sus sentimientos y eso era lo que le maravillaba al contemplarlas, que estaba viéndolas a través

de sus ojos. Y, a través de su pintura, ahora, Violeta estaba descubriéndola a ella.

Los tragaluces estaban abiertos y le acariciaba la cara una corriente fresca que afuera movía las hojas de los árboles y dentro provocaba sombras temblorosas que rozaban el suelo. Olía a mar, siempre olía a mar. Podría acostumbrarse a ese insistente olor a cardúmenes de peces azulados y a brisa susurrante. No se había calzado y sintió cómo la frialdad de las baldosas le subía por las piernas hasta que el estremecimiento la recorrió entera. Eso pareció despejarla un poco más y volvió a mirar a su abuelo, dispuesta a llevárselo a su cama. Entonces vio las lilas blancas tiradas sobre el suelo, justo debajo de su mano yerta. Se abalanzó sobre él y le tocó las mejillas. El frío le congeló las palmas y sacudió su cerebro a la velocidad de un grito. Ella le agarró del pijama y le zarandeó mientras le llamaba para que se despertara pero solo consiguió que los brazos le cayeran suspendidos a los lados de la butaca y que su cabeza exánime se le viniera encima.

—¡Abuelo!, ¡Abuelo! ¡No, no, no, no!

Violeta se dejó caer a plomo a sus pies y se abrazó en un nudo trémulo a sus piernas y se quedó allí, con las manos apretándole las suyas y el rostro recostado sobre sus rodillas. Y ya solo sintió sus lágrimas amargas que resbalaban sobre él, anegadas de un dolor tan profundo y tan frío que ni el mar que gemía tras las ventanas del palacete azul podría haberlas emulado.

II

Villaviciosa, Lunes, 21 de Mayo de 2000 (11:35 h)

El día no era gris, tan solo no era. Violeta se había puesto la gargantilla de plata vieja que su abuelo le regaló cuando se fue a vivir sola y sus gafas oscuras tapaban el gris más gris que jamás volverían a exhibir sus ojos grises. Ángela había organizado el entierro y se había ocupado de arreglar todo el papeleo en su lugar, además de llamar a los pocos amigos de Diego que quedaban vivos y andaban desperdigados por América y por España. Otros profesores de la Universidad también se habían desplazado e incluso algunos antiguos alumnos se habían molestado en acercarse hasta allí para despedirse de él, arquitectos de renombre algunos, otros no tanto, pero todos tan agradecidos de haberle tenido como profesor como para haber querido estar presentes en su adiós. Demasiada gente se parapetaba tras las lápidas para lo que era habitual en ese cementerio tan pequeño. Pero allí era donde él le había dicho a Ángela que quería quedarse.

Las olas rugían a su espalda y la homilía fue corta. Violeta no había tenido a nadie cercano a quien hubiera podido perder y era la primera vez que asistía a un entierro en el que la destinataria de los pésames fuera ella. Cuando murió su padre, era demasiado pequeña y la muerte de su madre había sido diferente. Tan solo recordaba aquella ceremonia por el sufrimiento de su abuelo. Sus propios sentimientos se habían diluido. Pero ahora ella era la que sentía el vacío y hasta su pequeña nuez parecía respetar su dolor y llevaba horas sin hacerse notar. Miraba el féretro granate grabado con letras de oro y doble filigrana e imaginaba a Diego allí dentro y se le iba encogiendo el pecho tanto

tanto tanto, que ya no podía contenerse más y volvía a escapársele el llanto. Entrecortado, amargo, verdadero, desgarrado. Se había abrazado a Ángela, que la llevaba sujeta todo el rato; entre la larga cola de quienes esperaban para darle el pésame, había visto a Ollivier, pero enseguida lo había perdido entre el resto de hombres trajeados.

Tras uno de los alumnos de Diego, muy joven y con el pelo engominado como para una boda pero igual de compungido que los otros, un anciano en una silla de ruedas se le acercó despacio. Le empujaba otro hombre vestido con un traje chaqueta oscuro, la espalda ancha y el pelo demasiado canoso para la juventud de su rostro. Sus manos, arrugadas haciendo juego con el cabello, agarraban con fuerza los puños de la silla metálica, reluciente de limpia y fría como sus ojos. Hasta que le tuvo a su lado, no consiguió reconocer quién era la persona que llevaba sentada en ella.

—Martín, ha venido.

—Ángela me llamó. Lo siento muchísimo, Violeta. No puedes imaginarte cuánto lo siento.

—Gracias. Le agradezco mucho que haya hecho el esfuerzo de venir.

—Por supuesto. Tu abuelo y yo fuimos amigos desde niños. Era un hombre extraordinario.

—Lo sé, le conocí muy bien. Tuve esa suerte.

Violeta no podía dejar de sentir cómo le retumbaba el pecho mientras él le hablaba. Recordaba cuando lo vio con su abuelo y la expresión de recelo con que él había entrado en su habitación. Creyó que el asistente de Martín seguiría su camino enseguida y sintió alivio pero el anciano la tomó de la mano. Ella le miraba desde arriba.

—También he venido a contarte algo. Seguro que te interesa —tomó su cartera y sacó una foto, en blanco y negro y perfectamente conservada excepto por el lateral derecho, que había sido recortado siguiendo la línea de una forma humana justo al lado de donde aparecía Diego, muchos años más joven. En ella se veían varias personas, todas vestidas elegantemente a la moda de no podía saberse cuándo; estaban agarradas unas a otras formando una fila en una sala en la que al fondo se vislumbraban numerosos cuadros colgados de la pared. Sonreían mientras miraban a la cámara—. Mira, esta es tu abuela; lo siento, no tengo ninguna fotografía de tu abuelo.

Violeta tomó la foto y la observó durante un minuto.

—Pero este es Diego, ¿no? Diego está aquí. ¿Por qué dice que no tiene ninguna fotografía de él?

—Esa mujer no es Elisa. Ella no era tu abuela. Diego y Elisa no tuvieron hijos.

—¿Qué dice? No diga cosas que no son ciertas. ¿Por qué viene a contarme esto ahora? Váyase, no quiero que me cuente nada. Mi abuelo no se fiaba de usted, lo sé. Por favor, váyase, no quiero seguir escuchándole.

Violeta sintió que Ángela le apretaba el hombro. La miró pero no supo entenderla. Miró a los lados, Ollivier estaba justo detrás de ellas; la sonrió débilmente pero ella no se sintió con fuerzas para devolverle siquiera el amable gesto. Sintió cómo él le ponía su mano en el antebrazo y le gustó sentir su apoyo. Oía trozos de las conversaciones de los demás, a veces alguna frase, pero no conseguía hilarlas. También seguía oyendo a Martín hablándole. Le escuchaba apática, como si no fuera a ella a quien se estuviera dirigiendo.

—Elisa no quiso hacerme caso y siguió falsificando los cuadros. Diego tampoco lo evitó, ni siquiera después de que yo le contara lo que estaba haciendo. Y no la dejó aunque tuvo la certeza de que le mentía. La quería demasiado. No me quedó otra elección. Cuando creía que había conseguido acostumbrarme a vivir así, ella tuvo que quedarse preñada. Pero ahora sé que no llegó a dar a luz o, si lo hizo, el bebé no sobrevivió. No le bastaba con tenerle para ella, también tenía que llevárselo y darle un hijo.

Violeta no lograba asimilar sus palabras. Apretaba el brazo de Ángela y le observaba sin decir nada, esperando que Martín soltara ese discurso que parecía aprendido de memoria y recitado antes muchas veces al mismo público displicente. Las dos mujeres tan solo le servían como pretexto. Él miraba la tumba de Diego y luego la fotografía. Sus palabras se enlazaban sin entonación, en una línea recta átona desprovista de emociones. Ella contemplaba el cementerio y sentía como si no estuviera allí.

—Yo no quería eso, no imaginé que a él no volvería a verle. Tampoco supuse que averiguaría enseguida que yo la había delatado. Fui un ingenuo o un estúpido, no lo sé. Razón tenía Anna cuando me advirtió de que debía tener cuidado con mi nazi, pero solo mucho tiempo después me enteré de que ella no era lo que parecía. No sé si llegó a adivinar demasiado de mí. Supongo que al

final se lo contó a Diego. Y Hahn no pudo soportar que le hubiera engañado, quizás se terminó enamorando; él, que tan solo quería divertirse. No pudo soportar la traición. Pero no fui capaz de conformarme, no pude. Él no llegó nunca a su altura y no me bastó con esa relación furtiva que no podía mostrar a nadie. Por mucho que compartiéramos el gusto por el chocolate y otras exquisiteces difíciles de disfrutar entonces. Yo ya tenía a quien querer y a ese alemán malnacido no pude llegar a amarle. Él no solo hizo que detuvieran a Elisa, yo sabía que también intentaría capturar a Diego, celoso de absolutamente todo lo que estuviera cerca de mí, y advertí a Anna para que le avisara de que tenía que huir. Ella cumplió bien su cometido, mucho mejor de lo que yo esperaba incluso, y él pudo salir de París.

»Elisa no sabía nada más que lo que me había explicado a mí y no pudo contarles lo que ellos necesitaban o tal vez tampoco quiso, eso se lo llevó con ella a la tumba. La trasladaron a un campo de concentración en Alemania y resistió poco allí. A su marchante, Danielle, no consiguieron hacerle hablar. Murió sin abandonar su querido París, en el calabozo de la Gendarmería. Se negó a confesar quiénes eran sus contactos, quién le pagaba, a quién entregaba los cuadros. No les dijo nada, la muy soberbia. Se comportó con más coraje en su muerte de lo que jamás hubiera podido imaginarme y eso le costó su distinguida vida. Era una mujer verdaderamente especial. Incluso me dio pena que terminara así. También fueron a por su amante el conde. Resultó que Friedrich había sido el alto mando de la *Wehrmacht* que había filtrado al Servicio de Museos Nacionales Franceses el informe de Kümmel. En realidad, no solo eran amantes: ambos trabajaban juntos para conseguir salvar los cuadros que tanto odiaban los nazis. También terminó en un campo de concentración en Austria, más sofisticado pero igualmente eficiente. Los nazis eran más implacables incluso contra los suyos. No puedo decirte si él murió allí o no. Pero, gracias a Anna, Diego consiguió escapar a Estados Unidos y, un tiempo después, me escribió desde allí. Me preguntaba en su carta por qué lo había hecho, por qué no había sido capaz de resignarme a no tenerla y le había castigado por ello de ese modo. Lloré al darme cuenta de que él seguía sin entender nada y no fui capaz de contestarle. Pero me sentí feliz de saberle a salvo. Al menos hasta que me di cuenta de que jamás volvería a verle y de que todo lo que yo había hecho tan solo había servido para alejarle —Violeta

había dejado de llorar. Martín comenzó ahora a hablarle a ella, pero seguía mirando el mar o algún punto distante del horizonte donde por fin alguien que no había querido escucharle nunca ya no había tenido otro remedio—. No supe hasta que te vi en persona quién eras realmente, quién había sido tu madre. Él me hizo creer que era hija suya y de Elisa y que a través de Anna había logrado recuperarla. Ni hice más indagaciones ni se me ocurrió que me podía estar mintiendo. Ese fue mi peor castigo: creer durante el resto de mi vida que Elisa seguía al lado de Diego a través de su hija, aunque no creo que él lo imaginara. Pero al verte el otro día, reconocí sin duda quién fue en realidad tu abuela. Después de todo, Diego no era tan perfecto. ¿Quieres encontrarla? Búscala en los cuadernos de Clara o en los cuadros, creo que no te resultará difícil descubrirte en ellos. En lo que no me mintió Diego fue en que tu madre le salvó, ella fue su motivo para seguir viviendo. Y, ¿sabes?, yo me quedé sin el mío. Se fue para siempre. Y murió sin haberme conocido de verdad.

—¿Y por qué lo hizo?, Martín, ¿por qué los traicionó si sabía que, de todas formas, no podría conseguirle?

—Tienes mucha suerte, Violeta, Diego era una persona excepcional. Aunque tú eres la prueba de que no lo era tanto como yo creía, él fue un hombre fabuloso. Y os quiso a tu madre y a ti como si hubierais sido de su propia sangre. Yo nunca supe lo que era eso. Nadie me quiso de ese modo. Igual que se querían ellos. Al principio, intenté acostumbrarme. Me conformé con estar cerca. Conocí a otros hombres. Me hice a la idea de que no podría tenerle del modo que deseaba y llegó un momento en que me habría bastado con que hubieran roto. Tan solo eso. Y le conté a Diego que ella le estaba engañando, convencido de que jamás dejaría de falsificar los cuadros y de que eso les haría romper, pero me equivoqué. Entonces intenté olvidarle, pasé mucho tiempo sin verle, acepté con gusto la propuesta de Hahn e intenté amarle. Incluso acudí a Anna, que siempre había estado también perdidamente enamorada de Diego. Me habría bastado tan solo con que la hubiera dejado por ella. Me habría valido cualquiera menos Elisa. Pero él no la dejó. Y entonces tuvo que quedarse embarazada. Pensar que ella sería la madre de sus hijos... Diego me lo contó tan contento; eso y que, además, se marchaban definitivamente a Estados Unidos. Los dos iban a abandonar juntos París. Jamás había sentido tanto odio, ni siquiera por ella. Convencí a Hahn para que

dejara de protegerlas y las denunciara al ERR. Me fue fácil, él hacía todo lo que yo le pedía. Ellos debían haberme hecho caso. Yo solo pude amar a una persona en mi vida y él no lo supo nunca. Y fui cobarde pero, si hice daño, tan solo fue por amor. Ni siquiera eso entendió Diego, ni siquiera eso. Espero que al menos tú sí puedas entenderlo.

—Está muy equivocado. Jamás se hace daño por amor, jamás. Se hace daño por egoísmo. Yo lo aprendí tarde pero lo aprendí a tiempo —Violeta consiguió mirarle a los ojos—. ¿Y Elisa? ¿No tiene ninguna foto de Elisa?

—No, ella no está, no tengo ninguna fotografía suya. Alguna vez sí estuvo, cuando éramos niños quizá o si se coló al lado de él, pero no conseguí aguantar sus ojos. Brillaban como las estrellas fugaces.

III

Villaviciosa, Martes, 22 de Mayo de 2000 (12:30 h)

La perra lamió cientos de veces la cara de Giselle, pero a ella no parecía importarle demasiado, cuanto más rápido le pasaba la larga lengua por las mejillas, más se reía ella.

—Gracias por venir y también por haber estado ayer en el entierro. No sé si te saludé o no.

—No te preocupes. Solo veníamos a despedirnos, por fin nos vamos mañana. Giselle no podía irse sin volver a veros.

—A mí también me ha gustado que la trajeras. Es una niña estupenda. Y también le gustaba mucho a Diego. Le encantaban los niños.

Violeta sintió que iba a empezar a llorar. Se dio la vuelta para que la niña no la viera y expulsó el aire muy muy lentamente, varias veces, hasta que consiguió que las lágrimas no le salieran. Ollivier le acarició la cara, pero ella le cogió la mano y la dejó entre las suyas.

—Estoy bien, de verdad, muchas gracias. Tengo que hacerme a la idea, pero son demasiadas muertes juntas.

—Ya me enteré de lo de tu marido. Villaviciosa es un lugar muy pequeño. Lo siento mucho.

—Él no era mi marido. Pero el entierro de mi abuelo ha sido mucho peor. Lo recuerdo todo como fogonazos sin conexión. No sé ni lo que hice ni lo que dije, solo recuerdo pensamientos sueltos. Pero sé que estuviste a mi lado.

—No me des las gracias, tu abuelo era una gran persona. Muchos le querían. El cementerio estaba lleno. Yo solo quise acompañarte.

—También es tu abuelo.

Violeta le soltó las manos y miró a la niña. Llevaba dos coletas y las movía de un lado a otro sin parar, como si estuvieran vivas. Los mechones de pelo oscuro rozándole el rostro hacían que su piel se viera aún más clara. La perra y ella habían vuelto a su postura preferida: sentada sobre el suelo, con Zara entre las piernas, Giselle le acariciaba la barriga. Ollivier no supo qué decir. Eso era lo que menos pensaba que iría a escuchar de boca de ella.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo sabes que también era mi abuelo?

—Solo estoy embarazada, no soy idiota.

—No entiendo el humor español.

—El día que la encontré en la playa, tu hija me dijo que habíais venido a buscar a tu abuelo. Los dos habláis castellano perfectamente, venís de París y el perfumero que me regalasteis pertenece a un juego de tocador junto con un espejo que mi abuelo guardaba y que aparecía en uno de los cuadros que pintó mi abuela. Esto no es una novela mala de intriga con búsqueda de objeto maléfico incluido, el misterio es más bien facilito, ¿no crees? Pero me he quedado sin saber quién era tu abuela. Bueno, si lo que recuerdo de todo lo que me dijo Martín ayer es verdad, ahora ya no sé tampoco quién es la mía, así que supongo que la cosa no tiene mucha importancia. Eso era lo que querías decirme el día que me desmayé, ¿no?

—Sí. Eso era.

—Pues me lo podías haber dicho.

—No querías escucharme.

—No sabía que querías decirme eso.

—No querías que te dijera lo que quería decirte. Además, no quería hacerte daño. Por eso fui a verte, para explicarte por qué iba a hablar con tu abuelo, pero de repente entendí que amargarle la vida a un anciano y a su nieta no me iba a devolver a mi exmujer. Puede que él dejara a mi abuela abandonada con un bebé, pero tú no tenías la culpa de eso y habían pasado ya sesenta años.

—Vale, dejémoslo.

—Vale. Quiero volver a verte.

—Eso tampoco quiero que me lo digas.

—Vale.

—¿Quién era tu abuela? Dime que mi abuela murió de verdad en París y que no he tenido toda mi vida una abuela viva por ahí, en algún lugar de Francia, por favor.

—Pues no sé qué decirte. Diego tuvo dos hijas, tu madre y la mía. Mi madre se llama también Anna, como mi abuela, que además era prima de Diego. Hay muchas Annas en mi familia, ella fue siempre una mujer increíble, todos la queríamos mucho. Y me extraña que, si tu madre hubiera sido también hija suya, ella no se hubiera ocupado de criarla. Pero estaban en guerra, en guerra se hacen barbaridades de todo tipo.

—O sea, que no sabes si alguna de las dos era mi abuela.

—Pues no. Lo siento. De tu madre, mi abuela no nos habló nunca. Lo que tampoco sé es si Martín te contó ayer la verdad de lo que ocurrió o si eso es lo que él cree que pasó o si tenía muy mala leche y solo quería joderte por alguna razón que desconozco, pero sí dijo algo que coincide con lo que mi abuela nos contó siempre y es que ella ayudó a Diego a escapar para que los nazis no le arrestaran y que fue su amigo Martín quien avisó en el momento justo a Anna porque tenía un puesto en el gobierno, aunque él no sabía que ella colaboraba con la Resistencia. Ellos llegaron justo a tiempo de salvar solo a Diego. También sé que fue él quien traicionó a Elisa. ¿Sabes por qué está parálítico? Fue el último regalo de su amante nazi. Mi abuela siempre decía que los verdaderos amores son los que no piden nada. Hahn descubrió que Martín había advertido a alguien y que la Resistencia había sacado a Diego de París y entonces comprendió todo, que Martín siempre había sido homosexual y que amaba tanto a Diego que había sido capaz de convencerle a él para que denunciara al ERR a Danielle y a Elisa y así separar a Diego de su mujer, pero quiso que él se salvara. Le dejaron parálítico por orden expresa de Hahn. Pero sobre Elisa no sé mucho. Mi abuela Anna siempre estuvo enamorada de Diego, hasta el día de su muerte. Jamás se volvió a casar y no tuvo más hijos que mi madre, aunque supongo que sí tendría más amantes. Pero siempre habló de él como el hombre de su vida y, además, lo hacía a menudo. Era como si su marido hubiera muerto en la guerra y ella le tuviera siempre presente. Aunque yo no la creí cuando nos aseguraba que él nunca había sabido que se había quedado embarazada. En realidad, solo se acostó con él una vez, cuando le ayudó a salir de Europa. Mi abuela le pidió que se quedara con ella en

Francia, pero él no quiso. Supongo que, simplemente, él no estaba enamorado de ella.

—Me he perdido.

—¿Qué sabes de lo que pasó en París?

—Nada. Lo que me contó Martín por encima y lo que he visto en un montón de cuadros y dibujos que hay arriba, en el desván. Diego jamás me habló de Elisa ni de su pasado en Francia. No sabía ni que ella era pintora. De hecho, hasta llegar aquí, no sabía que habían vivido tanto tiempo allí.

—Yo puedo contarte algo, pero solo conozco la versión de mi abuela. Aunque es muy interesante, ella colaboró con la Resistencia durante toda la ocupación nazi y estaba muy orgullosa de haberlo hecho. La historia de sus aventuras en París circulaba por mi casa con múltiples variantes. Lo que no sé es si sabré diferenciar lo que ella nos contó realmente de lo que nosotros nos fuimos inventando con el tiempo.

—¿Tienes prisa? Podemos subir a ver si consigues ponerles nombre a los retratos. Y luego podemos comer en el jardín. Era el sitio preferido de nuestro abuelo. Yo también podría contarte cosas de él. Era un hombre extraordinario.

Giselle se quedó en el salón jugando con la perra y ambos subieron a la buhardilla. Violeta abrió la puerta con cierto recelo, recordaba el momento en que Álvaro la había sorprendido mientras miraba los lienzos y su cara dando de bruces contra el suelo. Pero ya estaba segura de que los peores fantasmas eran los que estaban vivos y coleando. La luz de los ventanales daba directamente sobre los cuadros. Tenía que pensar en qué hacer con ellos o se estropearían pronto. Ollivier se quedó pasmado mirándolos. La sensación que producía ver tantas pinturas de personas reales pero desconocidas era mágica. Parecía que todas querían hablar de sí mismas y que ninguna podía por culpa de algún hechizo maligno. Al menos eso era lo que Violeta no podía dejar de pensar cada vez que volvía a verlas. Ollivier empezó a deslizar las planchas. Buscaba alguien a quien pudiera identificar. Su abuela Anna sí conservaba algunas fotografías, sobre todo de su familia. Reconoció a Milagros, a Manuel, a Martín, incluso identificó a Diego, pero él ahora quería encontrar a otra persona.

—Mira, esta es Anna.

—¿Quién? ¿Esta mujer tan guapa? ¿Esa era tu abuela?

—Sí, Anna fue toda su vida una mujer muy atractiva. Pero no solo era guapa. Siempre la querré. Creo que su personalidad nos ha marcado a todos. Hasta Giselle la quería muchísimo y eso que, el último año, apenas podía ya jugar con ella. Qué raro que Elisa la pintara también ¿no?, ella era la esposa de Diego y mi abuela, como mucho, parece que solo fue «la otra».

—Mira los colores, es el único cuadro de una mujer que vas a encontrar en el que los colores predominantes sean el rojo y el negro, también el verde. Es muy llamativo, en el resto no se ven esos tonos tan fuertes, fíjate: cuando usaba colores complementarios, lo hacía en combinación, siempre mezclados entre sí y con blanco, rebajados y no en contraste. Pero en el cuadro de Anna aparecen enfrentados; en parte, es muy fauvista. Parece que Elisa tampoco la tenía mucho cariño. Pero sí era sincera: la pintó guapísima.

Ollivier se fijó entonces en otro de los cuadros y luego observó a Violeta. Parecían madre e hija. Se acercó un poco más a ella. Realmente era preciosa.

—¿Por qué me miras así? Es una pregunta tonta teniendo en cuenta dónde estamos ahora mismo pero, ¿has visto un fantasma?

—No. Te he visto a ti.

Ollivier acercó su boca a la de ella. Violeta no se movió. Él llevó despacio los labios hasta los suyos y ella le recibió. Fue un beso tierno pero vehemente, de amantes desahuciados que desean reconocerse en otro amante ajeno. De lenguas que se tantean, de cuerpos titubeando. De dos desconocidos que no saben si entregarse. Ollivier la abrazó y ella se dejó con gusto rodear por otros brazos. El estremecimiento seguía hincado en su vientre cuando él separó de ella sus labios, aún acoplado en su cuerpo, con sus mejillas casi rozándose.

—Es solo un beso, Ollivier.

—Sí, es solo un beso. Pero el tiempo no hace paradas.

IV

Los Molinos, Viernes, 25 de Mayo de 2000 (12:00 h)

El viaje se le hizo eterno. No estaba acostumbrada a viajar sola. Había dejado el coche de Diego en Villaviciosa y a la perra en compañía de los sobrinos de Ángela y había tomado un tren hasta Atocha. Casi todo el trayecto lo hizo pensando en la conversación con su prima. La abogada había querido que hablaran cuando la acompañó a la casa azul después del entierro y Violeta no se había sentido con ganas. Ya sabía todo lo que quería saber. Pero sus palabras la habían estado persiguiendo desde que el tren salió de la estación, en cuanto desvió el pensamiento de su barriga en imparable aumento y de las recientemente confirmadas pataditas de su bebé. «Entiendo que no quieras hablar ahora, pero lo que te dijo Martín es cierto. Tú misma puedes encontrarte en los cuadros y en los cuadernos del desván, aunque no deberías tener suficiente con eso. Diego te dejó una carta en la que te explica todo lo que creía que tal vez necesitarías saber. Te confirma quién es tu abuela. Tendrás que buscarla en la casa porque no le dio tiempo a decirme dónde la había guardado, pero no creo que la escondiera demasiado. Y yo también puedo ayudarte. Ven a verme, si quieres, antes de la lectura del testamento. Llegaremos hasta donde desees llegar. Pero te aconsejo que no te niegues a saber. Te aseguro que te beneficiaría mucho conocer tu pasado». Después de decirle eso, Ángela se despidió con un prolongado abrazo, se metió en su coche y desapareció tras el bosque imposible.

¿Habría hecho bien en no seguir escuchándola? Su abuelo no le había contado en vida nada de lo que Martín se había empeñado en desvelarle. Pero

eso solo le concernía a Martín. Si todo lo que le había dicho en el cementerio era cierto, habría vivido una vida de mierda, inmerso en una ironía trágica que le había llevado a hacer todo lo posible por alcanzar el amor cuando justamente lo que había conseguido era apartarlo de su lado.

Aunque ella no tenía por qué ir más allá. En realidad, Diego no había compartido con ella demasiadas cosas sobre cómo había vivido y ahora había entendido por qué. Pero nunca había necesitado conocer más de él de lo que le demostraba cada día. Seguro que nadie lo sabía todo de la vida de sus abuelos, ni tan siquiera de la de sus padres, aunque seguramente no muchos escondieran una historia como la de Diego. Pero él había sido la mejor persona que había conocido y nada de lo que hubiera podido hacer podía cambiar eso. Y siempre tendría la posibilidad de leer la carta o de que Ángela le contara más. Ya no podía pensar solo en ella. Por suerte, no se había quedado sola del todo. Ollivier y Giselle habían regresado ya a Francia. Habían hablado durante un buen rato de lo que Anna había vivido en París y conoció un poco más a Diego a través de su relato. Pero era un relato un tanto desvirtuado: el que podía contar una mujer tan enamorada de él que le había dejado marchar porque sabía que jamás podría amarla. Violeta se dio cuenta de que la suya era la historia de amor más triste que había oído. Pero, con lo que Ollivier le contó, la había conocido más a ella que a su propia abuela, si es que había sido Elisa. Había guardado la tarjeta que él le dio. Estaba en el cajón de la cómoda, por si en algún momento se decidía a volver a verle «o al menos a ver a Giselle», le había dicho él al despedirse, ya casi cuando estaba anocheciendo.

Al llegar a la casa de Los Molinos, se le erizó la piel. Y tan solo habían transcurrido unos días desde que se habían ido a Villaviciosa pero desde entonces le habían sucedido tantas cosas que sintió como si hubieran sido lustros. Como si un tiempo pasado y alejado se hubiera colado entre el tiempo real y presente que habían vivido ella y su abuelo y hubiera conseguido estirar las escuetas horas hasta convertirlas en larguísimos años. Décadas, incluso. Había llovido y el suelo estaba mojado todavía. Los trepadores amarillos que cubrían las vallas enrejadas y el pórtico de la entrada al jardín estaban completamente florecidos y las rosas se descolgaban hacia abajo, arqueados sus tallos por el peso del agua que aún no se había evaporado, y la tierra a sus

pies se veía repleta de miles de pétalos empapados, como lágrimas de sol. Esos rosales los había plantado su madre cuando ella era una niña de apenas cuatro o cinco años. ¿Cómo era capaz de acordarse ahora de aquello? Su madre intentaba desenredarse el pelo enganchado en las varas alargadas que salían de los cepellones y ella se pinchó con sus espinas cuando, con sus manitas desnudas, quiso ayudarla a liberarse. Entonces se apartó de los rosales gritando como una loca. Mientras tanto, su abuelo cavaba varios agujeros en el suelo para trasplantar los macetones y se reía a carcajadas de lo torpes que eran ambas. Aunque al momento se acercó a socorrerlas y la curó rápidamente sus heridas dándole un beso en cada dedo. Esos hermosos recuerdos eran lo que le importaba. Únicamente eso. Lo más valioso que ambos le habían dejado.

Solo por darse cuenta ya había merecido la pena bajar a Madrid, aunque todavía no podía enfrentarse a la tarea de recoger las cosas de Diego. Incluso, antes de introducir la llave en la cerradura para abrir la pesada puerta de madera castellana, no sabía si iba a atreverse a entrar. Pero descubrió con sorpresa que pudo hacerlo y que las imágenes que revivía en cada rincón no la hacían echarle de menos sino que le acercaban a ella como si todavía estuviera vivo. Levantó enseguida las persianas, abrió las ventanas y colocó algunos cojines del salón, luego entró en la cocina y pasó los dedos por los estantes buscando el polvo que aún no se había depositado, alineó los frascos de especias que Diego usaba tan certeramente para cocinar esos platos de los que ya no disfrutaría más, enchufó la nevera y encendió el calentador del agua.

Al meterse en la ducha, comenzó a llorar. No tenía por qué no hacerlo. Quizás si lloraba un poco cada día, su tristeza no llegaría concentrada a su bebé y evitaría que él también sintiera ese agobio que, como en ese momento, le sobrevenía a veces sin que pudiera evitarlo. Siguió llorando con calma, sin saber demasiado bien qué le hacía sentirse así y se resistió a pensar en Álvaro. Había muchos momentos en los que se acordaba de él, de sus manos y de su pelo, de cuánto le había querido. Los otros recuerdos los evitaba. Todavía no se sentía preparada para volver a su propia casa. La había puesto a la venta a través de una inmobiliaria y solo pensaba enviar un camión de mudanzas que trasladara a Villaviciosa lo que quisiera conservar. Pero aún no sabía exactamente el qué. No quería nada que le obligara a seguir pensando en

él.

Se secó con minuciosidad y se puso el pijama de osos y corazones. Le había hecho mucha gracia al buscar uno de su nueva talla y se había llevado también otro minúsculo para su hija; hacía tiempo que presentía que su nuez sería niña. Era la primera vez que iba a pasar la noche sola en aquella casa, pero no le importó. Ya no le quedaban más fantasmas que espantar que los que había pintado Elisa y casi todos eran bastante afables. Después de cenar muy pronto una pizza de anchoas, tomate y triple de queso que encargó al caminar hacia allí desde la estación y que le trajeron puntualmente a la hora que les había indicado, se decidió a buscar aquello por lo que había venido. Desordenó cajones, abrió armarios y levantó hasta los colchones, sacó las cajas del desván y movió y removió los baúles llenos de polvo y cachivaches varios que le llamaron la atención. Ninguno contenía lo que buscaba. Los dos maletines con los diarios de su madre, de los que le habló por primera vez su abuelo hacía tan solo unos días, no aparecieron por ningún lado. De madrugada ya, con los riñones destrozados y sufriendo pinchazos en las piernas cada cuarto de hora, se dio por vencida y se acostó, y se quedó adormilada casi al instante, aunque se despertó poco tiempo después por culpa de un tirón en el gemelo derecho que le hizo maldecir a gritos la genial idea de haber regresado a buscar también a su madre. Como si no hubiera tenido suficiente con encontrarse con una abuela pintora y con decenas de ojos de desconocidos que la esperaban todavía en el desván del palacete azul para presentarse.

Al día siguiente durmió mucho y, tras levantarse y escuchar un rato en la radio un programa de salud que hablaba sobre las embarazadas, anduvo hasta la cafetería del pueblo para saborear allí un ingente desayuno. No pudo recordar si comer así estaba o no recomendado, pero ella y su nuez habían decidido ya por su cuenta. Luego se acercó andando a la tienda de ultramarinos y compró lo mínimo imprescindible para subsistir un día o dos, equivalente a la ración antigua para el doble de tiempo, y enseguida se fue a casa para continuar buscando.

Las aceras empedradas le hicieron tropezar un par de veces, pero consiguió guardar el equilibrio y no caerse. Se sentía más patosa por momentos. Qué poco había cambiado el pueblo desde que ella recorriera sus

calles de pequeña. Los árboles eran mucho más frondosos; había parques nuevos con columpios psicodélicos que no había llegado a tiempo de disfrutar; las farolas eran más modernas, de las que no podrían ver los marcianos desde arriba; y las calzadas tenían las rayas pintadas con precisión de regla, pero todos eran cambios superficiales. Lo demás conservaba su esencia. Y eso era lo fundamental: ser consciente de lo que te hacía ser tú y conservarlo. Solo después de seguir intentando encontrar sin éxito las maletas durante varias horas al levantarse de la siesta, se convenció de que se iba a quedar con las ganas de saber más de su madre.

Compró por teléfono un billete de vuelta a Asturias para esa noche. Algunos síntomas del embarazo habían cesado milagrosamente desde que había llegado a Madrid pero, cada par de horas, seguía constatando que el hambre permanente no había sido uno de ellos. Decidió salir pronto para la estación y tomar algo en la cafetería antes de subir al coche cama, por si acaso la cena incluida en el billete no le era suficiente, y empezó a preparar la casa para dejarla cerrada hasta no sabía cuándo. Comprobó que todas las ventanas de la planta superior estuvieran bien cerradas y, antes de entornar también las puertas, escrutó cada habitación buscando algo que le regalara un buen recuerdo. En todas lo halló. Bajó entonces a la cocina, vació el frigorífico de lo poco que había sobrado y desenchufó los electrodomésticos. Una a una, fue pasándose por todas las habitaciones, cerrando armarios, bajando persianas, desconectando aparatos de la corriente eléctrica para no tener que cortarla desde el contador general y poder dejar la alarma puesta. Dejó su bolsa en la entrada y, por último, pasó al despacho de su abuelo. Miró alrededor; ahí era donde más podía percibirlo. Pero se notaba serena. Se colocó enfrente de su vieja amiga. La mujer del cuadro la miraba desde la misma pared de siempre pero, ahora, Violeta ya pudo llamarla por su nombre.

—Lamento no haber sabido antes de ti, abuela, te habría tenido menos miedo.

Elisa no la contestó. La mágica concavidad del lomo de su guitarra no emitió ningún sonido audible. Pero Violeta sabía que ella podía hablar. Buscó una silla que soportara su peso, se subió en ella con cuidado y descolgó el cuadro. Detrás, justo en el medio del cerco oscuro que el marco había dejado sobre la pintura estucada de la pared, apareció la puerta de una caja de

caudales empotrada en el muro. Elisa empezó a buscar algún papel en el que hubiera anotado algo que pareciera una combinación. Miró en los cajones del escritorio de su abuelo, entre los libros, detrás de las fotografías expuestas en marcos de bronce o plata y en cualquier lugar donde se le ocurrió que Diego podía haberla dejado a su alcance, sabiendo con seguridad que ella encontraría la caja y querría abrirla. Pero no descubrió más que facturas, comunicaciones del banco, algunas cartas y documentos en francés y otros papeles similares que no le dijeron nada.

Volvió a dejarse caer en el sillón de terciopelo rojizo en el que su abuelo se sentaba a menudo y miró a Elisa.

—Tú siempre le hablabas. Yo también te necesito ahora.

Sus ojos violetas siguieron muertos. Eran tan hermosos. Se levantó y contempló de cerca el cuadro apoyado sobre la pared. De repente, tuvo una idea. Anotó la fecha que aparecía en la esquina inferior del lienzo, junto a la firma irreconocible de su abuela: el 1 de febrero de 1936. Decidió probar con las combinaciones de seis cifras que formaban esos números de dos en dos y la puerta se abrió a la primera, al especificar la más obvia. Con la manga de su chaqueta, limpió un poco la base de la caja y miró dentro. Pudo reconocer algunos objetos: un fajo de billetes, algunas joyas y varias cajitas de cartón. Los dos maletines de cuero negro que estaba buscando se veían al fondo. Violeta los sacó despacio y cerró la puerta. Sentía los labios secos y el corazón hinchado, expulsando y recibiendo a toda velocidad su sangre demasiado caliente. Ahora necesitaba una maleta más grande para llevárselo todo. Tampoco quería dejar allí el cuadro de su abuela. Lo cogió otra vez para comprobar cuánto pesaba y entonces se percató de que detrás, adherido con una cinta adhesiva blanca que se veía un poco por fuera del marco, había un sobre cerrado. Escritas con la letra de su abuelo, tan solo unas palabras: «A mi querida Violeta».

Cogió el sobre y se recostó otra vez en el sillón en el que tantas veces había observado a Diego absorto mirando a la mujer de la guitarra. Acarició el papel rugoso y amarillento haciendo círculos sobre él con la yema de los pulgares. Luego, se lo llevó a la nariz. No olía a nada. Las confesiones no olían a nada. Ahora podía saberlo. Cerró los ojos y se quedó así unos minutos. Intentó de nuevo percibir el olor de él, pero todo lo que pudo distinguir fueron

los aromas del campo que se colaban como siempre por los resquicios de puertas y ventanas. Todos los olores de esa vida que se fue se habían evaporado. Pero seguía percibiendo su esencia. Cuando volvió a abrir los ojos, miró a Elisa en el lienzo y la observó mientras paladeaba su identidad recién descubierta.

—Abuela, me alegro mucho de haberte conocido. No podría imaginar una abuela mejor. Ojalá él me hubiera dicho antes quién eras.

Violeta se levantó, acercó de nuevo la silla a la pared, abrió la caja fuerte y dejó el sobre dentro.

V

Villaviciosa Cinco meses después

Al irse, el abrumador camión de mudanzas había dejado un olor a monóxido de carbono que casi le había obligado a vomitar. Y eso que ya hacía mucho tiempo que las arcadas y los mareos habían dejado paso a los calambres en las piernas y, también, a la imposibilidad de pegar ojo en cuanto la bebé comenzaba a bailar. Seguro que era eso. Su hija quería ser bailarina y lo mejor para lograrlo era empezar desde muy joven. Porque no paraba de moverse. Y ahora que la media de horas dormidas de un tirón, contando solo las de la noche, era de cuatro y algo, ella aprovechaba ese tiempo regalado por la vigilia para espiar cada uno de sus movimientos imaginando a la vez la forma de sus labios, el color de sus ojos y de su pelo, si tendría la voz dulce y la piel clara de su madre o las manos grandes y la cara mofletuda de su abuelo. Y, también, si hablaría tanto como él o si sería callada y tímida o si, al darle besos, entornaría los ojos igual que hacía ella. Y no podía creer que el embarazo se le hubiera pasado tan deprisa. Ya no le quedaba nada para verla por fin.

Violeta había entrado en la casa azul en cuanto dejó de ver el nombre de la empresa de mudanzas impreso en vivos tonos rojos sobre la puerta trasera del camión y se sentó un momento para descansar antes de seguir pintando. Y hasta ese movimiento antes tan espontáneo ahora requería toda una preparación previa para que luego pudiera volver a levantarse. Violeta ya era una mesa camilla, pero había descubierto que le importaba más bien nada. Se sentía feliz así, con su barrigón empinado, síntoma de niña, seguro, aunque le dio más crédito cuando lo corroboró la eco, y sus piernas delgadas como palos. Y

es que todo el peso de más se le había plantado de cintura para arriba, o mejor, de no cintura para arriba, en la tripa, en los pechos y en los brazos y más o menos por ese orden. Así que, más que una mesa camilla, ella parecía un sillón orejero con un gran cojín de terciopelo, por continuar con el símil mobiliario. Y le dolían mucho los riñones pero, como los ratones que su abuelo le compraba de niña y que, aun habiéndole asegurado en la tienda que eran hermanas, terminaron siendo familia numerosa, ella sufría desde hacía días el síndrome de anidamiento: según Paula, encantada de haber recuperado su amistad con su compinche de la Universidad justo en el momento en que ella también volvía a estar embarazada, «dícese de la necesidad ineludible de crear un nido donde poner al recién nacido». O bien, extrapolado al ámbito de la Humanidad, Violeta necesitaba imperiosamente dejar lista la habitación de su pajarito. «Anda, que estás más loca que yo», le había dicho Paula esa mañana cuando la llamó por décima vez esa semana para pasar revista, «en cualquier momento rompes aguas y tú ahí, pintando estrellas».

Había dudado mucho cómo decorarla, tanto que se tiró más tiempo pensando qué pintar en las paredes del cuarto de su propia hija de lo que jamás había tardado en imaginar ninguna de las maravillosas escenas que hasta entonces había recreado para sus pequeños clientes y mucho más de lo que tardaría luego en darle vida a su idea. También le imponía respeto el sabor rancio de esa casa y se resistía a cambiar nada, pero por fin había conseguido decidirse y casi casi había terminado. Ya hacía una semana que lo tenía todo preparado: la bolsa de lunares azules con pañalitos minúsculos; su primera muda, una ranita rosa tamaño Baby Mocosete, con calcetines de algodón y gorro a juego, pololos y camiseta blanca; dos chupetes como de juguete; una toquilla suavísima con dibujos de princesas de cuento; y toda clase de artilugios raros que su experimentada amiga le había apuntado en la interminable lista de cosas que debía llevarse al hospital cuando tuviera que salir corriendo y que esperaba no tener que usar enseguida, porque no era capaz de averiguar para qué servía cada uno y por dónde se enchufaban. Además, por su cuenta ella había incluido en la bolsita el libro Bésame mucho, que el otro, el Duérmete niño, le había parecido un pelín bruto, aunque también lo había comprado para tenerlo de reserva, por si acaso.

Y ya había preparado también el arsenal completo para bebés que toda

buena amiga mamá aconsejaba: toallitas y pañales de recambio a discreción; bañera de plástico; colonias, champús y cremas de todo tipo, y aceite para los masajes de después del baño; polvos naturales para el estreñimiento; peluches de distintos tamaños, formas y sabores; sacaleches, discos para los pezones y pezoneras, y biberones con tetinas de diversas clases por si el pecho no le funcionaba como debería o ella se asustaba tanto como Paula con su primer hijo y tenía que terminar alimentando con polvos al bebé, en lugar de con la maravillosa y aclamada lactancia natural que la matrona le había metido por los ojos en las horribles clases de preparación al parto a las que, maldita la hora, había acudido. Y es que ella antes era feliz sabiendo que el enorme bulto que tenía en su vientre por algún lado tenía que salir pero, ahora, ese suceso y ese lugar antes inconcretos habían dejado de ser entes familiares pero abstractos y se habían materializado dentro de su imaginación. Y lo habían hecho con una sustancia, forma y colores tan definidos como si los estuviera volviendo a ver y a oír en pleno acto de alumbramiento y en primerísimo plano, en la televisión de cuarenta pulgadas y sonido en estéreo del centro de salud.

También había dejado ya de llamar nuez a su nuez, ahora la llamaba Elisa. De los cuadros de su abuela, se había traído el que Diego tenía en su casa de Madrid, el de la mujer de la guitarra, el único retrato que tenía de su abuela, y ahora presidía el salón, aunque ya no con tanta desconfianza. El de la marchante y su hija, el regalo de Elisa, continuaba colgado frente a la cama en la habitación de su abuelo, donde él lo había dejado, y ahí seguiría mucho tiempo. Los otros cuadros permanecían aún en el desván, a la espera de que algún día se sintiera con ánimos de subir para decidir cuáles conservar y de cuáles deshacerse cuando su recién estrenada prima, o algo parecido, llegara a un acuerdo con la Consejería de Cultura del Principado de Asturias para cederlos a algún museo de la zona. Ella había insistido en que podía venderlos y dejarse la vida solucionada pero Violeta ya la tenía resuelta. Para una mujer libre, las barreras más altas siempre basan sus cimientos en una misma; luego, a veces, otros ya se encargan de levantarlas. También se había ofrecido otra vez a explicarle mejor lo que Martín le había contado el día del entierro pero ella no había querido saber más. Le bastaba con haber tenido la suerte de haber conocido a Diego, con haber podido disfrutar tantos años de él, con los

momentos que había vivido a su lado y que siempre guardaría en lo más hondo de su ser. Y los diarios de su madre seguían guardados en la caja fuerte de la casa de Los Molinos y ahí continuarían durante una temporada, al menos mientras no consiguiera terminar de pintar la habitación de su bebé y quizás un poco más, hasta que volviera a bajar a Madrid, lo que era muy improbable que ocurriera antes de que pudiera llevar a la niña.

Violeta se levantó. Quería seguir con el lado del techo donde iba a colocar la cuna. Ya le quedaba muy poco para terminar con esa habitación, la más cercana a la suya. Y Zara había encontrado otro lugar favorito, debajo de la lindísima camita azul con los laterales en forma de globosas nubes blancas y estrellas en relieve, pero estaba mucho más tranquila; parecía que por fin había madurado o que se había resignado a su nuevo papel de observadora y solo la seguía con la mirada, sin pestañear ni mover el hocico que apoyaba contra el suelo.

Cogió el pincel del bote de pintura blanca y se alejó un poco de la pared. Así la veía mejor. Le gustaba mucho. Era justo lo que quería para su hija. Se alejó un poco más y luego entornó los ojos para acercar la imagen. Perfecto. Había mezclado azul de Prusia, azul ultramar, blanco y una pizca de carmín de garanza y por fin el color del cielo que buscaba cubría la habitación. Colgando de él, como pequeñas luminarias de fantasía, relucían cientos de estrellitas blancas. Lo cubrían todo. Violeta volvió a coger el pincel y continuó pintándolas. Y, al acabarlas, en todas y cada una, desde la más grande a la más pequeña, desde la más vivaracha a la más respingona, desde la más perfecta a la más cabizbaja, en todas ellas, insuflaba el mismo deseo, un deseo inasequible y precioso como todos los deseos que, quizás, un día no muy lejano, podría llegar a convertirse en realidad.

FIN

Diego Ferrán

Los Molinos, 12 de Mayo de 2000

«Mi querida Violeta:

Si estás leyendo esta carta, ya habré roto mi promesa, la que te hice de niña, cuando se pueden hacer ese tipo de promesas, cuando tus ojos eran tan tiernos que creías todas las que te hacía, cuando te di mi palabra, sabiendo ya que algún día irremisiblemente la incumpliría, de que no moriría nunca. Y también habré quebrantado nuestro pacto, el que nos obligaba a no mentirnos jamás el uno al otro, porque tampoco habré sido capaz de contarte mis razones.

En realidad solo tengo una razón y es muy sencilla: yo no te engañé. Para mí, tu eres mi única nieta y tu madre fue mi única hija. Esa es mi verdad, la que al morir estoy seguro de que sentiré en mi corazón. La que no sé si me atreveré a contarte antes de que leas estas palabras. Es una verdad que a veces me pesa y otras, otras tan solo la ignoro, cuando te miro a los ojos y me intento imaginar lo que sería la vida sin ti, lo que habría sido mi vida sin vosotras. Solo esa es mi verdad. Muchas veces te he dicho que las razones del corazón son difíciles de entender. Y hace mucho tiempo ya de todo, pero intentaré que tú lo hagas. Supongo que ya habrás visto los cuadros de tu abuela y que tu prima Ángela te habrá contado parte de su historia. Yo solo la completaré.

Elisa seguía falsificando las pinturas para engañar a los nazis a mis espaldas y yo lo sabía y se lo seguía permitiendo. La amaba demasiado como para no entender por qué lo hacía y para saber que tenía que apoyarla por

encima incluso de mí mismo. Pero nuestro hijo que nacería pronto la había convencido en mi lugar y por fin estábamos preparándonos para abandonar París. Tan solo quedaban algunos días. Una tarde fue a llevar la última de sus copias a su marchante, Danielle, y ya no regresó. Yo pasé la noche en vela, cada vez más angustiado, imaginando mil motivos diferentes para su tardanza. Tan aterrado estaba, que llegué a suponer que Martín la habría conseguido por fin; ese niño mimado acostumbrado a conseguirlo todo, a tenerlo todo, tan enamorado de ella toda su vida, tan perdidamente enamorado que no fue capaz de cederla si no podía tenerla. Aunque solo ahora, con la experiencia de vivir, he entendido que quizás yo no me diferenciara de él tanto como creía. Aquella noche en que Elisa no volvió, preferí pensar incluso que podría haberme abandonado por él. Cualquier razón menos la que me resistía a creer.

A la mañana siguiente, muy temprano, Anna me llamó. Enseguida me contó que los nazis habían detenido a Elisa y también a Danielle y a su conde prusiano Friedrich y que en cualquier momento podían ir a por mí. Debía huir enseguida. Pero tenía que hacerlo sin ella, sin Elisa. No la creí y fui a buscarla a casa de la marchante. Aporree con saña su puerta, hasta llegar a gritar de pánico, y, cuando estaba a punto de irme, la niñera me abrió. A duras penas conseguí que dejara de llorar y entonces me contó que la noche anterior ella dormía a Marie en su habitación cuando oyó que su señora abría la puerta a alguien. Ella se quedó en el cuarto como hacía siempre, hasta que empezó a oír los gritos de los alemanes, luego los golpes y, por último, los chillidos y las súplicas de Danielle y entonces se escondió tras el tiro de la chimenea que aún no habían instalado al finalizar la obra en la casa. Como pudo, se encaramó dentro del hueco con la niña y consiguió calmarse y que la pequeña permaneciera callada el tiempo suficiente, mientras los nazis desvalijaban el piso y se llevaban a Danielle.

De repente, las palabras de Anna me asaltaron. No me había mentado. No volvería a ver a Elisa y Danielle sufriría su misma suerte. Tenía que irme cuanto antes; podían volver otra vez o haberme seguido. Pero antes quise ver lo último que ella habría mirado desde allí, lo que ella siempre admiraba antes de regresar a casa. Me asomé por la ventana más cercana a la estatua de Juana de Arco, que brillaba como siempre, y desde allí la observé por última vez, siendo consciente de que ya ninguno de los dos volveríamos a verla

nunca. Entonces, apoyado en el alféizar, descubrí el cuadro que Elisa había ido a regalar la tarde anterior a Danielle, antes de que las detuvieran, en el que la marchante cogía en brazos a su hija Marie. El lienzo era pequeño; empecé a buscar algo con lo que envolverlo para llevármelo y entonces escuché a la niña. Los alemanes no querían más que lo que tenían al alcance de sus manos, a la influyente galerista parisina y sus riquezas, y ni siquiera se acordaron de su hija. Cuando se fueron, la niñera la había dejado en su cuna, ajena a todo lo que había ocurrido, y allí seguía durmiendo aún. No lo dudé. Desde ese momento me obcequé en el pensamiento de que tenía que sacarla de allí, de que yo debía salvarla por las dos, por Elisa y por su madre. Anna me ayudaría a llegar a América y allí podría buscar a sus abuelos y a su tía, que vivían en Nueva York, y se la entregaría.

Durante todo el camino que hicimos hasta que la niña y yo conseguimos abandonar Francia, mi prima no se apartó de nuestro lado y, entre los dos, aprendimos a cuidar de Marie, que aún era muy pequeña. En ese viaje vi en Anna lo que nunca antes había querido encontrar. Elisa no estaba ya, ya no la tendría nunca, ya solo sería mi Elisa en mis pensamientos. Anna creyó que no podría interponerse más entre nosotros. Yo me dejé mimar por su dulzor; nunca había querido hacerle daño. Ella intentó entonces convencerme de que me quedara a su lado pero no pude, no pude, no quise que sustituyera a Elisa. Ella ha sido siempre mi único amor. Y además tenía que sacar a Marie de París. Anna se dio por vencida por fin pero, tozuda como era, también intentó persuadirme varias veces de que le dejara a la niña. Ella podría buscarle una familia que la cuidaría mientras duraba la guerra, pero yo no lo consentí. Me parecía tan indefensa que me negué a entregársela y la arrastré conmigo en un viaje que nos llevó en barco a la costa Este de Estados Unidos, hasta los abiertos brazos de mi desconsolada madre; hasta el corazón destrozado de Jaime, mi suegro, que vivió sus últimos años tan solo por y para ella; hasta una vida nueva para tu madre y para mí.

Podría decirte que si jamás la entregué a la familia de Danielle ni les hice saber que ella existía fue por ellos, solo por ellos, por mis padres y por el padre de Elisa. Pero no fue así, no fue solo por ellos. No fue porque en ella vieron desde el principio a la que les hice creer que había sido su madre, a Elisa, ni porque esa rolliza niña de ojos grises fue su vida y la resurrección de

la mía. Pero no fue por ellos. Fue por mí. El acto de egoísmo más intenso que sé que jamás podré enmendar me permitió sentir un tipo de amor infinito que hasta entonces desconocía. Solo por ese amor, porque tú quizás lo necesites, superaré mi asco y mi odio y volveré a ver a Martín, ese malnacido que no supo aceptar su derrota y les contó a los nazis lo que ella hacía. Sufrió el peor de los amores, el que no se resigna a no ser correspondido. Él no supo retirarse y prefirió que no la tuviéramos ninguno de los dos. Pero iré a verle para intentar recuperar los cuadernos de Clara y poder comprobar así si contenían dibujos de Danielle. Cuando Martín me los devuelva, que espero que lo haga a tiempo, si lo deseas, en ellos la encontrarás, aunque Friedrich, el padre biológico de Violeta, no está, Clara nos dibujó a todos muchas veces y en esos cuadernos podrás saber algo más de mí y de ti, al menos todo lo que yo podría haberte contado si hubiera tenido el valor.

Y esta es toda la historia. Las piezas que necesitas para formar el puzzle de tu pasado, de dónde procedes. Ahora está en ti continuar más allá si lo deseas. Estás en tu derecho de reclamar lo que es tuyo. Guardé siempre todos tus papeles, mejor incluso que los míos. Danielle Lambert era una mujer muy rica y de Friedrich Sinner, un militar alemán al que no tuve ocasión de conocer en persona más que de vista alguna vez, lo único que supe es que la amaba por encima de todo y que su familia también era de rancio abolengo, una de las fortunas más considerables de la antigua Prusia. Pero tu prima Ángela podrá contarte de ellos todo lo que deseas saber. Ha tenido tiempo de prepararse bien para eso. La sangre es la sangre y te ayudará en lo que necesites.

Y, como te imaginarás, me cuesta tanto despedirme que no lo haré. Solo te diré algo más que nunca te podría decir si estuviera delante de ti en este momento tan difícil: no pienses que renuncias a mí si decides recuperar ese pasado que yo te robé a sabiendas de que lo hacía. Ya fui lo suficientemente egoísta en la vida como para serlo también en la muerte.

Mi queridísima Violeta, no espero que me perdones por ello, solo que me comprendas. Porque no fui capaz de amaros tanto como para dejaros ir.

Con infinito amor, tu abuelo, Diego.»

*This file was created
with BookDesigner program*

bookdesigner@the-ebook.org

28/02/2013